

LA ROSA TURCA

Sean Harcker



D.J.57

LA ROSA TURCA

Sean Harcker

LA ROSA TURCA

Copyright © 2019, *Sean Harcker*

Todos los derechos reservados

Ilustración de portada: *Crisóstomus*

Revisión de estilo: *L. Moya*

1ª edición

A Lola, con mucho amor,
por el tiempo dedicado.

A mis hijos, con todo el sol,
por el tiempo no dedicado.

“Lo esencial es invisible a los ojos”

Antoine de Saint-Exupery

Contenido

Title Page

Prefacio

PRIMERA PARTE

Capítulo 1º

~1~

~2~

~3~

~4~

~5~

Capítulo 2º

~6~

~7~

~8~

~9~

~10~

~11~

~12~

Capítulo 3º

~13~

~14~

~15~

~16~

~17~

~18~

~19~

~20~

~21~

SEGUNDA PARTE

Capítulo 4º

~22~

~23~

~24~

~25~

~26~

~27~

~28~

~29~

TERCERA PARTE

Capítulo 5°

~30~

~31~

~32~

Capítulo 6°

~33~

~34~

~35~

~36~

~37~

~38~

~39~

Capítulo 7°

~40~

~41~

~42~

Capítulo 8°

~43~

~44~

Epílogo

Prefacio

Alquilé una pequeña casa, un refugio, en lo más alto de aquel pueblo mediterráneo. Buscaba disfrutar allí de mis merecidas vacaciones, cobrarme un descanso ganado a pulso como reportero para la publicación de una lejana capital, de un también lejano país, no importa cual, no soy yo lo que importa. Pretendía evadirme de la vorágine de mi vida laboral, escabullirme del calor de mis tensiones profesionales en la fresca paz y el verde húmedo que ofrecía el microclima de aquellos valles en pleno estío, un contrasentido, como todo aquello de lo que iba a ser testigo de referencia.

El mismo primero de julio, poco después de acomodarme, anduve ya por aquellas laderas de pinos pateando sendas y caminos montaraces, saboreando a bocanadas el paisaje con ese humor *urbanita* que, por el precio del hostel, considera también arrendados los árboles y sus frutos, las heredades — cuyas vallas pusieron para ser saltadas—, las aguas de todos los caños, y hasta las mismas gentes. Con esa *patente de corso*, consentida por los lugareños, entre hospitalidad franca y puro interés económico, abordé la visita al cercano cementerio.

Sí, lo confieso, es una de mis aficiones, pero no me avergüenzo, no tiene nada de obsceno, ni es nada fuera de lo común, son muchas las personas que sé lo practican, cámara en mano, fotografiando esculturas y ornatos, que en algunos cementerios llegan a ser extremadamente bellos o, como es mi caso, por el puro placer de pasear respirando la fragancia marchita de la quietud y de las flores. El aroma de este lugar resultó muy intenso, había flores no solo en los búcaros memoriales, sino también en los cuidados jardines. Un recinto pequeño, como no podía ser de otro modo, pero espectacularmente nutrido de arte floral y funerario, completamente inapropiado para aquel humilde pueblo serrano.

El camposanto, escalonado en la pendiente de una suave colina, se formaba por acumulación de colmenas de nichos, no muy grandes, de cuatro alturas, techados a dos aguas, con teja roja, muy roja, como la sangre recién vertida.

En las cumbreras algún pináculo, pero sobre todo cruces, pequeñas cruces desgastadas y repletas de líquenes amarillentos, de un granito cansado de resbalar las aguas, más que viejo Y también ángeles, muchos ángeles marmóreos, con las alas recogidas o prestas para el vuelo, uno de ellos parecía haber aterrizado en ese mismo instante, las alas aún combadas, las piernas dobladas en forzadas cuclillas, acabando de tocar tierra; me recordó, quizá fuera una réplica, el querubín dorado que vigila la esquina del Paseo de la Reforma con Burdeos, en Ciudad de México. En suma un recinto peculiar, e inesperado por mi parte, de espacios cuidados y limpios, y bonito, muy bonito, quitados sean sus propósitos.

En la parte más alta, colina arriba, lo que parecía una ampliación reciente, albergaba una pequeña plaza que rodeaba un mausoleo. Su acceso estaba protegido de las pisadas por un parterre de césped rasurado, pero un camino enlosado, flanqueado de cuidados rosales, toleraba el paso hasta la fachada principal.

Lo que me atrajo al lugar no fue la construcción, bella y elegante, por otro lado, pero muy común, aparentando ese gótico tardío tan habitual, ni tampoco me llevó hasta el sepulcro observar que ni una sola cruz o cualquier otro símbolo religioso lo poblaba, no, lo que llamó mi atención, lo que me imantó, fue ver una profusa decoración en el más precioso *Art déco* poblado de estilizadas figuras humanas en actitud de claro cortejo, en lugar de los esperados bajorrelieves de cohortes celestiales.

Al alcanzar el umbral de su puerta enrejada descubrí que el panteón no era sino la cubierta de una cripta. Una escalera descendente se adivinaba por entre los vidrios emplomados de las ventanas ojivales. Sobre la puerta un díptico simulaba un libro abierto al que se le había endosado una tercera leyenda, desde mi posición ya se alcanzaba a leer la pequeña letra grabada a cincel sobre el oscuro mármol:

‘No me despierten tus pasos al llegar, déjame reposar, que no hay sueño mejor que el de la muerte’, rezaba la inscripción izquierda de la talla; a la derecha un lacónico *‘semper simul’*; y, en el centro, sobre ellos, *‘Perdone Dios a quienes se arrepintieron de emularle’*. Sobre el conjunto marmóreo un blasón ovalado, esculpido en granito viejo, con un corazón en relieve y, sobre él, lo que parecía una rosa, una rosa cerrada como un tulipán, pero armada claramente con una espina en el tallo de la que el escultor pretendía colgar una gota de rocío, o de sangre.

Fue en ese momento, descifrando la flor, cuando escuché por primera vez

el timbre de la voz de Aurora. Me sorprendió por detrás, sin saludos ni prolegómenos, como llegando de puntillas:

«El párroco invocó el perdón de Dios, pero Aida prefirió recordar que la muerte no es sino un dulce sueño. Gael no quiso otra cosa que sellar con la eternidad su amor por Aida».

Acababa de escuchar dos nombres que me quitarían el sueño el resto de la semana. El resto de mi vida.

Aurora era una mujer cincuentona, de estatura media, morena de cabello y piel aceitunada. Y guapa, o mejor, todavía bella, pues debió serlo con avaricia en su juventud. Pero estaba triste. Era triste. De una tristeza profunda y resignada. Con un lejano acento norteño se presentó de inmediato, solo concluyó aquellas frases, y lo hizo como amiga de los allí sepultados.

Me habló de ser artífice del sepulcro, la encargada por sus moradores de ordenar y vigilar su construcción siguiendo fiel sus últimas instrucciones. Se disculpó por el sobresalto, por la cruda irrupción, y... me invitó a escucharla.

Bajábamos colina abajo cuando, sin pedirlo, pero con el consentimiento que evidenciaba mi gesto, empezó a hablar. Nunca he sabido de verdad por qué fue en aquel momento y lugar, ni por qué fue a mí y no a otra persona a quien decidiera contárselo. Aunque, más tarde, pretendió justificarlo.

Comenzó su narración sobre cómo habían llegado sus amigos, aquellos del panteón, a su definitiva morada. A los primeros compases del relato algo excitó con fuerza mi vena periodística, estaba fascinado con su dicción casi literaria y ya por el contenido de lo poco escuchado, así que decidí invitarla a almorzar para, sentados, sin aquel sol hiriéndonos las pupilas, escucharla detenidamente. Le hablé del fresco bar del pueblo y de sus económicos menús, pero no aceptó, sonrió y, para mi sorpresa, me propuso vernos más tarde, en la sobremesa, con el café, y en mi propia casa, en mi alquilado refugio.

Aurora se presentó a los postres y ante el prometido café, que comenzaba a bullir en la cafetera, le invité a retomar su narración. Café y discurso que se repitieron a la misma hora durante los siguientes siete días en los que permaneció en el pueblo. Con su permiso tomé mi bloc y mi rotulador de punta fina, y ella tomó la palabra, pero antes de satisfacer mi interés por la vida pasada y enterrada de sus amigos, me advirtió, y cito textualmente, aún hoy conservo las notas manuscritas.

«Antes que nada debo advertirte de lo raras que te parecerán mis palabras, pero deberás acostumbrarte a lo extraño, a lo muy extraño, si quieres seguir

escuchándome».

Recuerdo que Aurora esperó un nuevo asentimiento, y le correspondí, pero mi sonrisa ya se había disipado bajo un rictus de la sorpresa.

»Yo, amigo mío..., permíteme que te llame amigo —de nuevo asentí—, he vivido un mundo muy singular. Un mundo grande como el mismo universo, pero que no se ve, que se difumina entre lo cotidiano de nuestra existencia. Me entenderás si repito las palabras del *'replicante'* en aquella genial película de Ridley Scott... —dudó— ¿*Blade Runner*? —apunté—. Sí, *Blade Runner*. Y el androide creo que se llamaba Roy- ¿Te acuerdas de su mítica frase? —afirmé entonces con una sonrisa—. Con la lluvia resbalando por su pelo y unas lágrimas que solo se intuyen, le dice al protagonista: *'He visto cosas que no creeríais..., todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia'*. Así ocurrirá con todo aquello que puedo contarte, se diluirá, como lágrimas en la lluvia, si no aceptas que te lo relate».

El silbido de la cafetera rompió la línea de nuestras miradas y también aquella cuerda invisible que había tensado el ambiente con solo las primeras palabras. El olor a café quemado me hizo saltar del sillón tropezando con todo lo que encontraba en mi camino, mientras corría a apagar el fuego que ya chisporroteaba con el líquido desbordado por las paredes de la cafetera. El incidente sirvió de válvula de escape.

Servidas ambas tazas y, sacrificando con gusto mis esperadas vacaciones, me puse en el pellejo del periodista que dominaba y volví con ánimo renovado, ahora con el manual del entrevistador bien presente en mi comportamiento: ya no expresaría emoción alguna, nunca debe hacerlo un buen profesional si quiere que su interlocutor hable libre, aunque dirigido, pero sin contaminación, sin influencias.

Aurora pareció intuir mi predisposición y tan solo abrí de nuevo el bloc de notas retomó su crónica con aquella dicción tan rebuscada que estaba usando desde que empezó a hablar, parecía más que un relato un testamento, es lo que sentí durante todos aquellos días, me vi más como un albacea que como un sencillo escritor.

«He vivido y convivido en un mundo que nos es ajeno a los simples mortales. Oculto no solo a nuestras miradas, sino también a nuestro entendimiento. Querido Sean, hablo de un mundo rico y enriquecedor, de una luminosidad inenarrable, pero cuyo lado oscuro es mucho más que horripilante, la misma esencia del terror. Y peligroso. Muy peligroso».

De nuevo mis emociones saltaron a luz, no puede evitarlo. Recordé

entonces que en aquel momento todavía no me había presentado, y aun así ella sabía mi nombre. Quizá se lo dijeron en el pueblo, como lo de que yo era escritor y, aunque extranjero, hablaba perfectamente el idioma. Probablemente por eso se dirigió a mí, tenía una historia que contar y tenía a quien contársela.

«Necesito confesarme. No sé si estoy haciendo lo correcto, pero sí que debo hacerlo. Y tú estás preparado para ayudarme, eso también lo sé —Aurora había leído mis pensamientos—. Decía Oscar Wilde que es la confesión y no el confesor lo que te absuelve, por eso nada especial te pido, solo que me escuches».

La mujer se levantó y dio unos pasos, tomó aire y se volvió a sentar, sorbió su café y me miró de nuevo. El baile iba a comenzar.

»Has visto su heráldica en el panteón —esperó mi asentimiento, que realicé de inmediato—. Es un blasón de dama ovalado, como corresponde a las casadas. Un solo cuartel en campo de sable, es decir, negro. —Detuvo unos instantes el relato para mirarme a los ojos—. Disculpa mi cursilería, me cuesta hablar de otra manera, después de tanto estudiarlo... Continúo. En el centro, aunque no se aprecie en el granito, un corazón de gules. ¡Vamos, rojo, quiero decir! —abrió sus manos justificando de nuevo su amaneramiento—. Y sobre el corazón la negra diosa, una rosa de gules de cuyo tallo escapa una espina, y de la espina una gota, de roja sangre, como el corazón sobre el que reposa. —Otra mirada intensa— De esta familia te voy a hablar. De rosas blancas y de rosas negras»

En ese momento comencé a dudar. Empecé a pensar si no había metido en mi casa a una loca de atar. Es lo que me indicaba la inteligencia. ¡Con mi escuela! Pero algo me decía que no, que allí había una historia que escuchar primero y que contar después, así que el instinto pudo a la razón y continué escuchando. Nunca me había fallado la intuición periodística. Soplando el vapor de la infusión, Aurora se tomó largos segundos antes de proseguir, y me prometí no interrumpirla más, ni siquiera con un gesto.

«He vivido, te decía, un mundo intangible, pero tan real como está taza que sostengo. Y lo he hecho con el permiso de quienes allí habitan. Lo que es grande. Muy grande. Créeme. Nada ni nadie, pues las cosas y las personas son una misma cosa —sentenció—, pueden saber de su existencia, salvo sea, claro está, con su permiso. Sin ese consentimiento solo hay muerte. Así de simple».

Aurora hablaba muy en serio. Nada en su voz o en su rictus denotaba

desequilibrio alguno, al contrario, emanaba una sensatez apabullante. Aquella mujer decía la verdad. O, al menos, su verdad. Y persistió en ello:

«Hablar de esto realmente no me está permitido, pero la muerte me acecha ya con este cáncer imparable —la confesión aclaraba muchas cosas—. Y creo que debo hacerlo. No me preguntes por qué, lo cierto es que no sé qué es lo que me impulsa a hacerlo, pero me ocurre cada vez que visito el sepulcro de Gael y de Aida, juraría incluso que son ellos quienes me los están pidiendo desde donde quiera el cielo que reposen, y esta es la vez en la que no puedo dejarlo para otra ocasión, no habrá otra ocasión. Yo, como Roy, el replicante, al final de su alegato que se mezcla como sus lágrimas en la lluvia, yo también añado: *‘Es hora de morir’*».

La mujer no dio tiempo a aflorar las emociones y destensó la tirantez de la revelación con nuevas peticiones, casi órdenes. Señalando el bloc de notas sobre el que yo garabateaba, sin dar tiempo a que le resbalarán las incipientes lágrimas, comenzó a dictar unas recomendaciones para mis escritos.

«Por favor, no describas con detalle a ninguna de las personas que yo mencione, ni te recrees en ellas, es muy importante, debes creerme. En esta dimensión, por raro que te parezca que hable de dimensiones, estos detalles son pistas, pequeñas agujas que se clavan en la nervadura del sistema transmitiendo información, yo diría agudas sensaciones, localizaciones, rastros olorosos, por decirlo de algún modo, rastros muy fáciles de seguir si se repiten como un rosario de cuentas.

»Tampoco cites los lugares exactos, ni sus nombres en un mapa, al menos aquellos de los que yo te advierta. Usa palabras gemelas, si quieres, eso no importa, pero nunca, nunca, describas con detalle a ninguna de las personas que se vestirán por mi boca, el mero pensamiento usado para su reseña desprenderá muchos vapores, y te encontrarán».

Tenía mil preguntas empujando por aflorar, aquello era una locura, pero mi interés era la confesión, y no se debe interrumpir al confidente, aun así una cuestión se me hacía urgente por encima de las verdaderamente importantes, iba a preguntar por los nombres propios, los que ya habíamos pronunciado largamente, pero, como ya estaba convirtiéndose en habitual, Aurora se adelantó:

«Sus nombres son comunes, nombres de pila, registros vulgares. Pero aun así son indicios, es verdad. Eso sí, siempre que al nombrarlos acompañen una descripción. O detalles relevantes. Entonces sí, entonces se convierten en pruebas, y las pruebas llevan a la acción. Es cuando te esfuerzas en contar a

otra persona como es una tercera cuando vibra sobremanera, todo tu cerebro se activa, te recreas en aquel al que pretendes dibujar con palabras. Entonces sí». Y concluyó: «Sabrás por mí como son o como eran las personas de las que te hablaré, pero tú no lo harás, tú no lo harás saber en tu literatura, juega sin ese recurso al escribir, te lo ruego».

Me resultaba imposible no trascender a mi disfraz de periodista, nunca mi imagen profesional había sido tan permeable, las emociones se filtraban como a través de una máscara de papel y se dibujaban en cada uno de mis gestos, incluso la letra de mi rotulador lo confesaba temblorosa, lo que nunca me había ocurrido.

Aurora, de nuevo con aquella clarividencia, se levantó y preguntó por el baño, sabía que con aquella momentánea huida por bambalinas me daría tiempo a recuperarme, pero mis pensamientos no me abandonaron en absoluto, no entendía por qué estaba tan nervioso, y menos frente a una mujer, a una mujer guapa quiero decir. La situación me resultaba inverosímil, tanto mi acervo profesional como mis años de entrenamiento en el inútil poder de seducción masculino se derrumbaban frente al extraño magnetismo que emanaba aquella mujer, entre atractivo y repulsivo, saltando entre una y otra sensación a modo de pulsión, pero tan rápidamente que parecían una misma cosa. Sorbí por fin el dedo de mi café, los posos me supieron amargos, Aurora volvía a escena.

«Para contarlo, me dijeron —aclaró señalando al cementerio y refiriéndose a sus amigos—, debe serlo a una persona desconocida y en poco tiempo, usando poco tiempo, como lo está siendo ahora, solo así puedo garantizar su seguridad, tu seguridad querido Sean».

Aquello me superaba. A pesar de mis años de trabajo duro entrevistando mafiosos y señores de la guerra, aquello me superaba, Al parecer mi propia seguridad estaba en juego, y sin saber todavía por qué. Se agolpaban las quejas más que las preguntas en mi boca, pero inspiré y me tomé un descanso, esta vez fui yo quien decidió ir al baño, no sin antes dejar claro que merecía una explicación a mi vuelta.

Bañé mi cara con el cuenco de las manos, el agua fría me sentó bien, no así el café que se retorció en mis entrañas. Y volví a por las explicaciones. Aurora no sonrió esta vez. Tierna, como hasta el momento, pero firme, me espetó:

«Si quieres que detenga mi relato; vamos, mejor dicho, si quieres que no dé comienzo; dímelo ahora, después podemos interrumpirlo si me lo pides,

pero es posible que ya sea inútil».

Mi cara de póquer se desplomó al instante. ¿De qué me estaba hablando esta mujer? ¿Cómo podía tomar semejante decisión, si era cierto lo que decía, lo que no podía creer, pero deseaba escuchar, si no me había contado todavía nada?

Mi semblante oscilaba entre el enfado y el temor, pero venció algo atávico en mi interior y el niño que siempre pretendo ocultar aprovechó para salir a flote, inseguro, temeroso, junto con una lágrima independiente, libre, sin control, una sola y escasa pero elocuente lágrima rodó por mi mejilla. Nunca, que yo recuerde, me había pasado tal cosa, ni en las situaciones más tristes ni en las muy peligrosas, siempre había sabido contenerme, nunca se me había nublado la vista.

Aurora pareció incomodarse, quizá arrepentida, por pura empatía con aquella lágrima insurrecta. Pero me rehíce. No podía callar ahora aquella prometedora historia, fuera cual fuese, natural o sobrenatural, real o inventada, me daba igual, era un profesional, un escritor y periodista, y dije sí, accedí, abrí aún más si cabe mis oídos y la invité a continuar. Y Aurora reanudó su charla. Y yo empecé, ahora sí, a tomar verdaderos apuntes, a escribir con método.

Todo lo que seguidamente se relata fue narrado por aquella mujer, yo solo me he limitado a novelarlo sin añadir nada esencial, Aurora tuvo a bien someterse a mis necesidades como escritor y contestó a cuantas preguntas le formulaba para dibujar las escenas, los detalles. Las descripciones y el modo de los diálogos, incluso los pensamientos de los protagonistas, la esencia de sus reflexiones, son todos de su factura; aquella mujer no solo tenía una memoria prodigiosa, sino que parecía haber sido confidente íntimo de los personajes de aquella incipiente novela biográfica. Las fechas y los lugares han sido disfrazados por mí, me permito esa licencia, por mi propia seguridad, por nuestra seguridad. Aurora cerró aquella reunión de prolegómeno con unas todavía más extrañas palabras:

«Estuve expuesta demasiado tiempo. He sido ellos y ellos fueron yo misma, por eso hablo desde la vivencia de lo que nunca viví. Tengo una semana. Esta semana. Si quieres la historia debes empezar a escribir. Y si te pesa el temor, lo que entenderé, terminamos tu delicioso café y nos despedimos. Tuya es la decisión y mías las advertencias».

Valgan pues idénticas exhortaciones, queridos lectores, que sea el corazón y no la razón la que os oriente (de nada os servirá la razón). Yo tomé una

decisión, la de escribirlo exponiéndome días y noches, pero cerrar un libro es tan fácil, es solo cuestión de fuerza humana.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1º

Los Rosales

Al término de una mañana de apretado calor aquella tarde se fue volviendo oscura y plomiza, fresca, como un otoño temprano. El cielo era una oscura sábana de nubes rugientes, una descomunal y áspera formación nubosa se estaba arrugando sobre la caldera donde se escondía aquel pueblo rodeado de cumbres. Pasadas las seis sonaron los primeros truenos y media hora después el capote de nubes se desgarró incontinentemente. Gael despertó sobresaltado de su siesta, tanteó para dar con los postigos de la ventana cerrados contra un sol de mediodía y abrió los ojos en una habitación en penumbras, anochecida. A desgana y más cansado que cuando se tumbó, en pago de un sueño excesivamente prolongado, se reanimó a toda prisa revolviendo la maleta para dar con el chubasquero. «Cinco días de calma chicha. ¡Cinco! ¿Y justo hoy?», murmuraba mientras optaba definitivamente por volcar el contenido de la maleta sobre la cama.

La elección reiterada de aquel pueblo serrano la basaba Gael Azcona precisamente en su carácter lluvioso, que no se amedrentaba en el estiaje. Las precipitaciones periódicas, más que los manantiales, siempre fluyentes, de todos modos, pintaban de un verde casi celta aquellos montes tan cercanos al Mediterráneo, a pesar de la cercanía al Mediterráneo. Para Gael aquello era un poco volver a su infancia en el norte, por eso elegía aquel lugar, pero diluviar precisamente el día en que iba a visitarles le pareció un golpe de excesiva mala suerte. Y una mala pasada por parte de su querido Castropeñas.

—¿Qué? ¡¿Llueve o no llueve en estos Lares?! —elevó la voz con ironía Don Felipe, camarero, mantenedor, recepcionista, cocinero en ocasiones y, siempre, dueño del hostel.

—¡Desde luego que llueve! —contestó mientras alcanzaba el bar por la escalera de las habitaciones—. Pero si ha de hacerlo un día por semana y de esta manera me sentiré estafado.

Don Felipe, que continuaba, trapo en mano, secando vasos tras la barra,

estaba seguro de que la sequía de aquella semana era el origen de aquella rabiosa tormenta y recordó a su huésped que el pueblo se asentaba en el fondo de aquel valle, en una profunda hoya rodeada de las más altas cumbres de la región, señalando una ventana por donde debieran verse las montañas hoy ocultas tras la cortina de agua, y que *la Tramontana* se colaba por aquella puerta al cielo, aquel enorme desfiladero, el congosto de *Matáguilas*, única entrada al valle, y que era por allí, volviendo a señalar la ventana, por donde soplaba el viento del norte que enfriaba el ambiente. «Cómo si estuviera Castropeñas en los Pirineos. ¡O en los Alpes!», concluyó.

—Está bien. Está bien. Lo decía en broma —le tranquilizó sonriendo Gael—. Además, ya sabe que si he venido es porque confío en usted como si fuera mi padre. Y ahora —dijo aupándose a uno de los taburetes de la barra— sírvame uno de esos *carajillos* calientes que sabe usted preparar, y no queme mucho el *coñac*, que la tarde la pintan fresca y marchó ya mismo para *Los Rosales*.

La cara de Don Felipe se crispó al escuchar el último comentario, al igual que las de los otros clientes del bar que hasta ese momento solo habían reído sin intervenir.

—¡Mire que es usted cabezota! ¡Carajo! —dijo un parroquiano sentado junto a la ventana de los porches, desde donde se veía morir ahogada la plaza Mayor del pueblo.

—Y mal amigo, que los buenos no hacen sufrir a los que te aconsejan con sensatez —medió casi a contrapunto el cartero, que se acababa de levantar y caminaba hacia la barra.

—No quiero ser desconsiderado, amigos míos —se defendió Gael—, pero yo no me arrugo ante supercherías y...

—¡Bla, bla, bla! —le interrumpió el dueño del hostel saliendo de la barra y sentándose en el taburete contiguo al tiempo que le llevaba el carajillo humeante—. ¡Aquí no mandan cojones, sino razones!

—De acuerdo, de acuerdo, no se sulfuren. Les prometo tenerlo en cuenta —habló Gael a Don Felipe y a la escasa concurrencia—, pero comprendan mis dudas. ¡Caray! ¡Que yo he estado en guerras armado solo con mi pluma! Que el mundo es muy grande y he visto muchas cosas como para que...

—Mira hijo, ya sabemos de tus ‘huevos’ como corresponsal de guerra —le cortó el hostelero tuteándole con la licencia de la edad—, y perdona mi cabezonería, pero soy tu amigo porque lo fui de tu abuelo, al que tanto debemos en esta sierra y, aunque solo sea por su recuerdo, ¡Dios lo tenga en

su Gloria! —se santiguó— sabes que debo advertirte sobre *Los Rosales*.

—Por lo que sé el único peligro es la carretera, por lo demás esa finca solo peca de lejana. Y nada más —Gael se impacientaba.

Las campanas de siete terminaron con la conversación y sacaron de la comodidad de la taberna a un Gael nervioso y algo enfadado. Se despidió rápido, temiendo le retuvieran de nuevo, y alcanzó la calle y su Land Rover recién estrenado que había estacionado frente a la misma puerta del local. El diluvio seguía apedreando los tejados y los adoquines con gotas como puños. Gael encendió las luces cortas, pese a la temprana hora, y sacó el todoterreno del pueblo sorteando ríos de agua que corrían calles abajo. Una vez enfilada la carretera comarcal, que daba acceso a la población y que discurría por una de las laderas del alto congosto de Matáguilas, retomó para sí la razón de la conversación interrumpida por las campanas de la misa vespertina.

Los Rosales era un conjunto de construcciones en el centro geométrico de los denominados *Cerros del Marqués*, popularmente conocidos como *Los Cerros*, formados por una inmensidad de hectáreas asentadas en suaves colinas boscosas en lo alto de una meseta escarpada y prácticamente inaccesible a más de mil quinientos metros sobre el nivel del mar, cercano, por otro lado, hasta el punto de que desde lo alto de *Los Cerros* podía verse en días claros las lejanas *islas Columbairas*.

La única vía disponible para llegar hasta esas suaves, aunque altas cumbres, era la pista de *Los Estrechos*, una carretera local que partía desde la mitad de las hoces del *congosto de Matáguilas* en una intersección peligrosa con la carretera comarcal, más o menos en los kilómetros centrales del cañón.

La pista de *Los Estrechos* se colaba por una altísima grieta abierta en el acantilado de ese lado del congosto. Una vez en ella el asfalto subía y subía, entre peñas, entre bosques, hasta desembocar en *Villa Sieras*, la casa mayor de *Los Rosales*, un palacete de corte modernista que se construyó aprovechando una construcción renacentista que, a su vez, se levantó sobre una más vetusta villa romana de la que subsistían algunos restos de obra. Villa romana, por cierto, tardía, propia del imperio romano oriental, de la Constantinopla reconquistada por la cuarta Cruzada, algo verdaderamente inusual en aquel lado del Mediterráneo, y todavía más si se contaba con que algunos signos inscritos en la piedra romana no eran latinos, sino turcomanos, propios de los pueblos que emigraron del Turquestán a Anatolia en la baja Edad Media. Inexplicable. Al menos eso es lo que pudo averiguar Gael en los archivos municipales y, *on-line*, en los del museo etnológico capitalino.

Entre los bloques graníticos supervivientes de la fortificación romana se conservaban algunos basamentos cilíndricos, cincelados con inscripciones, que estaban a la vista ya que antiguos propietarios los usaron para posteriores remodelaciones. El azar quiso que, en la entrada del complejo, en el marco donde mordían sus garras las bisagras de la cancela, algunas terminarán juntas, unas sobre otras, muy a la vista, casi a la altura de los ojos; la curiosidad de que los trazos legibles fueran precisamente: *lacrimae, infernum* y lo que sin duda era el final de una incompleta frase: *...mini lupus*, alimentó el ya de por sí notable patrimonio supersticioso del pueblo.

Pero lo que si excitaba el prurito profesional de Gael Azcona era la segunda parte de los miedos populares y es que en cada generación se conocieron desaparecidos, todos ellos envueltos en un misterio irresoluto, sin causa aparente, nada de nieves tempestuosas, por otro lado habituales en los altos y en el invierno del lugar, o accidentado montañismo, nada de todo eso, en todas las referencias —que se remontaban algunas a archivos verdaderamente antiguos, algunos tanto como el propio pueblo— solo un elemento en común les aportaba el concepto de serie, y es que en todas ellas era patente o muy probable la existencia de una relación entablada previamente por el desaparecido con los propietarios de *Los Cerros*, una familia tan antigua como las piedras de su finca.

Ya fueran palafreneros medievales o taxistas de hará unos años, ya habláramos de electricistas o de sastres decimonónicos, ya fuera por motivos laborales, de amistad o por razones puramente circunstanciales, de una muy amplia galería de variopintos personajes, no importaba la condición ni el tiempo, se tenía referencia, más o menos nutrida, de su desaparición en una visita a *Los Cerros* y en relación con algún miembro de aquella familia. Pero de las investigaciones hechas por Gael, durante los cinco días en los que había navegado por multitud de archivadores oficiales y en la red, nada concluyente se podría deducir.

El caso era, con ganas, propio de cualquier programa de ciencias ocultas de la madrugada televisiva. Por otro lado, y aunque fuera curiosa la relación que siempre se daba entre los desaparecidos y la familia Sieras, lo cierto es que tanto hoy como antes, desde siempre, como demostraban ciertas tablillas romanas halladas en las excavaciones, mucha gente ha trabajado con la familia, como asistentes, administradores, proveedores, o lo que fuera, por lo que no era extraño que se produjeran esas pérdidas en aquellos cerros tan boscosos y con hondonadas tan escarpadas, con tanta gente subiendo y

bajando de la villa y durante tanto tiempo la probabilidad era altísima. Y por eso se enfadaba con Don Felipe y sus parroquianos, por ese afán pueblerino y chismoso de seguir siempre la más tortuosa explicación si contaba con tintes sobrenaturales y supersticiosos.

Ejemplos de desapariciones absurdas pero con una explicación plausible tenía Gael de sobra, después de su ardua investigación, así un taxista que tenía contrato con la familia, del que no daremos más referencia, se supo que poco antes había abandonado su relación conyugal y el vínculo mercantil con la empresa para la que había puesto su taxi y su conducción como contribución societaria; aquel hombre hizo su trabajo en *Los Rosales* y, simplemente, no volvió a una casa a la que no quería volver, esa era, por ejemplo, la explicación clara que Gael veía en aquel concreto caso.

O, más en la noche de los tiempos, una baronesa amiga de la familia que se perdió durante una batida de caza en aquellos bosques, lo que sería suficiente explicación si contamos con que hoy los servicios de emergencia ayudados de helicópteros dotados de infrarrojos y otras modernidades no serían capaces de encontrarla, pero no, la noble no debió de perderse mucho tiempo a juzgar por las referencias que se encuentran de ella en años posteriores y en la encantadora Venecia. No, si se investigaba tan solo un poco todo aquello tenía explicación, como también la tenía, de todas formas, la preocupación de Don Felipe que solo deseaba lo mejor para el nieto de su amigo y benefactor.

Ya en la historia reciente, pasado el episodio del taxista, nadie había desaparecido, o mejor, nadie lo había hecho todavía, quizá porque nadie se había aventurado en aquellos cerros salvo el servicio de la familia y, puntualmente, los administradores y algún proveedor; solo una empresa maderera trabajaba unas laderas junto a la pista de *Los Estrechos*, pero ellos no tenían contacto con los Sieras, la familia del *Marquesado de Los Cerros*, ya que simplemente habían comprado los derechos de explotación de un pequeño bosque e iban y venían sin más implicación, lo que explicaba su ‘inmunidad’, según Don Felipe.

Y todo hasta ese día en el que probablemente la maldición volvería a repetirse por la cabezonería de su huésped y amigo, se lamentaba el hostelero, ese día de julio en el que Gael Azcona, nieto del Excelentísimo Don Leonardo Azcona Pereira, que fuera Gobernador y espléndido benefactor de la provincia, había decidido visitar a una joven que le habló de la casa de su madre, una villa en lo más alto que permitían las cumbres de una concreta comarca que Gael conocía bien.

Aida Hugonote de Sieras y Dosaguas era la enrevesada filiación, cargada de polvo nobiliario, de una joven bastante más diáfana que sus apellidos. Aquel día, la chica, pelirroja, con la rizada melena recogida en una coleta que tapaba su sensual nuca, vestida con la elegancia de quien no lo pretende, natural, guardaba su turno frente a una taquilla de estreno. Su digno porte no se descompuso cuando alarmada vio como la taquillera, que la atendía en ese instante, se venía abajo víctima de una repentina lipotimia, como luego se supo. Aida, a la que toda la gente agolpada en la cola miraba interrogándola por lo que acababa de ocurrir, no reaccionó con aspavientos, como ya empezaban a hacer algunas de las que le seguían, ni siquiera gritó, habló con firmeza pidiendo un médico entre los presentes, lo que ya no fue necesario pues la empleada ya se recuperaba auxiliada por los propios compañeros de cabina.

Ese día y en esa cola estaba Gael, unos pasos más atrás, y se percató de un detalle que parecía pasar inadvertido a la concurrencia, la joven pelirroja sollozaba, a escondidas, bajo aquel velo de templanza, pero lloraba. Muchos de los clientes, insolidarios, comenzaban a quejarse temerosos de que comenzara la proyección, despreocupándose ya de la desdichada taquillera y exigiendo al resto de empleados, que andaban dando aire a su compañera, que les atendieran. Aida renunció a su puesto preferente y se apartó de la cola para, por entre los vidrios de la taquilla, interesarse por la desfallecida. Gael se le unió.

La escena concluyó ante un café con hielo en una cercana terraza, lejos de una película que ya no deseaban disfrutar- La conversación derivó en el calor de aquel verano sofocante y, este, en lo fresco que es el estío en el *Alto Guadalmontán*, donde Gael conocía a un hostelero amigo de su fallecido abuelo. Sonrisas ante la coincidencia. Aida le hablaba entonces de *Los Rosales*. Más sonrisas, miradas y química. Poco después la promesa de visitarla el próximo julio, durante sus vacaciones en el trabajo. La tarjeta de visita como dirección rezaba: *Villa de Sieras, Los Rosales. Camino de los Estrechos, Km.32. Carretera comarcal de Guadalmontán, entrador Km. 21. Castropeñas.*

Para Gael fue un flechazo de libro, si es que existen libros que puedan explicarlo, pero describirlo seguro que sí, cualquier libro de medicina —se decía el periodista— sabría al detalle de aquellos síntomas: vacío estomacal, aletargamiento, mirada perdida, cambios térmicos, pero, sobre todo, no poder dejar de pensar ella, en su sonrisa y como salía suave de aquellos labios. No

se lo podía creer, se había enamorado en un abrir y cerrar de ojos. Ya había vivido algo parecido, pero cuando tenía menos de quince años, a estas alturas le resultaba absurdo, incluso incómodo, pero agradable, perversamente agradable.

Gael se midió con Aida, él tenía al menos diez años más que ella y era, desde luego, mucho menos atractivo; por otro lado ella parecía de familia bien, más aún, de rancio abolengo, y él era un triste licenciado, aunque, eso sí, su abuelo fue todo un personaje de reconocidos méritos filantrópicos. «¿Qué más da?», se decía el periodista, el encuentro había sido muy tierno, encantador, y divertido. «¿Por qué no intentarlo?».

Una curva muy cerrada le obligó a salir de sus pensamientos, que habían pasado del moderado enfado con el hostelero al día en que conoció a Aida, la lluvia comenzaba a moderarse, pero debía concentrarse en la carretera, camino de *Los Rosales*, o no volvería a ver a Aida, ni a nadie más.

El hito pasó rápido por la derecha del Land Rover, Gael tuvo que retroceder para comprobar que los diez kilómetros que marcaba coincidían con los de su cuentakilómetros. La lluvia había moderado su furia, pero sin dejar de caer. El relativo sosiego del chaparrón tranquilizó a Gael que ya no tenía que conducir guiado exclusivamente por la desgastada línea blanca que marcaba el borde derecho del camino asfaltado. Ahora podía saborear, en los intervalos del limpiaparabrisas, el paisaje circundante, aunque con la luz filtrada de azul que permitía aquel capote de cielo y entre aquellas nubes que se desgarraban como algodón en las copas de los árboles

La pista de *Los Estrechos* comenzaba su escalada a unos diez kilómetros del pueblo, desde un entrador situado en la mitad de la carretera comarcal, una calzada de dos carriles, con multitud de catadióptricos reflectantes en el guardarraíl, bien conservada, que se aferraba serpenteante a uno de los lados del desfiladero de Matáguilas, casi como un camino colgante. Al fondo el *Guadalmontán*, cuyas aguas discurrían sonoras en la lejanía, muchos metros más abajo.

Aprovechando una gran fisura rocosa en ese lado poniente del cañón, donde se formaba un nuevo, aunque mucho más estrecho desfiladero, completamente pétreo y ascendente, se encontraba la intersección, una pequeña planicie asfaltada dotada de una herrumbrosa señal de stop para los que se incorporaban desde la pista de *Los Estrechos*. El camino trepaba rápido. Sin terminar la ascensión se colaba por un túnel natural reforzado por la obra humana donde un cartel metálico, ovalado y que debió ser dorado, al gusto decimonónico, anunciaba loores al ‘*Ilmo. Sr. Leonardo Azcona y Pereira. Gobernador Provincial*’, el mismo cartel que se exhibía en la presa y en el puente nuevo.

A la salida del túnel el bosque engullía el camino y el asfalto se lanzaba a más de veinte kilómetros de ‘montaña rusa’ entre encinas en lo más bajo, avellanos en lo más alto y eucalipto y pino negro durante todo el camino,

después una inesperada campiña, ya en los llanos de las cumbres, salpicada de pequeños bosquecillos de sotobosque y en muchos lugares arañada de hileras de cortas vides. El cuentakilómetros marcaba entonces los treinta redondos, a falta de dos si la imprenta en la tarjeta de visita de Aida era correcta.

Al bordear un pequeño cerro la pista se ensanchaba y se alcanzaba a ver su culmen a los pies de los muros de *Los Rosales*. Gael se impresionó ya desde la cercana lejanía, parecía, intramuros, un complejo de edificaciones dispersas, la central, *Villa Sieras*, supuso, destacaba sobremanera. A medida que se acercaba fue reduciendo la velocidad para poder observar con tiempo, se trataba de un palacete rectangular de dos alturas encorsetado por la yedra de la que sobresalían balcones romos sustentados por lo que parecían motivos florales y personas, que luego pudo comprobar se trataba de ángeles y sirenas, o lo que parecían ángeles y sirenas, enredados en una maraña de vegetación, de flores y hojas trepadoras, todo ello de hierro forjado. A la izquierda del palacete, sobresaliendo entre las copas de los árboles del jardín, se adivinaban las tejas y la buhardilla de un edificio cilíndrico algo más alto que la villa central. Toda la obra era una arquitectura de hierro, ladrillo visto, cerámica y vidrios policromados, más mágica que modernista.

Al alcanzar por fin la cancela pudo ver que, tras los muros, altos y musgosos, como los estrechos que defendían como fosos aquella meseta, una nueva edificación se sumaba a las vistas durante la aproximación. A la izquierda del camino, pero ya intramuros, un viejo pero remodelado caserío se apostaba junto a la entrada. Antes incluso de detener el todoterreno salía de la casona un hombre mayor, casi anciano, pero ágil y decidido, que se aprestó a batir las pesadas hojas de la cancela. En lo alto un escudo de armas, que no llegó a apreciar con detalle, se partía en dos. Mientras Gael esperaba abrió la ventanilla dejando entrar la entonces suave lluvia.

En la columna de la izquierda, como le dijeron, donde encajaban las garras del marco de la cancela, pudo entonces ver con claridad los restos de columnas labradas con las inscripciones latinas, palabras gastadas, casi ilegibles, pero claras y contundentes, como las piedras que surcaban, *infernum, lacrimae, lupus*. Lo cierto es que lo normal es que alimentara los celos de quien quiera que del pueblo hubiera estado allí; aquello parecía una advertencia, o puede que realmente lo fuera... Súbitamente una sombra se interpuso ante sus ojos, ocultando las inscripciones.

—¡Buenas tardes, Señor! —dijo el portero, que se acercó a la ventanilla

cuando hubo apartado por completo los batientes. Gael dio un respingo—. Soy Matías. ¡Para servirle a Dios y a Usted! —la cara de Gael le alertó del desconcierto momentáneo porque añadió— ¡El portero! Y cuidador de *Los Rosales* y de las uvas del *Marquesado*. Siga el camino y pase la fuente, junto a los porches de la villa hay un apeadero cubierto, déjelo allí su coche o se empapará —la lluvia comenzaba a arreciar de nuevo.

El agradecimiento de Gael no lo escuchó el portero que se había apartado dando rápidos pases con una mano mientras que con la otra se ajustaba el impermeable por las solapas. Por el retrovisor pudo el periodista ver el cierre de la pesada cancela a empujones del Sr. Matías, que resbalaba entre charcos y húmeda pinocha, y, ahora sí, como en lo alto se recomponía el escudo de armas articulando un gran óvalo coronado, ribeteado en dorado, con una rosa negra sobre un corazón rojo, el mismo que había investigado antes de subir a la finca.

Entre la entrada y la fuente un *Neptuno* emergía de un océano formado por el escaso calado de las aguas de una piscina circular, situada como glorieta en el centro del acceso. El camino se desdibujaba ahora bajo la hojarasca, después continuaba rectilíneo atravesando un corto y espeso bosquecillo de castaños para convertirse al fin en un ancho paseo de carruajes flanqueado de jardines versallescios y setos laberínticos y, sobre todo, rosas, muchos y variados rosales, la mayoría plagados de rosas burdeos, pero también blancas y, en alguna ocasión negras, aterciopeladas rosas negras como la noche, como nunca las había visto ni sabía que existieran. Más de un kilómetro, calculó, de ruta interna, lo que sumaba algo más de treinta y tres kilómetros en el salpicadero del todoterreno cuando lo estacionó bajo unos cobertizos claustrales que parecían portales de antiguas cuadras.

El suelo de gravilla le recibió escaso de charcos, a pesar de que la lluvia había vuelto a enfadarse. Pasaban de las siete y media y el cielo de verano se había vuelto oscuro y ruidoso, de nuevo unas nubes negras se retorcían en lo alto, como en un pozo invertido con su fondo suspendido y repleto de aguas sonando con un eco amenazador.

Frente a la entrada al palacete un porche cuadrangular sustentaba con columnas jónicas un techado a dos aguas en el que refugiarse mientras se accionaba un timbre eléctrico, pero accionado con la cadena de un campanilla que se escuchaba igualmente. El frontis triangular vestía la heráldica que había visto en la cancela. Ya a resguardo pudo ver sobre su cabeza que del techo suspendía un inmenso farol de florituras de hierro y

vidrios tintados, verdes y granates, simulando con acierto una granada a medio abrir. El viento lo hacía girar sobre su gozne, chirriando, y en su interior una mortecina luz se acobardada entre tanta filigrana, pero dejaba escapar un potente foco central por el vacío de su base. El chorro de luz perfilaba con claridad el charco que se iba agrandando a los pies del periodista.

Aida sorprendió a Gael cuando sacudía las gotas de su impermeable — ¡Pero...! ¡Cómo llegas! Pasa, pasa. Por favor. Y perdóname, te lo ruego, nunca hubiera imaginado que el día en que te he invito a venir fueran a derrumbarse los cielos.

—No te preocupes, Aida, por favor —contestó incómodo al no haber tenido tiempo siquiera de rehacerse la raya del peinado que, completamente mojado, le encajaba en la cabeza como un casco de hierro.

A la respuesta se entrecruzaron dos besos protocolarios y se encontró ya en el interior de la casa. Cuando se encendieron todas las luces del recibidor un indeseado ‘joder’ se le escapó al periodista que lo hizo sonrojar, pero no impidió verbalizar su admiración ante aquel magnífico *hall* circular rodeado de columnas de mármol pegadas a las paredes que soportaban un cielo de vidrieras, una altísima claraboya por la que adivinaba el resbalar de la lluvia en el exterior. En el fondo una ancha escalera subía a un primer piso bifurcándose a izquierda y derecha para morir, por ambos lados, en una balaustrada que rodeaba la platea. Una vidriera ojival de notables proporciones dejaba también entrar tamizada luz en el rellano de la escalera, donde esta se bifurcaba a norte y sur. Gael se había quedado boquiabierto con la cabeza doblada sobre la nuca mirando en alto.

—¡Menudo palacio! —balbuceó—. ¡Parece la casa de *Casper*!

De nuevo los colores poblaron las mejillas del periodista que había comparado aquella belleza arquitectónica con una película infantil, la que protagonizara Christina Ricci, siendo que lo que le avergonzaba era que quedara claro que le gustaba ese tipo de películas. Pero Aída rio cristalina, sin segundas.

—¡Es verdad! ¡Nunca me había fijado! Es nuestra casa, aquí, en este país, desde hace muchas generaciones —Aida hablaba señalando distintos rincones del salón recibidor—. Verás que se superponen estilos, tantos como antepasados, hasta la abuela...

La chica se entristeció y Gael se dio cuenta de inmediato. Sin poder remediarlo le cogió la mano y la acarició. Estaba prendado de esa mujer, su tristeza le dolía a él como heridas propias. La chica le sonrió y retiró sin rencores la mano para seguir con sus explicaciones.

— Bueno —continuó—, desde la abuela; ella fue la última en dejar su impronta. Nosotros solo hemos decorado la sala de prensa, donde desayunamos y tomamos el café, se empeñó mi hermano en comprar una mesa delicadísima de cristal —decía la joven con ironía habiendo recuperado el ánimo— y unas feísimas sillas de diseño, unos tubos de metal que hacen un ruido espantoso cuando las arrastras para levantarte, porque hay que arrastrarlas de lo que pesan...

—¿No vive? ¡Tú abuela quiero decir! —de inmediato el hombre se arrepintió de haber hecho aquella pregunta. Aida había cambiado rápidamente de registro entre el triste del recuerdo de la abuela y el divertido de las sillas de diseño, y él, con torpeza, la había devuelto al anterior estadio. Del verde de los ojos de la joven se escurría una lágrima.

—No, murió hace tiempo —contestaba mientras con el dorso del índice se enjugaba el sollozo—. Perdona, la quería mucho...

—Perdóname tú, te lo ruego, he sido un torpe...

—No te preocupes, de veras, no podías saber ni es normal mi reacción, pero es que fue muy injusto —ella hablaba con voz trémula. De repente subió el registro y mirando al hombre dijo—. Murió de amor.

El periodista notó el cambio de tonalidad y de intención en la voz de su amiga, pero no se atrevió a intervenir. Ella prosiguió.

—Fue una historia de amor...—entonces levantó la cabeza y miró a los ojos de Gael—, que tiene que ver contigo —la sorpresa hizo brincar a Gael sobre el terreno volviendo a sonrojarle

—¿¿Conmigo?!

—Sí. Yo tampoco lo sabía. Mi madre me lo contó cuando le dije que nos conocimos en la ciudad y que te invité a venir —Aida alegre entonces el semblante—. ¡Pero...! ¡Vamos! La cena está servida y mi familia te espera. ¡No sé qué van a pensar de mí!

Su vaporoso vestido viró más lento que ella misma dejando entrever unos muslos largos y tersos, blancos como su naturaleza. Aquella chica le estaba volviendo loco como ninguna lo había hecho, a pesar de sus esfuerzos por ser un donjuán, asignatura en la que era verdaderamente torpe. De la mano arrastró a su amigo hacia una gran puerta corredera tras la cual, en un gran

tresillo victoriano en lo que parecía la antesala del comedor, una mujer morena, de melena ondulada y de piel levemente aceitunada, vestida elegante y absolutamente de negro, incluidos unos zapatos aterciopelados de tacón o los pendientes de zafiro, de unos cuarenta cortos años y de una belleza magnética, como las madonas del cine italiano, levantó una mirada negra como el azabache en el interior de unos ojos grandes y rasgados, como las reinas de Egipto.

Antes de que la mujer hablara se levantó junto a ella un joven en el que Gael no había reparado, obnubilado como estaba ante aquella rotunda presencia femenina. El joven, de la edad aproximada de Aida, aunque algo más mayor, quizá dos o tres años, moreno, atractivo, de angulosos rasgos, tendió al periodista una mano firme que apretaba mientras se escuchaba la voz de la mujer saludarle. Acababa de conocer a la madre y al hermano de su amiga.

El ambiente durante la cena fue relajándose de forma paulatina, de tenso a distendido, de cordial a familiar, en parte por el buen vino cosecha del *Marquesado*. Doña Violeta, así se llamaba la madre de Aida, verdadero parangón de Sofía Loren, —así lo pensó el periodista—, le comentó durante la velada que fue para ella una muy agradable sorpresa recibir la noticia de que iba a conocerle. La mujer, sin miramientos, como si la revelación fuera de lo más común, le informó de que su abuelo, el *Gobernador*, como se le conocía en el terreno, fue antaño amante de su propia madre, la abuela de Aida. «Claro está que cuando aquella enviudó», matizó de inmediato Doña Violeta.

Gael enrojeció, por cuarta vez aquella noche, esta vez ante la temprana franqueza de la anfitriona, pero Violeta no se amilanó y prosiguió contando como a los pocos días de la marcha definitiva del *Gobernador*, de la marcha de la provincia y de la vida de la abuela, esta, María del Lledó de Sieras y Dosaguas García de Mendieta, María Sieras en los escenarios operísticos, se suicidó.

Gael se atragantó con el vino. Todavía tosiendo inquirió molesto y sorprendido.

—¿¿Cómo qué se suicidó...?! ¿¿Por él?! ¿Qué es eso de que eran amantes? ¿Qué juego es este, Violeta? —hablaba a la mujer, pero miraba a la hija, esperando de Aida las explicaciones.

Violeta no se inmutó. Iba a continuar cuando desde un lado de la mesa sonó la voz masculina del hermano de su amiga. El periodista ya se temía que

aquello era una encerrona.

—El *Gobernador*, tu querido abuelo, no acudió a los funerales, ni nunca más se supo de él, salvo cuando por la prensa supieron mis padres de su fallecimiento, muchos años después. —Alfonso el hijo de Violeta y hermano de Aida, que permanecía en la mesa sin intervenir, habló por primera vez, lo que no había hecho todavía desde los saludos iniciales.

Al invitado las palabras de Alfonso y el momento de la intervención le sonaron a amenaza. Breves instantes de tensión que a Gael le parecieron siglos. No sabía cómo reaccionar, que hacer. Pero de la misma manera que en segundos se incendió el ambiente, en segundos volvió apaciguarse, Violeta, que hablaba hasta entonces con un registro que el periodista no identificaba si irónico o lejano, si firme o autómata, en todo caso amorfo, se volvió cordial y agradable, conciliador.

—Perdona la franqueza —dijo Violeta con media sonrisa, compungida—. Aunque te haya caído como un jarro de agua fría. A mí me ocurrió lo mismo cuando, para mi sorpresa, Aida me dijo que te conoció y que ibas a venir precisamente aquí, a Villa Sieras. Lo entiendes ¿no? —su invitado afirmó con la cabeza—. Pero esto no es una encerrona, querido —Gael pensó si, con los nervios, había expresado aquella idea en voz alta—, simplemente había pensado que lo mejor era hablarlo cuanto antes, pero si lo deseas podemos olvidarlo. Disculpa.

—Ya, perdona tú también mi reacción, casi os pongo a todos perdidos —todos rieron— pero es que..., eso de escapar cobardemente y no volver ni al entierro...

Violeta no le dejó terminar, le alcanzó la mano sobre la mesa (Gael tembló con un escalofrío, de placer) y apretándola suavemente respondió:

—Te equivocas, querido amigo, nadie ha dicho que tu abuelo abandonara a nadie, simplemente las cosas cambiaron, después de años, vete tú a saber, la cosa es que se marchó, pero nada de huidas.

—Menos mal, sentía vergüenza ajena con la noticia. Yo siempre he tenido a mí abuelo en un pedestal —apuntó Gael.

—Y nosotros también, estimado, nosotros también. El *Gobernador* fue un bálsamo de amor para mí querida madre después de la muerte de su esposo —Violeta retiró la mano y al notar Gael la suya libre sintió una extraña paradoja, entre libertad y añoranza—. Y lo digo para que no tengas la necesidad de volver a preguntártelo, mi abuela se suicidó por sus razones, que escondían una terrible enfermedad, así de simple.

»Tu abuelo no vino al entierro, por otro lado, porque no pudo enterarse, entre los amigos operísticos de la abuela que acudieron al funeral más de uno comentó haber estado con él, con tu abuelo, en Praga, o en Viena, no recuerdo ahora, pocas semanas antes, tú sabes que se dedicó finalmente a la diplomacia, como luego supimos, con lo que era difícil que se enterara o que pudiera venir de haberlo hecho. Además —categorizó entonces Violeta— podría, por ese entonces, haber conocido ya a la que debió ser tu abuela y, en ese caso, lo más oportuno era no remover el pasado».

Gael no había pensado en aquello. De todas maneras, las explicaciones de su anfitriona le tranquilizaron. Por un momento había pensado que Don Felipe y los clientes de la taberna tenían razón y que no debía de haber subido hasta allí, pero no por lo que fuera que pensarán, si no por razones que ni ellos, con su excitada imaginación, hubieran podido ni imaginar.

—Sí, Violeta, probablemente tengas razón —el periodista contestaba segundos después las afirmaciones de la mujer—. Para saberlo con exactitud bastaría con saber la fecha de... No importa —se reprimió de nuevo, volver a hablar del suicidio no parecía una buena idea. Cambió de rumbo—. Por cierto, no recuerdo a tu madre en los escenarios de ópera. No es que navegue mucho en ese mundo, pero me gusta, y he oído y visto más de una representación.

—¿Te suena *María la Maga*? —Aida había recuperado a palabra.

—Sí. ¡Claro! ¡Mucho! —contestó su amigo— ¿No me digas qué...? —algo había sorprendido sobremanera a un Gael que perdió momentáneamente el color de las mejillas.

—En efecto, *María La Maga* era la abuela, una mezzosoprano como no ha habido en la historia —Aida recompuso el gesto estirándolo orgullosa.

—De ahí nuestros nombres operísticos —intervino la madre— Violeta por *La Traviata*. Aida... ¡por *Aida*, naturalmente!

El periodista se vio próximo a una lipotimia. Violeta se percató:

—¿Te encuentras bien, querido?

—Sí. Sí. De veras. Continúa, te lo ruego —en efecto, el color volvía a los pómulos de Gael. La mujer prosiguió.

—Mi madre se especializó en ópera italiana, especialmente en Verdi, pero él, señalando a Alfonso, lo fue por el Don Alfonso del *Così fan tutte* de Mozart, por ese carácter filosófico y escéptico que lo identifica —dijo sonriendo, correspondiéndole su hijo—. Pero dime —la mujer se había levantado y con una campanilla llamaba la servicio— ¿qué fue realmente del

Gobernador? ¿Y de su hijo? ¡El qué...! ¿Será tu padre..., si no me equivoco?

—No te equivocas, Violeta. ¡Si me permites tutearte! —el periodista esperó el consentimiento— Mi padre quedó huérfano de madre poco después de nacer, como me ocurriera a mí mismo años después. Esa ha sido la maldición de mi familia, dos generaciones de orfandad materna. Por otro lado, no sé qué fue lo que tuvo el *Gobernador* con *María La Maga*, estoy convencido de que fue algo bonito y especial, pero lo que si te puedo asegurar es que mi abuelo fue un excelente esposo durante el poco tiempo que duró su matrimonio con mi abuela- O, al menos, eso me contaba mi padre que, a su vez, lo había oído del suyo.

Acabada la cena pasaron al salón que llamaban de prensa y se acomodaron en el tresillo en el que poco antes Gael había visto por vez primera a Violeta, o eso es lo que creía entonces.

El salón era espacioso, de techos altos y decoración exigua, con grandes espacios abiertos como correspondía a aquella pieza intermedia entre el recibidor y el comedor, y muy luminoso, gracias al amarillo pastel de las paredes y a dos grandes ventanales que podían usarse como puertas para salir a la terraza o conectar con ella si se abrían de par en par. Un gran cuadro, representando ‘el retrato de Dorian Gray’, que Gael reconoció como el usado en una película sobre la obra de Oscar Wilde, colgaba en la pared del fondo, sobre el estrecho aparador donde se guardaba la cristalería. A pesar de lo extraño de la elección no se atrevió a preguntar por los motivos.

El servicio llegó con el café y los licores, dejando una mesa camarera al alcance para salir de inmediato del salón. El hermano de Aida sirvió a Gael un aromático brandy en una gran copa calentada al *baño maría* por el mismo Alfonso con los artilugios que venían en la bandeja. El periodista, con la copa en la mano, aspirando de vez en cuando los efluvios de madera, prosiguió con su relato.

—Mi abuelo y mi padre vivían en el norte, donde habían llegado poco después de la muerte de mi abuela. Ella no llegó a ver el mar bravío donde se asentaron, donde años después yo nací. El abuelo ante la desgracia había abandonado la política para cuidar de su hijo, aunque mantuvo ciertas obligaciones patrias pues, como bien has dicho, él era diplomático de carrera. En todo caso la mayor parte del tiempo la pasó con su hijo, mi padre, en aquel verde tan parecido al de estos lares.

»Según me contara mi padre el abuelo se pasaba el día observando, no el horizonte, o el mar, o el nublado cielo de aquellas tierras, no, se pasaba el día

observándolo todo lo que se acercaba o acababa de conocer, literalmente. Me explicaba que miraba a las personas desconocidas como si esperara algo de ellas, algo que debía de ocurrir. Luego se le pasaba, pero fue un atributo muy peculiar de su carácter que incomodó a la mayoría de observados en los primeros momentos de la relación con el abuelo. Mientras, aparte de esto, veía crecer con amor a su hijo al que, por otro lado, mimó cuanto pudo».

El periodista marcó entonces una pausa. Miraba la copa, ya medio llena, al tiempo que la movía haciendo que el líquido girará en su interior. Aspiró de nuevo el contenido para proseguir.

—Hay algo..., algo que llevo dentro y que nunca acabé de entender —miró a sus oyentes levantando la vista del líquido ondulante de su copa—. ¡Oh! ¡Disculpad! En realidad, no es nada —se había descubierto divagando y veía la expresión de espera de sus contertulios—. Es una chorrada, es que mi padre siempre decía que el abuelo parecía estar en todo momento como esperando algo, *al paio* en lenguaje marinero, que es el que usaba mi padre, esperando un golpe de viento en aquella *calma chicha*, como si conociera una profecía que sabía iba a manifestarse.

Gael, que todavía se sentaba en el borde del sillón desde que se acomodaron en el salón, repitió un par de sorbos de su copa y se recostó en el butacón cruzando las piernas sobre las rodillas. Todos entendieron que había roto a hablar y le imitaron, estaban interesados.

—Cuando mi padre comenzaba los estudios de Ingeniería —continuó el periodista — el abuelo, que vivía sobradamente de sus rentas, le reservó un puesto en la empresa que él mismo fundara, probablemente pensando en su hijo. Aceleró la boda con Matilde, mi madre, y les insufló tal deseo de descendencia que, al poco de casarse, como si fuera una sagrada obligación, mi gestación había comenzado. Les recuerdo que hablo por boca de mi padre —levantó un poco el volumen de su voz. Todos asintieron.

»En mi noveno cumpleaños el abuelo dio una gran fiesta. Era un día límpido y fresco que se llenó de regalos y abrazos. El abuelo me besuqueó como nunca lo había hecho: “Nueve años, nueve. ¡Gael, eres todo un hombre!”, me dijo, más contento, si cabe, que las otras veces en las que me achuchaba con un cariño desahogado. Lo recuerdo como si fuera ayer».

Una nueva pausa. Esta vez Gael apuró el poco licor que quedaba en la gran copa, tuvo que doblar sobremanera la nuca para vencer la curvatura del recipiente, chasqueó saboreándolo y continuó. Su rostro era ahora grave, afectado.

—Pero... pasados unos días, muy pocos, quizás dos o tres, salió una mañana lluviosa a su paseo litoral, feliz y campechano, según relataron los vecinos que con él se cruzaron. Se dirigió a los acantilados, como tantas veces, pero esta vez...—el gesto se le torció atravesado por un nudo en la garganta—. Esta vez no se detuvo.

El periodista hablaba ya sin buscar los ojos de sus oyentes. Su mirada al vacío y su escaso hilo de voz semejaban un trance, narraba como si lo estuviera viendo, aquella escena debió ser vista por el Gael niño, aunque no lo confesara.

—Pero no pudo ser un suicido. Desde luego que tampoco un accidente. Aunque lo cierto es que aquel hombre, aquel que había llorado conmigo cuando me hería las rodillas, aquel amigo que reía conmigo cuentos infantiles que debieran serle insulsos, aquel espléndido padre que lo fue para el mío, huérfano de esposa, mi abuelo, ¡se tiró al vacío! Y no puedo negarlo, no hay duda, todos lo vieron, todos lo vimos —la confesión dibujó una lágrima clara en la mejilla de Aida, una lágrima también en el mar de obsidiana de los ojos de Violeta, aunque en esta reprimida.

»¡Pero no fue un suicidio! ¡No pudo serlo! El abuelo sonreía cuando desayunó, yo lo vi, sonreía camino de los acantilados, y... sonrió al lanzarse al mar. Yo, el niño que era, lo vio en la lejanía, sin creerlo, pero mucha gente fue testigo de este preciso instante. ¡Nadie se suicida sonriendo! ¡Mi abuelo se volvió loco! Sin duda... Y los locos no se suicidan porque no saben lo que hacen».

El ambiente se había congelado, solo la lluvia tenía la osadía de hacerse escuchar. Aida se acercó a su amigo y le abrazó con fuerza, Gael despertó de su segundo trance.

—¡Cómo lo siento! De veras. ¡Cómo lo siento! Pensaba que solo yo sufría este mal recuerdo. —Aida contenía a duras penas sus sollozos—. Yo también fui testigo y...

Violeta y Alfonso se acercaron a liberar a Aida de lo que era un triste abrazo, para ambos. Con suavidad la arrancaron de los hombros de su amigo. Violeta estaba hablando entonces, pero Gael no la escuchaba, estaba concentrado solo y únicamente en el mar de sensaciones que estaba viviendo, el abrazo de Aida le produjo un placer animal, atávico, sensual más que fraternal. Estaba avergonzado. Había despertado la ternura de su amiga y él no podía reprimir su libido. Y solo con un abrazo, un contacto que lo subyugó, muy parecido al que poco tiempo antes había percibido cuando

Violeta le cogió la mano, aunque ahora con mayor intensidad.

—No. No es bueno para ninguno recrearnos en ese dolor.

Violeta acababa de regañar suavemente a su hija acompañándola a su lugar en el sofá. Gael solo escuchó la última frase. Se sirvió otra copa. Todos menos Aida le imitaron. Se sentía a si mismo etéreo, le recordó la ocasión en la que se sometió a hipnosis en la facultad o en la que probó por primera y única vez la *Marihuana*, el poco tiempo que llevaban en el salón le parecía eterno y el semblante de los que le observaban difuso, solo que en este caso sí se percató de que contemplaban con excesiva atención sus gestos y movimientos, como quien mira a un borracho esperando el momento en que se derrumbe para acudir en su auxilio y evitarle la caída.

El servicio había sacado una nueva cafetera y algo de té, pero él no se dio ni cuenta, algo le rondaba en la cabeza con el último comentario de Aida, pero no se centraba. El trago de licor y los largos segundos de propio silencio le devolvieron la memoria.

—Aida, por cierto —tomó de nuevo la palabra— ¿Te referías a tu abuela?! ¡Tu abuela biológica quiero decir! Eso, lo de tu abuela, debió ser... —Gael contaba y descontaba mentalmente—. ¡Tú no podías haber nacido! Y tú, Violeta, deberías de tener por aquel entonces...

—¿Y qué pasó después? De lo del acantilado, me refiero. ¡Nos has dejado en ascuas! —Alfonso había saltado del sillón e interrogaba a Gael mientras se sentaba en el reposabrazos del de su hermana y le acariciaba el pelo—. Y no atiendas a esta loca —los dos hermanos sonrieron empujándose y bromeando—, vive los recuerdos de mi madre como si le fueran propios.

El periodista se conformó con la explicación y respondió a las preguntas del joven.

—Se habló de homicidio. ¡Ya veis! Quizá por lo que fue el abuelo, o por darle un sentido a aquel absurdo. ¡Menos mal que la sospecha de que le empujaron no inculpó a nadie en concreto! En realidad, todo el mundo lo vio, vieron cómo se tiraba él solo, no había nada más que hablar, además, el abuelo escribió dos cartas.

La cara de Violeta se contrajo visiblemente sin que Gael lo apreciara absorto como estaba de nuevo en dar vida a su relato. Los demás acercaron sus rostros intentando captar mejor las palabras que salían de la boca de su invitado.

—Una de esas cartas la remitió a una dirección que nunca supimos —continuó el hombre—. El cartero solo recordaba que el buzón donde la

dejo caer era nacional. La otra carta, de disculpa, la dirigió a mi padre y a mí mismo. Mi padre, del que no he hablado y que merece un trono en el cielo, tardó unos días en revelármela, quizá en la duda de si desvelarme el contenido podía o no mí, hasta entonces, feliz crecimiento. Pero finalmente lo hizo.

Gael se sirvió algo de agua y bebió sin interrupción un vaso de tubo colmado de líquido, estaba sediento, cada deglución pesaba siglos en los que esperaban que terminará su frase. La rigidez del momento se dibujaba en el rictus de todo el grupo, especialmente en Violeta, que desde la noticia de las misivas agarraba con dedos crispados los reposabrazos de su sillón, lo que si percibió esta vez Gael.

—¡Lo siento! ¡Me moría de sed! —se disculpó el periodista—. En esa segunda carta el abuelo, el *Gobernador*, hablaba de una reunión obligada y esperada largos años: ¡Una reunión en el otro mundo!

Todos descendieron unos centímetros en los cojines del tresillo. Los brazos del sillón de Violeta se tornaron de nuevo cilíndricos, si bien ya nunca perderían la marca de aquellas uñas felinas.

—Era evidente que la senilidad le ganaba la batalla, aunque no nos diéramos cuenta —Gael prosiguió—. Pero esa es mi versión, mi padre decía que el abuelo lo tuvo planeado desde el mismo día en que murió su esposa, mi abuela, y que esperó para ver y contribuir con el mejor y más cómodo crecimiento primero para él y luego para mí, para su nieto. Esperó hasta verme hecho un hombrecito para reunirse con su esposa. En definitiva, aun siendo cierto que aguardó dos generaciones, la de su hijo y la de su nieto. Yo no me lo puedo creer.

—¿Por qué dices eso? —Aida hablaba ofendida, no reconocía a su nuevo amigo— ¿No crees que el *Gobernador* haya amado tanto a su esposa que planeara algo así? Él os amaba a todos vosotros, como demostró, solo cuando vio que era el momento se decidió a reunirse con su querida mujer. Siento ser tan dura Gael.

Violeta quiso intervenir, al igual que Alfonso que había tirado leve y disimuladamente de los hombros de su hermana desde su posición, sentado en el brazo del sillón. Pero Gael les enmudeció con la palma de la mano en alto, mientras bebía de nuevo otro vaso de agua hasta los topes, se sentía deshidratado, fofo.

—¡No! Por favor. ¡No os preocupéis! ¡Aida tiene razón! —inspiró y sus palabras salieron ya serenas, descansadas—. Lo que ocurre es que siempre

me he negado a creer cualquier explicación a la muerte de mi abuelo, todas me parecen excusas, nunca lo entendí y dudo que pueda entenderlo alguna vez.

El periodista guardó unos instantes de silencio. Nadie en el salón le urgió a continuar, todos intuían que estaba preparando una nueva confidencia, como así fue.

—Hay algo más. Si realmente esa era la intención del abuelo, ¿por qué aguardó hasta llegar a verme cumplir esos nueve años?, ¿por qué no se suicidó directamente cuando mi padre se casó con Matilde?, ya seguro de su estabilidad emocional y económica. ¿Por qué esperar a un nieto? Es más, ¿por qué no esperar, ya puestos, a un bisnieto? Mi padre dijo en una ocasión, en una nochevieja en la que había bebido un poco más de la cuenta, ya que nunca me hablaba de ello, que fue porque el abuelo esperaba algo que él no poseía y que sí vio en mí. Pero eso todavía es más increíble.

—Amigo Gael —Alfonso intervino sentado todavía en el reposabrazos de la butaca de Aida—, perdona la franqueza, pero me da algo si no te lo pregunto.

—Suéltalo. No te preocupes. De verdad.

—Hablas de tu abuelo y de tu padre, pero de tu madre no has mencionado nada. Ya sé que murió en tu parto, y lo siento, pero me llama la atención que no salga para nada en esta historia.

—Ni viene a cuento tu pregunta, Alfonso, hijo mío —se impuso Violeta—, ni me parece que lo que nos está contando con tanta confianza Gael sea ‘una historia’.

—Tranquila Violeta. Ni me ofende ni me preocupa. Lo de mi madre, Alfonso, no sé qué decirte, debes de entender que nunca llegué a conocerla, murió en mi parto como bien dices, mi impronta se la debo a mi padre y a mi abuelo, el amor por mi madre es instintivo, pero no sentimental.

Alfonso levantó la mano con la intención de rogar a su invitado para que lo dejara, la pregunta había sido una tontería, decía a la reunión, pero Gael rehusó la invitación, también con un gesto de la mano más una sonrisa, y continuó.

—Ni siquiera conservo una triste fotografía de ella. Tampoco me pregunté nunca el por qué, crecí con ello y a ello me acostumbré. Mi padre, sin yo interesarme por ello, en alguna ocasión hablaba de que todas las fotos se quedaron en una caja de zapatos que no encontraba por más que la buscara. Yo nunca vi rastro de ese álbum en forma de caja de cartón.

Violeta, desde la amonestación a su hijo, marcaba claramente un rictus de incomodidad. Le preocupaba aquel interrogatorio que, necesariamente, debía atosigar a su invitado. Y en el primer día. Se levantó. Todos, como habiéndolo pactado, se alzaron al unísono. Violeta miró su reloj de pulsera y exclamó:

—¡Caray! ¡Qué tarde se ha hecho! ¡Menuda velada te hemos dado! ¿No, Gael? Dudo que quieras volver a visitarnos.

—No ¡Qué va! ¡En serio! Ha sido muy interesante. Y entiendo perfectamente que hayas decidido sacarlo a relucir, Violeta, era obligado.

La conversación la tuvieron mientras avanzaban a paso tranquilo hacia el magnífico salón de la entrada. Gael se detuvo y todos le miraron expectantes.

—Sé que los tres, por cortesía, no habéis mencionado la relación que *La Maga*, tu querida abuela Aida, haya podido tener en lo que os he contado —la mano de Violeta se le acercaba para liberarle de cualquier obligación, pero el hombre le sonrió sosegándola y prosiguió—. Yo siempre pensé que hubo alguien más en la vida del abuelo, y con la información, con el conocimiento que me habéis regalado esta noche cierro un capítulo.

»No, por favor, dejadme acabar —de nuevo Violeta y ahora también Aida le acariciaban el brazo haciéndole entender que no era necesario que continuara, pero Gael no detuvo su monólogo—. Pensaba eso porque el abuelo nunca me habló de su esposa, ¡hablamos de la madre de mi propio padre!, eso no era normal. Pero eso no significaba que fuera insensible a las emociones, que no albergara sentimientos pasados, al contrario, el abuelo suspiraba por alguien, siempre estaba suspirando por alguien que no podía haber sido su esposa, lo vi durante nueve años. Y ahora lo sé. Y os doy las gracias por ello. Si por alguien abandono el *Gobernador* esta vida, si buscaba a alguien en un más allá, ese alguien era...».

—María Sieras, *La Maga* —Aida no puedo esperar.

—Sin duda —corroboró Gael—. ¡Cuántas tardes he visto ponerse el sol escuchando a Verdi!, ¡Cuántos domingos he vivido en *Un ballo in maschera*! ¡O con *Otello*! ¡O con *Aida*! Aquella marcha triunfal me fascinaba. Mi abuelo, mi padre y yo desfilando por la casa al son de aquellas tubas magistrales ¡Cuándo lo habéis dicho creí que se me paraba el corazón! Sin duda a quien buscaba era a María Sieras.

—A quien dedicó su marcha es algo que solo a él, al *Gobernador*, le corresponde saber —Violeta sacó a Gael del ensimismamiento en el que se había envuelto con sus recuerdos— No importa a quien amó más,

seguramente a ambas mujeres con la misma intensidad, cada cual, en su momento, aunque, parece claro que su senectud la dedicó al recuerdo de mi madre. En todo caso, estimado amigo, seguro que brillaba la luz detrás de sus pensamientos, el *Gobernador* siempre fue un buen hombre.

—Es verdad. ¡Siempre tienes razón Violeta! —Volvieron a retomar el paso que había interrumpido el periodista minutos antes, entre el salón del té y el recibidor, pero Gael se detuvo de nuevo— Solo una cosa más. Sigo sin entender lo de los tiempos —el periodista insistía de nuevo en el nudo de fechas—. Veo que todos habláis como si hubierais conocido a *La Maga*. Tú, Violeta, perdona la indiscreción, podrías tener esos recuerdos, desde luego no por el porte... —se estaba poniendo nervioso, sobre todo por la mirada de jungla oscura que comenzaba a ver en los ojos de Violeta—. Pero tus hijos...

—Hablamos de ello a menudo, es cierto —contestó la mujer— He intentado preservar en mis hijos el recuerdo humano de sus antepasados cercanos, y, por lo que podrás observar, lo he conseguido—. El tono de la señora era cortante.

—Ya, pero... —el periodista insistía usando los dedos en sus ejercicios matemáticos—. Si hablamos de... ¿Qué año dijiste? Tú tendrías ahora... Tú tienes, Violeta....

—Siete años. Siete son los que soy mayor que tu padre. ¿Te basta? No es cortés indagar sobre la edad de una dama —Violeta bajó de inmediato el timbre casi furioso de su voz por otro relajado y amistoso. Gael se quería morir por el desliz.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! *I'm sorry* —El periodista era incapaz de ocultar el sonrojo de su torpeza— Perdóname- ¡No será que no vuelva, sino que no me dejarás volver, Violeta! Lo siento de veras. Y ahora debo marcharme ya, ha sido una velada muy enriquecedora, lo digo muy en serio —la sonrisa que le dedicó Aida le valió un Potosí, aquellos tiernos labios le habían lanzado un oculto beso, ni su madre ni su hermano se percataron. ¡Era un beso a escondidas! Gael era feliz.

—Nada de eso querido amigo —Violeta tomó las riendas de la despedida— La culpa de todo es nuestra. Mía, para ser exactos, por agobiarte con tanta y tan importante información de buenas a primeras. Discúlpame tú, por favor —la elegancia y el porte de aquella mujer superaban al periodista que no podía reprimir un rictus de placer al contemplarla. La mujer insistió— Espero que vuelvas. Y pronto. Esta es tu casa. Pero ven pronto, por la mañana, te enseñaremos la finca y disfrutaremos luego de un baño

refrescante, antes del almuerzo.

Alcanzaron el centro del recibidor. Habían estado en esos centrales metros durante todo aquel tiempo. Violeta habló de nuevo.

—Aida —ordenó a su hija—, acompaña a nuestro amigo y, aunque no llueva, pídele a Matías que lo acerque al pueblo, se ha hecho muy tarde, mañana su hijo le bajará el coche hasta la puerta misma del hostel. No acepto excusas.

Los besos en las mejillas de Violeta fueron gloria para Gael. No entendía que le estaba pasando. Parecía un adolescente, incapaz de evitar mezclar aquellos lúbricos pensamientos a cada momento, pensaba mientras buscaba fórmulas para evitarlo.

Alfonso le dio un sincero apretón de manos y ambos, madre e hijo, marcharon hacia la escalera camino, imaginó, de sus habitaciones.

Aida acompañó a Gael hasta el coche ya que el invitado se negó a cumplir las órdenes de Violeta, no le parecía bien que Matías, ni su hijo, tuvieran que pagar sus platos rotos. Serían los criados de los Sieras, pero no de él. La joven, que no paraba de hablar durante el trayecto, como una quinceañera, insistió en que la de Matías era una familia que vivían desde siempre con ellos, como si fueran Sieras, y estaban felices con su trabajo. «No son nuestros criados», le recriminó sin duda tras leerle el pensamiento.

Al llegar hasta el vehículo Aida le señaló la torre cilíndrica cuyas tejas sobresalían del bosque interno.

—La casa de invitados —apuntó la chica— La Torre del Homenaje del castillo que aquí se levantó, naturalmente reconstruida y acondicionada. Ahí te alojarás cuando vuelvas para quedarte a dormir. Porque vendrás. ¿Verdad?

Las nubes se estaban dispersando en aquella noche cerrada, a juzgar por los haces de luz de luna que se filtraban y por las estrellas que comenzaban a titilar sobre su cabeza, cuando Gael Azcona vio rodar el tercer kilómetro en el salpicadero. Doblaba entonces el cerro donde la pista se estrechaba de nuevo y enfilaba la negrura de un paisaje poblado de sombras y de figuras espectrales formadas por los brazos retorcidos de las vides. Una campiña animada por la luz argentada de la luna llena, una luna que se mostraba y ocultaba al capricho de los nubarrones.

Las primeras curvas por los llanos de las cumbres pasaron pronto, junto con el ejército de tenebrosas arañas que aparentaban las vides del *Marquesado*, pero la veintena de kilómetros que atravesaban la espesura del bosque se hacían interminables. Una curva dulce y otra cerrada. Y otra vez. Un pequeño repecho y otra pendiente prolongada. De vez en cuando la luna se ocultaba más allá de los dos minutos y la lluvia aprovechaba para caer de nuevo con fuerza. Después, de nuevo, reflejos plateados en los pequeños charcos y en la humedad reflectante de las hojas. Una luz fantasmal, selenita, daba vida al escenario, a la pista flanqueada, kilómetro a kilómetro, por bosque y más bosque.

La carretera, desde el túnel del *Gobernador* hasta la misma cancela de *Los Rosales*, no conocía cruce alguno en todo el recorrido, quizá algún desvío en entradores pedregosos, probablemente sin salida, pero nada asfaltado, siquiera cimentado con gravilla. Durante el ascenso, horas antes, a la luz del día, algún claro vio Gael, algunas zonas despejadas de arbolado para los giros y paradas de los camiones forestales recordaba haber visto, y algún pequeño apeadero, pero nada más.

Gael consultó el reloj de pulsera y después el del salpicadero del todoterreno. Las doce menos cinco y el kilómetro treinta y uno acababa de girar en ese mismo instante. El periodista acostumbraba a activar el cuentakilómetros parcial para cada viaje, era una forma de saber su punto

exacto en un recorrido del que se había informado de su longitud. «Treinta y uno. En unos centenares de metros estaré en el túnel», se decía cuando escuchó en lontananza el tañer del campanario del pueblo doblar a la medianoche.

La siguiente curva llevo a otra y aquella a otra más. Los giros, acompañados del chirriar de los ejes y del caucho sobre el asfalto mojado, no se interrumpían nunca en un descenso continuo y cansino, inagotable, pasando árboles y más árboles teñidos de plata por las ventanillas. El nerviosismo de Gael se acrecentaba a cada golpe de luz lunar coincidentes con los escasos trechos rectilíneos en los que la boca del túnel no se alcanzaba a ver, ni lejos ni cerca. Y otra curva.

El reloj del salpicadero marcaba las doce y veinte. Gael golpeó instintivamente con la punta de los dedos el plástico protector esperando una respuesta, pero permaneció impasible, insultante en su obstinado ángulo obtuso, al igual que las manecillas del reloj de pulsera que ya había consultado y pretendía desmentir.

«¡No es posible! ¡Maldita sea! —gritó el periodista golpeando el volante con la base de sus palmas—. ¡Joder! ¿A qué me he equivocado de camino?».

La consulta del cuentakilómetros daba fe de la equivocación mostrando los cuarenta y ocho recorridos desde la salida de los porches de *Villa Sieras*.

«¡Pero no es posible! ¡Esta carretera no tiene cruces, lo he mirado mil veces antes de salir!».

Uno de aquellos entradores pedregosos apareció a su derecha y Gael aprovechó para detener el vehículo fuera de la calzada. El sonido de las ruedas derrapando suavemente sobre el terreno, mientras frenaba, se acompañaba de un sudor frío que le resbalaba por la frente y las sienes, preso de la misma inercia.

El vehículo se detuvo finalmente. Gael se enjugó el sudor que había llegado a borbotones sobre sus ojos, respiró unos instantes y salió del vehículo. Las primeras bocanadas de aire fresco le reconfortaron, era un aire frío, pero inmóvil, como el del interior de una cabina telefónica, petrificado. Instintivamente la piel de gallina le erizó el vello de los antebrazos. Gael se apoyó sobre el capó y, por primera vez desde que saliera del pueblo, el periodista fumó. Lo estaba dejando.

Apuró con voracidad el cigarrillo y se dirigió al portamaletas. Junto al portalón trasero, en un compartimento metálico, rebuscó entre pinzas de batería y las llaves inglesas para rescatar una linterna, un manchado mapa de

carreteras y una guía turística del *Alto Guadalmontán* que recordaba haber escondido allí, seguro de su inutilidad.

El periodista no llevaba su teléfono móvil, por lo que tampoco disponía de GPS, geoposicionamiento que también había desechado entre los complementos del nuevo coche precisamente por ser una utilidad de la que ya disponía su moderno Smartphone, ese teléfono que precisamente esta vez no había cogido. Se había prometido un descanso y el teléfono era una tentación demasiado golosa. Ahora lo echaba de menos. De todos modos, en *Los Cerros* de nada le hubiera servido, como bien le advirtió Aida cuando le invitó sentados en la cafetería frente al cine, entonces le aseguró que nada de móviles, por su inutilidad, ya que nunca consiguieron que tuvieran cobertura aquellos cerros, ni había sido posible lanzar el cable, está demasiado lejos y demasiado alto, «así que, solo te queda la visita en persona», le rio entonces la joven.

La linterna siguió el trazado del mapa, pero aquella edición había obviado sin contemplaciones cualquier referencia a la *Pista de los Estrechos*. La guía turística fue más generosa, en las hojas centrales un desplegable mostraba un croquis de toda la comarca, con la garganta de *Matáguilas* en *Los Cerros* y la carretera comarcal que le acompañaba. También el *Túnel del Gobernador* y hasta *Villa Sieras* se posicionaban marcados con un símbolo convencional y el nombre. Pero nada más. La pista, la carretera en la que se encontraba, era una línea serpenteante, estándar, seguramente copiada de una plantilla a juzgar por la perfección de las eses del trazado y porque insultaba las leyes de la física saltando transversalmente las líneas de desnivel del terreno. Ni un cruce. Ni más referencias a caminos o sendas. Nada de nada.

Enfadado subió de nuevo al todoterreno y arrancó incorporándose violentamente al sentido descendente de la carretera.

«Estuve muy cerca del puto túnel. ¡Pero mucho! —se decía el hombre—. Cuando sonaros las campanas, a las doce, estaba a metros, ¡a metros! Debí coger algún cruce. Seguro ¡Aunque lo niegue el maldito mapa!».

Lanzó la guía, que mantenía entre sus muslos, estampándola contra el cristal trasero y volviendo a caer al habitáculo del maletero.

«De todos modos hay que seguir bajando. Es lo más seguro, lo racional. He hecho más de treinta kilómetros. ¡No puedo retroceder ahora! —se tranquilizaba Gael—. Como mucho llegaré al llano, aunque me pase de Castropañas. Y, joder, en el llano hay vida. Y moteles».

Los kilómetros siguieron sucediéndose sin interrupción. El

cuentakilómetros se reía del conductor: ochenta y nueve y la una menos cinco; ciento tres y la una y cuarto. La luna o la lluvia y los árboles, pero ni un maldito mirador desde donde otear. Una quietud viciada envolvía el escaso paisaje visible.

«Los árboles te impedirán ver el bosque —se reía el periodista que ya se acomodaba a la absurdidad con ese mecanismo de defensa que da el humor—, esto es cosa del coñac, seguro. ¡No estoy acostumbrado a tanta calidad!».

Y, en el exterior, todo igual. Una escena vivida hasta la saciedad. Una película que se repetía una y otra vez, faros rectilíneos iluminado árboles en las curvas, luz de plata, lluvia, de nuevo luna, y el amarillo de los faros cortando en rodajas una oscuridad poblada de árboles. Paró el vehículo en tres ocasiones e intentó internarse en el bosque con ayuda de la linterna y los escasos haces de luz argéntea de la luna que se colaban por entre las copas, pero aquello era una inmensidad, todos los árboles eran iguales, idénticos. El peligro de perderse era evidente y volvió todas las veces a la carretera.

Sobre las tres de la madrugada un resplandor sopló por la derecha de la ventanilla, una amplia zona ajardinada, un área de descanso con seguridad, le invitaba a detener su vehículo. Un golpe rápido de volante y, de inmediato, el siseo de las ruedas al derrapar hasta detenerse sobre el césped.

Gael se recostó exhausto sobre el volante, los brazos cruzados sobre el mismo y la frente encima de ellos. Sin saberlo su misma cara accionó el claxon que sonó estrepitosamente. La sorpresa le hizo saltar sobre el asiento y su rodilla se enganchó con el cenicero haciéndolo pedazos, un cenicero que mantenía abierto y, ya, lleno de colillas. El artilugio se vengó y las guías metálicas del mecanismo de extracción se clavaron dolorosamente en su carne, la sangre comenzó a correrle pantorrilla abajo. Y Gael lloró. Lloró impotente. Lloró el dolor de la carne y el tormento de sentirse perdido, absolutamente perdido, injustamente perdido. El calor de su propia sangre resbalando por la pantorrilla, más que el escozor, sacó al periodista de sus pensamientos.

«Bien. Tranquilidad. Que no cunda el pánico —de nuevo el hombre cogía las riendas de la crisis hablándose como si lo hiciera a terceros que necesitaran de su protección—. Paso a paso. Vayamos paso a paso».

Linterna en mano salió del vehículo y marchó de nuevo hacia el portón trasero. Apartó la maltrecha guía turística, que yacía desplegada sobre el cajón de las herramientas, y extrajo del mismo un pequeño botiquín. La

herida parecía profunda, pero sin importancia, aunque su ubicación junto a la rótula dificultaba el movimiento de la pierna, sobre todo si pretendía que el apósito y el vendaje que se había sujetado fueran eficaces para taponar la herida y cortar la hemorragia.

Sentado sobre el alto parachoques y a la luz de la linterna pudo observar el considerable charco de sangre que se había formado sobre el césped. Aquello parecía mucha sangre, demasiada sangre. Preocupado por si había diagnosticado mal y, sin notarlo, estaba perdiendo demasiado, siguió el rastro de su plasma hasta la portezuela del conductor, pero no encontró ni gota en el camino, por el contrario, en los pies del asiento, junto a los pedales de conducción, montículos de sangre ya coagulada dibujaban un negativo de las suelas de sus zapatos. No, no debía alarmarse, entre uno y otro charco no había tanta ni tanta sangre, aunque no entendía porque no había rastro entre uno y otro charco. Pero daba lo mismo, se encontraba bien, dolorido, pero bien, y eso era lo que contaba.

Otro cigarrillo tranquilizador y al aplastarlo consumido contra el suelo recuperó la decisión. ¡Había que moverse! Con movimientos a deriva del haz horizontal de su linterna peinó el ancho de aquel llano. Al fondo descubrió unas mesas de madera con sus bancos de tronco y hacía allí se dirigió.

Poco antes de alcanzarlas escuchó el rumor de una corriente continua de agua, suave, casi imperceptible, pero grandiosa en aquella quietud insana en la que quedó el ambiente después de los últimos truenos y las últimas cortinas de lluvia. Una prolongada iluminación lunar le permitió ubicarse en el terreno. En efecto era un área de descanso, con una construcción en línea de barbacoas y varias mesas con bancos sujetos, al modo montañés, dispersas por la zona. Y cerca una fuente, un caño diminuto del que manaba agua cristalina sobre un pequeño abrevadero musgoso.

Los bandazos de la linterna cortaban la oscuridad en rodajas horizontales. Gael buscaba algún indicio, se veía a sí mismo como el detective protagonista de las novelas cortas que solía escribir, aunque no publicar. Las barbacoas no se utilizaban desde hacía tiempo, a la falta de restos de hoguera o cenizas, siquiera de hollín, se le unía el delator rebrotar de malas hierbas por entre las juntas de los adoquines refractarios. El musgo se apilaba en capas allí donde el cemento no se deshacía polvoriento. Sobre las mesas, que eran grandes rectángulos formados por la unión de listones gruesos de madera, pudo leer algunas inscripciones talladas a surco de navaja. Algunos corazones, algunos versos, iniciales y fechas.

Mirando con mayor detalle pudo observar que las fechas corrían por el calendario en una alternancia surrealista, imposible- ¡Desde un abril de mil seiscientos doce, la más antigua que tenía a mano, hasta un octubre de dos mil cincuenta y tres! Gael estuvo tentado de contribuir a aquella chanza ociosa, pero no estaba para bromas, le dolía mucho la pierna y el agotamiento hacía mella en su ánimo. Debía continuar.

En el otro extremo de las líneas de barbacoas encontró algo igualmente fuera de lugar, una anotación que no se correspondía con los restos de aquel lugar limpio de vestigios recientes, así en el poyo de granito, donde no había resto alguno de alimento, u otro vestigio de haberse trabajado una receta culinaria, una frase completamente fuera de lugar insultaba la lógica de la escena: “Ha llovido, pero hemos comido”, y una firma ilegible con una fecha, el 14 de julio de aquel año, ¡el día siguiente a aquel mismo día!

Aturdido y confuso el hombre decidió no seguir con la inspección y giró sobre sí mismo para dirigirse de nuevo hacia el vehículo, pero, al volver a ver las barbacoas que ya había inspeccionado, enmudeció en su propio silencio al ver que, ahora, todas ellas tenían restos de hollín y cenizas y restos de sobras y basura, como si alguien las hubiera estado usando escasas horas antes. La sorpresa no pudo con el periodista que se agarró a un clavo ardiendo y atribuyó la alucinación al sueño que ya le vencía.

Caminando hacia el coche, dolorido y sujetándose una pierna que le temblaba como sumida en un inmisericorde *Parkinson*, irradiado desde su rodilla descarnada, pensó en echarse a dormir allí mismo, en el amplio habitáculo trasero del todoterreno, pero lo descartó de inmediato, aquel lugar tenía un *no sé qué* que le resultaba incómodo, hostil.

Fue volviendo al vehículo, en uno de los pases largos de luz de luna, cuando vio que, junto a la carretera, en el lado opuesto por donde había entrado en el llano, se erigía un gran rótulo. Renqueando corrió hacia la tabla vertical. Un mapa de la zona, que ocupaba toda la tabla, se apoyaba en el suelo sobre pies de pino y se cubría con un pequeño techo de madera a dos aguas, a la manera alpina. ‘*Usted está aquí*’, se leía junto a una gran aspa roja en un concreto punto de la *Pista de los Estrechos*, ahora si bien delineada y rotulada. Junto al aspa otra leyenda: *Fuente de la Niña*, haciendo referencia a aquella zona de descanso o al escaso caño de la fuente que vio momentos antes.

Con nervios reflejados en el temblor de la luz el haz de la linterna se apartó de aquella anotación para seguir el curso de la *Pista de Los Estrechos*

comenzando desde *Los Rosales*, también rotulado con su texto en el mapa. Una, dos y hasta doce curvas hasta el aspa roja, el punto donde se encontraba.

«¡No puede ser! —se dijo a sí mismo—. ¡He doblado al menos cincuenta curvas, si no más!».

Pero no reparó en detalles, lo que interesaba era salir de allí, lo que importaba ahora era cuantas faltaban para llegar al *Túnel del Gobernador*, que también aparecía pintado como una miniatura medieval. Una, dos, cinco curvas.

La vuelta al coche fue más rápida que el acercamiento al mapa forestal. Un surco se fue marcando en el césped al renquear de su pierna derecha. Al llegar al Land Rover pudo ver con claridad el rastro de sangre que se dibujaba a grandes goterones entre la portezuela y el charco tras el portón trasero, solo que el rastro salía del lado del acompañante, por donde él nunca había caminado. No entendía nada, solo que tenía que salir de allí. Cuanto antes. Ya en la carretera Gael repasaba la última incongruencia.

«Estaba aquí sentado, y salí por esta puerta, de otro modo hubiera tenido que saltar sobre el cambio de marchas y el portaobjetos para llegar al asiento del acompañante —y eso no lo recordaba Gael—. Además, hubiera manchado la alfombrilla de ese lado. ¡Y está limpia!».

El recuento de la sexta curva sin que la boca del túnel apareciera frente a los faros sacó al periodista de sus elucubraciones. «¡Eran cinco curvas! ¡Cojones ya! ¡Cinco! ¡No empecemos de nuevo, por Dios!»

Gael se sometió entonces a la realidad que le circundaba, ¡a la irrealidad que le circundaba! Podía intentar ignorarlo, pero no dejaba de ser verdad, estaba en un absurdo. ¡En un maldito bucle infinito!

«He tenido un accidente y estoy muerto. Me he quedado atrapado en este puto lugar —el hombre hablaba ya a voz en grito—. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Han pasado casi cinco horas desde que salí de *Villa Sieras* y he recorrido casi doscientos kilómetros donde no hay sino treinta! ¡Es imposible! ¡No puede ser, se sale de todos los mapas! ¡Joder!».

El roce de los neumáticos contra el asfalto chirrió durante más de diez segundos. Aquel frenazo repentino, a más de cincuenta kilómetros por hora alcanzados en aquella inusual recta, apretaron al conductor contra los mandos del vehículo por efecto de la inercia y la rodilla se quejó de nuevo. Gael dejó de respirar. Estaba escuchando algo. No era posible. ¿O sí?

Con el coche detenido en mitad de la calzada, Gael extremó sus sentidos, creía haber escuchado algo, un sonido grave, indefinido, pero cercano, que era lo importante. Contuvo el aliento, dejó de respirar para evitar el jadeo y poderse concentrar en aquel ruido.

Otra vez. Un sordo pero potente berrido, como el de un reno, como el de las berreas de aquellos caribús protagonistas de los documentales de Canadá que tantas veces había comenzado a ver Gael en las sobremesas, antes de dormirse. Y otra vez más, esta vez alto y claro, y ubicado, sonaba en la dirección por la que circulaba, enfrente de donde se había detenido. Poco a poco el sonido se fue escuchando sin interrupción, pero con una clara cadencia, se repetía a intervalos regulares, cada quince segundos o así. El periodista se aferró al sonido como a la cuerda de un pozo y comenzó a circular de nuevo, no muy rápido, para que el motor le dejará escuchar los berridos. No importa donde lo llevaran, si era un animal el potente todoterreno lo protegería, pero era muy probable que ese animal estuviera con otros, y estos con humanos. Era una tabla de salvación y el periodista se subió en ella.

A medida que avanzaba se perfilaban las formas del sonido, eran llamadas alternas compuestas de tres soplidos consecutivos en un corto intervalo de tiempo, porque ya era claro que aquello eran soplidos en un cuerno o algo parecido, como lo que usaban los vikingos o los monteros británicos en la caza del zorro. El incremento del volumen a medida que avanzaba lo asemejaba a un faro y Gael comenzó a reír, sin control, compulsivamente. Al doblar una curva cerrada de herradura el sonido era casi inmediato y, al enfilarse una pequeña recta, al fondo, vio la boca del túnel.

A un lado de la entrada del túnel, en la cuneta, los débiles y amarillos faros de un tractor iluminaban transversalmente la carretera dando color a las zarzas del lado opuesto. Ya no se escuchaba el sonido de aquel instrumento de viento, pero Don Felipe, en pie, hacía señas con una linterna roja.

Una media hora después el café negro y espeso recuperaba a Gael que, en aquel momento, en la taberna, rechazaba la manta sobre los hombros que le ofrecía el hostelero. El local estaba vacío, cerrado al público todavía. Don Felipe avivó el fuego de la chimenea en aquella fría madrugada.

—¡A las cinco hace frío en este pueblo por muy julio que sea! —el hostelero, atizador en mano, dando certeras estocadas a la lumbre, hablaba de espaldas a su cliente entre las chispas y pavesas que escapaban de la chimenea.

—¡Y usted que lo diga!

El periodista contestaba cortés, pero esperando la bronca y también las explicaciones de aquel inusitado rescate. Pero el hostelero no hablaba, no lo hacía desde que lo subió al tractor con el que llegaron a la hospedería. De modo que Gael se decidió a romper el hielo de aquel helado amanecer.

—Por cierto, ¿cómo se le ocurrió que podía haberme perdido?

Don Felipe no contestaba. Seguía martirizando las brasas con el atizador, sin responder. Se lo estaba pensando.

—¡No es la primera vez, hijo mío, que llamo perdidos al cuerno! —Don Felipe contestó sin variar su posición en el taburete, iluminada su cara por el resplandor de la hoguera. El periodista observaba las anchas espaldas del tabernero que se encorvaban hacía el hogar mientras seguía atizando los maderos al rojo vivo.

Gael se levantó del asiento junto al fuego acogedor, se acercó a la entrada y se cercioró de que la puerta del bar estaba cerrada con pestillo. Volvió al pequeño taburete llevando consigo una botella de aguardiente recuperada al vuelo de la barra mostrador, preparó una copa al hostelero y se sirvió él mismo. El fuego en la garganta lo espabiló y le dio fuerzas para afrontar lo que parecía iba a ser una nueva confesión del hostelero, un testimonio que seguro no le iba a agradar.

—Tenemos una hora Don Felipe, hasta las seis que abre usted el bar —el periodista hablaba con firmeza, sin opciones, como el detective de sus novelas sin publicar—. Le escucho. Y no me valen paños calientes, dígame usted lo que sabe, lo que se guarda, sea lo que sea. ¡Por favor se lo pido! Hoy he tenido una noche que ni en mis peores argumentos de escritor hubieran cabido ¿Qué es eso de los perdidos? ¿Y ese cuerno del que me habla?

—Está bien —el hostelero colgó el atizador de la repisa del hogar y el fuego tuvo un respiro. Giró noventa grados en su escabel afrontando así, de perfil, a medias, la mirada de Gael. Después de aceptar la copa de aguardiente

y de beber la mitad de un trago comenzó a habar—. Esta noche, cuando supe que no habías llegado todavía, si me permites tutearte —Gael afirmaba impaciente—, más o menos a la una, porque aún discutí con ‘*el Baquetas*’ y a este lo hecho siempre para cerrar...

—Por lo que más quiera Don Felipe, ¡vaya usted al grano!

—Claro. Perdona. Ya sabes. Cosas de la edad. Cuando un abuelo empieza con sus batallitas... —No hizo falta que Gael protestara, bastó con su mirada. Don Felipe levantó las dos manos en son de paz y entendimiento, apuró la otra mitad del licor, y condujo su narración—. Esta noche he vuelto a sentir algo en las entrañas que ya no recordaba, algo que pensaba era agua pasada, pero que, ya ves, ha movido este molino. Cuando cerré el bar y supe por mi mujer que no habías recogido la llave de la habitación, me asusté, no me preguntes por qué, la cosa es que no podía dormir, la cabeza no paraba de darme vueltas. Mi mujer no paraba de decirme, con algo de razón, la pobre, que te habrías quedado a dormir en *Villa Sieras*, sabiendo la noche de perros que estaba haciendo y sabiendo que el *Palomar* de la villa tiene más habitaciones que cuatro veces este hostel. En eso tenía razón mi Manuela, como siempre, pero esta vez no, esta vez yo seguía sin pegar ojo.

El posadero acercó sus manos al fuego y con un gesto pidió a su interlocutor otro trago de aguardiente. Gael le sirvió rápido. Ambos bebieron. Don Felipe giró otros noventa grados en el taburete para colocarse ya de cara al periodista.

—Te saqué de *Los Cerros* con el *Cuerno de Santa Bárbara*. Ese que ves ahí —señalando con el mentón una cornucopia colgada en lo alto del frontis de la chimenea, Gael no se había fijado en ella hasta entonces—. La he usado alguna que otra vez, desde luego, pero ya hace tiempo, bastante tiempo —la mirada perdida del hostelero indicaba que navegaba entonces por un mar de recuerdos—. Lo mejor será que te cuente cuando lo usé por primera vez.

Don Felipe se levantó y, como hiciera antes el periodista, se acercó a la puerta del bar comprobando que la puerta permanecía cerrada, miró por entre los visillos de la contigua ventana, a izquierda y derecha, y volvió a su asiento. Cogió esta vez un botijo medio oculto al lado de la chimenea, lejos de las lenguas de calor, bebió un largo trago y prosiguió.

—Un día, siendo yo un niño, mi padre me llevo con él al *Túnel del Gobernador*, las aguas de aquel otoño habían desconchado la boca del túnel, en el lado de los cerros, los *Cerros del Marqués*. En realidad era poca cosa, pero teníamos que repararlo sí o sí, ya que tenían que inaugurar la obra, con

un montón de autoridades y toda la parafernalia. Mi padre colgó a su hombro el *Cuerno* y sobre la mula las herramientas, yo también me subí a lomos del pollino, cuando le pregunté el porqué de llevarnos el cuerno me contestó, simple y llanamente, que por si me perdía. Yo no lo entendí entonces, pero se me quedó grabado como la firma de un cantero.

»El día de la inauguración de marras, dos o tres después de la reparación, volví con mi padre a la boca del túnel. Allí había mucha gente, y todos vimos como cuando el cura bendijo la obra el agua bendita chisporroteó al tocar el suelo de *Los Cerros* como si la hubieran puesto a hervir. ¡Lo vi con estos ojitos, todos los que estábamos allí lo vimos! —el hombre se santiguaba—. ¡El agua se evaporó como alma que lleva el diablo! Me impresionó tanto que me escondí tras las piernas de mi padre. A pesar de que él me aseguraba que aquello era por el recalentamiento del asfalto después de un día de sol, a la vuelta, una vez en casa, se decidió a contármelo todo».

Don Felipe se santiguo de nuevo. Miró el reloj de la barra y después, desde su asiento, con una forzada torsión del cuello y espalda, escudriñó la plaza Mayor por entre las ventanas siguiendo el paso de algún paisano que Gael no percibió. El hostelero bebió más agua y continuó.

—Esos cerros están malditos, amigo mío, son propiedad del diablo. Perderse allí es muy fácil porque parece que todo da vueltas sobre sí mismo cada cierto tiempo, te engaña ese carajo de lugar, y el cuerno, bendito sea, sirve y se fabricó de la mano de ángeles del Cielo para atraer a los perdidos. Aunque también a los desaparecidos, de la otra vida. ¡Ya me entiendes! Por eso lo uso con mucho cuidado.

—¡Venga ya! —el periodista también miraba el reloj, no podía creerse que su anfitrión le fuera con esas. Y el tiempo pasaba. En poco el local se llenaría de clientes.

—¡Santa Bárbara le dota del poder del reclamo! —protestó Don Felipe—. Aquí todo el mundo lo sabe, Gael, aunque nadie te lo confesaría.

—El único misterio de esos cerros es que son prácticamente iguales, querido amigo, y el bosque muy apretado —el periodista hablaba con poca convicción, pero implicado en lo que estaba diciendo.

—¡No es verdad! —la voz imperativa del tabernero llegó a asustar a Gael— ¡No es cierto! ¡Y lo sabes! ¡No lo niegues! Ese lugar es extraño, se ondula como una serpiente, todo se toca con todo. Como en una esfera, decía mi padre, que en Gloria esté.

El periodista reflexionó unos segundos. No tenía razón ocultarlo, y menos

a la persona que había dejado sus cómodas sábanas en aquella noche de perros para ir a buscarlo. No importaba si era el cuerno o la casualidad, era una verdad indiscutible que la experiencia de aquella noche fue hartamente extraña. Gael claudicó.

— Es cierto, Felipe —el cliente hablaba ya tuteando al viejo tabernero, no tenía sentido aquel protocolo figurado cuando lo que sentía por ese hombre era franca amistad—. Tienes razón. ¡Es imposible que cien kilómetros quepan en treinta! Y así ha sido. A mi pesar!

Gael, nada más llegar a la taberna aquella noche, mientras Don Felipe limpiaba y curaba la herida de su cliente, le contó la experiencia vivida, todas las vivencias: los kilómetros de más, las horas, las curvas, la fuente y las barbacoas; todo. Don Felipe le rogó que se calmara ya que no quería despertar a su esposa o a otros clientes del hostel, le puso una manta por los hombros después de haberle bajado ropa seca de su habitación, manta que el periodista rechazó, quería explicaciones más que calor.

—Yo solía cazar en esas lomas —reanudó su charla el hostelero—. Sus dueños, los Sieras, nunca han puesto problemas a los del pueblo, siempre que se respeten las cercanías de *Los Rosales*, allí está prohibido cazar hasta los del pueblo, y la noche tampoco, sobre todo la noche. Los Sieras dicen que no quieren tener que lamentar desgracias. ¡Gracioso! ¿No? ¡Mira quién lo dijo!

—Eso es injusto Felipe —le interrumpió Gael— acabo de estar con esa familia y son gente encantadora. Y lo de las desapariciones se puede explicar, la mayoría de ellas deben tener explicación. Según estuve mirando...

—La última vez que tiré del *Cuerno* no funcionó —Don Felipe no parecía haber estado escuchando—. Bueno, sí lo hizo, pero salió mal, de todos modos. Yo solía ir al jabalí. En una ocasión me acompañó uno de la capital, nos separamos y se perdió. Pasaros horas, según él días, pero fueron horas. Lo encontré con el cuerno, bueno, me encontró él a mí ya que yo no me moví del mismo lugar. A pesar de la experiencia, el gilipollas volvió a los cerros a los tres días —el tabernero junto sus manos en disculpa por el exabrupto, pero no dejó de hablar—. ¡Y solo! Ya nunca se ha sabido de él. Ni cuerno, que volví a hacer sonar, horas y horas, ni Cristo que lo fundó. ¡Quién tienta la suerte, el diablo le acompaña!

—Eso no tiene nada de extraño, perderse es lo más natural del mundo, además seguro que si investigo encuentro una explicación razonable que...

—¡La *Fuente de la Niña* no existe! —la afirmación de Don Felipe dejó helado al periodista.

. —¿Qué?!

—Qué esa fuente y ese llano no existen, Gael. No quería decírtelo así, a bocajarro, pero es que eres muy cabezón, ¡joder!

—¿Cómo que no existe? ¡Yo lo vi! ¡Estuve allí! ¡Hace unas horas!

—¿Qué no! ¡Hijo mío! ¡Qué no! ¡Existió! ¡Pero ya no existe! ¡Ya no está!
Y punto.

—Pero... ¡Eso no es posible! ¡Me tomas el pelo!

—El llano de la *Fuente de la Niña*, con sus asadores de piedra, sus mesas y bancos de madera, se cerró cuando yo tenía dieciséis años. ¿Qué hará, sesenta años, Gael? Un descuido provocó un incendio que casi acaba con todos los cerros. El alcalde, junto con los Sieras, decidió clausurarlo. Las mesas y los bancos simplemente desaparecieron, calcinados, y los asadores se demolieron. Todo aquel pequeño llano se sembró de crecidos castaños que hoy son la leche de grandes. Solo queda el caño de lo que fue la fuente. Eso es lo único real que has visto esta noche, querido amigo.

—¿Pero...! —el periodista no sabía que decir, estaba seguro de que si volvía el maldito llano las barbacoas de piedra y las mesas de picnic estarían allí, pero no pudo negar que por nada del mundo hubiera vuelto, al menos en ese momento. Don Felipe miró su reloj, en breve comenzaría a llenarse el bar con los primeros agricultores y granjeros.

—Yo mismo —reanudó el hostelero— estuve perdido una vez. Solo mi mujer lo sabe. La bendita uso entonces el bendito cuerno. Por primera y única vez en su caso, le tiene más miedo al cuerno que a un relámpago. Me perdí. Sí. Y nunca olvidaré lo que pasé en aquellos momentos. Tú has visto cosas que ya no existen, hablo de los asadores, o de cosas que existirán, lo digo por lo de las fechas que me contaste había grabadas, yo, querido Gael, en aquella ocasión... ¡Estuve huyendo de caballeros medievales! Sí. Cómo lo oyes. ¡Me perseguían caballos y caballeros como los de las películas!

A pesar del evidente disfraz, que ya aventuraba el periodista debieron usar los bromistas de aquella persecución, no le interrumpió. Al ajado pero valiente posadero le estaba costando mucho hablar y el miedo arrugaba todavía más su serio rostro.

—No me importa que pienses que estoy loco —adivinó Don Felipe—, eso es lo que pasó. Lo creas o no. Porqué me perdí no importa, pero ocurrió, y estaba buscando la carretera, con la que tú al menos ya contabas, cuando escuché el retumbar de cascos de animal. Y gritos, gritos humanos. Me agazapé como una liebre tras unos matorrales, era media tarde, pero con luz

suficiente como para ver una abeja volando a cuarenta metros. Desde mi escondite escuché acercarse aquella marabunta.

»Unos caballeros, con armadura y todo, aunque oxidada y ennegrecida como pasada por el hollín, montados sobre caballos también armados con flanqueras, grupera y testera de tela de metal, de cota de malla, creo que se dice, corrían tras unos hombres vestidos, es curioso, ya ves en lo que me fijé, vestidos con una ropa apretada y gris, como la de los hombres rana, de buzos. Pasaron a dos metros de mí. Te lo juro. Tan cierto como que te veo en este momento. El último de aquellos guerreros se paró entonces, su montura se encabritó sobre sus patas traseras, el jinete torció las riendas y viró hacia donde yo estaba, al tiempo que gritaba a sus compañeros, yo juraría que en latín, algo que no entendí, pero que me supo a cuerno quemado, y que me perdone el cuerno bendito.

»Corrí a toda pastilla ladera abajo mientras escuchaba los cascos del caballo buscando el zigzag para alcanzarme. Tropecé, caí de morros y comencé a rodar como un tonel. Golpeaba los pinos uno tras otro, no sé cuántas veces me topé con ellos, con la cabeza, con los hombros, hasta con el trasero me di, pero por fin aterricé en el asfalto de la carretera. Estaba magullado y tan cansado y dolorido que la verdad ya no me importaba que me alcanzaran. pero ya no escuché el galope del caballo del infierno, ni los gritos del diablo que lo montaba. No. Ni caballo, ni caballero, ni gritos. Allí ni se escuchaba ni se veía nada. Solo un lejano berrido a lo lejos que poco a poco sonaba más claro. Lo supe enseguida, era la voz del Cuerno bendito. La celestial trompeta de Santa Bárbara bendita, la que guía a los mineros sepultados en la mina y que, gracias a no sé qué arcángel, también se nos permite sonar a los castreños. Y así fue. Al rato ya estaba con mi mujer. Nunca la besé tanto como esa noche».

—Siento que te ocurriera eso, de verás —el periodista hablaba con franqueza y su sinceridad fue percibida por el hostelero—, pero ¿qué explicación le encuentras? Quiero decir qué..., no sé cómo decirlo... ¿Qué ganancias tiene nadie con eso? Nadie gana nada corriendo disfrazado y asustando a los lugareños. No tiene sentido, Felipe. Y eso de la inconsistencia... ¡Qué quieres que te diga!

—Mi padre decía que esos montes están hechos con la materia con la que está hecho el mismo infierno —Don Felipe hablaba con respeto— Cuando quiso explicarme lo del cuerno y lo que ocurría en aquellos cerros, me estuvo hablando de que un párroco, de los que vivieron en nuestra iglesia, le contó

que el Cielo es orden y que el infierno no existe, como tal, que simplemente es lo contrario, el desorden, la falta de una mano divina que ordene las cosas y a las personas, el tiempo y el espacio. ¡Esos cerros, amigo Gael, son un trozo del infierno!

El periodista recordó haber leído esa misma argumentación cuando estudió, en la facultad, las pinturas oníricas de Hieronymus Bosch, ‘*El Bosco*’. Las pinturas de aquel extravagante pintor se basaban en ese concepto del infierno, especialmente aquella llamada ‘*El Jardín de las Delicias*’, o algo así.

Don Felipe introdujo un par de troncos en el hogar, atizó las brasas y se dirigió a la puerta del bar descorriendo el pestillo.

—En diez o quince minutos esto parecerá un gallinero. Yo no sé estos paisanos, con lo duro que es el trabajo en el campo o con los animales, cómo se levantan tan vivaces. Ya lo verás. ¿O, será el aguardiente que les sirvo nada más entran por la puerta? —Ambos rieron.

Ya detrás de la barra Don Felipe continuó hablando mientras conectaba la cafetera exprés y comenzaba a colocar pequeños vasos de café sobre los platillos blancos.

—Nadie en el pueblo te hablará de esto, pero todos hemos pasado momentos parecidos. Así es, y santas pascuas. ¡Qué le vamos a hacer! Y por lo que antes decías de los Sieras quiero aclarar que nadie culpa a los nobles del marquesado, ellos son, como bien dices, una buena familia que siempre ha estado por el pueblo. Y por dar trabajo a sus gentes. ¡Solo con que te diga que la mitad de nuestros jóvenes trabaja, y muy a gusto, en la refinería que la familia tiene en la costa! Los Sieras son sus mayores accionistas. ¿Lo sabías? —Gael negó con la cabeza—. Y las fábricas de cerámica, también. Y la mitad de los almacenes. Incluso la granja de avestruces. ¡Las trajeron ellos! ¡Todos pensábamos que estaban mal de la cabeza y vaya con el negocio! ¿Has probado su carne?

En la plaza se escuchaba ya algún que otro motor saliendo del pueblo. Gael apuró los cinco o diez minutos.

—¿Y por qué los Sieras pueden vivir en el centro de ese infierno? —Gael se supo impertinente pero ya comenzaban a parecerle oportunas las respuestas de Don Felipe y necesitaba esta. Pero no la obtuvo.

—¡¿Y a quién le importa eso?! A lo mejor allá arriba la tierra esté santificada. Nadie lo sabe. Ni nos importa —Don Felipe no decía toda la verdad. Era evidente que aquellos, los Sieras, eran sus jefes, sus patrones, y

nadie iba a maldice a quien le da de comer, pensó Gael, pero finalmente su amigo se sinceró— Vivimos de ellos, querido Gael. ¿Qué quieres que te diga? Incluso esta humilde posada se llena a medias gracias a los negocios de la familia. Les debemos mucho, y con no ir a los cerros, y guardar las misas todos los domingos, nos va muy bien. ¿Para qué meternos donde no nos llaman?

Gael se dio por respondido, no había otro remedio. Dado que los clientes todavía no habían hecho acto de presencia el periodista sorbió aquellos últimos minutos.

—¿A alguien más le pasó lo que ti y a mí en *Los Cerros*? Qué tu sepas, quiero decir. Y que puedas contar.

—A alguien que verás en unos minutos, es siempre el último que se va del bar y el primero que lo visita. —El tabernero montó su pecho sobre la barra para acercarse a Gael, sentado como estaba en el lado público de la barra, buscaba la confidencia—. Un día, Luis salió a recoger caracoles, los caracoles de montaña son muy apreciados en la capital, era su forma de vida hasta que lo prohibieron, de ahí su sobrenombre. Pero aquel día se convirtió en cuatro días. Podía ser que se hubiera perdido, pero nadie estaba seguro ya que también era dado a visitar antros cuando ganaba cuatro perras y a veces estaba días sin volver.

»El mediodía del día quinto apareció por el pueblo con un gran saco de baquetas, de caracoles. En su reloj marcaban las cuatro de la tarde y en el calendario de su esfera un veintitantos de mayo, pero para el resto del pueblo, y del mundo, eran las seis del primero de abril. Claro que todo puede quedar en una broma. y en un mal reloj que se atrasa, pero Luis no dijo eso, para él había pasado solo una mañana».

—Y... ¿vio algo? —Gael estaba intrigado con saber si alguien más había vivido alucinaciones como las suyas y las del hostelero—. Y el cuerno, ¿hizo falta?

El posadero vio sinceridad en la actitud de su cliente. Gael ya creía a pies juntillas lo que negaba hacía un par de horas.

—Si vio algo no lo contó... —Don Felipe se acercó todavía más a Gael, el periodista contribuyó incorporándose levemente sobre el taburete—. No lo contó a todo el mundo, quiero decir, a mí, en una de sus borracheras, en este mismo bar, me habló de... ¡De mujeres desnudas! ¡Sí! ¡De veras! Me dijo que anduvo por una especie de jardín con piscinas y que había verdaderas huríes bañándose sin ropa alguna. Hablaban un idioma que Luis no entendía

ni reconocía, pero fueron amables, aunque no hubo nada de eso..., de sexo..., si es lo que te imaginas. Al principio pensé que había estado de antros, de putas, ya sabes, y que borracho había confundido un puticlub con un paraíso, pero hablaba muy en serio y yo le creí. Le creo. El encuentro duró para él unas dos horas, sumadas a las dos de ascenso y las dos de retorno, pues eso, una mañana. ¡Para él había pasado una mañana! ¡Ya ves que el infierno no es solo el fuego eterno!

—¿Y lo del cuerno? —el periodista le recordó la segunda parte de la pregunta.

—No, no llegó a usarse, de hecho, no sabíamos que estaba perdido, si puede llamarse así a lo que tú y yo sabemos. Todo el mundo pensaba que se había ido de... Carajo, de putas, perdona las palabrotas.

—Me alegro entonces de que pudiera regresar, a pesar de que no salierais a buscarlo, aunque se perdió la experiencia, por otro lado, en mi caso yo escuché los berridos como fueran música celestial, no por el sonido en sí, no, sino por un algo que sentía en mi interior a medida que el sonido me guiaba, una especie de paz —Gael mostraba abiertamente sus sentimientos mientras recordaba la escena vivida pocas horas atrás— Nunca olvidaré esos toques, querido Felipe. Tuve que escucharlos muchas veces, pero al final me llevaron al camino.

—Tres.

—¡¿Cómo?! —el periodista frunció el ceño entre sorpresa y cautela.

—Qué tres son los toques de cuerno, eso es lo que digo, ni uno más ni uno menos. Así me lo enseñaron, así debe hacerse y así lo hice.

—Tres seguidos, pero muchas veces, quieres decir. Imagino que dependerá de lo lejos que se encuentre el desaparecido —afirmaba Gael—. En mi caso tuviste que repetir los tres toques como mínimo cuarenta veces.

—¡Qué no! ¡Carajo! ¡Qué no! —Don Felipe le miró ofendido—. Esta vez, como en el resto de las ocasiones, las pocas, a San Miguel demos gracias, he seguido al pie de la letra lo que me dijeron y que a su vez alguien dijo a mi padre, para llamarte, Gael, cabezota, solo toque el cuerno tres veces.

Capítulo 2º

Segunda visita

Tardó tres días en recuperarse. Gael sufría una debilidad asténica que le acompañó desde aquellos cerros, junto con la herida en la rodilla. Pasó aquellos días charlando con su hostelero mientras la esposa le cocinaba sabrosos caldos revitalizantes y postres energéticos de queso y miel. Los cuidados surtieron efecto ya que desde su llegada en aquella peculiar noche se encontraba apocado y sin fuerzas. También la conversación de aquella madrugada abrió el apetito de Gael, aunque el periodístico, y aprovechó la recuperación para atosigar a preguntas a un Don Felipe al que no le importaba en absoluto contestar.

La mañana del diecisiete enfilaba de nuevo hacia *Villa Sieras* por la pista de *Los Estrechos*. No se lo pensó mucho el periodista, a pesar de la experiencia vivida y de la conversación mantenida cuatro días atrás con el tabernero, y aún con los ruegos de este para que no volviera. No se podía dejar amedrentar por aquellas historias ni aunque fueran ciertas, había quedado en volver, se lo había prometido a Aida, y lo iba a hacer, eso sí, en pleno día y con un moderno GPS recién instalado en el vehículo, incluso, si se daba el caso, con ánimo de quedarse a dormir en la casa de invitados de *Los Rosales*, en aquella torre que llamaban *el Palomar*.

El día en el que volvía a visitar a los Sieras era soleado, una mañana de blanca y radiante luz. Durante el viaje de ascenso, un trayecto calmo y sin sobresaltos, Gael rememoraba las pláticas tenidas con su amigo el tabernero durante aquella media semana, respuestas que aportaban color al dibujo que iba trazando el periodista en su mente. Al parecer el *Gobernador* se hospedó durante largas temporadas en el hostel de Don Felipe ya que hizo de Castropeñas su cuartel general desde donde controlar y poder visitar las distintas obras, civiles o sociales, emprendidas en aquella parte montañosa de su jurisdicción, era un hombre ‘a pie de obra’. Esa, el hospedaje, fue la razón por la que Don Felipe trabó amistad con el ingeniero y político. Fueron muchas noches compartidas de sobremesa y aguardiente. Lo ordinario era

que el *Gobernador* pasara su tiempo en la capital, pero las visitas y estancias castreñas eran cada vez más prolongadas, hubiera o no obras que supervisar. Para el hostelero estaba muy claro a quien quería tener cerca aquel hombre.

Según contaba Don Felipe, su nuevo amigo, complacido con la confianza que le ofrecía el establecimiento y quienes lo regentaban, finalmente se decidió y alquiló con carácter definitivo una habitación en el hostel. «Hasta nueva orden», fueron las palabras que Don Felipe recordaba haber pronunciado el dirigente. En la pieza el gobernador guardaba planos, ropa y artilugios de agrimensor, su profesión académica, de hecho, fue durante algunos años profesor en la escuela de ingenieros de caminos. La habitación también fue la alcoba donde dormir largas siestas y descansos momentáneos, entre visita y visita, pero donde nunca pernoctó ya que todas las noches que el *Gobernador* pasó en la zona durante aquella segunda temporada las durmió, en el sentido que le quepa al verbo, en el *Palomar* de *Los Rosales*.

La conducción era tranquila, suave, nada que ver el escenario con el vivido la noche de la primera visita, la rodilla de Gael era lo único que pervivía como testigo de aquel mal recuerdo, aunque lo cierto era que ya no le dolía apenas. Ahora las curvas parecían menos cerradas y el bosque más abierto, incluso en algún repecho se veía el horizonte de cumbres lejanas, lo que no recordaba el periodista en el viaje anterior. El relajante ascenso, marcado a la perfección en el aparato de geoposicionamiento que debutaba en ese trayecto, le permitió al conductor seguir recordando las chácharas tenidas con Don Felipe los días pasados.

«Al principio no sabía nada de los Sieras —le decía el hostelero, en una sobremesa, después de un riquísimo conejo al ajillo y un tinto de la zona—. Vamos, saber de ellos sí sabía, pero conocerlos en persona no, sobre todo a Doña María, eso quiero decir —mientras pronunciaba esa última frase Don Felipe dibujaba con ambas manos la figura de una guitarra y su ceja izquierda se arqueó con complicidad—. Fue en la época en que la conoció cuando el *Gobernador* me alquiló la habitación. Yo creo que ya nada le importaba más que aquella mujer. ¡Lo que era de entender! —y volvió a definir con sus manos los contornos de una mujer».

Las partes de aquella historia que, en parte, le pertenecían, empezaban a encajar en el rompecabezas que de la situación se había hecho el periodista. La conversación última, la del día anterior, fue muy clarificadora para él, y ahora, volante en mano, la evocaba.

«Las primeras visitas del gobernador a la viuda, a la ‘diva’, se

multiplicaron y convirtieron después en estancias nocturnas —le siguió informando el hostelero—, las veladas pasadas en el Palomar fueron conocidas por la prensa rosa de la época y lo que era un rumor se convirtió en noticia. Los papeles hablaron del romance entre el Ilustrísimo Gobernador e Ingeniero Don Leonardo Azcona y la diva del momento, la ‘*Viuda Negra*’, que así conocían las malas lenguas a ‘*María La Maga*’, Doña María del Lledó de Sieras y Dosaguas García de Mendieta —decía de memoria y con retintín Don Felipe, a lo que añadió—. Es más, se llegó a decir que, además de a Violeta, que no vivía con ella, pero que sabíamos de su existencia, la cantante tuvo otro hijo, un hijo de él, del gobernador Leonardo, pero la verdad es que ese hijo nunca fue visto».

En lontananza se adivinaba ya el complejo de *Los Rosales*. Un paseo verdaderamente tranquilo, soleado y tranquilo, como una mañana de domingo. En breve llegaría a la cancela de la rosa y el corazón, heráldica de los Sieras, pero aún tuvo tiempo Gael de recapitular la última información recibida de boca de Don Felipe.

«Estábamos en plena campaña turística en el hotel de las termas, otro de los beneficios aportados indirectamente por el *Gobernador* —decía el hostelero—. Entonces era moda venirse por aquí, quizá por la publicidad que le dio que viniera a este lugar la famosa cantante de ópera, y desde luego, porque se publicó lo del romance —en aquel momento, cuando se lo relataba, el hostelero hizo una flexión en la voz que denotó su particular aprecio por el gobernador Azcona—. Y aquí, aquí se produjo la desgracia, lo que parecía que acabaría en boda se convirtió en un funeral. Doña María se suicidó. Aunque el *Gobernador* ya no se encontraba por aquel entonces con ella, decían en los papeles que la había abandonado, pero la verdad es que se encontraba de viaje, él era honorífico del cuerpo diplomático y tenía muchos compromisos y obligaciones».

Un kilómetro y ya estaría frente a Matías, el portero de la finca, que ya se adivinaba en la distancia. El último trecho lo acompañó Gael con el último de sus recuerdos de la charla del día anterior. Don Felipe aseguraba que el *Gobernador* no pudo asistir al entierro por hallarse en el extranjero por aquel entonces.

«Debió sentirlo muchísimo —se decía el posadero—, fue tal el golpe, tan dolorosa la pérdida, que renunció a visitar la zona por siempre jamás. La comarca y la política. ¡Se lo dejó todo! ¡Absolutamente todo!».

Gael le preguntó entonces como supo de él, si no llegó nunca a verlo de

nuevo, Don Felipe le explicó que pasados algunos años le llamó en una ocasión y le habló de cómo se encontraba y de cómo, sin ganas, pero con determinación, se había ido recuperando. Y le habló de su esposa, de la que fue finalmente su verdadera esposa. Más tarde, en otra comunicación, el hostelero supo del fallecimiento de aquella mujer, pero también de que habían tenido un hijo, del que nació luego un nieto.

«Tú, Gael, tú fuiste ese nieto, y el que se dignó a venir por estas tierras que son, como lo fueron de tu abuelo, tu propia casa. —En aquel instante Don Felipe marcó un paréntesis que Gael nunca podría olvidar. Después de suspender el soliloquio unos segundos lo retomó diciendo—: Pero antes de esto, antes de las llamadas, en realidad poco después de su marcha, hubo una carta, sellada en el norte, una carta que nunca leí a nadie y que quemé, la lancé sin pensarlo a la chimenea frente a la cual tú y yo hemos estado sentados estos días, pero que me sé de memoria. Este es el momento de ponerle voz».

Gael casi redujo la velocidad del todoterreno a medida que se acercaba a la puerta enrejada que ya estaba abriendo Matías. Quería repasar mentalmente las últimas palabras de Don Felipe antes de llegar a la casa.

«En la carta me reconocía de nuevo su amistad. ¡Nunca le cayeron los anillos a Don Leonardo por relacionarse con los del pueblo! —comenzó a decir el hostelero—. Me aseguraba que estaba bien, recién vuelto de Viena, y me pedía comprensión. Decía la carta que su amor era puro como la nieve pero que estaba posado sobre las más negras tierras de infierno.

»Sí, Gael, no me mires así —recordaba el periodista el gesto torcido de Don Felipe—, estas fueron exactamente sus palabras, sus letras escritas en aquel papel que olía al perfume inglés que tu abuelo utilizaba. En la carta me decía que colaboráramos con los Sieras en todo lo que pudieran necesitar, que eran muy buena gente, pero también me pidió que fuéramos distantes, estas fueron sus palabras, que no conviviéramos mucho, vamos, lo justo de vecinos de casas alejadas. Me pidió que me preocupara de que las visitas a *Los Cerros* y las relaciones con la familia fueran de cortesía, pero distantes unas de otras.

»Así lo escribió, este fue su mensaje, anuncio que me rogó no desvelara a nadie, como también me pedía que quemara la carta una vez leída. Lo que hice, como te he dicho. —El anciano detuvo entonces y por unos instantes su monólogo— No te dije toda la verdad cuando te hablé del *Cuerno de Santa Bárbara*... —El periodista apuró con su mirada para que no volviera a

detener su relato— Es cierto que el cuerno me lo dio mi padre, y con él toda la responsabilidad que lleva en su zurrón el bendito instrumento, pero es que a él... ¡A él se lo entregó la propia Doña María! ¡La celestial corneta, forjada por la mano de San Miguel, pertenecía a los Sieras! Lo que no solo sabía el *Gobernador*, sino que me lo recordaba en la carta añadiendo: ‘*Es tu sagrada misión*’. Con estas mismas palabras lo puso.

»Y escribió una cosa más... Y escucha con atención, hijo mío, como si te fuera la vida en ello. —Gael dejó de respirar, no quería que su propio aliento ensordeciera lo que fuera que el tabernero estaba a punto de decir—. En la carta me decía que no todos los Sieras son esas buenas personas que habitaban *Los Cerros*. De esos, nada debíamos temer, me ponía, pero que si llegaban otros, no importaba quienes, otros que no fueran los conocidos, pedía que los evitara en lo posible e hiciera que los del pueblo me imitaran. En ese párrafo escribió, de su puño y letra, la misma con la que firmó las facturas de mi hostel, escribió, y te lo digo tal cual, que los Sieras eran... vampiros. ¡Vampiros!».

Salvo aquella salida de tono, propia de un alma tan cándida y supersticiosa como la de Don Felipe, el resto de las últimas conversaciones tenidas con el tabernero las valoraba Gael como muy enriquecedoras, le servirían para nadar con la tabla de contar con más datos, especialmente en el día que iba a pasar con su amiga Aida, que ya debía estar esperándole en el palacete, según dedujo de la visión de Matías que le hacía señas para que se diera algo más de prisa con la cancela abierta de par en par.

Al cruzar el umbral de *Los Rosales* Gael saludo con la mano a Matías, con la intención de dirigirse directamente a los apeaderos, pero el portero le hizo ademán de detenerse y, acercándose a la ventanilla, le hablo.

—Ha venido antes de lo esperado Señor Gael, están todos en la piscina. Por favor, aparque donde el otro día y entre en la villa, está abierta, espéreme unos minutos que le acompañaré a la habitación donde podrá ponerse el bañador —Gael iba a hablar, pero la determinación de Matías se lo impidió—. No se preocupe, ahora le llevaré un bañador de su talla y un albornoz, lo he hablado con la señorita Aida, pero espéreme allí sentado, por favor, en el recibidor, será cosa de minutos, es que antes debo conectar la caldera —dijo señalando lo que debía ser la caseta de máquinas.

El nombre de la joven tranquilizó y animó al periodista que en unos minutos ya había aparcado su coche bajo los soportales y entraba en el palacete pasando por debajo de aquel peculiar farol con forma de granada. En el interior vio, a la derecha del círculo del salón recibidor, un tresillo que la vez anterior no le llamo la atención. Se acomodó cogiendo una revista que ojeo distraídamente. No se concentraba, la reciente charla con Don Felipe todavía resonaba en su cabeza.

«¿Y Matías? ¿Y su familia? —Gael volvía a rescatar de su memoria la conversación tenida con el tabernero— ¿También ellos son vampiros?».

Don Felipe se tomó su tiempo para contestar, sabía de lo que iba hablar. Relató que Matías era paisano viejo y amigo suyo, un buen hombre y una buena familia la suya. Vivían de los Sieras y estos los trataban bien, sin clasismos, pero, eso sí, con una relación casi nula, sin contacto alguno y poca cercanía física. Matías recibía las rentas de buena parte de lo que daban las uvas de los cerros, que era un buen sueldo, afirmaba el hostelero. Pero Gael no se quedó contento y recordaba entonces que le preguntó por los jornaleros que trabajaban en la finca, y por el primer marido de *La Maga*, el fallecido padre de Violeta:

«¿Acaso no son inmortales los vampiros? —le interrogó, pero Don Felipe contestó sin dudar—. Los jornaleros son contratados por Matías, él los convoca y él les paga. Trabajaban por el día y antes del ocaso ya han abandonado la zona. Aluna vez alguno bebió más de la cuenta en su taberna y habló de cosas raras, de personas disfrazadas por la finca y de uvas con ojos que los miraban. Ese tipo de jornaleros eran rápidamente despedidos por Matías».

En aquel momento de la conversación que Gael evocaba, Don Felipe se tomó algo más de tiempo. La imagen le venía a la memoria a Gael en el instante en el que miraba hacia la puerta del salón recibidor del palacete, donde esperaba ver entrar al portero con la ropa de baño. El tabernero le contó que el padre de Violeta, el primer y único marido de María Sieras, fue un hombre culto y erudito, músico de escuela. Aquel buen hombre mimó a su esposa y a sus hijos hasta que la enfermedad, postrado ya en una silla de ruedas, se lo llevó al otro mundo. Pero para Gael, que ya no invocaba entonces la conversación tenida con Don Felipe, era el segundo de los matrimonios, el de Violeta, el que más le llamaba más la atención. Violeta también era viuda, y por parecidos motivos, similar enfermedad se llevó a la tumba al padre de Aida, eso sí se lo confesó Don Felipe.

En este punto recordaba Gael, ya algo nervioso por la tardanza de Matías, que el hostelero, en el final de aquella conversación, se explayó sin contención:

«Los vampiros, o cómo leches se llamen, son humanos, hijo mío, humanos, o algo parecido. Se reproducen como humanos y entre los humanos, ahora bien, sus hijos pueden nacer o no hijos del Cielo —el hostelero se santiguaba entonces—, eso se reconoce a los pocos años del nacimiento, con solo verlos, o, mejor, con solo verlos comportarse».

En aquella ocasión Gael estuvo a punto de echarse a reír, pero respetaba al anciano y, además, su mente calenturienta le estaba dando argumentos para una futura novela. Y lo dejó proseguir. «El vampiro, este vampiro —le dijo Don Felipe— necesita estar cerca para vivir. Para chuparnos la vida, no necesitan de colmillos ni bobadas de esas. ¡La espada de San Miguel nos proteja!».

El periodista seguía mirando el reloj y la puerta por donde debía entrar Matías, tenía pavor a que el tiempo se desdoblara, como aquella noche, pero la esfera le confirmó que solo llevaba tres míseros minutos sentado y se relajó en sus recuerdos.

«Lo suyo es un don, un poder que les da la fuerza que nos roban, pero no puede ser un don divino, no puede serlo —decía entonces el hostelero—. Son muy poderosos, chupan la energía no solo de las personas, también de las cosas, por eso lo que les rodea se vuelve..., ¿cómo decía mi padre?, inconsistente, fluido. Si el contacto es carnal, cuerpo a cuerpo, o muy de cerca, quiero decir, el hurto es mucho mayor.

»Y si hay sexo, si hay sexo... ¡puedes durar solo unos meses! —Gael rememoraba cómo quiso interrumpirle en aquel momento, ya enfadado con tanta superstición, pero el anciano le obligó a sentarse de nuevo—. Enamorarse es morir, son como las arañas esas que se comen a sus amantes. No digo que no amen de verdad, de corazón, pero su naturaleza es diabólica y termina mejorando uno para morir el otro. Sus enfermedades sanan a costa de nuestro bienestar, ellos mejoran y tú enfermas. ¿Qué crees que les ocurrió al padre y al marido de Violeta? No, ellos no eran vampiros, simplemente se enamoraron y se sometieron. Y seguramente fueron amados por María y por Violeta, seguramente, pero... ¿de qué les valió?

»El *Gobernador* fue más listo y huyó. Y le obligó su amada, *La Maga*. Ella lo quiso de verdad al obligarle. Tu abuelo me lo contaba en su carta —la verborrea de Don Felipe era incontenible y Gael decidió dejar su rienda suelta—. Y es fácil, muy fácil, enamorarte de ellos, son seductores, irresistibles como imanes. ¡Ese es su medio de vida, qué cojones!

»¡Ah!, y ten cuidado, mucho cuidado, los más curtidos pueden estar en varios sitios a la vez. Y pueden disfrazarse de otras personas o animales, dominan la naturaleza como si fuera arcilla para moldear. Si amas a alguno de ellos alguna vez, ¡San Miguel te proteja!, te estarás acostando con lo que ves, pero casi seguro que esa persona será una anciana que te doble en edad —Gael no pudo en aquel momento reprimir la risa.

»Sí, no te rías, viven de exprimir unos humanos tras otros, su ciclo no tiene fin. Y no solo peligra el que les pueda servir de cena, no, cualquiera que sepa de su secreto es también hombre muerto, pero ahora con métodos más tradicionales, por decirlo así, la mafia tendría mucho que aprender de ellos».

—¿Le ocurre algo, Don Gael? ¿Se encuentra usted bien? —Matías, albornoz en mano, estaba frente al periodista que había cerrado los ojos mientras repasaba mentalmente aquella kafkiana conversación con su amigo el hostelero.

—¡Oh! ¡No, gracias! ¡Estoy bien, si, perdone!

Matías le invitó a seguirle. Esta vez emprendieron un pasillo que quedaba

completamente a la izquierda de la entrada principal y discurría junto a la fachada de esta. Por las ventanas fue viendo la plaza con las cocheras donde tenía estacionado el Land Rover y, al fondo, la trasera del *Palomar*. Al final del pasillo una puerta daba acceso a una zona de gimnasio, cerca debía estar la piscina, ya se percibía el olor a cloro desde allí. A su derecha otra puerta accedía a unos vestuarios. Matías le invitó a pasar.

—Puede usted cambiarse aquí. Deje su ropa en los percheros y no se preocupe por ella, nadie le tocará nada en *Los Rosales*. Cuando termine encontrará la salida a la piscina por la puerta del fondo, no hay pérdida. Buenos días, Don Gael. —el asistente le dejó sobre la banca un bañador negro, unas sandalias de playa y una toalla blanca con bandas azules, además del albornoz, todo marcado con la rosa y el corazón.

Mientras se cambiaba no pudo reprimir volver a escuchar en su cabeza la última frase pronunciada por Don Felipe. Era, desde luego una tontería lo que estaba diciendo aquel hombre, pero no dejaba de ser escalofriante:

«Por último decirte que nunca se debe hablar de esto, quien los conoce y aún vive es porque sabe esto mismo que te digo, a mí me lo confesó, me lo rogó tu abuelo, en aquella carta, pero no quería alarmarte más. El hecho de contártelo puede pasarme factura, pero tenía que hacerlo. ¡Nunca imaginé que te encoñarías de esa pelirroja! Porque eso es lo que te pasa, amigo, estás encoñado hasta la médula. Y si no va a haber más remedio, y parece que no, al menos que juegues con ventaja. Y no me preguntes como pueden saber cuándo alguien habla de ellos, no lo sé, es que ni me importa, pero ocurre. ¡Vivimos en una telaraña tejida por ellos, Gael, y nosotros no somos las moscas!»

El cuadro le impresionó, décimas de segundo después de acomodar sus ojos a aquella intensa luz solar que le abofeteó al salir del vestuario, pudo ver con claridad el recinto de la piscina iluminado por aquel brillante sol matutino en un julio mediterráneo. Un rectángulo de agua azul, que parecía horadado en aquel mar de mármol, hacía de piscina, cercado por un ribete de piedra rugosa en la orilla y por un suelo de listones de parqué que servía de playa.

Al fondo, a ambos lados, se veían unas pequeñas gradas de mármol de tres alturas, donde la lámina de agua concluía sobre un pequeño acantilado y donde el líquido, al desbordarse, se precipitaba en un bancale de la ladera de la colina. Desde la fachada posterior de la casa, donde se ubicada la piscina, el agua aparentaba cortar el cielo azul del horizonte y no tener fin. Un escalonado descenso en forma de semicírculos concéntricos permitía la entrada y salida cómoda del agua en el lado opuesto, por donde entraba Gael a la playa de madera en aquel instante.

Una instalación lujosa y elegante, pero ya vista por el periodista en bastantes ocasiones, especialmente en los hoteles de montaña a los que le gustaba acudir, lo peculiar del conjunto era que terminaba con una línea de columnas dóricas a los lados y al fondo, allí, además, con una barandilla para evitar caídas al barranco, pero las columnas solo sostenían el cielo azul, eran pura decoración dando al lugar un aspecto de ruina de orden toscano.

El suelo de mármol y unas esculturas clásicas se sumaban a la arquitectura dotando al recinto de la apariencia de unas termas romanas; únicamente escapaba del ambiente etrusco el mobiliario y la playa flotante de madera que enmarcaba el perímetro del hueco de la gran alberca. El mobiliario era el propio de un balneario decimonónico, con parasoles y tumbonas de lona con franjas azules y blancas, como los toldos, acoplados a la fachada posterior y a los pies de la balconada, una gran terraza balaustrada que suponía parte del primer piso por ese lado de la casa.

En uno de los grupos de tumbonas el periodista vio a sus tres anfitriones,

observaba mientras se acercaba como reían mientras consumían algún refresco que sorbían de sus copas. Gael sintió vergüenza de no poder dejar de mirar aquellos esbeltos cuerpos:

Violeta, con un traje de baño negro, de una pieza, pero generosamente escotado en la espalda, solo un inoportuno y pequeño volante rompía la continuidad de unas líneas sinuosas y sensuales que llegaban desde su fino cuello hasta los mismos tobillos, sin atisbo alguno de acumulación de grasa.

Aida, con un dos piezas minúsculo, de rayas azules y blancas, como el de las tumbonas, se veía blanca y pecosa en algunas partes de su cuerpo, la melena pelirroja ondeaba al viento que, aún suave, siempre soplaba en aquella alta meseta; su cuerpo era simplemente perfecto, digno de la madre que la acompañaba.

Alfonso vestía pantalón de baño, de medio muslo, negro también, su musculatura, definida pero no exagerada, denotaba horas de gimnasio; era el único hombre con el que Gael podía medirse y no había comparación posible, aquel bronceado joven era modélico y se movía con una naturalidad que parecía restar importancia a su perfección atlética.

En el momento que Aida y su hermano se lanzaban de cabeza a la piscina rompiendo la tensión del cristal superficial del agua, entre bromas y gritos ruidosos, Violeta vio llegar al invitado.

—¡Querido! ¡Qué pronto has llegado! —Violeta se levantó al verlo llegar—. Mejor, así podrás tomar un baño con nosotros antes del aperitivo.

Gael vio sobre la mesilla las copas que los hijos de Violeta habían dejado para lanzarse al agua y, junto a ellos, desordenado, como lanzado desde lejos, el sujetador albiazul del bikini de Aida.

No pudo evitar girar su cabeza hacia el agua. Aida y su hermano, mano en alto, saludaban al recién llegado haciéndole aspavientos para que entrará en la piscina. En aquellos saltos sobre la superficie del agua Gael pudo ver los medianos y enhiestos pechos de Aida, las rosadas aureolas de sus pezones le miraban descaradas y le hicieron sonrojar. Violeta se percató.

—Es una descarada esta hija mía, pero es feliz, y eso es lo que cuenta. ¿No, Gael?

—Si... Claro... —Gael se quitaba entonces el albornoz, que molestaba al sol sin humedad que secar.

—No se hable más. ¡Al agua patos! —Violeta, viendo a su invitado vestido únicamente con el bañador, se levantó sin más explicaciones y, cogiendo de la mano a Gael, se metió con él en el agua, donde les esperaban Aida y

Alfonso que no tardaron en comenzar a chapotear jugando con los recién llegados

La jornada fue divertida. Y sorprendente. En los descansos, entre chapuzón y chapuzón, de nuevo en las tumbonas donde se encontraban refrigerios dejados por el servicio, tuvieron charlas que asombraron a Gael, que ya no solo estaba fascinado por el físico escultural de sus anfitriones, sino también por su cultura.

Respecto al servicio intuía que las atenciones las prestaba la mujer de Matías, a la que ya había visto prestar alguna asistencia, de hecho en aquel momento se ocupaba de la recogida de los vasos medio vacíos y recalentados al sol, volviendo ya con nuevos refrescos que dejaba en las mesas auxiliares mientras la familia chapoteaba en la piscina, y lo hacía con una especie de timidez programada, casi como si trabajara en la clandestinidad, pasando de puntillas. Recordó entonces aquello que le contara Don Felipe de que mantenían siempre unas distancias.

Dejó de pensar en ello y se concentró en las conversaciones. Aquellas tres personas podían jactarse de una cultura exquisita, el carácter diletante de sus anfitriones se evidenciaba a cada ocasión en que se profundizaba un tanto en la conversación.

El periodista, a salto de mata, se detenía en aquellos temas sobre los que se sabía conocedor, si no experto, pero en todos ellos un inédito apunte o todo un arsenal de información en boca de sus contertulios acababa por nivelar los conocimientos. Gael se paseó por la historia contemporánea de países nada habituales para el general de los occidentales, sus conocimientos periodísticos y su experiencia como reportero bélico le permitían conversar con conocimiento de causa a pesar de su relativa corta edad de poco más de treinta años, pero Doña Violeta contestaba con informaciones inéditas para Gael pero contrastadas, aun tratándose de aquellos conflictos raciales del África negra que la inmensa mayoría del mundo rico solo conocía por los breves documentales televisivos que, de vez en cuando, muy de vez en cuando, amargaban los postres en las sobremesas del primer mundo.

Y no solo Doña Violeta, también Aida con sus escasos veinte y pocos años describía lugares y rincones del mundo entero sin excesivo ejercicio mnemotécnico, como si entre ayer y antes de ayer los hubiera visitado. Alfonso se reveló más pragmático atendiendo a las entrelineas de las políticas locales, pero con igual acierto, parecía haber leído recientemente las últimas noticias de aquellos lugares o como si acabara de ojear un artículo

especializado en la prensa del desayuno.

Finalmente aquella mañana estaba resultando del todo enriquecedora y balsámica. Sus efectos causaron mella en Gael al que le vencía un sopor indómito. Luchaba por no cerrar los ojos, pero la languidez de la tumbona en la que se recostaba, la sombrilla filtrando un sol que se pintaba de azul y blanco, el fresco y suave viento que no dejaba de soplar, aromatizado de tomillo y de romero, el repiquetear del agua cayendo por multitud de caños y el alcohol de los refrigerios, se lo suplicaban. Por otro lado su concepto del decoro y algún mecanismo incontrolable de seguridad se lo impedían.

En este duermevela Gael redobló esfuerzos por mantenerse despierto y, para ello, ayudado por una toalla enrollada tras la nuca, mantenía la cabeza un tanto elevada sobre la horizontal para ver las evoluciones de sus amigos en la piscina, a la que volvían cada dos por tres. Pudo así ver la figura de Violeta caminando hacia el borde de la balsa mientras sus hijos charlaban apoyando sus codos en el poyete del fondo, mirando el mar de montañas del horizonte, los muslos de la mujer se tensaron un instante en el breve momento del impulso y su cuerpo se elevó doblándose en el aire en una ingrávida y perfecta curva.

Gael cerró los ojos mientras se dibujaba una reposada sonrisa en su semblante con aquella imagen impresa en su retina. Su cabeza se giró a un costado al tiempo que perdía la vigilia, aunque el sueño no llegó a dominarlo, algunas de sus neuronas se negaban a desactivarse, les faltaba una sinapsis en aquellas décimas de segundo, detectaban una inapropiada ausencia, algo que faltaba después del salto.

Despejó sus ojos y volvió a enderezar la posición de su cabeza. El agua de la piscina estaba lisa como la lona de las hamacas, ni una onda expandiéndose, ni el emerger de Violeta, solo el suave ondular superficial allá al fondo, donde Alfonso y Aida seguían charlando de espaldas a Gael. El periodista, preocupado, se recostó sobre sus codos incorporándose lo que la posición le permitía para ver mejor por qué la mujer no emergía. Iba a alertar a Alfonso y Aida cuando los escuchó a su izquierda, en las tumbonas cercanas, allí reposaban plácidamente al sol Aida y su madre, Doña Violeta, ambas con sus pamelas sobre los ojos y brillando por efecto del protector solar.

Gael contestaba a sus propios pensamientos convencido del efecto de un breve sueño que, necesariamente, acababa de vivir. Pero eso ya no le importaba, ahora, embrujado por la escena, lo que deseaba era no perder

detalle de lo que estaba viendo, Gael se había quedado petrificado en aquella incómoda posición, no pudiendo dejar de mirar, con alevosía, sabiéndose no visto por aquellas dos mujeres. Una Aida, de piel blanca, casi marmórea, con sus pechos de pezón pequeño y rosa, expuestos pero protegidos por capas de aceitoso protector. Otra Violeta, que se había deshecho de los tirantes del bañador y lo vestía arremangado en la cintura, morena, bronceada, con unos muy generosos pechos que ya habían probado el sol a juzgar por el color, exhibiendo dos grandes areolas de color marrón oscuro.

Un chapoteo en el agua le obligó a mirar de nuevo a la piscina. Tras una espumosa estela Alfonso salía ágilmente del agua apoyando sus poderosos brazos en el borde de la alberca. Gael se supo visto, descubierto en aquella nada decorosa acción de fisgoneo. Se volvió a su izquierda para confirmar si Aida y su madre se habían percatado del momento, esperando ver a las mujeres levantando las pamelas de sus ojos alertadas por el estruendo originado por Alfonso, pero en las tumbonas reposaban Aida ¡y Alfonso!, al tiempo que el timbre seductor de la voz de Violeta sonaba desde el borde de la piscina.

—¿Qué? ¡Vamos a tomar el aperitivo! ¿No os parece? —la mujer, ataviada con su sensual bañador completamente empapado, le hablaba sonriente a los pies de la tumbona, mientras que un rastro de agua, que ya se evaporaba, marcaba su trayecto desde el borde de la piscina.

Gael dio un respingo que le hizo perder el apoyo en uno de los codos. El desequilibrio le hizo girar todo el peso de su cuerpo hacia ese lado no pudiendo evitar caer mientras la hamaca le volcaba encima.

Tuvo que socorrerlo Violeta de aquel amasijo de lona albiazul y de desarticulados listones de madera. La situación fue tan cómica que todos rieron, incluido el sonrojado Gael que ya no reparó en las extrañas alucinaciones que probablemente aquel sopor le había producido. Aunque le dejó un mal sabor de boca, poso amargo que pretendía reparar con el aperitivo y los almuerzos. ¡Se moría de hambre!

Después de almorzar Aida acompañó a su invitado a las distintas construcciones de la finca. La joven se entristeció ante el vacío de pura sangre árabe al paso por las cuadras, cuyos soportales servían ahora de cocheras, a la derecha del patio de gravilla.

En unos pasos llegaron al *Palomar*, un hotelito, encajado hábilmente en la estructura todavía conservada de una torre del homenaje medieval, una elevación de forma cilíndrica y cuya altura dio para cinco plantas sobre las

seis que, según le dijo la joven, contenía originalmente. Lo que debían ser las ventanas traseras, en el semicírculo del edificio que daba al patio de las cocheras, se encontraban cerradas con postigos y Aida le explicó que el *Palomar* era el inmueble donde se albergaban los invitados, otrora muy numerosos, pero que, desde hacía tiempo, no era prácticamente usado y nadie abría aquellas ventanas si no era el servicio durante la limpieza matinal.

Para alcanzar la puerta de entrada tuvieron que bordearlo. La planta baja era diáfana, tan solo en un lado una escalera de caracol, metálica, girando alrededor de un largo tubo como los usados en los parques de bomberos, y un tabique que escondía los aseos y que hacía de secante en el gran círculo que formaba la sala. Tresillos, mueble bar y mueble televisión, algunas mesitas auxiliares y, en el centro, una mesa de billar. Aida se disculpó de las sábanas blancas que cubrían casi todo el mobiliario y también por la falta de lienzos, cuadros muy valiosos, según relató, que ahora permanecían embalados y guardados bajo llave de plata.

La visita a los jardines versallescos devolvió a Aida su buen humor. Al terminar de andar el geométrico jardín se llegaba al horizonte pues aquel acababa en un precipicio de cuya caída protegía una barandilla de piedra contorneada que, en sus medios, albergaba, saliente, con valentía, un templete que hacía las veces de mascarón de proa ya que se había construido, flotante, sobre lo que era ya el propio vacío.

Aida reía como una niña cuando con las pequeñas y suaves manos le tapó los ojos al periodista durante la subida por los escalones del templete. La joven silenció sus risas, expectante, cuando retiró las manos para dejar ver a su amigo una de las vistas más grandiosas que pueda dar un mar de montañas. También ahogó sus cristalinas risas cuando, en esa tesitura, con un sol ya vespertino pintando de oro las cumbres cercanas, Aida le robó a Gael el primer beso.

Como se tejen los tapices, en una aparente alineación sin sentido de nudos de colores, el amor entre Gael y Aida se fue tramando, se fue asentando en la urdimbre a lazos de pequeños roces y furtivas miradas. Los besos se fueron multiplicando en número y en humedad, poco a poco las caricias alimentaron una pasión que se dejaba ver comedida en lo público y que se llenó de sudor y de jadeos en la intimidad.

Gael, embriagado de juventud ajena, volvió a los pocos días, abandonando temporalmente la hospedería de Don Felipe. Las visitas se repitieron y las estancias se prolongaron. Aida hablaba de noviazgo, lo que molestaba un tanto a su madre, Violeta, pero que no incomodaba a Gael. Aquella noche, en la segunda semana de agosto, a cargo ya del periodista, superado su periodo vacacional, dormían en el *Palomar*.

Serían las tres de la madrugada cuando Gael despertó sobresaltado al escuchar el ruido de una puerta al cerrarse, pero no era en el Palomar, el ruido procedía del patio de cocheras y la única puerta que daba a él era la del palacete, la de la misma *Villa Sieras*. Miró a su costado y sonrió ante la angelical imagen de Aida dormida, desnuda y frágil, con su roja melena extendida sobre la almohada.

Suavemente, para no despertarla, se incorporó y se acercó al ventanuco, una buharda inclinada hacia el cielo pero que permitía ver el patio de cocheras. Caminando descalzo notó muy frío el suelo, una tiritona le subió por la espalda hasta hacerle temblar la nuca y los hombros, se percató entonces de que estaba sudando copiosamente, su temperatura era muy alta, tembló con escalofrío febril pero no se amedrentó y se asomó cuanto pudo, en la gravilla del patio, frente a la puerta principal levemente iluminada por el farol en forma de granada, sobre los surcos todavía visibles de los neumáticos de su propio vehículo, una huellas de tamaño y forma del pie humano se sucedían una tras otra, como si un ser invisible se fuera alejando de la casa principal. El periodista, molesto por el sudor que le resbalaba desde

la frente, se frotó incrédulo los ojos y al centrar de nuevo el foco de la mirada vio claramente la figura de Doña Violeta, completamente desnuda, acercarse a la base del Palomar, hasta que desapareció de su ángulo de visión.

En el intento de asomarse superando los anchos muros de aquella fortaleza medieval resbaló sobre su propio sudor y tumbó la pequeña mesa auxiliar situada en ese lado. Desde el lecho la voz de su amante le interrogaba.

—¿Qué ocurre Gael?

—Aida, perdona... Es que tu madre anda por el patio... —el periodista hablaba sin dejar de mirar por la ventana, sudoroso, febril—. Y, va... ¡Va descalza!

Al terminar la frase se volvió hacia la cama y, de nuevo, tuvo que frotarse el sopor de sus ojos. Sobre las sábanas no descansaba el frágil y níveo cuerpo de su amada, sino que, en su lugar, una voluptuosa mujer morena, envuelta solo por su pelo azabache, se fue perfilando claramente como Doña Violeta.

La mujer abría el arco de sus piernas invitándole con los brazos extendidos a abrazarla. El magnetismo animal que desprendía aquella mujer superaba con creces la sorpresa, el rechazo y el pánico que atenazaba a Gael que se fue acercando imantado, como la polilla al fuego, una mano cubriendo el pudor de su miembro, ya casi erecto, y la otra extendida hacia el pecho generoso que Violeta le ofrecía. Rozó con sus dedos el pezón hinchado y cayó de bruces, sobre el abierto sexo de aquella irreconocible Violeta cuyos ojos felinos no se atrevió a mirar. Gael, cuando aquel erotismo salvaje e irresistible se lo permitía, miraba a los lados buscando la figura de Aida, que había desaparecido incomprensiblemente, como tampoco entendía la rapidez con la que Violeta había llegado a la última planta del *Palomar*, donde poco antes dormían su amada y él tras una noche de caricias y jadeos.

—¡Entra! ¡Entra en mí! —la voz salía de la garganta de aquella rabiosa Violeta, pero la voz era la de Aida. Gael sudaba, delirante.

El abrazo se consumó. Gael se vio tumbado boca arriba, manipulado como un pelele por la fuerza de aquella mujer. Tumbado y poseído. Del cuerpo de Violeta emanaba un aroma afrodisíaco, sus caderas comenzaron un vaivén ancestral, arcaico, las formas de la mujer se contorsionaban elásticas y ondulantes permitiendo que sus muslos, arrodillados a los lados del torso del periodista, se tensaran hasta lo indecible para permitir aquel oleaje de caderas que engullían la virilidad de Gael. Sobre la cama, con la mirada al techo, cruzada en ocasiones por el negro cabello de su amante, Gael, febril, divagaba entre el deseo y la culpabilidad, pero sin capacidad de lucha,

desarmado por tamaña fuerza.

La cadencia de las pulsiones se iba incrementando paulatinamente al tiempo que los jadeos iban convirtiéndose en pequeños gritos. Dos, tres minutos no más y ya el periodista intuía el final incontenible. Entre el terror y el placer, en aquella lucha interior, incapaz de repeler a su anfitriona, Gael lloró en una mezcla de jadeos y sollozos. Las lágrimas hicieron lo que no pudo la carne y, de repente, respondiendo a aquel sollozo, como impulsada por un resorte Violeta se detuvo, la potencia de la interrupción hizo incluso que la cama resbalara sobre el parqué hiriendo la madera, la misma inercia que lanzó a Gael hacia arriba comprimiendo todavía más su cuerpo contra el sexo de la mujer, así, en la mayor de las profundidades, Gael, todavía con los ojos cerrados y húmedos de sudor y lágrimas, brotó, eyaculó incontinentemente en el seno de Violeta.

—¿Qué te ocurre amor? ¿Lloras? —Gael abrió los ojos despacio, temiendo ver la culpa en los ojos rasgados y negros de Violeta, pero una sudorosa Aida se apartaba de sus caderas— Madre mía de mi alma ¡Si estás ardiendo!

La joven corrió al lavabo. Por el resquicio de la puerta entornada el hombre veía como Aida mojaba una toalla con gestos urgentes. Gael se incorporó, desde la luz blanca del cuarto de baño el periodista escuchó la voz imperiosa de su amiga, de su novia. «¡No! ¡Gael, no!». Y ya todo se desvaneció, un dolor agudo en la nuca y la luz blanca recortando la figura de Aida que corría hacia él. Silencio.

La luz puntiaguda saltaba de una a otra pupila. Gael reaccionó más ante aquella molesta luminosidad que al acre olor que inundaba sus fosas nasales. El médico, que el enfermo reconoció como el del pueblo, retiró la ampolla de la nariz del paciente y desconectó el pequeño bolígrafo linterna.

—Ya vuelve en si —el facultativo hablaba con una tercera persona.

—¿Aida? ¿Estás aquí? —Gael intentaba incorporarse, pero la mano de su amiga se lo impidió suavemente.

—Sí. No te sofoques. —la voz llegaba desde la cabecera, por donde le alcanzó el hombro una mano de Aida, para que no se levantara. Gael dobló su cuello para poder verla y un dolor agudo en la nuca le paralizó

—Por favor, señor Azcona, no se esfuerce —el doctor hablaba desde el fondo de la alcoba al tiempo que recogía su instrumental en el maletín—. Cayó usted de la cama y se ha causado una buena contusión en la nuca, pero no pasa de eso, un cardenal para unos días, lo que sí me preocupa es su anemia, debe usted comer más, amigo mío —el médico se acercó al oído del paciente aprovechando que Aida llevaba a la papelera del baño las gasas usadas en la cura; el médico susurró al paciente— Y más si pretende superar el palmarés de Don Juan. ¡Tiene usted los genitales hechos jirones! Nada grave, eso sí, no se preocupe. Le he aplicado una pomada que es mano de santo ¡Ah!, y he mirado si estaba caducada, no es de uso diario en este pueblo —Las risas le acompañaron cuando se alejaba del enfermo hablando ya en voz alta— Bueno, amigo, le dejo en buenas manos. Recuerde, coma, coma mucho, sobre todo carnes rojas.

En el momento en que el doctor abandonaba la habitación, Aida entraba de nuevo con un vaso de agua en las manos.

—¿Se marcha ya, doctor? —Aida extendió su mano al médico—. Gracias por todo. Matías le devolverá al pueblo. Y no se preocupe, me ocuparé yo personalmente de que Don Gael coma como es debido. Gracias de nuevo.

Aida culminó un tejemaneje en la mesita de noche mientras se escuchaban

los pasos del doctor ya en el pasillo. Se acercó a su amigo y se sentó, orillada en la cama, ayudándole a incorporar levemente la espalda para que ingiriera una píldora acompañada de un sorbo de agua.

—Descansa, cariño —el apelativo sorprendió al periodista, pero lo encajó con gusto—. Dentro de un rato subiré a despertarte y bajaremos a cenar, ya has oído a Don Bengoetxea, debes alimentarle.

—¿Cenar? —Gael engulló el comprimido entre toses—. Pero... ¿Qué hora es? ¿Y esta habitación? —miró hacia el ventanuco en busca de una referencia, pero aquellas puertas de balcón no eran las de su habitación en el *Palomar*, no obstante la imagen de una ventana al exterior le devolvió a la memoria lo ocurrido—. ¡Oh! ¡Dios mío! Anoche me comporté como un idiota. Lo siento. La fiebre...

En el momento en que Aida iba a contestarle la puerta de la habitación se abrió y asomó el rostro de Doña Violeta.

—¿Molesto?

Cumplida la cortesía Violeta abordó la estancia y en pocos pasos se había colocado junto a la cabecera.

—¿No te-marchabas hoy a la ciudad? —Gael se le adelantó, recordaba ese comentario en la sobremesa del día anterior—. Seguro que por mi culpa has tenido que cambiar tus planes. No sabes cómo lo lamento.

—¡Pero, amigo, si hoy es miércoles! —Violeta desvió la mirada hacia su hija y le inquirió—. Pero... ¿No le has dicho...? Lo siento hija mía, he sido muy torpe.

—No, mamá —Aida contestaba visiblemente airada—. No le había contado nada, todavía, esperaba a que se recupera un poco.

Las protestas del periodista exigiendo una explicación obligaron a Aida a responderle, pero antes le hizo callar besando sus propios dedos y colocándolos después en los labios de amante. La joven volvió a sentarse sobre el borde de la cama.

—Querido, el doctor no ha sido hoy el primer día en que te ha visitado, el de hoy es el último de tres días, si contamos la noche del lunes —Aida esperó entonces a que su madre cerrara la puerta, la mujer se despidió sin palabras mientras su hija le hacía ademanes disimuladamente para que se marchara— La noche del lunes, cuando desperté en el *Palomar*... —la joven permaneció unos instantes pensativa, recordando, con la frase colgada en sus labios—, te encontré asomado a la ventana, medio encaramado, aunque poco se puede ver desde la mansarda.

»Decías cosas extrañas, probablemente por la fiebre, aunque eso no lo supe hasta que volviste a la cama. Yo andaba medio dormida y no supe reaccionar hasta unos minutos después. Lo siento, cariño —el hombre comenzaba a acostumbrarse a aquella grata expresión, un escalón muy por encima de la amistad—. Volviste a la cama. Hablabas algo de mi madre y... —de nuevo suspendió Aida la frase—. Bueno, y te lanzaste como un tigre, perdona la vulgaridad, pero es que estabas desahogado».

—¡Lo siento! —le interrumpió, pero Gael quería saber algo más, recordaba el episodio de Violeta sobre sus caderas y necesitaba saber hasta dónde desveló sus sueños, sus alucinaciones—. Y... ¿Qué te decía? ¿De qué hablaba?

—¡Oh! De nada en concreto. Incongruencias. No te preocupes. Te lo repito, no me molestó, incluso estuvo bien, si te sirve de consuelo —dijo, guiñándole el ojo—. Tanto es así que no me percaté de como estabas hasta el mismísimo final, ya me entiendes, por eso te digo que no supe reaccionar a tiempo. Cuando me fui al baño para llevarte agua que beber y algo con lo que refrescarte la frente tú ya te habías levantado de la cama y, como una torre herida, te desplomaste ante mis ojos, hacia atrás, todo lo largo que eres, y no pude llegar a sostenerte. ¡Oh, querido, te diste un golpe brutal en la nuca! —algunas lágrimas se desbordaron y Aida las recogió con los dedos—. Soy yo la que lo lamento.

Gael intentó intervenir, claramente para disipar las culpas que se estaba volcando encima su amante, pero Aida le volvió a sellar los labios con un beso depositado con unos dedos que sabían salados, que sabían a lágrimas. La joven continuó el relato.

—Avisé a Matías y corrió al encuentro del doctor. Intenté llamar, pero nunca funciona la maldita línea en estos cerros. Mientras tanto te administré compresas de agua helada con el hielo del minibar, por desgracia en esta casa sabemos de cuidados médicos y sabía lo que tenía que hacer —el periodista reconoció la referencia a su padre enfermo y postrado hasta morir—. Cuando llegaron Matías y el doctor entre los tres te llevamos hasta esta pieza, en la villa, en el palacete que dices tú, en esta casa tenemos más medios que en el *Palomar*. Estamos preparados, como te decía —Gael asentía—. Bengoetxea es un gran profesional y no te abandonó hasta bien entrada la mañana del primer día, del martes. Las primeras horas son las más peligrosas.

Gael se tocó la nuca, le dolía horrores, pudo notar entonces los puntos de sutura, seis o siete, quizá ocho. Debió de abrirse una herida al golpear la

mesita. Pero eso no era lo que le preocupaba, lo que más temía era haber pronunciado el nombre de Violeta en algún momento del escarceo amoroso, lo que parecía no haber ocurrido a juzgar por los comentarios de una Aida que continuó con sus explicaciones.

—Por la tarde regresaron mi madre y Alfonso que, como bien apuntabas hace un momento, se habían ido a la ciudad. Yo les telefoneé desde el móvil y desde el gimnasio, donde siempre hay cobertura, y vinieron de inmediato, aunque ya habían terminado sus cometidos en la ciudad, no te preocupes por eso. De camino recogieron de nuevo al doctor, ya que así él mismo me lo pidió cuando se despidió tras la primera visita de urgencias.

Aida seguía recogiendo tímidas lágrimas de la base sus ojos. Miró unos segundos sus dedos húmedos y, cambiando el rictus por el de la decisión, se los secó y reanudó el monólogo.

—La visita del médico ayer tarde fue muy tranquilizadora, aseguró que no estabas en coma ni nada parecido, simplemente durmiendo, cansado y aletargado por la medicación que te había administrado. Yo estaba muerta de miedo viéndote dormir sin reaccionar durante tanto tiempo, pero Bengoetxea ha sido siempre de confianza y consiguió apaciguarme. De todos modos tenía pensado trasladarte al hospital comarcal si no despertabas durante la tarde de hoy, que era el tiempo en que debían durar los últimos efectos. Menos mal que así ha sido, amor mío, no sabes lo feliz que soy de estar hablando ahora contigo, por eso le reproché a mi madre que entrara así en la habitación, sin preguntar antes, como un elefante en una cacharrería.

De aquella plática dos concretas palabras se clavaron en Gael erizándole de placer la piel, aunque también de temor. Aquella escultural joven, diez años más joven que él, culta, rica, bella, inusualmente buena persona, aquella princesa celta, aquella diosa, le acaba de regalar las palabras mágicas: *amor mío*. En cambio él ni siquiera sabía que sentía con exactitud. Se sabía enamorado hasta la médula, sí, colado como un adolescente, pero había algo extraño en sus sentimientos, las mariposas de su estómago enamorado volaban entre el deseo, la atracción irresistible, y un no sabía qué regusto antiguo, como si ya se amaran desde el principio de los tiempos. Gael, racional, seguro de sus fundamentos, no entendía que era aquello que le ahuecaba el estómago, pero sí que le atemorizaba. El hombre intentó rehacerse para que su amante no se percatara del desasosiego y volcó la conversación al lado pragmático, el que más dominaba.

—¿Entonces he dormido casi dos días seguidos?

—No. Lo cierto es que el mismo martes por la mañana, al poco de amanecer, ya te habías despertado, pero el punto febril continuaba, aunque leve. El doctor, por teléfono, lo calificó de normal y me dictó una nueva pauta, unas nuevas dosis para que yo te las administrara hasta que él volviera por la tarde cuando mi madre y mi hermano lo recogieran. Y así lo hice.

—¡Gracias! ¡Gracias a todos! —Gael se percató entonces de lo que habían estado sufriendo sus anfitriones y de lo poco agradecido que se estaba mostrando— ¡Cómo no os lo he dicho todavía! ¡Dios, soy un patán! Debes perdonarme —Gael apretaba la cuidada y cuidadosa mano de su amiga.

—De eso nada. No hay nada que perdonar. ¡Además acabas de despertar, deja de preocuparte! —Aida endureció un punto el timbre de su voz—. Quiero preguntarte algo — esperó el asentimiento de Gael —. ¿Recuerdas que viste por la ventana del *Palomar*? De eso hablabas. Y eso fue lo que te obnubiló.

Gael ensombreció también el tono de su voz. Pensaba que ya era agua pasada y ahora volvía como un jarro de agua fría.

—Sí, sí, lo recuerdo. Vi a tu madre. Seguramente fue la fiebre, pero la vi, lo recuerdo perfectamente. —Y callo todo lo demás.

—Ya. Debió ser la fiebre. Está claro. Mi madre ya se había marchado, bien lo sabes, estábamos esperando eso precisamente para poder abrazarnos sobre algo mullido. ¿Cómo si no hubiéramos podido dormir juntos? ¡Mi madre me deshereda! Es muy tradicional a pesar de todo —la joven, riendo, se había recostado junto a Gael y le acariciaba el pelo—. Fue al día siguiente, el martes, casi en la noche, bastante después de la visita del médico, cuando mi madre subió a esta habitación para ver como estabas. Se ofreció, después de que cenáramos, yo no me había separado de ti e insistió en que acabara de cenar tranquila, y bueno... —la joven hizo entonces otra suspensión del relato, Gael se puso en guardia—. ¡Te lo cuento pero debes prometerme que lo olvidarás! —el periodista dijo que sí, no sabía a qué, pero estaba intrigado—. Pues bien, al parecer mi madre se acercó a ti para medir la temperatura en tu frente y tú... ¡Tú te lanzaste sobre sus pechos!

El hombre se atragantó con su propia saliva. Aida le volvió a cerrar con dulzura los labios y continuó.

—Estabas sudando. La fiebre te había subido entonces. Debiste de confundirla conmigo ya que le hablabas dirigiéndote a mí. Menos mal que mi madre lo interpretó como hacen todas las madres, me llamó y me dijo: «Ves con cuidado hija mía, este caballero se ha enamorado de ti y el hombre que

lleva dentro desea comerte viva» —Aida no pudo evitar estallar en una sonora carcajada—. Querido, rompiste los botones de su blusa, ¡y has dejado marcados tus dientes en su pecho izquierdo!

Un prolongado beso terminó con los ecos de las risas en la estancia y con las dudas en el interior del periodista.

Con la vergüenza a flor de piel Gael afrontó la espera hasta la cena. Intentó dormir, pero no lo consiguió. Cuando, pasadas las nueve, Aida golpeó su puerta anunciándole la cena, Gael se disculpó y le comunicó que bajaría en unos minutos, aunque ya se había vestido y andaba por la alcoba desde hacía tiempo. El hombre dudaba en cómo afrontar la situación de sentarse a la mesa frente a Violeta, sería difícil mirarla a la cara sin ruborizarse, pero tampoco podía rehusar la invitación. Finalmente se armó de valor y descendió los escalones en dirección al comedor.

La entrada en la pieza, perfumada con el olor de la sabrosa cena, la realizó el periodista con rapidez, a grandes pasos, hasta ocupar su silla de comensal. Durante el trayecto situó de reojo a sus tres anfitriones: Violeta se encontraba frente a su misma silla, como en otras ocasiones, a su derecha Aida y Alfonso en el lado opuesto.

—¿Te encuentras bien? —la voz de Aida obligó a Gael a levantar la mirada para contestarle. En ese instante la figura de los otros dos comensales se hizo nítida, aunque desenfocada, y el periodista advirtió algo inusual en la cotidiana escena. Instintivamente, sin poder reprimirlo, su cuello giró para mirar de frente a Violeta y, casi en la misma décima de segundo, volvió su rostro, ahora si sonrojado hasta lo luminoso, para evitar seguir viendo aquello: Violeta estaba desnuda y sus pechos, con la acusadora marca de su dentadura perfectamente visible, casi se apoyaban en su plato vacío. Todo le dio vueltas.

Al ruido cacofónico de las sillas arrastrando apresuradamente sus patas de madera por el parqué le siguió el del revuelo de personas a su alrededor. La voz de Violeta sonaba cerca y clara amonestando a su hija por permitir que bajara al comedor.

—¡Te dije que era demasiado pronto! ¡Te lo dije! —La mujer hablaba a su hija mientras colocaba la mano en la frente pálida de Gael—. Te ayudaremos a acostarte. Alfonso ya se encontraba en el lado opuesto cogiéndolo por las axilas.

El periodista levantó el rostro para afortunadamente comprobar que Violeta vestía otra de sus elegantes indumentarias, un pantalón vaporoso y

una blusa transparente que dejaba adivinar el sostén. Todo negro.

—¡No!, ¡Por favor, no! —Gael hablaba categórico—. Ha sido un vahído momentáneo, de veras. Por favor, comamos, ¡me muero de hambre!

La determinación del hombre calmó a sus acompañantes. Aida no había abierto la boca durante el incidente, se la tapaba con ambas manos entre la sorpresa y la culpabilidad que se iba generando con los comentarios de su madre. Pero se recuperó cuando tras las palabras de su amante este le guiñara un ojo con complicidad.

La cena discurría tranquila y animada tras aquellos vasos de riquísimo tinto reserva de las bodegas particulares del palacete.

—Le prohibí a Aida que te contara lo que sucedió esa noche —Violeta hablaba entre bocados—. La segunda noche —dijo Violeta mirándose la blusa—. Pero lo entiendo. Por otro lado —hablaba ahora sonriendo abiertamente—, debo confesarte que me dolió, si te soy franca, pero no debes achacártelo, estabas delirando y, por otro lado, no deja de ser un cumplido que me confundieras con alguien mucho más joven.

Las palabras de Violeta calmaron al periodista al tiempo que lo ponían alerta. Por un lado la mención de ser su hija el origen de los deseos sonó como una clara insinuación de estar al corriente de los escauceos amorosos que no aprobaba, por otro, y este le preocupaba mucho más, el hecho de remarcar que se refería a la segunda noche y hacerlo con aquel sutil énfasis que Gael sí percibió, le pareció al periodista que pudieran aludir a lo que ya empezaba a estar convencido que nunca ocurrió, el brutal encuentro lúbrico con la apasionada anfitriona.

Aida, adelantándose a lo inevitable, cogió por los cuernos al toro del primero de los temores.

—Mamá. Gael y yo nos hemos prometido —El periodista no pudo evitar el rictus de desconcierto que se dibujó en su rostro, estaba tan sorprendido como la propia Violeta, no obstante, y a las apremiantes miradas de la joven a la que le urgía una respuesta, Gael contestó con una sonrisa de aprobación. Aida prosiguió entonces ya con aplomo.

—Lo haremos como a ti te gusta, mamá. Poco a poco.

Violeta suspiró. En su rostro se adivinaba que esperaba esta lluvia desde que vio la nube. Miró a su hija, pero antes, paseó su mirada por la de Alfonso, donde se mantuvo unos segundos, hasta que el joven alargó su brazo para apretar suavemente la mano de su madre.

—Sabes que nunca interferiría en tus asuntos, querida hija, aun así, ya lo

hablaremos. Ahora me gustaría dirigirme a tu novio, a tu prometido, porque... ¿debe serlo? ¿No, querida? ¡Aunque ya me dirás dónde, cuándo y frente a quién has jurado tus esponsales!

Aida no hizo gesto alguno. Conocía a su madre y, a todas luces, prefirió no seguir echando hielo después de aquel cubo de agua fría. Violeta hablaba en aquel momento con ese porte poderoso que infundía temor, un tono de voz que acallaba los sonidos circundantes aunque no la levantara. Gael sintió escalofríos cuando los negros y profundos ojos de su anfitriona se clavaron inmisericordes en los suyos, como durante aquel sueño vívido que no quería recordar. El impacto de la mirada hizo que la cucharilla del postre, que mantenía suspendida, petrificada, entre el plato y su boca, se le cayera de la mano.

—Lo siento. Es cierto —Gael se disculpaba mientras con la servilleta intentaba, patético, limpiar la nata derramada—. Tenía que haber sido yo quien lo anunciara, es mi obligación...

—No te esfuerces, querido —el tono irónico de Violeta atemorizó más si cabía al periodista—. ¡Y deja de hacer eso, ya lo hará el servicio! —Gael dejó de inmediato la servilleta sobre el mantel con la misma rapidez que un niño deja el caramelo tras la advertencia— ¡Tienes mucho que aprender! —profetizó Violeta mirando a Aida en lugar de al periodista, como evidenciando frente a su hija la torpeza de la persona elegida para prometerse.

El ambiente se tensaba hasta el punto de rotura. El desenlace no podía tardar. Gael se sentía cobarde y ridículo con aquellas demostraciones de temor y sumisión. ¡Él, que había negociado con *Señores de la Guerra* en pleno desierto, humillaba ahora su cabeza ante aquella mujer! Pero algo había detrás de Violeta, o mejor dentro, que la hacía omnipotente, algo que le daba el control de todo lo que la rodeaba.

Y Violeta volvió a hablar, pero, en contra de sus augurios, lo hizo con una suavidad inesperada. Sus hijos parecían aguardarlo porque no se sorprendieron, lo que sí ocurrió con el periodista que suspiró aliviado viendo pasar de largo aquella *espada de Damocles*.

—Gael, tranquilízate, debes hacerlo, si pretendes casarte con una Sieras deberás saber comportarte como es debido —pero Violeta lo decía sin acritud, pacificando su monólogo—. Y quiero que sepas que... Que me gusta la idea.

Aida ya sonreía, como si intuyera esa respuesta, pero a Gael la última frase

le supuso un cambio radical en sus percepciones, era como si, hasta entonces, hubiera sido solo un invitado, tratado cortésmente, ahora era otra la sensación, ya no todo giraba en torno a sus derechos de huésped, acababa de adquirir obligaciones. Después de esa última frase, se sentía de los suyos.

—Lo que te pido, lo único que te pido Gael, es un voto de lealtad a esta antigua familia —Violeta había alcanzado la mano de su invitado y la mantenía levemente apretada, con cordialidad—. Y no hablo de la carne. ¡Allá vosotros con vuestras conciencias! Aunque yo soy de las que piensan, como mis padres, que cada cosa a su tiempo —la mujer cogió aire—. Lo que te pido... No. Lo que te suplico...

—Lo que quiere decir mi madre —se interpuso Aida—, es que yo no soy solo yo. Aida es Aida Sieras. Prometerte a mí es hacerlo a toda una saga familiar.

—Claro, entiendo, lo entiendo perfectamente. No debéis preocuparos por ese lado. —Gael necesitaba una tregua, así que se aprovechó de su condición de paciente—. Y, ahora, me tendréis que perdonar, han sido intensas las emociones y no me acabo de encontrar muy bien.

—¡Claro! ¡Cómo no! —la anfitriona se vio superada esta vez—. Estando como estás no debíamos haber abordado este tema. ¡Lo siento! Se han precipitado las cosas. ¡Lo siento querido...! —Violeta no sabía que término usar.

—Gael, basta con que me llames por mi nombre, bastante estás haciendo con reconocer una promesa así, a bote pronto, con lo protocolaria que debe ser tu familia. Créeme que te lo agradezco. —El periodista temió haber sido descortés sacando a relucir la aparente dureza protocolaria de aquella familia, pero las inmediatas palabras de su anfitriona lo desmintieron.

—¡Cuánta razón tienes! Querido... Querido Gael. Querido hijo —el sustantivo confirmó al periodista, pero esta vez también a Alfonso y a Aida, la aceptación definitiva de la situación por parte de la matriarca—. Pero debes saber que esta es una familia muy cohesionada, extensa pero cohesionada, y que solo estas reglas aseguran su supervivencia. En mi familia las reglas son sagradas. No lo olvides.

Gael se incorporó incómodo tras la última aseveración de Violeta. Estaba aceptando sin rechistar unas reglas que ni siquiera conocía, pero también era cierto que no tenía ganas de discutir, siquiera de conversar, empezaba a estar de nuevo bajo aquel sopor que le acompañaba desde la aciaga noche en la que vio a Violeta sobre sus caderas, como cuando se recuperó, poco a poco,

caldo a caldo, en el hostel de Don Felipe en los días posteriores a la noche en la que se perdió en *Los Cerros*. Por otro lado, Aida probablemente le informaría de esas reglas y estas no serían sino las propias de todas las familias, pudiera ser que un tanto más rígidas, pero poco más, se tranquilizaba Gael que notaba como estaba palideciendo por momentos

—Pero, por favor, deja que te acompañemos a la habitación, te veo pálido —insistía la anfitriona—. ¡Con lo bien que te había sentado la cena! Espero que te haya gustado.

—Sí, gracias. —contestó el periodista intentando aparentar normalidad mientras se despedía—. Claro que estaba rica. Un rosbif bueno de veras. ¡Ya habéis visto que he repetido tres veces!

—Sí, es cierto, ¡no sabes lo que me ha alegrado verlo! —volvió a tomar la palabra Violeta—. Y ahora vamos, debes descansar. Tenemos ascensor, no te preocupes, en un periquete en la habitación del primer piso.

—No, no. Gracias, Violeta. Gracias a todos. Pero me encuentro bien. Preferiría trasladarme de nuevo al *Palomar*, ese lugar tiene unas vistas preciosas desde la altura y..., y esta habitación..., la de aquí en la villa, es perfecta también..., para lo que he pasado estos dos días, pero..., no quiero pareceros desagradecido, es perfecta, de verdad, pero se parece demasiado a un hospital. Me gustaría volver a la buhardilla de invitados, me vendrá bien.

—Sí, claro —intervino Aida—. Fue la habitación de mi padre durante su larga enfermedad, y también la de mi abuelo, naturalmente cada época con mejores utensilios médicos, pero la misma habitación. Cómo te dije, querido, esta familia tiene experiencia en cuidar enfermos

Violeta se despidió en ese momento con una caricia en la mejilla del periodista. Alfonso, Aida y Gael se encaminaron hacia la salida cruzando aquel magnífico e inmenso recibidor circular. Antes de cruzar el farol con forma de granada del porche, en el exterior de la puerta de la villa, Alfonso, que había permanecido callado durante toda la conversación, intervino.

—Por si te sirve, amigo mío, por si ayuda a tu mejoría he de decirte que también apruebo, en lo que me corresponde, la decisión de Aida. Y me alegro de que mi madre también haya consentido. Por otro lado ya me hacía falta una ayuda masculina en esta casa. Ahora, si me permites hermana, acompañaré a mi futuro cuñado a su habitación.

—De eso nada, hermanito —Aida se colocó infranqueable entre su hermano y su amante—. Ya lo haré yo. Si te lo dejo a ti antes que un prometido tendré un administrador.

Durante el trayecto a Gael las conversaciones vividas le daban vueltas en la cabeza: «Era cierto que se había enamorado desde el primer día, pero también lo era que él se tenía por un ser racional y sabía que los flechazos son eso, flechazos. Las cosas había que tomarlas con precaución, como bien decía Doña Violeta. También era cierto que los días se habían atropellado unos a otros y que desde la segunda visita, a primeros de julio, no habían dejado de estar juntos, pero... ¡de ahí a casarse! Además Alfonso hablaba de cuidar del patrimonio, de vivir de rentas, y a él eso no le gustaba, no pensaba dejar su carrera, aunque podría dedicarse a su carrera como *FreeLancer*, al fin y al cabo, ya que el dinero no le tendría que preocupar en el futuro, ¡eso no sería del todo un braguetazo!»

El aroma de Aida, cuya cabeza llevaba apoyada en su hombro mientras andaban cogidos de la cintura, le devolvió a la realidad del momento. Verdaderamente sí estaba enamorado, eso lo sabía a ciencia cierta, Aida era su prototipo de mujer, mental, espiritual y físicamente. Desde su adolescencia había vuelto al cine en más de una ocasión no tanto por la proyección como por determinada actriz, no necesariamente la misma, una tenía los labios y otra los ojos, aquella el contorno redondo y dulce de la cara y aquella otra por la sonrisa, no era por la sensualidad de aquellas actrices, él no era un obseso, ni un lunático, no lo necesitaba, simplemente le relajaba, como quien mira el mar, o las lenguas de la hoguera, para encontrar un poco de paz en un mundo de guerras y problemas como el suyo.

El sexo sí le atraía, cómo no, como a cualquier persona, pero el visionado repetido de esas películas no tenía ese fin, en absoluto, era por ese tanto de ternura que tanto le gustaba, era por ver ensayos de su ‘princesa azul’. Y estando en la fila del cine, en uno de esos días, como un regalo de Dios, la ‘princesa azul’ apareció frente a él, en su misma fila. Aida fue una revelación divina, más que un flechazo.

La joven soltó la cintura de su amante para cogerlo de la mano en el momento que rodeaban el círculo del *Palomar* buscando su puerta principal. Gael cerró sus pensamientos con una sentencia: ¡No podía dejarla escapar! ¡Era ella! Esta era la que debía ser su mujer, su pareja de por vida, sin lugar a dudas. Incluso tenía la extraña sensación de haberla conocido antes, pero no de modo circunstancial, como en una fiesta o en un congreso, no, lo que sentía se parecía más a un recuerdo ancestral, de toda la vida, de anteriores vidas, la sentía como se recuerda a una amante, a una esposa. La persona a la que estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

El traslado, aunque sustancioso para los pensamientos de Gael, que no había tenido un minuto para reflexionar, fue rápido. En unos minutos ya se revolcaban sobre el lecho de la habitación de invitados.

Antes del primer abrazo, ya ambos sin camisa, Gael intentaba hablar a su amada, quiso repetir las palabras de Violeta cuando les anunció que era para ella un noviazgo modélico, se sentía un poco traidor a su anfitriona, aunque lo que realmente sentía era temor. Aida no le dejaba hablar, solo le besaba mientras iba arrancando la ropa de Gael y la suya propia. Pero el hombre no se concentraba, así que la joven le tranquilizó anunciándole que aquel margen de cortesía, aquel tiempo para hablar a solas que claramente les concedía Violeta, era un tiempo muerto que podían usar como precisaran, y ellos no necesitaban hablar, sus salivas ya se confundían y sus cuerpos eran ya un solo cuerpo. De todas formas ella volvería a su propia habitación para despertarse al abrigo de la tranquilidad de su madre, así se lo prometió a Gael.

Con la primera luz del amanecer, muy mitigada por unos nubarrones tormentosos, Gael se despertó inquieto. El lado izquierdo de su cama se encontraba vacío. No supo cómo pero quedaba claro que se había quedado dormido después del redoblado sexo y que Aida había cumplido su promesa de volver a su alcoba en la casa grande, aunque debía ser poco antes ya que le pareció escuchar pasos metálicos en la escalera de caracol; dedujo que su amante también había sucumbido al sueño y ahora corría hacia su habitación mientras sonaban los primeros truenos de aquel amanecer y ya comenzaba a dejarse oír el repiqueteo de las gotas sobre el cercano tejado.

Con la escasa luz de aquella temprana hora el hombre se percató de que sobre la cómoda seguía la rebeca de Aida y, junto al galán, sus zapatos. La joven, con prisas por recibir al sol donde prometiera y a pesar del notable frío, había salido descalza y cubierta solo con su vaporoso vestido veraniego cuando la tormenta ya había roto y descargaba con avaricia sobre los cerros.

Gael se enfundó el pantalón, se calzó sin anudarse y, recogiendo al vuelo la chaqueta de Aida y sus zapatos, corrió escaleras abajo para alcanzarla. Los empinados escalones, corridos a ciegas, casi terminan por hacerle caer al llegar a la planta baja, donde la puerta del edificio acababa de cerrarse. El grito de Gael, llamándola, se ahogó con un trueno. Al relámpago inmediato le siguió el apagón de todas las luces de la finca.

El agua corría rabiosa cuando el periodista se decidió a cruzar la gravilla del patio. La virulencia de la descarga alcanzaba tal magnitud que casi le impedía caminar sobre las minúsculas piedras del pavimento, alfombra que se mostraba impotente de engullir tanta cantidad de agua. Ya en los porches de cocheras Gael se vio obligado a refugiarse.

Se escurría con las manos el agua del pelo y de los ojos y se abrazaba hombro con hombro para vencer el incontrolable tiritar cuando, a duras penas, forzando la mirada entre una espesa cortina de agua, alcanzó a ver una figura caminando hacia la puerta principal. Paseaba erguida y pausada, ajena

al diluvio. Aquella forma no era la de Aida, ni siquiera era la de una mujer, aquella figura era la de un hombre, un hombre joven. A la luz de un relámpago monstruoso la figura se detuvo y volvió su rostro hacia las cocheras, Gael se quedó petrificado y ni el frío que arañaba el amanecer consiguió reanudar los temblores de su torso desnudo. Quiso recular, esconderse en las sombras de las antiguas cuerdas, pero la luz del rayo lo había delatado y esperaba rígido las consecuencias, fueran las que fueran, pero la figura lo miró unos instantes y, sin cambio alguno en su rictus, viró de nuevo sus pasos hacia la casa cuadrangular. Gael no se había movido un centímetro y continuó apretando la mirada. Aquel joven vestía deportivo y usaba unas blancas zapatillas de tenis. Gael hubiera jurado que no estaba mojado, su camiseta oscilaba en torno a su cintura sin el peso del agua que debería empaparla y su pelo se movía a los azotes de un viento que si le afectaba aunque ajeno a la humedad de los litros y litros de lluvia que deberían aplastarlo sobre su cabeza.

El desconocido terminó por cruzar el umbral de la entrada y el periodista se lanzó a la carrera hacia la casa; se había decidido a cazar al fantasma, o al ladrón, o al hijo de Matías, o a quién o a lo qué fuera. No encontró a nadie en el recibidor, ni apreció tan siquiera gotas de agua que no fueran la que de él mismo goteaban, pero si escuchó voces. En el comedor alguien discutía. A riesgo de defraudar la confianza de sus anfitriones y compungido por una pesada sensación de culpa, a pesar de ello, pegó su oído a la madera de la puerta. La voz de Violeta resonaba en la habitación, a su vez Aida le replicaba, primero tímidamente, sumisa, y al momento rabiosa, ofendida.

—Sabes que nunca me metería en tus asuntos, hija mía —decía Violeta—, pero no puedo permitir que se repita. ¡No debo! ¡Tu padre murió con mi promesa!

—Muy bonito, mamá —Aida enfadó su tono—, ahora te parece fácil prohibirlo, pero ni tú ni la abuela hiciste nada para evitarlo.

El claro eco de una sonora bofetada acaparó toda la acústica del salón. Gael estuvo tentado de irrumpir, pero la reanudación de la conversación lo mantuvo oculto.

—¡Pégame! ¡Vamos, hazlo! ¡Castiga en mí todo lo que tú te permitiste, todo lo que no reprochaste a la abuela! —Aida sollozaba y Violeta habló despacio, recuperando la ternura con la que siempre trataba a su hija. Gael tuvo que forzar el oído.

—¡Mi amor! Es un dolor cruel, muy cruel, ver morir a la persona que no al

amor. Y gratuito. Lo sabemos de antemano, no podemos engañarnos.

—¡Habla por ti! —la joven también aminoró su enfado, aunque sin ceder.

—No, hija mía, no. Hablo por ti. Hablo por Haluk. Por Gael —el periodista contuvo su respiración que, jadeante, comenzaba a oírse más allá de su inmediato entorno. El periodista no sabía, aparte de él, a quién y a qué se refería—. Ya sabemos que no está *divinizado*, a las pruebas me remito. ¿Es lo que pretendías averiguar, no? Bueno, pues ya lo sabes. ¡Déjalo! No generes más cariño inútil. ¡Déjalo...! O no te apiades de él.

La tensión en los músculos del periodista era máxima. Un chasquido de electricidad estática llegó a sonar en los cortinajes en los que se había agazapado. El sonido le pareció a Gael descomunal, por suerte para el hombre en ese momento Aida contestaba subiendo mucho el volumen de su voz.

—¡No mamá! ¡Es él! ¡Lo sabes! Me gustaría contar con tu ayuda, de verdad, pero me conformaré con que me dejes..., con que nos dejes vivir en paz.

—¡Pero hija! —Violeta suplicaba.

—Te pido perdón si soy irrespetuosa, te lo digo con todo mi cariño, sabes que te amo como a nada en el mundo, pero recordarás que os lo dije desde el primer momento. Te advertí que Gael era quien esperábamos. ¡Quién yo esperaba! Aunque no sea cómo esperábamos. ¡Cómo tú esperabas! Eras tú, no yo, la que albergaba deseos de familia. De saga.

Un silencio alarmó a Gael que dudaba si era un receso, si volvían silenciosas hacía su posición o si, en el peor de los casos, lo habían descubierto. Pero Aida prosiguió y la acústica indicaba que seguían en el mismo lugar.

—Te lo suplico, mamá. Son más de ciento sesenta años esperando, desde la última vez, cuando no lo logramos. ¡Y casi un milenio desde entonces! Desde que las flores lloran negras la dolorosa separación. ¿Es que no lo entiendes, mamá, es que no te importa? ¡Es él!

El periodista era incapaz de digerir todo lo que escuchaba, pero el miedo y la prudencia lo mantenían rígido en su escondite.

—Reconozco que me equivoqué —Violeta volvía a su tono pacificador—. Es por eso por lo que te lo pido. Me equivoqué y estamos a tiempo de rectificar, por tu bien y por el de él. Sabíamos y ahora también sabemos que es mortal. Nunca repetimos. Lo sabes, sabes que la Ley es inquebrantable. Entiendo que te encapriches de una misma persona, pero que yo lo entienda

no es suficiente.

—¡Eso no es así! No es un capricho. A ti te ocurrió lo mismo. ¡Por tres veces! ¡Tres! ¡Y consintieron! ¿Por qué no iban a hacerlo conmigo?

La voz de Aida sonaba algo más lejana y la contestación de Violeta confirmó a Gael que ambas se estaban trasladando al fondo del comedor o marchando del lugar por aquella puerta. La conversación se tornaba inaudible.

—¡A costa de su propia vida! ¡Por tres veces! ¿Eso es lo que deseas? ¿Quieres convertirte en otra viuda negra? Esa es nuestra condena, lo sabes. Podemos, debemos amar a la humanidad, pero a las personas solo podemos disfrutarlas.

—¡No es así! ¡Y también lo sabes! —la joven hablaba casi a voz en grito—. Si ellos aceptan, que pueden hacerlo, la cosa tiene solución, aunque sea peligrosa, vuestros errores no tienen por qué ser los míos.

En aquel instante un momentáneo silencio preocupó a Gael. El sonido de los pasos acercándose no dejaba lugar a dudas, salían por esa puerta y el periodista no dudó en emprender una silenciosa huida mientras todavía escuchaba la voz de Aida en lo que parecía otra detención de sus pasos.

—Te juro, por esa misma ley, que nada sabrá si así los decides. Tú o el Magíster. Y si me lo concedéis, lo que te ruego, le haré partícipe. ¡Yo puedo hacerlo! ¡Él puede hacerlo! Lo sabes perfectamente, a ti nada se te escapa.

—Eso es muy difícil, amor mío, muy difícil. No lo permitirán. Sería un nuevo error en muy poco tiempo. ¡Y en la misma pirámide!

—Pero es que tú, madre, Doña Violeta, no eres cualquiera, eres la cúspide. ¡Eres parte del Triángulo! ¡Por favor, mamá, Mater, convéceles!

—¡Así será! Si así lo quieres, así será. Sean cuales fueren las consecuencias. ¡Tú has elegido! —Violeta sentenció con dureza pero con gesto tierno—. Ahora empieza por hacer las cosas bien y no le cuentes nada, de momento, mantenlo al margen, por su seguridad, mientras iré haciendo camino, aunque no puedo prometerte nada.

Gael ya no escuchó el final de la conversación, cuando Violeta consintió ante su hija el periodista se encontraba ya en el mismo quicio de la puerta del edificio. En ese momento, con la mano en el picaporte, volvió su rostro hacia las puertas del comedor para asegurarse de que no había sido sorprendido, y así era, pero un movimiento se hizo patente, no en el foco de su mirada, no en las puertas del comedor, sino unos grados más arriba, en la primera planta.

En las balconadas interiores de aquel descomunal recibidor, justo encima del lugar donde él permanecía agazapado unos momentos antes, el fantasma vestido de tenista se deslizaba como un autómatas en la dirección de los pasillos del ala norte. Solo pudo ver el instante en el que desaparecía por aquel corredor.

La conversación entre madre e hija le mantuvo expectante desde el mismo momento en que entró en el edificio ocultando las verdaderas razones que le habían llevado a escondidas al edificio, ahora una imagen en su visión periférica se lo había recordado. Se había olvidado del extraño joven. Si aquel misterioso personaje había permanecido en la balconada habría sido testigo de su incorrección, escuchando conversaciones ajenas como un sirviente infiel, del mismo modo en que, con seguridad, le habría observado cuando pretendía huir a hurtadillas para no ser descubierto.

El periodista no lo dudó y se decidió por continuar la persecución abordando de nuevo el *vestíbulo* de la villa cruzándolo a toda velocidad aunque de puntillas, mientras todavía se escuchaban las voces en el comedor. Subió la ancha escalinata central iluminada ya por un sol que luchaba por dejarse ver entre las nubes tormentosas y que se filtraba a través de la enorme claraboya y la vidriera del rellano.

Las femeninas voces de sus anfitrionas seguían en la antesala del comedor cuando Gael entraba en el corredor del ala norte. Al fondo distinguió la puerta entreabierta de una habitación de la que escapaba una rendija de luz que iluminaba tenuemente aquel ángulo del pasillo, otras tres habitaciones se

distribuían más acá, pero estaban cerradas, si el desconocido había entrado en alguna de ellas ya no podría alcanzarlo, y si salía de éstas el sonido del picaporte lo alertaría, así que enfiló el corredor y se acercó a la entreabierta puerta, apoyó levemente una mano sobre la puerta iluminada y la puerta se venció hasta sus medios, proyectando su propia sombra en el pasillo.

La habitación estaba vacía de toda humanidad, otra vez el fantasma se había disipado. En una cómoda, junto a una cama señorial, construida bajo palio levantado por columnas torneadas de madera, reconoció el conjunto que Violeta había vestido para cenar. Sobre la chimenea un descomunal retrato de aquella mujer, ataviada al modo goyesco, anunciaba a voces que aquella era la alcoba de la madre de Aida.

El periodista se incomodó por aquel atrevimiento y volvió hacia la salida para evitar entrometerse todavía más en la intimidad de la mujer. Además, seguramente, Violeta habría abandonado su alcoba cuando escuchó el regreso de su hija, bajando para interceptarla, preocupada por ella, lo que hacía aquella intrusión todavía más reprochable, si cabía, y más peligrosa. Por otro lado Violeta no tardaría en regresar, así que se dirigió hacia el pasillo, pero un objeto acaparó de nuevo su atención dando llama a la mecha de la curiosidad: junto a la puerta, sobre el comodín, despuntaba la forma de un cofre mediano, la caja parecía de un caoba que se oscurecía todavía más al brillo de dorados y marfiles incrustados, en su tapa, abombada levemente, aquellos marfiles dibujaban con precisión el escudo de armas que viera en lo alto de la cancela y, a sus pies, con oro apretado en bajo relieve, un lema se leía en magistral cursiva: *Mater Lacrimae*.

No pudo evitar la tentación. La charla entre madre e hija, de la que había sido testigo oculto hacía escasos minutos, le proporcionaba la licencia necesaria para hacerlo, al parecer corría peligro su vida, según creyó entender, y ese cofre aportaba información. Empujó la tapa sobre sus bisagras que cedieron sin resistencia. Unas cadenas doradas soportaron el vuelco de la tapa. En el fondo, alineados, reposaban tres pergaminos enrollados y anudados, los lazos tenían cada cual distinto color: blanco, rojo y azul. Y nada más contenía el artesanal cofre, solo el acolchado púrpura donde reposaban los documentos.

Reparó entonces en el reverso de la tapa, que ahora se le mostraba desde el interior, el abombado de la cubierta era por dentro un conjunto de capas en acordeón forradas del mismo terciopelo púrpura y, en su interior, sujetas con anclajes sumergidos en el terciopelo, una notable colección de joyas y

reflejos diamantinos. Ni le pasó por la cabeza tocar con sus manos aquellas joyas, pero si extrajo los pergaminos y leyó la inscripción dorada de sus respectivos lazos: *Mater Lacrimae* para el blanco, *Pater Iuris* para el azul, y *Magíster Omnia* para el rojo.

No osó desenrollarlos, aunque si los colocó entre su ojo derecho y la luz de la lámpara, a modo de catalejo. En el primero no conseguía distinguir ninguna conexión entre los trazos que poblaban la escasa parte visible de su interior. En el del lazo azul se podía adivinar el comienzo de un listado de nombres, pero sin poder dar sentido a ninguno de ellos con aquella geometría. En el titulado como *Magíster Omnia* se adivinaba el comienzo de un texto y, en el encabezamiento, la parte más expuesta a su ojo, se alineaban siete leyendas cortas, de números y letras, separadas por puntos, que ocupaban solo una línea y media. Aquello parecían unas coordenadas.

El periodista buscó instintivamente su bolígrafo y su bloc de notas en el bolsillo de la camisa, con la inutilidad que le recordó su piel desnuda. No había reparado, desde que salió del *Palomar*, a pesar del frío pasado, en que solo vestía unos pantalones mojados y que de su mano colgaban, todavía, la chaqueta y los zapatos de Aida.

La salida al pasillo la hizo repasando mentalmente aquellas últimas anotaciones a la luz del magistral método mnemotécnico aprendido de un ‘casco azul’ en uno de sus numerosos reportajes de guerra, donde, por lo general, era imposible, aunque vital, realizar anotaciones. El ejercicio memorístico, urgente y taquicárdico, terminó cuando se asomó con precaución por la balastrada y encontró que Violeta y su hija, sobre la misma baldosa central del recibidor, se despedían entonces fundiéndose en un abrazo.

La balconada volaba sobre todo el perímetro del gran hall de la casa cuadrangular, excepto por donde se accedía desde la planta baja, en ese lugar la gran vidriera marcaba el punto donde la escalinata central se dividía en dos para alcanzar la balconada por los dos lados. Gael esperaba en cuclillas al lado norte, por donde necesariamente subiría en breve Violeta, su habitación, la que acababa de violentar, estaba en esa ala. Ante la imposibilidad de bajar sin ser visto optó por alcanzar el lado opuesto, por esa parte de la escalera accedería Aida, pues su habitación se encontraba en el ala sur, como la de Alfonso, pero, de ser descubierto, prefería que lo fuera por su amante.

Envuelto en los primeros síntomas de una reaparecida fiebre el periodista se decidió a dar salida a su plan, se tumbó completamente sobre el helado

mármol y reptó hasta el pasillo del ala sur y allí, al abrigo de las sombras, se incorporó para ver como Violeta pisaba los últimos escalones, enfilaba el pasillo norte y entraba, ajena a su presencia, en su alcoba. Esperó entonces Gael la inevitable llegada de su amante. Se había cogido de los bronce del aplique, casi descolgado por el peso, de una de las lámparas del pasillo, se encontraba mal y temía volver a desmayarse. Pero Aida no aparecía. Volvió hacia la balconada y se asomó con cautela al hall para ver como su joven amante se adentraba por la puerta del servicio del recibidor dirección a las cocinas.

Suspiró, el plan era ahora salir de aquel atolladero, de modo que, apoyándose en el helado pasamanos, comenzó el descenso hacia la salida. El sudor le goteaba por la frente y corría por sus mejillas, confundiéndose con antiguas gotas de lluvia. En el rellano de la gran vidriera tuvo que detenerse para despejar las nubes de su mente que alertaban de un inminente desmayo.

—¡Gael! —la voz de Alfonso sonó a sus espaldas. El joven bajaba desde su habitación preparado para los ejercicios matinales y aprovechó la toalla que llevaba enrollada sobre los hombros para cubrir los del periodista—. ¡Pero! ¿Qué haces aquí? ¡Y medio desnudo! ¡Si estás tiritando! —El joven percibió la flaqueza de piernas de su invitado y le agarró con fuerza por las axilas — ¡Madre mía! ¡Estás ardiendo!

Aquella última frase la escuchó el periodista ya en una nube, antes de desplomarse. De nuevo se sumergió en el pozo oscuro y frío al que ya empezaba a acostumbrarse.

Capítulo 3º

Revelación

Otra vez la luz volvió desde muy lejos, pero esta vez el punto luminoso era oscilante e incierto. La luz de un candil bailaba suspendida de la mano de Violeta, cuyos rasgos aparecían y desaparecían al resplandor de la débil llama. Gael se reconoció tumbado en el sofá de la antesala del comedor.

—¿Cómo te encuentras? —La expresión de su anfitriona no aparentaba hostilidad, siquiera perplejidad, Violeta estaba siendo sincera en su preocupación— ¡Querido amigo! ¡Vas a odiar esta casa! Pero dime, ¿estás mejor? —Violeta gritaba ahora hacia el exterior— ¡¿Viene ese remedio o tendré que ir yo misma a prepararlo?!

Cruzándose con la imperiosa orden Aida entraba en la estancia con un vaso de agua, apartó a su madre y depositó en la boca de Gael una de las píldoras que les recetara el médico, apoyó después el vaso sobre los labios del periodista y le besó casi al tiempo que el hombre engullía el medicamento.

—¡Cuánto daño te estoy haciendo! —la frase la susurró la joven en los mismos labios de su amante.

En aquel momento Alfonso abordó la escena con tal ímpetu que todos miraron hacia la puerta del salón, el joven llegaba calado hasta los huesos y hablaba resoplando. Poco antes, él y Matías, habían recuperado ropa seca de Gael y lo habían vestido para salir después ambos en busca de la avería eléctrica, dejando al invitado al cuidado de las mujeres.

—Podremos apagar el candil en unos minutos. Parece que despejará pronto y además ya sabemos cuál es el problema, un rayo ha impactado en la torre, pero este Matías vale un potosí y está reparando la avería del tendido, en unos minutos... ¡Voilà! —en ese instante parpadeaba la iluminación eléctrica que quedó fija en segundos— Y, por favor, cuando uséis las linternas de emergencias devolvedlas a su sitio. ¡No sé qué parecías con ese decimonónico candil en la mano!

Todos sonrieron. Violeta se acercó a su hijo y le cubrió con su propio chal. Alfonso arqueó una ceja por el acierto de sus predicciones cuando la lluvia,

ya muy débil, dejó de sonar y el sol comenzó a iluminar con más fuerza el interior de la estancia Violeta señaló entonces a Gael y Alfonso se disculpó azaroso y le preguntó desde su posición sobre su estado, pero el periodista no le escuchó, su mente divagaba y su mirada flotaba ausente concentrada en un punto indefinido de la habitación, estaba concentrado en algo que pareció recordar de repente ya que sonrió y empezó a hablar rompiendo la tensa espera de sus acompañantes.

—¡*Homo homini lupus!* ¡El hombre es un lobo para el hombre! —La inesperada sentencia se vertió como agua fría en los semblantes de sus amigos. Gael sonrió, se incorporó pesadamente y prosiguió— Ya veis, acabo de recordar la frase completa, justo ahora, tu alusión a que no somos lobos, Violeta, me lo ha evocado, aunque..., aunque eso es de Hobbes, si no me equivoco —el periodista movía en diminutos círculos los ojos en sus cuencas mientras buscaba en sus recuerdos—. Por tanto como del diecisiete o así..., y, desde luego, no en la Roma Imperial —El estupor era patente en la cara de sus amigos.

»¡Oh, vaya! —Gael cayó entonces en que estaba comenzando a preocupar a sus anfitriones que no entendían aquel exabrupto—. Perdonadme. No, no estoy loco, es que, de golpe, acabo de completar una de las frases inscritas en las piedras de la cancela. ¡Ya veis! ¡Vaya tontería! ¿No?».

—El aforismo no es realmente de Thomas Hobbes —Violeta le corregía—. Él, Hobbes, lo rescató de Plauto, quien lo pronunció como doscientos años antes de nuestra era, por si hacías cuentas, y la frase original fue: '*Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*', que quiere decir, más o menos, que el ser humano se comporta como un lobo con otros humanos cuando no sabe quiénes son estos. Refuerza por tanto la idea del hombre social —Violeta enfatizó entonces la última frase—. ¡Si esto te tranquiliza!

Gael, al contrario, se intranquilizó con la puntualización. Era misteriosa la fuente inagotable de conocimientos de la que bebía aquella mujer, sin duda, pero lo que más le preocupaba no era eso, sino aquella sensación, aquella sospecha de que Violeta parecía siempre leerle el pensamiento.

Era cierto que no le había gustado un pelo que fuera precisamente aquella inscripción, la del lobo, la que el destino había puesto junto a la entrada de la finca. Aquello parecía una advertencia. Y nada de que esa piedra estuviera puesta allí por casualidad, por la mano inocente de un campesino o un albañil que aprovechaba rocas de entre las encontradas en el lugar, para Gael la ubicación no era azarosa. Pero no lo había comentado, ni siquiera ahora que

divagaba respecto a su autor, en cambio Violeta, como si lo supiera, le descifraba los orígenes de la cita pero como resaltando que la advertencia lo era para terceros, no tanto para él.

Gael decidió cambiar el rumbo. Todavía no le habían interrogado por su presencia descamisada en el *hall* del palacete. Parecían estar convencidos, sin decirlo, de que aquello fue un ataque de sonambulismo provocado por la fiebre, malestar que ya no sentía, así que tomó las riendas dando forzadas muestras de encontrarse mucho mejor.

—De todos modos era una tontería. No sé porque me ha venido eso a la cabeza ahora —se levantó sin el esfuerzo del recién desvanecido, mostrando su bienestar, y concluyó—. Bueno, qué, ¿desayunamos o no?

Durante el refrigerio Violeta hablaba a su invitado de trivialidades, a medida que se preparaba unas tostadas con mermelada sin ni siquiera aludir al episodio recién acontecido del desvanecimiento de su invitado, mojado y descamisado, en el recibidor de la villa, ni, mucho menos, dejar entrever que sospechaba algo del espionaje de la conversación por parte de Gael o de la incursión en su alcoba.

—¡Pero come más, Gael, por favor! —dijo Violeta a su invitado y luego se dirigió a la hija— ¡Aida, por favor, oblígale!

Gael escuchaba intentando leer segundas líneas, aún en esa banal conversación, pero la mujer no insinuaba lo más mínimo, si había sabido o intuido algo de su deshonesto proceder lo disimulaba muy bien. Por el contrario la expresión de Aida sí le sugería a Gael que no estaba en aquella circunstancial conversación de sobremesa.

La chica daba señas de cierta contrariedad, miraba a su madre como ignorando por qué aquella no terminaba aquel insulso circunloquio y no se decidía a decir lo que, al parecer, incluido Gael, todos esperaban que dijera. Y la mujer, finalmente, de sopetón, lo hizo. Pero Gael no iba a escuchar lo que esperaba. No. Violeta iba a hablar de algo insospechado para el periodista pero previsto por Alfonso y Aida.

—Esta noche, querido amigo —retomó Violeta la conversación mirando a los ojos de su invitado—, será tu última noche en el *Palomar*.

Violeta había dado por concluido el desayuno y con un mínimo gesto de la mano hizo que se personara la mujer de Matías, que siempre aparecía como de la nada. Con pases rápidos, estudiados, comenzó a librar la mesa de vajilla y manteles.

La pausa, mantenida mientras la sirvienta acababa su tarea de recogida y

puesta, a su vez, de una jarra de limonada y algunos vasos, le parecía a Gael infinita y miraba los tejemanajes del servicio como queriendo acelerarlos con la mirada, pero al mismo tiempo deseando que nunca se retomara aquel discurso suspendido ya que, en unos segundos, Violeta le iba seguramente a interrogar respecto de su presencia en la villa aquella madrugada, o, peor aún, le iba a recriminar su comportamiento espía, y, temía Gael, lo iba a despedir con elegancia. O quizá sin ella. Pudiera ser que hubiera planeado otro tipo de despedida.

En el cuadro de esa escena nadie, excepto la empleada, se movía, por eso se sorprendió el periodista cuando Alfonso se levantó de repente, con prisas, llenando el silencio con el arrastrar de aquella pesada silla de tubos metálicos. El hijo de la anfitriona colaboró con la sirvienta en los últimos preparativos, lo que disgustó a su madre que le miraba con desaprobación, pero el joven, como Gael y como Aida, ya no soportaba más la espera. Cuando terminó no se sentó en su lugar, arrastró de nuevo su silla y la acercó a la de Gael para después acomodarse en ella. Al periodista le pareció ver de soslayo que el cambio de posición obedecía a una orden dada por la madre con la mirada.

Violeta por fin volvió a su monólogo interrumpido. Hablaba con aquella autoridad que definía su personalidad, un tono firme y decidido que atemorizaría a cualquier oyente, más por un respeto reverencial a esa figura segura y altiva que por un trasfondo amenazante. Aunque también.

—Mañana, en cuanto te despiertes, te estarán esperando Alfonso y Aida. Ten por favor tus cosas dispuestas para la marcha.

La mujer se sirvió un poco de limonada para aclarar la garganta, también estaba nerviosa, lo que tranquilizó a Gael que aprovechó la nueva pausa para intentar decir algo, comenzar su disculpa. Pero lo esperado ocurrió, antes de que dijera la primera palabra, solo con la intención, ya Alfonso, sentado junto a él, le había cogido por el antebrazo y lo apretaba contra el reposabrazos. El periodista se giró molesto pero el joven se puso el índice en los labios y chistó mientras apretaba todavía más su mano en el antebrazo de su invitado. Alfonso esbozó una media sonrisa, no sabía Gael si sincera o cínica, y con la mirada, levantando una décima de segundo las cejas, le indicó al periodista que mirara de nuevo a Violeta

—¿Me estás escuchando?

Cuando el periodista volvió la cara hacia Violeta no pudo reprimir un ahogado grito, le sorprendió ver que, sin ruido alguno, saltándose la escena como cuando se corta y pega una cinta cinematográfica, la mujer se había

levantado para hablar apoyando los dedos de las manos extendidas sobre la mesa de cristal, acomodándose para un discurso.

Aquello no encajaba, Violeta se había levantado y la silla, que estaba desplazada al menos dos metros tras la mujer, como lanzada por la fuerza de la izada, no había emitido sonido alguno. Gael miraba de nuevo a Aida y Alfonso esperando una respuesta., pero estos no empatizaban con su alarma y continuaban con gesto serio, aunque tranquilo.

—¿Me estás escuchando?

Las preguntas de Violeta se escuchaban guturales, había algo en la voz de aquella mujer que al periodista puso en guardia. Incrédulo miró otra vez a Violeta cuyo torso ahora estaba desnudo, de nuevo aquellos esculturales pechos lo miraban con sorna y descaro.

—Gael ¿Qué te pasa? ¿Me estás escuchando?

La interrogación la decía ahora con rabia. Las manos de Violeta se crisparon sobre el cristal en el que se apoyaban y toda la gran mesa de los desayunos, un grueso bloque de vidrio apoyado en una estructura de tubos metálicos como los de las sillas, comenzó a resquebrajarse, como ocurre con las lunetas de los coches, que se vuelven opacos en una maraña de grietas pero sin acabar de desmoronarse.

Cada crispación de los dedos de la mujer suponía nuevas fracturas. Gael, asustado, echó hacia atrás su silla empujando con las piernas, pero aquella parecía pesar más de lo que sus músculos podían desplazar y optó por levantarse en el lugar para intentar salir de la ratonera, al hacerlo sus muslos tocaron la mesa y, de repente, el vidrio, cuarteado en miles de pequeñas piezas de cristal, como si se hubiera evaporado en un segundo todo el adhesivo que lo mantenía unido, se desmoronó como un castillo de naipes esparciendo por todo el salón miríadas de minúsculos y afilados polígonos de cristal. Algunos de ellos golpearon sus tobillos y notó como le producían lo que creyó cientos de pequeños cortes.

Gael levantó su estupefacta mirada, que había quedado enfocada al suelo absorbida por el espectáculo explosivo. A medida que izaba la cabeza la vista se le nublabá y las piernas le comenzaron a temblar. Perdió un primer punto de apoyo, luego otro, cuando empezaba a desplomarse notó los fuertes brazos de Alfonso cogerle por las axilas y arrastrarlo por el salón. Esta vez no perdió el sentido y, entre nubes, pudo ver como aquel joven, con una fuerza descomunal, lo llevaba en volandas al sofá del otro lado de la habitación. Aida ya había llegado con un vaso de limonada y Violeta entraba por su

izquierda con el medicamento.

Con soltura, con la maestría que da el haber cuidado muchos enfermos, el trio dispuso una estudiada coreografía, Alfonso le estaba levantando las piernas sobre la horizontal del sofá y colocaba un par de cojines para mantenerlas elevadas; Violeta le izaba levemente la cabeza y le administraba la consabida píldora, mientras Aida acercaba a sus labios el vaso de fresca limonada. Cuando Violeta iba a hablar Gael volvía su cabeza temeroso, pero la vio vestida, con aquella bata de alcoba anudada en la cintura. Forzó un poco la mirada y buscó los restos del estropicio en el salón, pero, al fondo, la mesa de cristal permanecía rígida, completa, como si todo aquello hubiera sido un sueño.

—¡Os lo estaba diciendo, no puede estar aquí ni un minuto más! —Violeta hablaba a sus hijos, pero al percatarse de que Gael la estaba mirando, interrogante, le habló directamente—. Mañana, querido amigo, mañana Alfonso y Aida te acompañaran a un lugar seguro —la frase la supo Violeta inadecuada y de inmediato rectificó—. Bengoetxea, el médico que conociste nos recomienda, no, perdón, ¡nos exige tu hospitalización! El doctor Goytisoló, quizás hayas oído hablar de sus clínicas, es de nuestra familia y dispone de una muy cerca de Barcelona, en realidad es una residencia y...

Gael intentó articular palabra pero la mujer se impuso con cierta dureza.

—No, Gael. No —prosiguió Violeta—. Has enfermado aquí, al abrigo de mi hospitalidad, y te recuperarás a mi cargo.

El periodista quiso reaccionar, pero no sabía si realmente quería hacerlo. Se encontraba mal, era lo cierto, y no entendía nada de nada de lo que le estaba pasando. Entonces recordó que el plazo de sus dobladas vacaciones estaba a punto de concluir y se dispuso a desaprobar la propuesta, por imposible.

—Si lo que te preocupa es el trabajo —de nuevo Violeta le había leído el pensamiento—, deberás perdonar mi atrevimiento pero es que... Tu editorial, el periódico... El grupo de empresas, en realidad, lo regenta... Vamos, que también es propiedad de mi familia. De mi familia lejana, más bien, pero de mi familia.

—¿¿Has hablado con mi jefe?! —Esta vez el tono de Gael era de verdadero enfado. Iba a continuar la réplica cuando Aida le calló suavemente poniendo sus dedos en los labios del periodista, como solía hacer.

—Perdona, cariño, es culpa mía —la joven acariciaba el cabello de su amado—. Cuando Bengoetxea nos llamó para comentarnos el resultado del

análisis...

—¿Análisis?! ¿Qué análisis?! —el periodista no daba crédito— ¿Me está pasando algo y voy a ser el último en enterarme? Haced el favor de contarme de inmediato...

—Espera cariño, por favor. Todo a su tiempo —Gael no podía, ni aun queriendo, resistirse a la conciliadora voz de su amante—. No te preocupes por esos análisis, de verdad, enseguida te pongo al día. Te decía que cuando el doctor Bengoetxea nos llamó para instruirnos en la necesidad de tu ingreso temporal en la residencia de reposo, mi madre nos propuso a Alfonso y a mí su plan, que incluía hablar con tu empresa, y fui yo, cariño, quien les pidió que no te dijeran nada, temía que lo rechazaras.

—Pero... ¡La sede de mi cadena está en el norte! ¿También allí tenéis ramificaciones? —el tono era claramente mordaz, pero ya no hablaba enfadado—. Bueno, ¿y qué os dijeron en dirección?

—Pues algo que parece tú no recuerdas —intervino Violeta ante la cara de extrañeza de Gael—. Raúl Mendiguren, tu jefe, tu verdadero jefe, el dueño de la cadena y de la editorial, mi primo segundo en esa ‘ramificación’ de la familia a la que hace muy poco votaste lealtad —la respuesta a su anterior ironía y la mención de aquellos ciertos votos, bajaron los humos al periodista—, Raúl, me tiró de las orejas en cuanto le propuse una prolongación de tus vacaciones...

Gael empezaba a recordar. Era cierto. No se le iba a pasar el plazo porque...

—¡Ya no trabajas allí! —se superponía la mujer a los pensamientos del periodista—. Al menos temporalmente, porque, querido amigo, a finales de julio solicitaste una excedencia voluntaria de tres meses. ¿O no lo recuerdas?

—Sí. Claro. Es cierto. Disculpa, Violeta. ¡Disculpadme todos! —Gael se esforzó esta vez en relajarse con el propósito de no entorpecer más el curso de los acontecimientos.

—Tu enfermedad —Aida reanudó su monólogo—, no es una enfermedad. O al menos eso dicen los análisis...

—¡Por favor, hermanita, se más explícita o tu novio va a creer que lo que queremos es que no entienda nada! —La intervención de Alfonso fue aplaudida por Gael.

Aida, antes de continuar, miró a su madre, esperando su consentimiento. Violeta asintió.

—¡Claro! ¡Perdona cariño! Los análisis que faltaban confirman que una

anemia galopante está minando tu salud —la joven hablaba cogiendo la mano de su novio ahora sentado ya en el sofá, expectante—. Pero también que no hay razón, que no hay enfermedad que lo sustente.

—Me sabe mal decirte esto, cariño —era la primera vez que Gael usaba ese término con su amada—. Pero ¿de veras no puedes ser más clara?

—Quiere decir que si sigues aquí, en estos cerros, en esta finca, acabarás consumido —Alfonso se inmiscuyó impulsivo, nervioso ante tanta perífrasis—. Lo que quiere decir es que la razón de tu anemia, de tu falta de fuerzas, es este lugar. Eso quiere decir mi hermana.

—¿De qué coño estás hablando?! —el periodista no estaba enfadado con Alfonso, lo estaba con la situación.

—¡Prometiste lealtad! —Violeta se levantó y, por primera vez desde que la conociera, puso sus manos en jarras para hablar categórica—. ¡Me prometiste lealtad! ¡Te advertí que te faltaba mucho por aprender, que tienes mucho que entrenar y que aceptar para entrar en mi familia! —Gael pretendía hablar—. No, no me interrumpas o el episodio de la mesa de cristal te parecerá un chiste con lo que podrás llegar a ver —el periodista enmudeció, volvió a mirar hacia la mesa del desayuno, que permanecía intacta, se preguntó entonces cómo diantres podía saber aquella mujer lo que a todas luces él y solo él había alucinado.

Violeta, después de la amenaza, se había vuelto y estaba asomada a la ventana de la sala, desde la que se veía los jardines ya bañados por el sol. Buscaba tranquilizarse. Suspiró y reemprendió su soliloquio.

—Esta conversación se va a terminar en cuanto yo termine de hablar, no habrá más prórrogas, ni más preguntas. —Se volvió de nuevo hacia Gael y esperó a que asintiera, lo que Gael hizo, pero la mujer le exigió más.

—Verbaliza. Dilo.

—Sí. Prometo escucharte —dijo el periodista.

—¿Y...? —Violeta esperaba más compromiso.

—Y no interrumpir —la mujer iba a añadir otro interrogante pero Gael se le adelantó—. Y cuando termines no habrá más preguntas, queda claro. Adelante. Por favor.

—Es este lugar, querido —Violeta volvía a mirar por la ventana mientras hablaba a su huésped—. Este emplazamiento te está consumiendo. No, no te preguntes por qué, al menos en este momento, solo confía —de nuevo miraba a Gael mientras se acercaba al grupo— Pensábamos que tu naturaleza podría ser de una manera..., pero nos equivocamos, me equivoqué —recalcó

mirando a su hija—. Aunque tiene solución y pasa por que vayas mañana mismo a la clínica Goytisolo. No debes preocuparte, tú mismo ya habías dado una solución a tu prolongada ausencia en el trabajo y..., y además nadie te espera —aquellos razonamientos volvieron a intimidar al periodista—. La clínica es en realidad una casa de campo. Un lujo de lugar. No es una clínica en sentido estricto, pero residen en ella los mejores médicos. Y Aida estará contigo.

La última oferta hizo más que todas las promesas. Al fin y al cabo se iba a una especie de balneario y se iba con Aida. ¡Qué más podía pedir! Además estaba la astenia y era cierto, a la vista estaba, que tenía que acudir a un médico. Gael solo habló para decir un alto y claro: «De acuerdo».

—Perfecto. No se hable más. Vayamos ahora a estirar las piernas, el día se ha vuelto espectacular —Violeta balanceó los brazos hacia la puerta invitando a salir al grupo.

Gael ya vestía ropa seca desde poco después de su desmayo en las escaleras del palacete, prendas que le acercaron desde el *Palomar*, pero en los pies calzaba unas ligeras chinelas de playa prestadas en sustitución de sus empapados zapatos.

En aquel momento se le acercó solícita la sirvienta, que parecía hubiera estado esperando oculta tras las cortinas, y le entregó unas nuevas y cómodas zapatillas deportivas que le encajaron como un guante. Gael cortó la brida de la etiqueta y se calzó las deportivas mientras elucubraba al respecto de si todo aquello, las conversaciones entre madre e hija en la presunta intimidad del comedor de la villa, o los mismos descubrimientos en una alcoba iluminada y con una sugestiva puerta entornada, pero también las alucinaciones, incluso la misma lluvia, no serían parte de un plan preconcebido.

Era una absurdidad pensar de esa forma, lo sabía, pero esa era la sensación que, como poso de vino, no le abandonaba. Si acudía a la razón era innegable que había sufrido alucinaciones, resultaba evidente que mediaban ilusiones mezcladas con realidades, entre estas últimas seguro se encontraba la conversación escuchada oculto tras las cortinas del comedor y también el recuerdo del cofre violado en la alcoba de Violeta, entre las fantasías reconocía el fantasma que perseguía cuando se metió en la villa y el incidente de la mesa de cristal, otras, como la habilidad de Violeta para adelantarse a sus pensamientos o la eficacísima respuesta de la sirvienta, que parecía recibir órdenes de Violeta por telepatía, no sabía encajarlas, de momento.

Al anudarse las zapatillas no pudo evitar masajearse los tobillos, le picaban

horrores. Se levantó los bajos del pantalón y miró con más detenimiento mientras sus anfitriones salían ya por el marco de la puerta para esperarle en el patio de cocheras. Gael, ya del todo confundido, pudo ver que tenía multitud de pequeños arañazos y que algunos finos chorretones de sangre se habían secado tobillo abajo.

La mañana había avanzado y la mujer propuso pasear al sol de sus posesiones antes del almuerzo, después ya tendría tiempo Gael de preparar sus cosas.

—Y esta es nuestra casa desde hace años, querido amigo. ¡Desde hace muchos, muchos años! —un tono nostálgico se iba perfilando en la voz y en el rictus de Violeta a medida que hablaba y paseaba junto a Gael.

Los hijos de Violeta andaban a unos cincuenta metros por detrás de ellos, se habían retrasado un poco ya que Alfonso explicaba a Aida algo sobre el motor electrógeno que habían adquirido recientemente. Violeta se cogió del brazo de Gael y le siguió relatando.

—Bueno, querido yerno... —Violeta hablaba con dulzura—. ¡Ya casi puedo llamarte así! ¿No? ¡Pero ni se te ocurra llamarme suegra! ¡Por favor te lo pido! —ambos rieron.

—¡Pero si estás guapísima! ¡Ya quisieran mis amigos tener una suegra como tú! Nadie diría que tienes dos hijos tan..., ya tan crecidos —el periodista intento evitar la palabra ‘mayor’.

—Gracias, querido, por lo de guapa, pero te repito que sobraba lo de suegra —y pellizcó cariñosamente el brazo de su invitado—. Por lo de los hijos, estás equivocado, no tengo dos, sino tres, aunque Carlos Alberto ya falta de entre nosotros —el tono de Violeta volvía a ser melancólico.

—¡Vaya! ¡Lo siento! No debía haberte preguntado...

—¡No! ¡No falta como parece que has entendido! Carlos Alberto vive, pero, para nosotros, como si no lo hiciera, aunque sea duro decirlo, más para una madre. Hará dos años que marchó, odiaba la vida en el campo y se sentía recluido. Y se marchó. De su casa y de su familia. Renegó de su apellido cuando le recordamos que vivir fuera de su ambiente era insano para él y para los que le rodearan, pero no atendió a razones, se marchó y punto.

El silencio que siguió envolviendo el paseo después de aquellas palabras indicaba que Violeta había dado por concluida la conversación sobre su tercer

hijo, pero Gael no pudo evitar interrogarle, sobre todo por la última aseveración, aquello de la inconveniencia para los que rodearan al hijo díscolo.

—Perdona que te sea tan franco, Violeta, pero... ¿no es un poco pretencioso, si no elitista, decir que tu hijo puede sufrir fuera de su ambiente? Es que, dicho así, o él es un inadaptado o nosotros, la clase media, somos un peligro para la aristocracia —el periodista esperaba más escuchar la segunda parte de las afirmaciones hechas por Violeta, aquello de que Carlos Alberto podía afectar a los demás, que oír la respuesta fiel a su pregunta, pero intento sonsacarlo probando suerte y, como siempre, Violeta pareció leer sus intenciones.

—Del mismo modo que no es sano que tú vivas aquí —dijo la mujer al tiempo que describía un arco horizontal con el brazo que abarcaba toda la finca y aludía a todos *Los Cerros*—, no es sano que mi familia viva fuera de sus lugares. Pero, por favor, no intentes entenderlo ahora. Todo a su tiempo. Me lo has prometido —la mujer entonces apretó suavemente el brazo de Gael en el que se sujetaba y apoyó delicadamente la cabeza sobre su hombro.

El gesto tierno de Violeta ablandó las suspicacias del periodista que optó por terminar por esos derroteros del ya fracasado interrogatorio y reconducirlo a una conversación tranquila, propia de aquel agradable paseo entre los castaños de la finca, ya pasados los jardines versallescos y la avenida flanqueada de rosales.

—Y... ¿Qué edad tenía..., tiene, perdón, Carlos Alberto? ¿Es mayor que Alfonso?

—¡Carlos es gemelo de Aida! —Gael no pudo evitar dar un respingo y su acompañante lo notó—. Siento no habértelo dicho, perdona, es que intento olvidarme. Carlos Alberto es tan guapo como su hermana. No son mellizos, pero sí muy parecidos; él en complexión masculina, naturalmente. Hablo de esa dulzura y poder arrebatador de seducción que ambos tienen, pero Carlos es un crápula, un vividor, dado a la juerga y el dispendio. ¡No sé a quién ha salido! Dilapidó una parte de la herencia de la que me pidió le hiciera entrega. ¡Cómo si yo se la fuera a quitar, o a mal administrar! ¡No sé qué pude hacer mal con ese chico, lo eduqué como a sus hermanos...!

—Mamá, deja de culpabilizarte.

Alfonso les había alcanzado y, por lo que parecía, debió haber escuchado la conversación cuando se acercaba. Su hermana, Aida, debía de encontrarse muy detrás porque no llegó a verla Gael cuando se volvió al escuchar la voz

del joven. Alfonso cogió a su madre por la cintura, por el lado contrario a donde Gael le ofrecía el brazo, y continuó hablándole.

—Carlos se fue porque quiso, tenía todo lo que se puede pedir, pero nunca le han gustado las responsabilidades —Alfonso hablaba tanto a Gael como a su madre—. De hecho sigue viviendo a todo tren. No le falta trabajo, ni decaen sus negocios. ¡Así que no sé de qué te preocupas! —miró entonces a Violeta y de inmediato al periodista—. Siempre se está reprochando algo respecto a mi hermano —dijo, señalando con la mirada a la mujer.

Gael, siempre influido por los gajes de su profesión, iba a interrogarle sobre los negocios de Carlos Alberto cuando los gritos de Aida les hicieron volverse a todos.

—¡Eh! ¡Esperadme!

Aida hacía aspavientos desde la lejanía. Mientras esperaban Alfonso contó a Gael que su hermano vivía del cuento y que ya le habían implicado en varias estafas y corruptelas, casi todas con políticos, el cohecho era, al parecer, una de sus mejores habilidades. Lo que negaba Violeta con la cabeza. Al minuto ya veían a Aida llegar corriendo hacia ellos cargada con lo que luego supieron eran setas que había estado recogiendo por entre los castaños.

—Mirad que os traigo —dijo enseñando las setas.

—¡Hermanita, siempre tan hacendosa! —Alfonso le tiraba cariñosamente de la oreja—. ¿A qué no sabes de quien estábamos hablando? — Violeta le miró con tanta intensidad que hasta Gael lo percibió, pero Alfonso no se amedrentó—. De Carlos. ¡Tu querido gemelo!

—¡Déjate de insidias! ¡Y más delante de mamá!

Todos reemprendieron la marcha, envueltos en un silencio incómodo. Se desviaron hacia la izquierda, para bordear el bosque de castaños, pues alcanzaban la fuente del Neptuno y ya se adivinaba a lo lejos la cancela de entrada a *Los Rosales*.

—Carlos Alberto será lo que será —intervino Violeta—. Pero Alfonso es que no puede ni escuchar hablar de él. No todo lo que dice es cierto, son solo rumores.

Alfonso iba a contestar, pero esta vez Aida se cruzó, al tiempo que disimuladamente, sin que lo viera su madre, le hacía gestos a su hermano de desaprobación.

—Mamá tiene razón, Alfonso. Sé que no es tu intención pero esos comentarios tuyos la torturan. Nos torturan. Además Carlos tiene arte para su

trabajo, no necesita corromper a ningún político para ganarse la vida. Es relaciones públicas en una multinacional —dijo, mirando ahora a Gael que no entendía cómo podía saber la joven de una conversación que necesariamente no había escuchado, aunque, se decía a sí mismo, probablemente, esas acusaciones para con el disoluto de su hermano eran un lugar común de Alfonso.

El paseo terminó con nuevas gotas de lluvia cayendo sobre *Los Rosales*. Gael no volvió al palacete junto con la compañía, sino que se dirigió al *Palomar* para recoger sus cosas, o al menos eso fue lo que dijo ya que su verdadera intención era procurar comunicar con el exterior, llamar a su trabajo. Y también para apuntar negro sobre blanco las coordenadas vistas en el pergamino antes de que se difuminaran en su memoria; había usado aquel eficaz truco fijador de recuerdos basado en la vinculación de letras o números con imágenes y sensaciones, o con unos versos sencillos, como fue el caso, pero sabía por experiencia que el tiempo lo borra todo.

Aunque el paseo le había cansado lo cierto es que se encontraba bastante mejor, sin duda era la magia de las cápsulas del doctor Bengoetxea, cilindros bicolores de puntas romas que debían contener una fórmula magistral, algún reconstituyente, porque le habían ido de maravilla, «mano de santo», como decía el doctor.

El recipiente se encontraba allí junto a la botella de agua y el teléfono, era un frasco de plástico blanco con tapa de rosca sin marca comercial alguna, pero sí con el nombre del doctor, su número de colegiado, el número de comprimidos y el nombre del paciente, el suyo, escritos con rotulador indeleble. Gael no se lo pensó dos veces y se tragó otra de aquellas pastillas, le vendría bien.

Dejó el frasco abierto sobre la mesita y acercó el teléfono a su posición. Aunque sí llegaba una línea desde hacía unos meses a la villa, en la casa de invitados no había extensión telefónica, pero si un aparato de sobremesa en cada habitación, que solo cumplía la función de conectar con el palacete, con el servicio, como si de un hotel se tratara, no obstante Gael probó marcando previamente un cero con el código del país, por si la suerte le sonreía y conseguía contactar con su periódico, pero aquello no daba resultado.

Se maldijo por no haber comprado un nuevo teléfono móvil cuando se hizo con el navegador GPS para el todoterreno, en la tienda donde lo compró vendían también celulares, pero en ese momento pensó que era un gasto inútil teniendo que volver en poco tiempo a su trabajo y a su móvil habitual, el que

dejara en casa para no caer en la tentación de utilizarlo, el ‘esclavófono’ como él mismo lo llamaba. Ahora se arrepentía.

Recordó entonces que Matías le comentó que para lo que necesitara que marcara el nueve, le contestaría él o su mujer, ya fuera por si precisaba de algo para la habitación o por si quería llamar al exterior, pero llamar a través de Matías o de su mujer era como hacerlo a escondidas de Violeta, o de Aida y, desde luego, visto lo visto no quería dar esa impresión. No obstante la suya era una petición lógica, con sentido, así que durante la comida lo comentaría y llamaría desde el mismo salón del palacete, no tenía nada que esconder, solo quería saludar a sus compañeros, nada más.

Serían entonces las dos de la tarde, en breve le llamarían para el almuerzo que, por lo general, se servía siempre sobre la una, como la cena, que no pasaba de las ocho de la tarde, pero aquel paseo matinal debía haber trastocado los planes de la cocina. Se tumbó mientras esperaba y no tardó en dormirse profundamente, las capsulas, además de las vitaminas intuidas por el periodista, llevaban en su composición un relajante muscular que acabo venciendo a Gael.

Un trueno despertó al periodista de lo que a él le parecieron unos minutos de descanso. Demasiada penumbra en la habitación. Miró su reloj de pulsera. La perfecta recta que trazaban las manecillas, cada cual en sentido opuesto, le confirmaron las sospechas. ¡Eran las seis de la tarde! Aprovechó el consejo y marco el nueve en el aparato. La voz de Matías, tres tonos después, sonó al otro lado.

—Sí, señor Gael, dígame.

—¡Por Dios, Matías, son las seis de la tarde! ¡¿Cómo es que no me habéis despertado para comer?!

—Lo siento, señor, órdenes de la señorita Aida.

—¡Cómo que órdenes...! ¡Es que me quiere matar de hambre esa mujer!
—el tono del periodista era más jocosos que malhumorado.

—Señor, no es mi tarea explicarle estas cosas, pero me veo en la necesidad..., para evitar malentendidos... —Matías dudaba.

—Hable, por favor, en confianza. No diré nada si es lo que le preocupa.

—Está bien Don Gael. La señorita subió a verle poco antes del almuerzo, me pidió la llave maestra. Según supe luego lo encontró a usted durmiendo y no quiso despertarle. Doña Violeta me llamó después para que la cena se adelantara como muy tarde a las siete; las señoras y Don Alfonso tomaron un refrigerio y no se almorzó hoy en *Villa Sieras*.

—OK, Matías, todo claro. Muchas gracias. ¿Puedes informarles de que bajo en veinte minutos, en cuanto me duche?

—Sí, claro, por supuesto... ¡Ah, y...! —Matías parecía dudar, pero no esperó a que Gael le animara y prosiguió—. Bueno, que le cuento todo esto porque lo vi, es que la señorita Aida vio abierto el tarro de las pastillas y pensó que... Bueno que me llamó asustada, pero supe enseguida que solo había tomado una, y bueno, pues le dejó descansar...

—¡Vaya! ¿Y cómo lo supo?

—Perdone Don Gael, es fácil, desconté las que se ha tomado hasta ahora de las que dice el tarro que contiene. ¡Solo faltaba una! —Matías intuyó que al periodista le faltaba saber cómo sabía cuántas píldoras se había tomado, así que se adelantó— ¡Es que cada vez que ha tenido usted un desmayo he venido, ordenado por Doña Violeta, a recoger este tarro!

Gael rio la contestación. Cómo siempre detrás de la acción de cualquier hombre poderoso, mujer en este caso, siempre hay un proletario, o un ejército de ellos, que les hace posible mantener su fuerza. Aquella imagen desdibujó un poco el respeto reverencial que le inspiraba su anfitriona, al fin y al cabo necesitaba de los demás para cosas tan simples como abrir un frasco.

Durante la cena la conversación volvió por los derroteros del exiliado Carlos Alberto, pero esta vez Violeta fue derivando la velada hacia el sendero que Gael deseaba, lo que alcanzó el cénit ya en el café, de nuevo alojados en el salón de prensa y mientras Aida había ido a la cocina para dar unas instrucciones,

—Querido mío —Violeta se sentó junto al periodista en el sofá, en el borde del asiento, y vuelta hacía él, cogiéndole la mano libre de la copa de brandy—. Sé que amas a mi hija —Gael pretendía decir algo, pero ella le cruzó suavemente el dedo sobre sus labios, como hacía Aida, pero ahora con la mirada oscura y profunda en los ojos rasgados de aquella mujer—. Aunque ahora ya no sabes que hacer. Ya no sabes que pensar. Lo vivido estos días te supera. ¿A qué sí, querido Gael?

»¡No! ¡No te marches Alfonso! ¡Por favor, quédate! —Violeta interrumpió su monólogo cuando su hijo hizo ademán de abandonar el salón—. Amigo Gael, querido, realmente no sabes si la quieres o si, simplemente te resulta irresistible. ¿Verdad? Y no sabes si debes estar contento o atemorizado —la desazón del periodista iba en aumento, pero prefería aquella franqueza, por fin se hablaba de lo que le atormentaba, aunque solo lo hiciera su interlocutora.

»De hecho, dudas. ¡Dudas hasta conmigo! —Gael levantó la vista asustado y vio a Violeta como siempre, pero sus facciones emanaban más que nunca una belleza animal, su mirada era provocadora y sus labios estaban húmedos de lascivia—. Nos resulta fácil, querido amigo, muy fácil —el escote de la mujer se abría y cerraba acompañando una respiración algo jadeante, sus senos subían y bajaban y una gota de sudor corría abajo desde la garganta de Violeta. Gael no podía evitar una inminente erección — Muy fácil».

Violeta se levantó, soltó la mano de su amigo y buscó el sillón más cercano. La tensión desapareció y Gael agradeció el gesto. ¡Estaba en sus manos! Desde su nuevo lugar en la sala su anfitriona continuó.

—Ya sabrás de esto. Pero más adelante. Ahora solo decirte que sé que realmente amas a Aida, a pesar de todo, que no es mero magnetismo. No me preguntes cómo lo sé, no lo entenderías. Sé muchas cosas, querido yerno —el apelativo dulcificó la escena—. ¡Muchas cosas! Y, lo más importante, aquello sin lo cual nada de esto estaría pasando, Aida te quiere, y eso para mí es suficiente para intentarlo. Yo voy a intentarlo. ¿Estás tú preparado, Gael Azcona?

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡Estoy preparado para lo que sea! ¡Amo a Aida...! Pero... Violeta, por favor, se más explícita. Es muy difícil seguirte con tanto secretismo. ¡Debes entenderme!

—¡Por supuesto! ¡Claro que sí! —la mujer mantuvo entonces un corto pero intenso silencio— Pero te pedí paciencia y me la prometiste. Te pedí lealtad y me la aseguraste- ¿Es así? —Violeta esperó el asentimiento de Gael para continuar— Pues bien, tendrás las claves de esos secretos, te lo prometo, pero ahora te vuelvo a pedir un poco más de esa paciencia y mucho más de aquella lealtad. Tendrás, a su tiempo, todas las explicaciones que quepan en el saber humano, no te preocupes. De momento, pues es necesario, te voy a hacer la primera revelación, no sin antes nuevas súplicas.

Aida entraba de nuevo en el salón cuando Violeta pronunciaba la última frase. A pesar de regresar desde las apartadas cocinas la joven parecía haber escuchado las palabras de su madre o conocer de antemano el discurso ya que, como si estuviera al tanto de la conversación, se sentó al lado de Gael apoyando la cabeza en su hombro, sin preguntas, dispuesta a escuchar.

—En primer lugar debo pedirte que le des tiempo al tiempo, que os deis un margen para conoceros mejor. Medio verano es..., eso, medio verano, un amor de temporada. Te pido que alargues cuanto puedas el cortejo; el noviazgo, quiero decir, disculpa mi lengua casi cervantina. Aida es muy

caprichosa, debo confesarlo —Violeta miró a su hija y le lanzó un simulado beso—, aunque, con franqueza, es su único defecto.

La anfitriona se acomodó en el sillón. Sonrió cuando con las palmas de las manos alisó la falda durante el cambio de postura para impedir que sus muslos quedaran al descubierto. Gael realmente agradeció el gesto. Ya con la misma gravedad con la que había comenzado su monólogo lo recuperó, sus piernas se inclinaban juntas en un ángulo de cuarenta y cinco grados sobre el suelo y su espalda se estiraba rígida sin llegar a tocar el respaldo. Violeta dibujaba aquella compostura decorosa y elegante, casi majestuosa, que la identificaba.

—Mi hija es una joven muy apetecible. Es hermosa, simpática e inteligente. Y rica, muy rica. En consecuencia nunca le han faltado pretendientes que suplican casarse con ella..., Porque... ¿Vais a casaros?! ¿No? —la joven y el periodista cruzaron una mirada de sorpresa. No se habían planteado una boda. ¡De momento solo pensaban en estar juntos!—. No importa —zanjó Violeta, adivinando una respuesta que no llegaron a dar—. Casarte o vivir con ella te va a generar una cohorte de incondicionales enemigos, querido, algunos de ellos verdaderamente peligrosos.

Gael asentía. Ya nada le sorprendía. En todo caso, pensaba el periodista, después de haber sido objeto de un secuestro a manos de guerrilleros locales en plena selva, o después de haber sido..., de todavía estar amenazado por la mafia calabresa, todo por ejercer su trabajo de reportero, no le iba a asustar el pataleo de una panda de esnobs.

Tal y como cerraba sus pensamientos y la mujer se disponía a continuar pensó el periodista en si se produciría una de aquellas coincidencias que ya eran habituales, dicho de otro modo, si su anfitriona le habría leído la mente. Como así fue.

—Pero no debes de temer, tu protección será absoluta, mucho mayor que la que te pueda ofrecer el mejor servicio secreto del mundo. No solo la mafia —Gael sonrió—, es que ni la CIA, ni el más eficaz Mossad israelí podrían llegar a ti. Te lo aseguro. Mi familia será tu familia, y eso es un seguro al cien por cien, siempre y cuando cumplas la primera regla, claro está, una norma de la que ya te advertí y que ya prometiste. —Violeta estiró todavía más su compostura— Ahora cerrarás ese juramento.

»¿Sí o no? Gael ¿Prometes absoluta lealtad? —la mujer levanto entonces su mano con la palma al frente deteniendo la contestación del periodista que ya afloraba en sus labios—. Antes de contestar —se apresuró a añadir— y para

tu tranquilidad debo agregar que nunca te pediremos ilegalidades, esto no es el hampa, pero también debo advertirte que las deslealtades se castigan en peor medida en cómo tengan por costumbre los malandrines. Sobre todo si el traidor no es de nuestra sangre».

Violeta esperó entonces la respuesta. Gael iba a protestar, quería replicar que no conocía todavía esas reglas a las que juraba adhesión, pero no se sintió con fuerzas. Y asintió.

—Verbalízalo, por favor —la mujer hablaba sosegadamente, pero con firmeza.

—¡Juro por...!

—No es necesario que pongas a nadie por testigo —Violeta le hablaba como un maestro de ceremonias. Gael fue masón y aquella forma de guiar el rito, tan severa, pero a la par tan acogedora, le resultó familiar—. Basta con que de tu corazón salgan las palabras puras —concluyó la anfitriona.

—Por el amor que profeso a Aida juro lealtad a la familia Sieras, familia a la que deseo integrarme tras el matrimonio con...

Se detuvo... ¡Estaba hablando de matrimonio! Gael no sabía cómo se le había ocurrido ese juramento y la sorpresa y hasta cierto temor se le reflejaba en el rostro. Aida fue la primera en reír, el periodista la escuchaba sobre su hombro. Después todos se contagiaron y la tensión se ablandó como el helado al sol.

Violeta esperó, condescendiente, contenta de que aquel episodio hubiera relajado los ánimos, para continuar al minuto con su dicción solemne.

—Bien —continuó—. He dicho que el castigo es peor, mucho peor, cuando el que incumple no es de la familia biológica, sino que está en ella por adhesión. Pero ese no es tu caso, querido amigo, no es tu caso. Y esta es la revelación.

Pasado el momento jocoso, el balón de oxígeno, aquello volvía a parecerse a las escenas ya vividas en aquella casa. El ambiente se saturaba con las confidencias y se podría jurar que el mismo aire de la habitación se volvía denso, casi visible. Cada vez que Violeta se ponía seria, cada vez que afinaba la voz con aquel tono firme y dominante, regio, la atmósfera se solidificaba; esa era la expresión que había otorgado Gael a aquella sensación, precepción que se acompañaba de los primeros mareos y, si no se remediaba, de las consiguientes alucinaciones. Pero una voz cristalina rompió aquel efecto mágico y, en un segundo, todo se disipó. Era la voz de Aida replicando a su madre y terminando con aquel manto que la voz de Violeta desplegaba con su

voz sobre todo lo que le rodeaba, sometiéndolo.

—¿Qué revelación es esa, madre? ¿Hay algo que yo deba... que yo debía saber?

—Es algo, queridos hijos —hablaba entonces a Aida y a un Alfonso que no se atrevió a decir palabra desde que su madre la tomara—, algo que he guardado bajo la llave de mi yo inescrutable. No hubierais podido averiguarlo ni con la mejor de vuestras concentraciones. Lo siento. Siento no haber podido hablar de ello, pero el secreto también se protegía con otra llave, la de mi responsabilidad como *madre de las lágrimas* —Gael se tensó y aunque intentó disimularlo a Violeta no le pasó desapercibido—. Si querido, de ese sacrosanto título hablo —miraba entonces a los ojos del periodista, después haberse levantado y comenzado a acercarse a él—. Bien sabes a que cofre y a que pergaminos me refiero. Nada me es oculto, querido yerno.

El periodista sintió un vacío repentino en el estómago. Fuertes arcadas comenzaron a hacerle convulsionar la garganta y el esófago. Iba a vomitar sin control cuando la mano de Violeta, fría como un témpano, se posó en su frente y, como cuando habló Aida, de inmediato, sin deceleración alguna, la tensión desapareció y se sintió no mejor, sino simple y llanamente bien.

—No voy a dar más vueltas al asunto o vuestra partida a Barcelona no podrá esperar a mañana.

La mujer volteó por detrás del sofá donde permanecían sentados Aida y Gael. Con dulzura comenzó a acariciar el pelo de su hija, que se había vuelto para mirarla, al igual que Gael. Y prosiguió.

—Ahora puedo decirlo. Tengo el beneplácito del Colegio —el periodista no entendía nada de nada pero, desde luego, no se le ocurrió preguntar—. Gael —dijo ahora, posando su mano ya tibia sobre el hombro del invitado—. Querido, tú eres de esta familia.

—¿Cómo?! —Aida arqueó las cejas y envaró la espalda.

—¿Qué cómo?! ¡No me digas que no lo sospechabas, hermanita! —Alfonso se sorprendió, pero no de la revelación, sino de la reacción de Aida

—¡Por favor! ¡Silencio! —Violeta de nuevo sentenció y ambos hijos callaron. La mujer se dirigió de nuevo al periodista—. Gael, no conservas recuerdos gráficos de tu abuela por la cobardía de mi madre y de todos nosotros.

—¡Pero... ¿qué tiene que ver mi abuela en todo esto?! ¡Por Dios, seamos sensatos! —Gael evidenciaba su confusión.

—¡Tu abuela, querido, tu abuela no es otra que mi madre!

La confesión de Violeta hizo palidecer el rostro de Gael y arrugó la cara de Aida con sincera sorpresa. Alfonso, por el contrario, sonreía al dar por ciertas sus sospechas.

—¡Pero...! De verdad, hermanita, ¿no lo habías relacionado? ¡Era evidente!

—¡Mamá! Creo que podrías... —Aida se había levantado y miraba de frente a su madre que permanecía de pie tras el sofá.

—¡Pero... eso... eso no es posible! —tartamudeó Gael, aunque comenzando a ver con claridad la relación a la que se refería Alfonso— Entonces..., eso quiere decir...

—Sí, quiere decir que sois primos. ¡Eso quiere decir! —pero Violeta hablaba con alegría, dando una buena nueva—. Y tú eres mi sobrino, Gael

Todos permanecían callados, la mujer los miraba incrédula, dirigió la mirada a su hijo Alfonso, pero tampoco parecía haberse dado cuenta. Violeta subió entonces la voz para romper aquel impasse.

—¿Es que no os dais cuenta?! —hablaba mirando alternativamente a Aida y a Gael— ¡Sois primos! ¡Si se confirma nada podrá ya impedir vuestra unión!

Alfonso reaccionó antes que la pareja y para cuando estos quisieron darse cuenta ya se encontraba llenando una cubitera en el minibar del salón y sacando una fresca botella de cava. El joven volvía con toda la parafernalia y cuatro largas copas de champán entrelazadas entre los dedos de la mano libre. El sordo estallido del corcho escapando del gollete contagió a todos los presentes. Al segundo acercaban sus copas para recibir el vino espumoso y después brindar una, dos, tres veces.

—Mi querida hija —de nuevo sentados y más relajados Violeta reanudó su discurso—, no tuve el valor de decirte nada anoche, cuando se me permitió darle carta de naturaleza a este, digámosle, tardío nacimiento en la familia. Por otro lado, pese a mis sospechas, ya antiguas, no lo supe con seguridad hasta hace unos días, poco después de la primera visita de Gael —Violeta alzó su copa de nuevo, mirando al periodista—. Fue, lo supe, cuando llamé a Goytisoló, mejor, cuando él me respondió confirmándome la reserva de habitación en la residencia de reposo, entonces me informó también del resultado de sus pesquisas, lo cierto es que le encargué el favor de esa tarea, solo se trataba de repasar fechas y trazar itinerarios.

—Entonces...—Aida hablaba despacio mirando un punto indeterminado

en el suelo mientras cavilaba—. Entonces Goytisolo hizo la reconstrucción. Pero él no podía..., alguien tenía que... —levantó la mirada hacia su madre, no sabía ella misma si enfadada o agradecida—. ¡Fuiste tú, mamá! ¿Cuándo..., cómo lo hiciste?

—Déjame proseguir, por favor. —rogó su madre—. Las evidencias de que el hijo que tuvo el *Gobernador*, el que fue tu padre, querido Gael, era en realidad el hijo común de aquel con María Sieras, *La Maga*, eran muy claras, como bien decía Alfonso, pero había que reconstruirlo, algo relativamente fácil, salvo que se necesita de una herramienta, mejor, de una substancia que había que conseguir. Y eso es lo que hice la noche de aquel martes en el *Palomar*, al siguiente día de tu primera caída, estimado —miró a Gael—. La escena que tú recuerdas como un sueño erótico, amigo mío —el periodista se sonrojó muerto de vergüenza—, realmente fue, cómo decirlo..., fue como una extracción de sangre para el laboratorio. Espero que comprendas que debía hacerlo.

El rubor invadía ambas mejillas de Gael. Aquella confesión debía preocuparle más por el contenido que por la forma, pero la vergüenza era tan grande que solo pensaba en la imagen que estaba dando, ya fuera por el acto en sí de haber retozado con su futura suegra como por haberlo ocultado, como quien esconde el botín. También le preocupaba Aida, que parecía no darle importancia; aquel modo de relación no le gustaba a Gael. Lo de ‘sacar sangre para el laboratorio’, eso, eso ya le confundía por completo. De nuevo Violeta parecía haber escuchado sus pensamientos ya que retomó la palabra atendiendo ambas dudas.

—Si te preocupa la infidelidad, amado yerno, ya puedes rechazar tus culpas ya que nunca hubo contacto carnal, no como tú lo entiendes, es pronto para explicarlo ahora pero en realidad fue como si hubiéramos tenido un sueño compartido, solo eso.

El periodista iba a preguntar si realmente ella estuvo o no en la habitación, para él era suficiente, ese era su concepto de la fidelidad. Otra vez Violeta se le adelantó, aquella presunta telepatía ponía la piel de gallina al periodista.

—Te preguntarás si llegué a pisar tu alcoba, si llegué a hollar tu lecho —la mujer hablaba con soltura, sin reparos—. Si y no, pero como no lo entenderás mejor quédate con que fue un sueño, de verdad que sería lo que más se le parece.

Violeta estiró su brazo, sin palabras, sin ni siquiera mirar a la cara de Alfonso que de inmediato le sirvió otra copa de cava. El porte de aquella

mujer era, más que tiránico, majestuoso. Prosiguió después de un sorbo.

—La razón, lo verdaderamente importante, era que, si quería contar con la esencia necesaria para la investigación de tu pasado, tenía que conectar contigo más allá de la mera presencia, y ese modo de presencia bilocada se me aparentó como el más acertado. Esto tampoco lo entenderías hoy por hoy. No le des más vueltas, Sobrino.

Gael quería pronunciarse sin saber en realidad que decir, pero Aida se le acercó sentándose de nuevo junto a él y le habló mientras le acariciaba las manos

—Imagino lo que habrás pasado, cariño. Y no es lo que te imaginas. No te sonrojes, no debes sentirte avergonzado por nada.

—Lo que pretende decir mi madre y mi hermana —intervino Alfonso, pragmático, yendo al grano— es que Violeta, con solo disponer de un tiempo de estar en contacto con una persona, esta vez contigo, querido primo —y sonrió con el calificativo parental— absorbe, podríamos decir, información suficiente con la que contrastar, por ejemplo en este caso, una investigación convencional como la que hizo Goytisolo.

El hermano de Aida se levantó y sirvió una fría copa de cava al periodista. Gael hubiera preferido no beber más, los efectos del alcohol comenzaban a embotarle y prefería verse lo más lúcido posible en aquel escenario, pero no se encontraba muy bien y la sed también le agobiaba, así que aceptó la copa sin remilgos.

—Cuando el director de la clínica le llamó para relatarle el camino trazado por sus averiguaciones —Alfonso continuaba con sus explicaciones—, a cada paso relatado, algo, en el fondo del ser de mi madre, podía responder categóricamente con un sí o con un no, sentenciando si era acertada o errónea la pista. En tu caso fueron todo aciertos. Más claro el agua. Podrás o no creerlo, Gael, pero esto es así, y punto. Ya lo comprenderás más adelante, con entrenamiento.

—Gael Azcona de Sieras y Dosaguas, nieto de Leonardo Azcona y de María Sieras. ¡Cómo te corresponde! — Violeta cerraba el episodio de Goytisolo y de la noche del mordisco en su pecho—. Tu padre fue un bendito. Nunca supo quién fue su madre biológica pues nació en la clandestinidad de estos muros y llevado de bebé, en brazos del *Gobernador*, su padre, a un lugar alejado del Mediterráneo, en el norte.

»Tu abuelo cuidó bien de tu padre, lo amó y lo educó, pero no percibió, erróneamente, nada en él, lo que le costó la salud a la que fue su nuera y

después tu madre, Matilde —Gael pretendía hablar, pero él mismo reprimió sus deseos, necesitaba saber la verdad y aquella verdad era muy probable—. Sí, querido, tu padre arrastró una magia, un poder que no entrenó, con todo el riesgo que ello conlleva, y Matilde acabó extinguiéndose, como también lo hiciera mi propio padre, el primer marido de *La Maga*, o mi primer marido».

A pesar de la relevancia de las afirmaciones que estaba verbalizando, la mujer dialogaba relajada, sin perjudicar su acomodada postura el butacón, pero en ese momento desdobló las piernas que hasta entonces mantenía cruzadas con elegancia, bajó los brazos reposados sobre el sillón y se aposentó en el borde mismo del asiento.

—Y naciste tú. No sabemos si con la misma sangre, o mejor, si con la misma dote, con el mismo don en la sangre. Eso es lo que tenemos que averiguar, querido, y será mañana mismo.

A Gael le llegaban oleadas de recuerdos de días pasados con Don Felipe en la hospedería, días que parecían tan lejanos y que acababan de revivir con fuerza tras solo una palabra: '*Dote*'.

—Mi amada hija —Violeta interrumpió la cadena de pensamientos del periodista—. No tuve el valor de confesártelo. ¡Estabas tan convencida de tu verdad! ¡Tan segura! Y ya desde que supimos de él y buscamos la forma de atraerlo —Gael se dio por aludido y la mujer desvió su mirada desde Aida al periodista—. Si amigo mío, no estás aquí por casualidad. ¡Nunca hay casualidades! ¡Al menos en nuestro mundo! Te localizamos hace algún tiempo y esperamos el momento oportuno. Aprovechamos la cola de un cine. ¿Recuerdas?

El hombre recordaba, cómo no, lo que ahora empezaba a descubrir fue la escena de una función hábilmente dirigida. Y, lo que era peor, averiguar que lo que él consideraba un diestro ejercicio de seducción a una bella joven desconocida solo fue un acto más de aquel teatro.

Violeta no le dio más tiempo y sacó a Gael del frasco de sus recuerdos.

—Aida no creía en la autenticidad de tu estirpe, pero aun así consintió en mis propósitos y, por decirlo de un modo claro y conciso, 'trabajando' para mí se enamoró de ti. Cuando te conoció, cuando te vio, se enamoró de ti. Te reconoció.

—¿Me reconoció?!

La confusión y la sorpresa del periodista iban en aumento, esperaba una respuesta de Violeta, pero Alfonso, que como de costumbre observaba sin intervenir, se obligó a hacerlo.

—¡Mamá, por favor, no le des más vueltas! ¡Cuéntale ya lo que necesita oír o tendremos que recurrir de nuevo al medicamento del doctor! —en efecto el periodista hacía rato que volvía a sentir aquel sopor, aquella fuga de la vigilia.

Violeta se acomodó de nuevo retrasando su postura en el sillón hasta reposar sobre el respaldo, cruzó las piernas y, mirando su copa unas décimas de segundo, se la llevó a la boca. Por pura imitación todos la emularon. El líquido espumoso, que se había templado y ya no burbujeaba, dibujó en todos ellos una expresión de repugnancia que advirtieron mutuamente, de nuevo la presión tuvo su válvula de escape. Violeta aprovechó la ocasión para descansar el discurso, el tono de la voz y el rictus de su rostro.

—María Sieras, *María La Maga*, como el mundo le aplaudía —comenzó de nuevo la anfitriona—, vivió un matrimonio feliz con mi padre, que en paz descansa. Muy feliz. Mi querido padre, como te dije, falleció de una enfermedad innombrable que le desecó, literalmente. Yo era todavía muy joven en aquel desdichado día —el sentimiento se hacía patente en la voz trémula de la mujer—. El cruel destino quiso que se repitiera idéntica enfermedad y resultado en el que fue después mi marido y progenitor de mis hijos.

Violeta apuraba su cava, pero sin sorberlo, manteniendo la copa a centímetros de sus labios sin llegar a posarlos sobre su borde, su mirada se había quedado sumergida en la escasa profundidad del champán, aunque parecía más bien que estuviera buceando en un océano de dorado líquido. Alfonso intervino.

—¡Está bien, mamá! ¡Se acabó! —hizo el joven el gesto de incorporarse, pero Violeta lo detuvo con un alto de su mano.

—¡Tranquilo, cariño! Gracias. Estoy bien. Solo recordaba aquellos días. Nada más —terminó el sorbo, dejó la copa sobre la mesilla auxiliar y continuó—. Primero fue ella, la abuela, quién luchó junto a su esposo contra aquella agonía inmerecida. Lo cuidó y mimó hasta el último estertor. Mi amado padre siempre le pagó con una sonrisa a pesar de su absoluta falta de energía. Fue una enfermedad tan similar que se confundió después, cuando se tuvo noticia de ella, con el síndrome de la inmunodeficiencia adquirida, pero más tarde mi esposo, que repito, sufrió el mismo mal, nunca dio positivo a los anticuerpos...

De repente cambio el tono de la voz de Violeta, así como la expresión de su rostro que, de apenada, pasó a firme. Parecía como si hubiera despertado

y, tras unos instantes de tenso silencio, prosiguió con el tono grave que le era habitual, aunque dulcificado con un tono de voz moderado.

—¡No sé por qué pretendo engañarte, Gael! Bueno..., no es engañarte, es...

—Violeta quiere decir que todos sabemos cuál era esa enfermedad. ¿Verdad mamá? —Alfonso, como solía, salió a cerrar las frases que quedaban suspendidas. El periodista esperaba esa respuesta, pero no intervino y esperó a que Alfonso o Violeta continuaran, aunque lo hizo Aida.

—Así es, esa es nuestra maldición. ¡La ‘dote’ que recibimos y de la que te hablaba mi madre! Esa es nuestra condena, acabar consumiendo la vitalidad de la persona a la que amas, como una *viuda negra*, como una vulgar sanguijuela.

La joven hablaba enfadada, consigo misma y con su familia, con el mundo, pero Violeta no lo tuvo en cuenta, en la nebulosa de los recuerdos de la mujer todavía flotaba la imagen del que fue su marido y, uno de ellos, claro y diáfano, era el de ella misma enfadada y maldiciendo como lo hacía ahora su hija. No, Violeta no intervino, Alfonso fue quien le dio el contrapunto a su hermana.

—No es exactamente así, querida hermanita, aunque no deja de tener mucho de verdad lo que estás diciendo —miró entonces a Gael—. No obstante todo ha cambiado mucho desde entonces. La medicina ha avanzado mucho, muchísimo, prácticamente nuestras preclaras mentes, nuestros médicos, solo se han dedicado a eso; es un tema que, como comprenderás, nos preocupa sobremanera. Hoy sabemos cómo protegeros, como protegeros mejor, infinitamente mejor que hace unos años, cuando murió mi padre. Y aún resulta más sencillo en tu caso, querido cuñado, y primo, donde es muy probable que la ‘dote’ corra mezclada con la sangre de tus venas, sangre que, ahora ya lo sabes, ya lo sabemos todos, es de sangre azul, de nuestra sangre azul.

—Tardó en recuperarse de su muerte. Mi madre tardó mucho en sobreponerse a la pérdida de su amado esposo —Violeta recuperó el hilo de su relato repentinamente, como si lo hablado desde que interrumpiera su monólogo no hubiera existido—. Entonces apareció el *Gobernador*, un hombre joven y maduro a un tiempo; rico pero asequible al pueblo que gobernaba; dotado de un carisma irresistible; y guapo, muy guapo; y, como acabas de hacer tú con mi pequeña Aida —dijo mirando al periodista—, el *Gobernador* encandiló a María Sieras.

La mujer hablaba de nuevo desde la lejanía, desde el horizonte de sus recuerdos, pero lo relataba tan vívido, tan desde la misma escena, que mantenía encandilado a su auditorio, incluso a Gael, en el que la curiosidad había superado al estupor.

—El *Gobernador* fue un soplo de vida para mi madre que ya se había retirado de los teatros y de la vida social, mucho antes del luto, desde que mi padre presentó los primeros síntomas. Ese soplo fue realmente de vida, mi madre se quedó embarazada. En la soledad de estos cerros fui viendo crecer un invisible hermano en el seno de mi madre. La recuerdo con aquella dulce barriga aumentando y tensándose día a día. Pero cuando el bebé nació todo se vino abajo. O, al menos, así lo viví yo. La casa se llenó de familiares y entre ellos los Goytisolo; mi tío fue quien asistió el parto.

Violeta retuvo sostenidas aquellas notas del relato tras un silencio brevemente prolongado. Ya, por último, como esperado colofón, dos últimas frases descolgaron el telón de aquel acto, dos últimos acordes dichos con la fuerza de una coda coronada.

—Después —prosiguió la mujer—, de inmediato, el *Gobernador* desapareció con el bebé y mi madre se suicidó.

—¡Dios de los cielos! —Gael no pudo contener su indignación—. ¡No entiendo como lo defendéis, lo de mi abuelo no tiene nombre! ¡Y yo que lo tenía en un pedestal!

—No te adelantes querido cuñado —Alfonso intervino ante la pasividad que estaba demostrando su madre que se había quedado callada y presa del último recuerdo—. Tu abuelo no abandonó a su amante, ni raptó a su propio hijo. Nada de eso. Todo, absolutamente todo, ocurrió al amparo de un plan preconcebido por ambos, por él y por ella. Y también por la familia. Salvo lo del suicidio, eso nadie lo esperaba.

—¡Pero! ¡¿Por qué?! ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no pudo quedarse y disfrutar de su amante y de su hijo? —el periodista no daba crédito— Lo que tenía que haber hecho es quedarse y darle a su hijo una madre que nunca tuvo. ¡Aún es peor, le dio una madre de mentira a la que, como es natural, nunca vio! ¡Es injusto!

—Todo tiene una explicación. Y tú, por lo que veo, no tienes paciencia —Violeta volvía a hablar tomando, de nuevo y como siempre, la batuta de la conversación, su seguridad enmudecía cualquier posible protesta—. A tu abuelo, el *Gobernador*, le habían detectado una osteopatía, pero la enfermedad no derivó con la virulencia esperada porque se marchó, porque

abandonó estos cerros y en ellos dejó el amor que le daba la vida al tiempo que ya se la estaba quitando. No me importa que te lo creas o no —Violeta respondía así a la cara de escepticismo del periodista—. Que lo creas o no en nada va a cambiar lo sucedido. Me molesta, eso sí, me desagrada que el que va a ser mi yerno, el que va a vivir con mi amada hija, sea un incrédulo y desconfíe de la que va a ser su propia familia. Pero eso tiene remedio, es solo cuestión de tiempo.

Gael iba a disculparse. Pero un gesto de Violeta acompañado de una sonrisa lo sosegó. La mujer tomó aire y alzando el cuello, la frente altiva, continuó hablando.

—Probablemente no lo sepas, querido sobrino, pero en la autopsia hecha a tu abuelo tras su muerte en los acantilados... —Gael no puedo evitar un gesto de sorpresa—. Sí, sé más de lo que te imaginas y más de lo que te dije, pero te tendrás que acostumbrar a ello —el periodista ni siquiera asintió en esta ocasión, pero Violeta lo dio por conforme y prosiguió—. En la autopsia se comprobó que padecía un incipiente mal, la enfermedad de los ‘*huesos de cristal*’, pero esta es una patología necesariamente genética y ninguno de los estudios que se le hicieron en la anatomía patológica daba muestras de estas trazas.

»Aquello no era, por tanto, una *osteogenia imperfecta*, aquello era, querido sobrino, lo que Aida ha calificado bien como nuestra maldición. Y esto son indicios, pruebas claras de por qué planearon esa separación. Mi madre no hubiera podido soportar ver como su nuevo amor, mejor dicho, como el recipiente de su nuevo amor, se marchitaba hasta morir sufriendo como ya lo había hecho el amor al que relevaba».

Alfonso y Gael se lanzaron a apoyar a la mujer cuando las lágrimas afloraron en sus ojos. El periodista ya no tenía duda alguna. Aida fue quien finalmente se sentó a su lado y le apretó las manos mientras la mujer se disculpaba y retomaba su talante elegante y altivo. Volvió a mirar a su invitado para hablarle directamente.

—Por lo demás, querido, las bodas entre primos son comunes en nuestra familia —Violeta apuntaba hacia el epílogo de la conversación—. Espero hayas entendido mis temores y que me muestre tan estricta en las normas que te impongo. Incluida tu marcha a Barcelona mañana mismo. Quiero evitar una tercera maldición, si no cuarta, en esta familia. Quiero vuestra felicidad más que la mía propia, debes creerme. ¡Soy madre! Por eso pido tiempo al tiempo y a ti paciencia, mucha paciencia, acabaras entendiéndolo. Pero

recuerda, los Sieras somos una familia densa, los caminos de nuestra historia han sido seguros, aunque siempre serpenteantes, no intentes comprenderlo todo de una vez, solo confía.

Cruzar juntos el patio de cocheras cogidos de la mano, sin aquel regusto a clandestinidad, le pareció a Gael hasta inmoral. Al entrar en la habitación del *Palomar* Aida le confirmó que, a pesar de los cambios a mejor habidos en la relación, no se quedaría esa última noche, que volvería después a su alcoba de la villa para despertar allí el día. «Concedamos ese gusto a mi madre; se lo merece». El periodista lo secundó.

Aquella noche, mezcla de ansiedad por las últimas revelaciones, pero también de sosiego tras la confesión, Aida no se comportaba con soltura, Gael sospechaba que no toda la verdad había sido vertida en aquel salón, la espina de lo inconfesable se adivinaba en cada gesto de su joven amante.

El hombre decidió ser él mismo quien rompiera el hielo, quien desnudara sin resquicios sus pensamientos y sus secretos, y desistió en seguir con unas caricias que sabía estaban cayendo en saco roto, a pesar del disimulo de la joven. Se giró, tumbado de costado en su lado de la cama, y acariciando el pelo de fuego de su prometida comenzó a hablar. La joven, tumbada junto a él, levantaba su mirada hacia su amante y en sus pupilas Gael vio reflejado el agradecimiento, no tanto por interrumpir los prolegómenos de una pasión que ambos deseaban, como por ser el primero que abordara el final de aquella batalla dialéctica que, desde luego, no se había cerrado en el salón de prensa del palacete.

Y Gael, desde esa posición, con el suave cabello de su amada enredado entre sus dedos, cumplió la expectativa. Le contó a la joven todo lo vivido, le habló sin censura de la obscena Violeta que se le aparecía en los momentos álgidos, le refirió la persecución del fantasma y, midiendo los silencios, abordó la narración de cómo había penetrado en la habitación de Violeta y de cómo había fisgoneado en su cofre. Pero Aida no se sorprendió, al contrario, parecía indiferente. Lo que escondía la joven, lo que estaba esperando contar, era tan trascendental que, hasta la confesión hecha por el periodista de aquel allanamiento, de aquella violación de la privacidad de su madre, no salió de

sus pensamientos.

—¿Qué significan estas coordenadas? Porque son coordenadas. ¿Verdad? —el periodista comenzó a recitar de carrerilla una lista alfanumérica—: 29.57.41... N. Sí, 'N'. Esto... 31.08.23.E. Espera... 29.53.17... y también N... 117.43.07.E...

La retahíla que continuaba escupiendo Gael no pareció afectar demasiado a la joven, lo que sorprendió al periodista que redujo la velocidad de su discurso. Aida, sonriente, le interrumpió sin contemplaciones y comenzó a listar, sin dudar una sola vez, un extenso jeroglífico de números y letras:

—29.57.41.N. 31.08.23.E, 29.53.16.N. 107.43.07.E, 25.04.43.S. 27.48.07.E, 44.57.28.N. 25.29.00.E, 28.22.48.N. 100.06.21.W, 45.22.59.N. 12.19.53.E, 40.04.35.N. 00.01.57.E.

El hombre se quedó de piedra. Aida acababa de recitar, sin reserva alguna, lo que él había creído robar en la alcoba de Violeta y que pretendía retener en su memoria. O bien Aida no daba importancia al hecho de que su amante invadiera la intimidad de Violeta, o bien las cifras robadas eran, finalmente, una sarta de datos sin relevancia. Se sintió ridículo ante aquella diosa que, desnuda como la luna que iluminaba el ventanuco, se levantó y se acercó a la cómoda, cogió el paquete de tabaco de su amante y, como nunca había visto Gael, se encendió un cigarrillo. Varias bocanadas fueron el prelude de las primeras palabras de un nuevo y sombrío tema.

—Ese joven. Ese fantasma que no se mojaba con la lluvia, era Carlos. Carlos Alberto. Mi hermano. Mi gemelo.

Gael suspiró. La revelación no era tranquilizadora, pero esperaba algo peor.

—Realmente debe ser un personaje muy particular tu gemelo. ¡A esas horas! ¿Lo sabe tu madre? Seguro que se alegrará de su visita —el periodista elevaba los hombros, interrogando— Pero ¿por qué no se ha presentado?

—Porque ni está ni estuvo aquí —Aida esperaba el natural desconcierto de su amante, por eso lo dejó protestar mientras fumaba algunas caladas, preparándose para lo inconfesable.

—¡Por favor! He prometido paciencia, pero..., es que. ¡Por lo que más quieras...! ¿Qué pretendes decirme?

Aida aspiró su cigarrillo hasta la misma boquilla. Sus dedos aplastaron la colilla en el cenicero con tanta vehemencia que un desagradable hedor a carne chamuscada alcanzó los sentidos de un Gael que hizo gesto de levantarse, pero la joven miró con indolencia la punta de sus dedos y los

chupó indiferente. Gael se había destapado de la liviana sábana y continuó con las maniobras para incorporarse hacia el lado de la puerta de la habitación, aquello apuntaba a otra de las sinrazones de aquel lugar y el miedo comenzaba a atenazarle.

—Yo —prosiguió Aida señalándose a sí misma—, soy todo y no soy nada. De la misma esencia paradójica es mi hermano Carlos. Y Alfonso. Y mi madre. Y lo fue mi abuela. Y lo es toda mi familia —la chica señaló a Gael—. Y lo podrías haber sido tú, pero no, tú, amando, eres normal, dichosamente normal. Tú eres vida. Tú eres la vida. Por eso dudé, por eso, por si lo que realmente quería de ti era tu vida, amado mío. Pero es a ti a quien quiero. Es a ti a quien busco. Igual que tú me andas buscando siglos, aunque no lo sepas, aunque no lo recuerdes.

Dicho esto la mirada de Aida se mantuvo fija en los ojos de Gael a medida que la base de sus ojos se iba inundando de lágrimas. Y rompió a llorar, explosiva, como una niña, sorbiendo y respirando entrecortada, encanada en su llanto.

Gael venció todos sus temores y se levantó para buscarla. Solo llegó junta a ella la rodeó con sus fuertes brazos, protegiéndola. Aida, blanca y roja, se ocultó en su pecho. El sudor y las caricias se superpusieron al desconuelo y ambos se entrelazaron cayendo, lanzándose de nuevo sobre las sábanas. El beso paso a mordisco y el abrazo a coito, a cópula salvaje, urgente. Los jadeos resonaron largos minutos en la habitación, hasta culminar en gritos. Después solo susurros, extenuación.

Gael estaba vencido, física y anímicamente, nunca ningún temor la separaría de ella, nada le importaba más que seguirla, servirla si se lo pedía. Estaba rendido. Él era suyo. Su caballero, y su sirviente. No le importaba ya si gozaba o no de libre albedrío, le era indiferente si realmente se había enamorado de ella o si ella lo había subyugado con su *don*. Era lo mismo. Lo imprescindible, lo innegociable, lo inevitable, era seguir con ella.

Solo le quedaba una duda, algo que no cuadraba. Gael se preguntaba cómo ella, sublime, no importaba con que magias, pero majestuosa, podía haberse enamorado de él, de un simple mortal. Pero no pensaba darle cancha a esa inquietud, por el motivo que fuera aquella diosa lo amaba, como él la amaba a ella. Lo quería y punto.

Aida parecía estar leyendo los pensamientos del periodista. Tumbada junto a su amante, sin mirarle, le habló.

—Es mucho el tiempo invertido en encontrarme a mí misma. Y en

encontrarte. Esto ya se repitió, querido, esto ya ocurrió. Y más de una vez. —Gael se volvió hacia la joven con la pretensión de hacer un alto en esa afirmación, pero Aida no desvió su mirada del techo y continuó su plática sin permitirle la interrupción—. Ahora no serías capaz de entenderlo, por eso no voy ni a intentar explicártelo, pero si quiero que sepas que era a ti a quien esperaba. Por eso mismo, porque te amo, desde mucho antes de lo que tú consideras un tiempo racional, desde más allá de lo que simplemente consideras tiempo, por eso, debería abandonarte.

La sorpresa hizo que los músculos del periodista se tensaran perceptiblemente para Aida. Aquel era el último verbo que Gael esperaba escuchar. Se había predispuesto para cualquier cosa, pero nunca para dejarlo, para interrumpir lo que todavía no se había siquiera iniciado.

—¡Pero! ¡¿Qué estás diciendo?! ¡A estas alturas! ¡No! ¡No! —Gael pretendía ser inapelable— ¿O... es que... hay algo más?

—¡Hay mucho más! ¡Muchísimo más! —Aida dudaba— Es que... Es que no sé si es lo correcto. Mi madre nos apoya, en eso es sincera... Y ella no es cualquiera en la familia. Violeta es... Pero ella no está sola... Somos muchos... Y tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¡Por favor, amor mío, sé más explícita!

—Miedo de que mueras Gael, más categórica no puedo ser, y no sabes lo que me duele. Miedo de que te consumas como lo hizo mi padre y antes mi abuelo. Miedo de que no soportes una verdad que desconoces, nuestra verdad. Y de que me abandones cuando seas iniciado. Miedo de que huyas, y eso, mi amor, sería también tu muerte segura.

Al periodista todo aquello le parecía ya parte de una irrealidad, de un sueño. Las amenazas de muerte rebotaban en las defensas creadas en su cerebro, no le afectaban, su norte era exclusivamente preservar su unión con la princesa celta, al precio que fuera. Aun así Gael apeló a la racionalidad como modo de calmar aquellas turbulentas aguas.

—No existen las maldiciones, cariño, existen las enfermedades. Y los remedios para combatirlas. Me arriesgaré.

—Está bien —la joven claudicó—. Lo haremos tal y como lo ha planeado mi madre. Pero antes te desvelaré todo cuanto esta última noche nos dé de ventaja. De aquí, del *Palomar*, de *Los Rosales*, ningún ‘ruido’ sale, la esfera creada es casi perfecta, sin grietas, tal es el agujero negro que ejerce la personalidad de mi madre. Y aunque ella es probable que lo perciba, aunque acabe advirtiéndolo, al menos los demás no se enterarán. Ella sabrá

perdonarme. El resto no lo haría.

Gael iba a intervenir. Deseaba ya sin tapujos preguntar si aquella surrealista noche en la que bajó por primera vez de *Los Rosales*, aquella noche estirada como un chicle en tiempo y espacio, aquella en la que un cuerno soplado por Don Felipe le rescató, si esa noche deformada encajaba en esa esfera y en ese núcleo centrípeta que parecía ser Violeta. Quería preguntar, aunque la respuesta le hiriera, si aquella mesa de cristal que nunca se rompió pero si dañó sus tobillos, era a lo que se refería. Deseaba encontrar una explicación, aunque fuera desde lo inexplicable.

El hombre, decidido, elevó su tronco para sentarse en el lecho, buscando la comodidad desde la que dirigir su interrogatorio, pero Aida se lo impidió. Con una fuerza excesiva para sus blancos y delicados brazos lo devolvió a su posición horizontal sentándose después sobre su flácido sexo. Ahora, arrodillada a ambos lados del cuerpo de Gael, la joven comenzó a apretar, como una pinza, juntando las rodillas hacia el torso de Gael. Al tiempo movía suavemente las caderas arriba y abajo, ondulante. Fuerza y suavidad, brutalidad y ternura. El hombre se sentía, se sabía, la presa de un poderoso animal, de un felino hermoso y terrorífico del que se desea huir y acariciar a un mismo tiempo. La joven apretaba y se mecía. Dolor y placer. La virilidad de Gael, incontenible, apuntaba enhiesta a un cielo taponado por el sexo de su amante. La chica cedió y, al tiempo que permitía la prolongación del miembro con la penetración, apretaba más la pinza de sus rodillas. Daño y gozo. Aida rozó la interrupción de la respiración de su amante con una fuerza sobrehumana, pero controlada, como la de una pantera que juega con su presa. No quería dañarle, era una demostración de poder, del poder sobre el pesar y sobre la dicha, una muestra de dominación que Gael entendió a la perfección. Aida fue relajando poco a poco la presión sobre el torso de su amante. La respiración de Gael se aceleró, tanto por la liberación del apretado corsé que hasta entonces le suponían los muslos y las rodillas de Aida, como por la cercanía del clímax. El vaivén horizontal de las caderas de la chica se aceleró hacia la verticalidad y Gael sincronizó el empuje de las suyas una, dos veces más, las últimas. Cuando la diosa celta lo quiso Gael se derramó en su interior, la segunda vez en los primeros compases de aquella noche.

El sudor de Aida todavía goteaba sobre el rostro de Gael cuando, sin más, se separó rauda, sin palabras se levantó del lecho desacoplándose de una masculinidad que a Gael todavía le vibraba tensa. Una vez en pie se quedó mirando al periodista mientras se echaba su camisa del pijama. Se arropó con

la prenda de Gael que le encajaba casi como un vestido por encima de las rodillas. El periodista sonrió y ella le estampó un sonoro beso en la frente. Gael fue deslizándose hacia atrás acomodando la espalda en la cabecera de la cama mientras veía como Aida ocupaba uno de los pequeños butacones pegados en la pared a los pies de la cama.

Una vez aposentada en la isabelina la joven cruzó las piernas y esperó a que Gael le indicara que estaba preparado. Aida, después de dos encuentros, de dos actos de amor y sexo, había puesto distancia geográfica entre ambos para evitar una tercera recaída y poder culminar su objetivo. En ese momento se disponía a reemprender su relato.

—Tenemos unas horas en la seguridad de este templo —Aida abría en círculo sus brazos aludiendo al conjunto de *Los Cerros*—. Yo hablaré, pero tú solo escucharás. ¿Entendido? —era una pregunta retórica, no esperó respuesta—. Tu voz, a pesar de la sordina que suponen estos muros, sí puede despertar a la bestia, que eso es lo que representa nuestra ley si es amenazada. Solo en lo imprescindible será en lo que intervengas —esta vez la chica sí aguardó a la confirmación de Gael, que fue inmediata—. El plan es que te sea todo desvelado de forma paulatina, pero temo perderte de nuevo —el periodista volvió a escuchar aquella enigmática referencia a un pasado que él no recordaba, pero se mantuvo leal a su promesa y no intervino—, así que esta vez no habrá secretos, aunque no lo entiendas lo sabrás todo antes de comenzar nuestra vida juntos; quizás si la Rosa Blanca no hubiera seguido el consejo de su madre, si le hubiera desvelado su secreto antes de la partida, hoy no lloraríamos a las rosas negras.

Aquella enigmática frase pedía a gritos una explicación que en justicia le correspondía, pero Gael vio como la pronunciaba cuando, después de levantarse, Aida se acercaba a la mesa camarera recogiendo de nuevo el paquete de tabaco. Aquellas palabras las articuló para ella misma, sin ni siquiera mirar a su amante, así que el periodista obvió interrogarla.

La joven, cajetilla en mano, consultó con la mirada al periodista y ante el asentimiento le lanzó el paquete y el mechero, después de encenderse ella misma un cigarrillo. Aida le acercó después el cenicero y cogió para sí un vaso de la mesa camarera donde volcar sus cenizas y sus ascuas, en otro vaso se sirvió una buena dosis de Oporto, después de desechar la botella de whisky que ya había descorchado.

—Primero advertirte que no te tomes a risa las alusiones al ‘ruido’, a nuestra capacidad de saber cuándo se habla de nosotros. Eso te puede matar,

ya te lo he dicho. Razones hay, aunque no es este el momento de explicarlas. Quizá... —Aida dudó si iniciar o no aquella derivación que le desviaba de sus propósitos, pero siguió finalmente esa bifurcación—. ¿Has oído hablas de los *registros akhásikos*? —la cara de Gael lo dijo todo—. Annie Bésant —prosiguió la joven—, una teósofa británica, de la familia, por supuesto, a principios del siglo veinte propuso abrir los ojos al mundo, desvelar uno de los secretos que solo nosotros conocíamos. Annie desde luego que solicitó autorización, y se le otorgó, podía ser un paso importante para la humanidad, paralelo a la comunicación inalámbrica que sabía estaba en ciernes, y el *Colegio* no dudó en autorizarla. El clan Bésant siempre ha sido un ‘*Philae*’ leal y sensato en su proceder, sabría cómo introducir la idea de modo paulatino, enrevesado si quieres, para que solo los que ‘tuvieran inteligencia’, como dice la Biblia, fueran capaces de interpretarlo. Saber de estos registros podía dar un espaldarazo a muchas de las investigaciones científicas entonces y hoy estancadas, pues nadie le dio crédito. Vuestra especie no está todavía preparada.

—¿Nuestra especie?!

—Sí, querido, sí. No somos la misma cosa. Y no vamos a meternos ahora en otros berenjenales. Por favor, no me interrumpas, una cosa detrás de otra —Aida no espero respuesta—. Cuando hablamos de *ruidos* hablamos de *Akasa*, que en sanscrito atávico significa Éter, pero que conceptualmente se refiere al *Inconsciente Colectivo*. Aunque no desde el punto de vista de Jung, el psicólogo suizo, que alude a los símbolos que todas las culturas compartimos, no, los *registros akhásikos* nos hablan de un almacén común y único de la memoria, un depósito flotando en el éter, por así decirlo; en realidad un repositorio invisible, abstracto, donde permanece todo el conocimiento y todo lo habido en todos los lugares desde el inicio de los tiempos. *El Aleph* de Jorge Luis Borges, si conoces ese relato —el periodista asintió—. Pues bien, saber bucear en ese ‘éter’ es cosa sencilla para nosotros.

—Quieres decir que podéis acceder a esa, llamémosle así, ‘base de datos’ y buscar lo que necesitáis.

Aida miró a su prometido. De nuevo dudó si contestar o centrarse definitivamente en lo que en realidad interesaba.

—Quiero decir —contestó nerviosa— que las palabras clave hacen saltar la alarma cuando entran en esa base de datos, si prefieres el ejemplo informático. Sí, ya sé que esta terminología, los *registros akhásikos*, suena extraña —Aida había advertido cierta ironía en el rictus de Gael—, suena a

revista esotérica, a parapsicología barata, pero eso es porque hay una incultura impresionante... —el arco pronunciado en una ceja del periodista obligó a la joven a detener sus argumentaciones—. ¡Sí, y no me mires de ese modo!

El hombre no podía desdibujar una mueca de escepticismo en su rostro. Aquellas referencias paracientíficas no gustaban al periodista. Se había girado a su izquierda para dejar el cenicero en la mesita de noche de aquel lado y así poder desviar unos momentos la mirada de la línea de fuego de Aida, que permanecía en pie junto a la camarera, con la copa de Oporto en una mano y la otra cerrando las solapas del pijama prestado.

—¡Incultura científica, querido, incultura científica! Aunque tu filtro racionalista te impida siquiera un mínimo de *pensamiento lateral*, de apertura, de apertura científica, por otro lado. La duda no solo es digna de lo extraño, amigo mío. No fui yo, fue François Marie Arouet, al que conoces por Voltaire, quien dijo que el científico siempre duda, que quien afirma o niega rotundamente es el ignorante. O René Descartes quien un siglo antes sentenció que, para ser un verdadero investigador, para perseguir con rigor la verdad, es necesario, al menos una vez en la vida, poner en duda toda las cosas. Todos ellos por ti respetados, como me dijiste en una ocasión, hace tiempo, en un café frente a un cine.

—Es cierto. Muy cierto. Perdona —Gael se disculpó sincero. Aida las aceptó sin más trámite y continuó con la narración.

—Durante mucho tiempo, tiempo reciente, mucha gente ha estado viendo esas interferencias que salían en las pantallas de los televisores cuando no se sintoniza un canal, ese cúmulo de pequeñas rayas negras como temblando sobre el fondo blanco, lo que los técnicos llamaron ‘nieve’. Pues bien, si alguien se preguntó que eran exactamente, y cuando digo alguien me refiero a ciudadanos probos y cultos, nada sospechosos de atender a supercherías, dime, ¿piensas que alguno de ellos hubiera creído que esas ‘nieves’ no eran, no son, sino las interferencias, el eco, del *Big Bang*, la gran explosión por la que se creó el universo hace catorce mil millones de años? A quien se lo digas, querido, te tachará de loco, como lo hacían si asegurabas la redondez de la Tierra en la Edad Media. Y ahora, si me permites, continuó con lo que sí es importante, además de urgente.

La joven observó unos instantes el rojo del vino en su vaso. Suspiró tras un largo sorbo y prosiguió.

—Aquel que se escurría por la casa era mi hermano Carlos —reanudó la

joven un relato interrumpido una escasa media hora antes—. O mejor dicho, una bilocación de este —el periodista abrió los ojos como platos, pero no habló—. También viste a mi madre cuando realmente se encontraba en la ciudad, porque parte de ella estaba aquí. Pero esto lo hablaremos, lo hablaré luego, antes... Empecemos por el principio, por un principio.

Apagó el cigarrillo y de un trago terminó el Oporto para servirse un segundo vaso, este menos colmado. Durante unos segundos lo balanceó en círculos enfrentado la copa a la ventana de la habitación, el vino filtraba la escasa luz que se colaba por los cristales y brillaba con un rojo sangre que se reflejaba en el casi cerúleo rostro de la chica.

—La noche que te perdiste en *Los Cerros* —siguió Aida—, la mesa de cristal, los pechos de mi madre y probablemente más alucinaciones que habrás sufrido, son consecuencias de lo que pretendo explicarte.

—Gripe. Fiebre. Todo tiene una explicación —la chica admitió la breve interrupción de Gael.

—No, mi amor. Y por favor calla, me lo has prometido. No hay ningún virus. Tu enfermedad no es otra cosa que el desgaste que estás sufriendo en esta casa, en esta finca. Desgaste que nos alimenta. Tu energía es nuestra energía, pero también la de los árboles, la de la luz, la de las propias piedras, por eso todo es aquí inconsistente. Solo la vida ajena nos mantiene densos, palpables. Sin esos aportes nos diluiríamos como el azúcar en el té, invisibles, aunque ciertos. Por favor, no me interrumpas —de nuevo la joven abortó el conato de protestas del periodista.

»Pongámonos eruditos —Aida parecía ofendida—. Hablando de glucosas, ¿qué crees que es ese azúcar que te da energía y del que no podrías prescindir? ¿Magia? No, algo más sencillo, mucho más sencillo, una cadena de átomos de carbono, oxígeno e hidrógeno. En tus células, en cada una de tus células se produce a cada instante un pequeño incendio, un fuego que te da vida, y es el resultado de la fusión al tiempo de tres elementos: calorías, combustible y comburente, oxígeno este último, las mismas tres ‘ces’ que se necesitan para cualquier hoguera, solo que en tu cuerpo hablamos de azúcares y de respiración y no de maderas de leño y de chimeneas.

»Todo es mucho más sencillo de lo que parece, científicamente sencillo, si lo prefieres. ¿Y sabes cómo se genera la tercera ‘ce’ en esas células, las calorías que prenderán el combustible de tus azúcares bañados de oxígeno respirado?, de un modo ridículamente simple, cadenas de trifosfatos que terminan en difosfatos, cadenas de tres terminadas en dos, esta última le roba

un fosfato al anterior, para tener también tres, y aquella se la roba a su antecesor, y así, en una reacción en cadena dentro de la enzima, se produce el movimiento, y el roce genera calor. Eso sí lo sabrás. ¿No Gael?».

La arenga hizo mella en el periodista que se prometió atender al discurso de su amante fuera cual fuese el contenido, por otro lado su vena periodística le recordó la regla, ahora vital, de no interrumpir nunca una información que fluye sola. Únicamente pronunció tres palabras para pedir a su prometida que empezara desde el principio. Y Aida lo intentó.

—Desde hace demasiado tiempo, desde siempre, el ser humano ha sido dominante con su entorno. Solo hoy nos planteamos si gozamos de legitimidad para doblegar a otras especies. En todo caso sabemos que vivimos de los demás, que somos depredadores, y como tales nuestros actos están justificados cuando pretenden nuestro sustento, es la *Tabla de Carneades*, pero dejan de estarlo si existen alternativas menos agresivas. Al menos eso es lo que hoy, en el siglo veintiuno, comenzamos a plantearnos. Si la depredación es completamente gratuita la tachamos ya de criminal. Esta última actitud es la que hemos llamado ‘*maldad*’.

»Si atendemos a las guerras, todas ellas, todas, por arañar más poder económico, político o religioso, y si consideramos otras situaciones sociales, más cotidianas, pero igual de dañinas para quien las sufre, como la criminalidad o la depredación económica, entonces, en consecuencia, podemos decir que el ser humano, o una parte de la raza humana, es ‘*mala*’ por naturaleza. ¿Sabías que en los últimos cinco mil años ha habido más de trece mil quinientas guerras? ¡Casi tres guerras al año ininterrumpidamente! ¿Y qué han muerto en ellas más de tres mil quinientos millones de personas? ¡La mitad de los que ahora poblamos el planeta Tierra!».

Aida dejó el vaso vacío de Oporto sobre la camarera y volvió hasta la pequeña silla isabelina, donde se acomodó. La blanca piel de sus piernas casi brillaba fluorescente al reflejo de la luz que por la buharda entraba del exterior, y su pelo, levemente ondulado, cubría en melena los hombros del pijama hurtado a Gael. El periodista no podía pensar que aquellos cristalinos ojos, aquel océano verde turquesa, pudieran estar mintiéndole. Al menos era su verdad, la de Aida, e intentaría comprenderla.

—En esta larga evolución y revolución de seres, cuyo único fin ha sido dominar y subyugar, no todos han actuado del mismo modo, unos se imponen por la fuerza y otros con la inteligencia, pero todos ellos, los tiranos o los parásitos, han dejado de ser depredadores biológicos para ser, simplemente,

gente ‘mala’. Naturalmente existe un segundo grupo de personas, los oprimidos, y estos, querido Gael, también podemos clasificarlos en malos y buenos, si me permites seguir con la simplicidad, unos quieren cambiar las tornas para ser ellos los opresores y los otros para terminar con la tiranía. Y no, no hay personas neutrales —Aida se adelantó a las refutaciones de Gael—, o estas en un lado o en el otro, o quieres cambiar las cosas en beneficio de tu interés o lo intentas por el interés general, quien se declara indiferente está realmente apoyando al vencedor.

La joven cambió el cruce de las piernas descubriendo leve y momentáneamente su sexo. Los ojos de Gael cayeron como piedras en un lago no pudiendo evitar fijarse en la rasurada conclusión de los muslos de la joven. Aida terminó la maniobra estiró de inmediato los bajos de la camisa del pijama, como si de una falda se tratara, para minimizar la visión de sus piernas, La mirada del periodista persistía en aquella inclinación y Aida carraspeó, Gael volvió su mirada a la horizontal sonriendo y disculpándose. La chica prosiguió pidiendo concentración a su interlocutor.

—Me permitirás que sea tan simple, tan infantil en estas explicaciones, cariño, pero es que este no es el discurso que me interesa; tenemos toda una vida para filosofar y solo esta noche para lo verdaderamente esencial —el periodista asintió—. Bien, dibujada la humanidad en dos pinceladas, los buenos y los malos, te añado ahora un último trazo. Existe un tercer colectivo, uno que goza por propia naturaleza del poder de la fuerza y del de la inteligencia en una magnitud muy por encima a la de los otros dos grupos, pero que se diferencia de estos en algo tan sencillo, tan básico, tan nuclear como que sus actos solo tienen el objetivo de nutrirse, de sobrevivir. Depredadores biológicos. No son, por tanto, aquellos que solo buscan el poder. ¿Podemos llamar a esta gente ‘mala’?

La pregunta era retórica, pero el periodista aprovechó el silencio que le acompañó para levantarse y servirse una de aquellas copas de Oporto. A la vuelta se calzó el pantalón del pijama, que andaba revuelto entre las sábanas a los pies de la cama, y besó suavemente la frente de su amante antes de volver a sentarse en la cabecera del lecho. Ella sonrió y prosiguió su prédica.

—Esta gente, amor mío, somos nosotros —Gael estaba colocando las almohadas tras su espalda para hacer más comfortable la escucha y se giró sorprendido, lo esperaba, pero no quería escucharlo.

Aida esta vez se volcó ligeramente hacia delante estirando su espalda y sentándose más cerca del borde de la butaca, como aproximándose a Gael en

la lejanía, y narró con voz más tenue.

—Tenemos la capacidad de vivir de la vida de los demás. Y, por favor, no me interrumpas —Gael no había movido un ápice sus labios, pero lo estaba pensando—. Y digo ‘vivir de la vida’, de la vitalidad de los demás, no, por tanto, de la muerte ajena. Cada transferencia nos hace más fuertes a la par que debilita a nuestro prójimo. Y, sí, ¡claro que comemos! —la joven se adelantaba a las preguntas—. Ya lo has visto. Comemos como los demás, nos alimentamos de verduras o de animales que se alimentan de verduras, como todo el mundo, pero no comemos personas, cariño, no tenemos esos colmillos. Escucha bien —Gael no podía estar más atento—, el alimento nos nutre como al resto de personas, pero lo que nos da la fuerza, lo que nos da el poder, lo que nos hace inmortales, Gael, es la vida ajena.

—¡Lo siento! ¡Lo siento de veras! —el periodista excusaba su interrupción— Me cuesta mucho digerir estas revelaciones, comprenderás que...

—Claro que te comprendo, querido mío. ¡Cómo no voy a hacerlo! Pero tenemos poco tiempo y tú me has prometido paciencia. ¡Cumple tu palabra!

Gael alcanzó la almohada que no había usado para su espalda y la cruzó sobre su vientre y su pecho, y la abrazó, la estrechó entre sus brazos buscando el abrazo de una madre, buscando esa muleta emocional, ese refugio. Miró después a su amante y afirmó con el mentón. Ella sonrió satisfecha antes de continuar.

—Aunque entre nosotros también destacan personajes que solo aman el poder por el poder mismo, aunque también pululan en mi sociedad psicópatas, lo cierto es que nuestra evolución ha apuntado hacia miras menos materialistas, probablemente por nuestro acervo cultural, en parte robado, sí, exprimido de lo ajeno, pero bien aprovechado. Los *divinizados* —era la segunda vez que Gael escuchaba aquel apelativo, ahora ya con un sentido— somos amantes del orden y de la tradición, pero también del respeto y la tolerancia hacia la diversidad. Nuestra carga de experiencia es brutal, inimaginable para quien no conoce nuestros secretos. El paso de los siglos nos ha proporcionado una carga de memoria histórica que aconseja sabiamente nuestras decisiones, experiencia de la que son huérfanos el común de los mortales y, de ahí, en parte, la razón de sus continuos desaciertos, de tropezar tantas veces en las mismas piedras.

Aida comprendía lo ininteligible de su plática y buscó unos derroteros más cercanos, más del bagaje cultural de Gael.

—El mito de Drácula, de Bram Stoker, o Nosferatu, el personaje mal adaptado del cine de Herzog, nada tiene que ver con nosotros, por supuesto. Ni con la realidad, sobra decirlo. Ya puestos a buscar paralelismos quizás sea más el primero que el segundo, el Drácula que el Nosferatu —sonrió Aida intentando destensar desde la distancia las mandíbulas congestionadas de Gael—. ¿Sabías que Nosferatu es cómo es por qué Werner Herzog no pudo comprar los derechos de la novela de Bram Stoker? ¡Ya ves con que intentan definir nuestra esencia! Al menos Drácula, el Drácula de Stoker, es una novela de amor bañada en el más precioso romanticismo. Si me has de comparar hazlo con ese conde, no me sentiré ofendida.

La chica se tomó un breve respiro para observar las microrreacciones faciales de Gael. Estaba claro, por lo que estaba viendo, que aquellas referencias, aunque fantásticas, sí ubicaban a su amante, lo que ofrecería a Gael un asidero al que cogerse, aunque ese sostén fuera tan discutible como ilusorio.

—Tampoco somos, cariño, a la vista está, los *Revenant* de la Edad Media, los ‘regresados’, familiares con asuntos incumplidos que volvían de la tumba después de muertos. Aún hoy en algunas zonas de los Balcanes, especialmente en la Rumanía rural, se rompen las piernas de los cadáveres antes del entierro para evitar que retornen, allí son llamados *Strigoi*, o *Strigoaica* para el femenino. Mihai Eminescu, el gran poeta rumano, les dedicó un poema, el poema donde relata el amor de un rey por su reina a la que intenta rescatar de la muerte insuflando sangre en su detenido corazón, y como ella, revivida por la magia negra a la que se entrega el rey por puro amor, debe contaminarle con su sangre renovada de negrura antes de que volviera a salir el sol. ¡Oh, mi amada Rumanía! —Aida levantó la vista y el mentón en gesto grandilocuente—. Transilvania, Moldavia, Dambovita, Targoviste. Valaquia. ¡Mi querida *Valahia*! Los Cárpatos, origen del mito de la estaca en el corazón para matarlos y el ajo para ahuyentarlos. ¿Y sabes por qué?

La chica esperó la pregunta retórica de Gael, pero este no movió los labios, simplemente no podía hacerlo, estaba completamente impactado y la incredulidad le paralizaba la razón y el ánimo de polemizar.

—Porque cuando los lugareños sospechaban que algún finado pudiera ser un *strigoi* —prosiguió Aida— acudían al cementerio y exhumaban el cadáver para comprobar si tenía sangre en los labios, lo que era normal, por otro lado, propio del proceso de descomposición del cuerpo, como sangrar por ojos u

oídos, por los orificios, por efecto de los gases en la fase eritematosa de la descomposición cadavérica —aclaró—, si se daba esta circunstancia, acompañados de tres vírgenes vestidas de negro que no paraban de rezar, clavaban una estaca en el pecho del cadáver, pero no tanto para atravesar su corazón, sino para sujetar el cuerpo al suelo e impedir que se pudiera levantar. Es el vampiro yacente, aunque en otras culturas, como en la hindú, el vampiro no sale de la tumba, es un vampiro errante que vaga por los bosques esperando toparse con la víctima.

Otro descanso. Pero Gael se mantenía hierático, así que Aida aprovechó la puerta en la mente de su amante para continuar.

—Sí el muerto lo fue por la rabia, por la enfermedad de la rabia, la leyenda estaba servida. En vida la víctima sufriría fotofobia, por lo que la aversión a la luz nutrió el mito del sol mortal contra el vampiro, como también que el murciélago o el lobo eran sus aliados, ya que los cánidos y los murciélagos son portadores de la rabia. Lo del mito erótico tiene su explicación en la erección que encontraban en algún exhumado cuando pretendían atravesarlo con la estaca, erección causada por los gases, naturalmente, como ya te he dicho, pero a lo que daban otra explicación aquellas vírgenes que acompañaban a la comitiva.

Aida se tomó otro breve respiro. Gael le seguía con los ojos como platos, lo que le indicó a la joven que iba por buen camino en su narración.

—Lo del ajo tiene una explicación menos clara, más atávica —la chica esperó unos segundos antes de continuar, pero Gael no dio señas de necesitar aclaraciones, se mantenía visiblemente embrujado por el relato—. Los *strigoi* pueden ser tanto vivos como muertos —reanudó Aida el hilo de sus argumentos—, los vivos lo son porque las madres embarazadas ingirieron agua contaminada por haber bebido en ellas el diablo. Reconocer a un *strigoi* vivo es difícil, solo quienes han nacido en sábado pueden reconocerles, pero también se les puede descubrir porque, como el diablo, no soportan el ajo ni la cebolla, ni el olor a incienso. El ajo y la cebolla son alimentos esenciales, el ajo es un potente bactericida y la cebolla es antianémica, es natural que la superstición dedujera que son alimentos molestos para el diablo. —Aida tomó aire—. Como habrás adivinado no soy una *strigoaica*, me gusta la cebolla en las hamburguesas y el *pesto* de los *tagliatelle* con mucho ajo.

Gael por fin sonrió. Escuchaba lo mismo que le dijera Don Felipe en su momento, o algo muy similar, solo que entonces trató al hospedero de gañán mientras que ahora escuchaba impertérrito historias de vampiros. Al menos

eran historias de vampiros que la misma Aida descartaba como ciertas, lo que no le tranquilizaba necesariamente, su desasosiego bebía de lo que había detrás de aquellos prolegómenos, aquello era la introducción de algo que probablemente no le gustaría oír y que debería de creer, como al instante comenzaba a evidenciar Aida tan solo retomó la palabra.

—Pero es cierto que el mito esconde algo de verdad. Como todas las leyendas —prosiguió la joven—. Me refiero a que todas las culturas han hecho de las sombras que temen seres reales, es natural, unas veces para encontrar una forma artera de vencer a la muerte y otras para disponer de algo o alguien al que atribuirle todos los males, en especial de los que realmente ellos, los humanos, han sido los verdaderos responsables. Para los occidentales se traslada la culpa y para los orientales la vergüenza, pero el ser humano necesita personificar un ser que le ejecute lo que su moral le prohíbe y le reprime.

»El vampiro, querido, es la encarnación de lo que a sí mismo el humano se cohíbe, es su ‘otro yo’. Desde luego que no somos nosotros, pero, a pesar de ello, así se nos conoce. ¡Tiene narices! ¡Y vaya con la palabra, por otro lado!, al fin y al cabo vampiro solo hay uno, el *Desmodus Rotundus*, el *vampiro de Azara*, un murciélago hematófago del continente americano. Ya ves, se usa el nombre de un pequeño mamífero para describir al ser más completo de la creación. ¡Que eso somos, Gael, la perfección! ¿Sabías que de todas las cuerdas que hay en un barco, tales como cabos, maromas, sogas, etcétera, solo una, exclusivamente una, se denomina ‘cuerda’? Si estimado, solo una, y es la que sirve para tocar el *gong*, la campana del buque. ¡La herramienta más importante para la humanidad después de la rueda recibe el nombre de la más humilde de sus aplicaciones!».

La chica se levantó de nuevo, algo irascible por sus propias afirmaciones, y se sirvió una tercera copa de vino. Invitó con la mirada a Gael, pero este la rechazó. Sentada de nuevo y después de, por segunda vez, levantar la copa al trasluz y observar el rojo líquido mientras lo balanceaba en círculos, siguió hablando.

—De cierto, de verdad oculta, tienen las leyendas la imagen de la sangre; esa sí es una buena simbología, aunque también errónea. La sangre no es más que plasma repleto de corpúsculos biológicos. Materia, pura materia. Lo que nos mueve nos es lo palpable, lo esencial es, querido mío, como bien dijo uno de los nuestros, Antoine de Saint Exupery, lo esencial es invisible a los ojos. Por cierto, hablando de ojos, en ellos y no en los colmillos está nuestra marca

biológica, el único aspecto funcional que nos diferencia de vosotros

Gael, todavía abrazado a la almohada, estiró el cuello. Aquella revelación le interesaba tanto como todo lo que estaba escuchando. Pensó en relajar el ambiente haciendo alusión a la evidente diferencia entre los bellos ojos de Aida y los propios, pero Aida se le adelantó.

—Y no, no me refiero a la estética, por un lado tan singular y, por otro, tan dependiente de cada cultura. Hablo de diferencias físicas, reconocibles en principio con una lámpara oftalmológica, o en una autopsia, y también a simple vista en determinadas ocasiones. Nuestra especie dispone en la retina, mejor dicho, detrás de la retina, del *tapetum lucidum*, al igual que muchos animales —el hombre, ignorante, se encogió de hombros—. Es lo que permite al felino, o al lobo, ver mejor en la oscuridad. Y lo que hace que, como dos pequeñas linternas paralelas, les brillen los ojos en la oscuridad. Aunque eso ya hemos sabido dominarlo, no te imaginas los problemas que nos ha dado a lo largo de la historia.

»Hoy respecto de la mayoría de nosotros, solo lo podrías comprobar en una autopsia. Y de pocas, si no de ninguna, tendrás la ocasión, no solo por nuestra longevidad, sino también porque tras el óbito siempre habrá otro divinizado amigo para que el cadáver arda en una ‘extraña combustión espontánea’. Pero volvamos a la sangre, al fluido vital».

Hubo otra breve interrupción y otros pases del *vinho do Porto* al trasluz del ventanuco, pero lo que Aida realmente estaba buscando eran las palabras, los conceptos adecuados, aquellos que no chirriaran a Gael. Paladeo un nuevo sorbo y continuó.

—En medicina lo más cercano a lo que pretendo decir es el Síndrome de Renfield, aquel personaje de la novela de Stoker que acaba en un manicomio tras convertirse en un acólito sin reservas de Drácula, cuando este pisa Londres en busca de su amada Mina. Renfield acaba en una celda comiendo moscas y arañas de las que espera obtener no su carne, sino su energía vital. El conocido psicólogo Richard Noll fue el que acabo por denominar con el nombre del esclavo de Drácula a los que sufren este síndrome. Por ese deseo de recibir la vitalidad inmaterial incluyo esta referencia, querido mío, solo por eso, pero también por evitar paralelismos con el mito. No tanto con el personaje real, con Vlad Dracul, aquel defensor de la marca rumana frente al avance Otomano que, como todos en aquel siglo quince, intimidaba al enemigo con una crueldad que hoy sería inimaginable para los autores del Convenio de Ginebra.

»Vlad era Príncipe de Valaquia, en los límites de la expansión otomana. Llamado ‘Dracul’ por pertenecer a la Orden del Dragón, defensora de la Cristiandad, y apodado ‘Tepes’, ‘El empalador’, por el método que seguía de empalar a los enemigos capturados exponiéndoles en los límites de su frontera para así atemorizar a las huestes turcas y hacerlas desistir de hollar su Principado. Vlad era de la familia, debo confesarlo. Y debo defenderlo. El verdadero Dracul no hacía sino cumplir su misión, la de frenar el avance otomano, aquellos temibles enemigos de la cristiandad a la que Vlad representaba como miembro de la Orden, pero también enemigos irreconciliables de nuestra familia, del clan de Banu, La Señora, estirpe de la que Vlad era descendiente. Este último era el verdadero propósito del Príncipe y no tanto frenar el avance del Islam».

La joven comprobó si Gael le seguía y la cara de interés relajó sus temores. Su prometido estaba interesado. Con eso ya se daba por satisfecha.

—No somos vampiros de película, resumiendo y volviendo al núcleo de mi discurso. Si alguien ha merecido ese apelativo y en su vertiente más terrorífica no han sido precisamente *divinizados*, sino humanos, psicópatas como el alemán Peter Kürten, el *Vampiro de Düsseldorf*, que ya con nueve años ahogó a dos niños; o el también alemán Fritz Haarmann, el llamado *Vampiro de Hannover*, con veintisiete adolescentes muertos a sus espaldas; o el húngaro Bela Kiss que en plena primera guerra mundial guardaba en su granero más de veinte cadáveres sumergidos en alcohol; o Enriqueta Martí, barcelonesa que asesinaba niños para sacarle la grasa; o Juan Koltrun, el ‘*Vampiro de Podlaski*’; o Deborah Jean Finch, Martin Dumollard, John Brennan, Marcello Acosta de Andrade, o tantos y tantos otros. Ninguno de ellos fue uno de nosotros.

Aida necesitó tomar aire, al igual que Gael. Pero no se detuvo más de cinco segundos y continuó narrando.

—Aunque, también debo confesarlo, si los ha habido en nuestras filas, como ya te dije solo comencé este relato, Sí lo fueron la ‘Condesa Sangrienta’, Elizabeth Bathory, la aristócrata húngara de finales del quince que sacrificó a más de seiscientos jóvenes para bañarse en su sangre convencida de que de ese modo multiplicaba todavía más su poder, su ‘*Dote*’; o Gilles de Rais, francés del mismo siglo, igualmente aristócrata que también buscando mejorar su ‘*Dote*’ torturó a tres centenares de niños. Sí, es cierto, los ha habido. Y los hay. Y los seguirá habiendo, querido mío.

Esta vez la joven dejó digerir la información en Gael levantándose para

dejar el vaso vacío sobre la cómoda. Estuvo unos instantes de pie mirando a través de los cristales de la buharda y volvió a su asiento. Un nuevo y hondo suspiro y, agradeciendo con otra sonrisa la compresión de su amante, que seguía expectante abrazando la almohada, recuperó su monólogo.

—Una cosa más antes de continuar. Te he dicho que solo nos diferencia, como especie, el nacer con *tapetum lucidum* tras la retina, aquello que hace brillar los ojos en la oscuridad, como a los lobos. ¿Recuerdas? —Gael lo confirmó—. Pues bien, hay algo más, también biológico, pero esto no es exclusivo de los *divinizados*, es algo que compartimos con algunos humanos, para ellos una enfermedad, o una disfuncionalidad, para nosotros una necesidad.

»Hablo de la *oligoastenozoospermia* —Gael arqueó las cejas, era la primera vez que escuchaba aquel término—. Bien —la joven intentó resumirlo—, en realidad es la suma de dos situaciones diferentes, la *oligozoospermia*, es decir, contar con un número reducido de espermatozoides, y la *astenozoospermia*, la poca movilidad de estos espermatozoides. Para los humanos cualquiera de estas condiciones resulta negativa, una patología, algo que intentar curar; para nosotros es selección natural, algo necesario para mantener controlada nuestra población, una demografía que, como ya has oído, es muy longeva. En la naturaleza cuando los individuos viven mucho tiempo deben reproducirse con cuenta gotas. Porque nos reproducimos, querido, me extraña que no lo hayas preguntado».

Gael se dio cuenta en ese momento. Lo cierto es que no se había percatado de algo tan importante. Sabía, naturalmente, que debían reproducirse, fueran o no humanos, de hecho, acababa de saber que él descendía de un miembro de la familia, de María Sieras, la abuela, pero no se había planteado que podría ocurrir si Aida y él llegaran a tener hijos. ¿Y qué ocurría con las mujeres? Lo que acababa de contar Aida afectaba exclusivamente al sexo masculino. Aida se le adelantó por enésima vez, claramente le leía el pensamiento, como Violeta, o eso o era una experta oradora y adivinaba por donde le saldrían las preguntas.

—Aunque es cierto que las mujeres de la familia somos poco fértiles —el periodista sonrió—, la verdad es que esa escasa fecundidad depende más de con quién nos emparejemos que de nuestras propias cualidades reproductoras.

Aida, concluida la exposición de la reproducción, no dio tiempo para más consideraciones. Ni para más preguntas. Con las manos extendidas,

cruzándolas repetidamente con pases horizontales, daba por zanjada cualquier vuelta atrás. Respiró profundamente. Un suspiro y una advertencia: volvía a sus explicaciones y no permitiría muchas más interrupciones. Y prosiguió.

—No sé si has oído hablar del *Tulpa* —el hombre negro con la cabeza—. No importa. Tampoco es que sea muy importante, pero seguiré por ahí, creo que es un buen camino para intentar explicarte...

—¡Perdona! ¡Sí! ¡Algo he oído! —la interrumpió Gael—. Me suena algo de una aventurera... ¿Nely? No, esto... Neel. ¡Eso es!

—En efecto cariño, la parisina Louise Eugénie Alexandrine Marie David, Neel por el que fuera su marido, Philippe. Alexandra David-Neel era su pseudónimo como escritora. Todo un personaje: feminista, libertina, orientalista, y hasta cantante de ópera, como la abuela, pero sobre todo aventurera. Ella fue quien trajo la noción de *tulpa* desde el Tíbet a occidente, a principios del siglo veinte. Alexandra hablaba de algo que se supone hacen los monjes budistas de conocimientos muy avanzados, crear con la mente algo parecido a un ectoplasma, un tipo de materialización de la energía del ambiente. ¡Un fantasma, vamos! Aunque, eso sí, un fantasma que se les puede escapar de las manos, que puede llegar a tener vida propia e independiente del monje que lo creó y, en consecuencia, incontrolable por él.

Aida pausó unos instantes el relato para dejar una salida al periodista. A pesar de sus propias advertencias entendería que Gael la interrumpiera, pero no lo hizo, de modo que continuó.

—Te preguntarás que narices pretende conseguir un monje tibetano con esa magia. La idea es, por lo que parece, aunque te suene a chiste, crear una especie de esclavo que le facilite las tareas domésticas. No te rías —el periodista había dibujado una mueca irónica en su rostro—. Hablamos de algo nada extraño, algo que ha sido lugar común en la historia, el ejemplo más conocido es el *Golem*, el ser que, según dice la leyenda, los judíos askenazis de la Praga medieval crearon con idéntico fin, que les sirviera de esclavo doméstico, pero mientras que el *Golem* se crea con barro, con materia física, además del conjuro adecuado que le da la vida momentánea, el *tulpa* nace de lo inmaterial, de la nada.

La joven pelirroja, mientras discursaba, había relajado la pinza con la que su mano sujetaba las solapas de la camisa del pijama. En ocasiones sus claros pechos se asomaban fugazmente y Gael notaba de inmediato un abultamiento bajo la almohada que abrazaba y donde apoyaba su mentón. Se sabía irremediabilmente rendido a la belleza de su amante, a pesar de las increíbles

historias que estaba escuchando aquella noche, la última del *Palomar*.

—Ninguno de esos seres mitológicos, querido, nos describe en absoluto—prosiguió la joven—. Y no tanto por lo absurdo de su esencia, qué también, como por algo que ambos, tanto el *tulpa* como el *Golem*, carecen, y es de alma. Nosotros somos seres humanos, una especie de seres humanos para ser más exactos. No somos la estatua de un Pígmalión. Los *divinizados* son el foco y no la sombra. Partiendo del ejemplo tibetano seríamos ‘el monje’ y no su magia, aunque, como te explicaré muy pronto, podamos proyectarnos.

Aida detuvo su narración y miró fijamente a Gael, durante unos largos segundos, sin hablar. El periodista no pudo reprimirse.

—¿Qué?! ¿Qué ocurre? —interpeló Gael.

—Nada, cariño. Nada. Es que no sé si todo esto va a servir para algo..., pero creo que es bueno..., de todos modos, aunque sea una información tan difusa...

Aida dudaba. Desde su butaca miraba de reojo su reloj de pulsera, volcado sobre la cercana cómoda. Pero pareció convencerse, reafirmarse, y prosiguió.

—¿Tú sabes aquello de quien es la frase ‘*cultura es lo que queda después de olvidar lo que se ha aprendido*’? —preguntó la chica—. Fue pronunciada por la premio Nobel Selma Lagerlof; además de Einstein, aunque este se refería a la educación. A eso me refiero, a que oír todo esto que te relato, que en realidad no son sino prolegómenos, te situará en el escenario, aunque todavía no participes como actor. Lo dijo divinamente Jacqueline de Romilly, en ‘*El tesoro de los saberes olvidados*’, ¿lo has leído? —Aida no esperó la respuesta—, decía Jacqueline que «la mente de quien ha olvidado no está en la misma situación que la de quien nunca aprendió». Pues eso es lo que más o menos pretendo, darte algo que llevar ya en la mochila antes de meterte de lleno en estos berenjenales, quiero mostrarte el mapa antes que el terreno, el inmenso desierto y a par vergel que es mi familia.

La joven dejó de hablar y miró fijamente a su prometido durante unos segundos. El periodista iba a preguntar de nuevo qué estaba ocurriendo, si de nuevo la chica estaba dudando en continuar o no con aquel curso acelerado, pero era tan solo un respiro y Aida continuó,

—Gael, nada sabes de la familia, de nosotros. Si cultura es el poso que queda en el fondo del vaso de lo que has aprendido, imagina todo lo que falta por aprender y olvidar todavía.

Una nueva afirmación con el mentón del periodista y Aida se supo segura

para proseguir con su disertación.

—No somos esos seres desalmados que te he listado, ni tampoco un artificio, como la criatura del Doctor Frankenstein, aunque a esta Mary Shelley le dotó finamente de alma. Somos seres humanos, recuérdalo. Más que humanos, en todo caso, ya que los poderes que nos ha atribuido la naturaleza nada tienen que ver con los de los mortales. Y de estos poderes, de estas facultades, voy a empezar a hablarte. Espero que seas tan disciplinado como hasta el momento y pueda disertar sin tener que parar a cada momento. El tiempo pasa, y en nuestra contra. Solo escucha, llena esa mochila de información, aunque después la olvides. ¿OK?

Otra vez la joven esperó la confirmación de Gael, que se expresó de nuevo con un asentimiento del mentón,

—Empecemos pues —Aida adelantó su cuerpo y apoyó los codos en las rodillas y la barbilla sobre las manos cruzadas—. La *ideoplastia* es una herramienta común entre nosotros, aunque manejada con distinta fortuna según la experiencia de cada cual —las cejas arqueadas de Gael urgieron en la joven una explicación—. *Ideoplastia* es la facultad de transformar la materia con el pensamiento, por tanto, necesariamente, a distancia. Por eso es fácil para nosotros hacer alucinar al prójimo.

El rostro de Gael no había decaído en su sorpresa. Aida suspiró antes de continuar, aquello no iba a ser fácil de explicar.

—El cerebro, su química y las ondas eléctricas que lo rigen, son materia, en consecuencia manipulables. ¿Estamos de acuerdo? —la chica no esperó respuesta—. Del kilo y medio de cerebro que poseemos, querido, solo el neocórtex nos hace humanos, y ese neocórtex, si lo extendiéramos deshaciendo sus circunvoluciones, equivaldría al ancho de un trapo de cocina del grosor de dos tarjetas de crédito. Es un trapo formado por una trama de millones de neuronas que la naturaleza ha arrugado y metido en la caja craneal. Y en ese trapo arrugado procesamos cada segundo del orden de once millones de unidades de información. ¿De cuántas crees que eres consciente? Ni te lo imaginas, Gael. ¡De menos de cien mil! ¡Somos conscientes de menos del cero coma uno por ciento de lo que nuestros sentidos nos informan cada segundo!

»No conocemos..., bueno, no conocéis vuestro propio cerebro. En todo caso, y por centrarnos en las visiones, decirte que no es difícil provocar cambios en las sinapsis neuronales, bien alterando ese pequeño porcentaje del cero coma uno, bien mezclándolo con parte del noventa y nueve con nueve

por ciento de la información de la que no eres consciente. Y todo ello lo haríamos sobre ti, por ejemplo, sin necesidad de tocarte, bastaría con dirigirte».

La mirada del periodista continuaba evidenciando la incredulidad, pero Aida no lo tuvo en cuenta y continuó narrando. Le preocupaba más el correr del tiempo que el hecho de que lo que se fuera introduciendo en la mochila del bagaje de Gael fuera o no entendido por este.

—De todas formas no siempre son alucinaciones —comenzó de nuevo la joven—. No son todas la veces imágenes creadas en la mente del otro, muchas otras son adulteraciones reales de la propia materia, creadas por nuestra mente —el periodista abrió todavía más sus incrédulos ojos. Aida buscó un referente cercano—. La mesa de cristal se rompió y no lo hizo, al mismo tiempo, en el mismo lugar y momento, pero en dimensiones distintas y paralelas, prueba de ella es que sigue allí mientras tus tobillos sangraron.

Gael se masajeo las piernas mientras recordaba aquella fantasmagórica escena. Retocó la almohada en su espalda, para seguir escuchando, pero no puedo evitar un comentario.

—De veras, Aida, que te sigo con todo el interés, pero, debo ser sincero, ni lo entiendo, ni acabo de creérmelo. Me gustaría hacerlo, de verdad, solo por ti, por el amor que siento por ti me gustaría hacerlo, pero no puedo influir sobre mi propio cerebro como dices que lo hacéis vosotros sobre el ajeno.

—Lo sé cariño mío, lo sé, pero debes dejarme continuar, tú solo escucha, déjate abonar por la información, será más fácil cuando lo veas con tus propios ojos.

Aquel último comentario preocupó al periodista, pero asintió de nuevo y Aida continuó.

—No solo usamos la *Ideoplastia*, que ya te digo altera la materia en sí, sino también somos maestros en la *Psicoquinesia*, la capacidad de mover las cosas con la mente. Ambas herramientas hacen de nosotros seres tan poderosos. Nuestra fuerza sobrehumana no viene de nuestros músculos, movidos por la *actina* y la *miosina*, como los de cualquier animal, sino por la capacidad que conjugar a un tiempo la mera fuerza muscular con la mental, por el dominio del entorno físico y temporal. Ello nos hace invencibles.

Aida apretó los dientes y movió la cabeza levemente de lado a lado. Iba a decir algo todavía pero, intuyó Gael.

—Nos hace invencibles..., y también peligrosos, si he de serte sincera. Los deseos reprimidos son bombas de relojería en nuestras manos, unas manos

que casi todo lo pueden. Se necesita mucho control de uno mismo para manejar los accesos de gula. Piensa que la mayoría de los humanos no satisfacen todos sus deseos por la amenaza, por temor a las consecuencias de unos actos seguramente prohibidos por la ley, pero nosotros no estamos limitados necesariamente por esos grilletes. La fuerza de voluntad es por tanto doble, una para refrenar los instintos, desde el convencimiento moral, y otra para hacerlo sabiendo que casi nada te lo impediría. Mi madre, con ser toda una maestra en nuestras artes, nunca negó haber sucumbido a tu atractivo. Aquella noche.

Gael se sintió avergonzado con el solo recuerdo de aquella onírica escena, de la que ya no sabía si había sido real o no, a pesar de las explicaciones que le había dado Violeta durante la cena. La información que le iba llegando era muchas de las veces contradictoria. De todos modos evitó seguir aquella línea y se adelantó a Aida con una pregunta orientada a satisfacer las dudas sobre aquel poder sobrehumano que aseguraba poseer.

—¿Podrías, tú, por ejemplo, con esos delgados y preciosos brazos, detener el ataque de un león? —Gael inquirió con verdadero ánimo de comprender, sin ironías.

—Con los brazos no, querido, pero asegurarte que si no me coge desprevenida lo pasaría muy mal el león, tenlo por seguro —Aida no esperó contrarréplica y prosiguió—. Pero hay una cosa que te sorprenderá todavía más, aunque realmente es algo de lo que ya has sido testigo, y vuelvo ahora al mito del vampirismo, la palabra vampiro proviene del eslavo arcaico y significa ‘ser volador’, pues bien, de nuevo algo hay de verdad en ello, pero no por el manido murciélago, sino por la capacidad de *bilocación*, de volar en sentido figurado, de estar en dos o más sitios a la vez por muy lejanos que estos se encuentren. Tú mismo pudiste ver uno de estos ‘vuelos’ de mi hermano Carlos Alberto.

—Por favor, Aida, se más explícita. Compréndelo, cariño, esto me está siendo muy difícil de digerir —rogaba Gael.

Aida asintió y, buscando nuevas referencias que pudiera conocer su amante, términos que le fueran algo familiares, retomó el relato.

—*Bilocación* es un concepto que conoces, seguro —la joven afirmaba con la cabeza para restar dureza al tono de la conversación—. Es estar, como acabo de decir, en dos o más sitios a un mismo tiempo, pero no como *tulpa*, significa estar de verdad, es decir, poder actuar en ambos lugares. A diferencia del inglés el castellano divide el verbo ‘*to be*’ en dos estados

distintos, en español ‘ser’ y ‘estar’ son naturalezas distintas, pues bien, haciendo uso de esta dualidad diríamos que bilocarse es tanto ‘estar’ en distintos lugares al mismo tiempo como de ‘ser’ distintas cosas.

»Hoy la *Física Cuántica* ya nos puede dar alguna explicación al respecto cuando habla de la *Superposición de Estados*, es sabido que los científicos han podido observar nanopartículas que eran a su vez ondas y partículas, dos cosas distintas al mismo tiempo. No sé si has oído hablar de esto —Gael afirmó—. Pero, bueno, tampoco es eso no nos importa ahora, no quiero centrarme en las causas, sino los efectos; de las consecuencias es de lo que yo estoy hablando».

No tuvo que hacer mucho esfuerzo Aida para encoger el corazón de su interlocutor al tiempo que lo convencía de la certeza de sus palabras. Gael escuchó la última frase en verdadero estéreo, tenía a Aida frente así, en la isabelina a los pies de la cama, y acababa de escucharla también a su derecha. Giró la cabeza y la vio de pie, junto a la mesilla de noche, hablándole, recitando el mismo discurso. El corazón le dio un vuelco. Volvió a mirar a los pies de la cama. Aida seguía en la butaca y a su derecha ya no había nadie.

La demostración fue más que suficiente y el periodista no osó replicar, pero le quedó un mal regusto, la Aida que vio de pie a su derecha, si bien era la misma bella joven pelirroja, o, al menos, idéntica, brillaba de manera distinta. Gael lo que vio junto a la cabecera del lecho fue una Aida de miembros y pelo lacios, un pelo que caía como cortinas a ambos lados de una cara más cerúlea que de piel blanca, y sus ojos, sobre todo sus ojos fueron los que lo aterrorizaron y le hicieron erizar el vello de la piel, unos ojos rencorosos, hostiles, que no se parecía en nada al verde y templado mar de la mirada de la joven que otra vez había comenzado a hablar.

—Dos lugares y dos estados. Dos ‘estar’ y dos ‘ser’ a un mismo tiempo. Ha sido muy fácil. Y debes creerme si te digo que yo no soy una experta en estas artes. —la joven le guiñó un ojo a su prometido esperando reducir su ansiedad.

La joven arrugó entonces el ceño y dejó de hablar. Estaba como observando, mejor, como escuchando.

—¡Oh! ¡No debí hacer esta tontería! —volvió a tomar la palabra— Por favor, Gael, cariño, aplaca los latidos de tu corazón, no debes asustarte, de veras, confía en mí.

Gael se percató entonces de que, en efecto, su corazón latía taquicárdico.

La imagen de una Aida diabólica, más que el susto de la bilocación, de la demostración, le había disparado el pulso. Ahora su amante le presentaba una nueva muestra de su poder sobrehumano con aquel oído que superaba al del más entrenado de los felinos.

—Sí —dijo Aida—. Soy capaz de escuchar tu corazón. Estoy hasta demasiado cerca desde aquí, lo escucho como tambores, pero cualquiera se hubiera percatado de todas formas —la chica borró la gravedad de su rostro con una abierta sonrisa— ¡Con la cara que pones!

Aida se levantó entonces, rodeó el lecho y subió sus rodillas al colchón por el lado derecho, por donde poco antes Gael había sufrido la alucinación, pero ahora era la Aida tierna, la blanca y roja princesa celta. La chica se acercó a Gael y le besó en el pelo, después en el lóbulo de la oreja, en el cuello y por fin en los labios. El periodista comenzó a jadear y sacó sus manos de la almohada que abrazaba para rodear a su princesa, pero esta le rechazó suavemente.

—No, mi amor, solo he venido a tranquilizarte, a tocarnos, a palparnos. Ha sido una tontería lo del desdoblamiento. Lo siento. Y ahora debo continuar, hay más cosas que debes oír y el tiempo pasa. Debes saber que después del amor me apartaré siempre de ti, aunque sea un poco, como ahora, que llevo sentada una hora en esa incómoda butaca versallesca —dijo la joven riendo, lo que sí tranquilizó a Gael—. Ya lo aprenderás. Se puede vivir así. Es posible. Pero estas reglas, estas pequeñas normas, debes considerarlas sagradas. O te extinguirás. Poco a poco. Sin remedio.

De camino a la butaca Aida cogió un vaso, pero esta vez de agua, lo bebió de un trago y volvió a sentarse.

—Todo este espectáculo de mi bilocación sobra. Vuelvo a decir que lo siento. Solo quería enseñarte un botón de muestra de lo que estaba hablando y que vuelvo a retomar, cariño mío. Me estaba refiriendo al don de la ubicuidad. Seguro que has oído hablar de Sor María Jesús de Ágreda.

Gael dijo que sí, que lo recordaba y que ahora, en ese momento, en efecto, le vino a la cabeza de que le sonaba el concepto de *Bilocación*. Aida continuó después de dejarle contestar.

—Esa monja fue investigada en el siglo diecisiete por la Inquisición, siglo en el que vivió. La Inquisición dudaba si estaba ante una bruja o ante una santa, ya que, residiendo en un convento soriano y sin salir nunca de allí, se contabilizaron más de medio millar de viajes astrales, o como quieras llamarlo, de la religiosa. ¡Y no al convento de la otra esquina! ¡No! —dijo la

chica en ese tono que ya pretendía fuera falto de sobriedad y dureza— ¡La jaranera viajaba nada menos que a las Américas! De veras, hay mucho escrito sobre esta especialísima mujer.

»Mientras los conquistadores españoles, que eran aguerridos marinos y belicosos soldados, acompañados de frailes varones, también curtidos y preparados para el sufrimiento, viajaban meses para colonizar la recién descubierta tierra, y mientras, una vez allí, caminaban jornadas enteras por el desierto de las actuales Sonora y Arizona para conquistar unos y cristianizar los otros, la religiosa Sor María Jesús predicaba, en persona, a los nativos, pero sin haber tomado barco alguno, es más, sin salir de la celda de su convento. Los frailes franciscanos pensaron en un principio que a aquellos indios se les estaba apareciendo la Virgen, que habría venido en ayuda de su misión evangelizadora, ya que hablaban de una dama vestida de azul, pero la descripción coincidía plenamente con la fisonomía y los hábitos de la monja soriana y con las aseveraciones hechas por la religiosa en su convento castellano cuando afirmaba que viajaba en sueños hasta aquellas recónditas tierras para catequizar a sus habitantes. Ya te puedes imaginar, Gael, de que raza era la monja, a que gran familia pertenecía, aunque nunca llegara a saberlo».

El periodista escuchaba sin moverse, ensimismado, pero comenzó a sentir frío, así que se ladeo y medio tumbado rebuscó en un cajón de la mesilla de noche para sacar una camiseta que se enfundó rápidamente para seguir escuchando a la joven. Aida, por su parte, seguía apretando con una mano las solapas de la camisa del pijama. El ambiente en la habitación había bajado notablemente a medida que avanzaba la noche.

—Quizá también hayas escuchado alguna vez la palabra *Doppelgänger* —de nuevo la pregunta de la joven no esperaba respuesta— Significa literalmente en alemán ‘*doble andante*’ y hace referencia al doble que toda persona viva puede tener. Eso sí, es un doble fantasmal, no es el ‘*ser*’ doble de la bilocación, ni tampoco es el ‘*gemelo idéntico*’, caso de Carlos Alberto y yo misma, o el de tantos gemelos que aparentan ser la misma persona, pero evidentemente no lo son.

»Muchos escritores lo han usado como el ‘*gemelo malvado*’, como el *Mr. Hyde* con el que el genial Stevenson transforma al *Doctor Jekyll*, aunque, en este caso, no llega a haber desdoblamiento, se trata de dos ‘*egos*’ opuestos que se expresan a través de un mismo cuerpo físico, eso sí, transformado, monstruoso en el caso de *Jekyll*; en este tipo de ‘desdoblamientos ambas

encarnaciones se excluyen mutuamente, o hay una, o la otra.

»Los *doppelgänger* de la leyenda original son dobles verdaderos, aunque proyectado el segundo, podríamos decir, por eso a su vez no proyectan sombra, no se reflejan en los espejos ni en las láminas de agua, cualidad esta que *Stoker* atribuyó a su imagen de vampiro transilvano. Los *doppelgänger* son así entes fantasmales, citoplasmáticos, que pueden interactuar con el ser del que se desprenden, así su misión original es la de aconsejar, por lo general mal, a la persona de la que se desdoblan.

»En alguna literatura, como la de Oscar Wilde con el '*Retrato de Dorian Gray*', la proyección no es ni siquiera humana, y para algunos autores, como Edgar Allan Poe sugiere en uno de sus relatos, el de *William Wilson*, el doble que no es sino la voz de la conciencia del protagonista. Por otro lado el monstruo del *Doctor Víctor Frankenstein* podría también considerarse un *doppelgänger* si entendiéramos que es el lado monstruoso del doctor, solo que aquí Mary Shelley acabo dando más humanidad al doble que al original, al monstruo que al creador».

La joven volvió a respirar profundamente, como hacía en cada ocasión en la que el relato había sido largo y condensado. Se reacomodó en la pequeña butaca y prosiguió pero ahora hablando no directamente a Gael, sino al ambiente, como si recordara lo que relataba.

—Por cierto, la obra en realidad se titula '*Frankenstein o el moderno Prometeo*', pues eso es lo que pretendía el Doctor Víctor, aunque no con una estatua, como Prometeo, sino con tejido vivo. Y la escribió mi querida amiga Mary en un verano boreal, el de 1816, un verano sin calor debido a la erupción del indonesio volcán Tambora. Entonces Lord Byron invitó a Mary y a su marido, el poeta Percy Bysshe Shelley, a pasar unos días con él en Villa Diodati, en los Alpes suizos, donde residía entonces el noble, y retó al matrimonio Shelley y a su médico personal, John Polidori, a componer cada cual, un relato de terror.

»Únicamente Polidori lo terminó, un relato al que llamó '*El vampiro*', dando la imagen romántica del ser que todos conocemos y que aprovechó Bram Stoker en su '*Drácula*', pero aunque Mary no cumpliera su reto, lo cierto es que en aquellas noches alpinas de salón y chimenea, noches en las que había oído polemizar a sus contertulios sobre Darwin y sobre la galvanización, la técnica de resurrección por la electricidad del entonces contemporáneo Luigi Galvani, nació la idea que luego desarrolló en su inmortal novela. Si has visto '*Gothic*', la película de Ken Russell, o

‘Remando al Viento’, de Gonzalo Suárez, ambas igual de buenas y preciosistas, sabrás como debieron ser aquellas noches de terror virtual en villa Diodati».

La enciclopédica sabiduría de su bella novia no dejaba de impresionar a Gael, pero, a pesar del cúmulo de información escuchada en tan corto espacio de tiempo, no pasó desapercibida a Gael la referencia a la amistad con Mary Shelley. Podría ser una mera expresión metafórica, pero no lo pronunció de ese modo. Dudaba entre intervenir o cumplir su palabra de seguir escuchando hasta el final, pero no hizo falta ya que la joven lo resolvió con la conclusión del episodio de *Frankenstein*.

—Mary fue amiga, muy amiga, de mi madre Violeta —el tono de la voz de Aida era ahora solemne. Hablaba despacio, esperando la reacción de su amante—. Y también pudo serlo mía. Sí, hablo de principios del diecinueve —aquí sí se adelantó a la pregunta que Gael o cualquiera hubiera realizado—. He dicho 1816. No te preguntes ni me preguntes ahora. Tiempo habrá. Te lo juro. Ahora debo terminar de una vez por todas lo que pretendo contarte. Recuerda que me lo has prometido.

Gael había mejorado un poco el frío que sentía tras enfundarse la blanca camiseta interior, pero la manga corta dejaba helados los brazos que ahora se tapaba con la sábana. El silencio sostenido que ahora prolongaba Aida era una clara invitación a la palabra, la joven le otorgaba el derecho a la réplica y al periodista se le agolpaban las preguntas, pero sabía que ninguna sería contestada satisfactoriamente, al menos para la razón, para la lógica en la que él navegaba, así que buscó otros derroteros, inquirió por algo que ya hacía tiempo se había pronunciado y parecía conclusivo pero que a él todavía le quemaba en la punta de la lengua. Estiró una punta de la sábana hasta ajustarla al cuello y balanceó los hombros para que sus brazos quedaran cubiertos por el liviano calor que proporcionaba la tela Y preguntó.

—De acuerdo —el periodista afirmaba al tiempo con su cabeza—. Aunque la verdad es que me cuesta creer en lo que dices, aunque estoy muy confundido, cumpliré mi palabra de no interrumpir. Como he venido haciendo. ¡No me lo negarás! —Aida sonrió condescendiente—. Solo una cosa, por favor, para poder seguirte mejor necesito aclarar una cosa, algo que ya está dado por explicado pero que yo no acabo de encajar. ¿Por qué lo de ‘divinizados’?

—Claro —respondió al punto la joven—. No es fácil de explicar. Pero lo intentaremos. ¿No?

Aida usaba a menudo erotemas para dar continuidad a su monólogo y aunque Gael hubiera intervenido en todas y cada una de aquellas retóricas interrogantes las soportó estoicamente en una escucha pasiva que agradecía su prometida

—En realidad —la joven entraba de nuevo en materia— desde la edad media se nos conoce por los demás, por las personas ajenas a la familia, como *Rosas Negras*. Por aquellos que llegan a saber de nosotros y sobreviven. ¡Claro está! ‘*Divinizado*’ es un término interno, una palabra con la que nos reconocemos. Y es una expresión modesta, aunque te resulte paradójico. ‘*Divinizado*’ es un vocablo humilde si lo comparas con aquel con el que se nos ha reconocido a lo largo de la historia; hablo del sustantivo ‘*dioses*’. ¿Quién si no crees que fueron realmente los pobladores de las mitologías? ¿En quién crees se inspiró la plebe, por ponerte un ejemplo cercano, occidental, para definir a Marte, o Hera, o a Zeus? Aunque también, como ya te hablé, algunos de mis parientes han sido inspiración para la definición de ‘*diablo*’, no puedo negarlo.

Aida se frotaba la muñeca derecha y miraba de reojo a su izquierda, hacia la cómoda, donde descansaba su reloj.

—Nacemos de padres *divinizados*, es decir, somos una raza, una etnia biológica, pero cabe, como ya te expliqué, que de nosotras desciendan individuos de padres no dotados. Esta descendencia puede recibir el completo de los dones que conforman la *Dote*, por vía de la madre; pueden ser dichosamente mortales, como el padre, sin ningún tipo de transferencia genética de nuestra familia; o cabe la posibilidad de que conserven solo algunos de los poderes, o todos ellos, pero de intensidad o magnitud reducida. En Roma a este último tipo de hermano se le denominaba ‘*dios menor*’.

—Perdona el inciso, cariño —el periodista esperaba entonces que Aida abordara su condición, la personal de él, todo apuntaba a que ese era el momento en que su amante lo haría, pero prefirió virar el rumbo, no quería, no hubiera soportado entonces conocer su propia verdad, de modo que interrumpió a su prometida con una pregunta evasiva—. ¿Qué eso que has dicho de ‘*rosas negras*’?

—Sí, perdona, debería haberte dado alguna explicación. Bien, desde el siglo trece se nos denomina con ese nombre, pero no por el común de los mortales, como es normal, ya que nadie sabe de nosotros. En realidad ‘*rosas negras*’ es un término legendario, que se escucha en algunos relatos, sobre todo balcánicos. Y también por algunos estudiosos que nos investigan, para

bien, naturalmente, si no fuera así no estarían haciéndolo, ni eso ni ninguna otra cosa. Originalmente el nombre solo lo era de mi concreta familia, de mi Clan, pero se usó por extensión para toda la raza. ‘Rosas’ por nuestra paradójica naturaleza, el placer de su aroma y el dolor de sus espinas, bondad y maldad; y ‘Negras’... Bueno..., quizá luego tengamos tiempo para hablarte de Anatolia, pero ahora...

La joven alargó finalmente el brazo y se hizo con el reloj de pulsera. Lo consultó y se lo anudó en la muñeca sin parar de recitar su soliloquio.

—La peor hora son las tres —la joven se hablaba a sí misma, pero levantó la mirada y apuntó a su prometido—. En esa hora todo resuena más, con lo que es más fácil que nos perciban. Tiene su explicación física, naturalmente, algo relacionado con la posición del lado nocturno del globo respecto del sol, algo que ver con el magnetismo de los vientos solares y con la heliosfera, pero, desde luego, no vamos a perder tiempo en eso ahora, ni mucho menos, tenemos que ser más ágiles. ¡Bueno, debería referirme solo a mí, tú solo has escuchado, pobrecito mío! ¡Soy yo quien debe ser más rápida en las explicaciones! Los siento. Intentaré ser más concisa y breve.

—¡Pero...! ¡Si con todo lo que me estás contando ya no cojo ni una, cómo para abreviar aún más! —protestó el periodista, pero con un tono de voz distendido, casi alegre, lo que sosegó a la chica que retomó la narración con firmeza.

—Verás que he usado dos términos casi antónimos, nos llamamos ‘divinizados’ mientras que la razón de nuestra presunta divinidad yo la he calificado de ‘maldición’, y en este vocablo es donde residen las dos tendencias. Te hablé de que entre nosotros los hay que permanecen a lo largo de los siglos...

Aida detuvo en seco su discurso.

—Te repito que únicamente escuches, no razones. Llena tu mochila de información, sin discriminar —la joven no lo pretendía pero no podía evitar responder a los cambios de expresión en el rostro de su amante, ahora de incredulidad. Solo cuando Gael relajó el rictus la joven prosiguió.

—Te decía que de entre nosotros los hay que permanecen a lo largo de los siglos cohesionados en la unidad parental, en la familia, ese es nuestro caso, y los hay que se separan para andar como lobos solitarios, es el ejemplo de mi gemelo Carlos. En ambos grupos se dan a su vez dos tendencias, los que consideran nuestra esencia un don y los que la consideramos una maldición A Violeta, a mi madre, nunca le oirás decir que nuestros poderes, que nuestra

forma de vida, sea algo de lo que avergonzarse. Como ella la mayoría piensa que estamos aquí para reconducir las acciones de la humanidad. Y es que en realidad somos eso, filántropos, yo no lo discuto, te sorprendería saber la naturaleza de quienes fundaron y de quienes forman parte de la mayoría de las sociedades humanistas, antiguas o contemporáneas, pero no voy a citar nombres, eso sí resonaría como un trueno en los agudos ‘oídos’ de mis parientes.

Aida abrió entonces los brazos mostrando las palmas de sus manos, a modo de obligada conclusión.

—Pues bien, por ello la humanidad debe pagar su pequeño tributo. Nada gravoso, algo tan fácil como permitir, sin saberlo, que nos relacionemos esporádicamente con ellos, eso sí, de manera puntual y ocasional, para vivir sin causarles graves daños. No somos parásitos, querido, muy al contrario, somos constructores, somos creadores.

La joven hablaba con el convencimiento de quien se sabe parte de una obra grande, mayúscula, por eso y de vez en cuando se levantaba, andaba hacia una u otra pared mientras gesticulaba grandilocuente y volvía a sentarse para prolongar su exposición.

—Yo no niego ninguna de estas afirmaciones, pienso como Violeta y como la mayoría de mis parientes, pero, por otro lado, yo y otros y otras como yo diferimos en lo personal, en la consideración de qué es para cada cual esa manida ‘dote’. Para muchos es un conjunto de virtudes, para otros una caja de Pandora. Para mí, por ejemplo, la inmortalidad es una verdadera maldición, deberías leer a Jorge Luis Borges para entenderme, por el contrario para mí madre es una oportunidad, una tabla de salvación con la que poder seguir la evolución de la historia y contribuir a remediarla; ya te dije que globalmente nos consideramos tutores, hermanos mayores el género humano.

A Gael, a pesar de estar intentado de continuo aceptar las palabras de su amada, le arañaba el raciocinio el escuchar términos como *inmortalidad*. Pero siguió atento.

—Por su parte, de entre los que han abandonado el seno familiar, voluntaria o forzosamente, también se siguen dos inclinaciones. Los hay que siguen luchando a su manera por el bien de la humanidad, llamémosle así, en la creencia o no de que lo recibido por herencia biológica es un don. Pero también los hay que han visto en sus poderes una herramienta para depredar. Ambos son lobos solitarios, ambos tienen idéntica fortaleza, pero a unos los

llamáis ángeles y a los otros demonios, aunque no porten alas en los omóplatos ni cuernos en la frente.

Otra pausa prolongada de Aida la interpretó Gael como un permiso para interrogarla, pero la joven, después de meditar mirando al suelo, continuó sin llegar a mirarle a la cara durante aquel intervalo.

—Y aún tenemos otro grupo —Gael supo ya inevitable la alusión a su condición—. El tuyo, querido mío. El de los que, por la coyuntura, no crecieron en la familia y no sabemos si han recibido o no la *Dote*. Unos nunca lo sabrán ni de ellos tendremos noticia ya que en su gozosa mortalidad, en su vida normal, por importante o anodina que sea, no harán el *ruido* necesario, no vibrarán, pasarán felizmente desapercibidos en la mayoría de los casos. De ser descubiertos, '*Revelados*' es la palabra que usamos, podrán integrarse de nuevo en la familia, dependiendo de su situación en el momento de la *revelación*. La verdad es que en la mayoría de los casos no son advertidos y en consecuencia no son molestados. Incluso siendo descubiertos puede que se considere que no vale la pena desvelarles algo que de nada les va a servir, por el momento o por su concreta circunstancia personal, y que, al contrario, les va a comprometer de por vida en la obligación de guardar un secreto que si desvelan sería su sentencia de muerte. De eso, de la máxima norma de nuestra especie, la continuidad por el encubrimiento, ya hemos hablado.

La dureza con la que Aida pronunció el sustantivo *sentencia* y sus consecuencias no pudieron sino agriar el rictus del periodista. Por ello la joven dulcificó de nuevo el tono de su voz con aquel registro meloso que sabía usar a la perfección. Pero las palabras eran agujas, cuando no puñales, y la ansiedad de Gael no se redujo.

—Otros, los dotados con los poderes de la familia o con parte de ellos, podrán o no ser *revelados* dependiendo de cómo hagan uso de su '*dote*'. Los hay que nunca descubren lo que pueden llegar a hacer, aunque si brotan acciones episódicas que les sorprenden a ellos mismos. Por lo general suelen descubrir y usar su poder de atracción, de seducción, y en algún caso una telequinesia inoportuna que lo normal es que los asuste y los lleve al psiquiatra, o al exorcismo. También los hay que se saben portadores de extrañas facultades. De estos, al igual que de los exiliados de la familia, unos ejercen sus descubiertos poderes para acciones altruistas, muchos sanadores son de este grupo, y otros los usan como herramienta perfecta de su egoísmo, muchas veces con carácter criminal. A todos ellos se les busca con ahínco,

bien para devolverles el sitio que en la familia les corresponde, bien para aleccionarles en las reglas mínimas, en la Ley, y en las consecuencias que tiene incumplirla. Su don no es propio, sino prestado por milenios de genética divinizada, y están obligados a respetarla.

Otra interrupción, leve esta vez, aunque la joven ya casi no permanecía sentada y el lapso dio para una ida y vuelta entre los muros de la habitación, por el estrecho margen que quedaba a los pies de la gran cama en la que Gael permanecía semisentado.

—A estas personas, como a los de la familia no *divinizados* pero a los que conviene hacerles la *revelación*, se las lleva a lugares como al que tú vas a ir mañana. No son campos de concentración, si esa es la idea que bulle en tu cabeza —como efectivamente pensaba Gael en ese instante—. Más bien son campos de entrenamiento, si eso te tranquiliza. Por lo que respecta a ti y según Violeta estás entre los que no gozan de la *Dote*, como tus continuas recaídas parecen confirmar. Aunque yo hubiera jurado que si eras un *divinizado*, no me preguntes por qué. En todo caso bastará con un pequeño entrenamiento para que tú y yo podamos vivir juntos sin problemas, no te preocupes. La vida pasará feliz, rápida para mi naturaleza, como el agua fresca entre los dedos, pero la viviremos por fin juntos, y yo, en mi deseo, envejeceré contigo, aunque para ello deba abandonar el seno de la familia.

Gael meneaba su cabeza de lado a lado, no podía evitar el negar con la cabeza aquello que no podía, que no debía, rechazar con el verbo. Pero explotó.

—¡Me hablas de la inmortalidad cómo si lo hicieras, no sé..., cómo si hablaras de una chorrada! —el periodista desató finalmente su verborrea—. Por favor, cariño, ¿es que no te das cuenta? Ni siquiera podrás encontrar un argumento científico para esto... Has llegado a decir... ¡Has llegado a hablar de siglos de vida! Y lo más extraño, si cabe, es que dices que los hay, como tú, que la consideras una maldición. ¡Hostia! ¡Es que me está costando...! —Gael protestaba al tiempo que apretaba la sábana con la que se cubría contra su cuerpo, el fresco comenzaba a convertirse en frío.

—Inmortalidad. Sí. Pero no entendida como seguramente imaginas. Inmortalidad, sí, pero no memoria permanente, lo que es una maldición, al menos para mí —Aida hablaba atropellándose—. Y menos mal que nos queda el olvido. Menos mal. Olvidar es recordar que no recuerdas, al menos eso, ser consciente de eso. Deberías leer '*Funes el Memorioso*', si no lo has hecho ya, Jorge Luis Borges supo cómo expresar esta sensación que a mí me

abruma. Cuesta mucho aprender a seleccionar que recuerdos deben persistir y como conservarlos. Nuestras neuronas son células, como las de cualquier humano, y la memoria no es sino conexiones entre estas neuronas, sinapsis, caminos trazados por los que también circulan nuevas vivencias. Es difícil, cariño, y costoso, resta la energía que tanto cuesta conseguir.

La joven paulatinamente fue suavizando su dicción. Se estaba tranquilizando. Gael iba a decirle que no era exactamente eso por lo que protestaba, que lo había hecho por algo mucho más trascendental, pero entendió que a Aida hablar de inmortalidad no le chirriaba en aquellas neuronas a las que se refería tanto como a él y, viéndola tan convencida, pero, sobre todo, viéndola tan dulce, con aquel gesto tan femenino de apartarse el cabello mientras declamaba, viendo de quien se había enamorado, decidió no importunarla.

—No es fácil almacenar tanta información. O, al menos, guardarla debidamente, para poderla rescatar —Aida volvía a arengar a Gael, pero ya desde el tono moderado y amigable de su voz—. Aunque parece ser que el cerebro puede llegar a almacenar una cantidad de información descomunal. ¡Toda la programación de un canal de televisión que no dejara de funcionar durante trescientos años!, eso es lo que podría un mortal retener en su memoria. Pero no todo lo que procesamos es útil, naturalmente, en cada segundo registramos casi medio millar de millones del equivalente a bits, aunque solo seamos consciente de unos dos mil-

La chica volvía a sus conocimientos enciclopédicos, quizá como respuesta a la protesta subida de tono de Gael, aunque el tono de su voz no aparentaba tal ánimo de venganza.

—En este momento, Gael, tu cerebro está recogiendo información muy variada, no solo lo que yo te hablo y lo que tú piensas mientras yo te hablo, sino también una intensidad lumínica determinada, una sensación térmica específica, unas emociones concretas que las acompañan y un largo etcétera. No existe la memoria inmortal, cariño, existe la clasificación eficaz de recuerdos, y debes creerme, es tarea periódica y ardua.

Aida se levantó de nuevo. No dejaba de hacerlo, como no paraba de mirar su reloj y por el ventanuco. Dos o tres idas y venidas después, como una pantera enjaulada, la joven volvió a sentarse en la butaca con la misma gracilidad que dicha pantera.

—¡Y juventud! ¡Qué me dices de la eterna juventud! No existe cariño mío, estamos en un sistema abierto y lo que yo poseo no lo posees tú. Las cosas y

la energía pasan de manos como las mercaderías. Efectivamente: *Nada se destruye, todo se transforma* —Gael pensaba exactamente esa frase en aquel preciso momento—. ¿No querías ciencia? ¿Te basta pues con Albert Einstein? Eso somos al final, de eso vivimos. Es una carrera contra la decrepitud y contra la muerte, pero, eso sí, en nuestro caso mucho más lenta que la de los mortales. Nos basta con robar su energía. Un poquito de esa energía a cada cual, nada grave, unos minutos, quizá unas horas de esa carrera, de ese nadar contracorriente, contra la senectud y la muerte, ese constante huir que todos, vosotros y nosotros, comenzamos solo nacer. Y, para ello, basta con la cercanía. ¡Perfecto! ¿No? ¡Es un sistema perfecto! ¡Claramente divino!

Aida se levantó de nuevo y otra vez caminó hasta el ventanuco. De vuelta a la butaca fue soltando uno a uno los botones de la camisa del pijama y al llegar se quedó de pie, apoyando un brazo en el respaldo de la isabelina mientras que con el izquierdo apartaba el pijama por ese lado dejando el pecho y la cadera al descubierto.

—¿Envejecer? Por supuesto. Envejezco, claro que sí, pero al ritmo que yo desee, bueno, o que las circunstancias me permitan. Si viviera en un desierto de humanidad mi ritmo de deterioro sería el mismo que el de cualquier humano, pero opero entre gentes así que todo depende de cuánto quiera retrasar mí tiempo. Violeta, por ejemplo, no te creerías su edad, solo decirte que fue amiga de Mary Shelley te provocó risas de incredulidad, por eso es mejor que lo vayas asimilando poco a poco. Y aún llegamos más lejos, todavía somos más exquisitos en la perfección biológica, si cabe algo más concluso que lo ya perfecto, Violeta, y otros pocos, muy pocos, han alcanzado tal grado de sublimación que no solo retrasan el envejecimiento, ni siquiera es que lo detengan, es que son capaces de desandar el camino, de rejuvenecer —en esa frase Aida suspendió unos instantes el relato y comenzó de nuevo a abotonarse la camisa, aunque continuó en pie.

»¿Procrear? Ya te lo dije ¿Cómo no? No importa los años que lleves viviendo, importa la edad biológica. ¿Y morir? Si te preguntas si en la inmortalidad, en nuestra inmortalidad, que es la única que existe, se puede morir ya te contesto que sí, por supuesto, como cualquier persona. La muerte es la solución final de toda vida, pero nosotros podemos retrasarla *in aeternum*, es fácil vencer a la enfermedad con la salud de los demás. Lo que no podemos es evitar que el cuerpo colapse ante un traumatismo mortal, naturalmente, si caemos de un edificio, o en un accidente de tráfico, o si nos

clavan una estaca de madera en el corazón, morimos. ¡Naturalmente que morimos!».

Aida, en pie, se colocó detrás de la butaca y apoyo ambas manos en el respaldo, como el político que se apoya en el atril como conclusión a su discurso.

—Todo esto, querido mío, si fuera vox populi, si se difundiera, acabaría seguramente en una de esas escenas de película donde hordas de campesinos, antorcha en mano, asaltarían nuestras residencias para acabar con nosotros ¿O no?

—Tienes razón —intervino el periodista— Podría ocurrir. Incluso hoy podría ocurrir con el tinte medieval que me relatas, son muchos los ejemplos de incultura y de barbarie que he visto en mi trabajo. Por lo de la familia creo francamente que lo importante es como os comportéis con quien os rodea, con los asistentes, con el pueblo, con todo el mundo, y no puede ser mejor, soy testigo de ello.

Aida miró la esfera de su reloj, iba a interrumpirle, pero le dejó terminar, era lo justo después de tanto tiempo escuchándola.

Gael buscaba una tregua. Aida tenía razón, pensaba el periodista, era pronto para polemizar sobre todo lo que su amada estaba afirmando. Bastaba con escucharla. Era lo único que ella le pedía, de momento. Algo tan fácil como escucharla para llenar aquella mochila virtual a la que tantas veces se había referido: «Cultura es el poso que queda después de olvidar lo aprendido, y tú tienes que absorber aún mucha cultura divinizada, toda ella, imagina lo que te falta por aprender y por olvidar todavía», el periodista recordaba casi textualmente las pasadas palabras de Aida.

—Estás en lo cierto, Aida, querida mía —el periodista buscaba esa reconciliación, mostrar que aceptaba todo lo que le estaba refiriendo—. La verdad es que lo menos importante es lo que seáis, al fin y al cabo basta con algo de prevención, como bien dice Don Felipe.

De inmediato Gael cayó en la cuenta, acababa de delatar a su amigo y protector. Su faz se tornó blanca y la boca se le quedó entreabierta. Pensaba rápido. Pensaba que decir para enmendar el error o si decirle la verdad, ella lo entendería, pero Aida continuó sin darle oportunidad.

—En efecto, querido periodista, porque sabe prevenirse, por eso Felipe sigue viviendo. —tanto la simpática alusión a su profesión como la forma en como Aida lo estaba diciendo normalizaron el pulso de Gael que ya descartó la amenaza para el hostelero—. Felipe es un buen hombre y, lo más

importante, ha sabido mantener silencio de lo poco que sabe, que intuye, aunque hace muy poco hizo un ‘*ruido*’ ensordecedor cuando te contó que somos vampiros.

Aunque a Gael nada le sorprendía ya, la alusión a una conversación que duró escasos minutos y que se celebró a casi cuarenta kilómetros no pudo otra cosa que arrancarle un gesto de temor a la par que de convencimiento: Aida estaba todo el tiempo diciendo no su verdad, sino la verdad absoluta.

Aquel momento de reflexión mutua sirvió a ambos, ya cansados, de descanso. Aida se abrazó de hombros y Gael hizo el gesto de levantarse sábana en mano para tajarla, pero la chica se lo negó con la mano, miró el reloj y el periodista entendió que su prometida no había terminado todavía. Aida se sentó, esta vez doblando las piernas sobre la butaca, como un yogui, como una niña.

—*Tempus fugit*, querido mío, y aún queda lo más importante, hablar de nosotros.

Horas recibiendo información y sin un mísero lápiz y papel donde tomar notas. Aunque Gael tenía muy buena memoria y había entrenado herramientas de retentiva, aunque hubiera jurado que podía reproducir casi al pie de la letra todo lo vomitado por Aida aquella noche, a pesar de ello, como buen periodista echaba de menos un bloc de notas. Y ahora, avanzadísima la noche, aún quedaba lo que Aida había tratado como más importante, todavía no habían hablado de ‘ellos’.

Esta vez Aida rompió lo que ya estaba claro era una regla y volvió a la cama quitándose la camisa del pijama por el camino. El hombre la recibió con la sábana preparada para cubrirla y la chica se apretujó en su costado apoyando la cabeza en su pecho.

—Vas a creer que soy un pesado libro sacado de una antigua y polvorienta biblioteca, cariño —el modo de retomar la narración sorprendió a Gael—. Vas a pensar que soy un ratón de biblioteca pero es que busco la forma más clara, más común de decirte cosas que son muy difíciles de decir.

—Para empezar —replicó Gael—, no eres un ratón, sino una ratoncita. Y respecto a lo de ‘polvorienta’ estoy completamente de acuerdo. ¡Lo tuyo es puro furor uterino!

—¡Tonto! ¡Qué estoy hablando muy en serio!

La joven amonestaba a su prometido pero entre risas agradecidas. Giró entonces su cabeza para mirar desde abajo a Gael. Su amante sonrió ante aquellos ojos verdes y le animó a continuar con una sonrisa. La chica devolvió la mejilla sobre el pecho de su amante y prosiguió.

—Son muchos los datos y no sabía por dónde empezar. Perdona si he sido parca en algunos temas o demasiado prolija en otros. No me dedico a esto. ¿Sabes? ¡¿O es que crees que me paso la vida enseñando a hombres para ser mis futuros maridos?!

Las risas de Aida se mezclaron con las de Gael cuando la chica comenzó a hacerle cosquillas al tiempo que decía la última frase. Después se separó de

su amante lo suficiente para poder conversar cara a cara, pero sin levantarse del lecho. Se tumbó sobre el costado con el brazo apoyando el codo en el colchón y la palma en la mejilla. Con la mano derecha iba rozando las yemas de sus dedos sobre los abdominales que se adivinaban bajo el blanco de la camiseta.

—Bueno... —la joven hablaba susurrando— Enseñando a hombres y... Y tirándomelos...

Gael se giró hacia su derecha para ver a aquella extraña Aida que le estaba hablando. Sorprendido. Asustado. Pero la mano de Aida ya había superado el más distal de sus abdominales y con las yemas acariciaba el borde del bosque de su vello púbico. En segundos una erección incontrolada elevó su glande hasta tocar la mano de la joven.

—¡Vaya, vaya! ¿Te excita lo que te digo? ¿Cómo te gusto más, cariño, como amante o cómo prostituta?

Gael se atragantaba con su propia saliva, aquello no le estaba gustando nada. Le hubiera gustado contestar que no quería jugar a aquel juego, al menos en ese momento, pero su sexo contestó por él y sin poder remediarlo, en cuando la pequeña y frágil mano de Aida cogió su pene, eyaculó entre jadeos.

El periodista estaba completamente confundido. El corazón le palpitaba con las prisas que le deban la excitación y el miedo. No entendía nada. Ni que a que jugaba Aida, ni porque había explotado tan rápidamente con solo tocarle la chica. Y no sabía qué hacer, si levantarse y limpiarse, si excusar su eyaculación precoz, o si permanecer tumbado, como estaba, muerto de vergüenza. Pero no hubo opción. Aida contestó por él. Sin mediar palabra la joven acercó sus labios al miembro todavía enhiesto del periodista y lo engulló, sorbiendo antes el semen que manchaban su bajo vientre.

—Aida, por favor... —Aquella no era Aida, no podía serlo. Gael rogaba que se detuviera al tiempo que la animaba acariciando el cabello de la joven mientras ella le lamía. Estaba perdido—. ¡Aida! ¡Para! ¡Por favor!

Los ruegos de Gael caían en saco roto. Aida no solo consumía con pasión su virilidad, sino que con la mano comenzaba a someterlo anunciando una inmediata sodomía.

—¡No! ¡Aida, escúchame, te lo ruego...! —Gael dudó de que la mujer que se revolvía sobre su cintura fuera la chica de la que se había enamorado. Aquello podía ser una nueva pesadilla.

Con temor, intentando contener los embates que su cuerpo realizaba

respondiendo al oleaje de la boca de la chica, corrió la mano que mantenía sobre el pelo de la joven y lo fue apartando lentamente, como una cortina, para verle la cara, para ver si aquella mujer era realmente Aida. No había liberado sino parte de la mejilla, pudiendo ver entonces los labios de la chica succionando su vascularizado órgano, cuando esta se giró, soltó el miembro y le espetó con ironía: «Te gusta. ¿Eh? Te gusta mirar». Y entonces lo vio, lo vio con meridiana claridad en aquella oscurecida habitación, era Aida, era ella, pero sus ojos brillaban como linternas, como lobos en la oscuridad. Hubiera jurado que sus dientes también brillaban, pero de pura albura.

—¡Te gusta, ¿eh?, te gusta! —la voz de Aida no era desagradable, al contrario era sensual, sugestiva. Pero transmitía un terror atávico. Era la melosa voz del depredador.

De repente Aida, aquella desconocida Aida, que permanecía hasta entonces como una pantera, tumbaba y transversal a su vencida presa, devorándola por los medios, dio un giro en el aire y colocó su sexo sobre la cara de Gael sin soltar el miembro, que volvía a engullir, pero diciendo antes, ahora con voz gutural: «¡Acompáñame, querido, acompáñame y muere!»

Gael intentó liberarse de la tenaza de las piernas de la joven sobre su cabeza, pero el poder de la joven era sobrenatural. Los brazos habían quedado extendidos al lado de su cuerpo, sujetos al mismo por las rodillas flexionadas de Aida, aprisionados.

Entonces, lo que había comenzado como un suave vaivén del sexo de Aida sobre su cara, pasó a ser una presión sin movimiento, asfixiante. Gael intentó girar su rostro para liberar las vías respiratorias, pero los muslos de la chica replegados sobre sus pantorrillas formaban una pared infranqueable.

El hombre hizo acopio de todas sus fuerzas y, de donde no sabía las almacenaba, sacó las suficientes para liberar los brazos. La chica se había petrificado en aquella posición fetal y ventral, mientras seguía con la felación de un miembro que Gael no controlaba. El periodista apoyó las manos en ambos lados de la cadera de la joven, a la altura de su cara, ya falto de oxígeno, y, concentrado sus fuerzas, como el atleta antes del salto, libero de forma explosiva la musculatura de sus bíceps lanzando a Aida, como si fuera un fardo, a los pies de la cama.

Gael se sorprendió de su propia fuerza, pero Aida también, no se lo esperaba y, como el felino que la poseía, se giró en el aire antes de estamparse contra la pieza de madera de los pies del lecho cayendo sobre manos y piernas. Aida se quedó a cuatro patas, mirando a Gael con la cabeza

gacha, los ojos luminosos como candelas y la boca arrugada, mostrando unos níveos dientes.

—¡Aida! ¡No!

La joven, desnuda, posicionada como una leona para el salto final, acababa de emitir un rugido como tal. Gael lo había escuchado a la perfección, la habitación lo había escuchado vibrando mientras duró el gruñido. El hombre no sabía cómo reaccionar, las manos de la joven arrugaban lentamente las sábanas hacía atrás. Aquella mujer, aquella leona, estaba a punto de saltar.

—¡Aida! ¡No! ¡Por Dios!

Aida había retrocedido de repente, como por ensalmo. El último ruego de Gael parecía haber despertado a la joven y esta reculaba sorprendida. Miró a los lados, confundida, negó repetidamente con la cabeza y finalmente saltó de la cama rebuscando por el suelo la camisa del pijama con la que se cubrió de nuevo. Estaba tiritando.

Gael permanecía tumbado, pero empujando con los pies la ropa de cama, ya sobre el desnudo colchón, había a su vez retrocedido hasta apoyar la espalda contra el cabecero. Ahora miraba indeciso, sin saber qué hacer, pero la tiritona de Aida le sacó de dudas y comenzó a levantarse agarrando la sábana para cubrir a la chica, pero Aida lo detuvo, con la mano estirada y la palma al frente le rogó que no se le acercara.

—Ya está, amor mío. Ya está. Ya pasó —la voz era de nuevo la de la dulce Aida—. Pero no te acerques. Ese ha sido el problema. ¿Cómo he podido ser tan inconsciente?!

Aida le hizo el gesto de silencio cuando el periodista insistió en arroparla. La joven estaba todavía de pie, en un rincón, apretándose la camisa del pijama contra el cuerpo. Con el mismo dedo que había apoyado en sus labios para silenciar a Gael, le lanzó un beso. Y sonrió, sonrió forzada, más para sosegar a su amado que por convicción.

La chica se movió finalmente, llegó hasta la butaca y se sentó derrumbada, aún confusa. Gael permanecía atento, vigilante. Se había cubierto con la sábana que había rechazado la chica. Tenía mucho frío. Y sueño, de nuevo aquel sopor, aquel cansancio que era algo más que la mera falta de descanso.

Aida fue recuperando poco a poco la compostura. Miró el reloj y comenzó a hablar.

—No debí acercarme de nuevo. Tiene razón mi madre cuando dice que debemos darle tiempo al tiempo. Mucha razón.

Desde la butaca alcanzó el tabaco, que permanecía sobre la cómoda, y se encendió un cigarrillo. Esta vez la ceniza que se iba formando en la parte

consumida del pitillo la tiraba al suelo, sin contemplaciones, no estaba para nimiedades.

—Llevo buscándote desde hace tiempo, mucho tiempo —prosiguió Aida, volviendo a hacer el gesto con el dedo sobre sus labios cerrados cuando Gael abrió la boca para hablar—. Y desde que te he encontrado no he satisfecho mis necesidades. No me apetecía. Hasta me daba asco intentarlo. Solo contigo he querido y he mantenido estas últimas relaciones. Sexuales, a relaciones sexuales me refiero.

El cigarrillo ya casi se había consumido de las largas caladas dadas por la joven mientras articulaba sus primeras palabras, así que lo apagó, ahora sí en el cenicero. Y se encendió otro. El humo flotó ingrávido unos instantes frente a su cara antes de que se decidiera a continuar hablando.

—Quiero decir que sin ti, si tú no hubieras estado, habría hecho el amor, como es natural, aunque de manera proporcionada, dosificada. Lógicamente con otros hombres, estoy hablando del supuesto en el que tú no hubieras aparecido. Pero desde que te encontré, amado Haluk —Gael hizo un gesto de extrañeza, pero lo reprimió de inmediato, por nada del mundo interrumpiría ahora a su amada—, desde que estamos juntos, solo he amado tu cuerpo y, por las circunstancias que conoces, no ha podido ser más que en contadas veces.

La chica volvió a detener el relato mientras saboreaba dos o tres caladas del tabaco americano. Miraba el reloj y la ventana, donde quizá en una hora amanecería.

—¡Furor uterino! —la mención sonrojó a Gael que iba pedir inmediatas disculpas, pero, como tantas veces, no le dio tiempo—. No tienes que disculparte, cariño —prosiguió la joven—. Podría denominarse así, perfectamente. ¿Por qué no? Aunque en mi caso gula, o voracidad, hasta glotonería serían términos más adecuados. En todo caso mi madre tenía razón, debería haber tenido otras relaciones durante este periodo, al fin y al cabo solo es alimento y mi amor te lo reservo entero para ti. —La joven miró con lástima a Gael—. Debería haberle hecho caso primero por ti, para no ponerte tan pronto al límite, porque lo estás, cariño, esa es tu anemia .Y segundo para no llegar a dar el espectáculo que acabo de ofrecerte. ¡Madre mía de mi alma, si casi te mato!

—No te preocupes..., en realidad....

—¡Calla! —Aida ordenó sin contemplaciones— Calla y escucha. Por favor, amor mío, atiéndeme ahora más que nunca.

Tres caladas más y apagó el segundo cigarrillo. Esta vez la joven se levantó y aprovechó para asomarse por la ventana. Segundos después ya estaba de nuevo sentada en la isabelina.

—¡No quise escuchar a mi madre y ha pasado lo que tenía que pasar! No puedo estar tanto tiempo sin compañía, querido, eso es lo que me falta explicarte. A eso y a las cuestiones que tienen que ver con nosotros voy a dedicar esta hora. No la desaprovechemos.

Respiró largamente, miró de nuevo el paquete de tabaco, pero finalmente lo rechazó volviendo a respirar profundamente antes de continuar.

—No necesariamente vivimos del sexo, naturalmente, pero sí que puede ser muy importante. En mi caso, en estos días, ni siquiera he salido, solo te he esperado a ti, solo deseaba verte a ti, estar contigo, y no sabes lo que lo he disfrutado, pero he descuidado mi ser y mi sed se ha ido acumulando. Hoy, ahora, no la he podido controlar. Este es nuestro lado oscuro, el lado tenebroso de todos nosotros, no solo de los lobos solitarios, también de los que, como yo, queremos la convivencia pacífica. No podemos descuidarnos nunca, si nos atenaza la sed nos acaba poseyendo el animal, el demonio que acabas de conocer. Es probable que hoy hubiera sorbido, con tu hombría, toda tu energía, que no hubiera terminado esa horrible felación hasta sentir como por ella se te escapaba la existencia, como te robaba la vida para alimentar la mía.

Aida alargó la mano y acabó haciéndose con el paquete de tabaco. Extrajo un nuevo cigarrillo, pero, con él entre los dedos, sin darle lumbre, reanudó la plática.

—Por desgracia ha ocurrido más de una vez. Y la mayoría de ellas por asfixia. Como ahora estaba ocurriendo. Aunque nunca, que yo sepa, tan cínicamente como yo lo estaba haciendo. ¡Te estaba asfixiando con mi sexo! ¡Con mi propio sexo! ¡Mientras yo estaba disfrutando del tuyo! ¡El colmo del cinismo! —el cigarrillo, aún apagado, se acabó rompiendo entre los dedos de la joven, mientras unas lágrimas se escapaban de sus ojos.

»En realidad es una práctica ecológica, la del depredador que estrangula a su presa para evitar sus defensas. Y no estoy intentado justificarme, es que es así, llevamos años estudiando el porqué de esta reacción sin control. Pero eso no es lo peor, lo más terrible de esta práctica, que los nuestros, la mayoría de los nuestros, realizan inconscientemente, ha sido imitada por psicópatas y asesinos, con plena consciencia. ¡El clímax segundos antes de que el corazón se detenga! Disfrutando de ello. Incluso en este siglo se han encargado a

sicarios este tipo de muertes para filmarlas en video. ¡Horrible! ¡Espeluznante! Pero, te aseguro, que todos ellos están condenados, no solo tomamos medidas para impedir que nos pase a nosotros en la *locura de la sed*, que así la llamamos, sino que no podemos consentir que nadie se aproveche de una de las escasas imperfecciones que nos definen. ¡Con tanto que tenemos de lo que somos dignos de imitar! No. Hay órdenes al respecto. Cualquiera de los nuestros acabará con ellos si los descubre».

La chica no reprimió su llanto, pero ya indicó de nuevo a Gael, con la palma al frente, que permaneciera en su sitio.

—Yo, amándote cómo te amo, esperándote tanto tiempo, hasta eso hubiera podido hacer. Tiene razón Violeta, Toda la razón. Siempre la tiene. Hagámoslo como ella ha planeado.

La joven se secó las lágrimas con el dorso de la mano y finalmente cogió un nuevo cigarro, después de deshacerse de los restos del que había desintegrado en sus manos.

Al encenderlo y ver Gael como las volutas del primer humo se enredaban en la melena de la chica mientras ascendían lentamente, fue consciente de algo fundamental, fue testigo de la prueba absolutoria, percibió la naturaleza humana de su amada, la chica necesitaba manejar algo entre las manos al tiempo que se culpaba de algo menos grave que de lo recién acontecido. ¡Se culpaba por fumar! Era humana.

—Ahora... —Aida recuperó el discurso interrumpido tan abruptamente—. Ahora voy de nuevo a comentarte conceptos que debes saber necesariamente. Ya no podemos echarnos atrás. Otra vez voy a parecerte ese ratón de biblioteca, vuelvo a cansarte con datos y más datos, pero, directamente, asúmelo, no me hagas preguntas. Esto es importante y no hay tiempo ya. ¿De acuerdo?

El sí verbalizado de Gael coincidió con la nueva colilla aplastada en el cenicero, con tal fruición fumaba Aida.

—No es lo mismo *metempsychosis* que *metempsychosis* —la chica reemprendía su alegato como el ponente al auditorio, hablando al frente—. El primero habla de la reencarnación. Y, por tanto, del alma. Del renacimiento del alma en otro cuerpo. La segunda, siendo lo mismo, evita esa referencia trascendental. Hablamos, sea de una manera o de otra, de algo que pasa necesariamente por la idea del inconsciente colectivo, de una de las maneras más simples de alcanzar esa trascendencia que busca el ser humano desde su nacimiento.

»Por eso muchas religiones lo contemplan, y las que no lo hacen, como el cristianismo o el islamismo, consideran otra vida después de esta, lo que no deja de ser una reencarnación. Incluso parte de la ciencia, o de la pseudociencia, avala algún tipo de transmutación. No sé si has oído hablar del doctor Ian Stevenson —Aida no se detuvo ni una décima de segundo tras la retórica pregunta—. No importa. Quiero decirte, Gael, que a lo dicho de la inmortalidad, entre comillas, de nuestra inmortalidad, hay que sumar vuestra *metempsychosis*, o *metempsychosis*, da igual».

—¿¿Qué?! —A Gael aquello le sobrepasaba—. ¿Quieres decir que los mortales, también entre comillas, nos reencarnamos?

El uso de ironías no gustó a su prometida que fulminó a Gael con la mirada.

—Sí, Gael, de eso hablo. ¡Y si te sorprendes con esto, no sé qué va a pasar cuando continúe!

—Disculpa —Gael junto las palmas de las manos y las colocó frente a su pecho.

—Nosotros, los *divinizados*, y reivindicó su significado —Aida hablaba seria, con gravedad, saliéndose del hilo argumental y demandando justicia para su raza—. Pues no es un eufemismo, ni mucho menos, es el término adecuado, la palabra perfecta. ¿De dónde crees que parte la mitología griega? O la egipcia. O la precolombina. O la original, la verdaderamente importante, la mesopotámica. ¿Con quién te crees que estás hablando?

Aida sostuvo un silencio muy significativo. Gael mantuvo la mirada de la chica, pero con humildad. Solo cuando el periodista bajo la mirada la joven prosiguió.

—Nosotros, los *divinizados*, retrasamos el tiempo. Nuestro tiempo. Tiempo que contamos con distintas magnitudes, con otras varas de medir a las vuestras. El continuo reciclaje nucleogénico nos hace vivir muchos más años de lo que ahora pienso confesar. Vosotros, Gael, amor mío —aquellas últimas dos palabras fueron un consuelo para el periodista, que ya se sentía como el alumno frente al grave profesor—, vosotros os reencarnáis, no siempre, naturalmente, y desconozco si es debido a un anterior comportamiento o a la suerte. No me afecta. Lo que si nos importa es dónde y cuándo se va a producir ese hecho cuando la persona reencarnada es de nuestro interés. Y cuando persigues a alguien del que te enamoraste, con quien viviste una vida, la búsqueda es permanente. Eso es lo que Bram Stoker pretendía reflejar en su '*Drácula*', eso es lo que hacía el protagonista desde

que la muerte le arrebató a su querida Mina, es lo que andaba buscando Vlad, solo quería reencontrarse con un amor cuya vida había sido cercenada injustamente. Eso es lo que he hecho yo contigo.

Fue tal la sorpresa que incluso la faz del hombre se tornó blanca. Esta vez Aida condescendió y rebajó el tono de su voz dulcificando su rictus. Lo que le estaba revelando merecía el bálsamo.

—Sí, mi amor, te perdí en una ocasión y te he buscado. No quiero confundirte más, justo hoy que estás sabiendo tantas cosas de golpe, pero debes saberlo. La coincidencia de que nacieras en el seno de mi familia yo nunca lo achaqué a la casualidad. No sé, no sabemos qué ocurre durante la transmigración, que ocurre durante el periplo del *barco de Osiris*, pero si sabemos que, de alguna manera, el alma, o lo que fuera que pervive, es consciente durante la travesía y busca volver a la vida donde le conviene, al menos así ha parecido ocurrir cuando lo que movía a esa alma era el amor. El hecho de nacer de la abuela, desde la abuela, me dio la esperanza de que gozarás de la *Dote*, pero no tanto porque ello sea lo más conveniente, sino porque no sufrieras como lo has estado haciendo estos días.

El periodista no reaccionaba. De todo lo escuchado aquello era lo más inverosímil. ¡Él estaba enamorado de Aida porque se había reencarnado! En consecuencia, él no era sino el vehículo de un tercero que ya antes se había enamorado de la chica. ¿O era él quien se había enamorado? ¿Él, Gael, era el reencarnado o el continente? No quería faltar a su amada, y menos cuando llevaba tiempo rogándole paciencia, pero tenía que aclarar aquello.

—¿Y el cuerpo? ¿Se mantiene el cuerpo tras la reencarnación? La apariencia me refiero. De verdad Aida, no lo digo con ironía. ¿Cómo me puedes reconocer? ¿Por la cara? ¿Por los gestos? No sé...

La joven tomó aire. No se ofendió. Ni siquiera se molestó. Pero le dolía hablar de aquello en ese momento y en ese lugar. No obstante le contestó.

—Gael. Mi madre te dijo que mi nombre me lo pusieron por la ópera de Verdi, por mi abuela, la cantante, *La Maga*, y es cierto, pero no te dijo que para su elección pesaba todavía más su significado desde el árabe, de donde procede. Aida significa ‘la que espera’, ‘la que regresa’, y es que en mi familia así se me ha conocido desde hace mucho tiempo, siglos, desde el año mil doscientos noventa, para ser exactos.

Gael quería creerlo, pero por su mente los fantasmas de la razón defendían a muerte una permanente negación. Aida lo leía en los ojos de su amado como en un libro abierto.

—Sí, cariño, sí. Tanto tiempo llevo esperándote. Y si te preocupa saber cómo supe que eras tú te diré que no hubiera importado tu aspecto, te hubiera reconocido igualmente, hay algo más, mucho más, todo lo demás, debajo de esta mortaja que llamamos cuerpo. Si me dejas Haluk, si me dejas y tienes paciencia, lo sabrás, no hoy, pero lo sabrás. Sabrás todos los secretos. Solo me gustaría terminar esta noche, esta peligrosa noche, que pasará pronto, por eso te vuelvo a rogar que me escuches, solo eso.

El periodista iba a preguntar por aquel extraño nombre que Aida había pronunciado y que ya había escuchado esa misma noche de su boca, pero ya no se atrevió.

—No me importa que me creas, al menos de momento. No obstante y para tu tranquilidad te diré que has conservado el mismo aspecto, el mismo físico, eres el mismo, lo que tampoco es normal, a menos que... a menos que tenga que ver con tu ascendencia, con la familia... Desconozco cómo fue tu aspecto en intermedias reencarnaciones, si las ha habido, ignoro si fuiste hombre o mujer, si moreno o rubio, solo sé que ahora, inexplicablemente, no solo eres tú, de nuevo, por fin, sino que, además, es tu mismo cuerpo.

Gael no protestó ni reprochó nada sobre lo escuchado, pero esta vez Aida, indulgente, empática, invitó a Gael a replicar; el asunto era personalísimo y el periodista tenía derecho a ello.

—No entendía por qué atraías tanto, así, de golpe, sin más —comenzó confesando Gael—. Qué fue lo que hizo que me enamorara de ti aquella tarde, en la cola del cine, con un flechazo tan certero e inmisericorde, que sepas que desde ese mismo instante se me abrió un hueco tan grande en el estómago que no lo llenaba una miriada de mariposas que me revoloteaban en el interior, que todo alrededor a tu alrededor desapareció como si el zoom de mi mirada no tuviera otra referencia, que era cerrar los ojos y tu rostro permanecía visible, estampado en cualquier lienzo al que mirara. Un flechazo en toda regla. Pensé en lo evidente, en tu belleza, en tu simpatía, en tu personalidad, estaba claro que eso enamoraría a cualquiera —Aida deslizó un suave ‘gracias’ por entre sus labios—. Pero no, era algo más, algo mucho más fuerte.

El periodista tomó aliento. Sabía que el tiempo corría indiferente a sus preocupaciones, pero necesitaba unos silencios entre las notas de su exposición para que sonara armónico, para que Aida lo entendiera

—No he podido dejar de pensar en ti desde entonces. Sospeché de tu magia, de tu poder de atracción, supuse que yo era el metal y tú el imán, yo el

camino y tú el destino, lo inevitable. Pensé que no era libre, te soy sincero, que era un juguete en tus manos Pero esta noche, ahora que acabas de desvelarme ese dato tan crucial, encuentro una razón de ser, un molde donde encajar la extraña forma de mis emociones para contigo, algo que todo lo explica, y eso es que te he querido siempre; aunque, mi amor, racionalmente me cuesta aceptarlo.

—Si puedo esta misma noche te desvelaré algo que, seguro, te hará recordar. Aunque, en principio, la reencarnación no comprenda de recuerdos, estoy convencida de que lo que oirás te trasladará a su momento, estoy segura —la joven dudó unos instantes antes de continuar—. Pero ahora no puede ser, ahora debo de hablarte de lo que debo de hablarte, todavía no hemos llegado a las soluciones.

La joven se levantó, llegó a la mesa camarera y bebió agua directamente de la jarra para, después, volver a su puesto en la butaca isabelina.

—La distinta frecuencia de los contactos con la gente y la diferente intensidad de cada tipo de relación hace que cada uno de nosotros permanezca en un estadio distinto, no todos avanzamos, envejecemos, con la misma lentitud, y aunque los maestros pueden llegar a desandar su biología difícilmente una generación puede retroceder a otra. Todo ello año tras año, siglo tras siglo —la joven esperaba la lógica reacción de su prometido, pero este no se inmutó, ya nada le sorprendía.

»El peso de las sucesivas recargas, por llamarlo de algún modo, resiente al continente, a un cuerpo que irá envejeciendo cada vez con mayor celeridad, aunque a ritmo sosegado, casi flemático si lo comparamos con el general de los mortales. La falta de contacto acelera, como te dije, el deterioro, aceleración que realmente significa acercarlo a los niveles ordinarios, normales, de la población de cada lugar, ya que le van a afectar iguales condicionantes ambientales, Si la falta de apego humano es radical, absoluta, como la del ermitaño, el cuerpo se torna macilento, de aspecto un tanto espectral. Si recuerdas a *Smèagol*, el *Gollum*, el personaje que Tolkien crea como eugonista de Frodo Bolson en ‘*El Señor de los Anillos*’, te harás una idea de lo que estoy hablando. De hecho eso es precisamente, te lo digo con conocimiento de causa, lo que quería representar Tolkien.

»En determinadas condiciones una agonía podría convertirse en casi eterna si nada exterior se apiadara del desgraciado, por ejemplo en una caída escalando montañas que no fuera mortal pero sí incapacitante y donde nadie pudiera encontrarle. Por eso nos contamos y nos recontamos con una

periodicidad matemática, se ha sabido de enterrados que se encontraros vivos, eso alimentó la leyenda como el polen a las abejas».

—Es decir, perdona el paréntesis cariño, y no te ofendas —Gael comprobó que la joven no se molestó, a pesar de que ya el día se les echaba encima; eso era, pensó, porque Aida ya estaba llegando al final, porque ya le quedaba poco—, finalmente, definitivamente, vivís de nosotros, de los humanos, de los humanos mortales, quiero decir.

—Parásito es el que explota a su anfitrión a cambio de nada. Nosotros convivimos en simbiosis con el resto de la raza humana.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de la evolución controlada del género humano —el tono de Aida volvía a ser solemne, Gael se arrepintió de aquella innecesaria interrupción—. A cambio de la ciencia y de los avances que permiten a los cirujanos hacer trasplantes o a los físicos nadar en la mecánica cuántica. ¿Sabes que en un siglo habéis, hemos pasado de viajar de catorce kilómetros por hora del velocípedo a los más de seis mach de los ingenios espaciales? ¡Seis veces la velocidad del sonido! Pero no ocurrió en cualquier momento de la historia, no, sino en su justo momento, cuando la humanidad está preparada para ello. ¿Quién crees que ha impulsado estos saltos evolutivos, estos *Kaikaku*? ¿Los extraterrestres? Permíteme que me ría, querido. Ya verás, espero que en muy poco tiempo, de que te hablo. Te sorprenderás del elenco de científicos, técnicos y también artistas que pertenecen a la familia, de los avances con los que hemos contribuido. ¡Casi todos los avances proceden de mi raza! Es cierto que muchos son serendipias, buscábamos otros objetivos pero los resultados han servido para otros menesteres, como ha ocurrido con la carrera espacial, de la que se nutre mucha de la tecnología médica o de las comunicaciones. En fin, que hasta cuando erramos en nuestra búsqueda os beneficiamos. Me disculparás el que no diga ahora hechos ni nombres, resonaría demasiado. Sin haber sido acogido formalmente en la familia esta información puede ser peligrosa. Peligrosa para ti.

Gael se disculpó, esta vez sin ni siquiera tomar la palabra, solo colocando el índice sobre sus propios labios. El frío había aumentado su intensidad más allá de lo normal en una madrugada de verano en aquellas cumbres, de por sí frescas, y el periodista abrazó con más fuerza la almohada. Aida tomaba de nuevo la palabra sin dejar de consultar la esfera de su reloj.

—Es normal que dudes, *mio caro*. ¿Qué otra cosa podía esperar si no, dándote a conocer en una noche todo lo que la humanidad ha ignorado desde

siempre? No querido, no somos parásitos, ni malvados por naturaleza, aunque dispongamos de armas que calificarías seguramente de diabólicas. Vuelvo a repetirte que te asombraría saber cuánto *divinizado* reconocerías en un libro de historia, o de ciencia, o de arte. Pero también te aseguro que de mala gente no nos falta y que su poder, único fin que les satisface, es tan ilimitado como la maldad que les guía. Mi hermano Carlos Alberto ha iniciado ese nefasto camino.

Aida se levantó y se quitó la camisa quedando de nuevo desnuda como una ninfa.

—Voy a ducharme, cariño. Pero no he terminado. Te he dicho que hablaríamos de soluciones y he hablado de todo menos de eso. Iré contándote mientras pueda. OK?

Gael se levantó entonces y alcanzó la cajetilla de tabaco. La miró distraído mientras extraía un cigarrillo. Una chocante sensación le rondaba la cabeza y no había podido, hasta entonces, reparar en ella. Ahora, prendiendo el cigarro rubio, pensaba como, a pesar de no haberse lavado todavía y so pena de haber sufrido la extraña agresión vivida esa noche, su piel no desprendía el acre olor que era de esperar, al contrario, un agradable perfume a rosas envolvía la habitación desde poco después de que Aida se hubiera disculpado y hubiera retomado su narración. A Gael no le importó la magia que permitía esa incongruencia, simplemente la agradeció.

Durante el tiempo que Aida había suspendido su relato y se encontraba bajo la ducha el periodista había apurado su segundo cigarrillo y, con la colilla, comenzaba a encenderse el tercero. La ansiedad le atenazaba aunque se sentía seguro, no sabía exactamente por qué. La joven, mientras tanto, había salido envuelta en una toalla y ahora seguía narrando a medida que se iba vistiendo, lo que hacía con una sensualidad que excitaba sin control a Gael. Aquello se estaba convirtiendo en un striptease lento y sinuoso, pero inverso.

— La ley es la razón de nuestra supervivencia —la joven se ajustaba el cinturón de la falda—. Nadie ajeno a las familias debe saber de nosotros, como tales, como *divinizados*. Pero no es una ley del silencio. No. En la mafia siciliana, la *Omertà*, por ejemplo, obliga a que la gente que llega a ser conocedora deba callar bajo amenaza de muerte, para nuestra ley simplemente nunca debe llegar a saberse, el conocimiento es razón suficiente para sentenciar. Pero te había dicho que charlaría de soluciones y ya no de más problemas, y aquí me tienes, luchando con un simple corchete... ¿Me

ayudas a abrocharme el sujetador? ¿Por favor? —Gael aplastó la última colilla y acudió en auxilio de su prometida, que continuó narrando—. La solución la da la misma Ley, y es el matrimonio morganático, la mixtura de quien es y quien no de la familia o, como en nuestro caso, de quien goza de la *Dote* y de quien no la posee siendo de la misma familia.

El periodista, una vez había terminado con el broche del sostén de Aida, había vuelto junto a la camarera y el ventanuco. Se sirvió una copa de brandy y se la bebió de un trago para terminar con la tiritona que estaba empezando a atenazarle. La joven ya se había puesto la blusa y sobre ella una toalla con la que empapar el agua que le caía del cabello a medida que se pasaba un cepillo. Permaneció de pie, como Gael, pero con la anchura de la cama de por medio.

—Solo hay una condición, además de la promesa de lealtad que tú ya has hecho —dijo Aida señalando hacia al palacete, recordando a Violeta—. El requisito es que la información se vaya desvelando paulatinamente, a medida que vayas introduciéndote en la familia, primero en alguna de las casas de campo, después ya en el seno de tu núcleo familiar, nuestro futuro hogar, pero poco a poco, muy poco a poco. Todo lo contrario que yo estoy haciendo ahora.

—La verdad es que no lo entiendo, cariño.; no veo el por qué —dijo Gael—. Y, si es así, ¿por qué me los estás explicando?

—La razón de este aprendizaje con cuentagotas es por si la relación se rompe tempranamente —contestó la joven—. Si así fuera se espera que la información recibida sea lo suficientemente inocua como para no tener que sentenciar su eliminación. En qué grado se encuentra cada cual, o lo que es lo mismo, en qué momento se sabe demasiado, lo dictamina el *Colegio*.

—¿El colegio? —Gael ya había escuchado aquella palabra, pero hasta ese momento no le dio el interés que al parecer tenía.

—No perdamos tiempo en eso ahora, ya lo sabrás. Ahora..., bueno..., decirte que en cada zona la familia reúne a sus representantes, eso son los *Colegios*. La suma absoluta de los *Colegios*, de sus representantes, forma el *Consejo*, algo así como el Consejo de Ministros, solo que en este caso asesoran a una presidencia triple... Dejemos esto, al menos por ahora —Aida retomó entonces la contestación que a su misma pregunta Gael había interrumpido—. ¿Y el por qué te lo cuento? —la chica dudaba—. Prefiero que sepas cuanto pueda explicarte en una sola noche antes de comprometerte para el resto de ellas, solo eso. No soportaría que, dado el paso, me

abandonaras.

—Sabes que eso nunca será así —le sosegó Gael—. Pero..., si he de serte sincero... —el periodista dudaba—. ¡Joder, Aida, si me acojonara por lo que me estás contando y decidiera huir ya lo habría hecho! ¿No?

—Sí, cariño, pero entonces me iría contigo, sería yo la que abandonara, no tú. Si tu decisión, ahora, esta madrugada, fuera la de no continuar en la familia yo me exiliaría de ella, no te perdería de nuevo. Pero si continúas, si continuamos, ya solo habrá un camino.

La joven había acabado de cepillarse y secarse el cabello. Entró de nuevo al baño para consultar el resultado en el espejo y volvió al momento. Ya completamente vestida se sentó de nuevo en la isabelina.

—¿Puedo terminar? —preguntó la joven—. Ya no sé por dónde iba...

—Antes de que continúes, por favor, una última pregunta —se superpuso el periodista—. Dices que la sentencia por saber más de la cuenta es la eliminación y, aunque me lo imagino, ¿podrías ser un poco más explícita?

—¿Más explícita?! ¿Qué crees que significa ‘eliminar’? —Aida contestó en un tono que de inmediato serenó—. Perdona cariño, tienes razón, toda la razón. Voy rodeando todo el tiempo esta explicación y quizá sea la más importante, la primera que deberías haber sabido. Eliminar es suprimir el problema del modo más radical y tajante, de raíz. ‘*Extirpándolo del tronco social*’, así es como lo decimos —Gael iba a reprochar el eufemismo pero la joven se le aventajó—. Matar. Sí, Gael, matar. De todas formas otorgarnos el derecho a disponer de la vida ajena solo si peligrá nuestra comunidad es lo que hacen todos los estados, es la autodefensa, además, en nuestro caso, no deja de ser una concesión, una represión autoimpuesta si tenemos en cuenta que podríamos hacerlo discrecionalmente y nada ni nadie nos los podría impedir. Sí, no me mires así —el gesto torcido del periodista hablaba por sí mismo—, ya te he dicho que vivimos en simbiosis, si alguna parte se excede el equilibrio se rompe y hay que restaurarlo. Y he dicho alguna parte, no importa si quien pone en peligro la familia es un mortal o un *divinizado*, no importa.

—Tendríamos que discutir un poco más este punto para poder decir que te entiendo, querida.

—No hay nada que discutir —la joven fue rotunda—. Nada que entender. ¿Acaso discutes tú con los países que aplican la pena de muerte? ¡Y muchos son del primer mundo! Sí, ya sé que tú no la apruebas, pero sí has justificado determinadas guerras. ¿O no? La llamada *guerra justa*, la defensa ante la

agresión ilegítima. Por ejemplo la del pueblo francés ante la ocupación por el nazismo tenebroso. O, antes, la del pueblo español ante la invasión por la Francia napoleónica. O, mucho antes, la de los pueblos precolombinos ante la colonización por el imperio español. Todos y en todo momento, cariño, todos y en todo momento se han defendido y han tenido que cercenar vidas ajenas.

»Todas las otras guerras tienen igual justificación, el derecho de los israelitas a no ser bombardeados por terroristas palestinos y el de los palestinos a tener y disfrutar de un territorio. ¡Y solo estoy hablando de las ‘guerras justas’! ¿Quieres más? El derecho penal, la constitución negativa en los países democráticos, un derecho necesario. ¿No? ¿Qué sería de la sociedad si no hubiera consecuencias para el egoísmo depredador de unos cuantos?».

Aida se había levantado y se apoyaba en el pedestal de la cama para conferenciar. La figura enhiesta y altiva de la joven le recordaban a Gael a la de su madre, Violeta, aunque la claridad de la piel de la chica y la luz de su pelo le restaban gravedad.

—No, querido, mi comunidad tiene tanto derecho como todas aquellas a sobrevivir. ¡Tanto o más derecho, puesto que somos más fuertes! Así de claro. De todas formas hay una importantísima diferencia, y es que nosotros no queremos arrebatar territorios, ni el poder, del que ya disponemos a manos llenas, ni queremos vuestro petróleo, que es lo que está detrás de casi todas aquellas ‘guerras justas’; no, no somos tan fáciles de provocar, solo nos moviliza el derecho a vivir en el secreto, en el sagrado secreto, otra cosa sería aquellas hordas de campesinos antorcha en mano de las que hablábamos, aunque hoy fueran pancartas lo que empuñaran. No, querido, no.

Gael, que se había levantado durante la arenga, se acercó a su prometida y la abrazó por detrás cruzando los brazos sobre sus hombros, las manos en los pechos. Los mil pequeños besos en la nuca hicieron innecesarias las palabras.

Aida se separó dulcemente de él y le señaló la cama, donde el hombre se sentó de nuevo.

—Hemos hablado demasiado tiempo —dijo la joven volviendo a consultar el reloj—. Y esto es como el fuego, cariño, cuanto más tiempo más humo. ¡Así que déjame terminar! ¡Por lo que más quieras, déjame terminar!

Aida cruzó la estancia y se situó junto a la ventana. Del medio vacío paquete de tabaco de su amante extrajo otro cigarrillo y lo encendió mirando por los cristales. Después de dos profundas caladas volvió a hablar.

—Sobre quien dicta las sentencias decirte, de momento, que únicamente la

cúpula, el *Triángulo*, tiene tal atribución, y por consenso, siempre asesorados por el *Consejo*, del que ya te hablé. ¡No me preguntes por ese triángulo ahora, ya lo sabrás! —la chica adivinó las intenciones de su prometido—. De hecho ya tuviste la respuesta en tus manos: Blanco, Azul y Rojo. ¿Recuerdas? Y, sí, mi madre es uno de los vértices.

—¿Por qué esos tres colores?

—No hay tiempo para eso, de veras, no lo hay. No me interrumpas ahora —la voz de Aida denotaba ruegos y no enfados—. Solo decirte que pienses, por un momento, donde ondean, en que banderas encontrarás esos tres colores, lo demás ya lo dejo para que lo descubras en un futuro. Eso sí puede esperar. Ahora debes de saber que dictada la sentencia su ejecución se encomienda a cualquiera de nosotros, todos los miembros de la familia somos susceptibles de ser llamados a esa ingrata labor. Y todos la cumpliríamos.

—¿Tú matarías a alguien si te lo ordenaran?

La seriedad reflejada en el rostro de Aida mirando a los ojos de Gael contestó sobradamente la pregunta. No obstante la joven matizó el reflejo de aquella mirada.

—Para empezar no es una orden, todos cumpliríamos voluntariamente, estamos hablando de siglos de convivencia gracias a esta única regla. Por otro lado puedo ejecutar a alguien sin llegar a moverme de donde estoy ahora, en mi caso con más dificultad porque mi '*dote*' no está tan depurada como, por ejemplo, la de mi madre Violeta, pero sería posible. Así que no me imagines cuchillo en mano o emponzoñando con veneno el vino de una víctima.

La chica cruzó de nuevo la habitación, una vez junto a la puerta siguió narrando, pero ahora con una velocidad notablemente incrementada.

—Falta poco para que partamos y quiero estar segura de que lo has comprendido. Primero quiero aclararte que no debes temer a Goytisoló. En Barcelona, en la casa de campo hacia la que partiremos en unas horas, solo pretenden sacarte de tu astenia, créeme, es cuestión de oligoelementos y vitaminas, nada más que eso. Son del Clan Urrea, grandes científicos todos ellos. Goytisoló en concreto ha dedicado su tiempo a una muy específica misión, la de investigar sobre las personas que sin estar *divinizadas* deban vivir entre nosotros.

Aida se acercó un poco al lecho, pero sin alejarse excesivamente de la puerta. Su voz se había ralentizado y la joven vocalizaba con precisión.

—Y ahora el primer principio. Escúchalo con atención —Gael asintió— Vivir conmigo, junto a mí, degradará necesariamente tu vitalidad.

Especialmente consumidor de tu energía será el amor conyugal, del que, naturalmente, no renunciaremos, aunque, eso sí, tomando las debidas precauciones, ambos, ya sabes a que me refiero, ya has visto hoy lo que puede llegar a ocurrir. Por tu parte deberás atender rigurosamente y de por vida las indicaciones que nuestros médicos te vayan facilitando. Unas veces serán separaciones momentáneas y otras algo tan simple como sujetarte a determinada dieta alimenticia; si, aquella carne roja que te recomendaba el doctor Bengoetxea, ¡Al contrario de lo que la gente cree no es el vampiro, sino sus amantes, los que beben sangre!

La broma no fue apreciada en absoluto por el periodista, a quien la referencia al ya olvidado episodio del coito asfixiante no le causó sino un profundo malestar. Aida lo percibió, pero prosiguió con lo que consideraba el deber de informarle.

—Te he dicho que influimos en el ambiente que nos rodea, incluso sin pretenderlo, pues bien, para no extender esta influencia a diestro y siniestro vivimos la mayor parte del tiempo cerca de determinados lugares, lugares que llamamos *pirámides*. La retahíla de coordenadas que has memorizado, porque sí, sí eran coordenadas, no eran más que eso, o parte de eso; aunque te advierto que reconocí algunos errores en tu lista

Aida se regocijó en esa pequeña victoria sonriendo antes de proseguir.

—Además de en esta, en *Los Rosales*, en alguna otra de estas *pirámides* pasaré parte de mi tiempo, la mayor parte de él. Algunas veces estaremos juntos y otras no, según nos aconsejen los médicos en cada ocasión. Pero no te preocupes, serán semanas y, por lo general, aunque no vivamos juntos esos días, estaremos igualmente cerca y podremos vernos casi a diario.

—¿Por qué esos lugares precisamente? ¿Qué hay en esas coordenadas?

Aida retuvo la respuesta. Pensaba si contestarle o continuar directamente con lo que le restaba por contar, dado que la madrugada ya avanzaba notablemente.

—Algunos porque son lugares predispuestos. Habrás oído sin duda hablar de *corrientes telúricas*, de *vórtices*. Otros lugares, por el contrario, son creados por nosotros, ya que no siempre en todo asentamiento existen estos *vórtices*, en estos casos el hecho de elegir un lugar lo convierte con el tiempo en una *pirámide*. Por citarte uno que reconocerás, y que ya no importa mencionar por obsoleto, es *El Escorial*, en Madrid, fue uno de estos últimos ejemplos, una *pirámide* generada por el propio monarca, Felipe II, y algunos de sus más cercanos. Con el tiempo y sin *divinizados* en su interior el lugar

ha vuelto a la normalidad, relativamente, pues aún se escuchan leyendas, pero durante la vida del rey y un par de siglos después la zona fue un verdadero calvario para la imaginería popular.

Gael abrió entonces los brazos en semicírculo, como abarcando el lugar que les rodeaba. No hablo, pero dejó claro que se estaba refiriendo a aquella habitación, a aquel pequeño hotel que era el *Palomar*.

—Sí, claro, te lo iba a aclarar —Aida no sé adelantó esta vez a los pensamientos de su prometido— En toda *pirámide* conservamos un lugar fresco, un lugar que casi nunca visitamos y que permanece como una burbuja de oxígeno entre la inconsistencia que lo rodea y de la que ya has tenido noticias. *El Palomar* aquí, en *Los Rosales*, es un arquetipo de ese tipo de refugio. Cuando yo esté en una *pirámide* y no podamos estar permanentemente juntos, tendremos nuestros ‘bis a bis’ en esos cobijos.

La joven pronunció aquella última frase entornando con picardía sus grandes ojos y Gael, por primera vez, se excitó, pero con un temor que ya no le abandonaría.

—Las *Pirámides* son en realidad casas solariegas para nosotros, zonas de descanso de nuestra actividad social y... —la chica dudó un segundo—, y parasitaria, si te resulta más clara la expresión. En este estado de reposo el proceso se invierte, no me preguntes ahora por qué, se muda y vertemos en nuestro derredor parte de la energía que hemos ido..., robando, si también así me entiendes mejor. Es algo así como un proceso de desintoxicación. Estos vertidos explican la razón de tanta inconsistencia. Piensa que lo que sudamos, por así decirlo, lo que se evapora de nosotros en estos lugares en ellos se queda retenido, y eso de lo que nos desprendemos es el detritus, la energía sobrante por deteriorada, nuestras insanas emociones, nuestros sentimientos quebrados.

»Sabido eso, querido mío, imagínate los efectos que debe producir necesariamente sobre este medioambiente. Piensa también por un momento que si no buscáramos estos vertederos, como vosotros buscáis donde esconder la basura, tendríamos un serio problema de contaminación. ¡Las películas de terror realmente serían documentales sobre la vida cotidiana de las ciudades y los campos!«.

—Pero, cariño... —no pudo dejar de intervenir el periodista—, salvo mi terrible experiencia, he de reconocerlo, la noche en la que me perdí bajando con mi coche al pueblo, el resto del tiempo no he visto sino una finca preciosa y acogedora, quitado algunos momentos...

—Porque, al igual que vosotros, nosotros también reciclamos o enterramos nuestra basura —le cortó Aida—, solo que nuestro tratamiento de residuos difiere un tanto del convencional, y aquí, de nuevo, otra media verdad del saber popular pues solo el sol aplaca el imperio del caos que reina en la oscuridad de estos lugares. La razón de ello tiene que ver, como te dije, con el campo magnético de la tierra y los vientos solares, nada sobrenatural. La razón es física, no mágica. Y de ello sabrás de boca de personas como Goytisoló, pero más adelante, ahora corre el tiempo en nuestra contra.

Aida, antes de continuar, miró seriamente a su interlocutor, aunque Gael percibió en esa mirada un tanto de ternura, la que se percibe en la maestra ante el ignorante alumno.

—De verdad, querido, todo esto lo sabrás a su debido tiempo. Entiendo tu curiosidad. De veras. Me halaga incluso. Y me tranquiliza, pues veo que me estás escuchando. Pero no tenemos tiempo que perder. —La joven pareció reflexionar unos segundos antes de proseguir.

—Para cerrar este capítulo y en honor a tu curiosidad te diré que nuestras *pirámides* se pierden en la noche de los tiempos. Ya averiguaréis que significa la estructura submarina del mar de Galilea, que tanto os sorprende. O la ciudad sumergida de Yonaguni, en el mar de Japón. Por el momento sí puedo hablarte de la pirámide más antigua de entre las que pertenecen a mi Clan, la que se ubicó en Göbekli Tepe, muy cerca de Sanliurfa, antes Urfa, o Edesa para los macedonios, en Anatolia, Turquía.

»El Templo de Göbelki Tepe, el equivalente al 'Palomar' de aquel lugar, se descubrió en los años sesenta, pero aún hoy, querido, bien entrado el siglo veintiuno, no habéis llegado a entender una pizca del significado de su estructura, o de sus inscripciones. Os resulta inverosímil como se pudo tallar la piedra de aquel modo tan preciso en pleno neolítico, mucho antes de la era de los metales, y es que estáis todavía intentando entender como ha podido aparecer un estructura de más de oncemil años de antigüedad. La más antigua descubierta, con diferencia. ¡Una estructura construida siete mil años antes de las pirámides de Keops!

»¡Hay tantas cosas que desdibujarán lo que sabíais de la historia y la prehistoria! ¡Lo que creéis saber! Menos mal que hacemos todo cuanto podemos para 'descontaminar' el lugar cuando marchamos de una pirámide. En Urfa cubrimos el templo y los aledaños al abandonarlo, y ha permanecido así casi doce mil años; aunque, con todo y con eso, habrá sorpresas muy pronto, ya lo verás, algunas desagradables. ¡Todo no lo podemos evitar!

La chica volvió a acercarse al pomo de la puerta. Estaba nerviosa y se frotaba de continuo la muñeca donde se anudaba su reloj de pulsera. Durante un corto tiempo estuvo en silencio, como si escuchara, pero finalmente se volvió hacia Gael, que seguía sentado en la cama y se estaba poniendo la camisa del pijama que Aida había dejado a los pies de la cama.

—Viajaremos mucho, querido, mucho —la joven había cambiado el tercio saltándose probablemente algún comentario pretendido. El tiempo le preocupaba demasiado y aceleró su exposición—. De dinero no tienes que preocuparte, no lo agotaríamos ni dedicándonos únicamente a ello. Por supuesto que podrás ejercer tu profesión —Aida respondía así a la frente fruncida que Gael no pudo contener—, pero no necesitarás vivir de ello. Seguro que hay fórmulas para solucionar eso. ¡No me hagas perder tiempo ahora con eso! —el periodista asintió, era cierto que el arco de sus cejas debía estar molestándola—. Fuera de las *pirámides* no siempre estamos en los mismos lugares ni, casi nunca, en las mismas residencias, si así fuera..., bueno, baste que te hable de casas encantadas para que me entiendas, así que, cariño, viajaremos, viajaremos mucho.

Aida detuvo su verborrea y se adelantó hasta la ventana. El sol se adivinaba por debajo del horizonte con aquellos brotes de azul claro que comenzaban a pintar de apagada luz el entorno. Volvió sus pasos hacia la puerta caminando con la cabeza gacha pero al pasar por el pie de la cama se detuvo, apoyó sus manos en el tablero y, como antes hiciera, con la cabeza alta, magnánima, volvió a hablar a un Gael que casi tiritaba sobre el lecho.

—Somos personas magnéticas, aun sin proponérselo. Somos, y los has podido apreciar, irreflexivamente atractivos. Nuestro claroscuro es el polo de atracción, el misterio es nuestro faro, la luz para la polilla. El juego de la seducción nuestra maestría, en ese juego los mortales sois como insectos para la lengua del camaleón.

La chica cambio entonces la modulación de la voz, de tierna a firme, y el periodista esperó de nuevo otra terrible revelación,

—Cariño, allá donde nos instalemos tendré siempre una cohorte de pretendientes, masculinos y femeninos. Y yo necesito vivir. Lo que no pueda beber de ti lo sustraeré de terceros. Es necesario. No siempre, claro está, por lo general la cercanía por sí sola, la vida social, será más que suficiente, pero en momentos puntuales tendré la necesidad de pasar a mayores, al contacto del sudor y la caricia, del amor falsificado, del mero sexo. Y tú, desde ahora mismo, tendrás que aceptarlo.

O bien a Gael le pareció soportable la propuesta, o bien no la entendió, porque su respuesta fue a su vez una pregunta y, esta, un tanto alejada de las últimas aseveraciones hechas por su prometida.

—Vuelves a ponerme en la duda, amor mío. ¿Quieres decir que mi deseo, mi amor por ti, no es más que la reacción incontrolable hacia un imán? ¿Qué también es pura física?

—Eso tendremos que comprobarlo, querido, aunque te repito que yo nunca he usado arte de seducción alguno contigo, lo que ya es un signo. El peligro es otro, y no me has contestado, el peligro serán tus celos. La cópula, y perdona que hable como si fuera una bióloga y no tu amante, el coito, digo, me revitalizará enormemente, al mismo tiempo que te debilitará a ti con la misma intensidad. Pero sabemos solucionarlo, todo es cuestión de breves separaciones, te va en ello la vida, cariño —Aida cogió aire antes de continuar, sus ojos cambiaron de brillo—. Y yo seguiré teniendo cópulas en esos descansos —esperó alguna reacción pero Gael simplemente permaneció expectante—. Deberás entender que ame la carne de otras personas, deberás repetirme que es una necesidad y deberás creerme cuando te diga que, a pesar de ello, solo te amo a ti. La duda y los celos pueden ser nuestros peores enemigos.

Gael finalmente asintió, resignado. Aida empuñaba ya el pomo de la puerta cuando el periodista la retuvo.

—Una cosa más. Necesito saberlo. Por favor

Gael suspendió su pregunta en espera de un consentimiento por parte de Aida que llegó de inmediato.

—¿Ejecutarías tú a alguien, si te lo ordenaran?

—Sí.

La sequedad de la respuesta incomodó notablemente a Gael que no supo discernir si la parquedad se debía a la contundencia de sus convicciones o si respondía a cierto enfado de la joven, molesta con la interrogación. Pero la chica, suavizando el tono, lo aclaró de inmediato.

—Lo que no haría es bombardear una aldea, o disparar a diestro y siniestro enarbolando la bandera de un nacionalismo cualquiera, como tampoco mataría de hambre a niños indefensos de países a los que he explotado durante años, algo en lo que tus amigos civilizados son verdaderos expertos. No cariño, no ejecutaría si no fuera necesario, pero si me preguntas si lo haría por el bien de nuestra familia, de cualquiera de sus clanes, la respuesta es sí, simple y llanamente sí.

El periodista agradeció la sinceridad y el tono en el que su prometida se lo había revelado. Con todo y con ello no era capaz de imaginársela matando a alguien, aunque, de repente, el recuerdo del brillo reflejado por unos despiadados verdes ojos de pantera le convenció de lo contrario. ¡Poco antes él mismo había visto de cerca la muerte de la mano de la dulce Aida!

—Pero puedes estar tranquilo —prosiguió la chica—, a tu futura esposa nunca le encargarán ese cometido, mi posición cercana al triángulo me da ese privilegio, pero es que, de todas formas, hay *divinizados* mucho más preparados que yo para eso, y más predispuestos. No te preocupes por ello.

Y sin posibilidad de dar tiempo a prolongar conversación alguna Aida salió al pasillo impidiendo con la mano que Gael le acompañara. El hombre, que había saltado de la cama, se quedó en el quicio, más confuso que antes de recibir aquella vorágine de explicaciones que bullían en su cabeza casi sin orden ni concierto. Y en esa tesitura, apoyado en jamba de la puerta, el hombre creyó escuchar un mitigado deslizamiento al fondo opuesto del pasillo por donde había desaparecido su amante.

Cerró la puerta pero, conteniendo con una mano la clausura, la dejó entornada. Aida se alejaba por su izquierda con paso firme, pero sin despertar ruido alguno, alcanzando los pasamanos de la escalera del *Palomar*. En ese instante, antes de que la chica comenzara a deslizar su mano por la barandilla, Gael vio por la delgada línea de la entornada puerta como la joven se detenía y giraba el rostro hacia la dirección de Gael, pero no buscándole a él, sino mirando más allá, al fondo del pasillo. La joven dudó unos instantes y, finalmente, negó con la cabeza y emprendió el descenso. Al poco se escuchó un contenido portazo en la entrada del edificio de invitados.

Gael se contorsionaba entonces para, con uno de sus ojos, poder ver el fondo del pasillo desde la rendija. En el momento en el que se escuchó cerrarse la puerta del *Palomar* pudo ver con claridad a un hombre joven pretendiendo salir, casi de puntillas, de una de las habitaciones. Sin pensarlo dos veces Gael se echó hacia atrás y abrió su puerta de par en par, iluminando la penumbra de un pasillo al que saltó de inmediato, pero el joven había desaparecido, aunque aún pudo apreciar el levísimo movimiento de una puerta acabando de cerrarse, y hacia ella se dirigió.

Volvía a sudar, copiosamente, cuando alcanzó la puerta en el final del pasillo. Apoyó la palma de la mano sobre la madera y empujó suavemente al tiempo que la hacía sonar sobre sus goznes. La oscuridad dentro era absoluta, únicamente un polígono irregular procedente del pasillo daba una tenue luz a

la entrada de la habitación. Deslizó su mano por la pared interior hasta dar con el interruptor, el mínimo pero sonoro clic de la clavija se acompañó de una explosión de luz en la lámpara central de la alcoba y la luz dibujó sin reservas la figura de un hombre joven, erguido, de espaldas, mirando por la ventana, tenso, esperando las palabras del periodista.

Alfonso giró sobre sus talones sin esperar a oír la voz del periodista que acababa de irrumpir en la estancia.

Gael hinchó instintivamente el pecho al tiempo que apretaba los puños. El enfado superaba a la razón.

—Por fuerte que seas juro que te haré pedazos si no me das una razón. Dime, Alfonso, dime qué hacías. ¿Espíándonos? ¿Te divierte ver a tu hermana haciendo el amor? ¿Es eso? ¡Habla! ¡Habla o te...!

El hermano de Aida levantó las palmas de las manos hacia su futuro cuñado, ofreciéndolas, pactando una tregua para las explicaciones.

—¡Tranquilo, amigo! ¡Relájate! Todo tiene su explicación —Alfonso hablaba sosegado, muy tranquilo—. Y descansa esos puños. No habrá pelea. Efectivamente soy fuerte, mucho más de lo que te imaginas, pero no violento.

Gael miró en derredor, la habitación era muy similar a la suya pero esta contaba con dos camas individuales y un canapé acolchado a los pies de las camas en lugar de las butacas isabelinas. El periodista señaló el diván de la habitación y Alfonso se acomodó en él, relajado, recostándose y cruzando las piernas. Gael permaneció en pie, en guardia, mientras el hermano de Aida sonreía el gesto. Invitado por el periodista Alfonso comenzó a hablar.

—Mi madre sospechaba de la indiscreción, de la ingenuidad de mi hermana. Y, por lo visto, no le faltaba razón. Me pidió que vigilara sus actos, vamos, ver si metía la pata y violaba la ley, nuestra ley.

—¿Y qué has concluido? —el tono de Gael seguía siendo hostil.

—Sabes perfectamente cuál es la conclusión —Alfonso a su vez había cambiado el registro y ya mostraba algo de enfado—. ¡Escucha, valentón! —el hermano de Aida se había incorporado y hablaba ya amenazante—. ¡Escucha y aprende, estúpido y presuntuoso mortal!

Alfonso cogió al periodista por las solapas del pijama y lo levantó dos palmos del suelo con la sola ayuda de su bíceps derecho, sin aparente esfuerzo. Las dos manos de Gael se agarraron fuerte a la muñeca de su

agresor pero no pudieron afectar ni un ápice su fortísima presa. Alfonso lo llevó en volandas hasta pegarlo contra la pared, junto a la ventana, apretándolo contra el muro. Gael no podía respirar y un susurrante silbido desde su garganta se escuchaba mientras no se oían los golpes que con las piernas intentaba dar a su atacante.

Unos segundos después Alfonso depositaba de nuevo los pies de su cuñado sobre el suelo, pero sin liberar la presa en las solapas. Gael levantó entonces las manos, como antes hiciera Alfonso, en son de paz, y el hermano de Aida soltó la tenaza. Gael respiró hondo y se masajó la mandíbula inferior.

—Aida te ha contado muchas cosas —Alfonso retomó su monólogo—, pero no todas. Quizá para no perderte, para no verte salir huyendo presa del pánico. Te ha hablado de nuestra fuerza descomunal. Y de las bilocaciones, si, también de las bilocaciones. Y también de nuestro dominio del entorno, aunque ella no sea un verdadera maestra. Pero no te ha hecho demostración alguna. ¿A qué no?

En ese momento Alfonso detuvo su desatada verborrea y miró de reojo a la ventana de la habitación, exhibiendo una socarrona sonrisa. Se escuchaban unos arañosos en el cristal. Gael se volvió hacia la ventana. Los árboles del exterior se movían de un modo anormal, contorsionándose más que meciéndose por el viento. Una gruesa rama del eucalipto cercano había adquirido una imposible elasticidad y, como en los cuentos de su infancia, las pequeñas ramas y los tallos secos formaron un brazo terminado en una mano poblada de dedos de madera que arañaban el vidrio con el claro afán de entrar en la habitación.

Gael reculaba hacia una esquina tropezando con el diván y cayendo de espaldas sobre el mismo. Con los talones siguió empujándose hacia el fondo de la alcoba ya que, con un ruido ensordecedor y con miles de astillas de cristal volando por la habitación, la mano de leños acababa de hacer estallar la ventana y andaba por el interior del cuarto moviendo aquellos nudosos dedos de madera, como tanteando, buscando algo que no podía ver el árbol. Gael buscó con la mirada al joven Alfonso y lo encontró en el mismo lugar donde se mantuvo tras aquella sarcástica sonrisa inicio de aquella locura. Y permanecía en pie, impertérrito, mirando burlonamente a Gael mientras aquel monstruo arañaba las paredes y se contorsionaba alrededor de Alfonso, sin tocarlo, en su avance hacía la pared de Gael.

El crujir de la madera se acercaba más y más al periodista que ya estaba buscando refugio tras el sofá que había arrastrado con sus talones hasta el

fondo del aposento. Finalmente consiguió posicionarse tras el diván cuando una de las ramas de madera, uno de los leños que se movían articuladamente como dedos de aquel árbol, le rozó la cara. El periodista veía a Alfonso mirándole desde, todavía, su lugar de origen.

De repente un giro del cuello de Alfonso mirando hacia la ventana ordenó al monstruo de madera su nueva misión y todo se rebobino casi instantáneamente, la gruesa rama se replegó arrastrando consigo las terminaciones leñosas que aparentaban huesudos dedos. En segundos, si no en décimas, no quedaba rastro del árbol en la habitación y el eucalipto se veía de nuevo meciéndose plácidamente arrullado por el viento de la madrugada. Solo las hojas y las miles de astillas de vidrio esparcidas por el suelo, así como los gruesos arañazos en el papel pintado de las paredes, aseguraron con evidencias a Gael que aquello no había sido un sueño.

—Nunca sabrás que ha sido real y que no —comenzó a hablar de nuevo Alfonso mientras que Gael dispersaba la mirada por la habitación ante aquel cúmulo de restos de pequeñas ramas, tallos, hojas y cristales rotos—. Esa duda es nuestro mejor aliado. ¿A quién pedirías ayuda ahora, querido amigo? ¿A quién acudirías que no te tachara de loco?

El periodista había fijado de nuevo su mirada en la de Alfonso. A un gesto de este Gael volvió a centrarse en el entorno de la alcoba y la vio ahora reconstruida y limpia de cualquier resto, incluso el cristal de la ventana que se veía íntegro reflejando la lámpara del aposento.

—Nunca lo sabrás y nunca podrás demostrarlo —dijo Alfonso—. Aunque siempre quedará ese algo que te confunda y mantenga la llama de miedo en tu interior.

En el instante en que Gael escuchaba estas palabras sintió algo caliente discurrir por su cara. Al tocarse vio que un hilo de sangre corría mejilla abajo desde el arañazo que le hizo, momentos antes, el dedo de madera. El periodista se negaba a aceptar aquella locura, con rabia apartó el diván empujándolo hasta su lugar y comenzó a andar por el cuarto buscando restos de lo ocurrido, incrédulo. Al llegar a la ventana, cuyo vidrio acarició como probando su existencia, pudo ver el eucalipto, junto con otros más, pero a demasiados metros de la torre del *Palomar*. Ni siquiera los árboles habían sido reales. ¿O sí? Al volverse hacia el centro de la alcoba no encontró a nadie en la misma, Alfonso había desaparecido.

El hombre se frotó los ojos. Después palpó su frente. Debía estar febril, necesariamente, aquello no tenía sentido, era mucho más complejo que la

alucinación vivida cuando se rompiera ante sus narices la gran mesa de cristal del salón de prensa. ¡Y ahora el hermano de Aida había desaparecido!

Gael dio unos pasos hacia las camas buscando con la mirada si Alfonso se había escondido bajo las mismas. En toda su carrera periodística por los más peligrosos lugares de la tierra nunca había sentido tal ansiedad como la que le palpitaba en esos momentos.

Se arrodilló y levantó las faldas de la colcha de una de las camas, dispuesto a desenmascarar al impostor, cuando la conocida voz de su cuñado sonó sobre él.

—¡Arriba! ¡Gael, mira hacia arriba!

El periodista dobló su cuello hasta casi hacer desaparecer la nuca y lo vio, vio a Alfonso pegado al techo, burlándose de la gravedad, parecía mantenerse pegado con pies y manos a la escayola, pero de espaldas, en una postura imposible.

De súbito se giró, sin despegar los amarres de sus extremidades, pareciendo entonces una araña de cuatro patas, y comenzó a desplazarse con rapidez por los travesaños que cruzaban el techo de la alcoba. Al alcanzar una de las paredes se deslizó por la misma hasta detenerse en el centro, como una mosca. Finalmente se impulsó con fuerza despegándose del muro y lanzándose hacia el lugar donde Gael tenía todavía hincada la rodilla. El periodista no se levantó, al contrario, se agazapó todavía más cubriéndose la cabeza con ambos brazos a la espera del definitivo ataque. Que no se produjo. Solo silencio.

Varios largos segundos después el periodista se atrevió a mirar por entre la flexura de su codo derecho, sin levantar sus defensas, sin desbaratar la protección de su cabeza, y pudo ver los zapatos de Alfonso y el final de las perneras de su pantalón. El hueco no dejaba ver más alto.

Lentamente, muy lentamente, fue levantando su brazo derecho y el campo de su visión se fue agrandando. Por la parte superior la imagen alcanzaba ya las rodillas y parte de los muslos del pantalón de Alfonso, pero por la parte baja algo no andaba bien.

Sin deshacer la postura encogida al máximo y rodilla en tierra separó un poco más el brazo a su derecha y por fin el cuadro se amplió lo suficiente. Alfonso estaba de pie metro y medio a su derecha, pero... ¡No tocaba el suelo! Las suelas de sus zapatos flotaban a unos quince centímetros del enlosado. ¡Alfonso estaba levitando!

Gael descompuso por completo la bola humana en la que se había

convertido y miró hacia arriba. Alfonso flotaba todo lo largo que era pero su rostro estaba inclinado hacia él, mirándolo, con los ojos completamente en blanco,

La sorpresa tumbó a Gael que cayó de culo. Con los talones, como antes hiciera sobre el diván, reculó todavía más hasta que su espalda golpeó la mesita de noche haciendo caer la lamparilla de cerámica que se rompió en mil pedazos a su derecha. Pero no miró, no podía apartar la vista de aquel desconocido Alfonso que ahora descendía muy lentamente, como colgado de un arnés invisible, hasta tocar el suelo. Los ojos completamente blancos del joven, que no dejaban de apuntarle, se fueron llenado de hilos y volutas negras, como si estuvieran inyectándole flujos de tinta y, poco a poco, pasaron de un níveo albo al más oscuro de los colores negros.

El periodista alargó su brazo derecho tanteando el suelo. Las pequeñas pero afiladas esquirlas de cerámica de la tulipa de la lamparilla comenzaron a clavarse en las yemas de los dedos, pero Gael, que no apartaba la mirada de su depredador, no cejó hasta que dio con el tallo metálico de la rota lamparilla.

Muy despacio, intentando no activar al monstruo, que no dejaba de mirarle, pero que no se movía, flexionó sus rodillas atrayendo los talones mientras que comenzó a decantar el peso de su cuerpo hacia el brazo izquierdo. La intención era incorporarse lo más rápidamente posible para huir por encima de las camas hacia la puerta del pasillo, manteniendo en su mano derecha el hierro de la lámpara para poder defenderse con él en caso de ataque.

No había intentado siquiera el gesto de incorporarse cuando el cuello de Alfonso giró unos grados a su izquierda, como activado por un resorte, de golpe, y los carbones de sus ojos apuntaron a la mano de Gael que levantaba el arma improvisada. Por el hierro resbalaba un fino hilo de sangre que escapaba de las pequeñas heridas en la mano de Gael, no tanto por su gravedad como por la fuerza con la que el periodista lo agarraba. Unas gotas comenzaron a caer al suelo formando un mínimo charco y los ojos del diabólico Alfonso las siguieron.

Gael aprovechó el desvío en la atención de su oponente y no esperó más, con fuerza se inclinó a su izquierda y se levantó de sopetón saltando sobre la cama para pasar al hueco intermedio y saltar de inmediato sobre la otra cama, sin mirar atrás. Cuando iba a bajarse del último lecho se dio de bruces con el mismo Alfonso. Confundido miró hacia atrás, al lugar del que huía, y allí vio

la figura del diabólico Alfonso difuminándose poco a poco, como si estuviera dibujada al carboncillo sobre el aire y los puntos que formaban la figura fueran volviéndose poco a poco transparentes.

El periodista había quedado sentado en la cama tras el encontronazo y una mano de Alfonso le retenía apoyada en su hombro, pero no lo hacía con fuerza, más bien con franqueza que da la mano de un amigo.

—Ya está —habló pacífico el hermano de Aida—. Ya está. Ya pasó la demostración. Siento que te hayas lastimado la mano, pero no será nada, déjame que la vea.

Gael le entregó la mano, sin reservas, necesitaba que de verdad aquel fuera su aliado, ya no podía más. Alfonso limpio la sangre con su pañuelo y ambos vieron como las pequeñas heridas dejaban de sangrar. El joven dejó el pañuelo anudado a la mano de su cuñado, a modo de vendaje, y le habló, firme pero amistoso.

—Ahora escucha bien. Abre esas torpes orejas querido cuñado. Quien te habla es tu amigo. ¿Comprendes de una puñetera vez?

Gael asintió, rendido ante aquel alarde de poder, mientras Alfonso le invitaba a sentarse. Esta vez fue él quien señaló el diván al periodista, y no al contrario, sugerencia que Gael obedeció de inmediato al tiempo que el hermano de Aida se sentaba a su lado para seguir hablando, ahora sin hostilidad ninguna, casi con complicidad.

—Mi hermana, tu prometida, puede hacer todo esto, pero no te lo ha dicho. Es cierto que no suele practicarlo, esa es la verdad, pero como bien te dijo sus apetitos son humanos y en cualquier momento puedes encontrarte con algo así. Y ya puestos a que sepas la información que Aida no debía haberte dado, al menos, de momento, que también la conozcas en toda su crudeza.

—¿Todos sois capaces de hacer esas..., esas piruetas? —preguntó Gael, todavía impresionado.

—¿Piruetas? ¿Llamas piruetas a este alarde de poder? —Gael se arrepintió de inmediato de la expresión usada, pero no dijo nada—. Te he demostrado como vencer las leyes básicas de la naturaleza a mi antojo. No, querido, no son piruetas. Y sí, todos somos capaces de ejercer este poder. Todos los que gozan de la *Dote*, claro está, aunque con distintas intensidades, eso también, mi madre, por ejemplo, multiplica por mil mis habilidades; este ingenuo alarde por mi parte es eso, pura ingenuidad para la gran Violeta. Y sobre eso, querido cuñado —el adelanto de la condición familiar por parte de Alfonso redujo notablemente la ansiedad de Gael—, sobre mi madre, sobre ella pero

también sobre ti mismo, me gustaría hablarte.

Alfonso se levantó del diván y se mantuvo un tiempo en pie mirando al suelo, antes de hablar.

—Ella, Violeta, está ante una difícil encrucijada y en nada ayuda esta desobediencia de Aida. Mi madre la ama, como es natural y como has podido apreciar, pero no solo consiente esta unión por ella, también apuesta por ti, debes creerla.

Gael, que no se había movido un ápice desde que se sentara, impactado como estaba, pareció despertar de la pesadilla vivida y se acomodó en el diván ante lo que parecía una importante revelación, otra más de aquella noche ya casi rota por el amanecer. Alfonso dio unos pasos mientras meditaba y, finalmente, apoyándose en el lado del respaldo del diván, el lado más alejado a Gael, retomó la explicación suspendida.

—Violeta está en un complejo cruce de caminos, te decía, y debe elegir correctamente cuál es la dirección que tomar, no tiene el derecho a equivocarse, ella es valedora de la *Tradición* y esto, ese hacer Aida las cosas a su manera y no a la establecida por la ley, no es bueno para ella, la pone en un compromiso. ¡Mejor dicho, no es bueno para nadie!

Alfonso detuvo de nuevo su relato y otra vez meditó mirando hacia un punto indefinido del suelo. Estaba claro que lo que pretendía decir lo estaba evitando pronunciar desde el mismo inicio de su charla. Pero continuó.

—Violeta es un vértice del *Decimoprimer Triunvirato*, del ‘Triángulo’ como te habrá mencionado Aida, ella lo llama así. A mi madre más que a nadie le corresponde velar por la tradición, al menos en su vertiente societaria. Ella es el color Blanco, *Mater Lacrimae*, la madre de las lágrimas, un término antiguo mal entendido si no conoces que hace referencia a una pintura clásica, cuyo nombre y autor prefiero no mencionar ahora, en el que una madre, una diosa, llora de felicidad ante el nacimiento de su hijo en el momento del parto. Esa fue la razón, ese fue el cuadro que inspiró el título en concreto para cuando Violeta asumió la responsabilidad, antes simplemente se le denominaba *Señora*, o *Señor*, según el caso. Me guardo la información sobre la obra pues no me creerías si te dijera que reconocerías el rostro de esa madre, y de los que la rodean.

»Regresando a lo que ahora interesa, volver a resaltar que Violeta es una pieza clave en nuestra comunidad, un cargo muy importante, eso es lo que pretendo que entiendas, en consecuencia tiene obligaciones, especiales obligaciones, como también detractores que la observan con lupa, más aún

desde que los clanes permitieron que dos vértices coincidieran en un mismo lugar, ya sabrás por Aida que Goytisoló, el *Pater Iuris*, *El Azul*, reside igualmente en este país. ¡Dos Cortes en una misma zona! En nuestra sociedad también existen los cortesanos que pululan como abejas sobre la flor de su Señor o Señora, ya sabes a lo que me refiero, y muchos de ellos no esperan sino que tropiecen para ocupar el hueco dejado con la caída. Estas clandestinas conversaciones de Aida en la nocturnidad, si han sido percibidas, no pueden beneficiar a Violeta. Es como permitirle vicios al guardián de las virtudes.

—¡Pero tú debes de decirle lo que has visto y oído! ¡Aida solo pretendía predisponerme al cambio! —Gael rogaba a su interlocutor—. ¡Díselo! Además este lugar es seguro. Eso dijo Aida. Es sordo a los ruidos. No se habrán enterado.

—¡Es qué no entiendas que eso no importa! No importa lo seguro que sea este u otro lugar, querido Gael. La obligación de mi madre no es lograr que no se sepa de las faltas, sino evitar que se produzcan.

—Está bien. Pero ella ya sabe que soy leal. Que he prometido ser leal y que nada diré de lo que me haya podido contar Aida. Eso anula cualquier temor. ¿No? ¡Si el fin es evitar la publicidad del secreto y yo no incumplo mi promesa, no hay delito!

—Eso lo decidirá ella. Lo importante ahora es que sabes demasiado, o que sabes demasiado pronto, si es que te empeñas en justificar lo ocurrido. Y déjate de lugares sordos al ruido, te aseguro que *El Azul* lo sabrá ya. —Alfonso se separó del diván con gesto resuelto de marcharse, pero antes concluyó su frase—. Decidirá Violeta, yo nada le ocultaré de lo averiguado. Decidirá Violeta, aunque su sentencia sea vuestra separación.

A las últimas palabras de Alfonso se le añadió el ruido sordo de la puerta de la habitación al cerrarse. Alguien había entrado en la habitación mientras discutían y su voz llenó todo el espacio de la alcoba.

—¡O la muerte!

La voz de Violeta sonó contundente, como jarro de agua fría que se volcó sobre ambos hombres mientras se volvían sorprendidos para verla al fondo de la habitación.

—Si es tú muerte, triste Gael, lo que deba acontecer, lo será. Te aseguro que nada me detendrá.

Alfonso intentó hablar. Las pocas palabras que llegó a pronunciar lo fueron de ruego y de apoyo a Gael, pero Violeta le interrumpió con firmeza.

—Alfonso. Hijo. Sal de esta habitación. Vete y espérame en la Villa. No quiero ni una réplica. Nada has de añadir a lo que ya sé.

Gael, en el diván, no se atrevió a mover ni un milímetro de su figura, tanto por el pánico que le atenazaba como por un agotamiento sublime que le impedía mover las piernas y el resto del cuerpo. Alfonso cumplió sin rechistar la orden y al momento se pudieron escuchar sus pasos descendentes en la escalera de caracol del *Palomar*. Cuando se escucharon aquellos pasos sobre la gravilla del patio de cocheras, Violeta volvió a hablar.

—Mi hijo te tachó de presuntuoso cuando, en realidad, el presumido fue él, con este número de circo—el periodista puedo comprobar que Violeta estaba al tanto de lo ocurrido—. No hay más que ver cómo ha dejado esto. Y para nada.

Con un gesto de la mano derecha, que barrió en círculo por la habitación, la mujer iba haciendo aparecer todos los restos del destrozo causado por la mano arbórea. Trozos de vidrio multiplicándose por el suelo de la habitación y sobre la cama, ramas y hojas y arañazos en el papel pintado, la buharda sin cristal y su marco de madera reventado. En lo que tardó Violeta en completar el semicírculo con su mano la habitación reflejaba de nuevo el caos vivido momentos antes.

—Por no decir que el torpe de Alfonso no domina sus bilocaciones —prosiguió Violeta—, si lo hiciera, como yo le ordene, no hubiera venido en persona.

La mujer dio unos pasos por la pieza, pensativa. Después arrastró la silla del escritorio junto al diván y se sentó frente a Gael, que temblaba a ojos vista, no tanto por el miedo como por el frío reinante en la alcoba y por la febrícula que se estaba apoderando de su cuerpo.

La mujer bajó momentáneamente la mirada, reflexionando, y al subirla parecía haber perdido parte de aquel negro profundo, lleno de lo que parecía ira y dominio en una poderosísima aleación.

—¡No entiendo por qué no me escucha Aida! ¡No lo entiendo! ¿Cuándo le he fallado? —Violeta hablaba con el corazón en la mano, no había rencor en sus palabras—. Todo hubiera sido más sencillo. Por una sola noche. ¡No lo entiendo! Ahora deberéis abordar una separación, momentánea, no te preocupes —la mujer había visto el ruego en los ojos de Gael—. Una separación mientras lo soluciono. Y créeme si te digo que lo que pretendo solucionar es tu indulto.

—Siento lo ocurrido, lo siento muchísimo —Gael se atrevió a protestar

aprovechando el filón emotivo abierto por Violeta—. Aida dijo que este lugar era seguro y, si es así, no entiendo por qué no podemos continuar con lo planeado.

—Lo que lo es seguro es que Goytisolo lo sabe ya. Déjate de lugares protegidos, al menos para el *Azul*. De todas formas, aunque lo ignorara, aunque no lo hubiera notado, sería lo mismo, Gael. Lo esencial no es el ruido, querido, sino el tambor, el que no se ha hecho lo que es debido, y controlar estos deslices es mi deber, y mi deber es mi vida, mi razón de ser.

Aquellas palabras las reconoció el periodista como las que Alfonso le había pronunciado hacía pocos minutos.

—Ahora... Ahora debo reunir al *Triunvirato*, si no al *Consejo*. De todos modos mi estrategia funcionará, casi te lo puedo asegurar, pero ese plan comienza con vuestra provisional separación, no hay más remedio.

Violeta cambió entonces el fondo de su mirada, que se tornó triste. Gael seguía sin cambiar su postura, seguía petrificado, aunque trémulo.

—¿Sabes...? ¿Sabes porque estoy tan segura de que Goytisolo no solo lo sabe sino que además estará muy enfadado? —dijo la mujer en un arrebato de franqueza— Te lo voy a decir. El *Azul* ya estaba sobre aviso. Algo, antes de esta noche de revelaciones, algo le puso en guardia. Y me llamó preocupado. Sí, querido, me llamó confuso por una vibración que casi le paraliza los pulsos. No debías haber hurgado en mi alcoba, Gael —el periodista demudó el semblante pasando a un blanco todavía más enfermizo—. Una vez despertaste sus oídos ya no se le durmieron, lo sé, aunque no me lo haya dicho todavía. Y esos ‘oídos’ alertados, dirigidos a la fuente conocida, como las orejas del lobo, te aseguro son omnipotentes. Sin haberlo hablado con él, con mi hermano en el poder, puedo afirmar que supo de la deslealtad de Aida pormenorizando información que a él se le reserva. Una torpeza que nos puede resultar muy cara. Una torpeza compartida entre mi hija y tú, querido amigo, pero de la que tú eres sin duda más responsable. Abriste el cofre.

El color carmesí de la vergüenza dio color a las mejillas en aquel rostro albeo de Gael. Pero Violeta, más madre que diosa, dueña de las lágrimas, le tranquilizó.

—No te culpo, de todos modos, yo tampoco hubiera podido reprimir mi curiosidad, sobre todo en este lugar que no te ha dado sino sorpresas. No te culpo. Además de que eres de la familia y lucharé por ti como lo hago por mi hija. Por eso conseguiré apaciguar al *Pater Juris* y por eso debes seguir mis consejos desde ahora mismo.

Violeta cambió su posición y se acomodó en la amplia silla. Sus muslos, levemente bronceados, se airearon con el gesto y con la colaboración de la escasa tela del vestido. El periodista, a pesar el temor, de la ansiedad reflejada en sus puños apretados, no podía dejar de mirar aquel espectáculo, era superior a él.

La mujer sonrió ante tanta debilidad, en parte con ternura y en parte con desdén.

—Te falta mucho, mucho camino. Debes creerme. Cualquier *divinizada* te vencería..., te vencerá en la primera prueba.

La mujer movió entonces la cadera y colocó sus piernas juntas y paralelas en una línea diagonal respecto al suelo; el gesto le hizo ganar unos centímetros que aprovechó para estirar un tanto el borde de la falda hacia las rodillas. El mensaje estaba claro.

—¿O crees que todos te aceptarán como lo hemos hecho nosotros? —prosiguió la mujer—. El deseo sería su primer argumento para evidenciar tu primitivismo. Y perdona que usemos esa expresión. Debes aprender a controlarlo. ¡Debes aprender a controlar tantas cosas, querido Gael!

Violeta miró descaradamente entonces hacia la pernera de Gael. Un descarado y lascivo bulto se marcaba bajo la bragueta. Estupefacto y desconcertado Gael balbuceó unas palabras.

—¡Lo siento, no lo puedo dominar! —realmente aquella erección no obedecía a sus propios deseos, siquiera inconscientes—. Pero amo a Aida, lo sabes, y aprenderé, me dedicaré en cuerpo y alma...

—Claro que lo sé, querido mío, lo sé. Y no debes avergonzarte. Ese efecto —miró de nuevo el paquete de Gael— es más consecuencia de mis artes que de mis muslos. Nada podrías hacer para evitarlo. Y eso es lo que queremos, lo que necesitamos que aprendas. ¡Eres un conejillo entre lobos, amigo mío, aunque te hayamos adoptado!

Violeta detuvo las intenciones de Gael que pretendía contestarle. Desde su asiento la anfitriona señaló el ancho del habitáculo, haciendo referencia a aquel lugar, y continuó disertando.

—Efectivamente el *Palomar* es un lugar relativamente seguro, descontaminado, pero me temo que tu ejercicio memorístico con las coordenadas de las *Pirámides* atribuidas a mi familia haya sido explosivo, y que no solo Goytisoló lo haya advertido. Intrusiones así dan carta blanca a cualquiera para intervenir, es un asunto de seguridad nacional, por ponerte un ejemplo que comprendas. Y eso me preocupa. Me preocupa mucho. Así que

marcharas de inmediato, en cuanto amanezca, o termine de amanecer, que ya no sé si esta noche prolongada lo es o es cosa de la tormenta, que ya se anuncia —añadió Violeta tras escucharse un lejano pero potente trueno.

»Y de momento te marcharás lejos, muy lejos. Lejos de aquí y de cualquiera de las coordenadas que me robaste —Gael sonrojó sus mejillas ya no sobre el blanco, sino sobre el rojo que ya sufría de una incipiente febrícula—. Ni en tu hégira ni en tus residencias, cualesquiera que sean, entablarás relación con quien te parezca mínimamente *divinizado*. Podría ser tu ejecutor —Gael pensaba todavía en reprochar las órdenes que estaba recibiendo, pero quedó mudo ante la última afirmación—. A pesar de tener contigo dos ‘vértices del triángulo’, pues convenceré a Goytisoló, corres todavía verdadero peligro. O eso creo. Ya te digo que no hay lugar ‘insonorizado’ absolutamente. Y lo que es peor. Aida también estará en entredicho».

—Pero... Aida... Íbamos a estar juntos... —Gael no pudo contenerse, aunque la mujer hizo oídos sordos y no interrumpió su soliloquio.

—Lo más importante en estos momentos es que no descubras tu posición. Que no hagas *ruido*. Por ello vivirás un tanto incomunicado, con visibilidad suficiente para otear acercamientos y desechar que es alguno de nosotros. Hablo en términos de parábola, naturalmente, pero no descartes lo literal de mi propuesta, es decir, lejos de las pirámides y en un lugar apartado, que seas tú y no la gente la que decida el acercamiento.

»Dinero no te faltará. No te preocupes por eso. Antes de esta inoportuna charla en el *Palomar* entre tú y mi irresponsable hija ya te habíamos ingresado algo de dinero en tu cuenta, más que suficiente, y una cantidad ingente en otros depósitos seguros que alimentarán tus nuevas cuentas bancarias, como si te goteara en ellas el cuerno de la abundancia, el dinero no es nuestro problema, Esa cuenta será el camino amarillo hacia tu *Ciudad Esmeralda*, hacia tu *Mago de Oz*, aunque, de momento, puede que no sea tan maravilloso ese destino. Ese camino amarillo será nuestra guía para encontrarte ya que solo nosotros podremos seguir la pista».

—¡Pero...!

—¡No hables! —la voz de Violeta, elevada de tono, sonó gutural, cavernosa, como la del eco de un hombre ronco. Gael cortó su respiración y el vello se le erizó. Pero la mujer retomó de inmediato sus palabras con aquel registro habitual de mezzosoprano.

—Pasado el tiempo y con él el peligro, te recuperaré. ¡Juró que te

recuperaré! Por ti y por y para la felicidad de mi pequeña Aida. Y recuerda, no entables relaciones si no es con la absoluta seguridad de estar con tus congéneres, evitaras un riesgo cuyas consecuencias no te quiero repetir. Si lo haces así, como te digo, para un *divinizado* encontrarte se convierte en una tarea meramente humana, y en ese terreno juegas con ventaja, reportero Azcona.

La alusión a su apellido y a su suspendida profesión sacó a Gael de aquella sumisa situación.

—Sabes que no me gusta la idea —habló el periodista con un aplomo que no se reconocía—, pero haré lo que me dices solo si me aseguras que Aida lo sabe y que está conforme. Y una cosa más...—pausó unos segundos su frase para concluirla con una exigencia—. Quiero verla antes de marcharme.

—No es posible. No lo es porque sería tanto `para nosotros como lanzar una bengala de aviso. ¡Qué digo una bengala! ¡Todo un castillo de fuegos artificiales! No, Gael, no podéis veros de nuevo ni un segundo. Y ya te he jurado que te recuperaré. ¿Dudas de mi palabra?

—¡Maldita sea! —el periodista apretaba la tela del diván con la fuerza que le daba la indignación y la frustración, pero se sabía vencido—. Y... ¿Y cómo me encontrarás? ¿Cómo piensas encontrarme si me escondo tan bien como sugieres?

—Te encontraré, claro que lo haré. Aida y yo podremos hacerlo con facilidad...—Violeta interrumpió la frase y, por primera vez, habló mirando al suelo con un rictus que le parecía al periodista de sincera vergüenza—. Debes saber que quien ha mantenido un contacto sexual con..., con su 'presa', déjame decirlo así, mantiene invisible pero incorrupto un hilo de cercanía —la mujer acababa de reconocer que el sexo de la primera noche no había sido un sueño. Gael también bajó la mirada avergonzado.

»Es lo que en la mitología china y japonesa expresa el hilo rojo atado en el meñique, ese hilo te une siempre con el ser querido, por eso las viudas se cortaban el meñique a la muerte del esposo, o los mafiosos de la Yakuza japonesa para demostrar que han roto con cualquier atadura que nos sea su organización. Como la leyenda dice que ocurre con los mordidos por el vampiro, que a él quedan irremediabilmente atados. Tú no, pero nosotros si sentimos ese hilo, o mejor, esos hilos, en plural. Tenemos ese recuerdo actualizado, vibrante, con todos aquellos de los que nos hemos alimentado, especialmente de los que nos han nutrido tan profundamente, con los que hemos tenido sexo. Y es un hilo que no se corta nunca. Una brújula. Te

encontraremos. No lo dudes».

—Es que... ¡Por favor! ¿Cómo quieres que me crea eso? ¿Me vas a separar de Aida y quieres que confíe en un hilo rojo?

—No quiero que creas nada, Gael, te exijo que hagas, no que creas. Y no es un hilo, evidentemente, pero has de saber que en el seno de mi hija y en el mío propio —dijo sin rubor Violeta— ya hay algo de tu ser, de tu ADN, igual que en tu cuerpo hay restos, trazas de la biología de Aida y de mí. Esto es ciencia, querido, una ciencia muy alejada de la que tú y los tuyos habéis conseguido alcanzar a ver, pero es ciencia.

Gael se resignó de nuevo. No se encontraba muy bien y ya no tenía ganas de discutir. Estaba cansado, muy cansado. Asintió, humilló con la cabeza.

—Aida también viajará. Y esperará. Esperará lo que haya que esperar. Y lo sabe, claro que lo sabe, sin ir más lejos lo hablamos cuando la intercepté entrando en la Villa después de abandonar tu alcoba, mientras Alfonso hacía el mono frente a ti en esta habitación. Y estuvimos hablando. Y se allanó, como no podía ser de otro modo —esperó y encontró la afirmación en la mirada del periodista—. Permanecerás aquí hasta el momento de la salida —la mujer ya no daba explicaciones, sino órdenes—, este edificio es parcialmente seguro, como aquel cuerno de tu Don Felipe, por cierto —Violeta relajó un tono la gravedad de su voz—, la cuerna no es sino un *Shofar*, un antiquísimo *Shofar* que mi madre regaló a tu abuelo. ¿Sabes de qué te hablo?

El periodista recordó entonces el cuerno que usaron sus amigos neoyorquinos en una fiesta del *Yom Kipur* a la que pudo acudir. El cuerno que soplaban en aquella fiesta judía ciertamente era muy similar al que colgaba en la taberna de Don Felipe. Solo lo hicieron sonar una par de veces, pero fue realmente mágico. Gael iba a responder cuando la mujer, como siempre, sabiendo que iba a responder, se le adelantó.

—En el *Yom Kipur*, el Día del Perdón, solo suena al inicio y al final del rezo, pero en la fiesta del *Rosh Hashaná*, el Año Nuevo judío, suena cien, las que tú escuchaste a pesar de los breves tres soplidos de Felipe —la mujer apreció la curiosidad en el rostro de su interlocutor—. No, no vamos a perder tiempo ahora con esto —Violeta se arrepentía de haber tomado ese derrotero—. El Cuerno es en efecto un *Shofar*, pero uno muy especial. Y claro que es mágico, no todo lo explica la ciencia, como no todo brillo es del sol. Continuemos.

—No decías eso hace un minuto, querida. ‘Esto es ciencia’.

Gael se sublevaba recordando las palabras de la mujer. Violeta endureció la mirada, respiro ensanchando las aletas de su nariz y, con voz grave, respondió a la torpeza del periodista.

—'El sonido del shofar es la voz misma de Dios'. Apocalipsis, uno diez. 'El Señor responde a las oraciones del pueblo'. Éxodo, diecinueve. 'El Shofar fue tocado para llamar la atención del pueblo'. Samuel, trece tres. Y así, querido, más de cien veces en la Biblia, en tu Biblia. No, no todo es ciencia. Por cierto: 'El Shofar sonará y los muertos resucitarán'. Corintios, quince cincuenta y dos.

Gael no osó responder. Ni se atrevía ni ya lo necesitaba. Violeta suspiró profundamente y retomó su discurso claramente desde otra perspectiva, como ya se adivinaba por sus gestos antes de que comenzara a hablar.

—Saldrás al amanecer, o cuando el sol se digne, pero no en la noche o en la oscuridad, fuera del *Palomar* en esas condiciones, no podrías dar un paso. Te mantendrás aquí hasta que el sol asuste a los fantasmas de estos cerros. Después huirás. No pasarás por el pueblo, tu equipaje ya lo recogió Matías y está en tu coche. Si te queda algo por aquí olvídalo, no te faltarán tarjetas con las que comprártelo de nuevo. Cada cambio que hagas con tu dinero será un camino para nosotros, solo para nosotros, las tarjetas marcarán el *camino amarillo*, ello evitará que te busquemos 'tirando del hilo rojo', algo que podría ser advertido por quien te esté buscando, si es que hay alguien que lo esté haciendo, no lo sabemos aún. Respecto a Aida he de decirte que ha llorado, claro que ha llorado, por la separación, pero también por el sentimiento de culpabilidad que la atenaza, ha sido una imprudente y ahora se arrepiente, pero ella, a diferencia de ti, cumplirá sin rechistar pues sabe que es lo mejor para los dos. Vete y no te preocupes, sabré contactar contigo. El sueño es mi aliado. Soñarás conmigo».

Gael no comprendió la última frase pero no pudo siquiera interrogarla ya que Violeta se levantó casi sin terminarla. Se echó una especie de chal, negro como su vestido, a modo de capa, y sin mediar la anuencia de Gael se dobló hacia su rostro y le besó en los labios.

—No se te ocurra salir de esta habitación hasta que Matías venga a decírtelo. Ten por seguro que te recuperaré, para mi hija y para mí misma.

Y salió dando un leve portazo acompañado del girar de la llave en la cerradura, que sonó como miles de cerrojos rodando en los goznes de una celda. Gael se supo encerrado. Prisionero.

La inmovilidad de Gael en el diván, después de la sorprendente despedida de Violeta, duró varios segundos, casi minutos. Los pensamientos se habían estancado. Buscó el reloj en su muñeca, sin encontrarlo. La cabeza le daba vueltas, ni siquiera recordaba exactamente cuál era aquel lugar, aquella habitación, y que había ocurrido. Reaccionó.

—¡Joder! —el periodista pareció despertar de golpe—. ¡Esta mujer me ha encerrado en la habitación equivocada!

Se incorporó como un resorte y se lanzó contra el picaporte para comprobar que, en efecto, la puerta estaba cerrada con llave, pero también se dio cuenta entonces de un detalle que había percibido de soslayo pero no había sopesado hasta el momento: aquellas puertas, la de todas las habitaciones, estaban blindadas. Lo había visto, incluso le llamó la atención, pero no lo había valorado suficientemente. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral a medida que una idea anidaba en su cerebro, aquello no era un hotelito de invitados. ¡Aquello era una cárcel, un depósito de víctimas!

Se acercó hacia el ventanuco esquivando los restos de cristales y madera astillada, lo valoró, pero los cinco pisos eran demasiados pisos. Volvió al lecho y se echó la sábana sobre los hombros, debía reflexionar y el frío no le dejaba pensar. Se tumbó, pensativo, quizá estaba exagerando, acaso Violeta únicamente se aseguraba de que nadie cometiera más torpezas. Seguramente solo pretendía eso su anfitriona. No acababa de entender lo de las puertas blindadas en las habitaciones del *Palomar*, pero tampoco era un detalle tan importante, en muchos hoteles las puertas están reforzadas para evitar robos a los huéspedes, se decía el periodista.

En ese minuto de reflexión, tumbado todo lo largo que era, mirando al indefinido techo, Gael sintió sueño, mucho sueño. Dormir era una decisión insegura, pero debía afrontar una mañana que pintaba de locura, un día de ansiedad y fuga, un resto de vida incierto. «Sí —se convenció Gael a sí mismo—, debía descansar un poco mientras el sol se hacía con la mañana», si

es que podía con aquella maraña de nubes negras que comenzaban a vislumbrarse en el exterior.

Se tumbó de su lado izquierdo, buscando la postura del sueño, y entonces vio algo que juraría nunca estuvo allí antes de ahora, algo que confirmaba la inconsistencia de sus temores, allí, sobre la cómoda, se apilaba toda su ropa perfectamente planchada, su billetera, repleta de dinero, como comprobó tan solo levantarse, su reloj, marcando las seis de la mañana, y las llaves de su todoterreno. Eso no era el escenario de un prisionero.

Después de lavarse la cara y la nuca chapoteando en la pequeña piscina hecha en la pica del lavabo, comenzó a vestirse. Debía estar preparado para cumplir los designios de Violeta. No tardarían mucho en venir a buscarle, si el astro *invictus* se animaba a brillar aquella mañana. Y en ese momento lo sintió. Una angustia en forma de nudo en el estómago le dobló por su mitad. ¿Cómo podía haberlo olvidado?!

Tuvo que sentarse en el borde de la cama. La idea de partir sin ver, sin abrazar, sin besar a Aida, sin jurarse el reencuentro, le pareció entonces estúpida, inadmisible, innegociable. La presencia de Violeta le había subyugado y no supo rebelarse, ni siquiera pensó en protestar. Pero ahora, libre de aquella influencia, vestido y calzado con su ropa, con su forma de ser, se reconoció una persona decidida, como siempre lo había sido. Se contempló ante el espejo, valeroso, capaz. Y el nuevo objetivo no tardó en tomar forma. No se iría sin ver y hablar con su amada, era su derecho y no renunciaría a él, casi pronunciaban los labios de un Gael que aplaudía sus propios pensamientos. «Aida», dijo finalmente a voz en grito justo en el momento en el que un trueno, el segundo de aquel concierto anunciado, sonaba con tanta intensidad que los objetos sobre los muebles bailaron como asustados por un seísmo.

El chaparrón rompió con vehemencia cuando el periodista acababa de anudarse los zapatos, dispuesto a salir de allí como fuera, a cualquier precio. El agua entraba por la buharda huérfana de vidrio y comenzaba a encharcar el suelo de la habitación haciendo flotar algunas astillas de madera y vidrio. Después de otro infructuoso intento de forzar la cerradura de la puerta se decidió a abordar la escalada.

La ubicación de la ventana, en parte inclinada como el mismo tejado al que se asomaba, se abría a un par de metros del final de este y, aunque permitiese ver gran parte del patio de cocheras, impedía ver el final de las tejas, lo que seguía inmediatamente a ellas.

Se concentró en las imágenes vistas del *Palomar* cuando paseó por sus alrededores. No tardó en recordar la fisonomía del cilíndrico edificio de varios pisos de altura, su fachada permanente estaba plagada de pequeñas almenas a modo de balcones con enrejados forjados, algo de yedra trepaba por la pared compuesta de grandes bloques de piedra de trazado desigual, lo que podría permitir, en su conjunto, combinado habilidad y suerte, un descenso como los que había practicado en habituales escaladas *indoor*.

Después de limpiar los restos de cristales aún sujetos por la masilla del marco de la ventana y aupado en el diván logró trepar al inclinado tejado superando el hueco de la buharda. El agua torrencial empapaba su cabello y sus ropas aún antes de conseguir encaramarse al exterior. Fuera el frío era intenso, e inhabitual para aquella época del año, pero nada conseguía detener a Gael, Aida no le perdonaría una huida sin ni siquiera intentar verla, quizá aquello ya fuera una primera prueba, pensaba para sí mientras acababa de sacar las piernas al exterior montando definitivamente su cuerpo sobre las resbaladizas tejas.

El modo de abordar la salida al tejado le dejó en una posición arriesgada. Había acometido la escalada por el pie de la ventana y ahora se encontraba estirando todos sus miembros para apretarse sobre las onduladas tejas con la cabeza hacia el abismo. La seguridad empezó a abandonarle al verse precariamente sustentado en aquel mar de tejas escupiendo litros y litros de agua y con la nariz apuntado a un muy cercano precipicio de más de cinco pisos de altura. Se deslizó reptando pero en sentido inverso, hacia atrás, usando todas las fuerzas de las que disponía pero que sentía comenzaban a abandonarle.

Con agotador esfuerzo retrocedió unos importantísimos centímetros tejas arriba, mirando constantemente hacia atrás, pegando sus mejillas a uno u otro lado para ver donde apoyar sus lejanos y elevados pies. Pensó en deslizarse hacia su derecha en busca de la ventana por la que había huido y así recuperar la seguridad del encierro, pero en uno de esos giros de cabeza, azotados por el agua en correntía, alcanzó a ver la luz que se escapaba de otra buharda cercana, unos metros a su izquierda. Aquella era su habitación, la luz oscilante de un candil decorativo pero en uso que acompañó la noche de amor y revelaciones con Aida, continuaba proyectando su luz cálida y titilante hacia el exterior. Aquella era su habitación. Y la puerta no debía estar cerrada.

La furia del diluvio no remitía un ápice y los ensordecedores truenos

hacían vibrar las musgosas tejas con cada gruñido. Respiró hondo e intentó orientar su frente hacia el nuevo objetivo, hacia el cercano ventanuco, luchando por colocarse en paralelo hacia el borde del tejado, pero la torpeza casi le hizo rodar en tonel.

Mojado por la inmisericorde precipitación, pero también por el sudor de un tanto de fiebre que no le abandonaba, se apretó contra el barro de las tejas, llegó a sentir todas y cada una de las pulgadas de su piel besando el rojo rugoso de las tejas, en los pies y en las rodillas, en el pubis, en los abdominales y el pecho, en el antebrazo y las manos, la nariz y la frente, como si todos fueran entes autónomos pero unidos en una esencia indivisible, buscando cada cual el contacto con el frío del barro cocido.

Gael había quedado en una diagonal respecto a la línea del abismo, todavía a más del medio metro recuperado en su vuelta atrás, pero con la seguridad de que una sola vuelta de tonel le hubiera escupido al vacío. Respiró primero rápido, ansioso, pero poco a poco consiguió recuperar un jadeo comedido, hasta que logró inspirar profundamente.

Calmado y sin alterar su posición geométrica empezó a desplazarse palmo a palmo hacia su izquierda. Cualquier observador hubiera jurado que no se había movido y que lo que se acercaba era la ventana de su izquierda. Cada surco de tejas le costaba un mundo. En los lomos del tejado respiraba y en los surcos debía aguantar la respiración para impedir que el agua corriente se metiera por las fosas de su nariz y por la boca, pero, sobre todo, para soportar el impacto contra los ojos cerrados, lo que más le molestaba.

Las manos hacían de avanzadilla tanteando unas tejas que se levantaban con facilidad, aunque, por suerte para el periodista, la fábrica era pura imitación y debajo de las tejas aparecían lomos y surcos de cemento reflejo del tejado que soportaban. Descubrió entonces que era más fácil adherirse al rugoso cemento que a las resbaladizas tejas y, a medida que avanzaba, iba quitando las que se lo permitían, en las manos y en los pies, ya que las punteras de sus zapatos también se apoyaban mejor sobre el cemento. Muchas de las tejas sueltas eran transportadas en volandas por el *aquaplaning* hasta caer al patio de cocheras.

Desde arriba, desde las nubes incontinentes se hubiera podido apreciar dos líneas blancas sobre rojo del tejado, dos líneas de color cemento, paralelas al borde del tejado, hechas por las manos y los pies de Gael en su odisea, dos líneas que tocaban ya el marco de la ventana de la habitación objetivo del periodista. Los dedos de la mano izquierda tocaron por fin el marco exterior

de la ventana de su habitación y se clavaron en él como clavos arrugados. Hasta le pareció caliente el tacto de la madera en aquel mar de viento y agua fría.

Un trueno descomunal acompañado, décimas de segundos antes, de un relámpago que iluminó la escena, le hizo saltar sobre su pavimento. Gael se vio ingrávido. Alzado por una fuerza inconmensurable, como una hormiga en la piel de un tambor retumbante. El redoble se mantenía persistente, inaudito, reteniéndole en un estado indefinido, entre levitando ligeramente en el aire y tocando también levemente el tejado, todo a pocos, como en una repulsión magnética, vibrando al son de aquel tamborileo orquestado por el trueno.

Gael reconoció de inmediato que se encontraba de lleno en uno de los absurdos de aquellos cerros. Temiendo que cuando aquel baile sobre el tejado terminara la gravedad le devolviera más abajo, decidió, en aquellos escasos dedos de flotabilidad, doblase en guiñada para lanzar las piernas al frente, describiendo así un giró que terminó, zapatos por delante, atravesando el cristal del ventanuco de la que había sido su habitación aquellos días.

Una costalada dolorosa pero gratificante le situó de nuevo en la ansiada habitación. El nórdico, que permanecía tirado en el suelo durante su estancia con Aida, sirvió de amortiguador, y la fuerza de la entrada hizo que los cristales rotos se proyectaran más allá de la vertical de la caída. Gael se vio a salvo bajo una lluvia que aún le caía desde el exterior. Miró al fondo. La puerta se mantenía todavía entornada.

Gael sangraba, pero por su vieja herida. La punzaba aguda de un dolor intenso se situaba justo sobre la cicatriz de su rodilla derecha, aquella donde hacía lo que parecía siglos los metales de un cenicero se habían ensañado carnes adentro. Ahora, el único cristal que había resultado rebelde en aquel mar de astillas de vidrio repetía la venganza atravesando la tela del pantalón dejando asomada la parte ancha de aquel iceberg cortante.

Con decisión lo extrajo de un tirón, se arremangó la pernera y con unas tiras de sábana, allí mismo arrancadas, vendó la herida cuya sangre ya se confundía sobre la colcha con el agua de lluvia, se recompuso las vestiduras y decidido fue hasta la falsa chimenea para hacerse con el atizador que colgaba del travesaño.

Armado con el pesado instrumento cruzaba poco después la gravilla del patio de cocheras. En sus medios se detuvo, se volvió y miró a lo alto del edificio del *Palomar* que había quedado a sus espaldas, como el torero saludando al tendido alzó la mano hacia el tejado cónico del edificio, donde poco antes se debatía ante una casi segura muerte por defenestración. Sonrió. Si aquello era una prueba la había superado con sobresaliente.

Dejando sobre la gravilla la marca renqueante de su cojera alcanzó el portalón del palacete. Consultó el reloj de pulsera, ya debería haber amanecido detrás de aquel manto oscuro de nubes negras y espesas que oscilaba sobre su cabeza, pero el reloj ya no podía informarle de nada, las esfera se había astillado en la odisea por el tejado o en la caída al interior de su habitación y una miríada de diminutas gotas se mantenían condensadas en el interior de la esfera.

Dudó un instante y volvió sobre sus pasos con dirección ahora a los porches cercanos donde tenía estacionado su Land Rover. El reloj del salpicadero tampoco le sirvió de nada, estaba detenido en las cero horas, cuatro soberbios ceros luminosos separados a pares por dos puntos intermitentes. El parpadeo luminoso le indicó que el sistema sí funcionaba,

solo que se había cerrado en banda a medianoche y cada momento era para el reloj siempre el mismo, la hora cero.

La mirada de Gael tropezó entonces con un objeto que hasta entonces, y puede que desde que lo adquiriera, le pasó desapercibido, un San Cristóbal imantado al salpicadero. Probablemente aquel patrón de los conductores le fuera regalado por el concesionario, no lo recordaba, lo que si recordó en ese preciso instante fueron los sonidos sordos del cuerno que hizo sonar Don Felipe cuando se perdiera bajando *Los Cerros*. Nunca supo cómo aquello pudo llegar a ocurrir y ahora no pretendía, desde luego, averiguarlo, pero sí le vinieron a la mente las palabras del hostelero dándole una sencilla pero contundente explicación, aquello era obra de la fe, esa fe que nunca acompañó a Gael, al menos en su vertiente trascendental, otra cosa era su fuerza de voluntad. ¡¿Pero fe?!

El periodista, acuciado más por la necesidad que convencido por la razón o la fe ciega, despegó la figura del santo y se la introdujo en el bolsillo. Lo cierto, para sorpresa de sí mismo, es que aquello le dio de inmediato una seguridad que había comenzado a perder a pesar de la confianza ganada con el paso del Rubicón tras la gesta en el tejado, el ligero peso del imán en el bolsillo le proporcionó una sensación de igualdad de armas que no le aportaba el atizador. Y cruzó con decisión la cortina de agua que seguía inundando la gravilla del patio, ya casi sin renquear, directamente hacia las columnas del porche de la entrada.

Con la mano en el tirador de la puerta, que siempre estaba abierta, algo en su interior le reprimió el impulso de empujar la pesada hoja de madera sobre sus bisagras. Entrar por la puerta principal era tanto como demostrar sin tapujos una desobediencia, un claro desafío para Violeta, y Gael no deseaba luchar, solo ver a Aida, solo eso. Soltó el picaporte. Habría que afrontar una nueva escalada. Antes de volver al diluvio, que parecía estaba remitiendo de torrencial a mera lluvia gruesa, quedó en el pequeño porche de la villa, a refugio del aguacero, mientras repasaba mentalmente los contornos de la casa. En su vertiente norte, a la izquierda de la puerta principal, se abría el balcón de Aida, pero también el de Alfonso. Por detrás las columnas de la piscina más cercanas al edificio soportaban una terraza, casi unos jardines colgantes, y por allí se accedía a los vestidores del primer piso. Quizás por allí. El ala sur quedaba descartada, allí dormía Violeta.

La luz del farol oscilaba a los golpes del viento y los pentágonos de colores se proyectaban sobre el terrazo del suelo mientras Gael, con la cabeza baja

mientras cavilaba, haciendo que el agua que le escurría del cabello goteara sobre el suelo sin cruzar sus ojos, discurría su plan. Durante ese lapso tiempo los polígonos de colores proyectados por el farol con forma de granada le acompañaron, balanceándose de un lado a otro, pero, ahora, las figuras dejaban de tener aquellas proporciones y se estiraban, cada vez más alargadas, como si alguien alejara hacia arriba el punto de luz o como si, lo imposible, los cristales emplomados de la lámpara estuvieran cambiando de forma.

Alzó la vista, alarmado. Sobre él una enorme araña luminosa y articulada pendía de donde lo hiciera el farol. ¿O era el farol? Gael se frotó los ojos quitando la escasa película de agua que los cubría. Aquello se movía como una araña y se estaba descolgando lentamente, como suspendida de su propia tela. El instinto tensó los músculos de sus piernas para la huida, pero su mano izquierda, en el bolsillo, apretó el metal del San Cristóbal y, sin moverse, esperó. No tardó en llegar a centímetros de su cabeza aquel insecto mecánico, el chirriar de sus articulaciones de latón y plomo se escuchaban ya a la altura de su oído.

Gael había cerrado momentáneamente los ojos y al abrirlos lo que vio fue una verdadera araña, peluda, negra, grande como un torso humano, los pelos de sus patas acariciaban ya su cabello. Aquello era necesariamente una alucinación, pero nada le impedía enfrentarse a ella, así que, sin soltar la muleta psicológica de su mano izquierda se concentró en la derecha, en el atizador, arrodilló la pierna sana sobre el suelo en un acto ágil y rápido, a pesar de notar como en la herida se abría de nuevo en la otra pierna, y con todas sus fuerzas describió sobre su cabeza una arco con el atizador. El estoque se estrelló en el farol partiéndolo literalmente por la mitad, como la granada que representaba.

Después de la colisión de los metales y el volar de filigranas y astillas de vidrios policromados, la bombilla del interior, que milagrosamente había quedado indemne, parpadeó unos instantes, dudando, para finalmente permanecer prendida. En uno de sus parpadeos, Gael, que se felicitaba por vencer otra de aquellas malditas alucinaciones, pudo ver con claridad como una inmensa araña subía la verticalidad de los setos del fondo del patio en su huida, pero no se inmutó, poco le importaba ya si hubo algo de real en la ilusión o si, al contrario, había algo de real en aquel lugar. Lejos de amedrentarse se enardeció en la victoria.

Gael sabía que aquella sangre fría, que aquel modo de resolver la crisis

brotaba realmente de su experiencia como corresponsal de guerra en ya muchos conflictos, pero también intuía que el santo había, de algún modo, contribuido a ello, y ya no estaba para diferenciar lo que era razonable de lo que no lo era. «Si ya puedo decir que existen los vampiros. Y los fantasmas. ¿Por qué no he de poder creer que existen los ángeles y los santos protectores?», hablaba para sí el periodista cuando reemprendió la marcha.

Con una agilidad reencontrada saltó el seto que impedía el acceso a la parte trasera del edificio por el lado norte, la herida en su pierna ni siquiera protestó. Poco a poco se fue acercando, ya desde la distancia pudo ver parcialmente como la piscina seguía alumbrada por los focos sumergidos, probablemente la célula fotoeléctrica no había detectado el amanecer ante la escasísima luz que permitían el cielo encapotado. La iluminación sumergida daba al contorno un aspecto fantasmal, ondulante, moviéndose y proyectándose con las pequeñas olas que el viento formaba en la superficie del agua, lámina de agua que a su vez bullía a los golpes de las gotas de lluvia.

Gael creía escuchar un murmullo desde que giro la esquina del palacete. Al principio no le dio importancia, pero a medida que se acercaba se convenció de lo que se escuchaban eran voces. Continuó como hubo bajado del seto, en cuclillas, soportando la tirantez en los labios de su herida, hasta que alcanzó la primera columna ya en el balneario, allí se incorporó apoyando su espalda en el lado oculto del mármol. Se volvió de frente y con cautela sacó lentamente la cabeza para observar la piscina y sus alrededores, para ello abrazó la columna con sus manos para despegarlas de inmediato con un gesto repulsivo, el lado iluminado estaba completamente cubierto de un musgo resbaladizo y maloliente. Se limpió asqueado en las perneras de su pantalón empapadas de lluvia y volvió a mirar desde el escondrijo.

En un repaso rápido desde la posición y forzando la vista comprobó que todo el entorno se encontraba en las mismas condiciones, comprendió entonces porque resbalaba mientras se aproximaba, no era el agua de la lluvia, era aquel tapiz de podredumbre cuyo hedor había confundido con el que deberían hacer las cloacas en un día de tormenta. El soleado e impoluto balneario que había conocido a la luz del sol era ahora un lugar sucio y degradado, incluso el agua que brillaba en el foso de la alberca le pareció verduzca y viscosa en lugar del azul y cristalino líquido que había disfrutado en las mañanas.

No podía quedarse allí todo el tiempo, ni podía intentar la escalada a la

terrazza que sostenían las primeras columnas sin antes descubrir que eran aquellas voces que se escuchaban al fondo, donde la piscina se unía al precipicio y donde la playa añadía unas pequeñas gradas. Columna a columna, por detrás de ellas, fue avanzando hasta que pudo distinguir lo que al principio le parecían parte de las estatuas marmóreas que poblaban el balneario y que, por la escasa luz ondulante, inquieta, que emitía el fondo de la piscina, parecían estar en movimiento. Pero aquello del fondo, pudo apreciar desde su nueva posición, no eran estatuas, eran personas, personas al parecer sentadas en las pequeñas gradas.

Iba a avanzar unas columnas más para cerciorarse, ver si reconocía a alguna de ellas y calcular la magnitud del descubrimiento, cuando, a su derecha, desde donde procedía, escuchó también voces. Giró su posición tras la columna para quedar oculto a la nueva fuente de sonidos, lo justo para no ser visto tanto por el grupo de las gradas como por las voces que sonaban a su derecha. Retrocedió, casi reptando, un par de pilares, situándose en el centro de ambos grupos de voces. Y pudo verlo. Con suficiente claridad.

En las escalinatas de acceso a la piscina se encontraba una docena de personas ocupando el semicírculo, a modo de foro. Juraría que no estaban cuando comenzó su andadura al abrigo de las columnas. Hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes y ancianos, todos conversando entre sí o inmersos hasta las caderas en los primeros peldaños sumergidos. Vestían, unos, largas togas recogidas en el hombro y otros y otras se ataviaban con cortas túnicas que se pegaban a sus cuerpos en la medida en la que les había tocado el agua, pero solo el agua de la piscina ya que la de la débil pero persistente lluvia no parecía afectarles. Algunas niñas y un par de mujeres estaban completamente desnudas. Todo aparentando un baño imperial romano, salvo porque aquellas personas no estaban limpias ni su entorno era el de un balneario pulcro, al contrario, parecían tocadas de lepra e, inclusive, doblados algunos miembros como por malformaciones congénitas o accidentales. Era una galería aterradora de esperpentos en un agua sucia y pestilente.

Gael apuró el oído y reconoció que hablaban en un latín que se le antojó vetusto y coloquial, no el que aprendiera en su bachillerato juvenil. Aquellos no eran invitados tomando un baño nocturno. Ni siquiera eran ‘aquellos’. Todo apuntaba a seres fantasmagóricos, como los que le contaba Don Felipe llegó a ver él mismo por estos cerros.

Apretó de nuevo el San Cristóbal y, por primera vez, en años, se santiguó. Ya no podía volver atrás, estaba simplemente rodeado, así que, tras una

nueva señal de la cruz sobre su cuerpo, irrumpió en la escena. Aquello debía ser un absurdo de aquel vertedero onírico, así que solo se trababa de probar a ignorarlo o, en el peor de los casos, enfrentarse atizador en mano. Se sentía fuerte, muy fuerte.

Al principio nadie, ni a izquierda ni a derecha, le prestó atención, de modo que Gael se dirigió directamente a la columna más cercana de las que soportaban la terraza y los jardines colgantes del primer piso. Bajo ésta, bajo el porche que formaba, estaban apiladas algunas tumbonas y otras se habían dejado justo junto al basamento del pilar elegido por el periodista para el ascenso. Intentar la escalada por allí sería relativamente fácil, se trataba de subirse a las hamacas y alcanzar la repisa de la barandilla de la terraza, después una flexión de brazos, un lanzamiento de la pierna sana a la misma repisa y, en poco tiempo, estaría en la primera planta.

Cuando alcanzaba ya el comienzo del hemiciclo de las escaleras, andando por el borde de la piscina, algunas de las voces se detuvieron y miraron al periodista que continuó impertérrito. Unos comenzaron a señalarle y otros, sentados, se incorporaron. Ya no se escuchaban voces. Gael miró hacia atrás para ver la actitud de los que dejaba a sus espaldas y pudo ver como avanzaban ya hacia él.

El punto de inflexión fue el grito de un niño, de uno de los desnudos y monstruosos niños. El grito, entre sorpresa y toque a rebato, supuso el disparó a la acción. Gael comenzó a correr, la alucinación tomaba vida. Llegó con ventaja a la pila de tumbonas y saltó sobre ellas, pero también estaban cubiertas por aquel fétido musgo y no acertaba a colocar los pies y las manos en las hendiduras para llegar a su cénit y de allí saltar a la repisa. Las voces, ahora gruñidos, se aproximaban, al tiempo que se escuchaba el acercamiento de las carreras por el chapoteo en los charcos. Desistiendo de la huida recogió el atizador que había abandonado al pie de las tumbonas y se volvió amenazante con el instrumento en alto, pero el gesto le resultaba inútil ante aquella multitud que descubrió ya a escasos metros.

La captura fue inmediata, salvaje, obcecados por la caza se agolparon unos sobre otros y todos sobre el periodista, que se hizo un ovillo sobre el pavimento. En la cercanía a su cara, entre alientos jadeantes y hediondos y salivas espumosas, descubrió en sus atacantes largas y sucias uñas que se clavaban en su piel y en las bocas una profundidad carnosa y roja arbolada de hileras paralelas de dientes puntiagudos. Desesperado soltó el mango del atizador y buscó el santo. Si aquello era sobrenatural, aunque cierto, como el

dolor de los profundos arañazos y los mordiscos, algo también taumatúrgico podría funcionar. La imagen debería neutralizar aquel vertedero de impurezas, la historia estaba plagada de milagros y Gael esperaba uno en ese preciso instante.

Alcanzó con su izquierda la figura el santo y casi ya sin respiración y con la oposición de los atacantes, que parecían saber del arma secreta, consiguió acuclillarse, pues recordaba las clases que le diera un marine norteamericano cuando le enseñó que los cuádriceps femorales podían desplegar una energía sobrehumana en caso de necesidad. Así que se incorporó de forma explosiva centrando toda su fuerza en las piernas y lanzando a los lados a los que se encontraban sobre él. A codazos extrajo la imagen del santo y la alzó frente a sí describiendo círculos de izquierda a derecha, como viera hacer con los crucifijos en las películas de vampiros, si bien aquello parecía más un ataque de zombis.

Incrédulo observó cómo todos ellos se detenían y comenzaban a retroceder. No le encontraba sentido pero estaba funcionando. Dolorido pero recuperado retrocedió él igualmente buscando las tumbonas apiladas, entonces pudo ver como los ojos negros manchados con una pupila amarilla de aquellos seres no miraban la figura del santo, ni siquiera le miraban a él, fijaban su mirada, asustados, en algo que estaba detrás de él y por encima de su cabeza. Entonces se escuchó una voz de mujer, una voz gutural y espeluznante. A sus espaldas alguien gritaba potente una frase en latín. Todos aquellos lobos, aquellos depredadores antropomorfos, expresaron un gesto de temor y subordinación. La última palabra debió ser una orden tajante porque comenzaron a correr presas del pánico hacia la piscina donde en tropel se zambulleron, sin miramientos. El agua, hirviente por las apresuradas inmersiones, se tornó roja, y después negra como el alquitrán, como aquel amanecer interminable que ya dejaba algo de tenue claridad. Las luces de la piscina se apagaron, o dejaron de proyectar fotones en aquel caldo de negrura.

Gael no se había atrevido todavía a volver su mirada. Fuere lo que fuere lo de su espalda le había concedido una tregua, cuando no una victoria. Finalmente fue girando su torso al tiempo que variaba la posición de sus pies. Con el brazo estirado y el San Cristóbal expuesto en su mano izquierda se agachó un poco durante el giro para con la derecha recoger de nuevo el atizador. La luz azulada del amanecer, entre unas nubes que ya habían saciado su sed de lluvia, dejaban ya claridad suficiente para ver en media

distancia. Completó el giro para observar que bajo los porches, contra fachada del edificio, pintada de luz azul, no había nada ni nadie. Poco a poco fue subiendo la vista buscando de izquierda a derecha en la barandilla balaustrada de la terraza, pero no fue necesario otear mucho, la luz iba *in crescendo* por segundos y por fin pudo verla.

En la terraza, apoyadas sus manos sobre el barandal, como el líder ante las masas, estaba Violeta, melena y chal ondeando al viento, la capa flameante ensanchaba todavía más su magna figura, altiva, cargada de poder. Gael pudo apreciar, a pesar de la distancia, como sus ojos le atravesaban desde su posición. De repente cambió la mujer la trayectoria de su mirada para dirigirla al frente. Gael se volvió para ver como en el horizonte despejado de nubes y tras el mar de montañas emergía un sol radiante del que entonces solo se veía un minúsculo arco, suficiente para pintar de color las copas de los árboles. El amarillo, casi blanco, se acercaba como un derrame de oro. Pronto alcanzó el alto de las columnas solteras que rodeaban el balneario y comenzó a bajar por las mismas al tiempo que perdían todo atisbo de líquenes y mugre a medida que se barnizaban de luz. En muy poco tiempo toco el agua de la piscina que se volvió diamantina y el hedor estancado en el ambiente se disipó dejando un aroma a puro y fresco oxígeno. Y todo ocurrió en lo que para el periodista fueron décimas de segundo, como si el sol también participara de los absurdos de aquellos cerros pero, en su caso, para devolver el orden a aquel mundo caótico.

El último empuje del abanico solar alcanzó a la figura de Violeta que contemplaba la escena maravillada, como el general que se rinde ante un digno rival. Apurando el último instante y ante la incredulidad del periodista Violeta se lanzó al vacío, abriendo sus brazos y con ellos el chal que usaba de capa. Y Gael la vio caer, mejor, la vio volar, planear hacia él con rapidez. El hombre se cubrió la cabeza con los brazos y cerró los ojos. Pero no hubo contacto. O al menos no lo notó. En el mismo instante en el que cerraba los ojos ante el inminente ataque y se cubría la cabeza con ambos brazos, en aquel mismo momento si creyó percibir unas manos sobre sus hombros, pero no pudo apreciarlo pues un sueño arrebatador, más que un desmayo, le privó de todo sentido. Sí experimentó algo muy especial, como luego recordó el periodista, se sintió volar.

Por incontable ocasión, Gael se despertó tumbado y rodeado de sus futuros y extraños parientes; de nuevo en el salón de prensa del palacete. La escena le resultó necesariamente familiar, solo que ahora recordaba, podía evocar perfectamente los últimos acontecimientos, aunque no pudiera rememorar como había llegado hasta allí. Notó entonces, al intentar incorporarse, en su bolsillo, la manida figura del santo y dio gracias por seguir vivo, aunque no sabía realmente a quien dárselas, pero le alegró saber que no había perdido el talismán. El sonido cristalino, casi infantil, de la voz de Aida, fue lo que le devolvió el sentido.

—¡Todo es culpa mía! ¡Lo siento mi amor! ¡Lo siento! —los ojos recién abiertos del periodista se encontraron con el verde de los de su amada—. Fue otro desmayo, no te preocupes, ya estás mejor. Ahora todo marchará bien, ya lo verás, lo he hablado con Violeta y todo irá mejor, no te preocupes.

Oír el nombre de aquella mujer le produjo a Gael un escalofrío, pero los pelos se le erizaron cuando escuchó su voz más atrás de su cabeza, que dobló para poder verla.

—En primer lugar debo pedirte perdón por lo de anoche —habló la mujer, una Violeta con el pelo recogido y radiante de luz que vestía un corto y colorido vestido de estampados veraniegos, algo inhabitual en ella—. Si bien te advertí que no salieras, es cierto también, querido, que no debí pasar la llave —el tono de la mujer adquirió un tinte más agudo, menos sobrio, Gael pudo verle un esbozo de sonrisa—. Bueno, lo importante es que te libraste. La verdad es que no sé cómo hubiera terminado aquello, aunque, al menos, la aventura te ha descubierto tu lado oscuro —el periodista miró perplejo.

»Sí, querido, esos diablos son, en efecto, enredos de estos cerros, pero te perseguían a ti, son parte de ti, de tu alma oscura, de ese lado espeso y lóbrego que pesa en el otro lado de la condición humana. Esos desechos son tuyos, no nuestros. Nuestros detritus, como los llamó mi hija esta noche de revelaciones —el periodista constató de nuevo que nada se le escapaba a

aquella maga—, lo que evacuamos en estos vertederos que llamamos *pirámides*, no son sino los restos, el desecho de la vitalidad ganada de la gente, robada de nuestras víctimas, así lo entenderás mejor, de modo que esas basuras son realmente cosa vuestra, nada le hemos aportado nosotros que solo hemos participado en su digestión; biológicamente hablando el cascarón que queda del insecto tras sorber sus entrañas la araña, nada tiene que ver con la misma araña. Comprenderás, querido yerno, que necesitas esa cura, esa desintoxicación. ¡Y no haces sino complicarlo cada vez más!».

Gael ya no prestaba mucha atención a las explicaciones que le daban sus anfitriones, aunque lo intentaba, su situación era ahora más emocional que racional ya que lo que en realidad le estaba afectando eran más los sentimientos que las razones, por eso, a pesar de lo que estaba escuchando, agradeció más el tono conciliador de la mujer, su media sonrisa y, por qué no, aquel atuendo colorido y fresco, que los argumentos y las aclaraciones. Por eso no contestó, sino que devolvió la sonrisa apretando la mano de Aida que, sentada en el borde del sofá, no se había separado de él.

La mujer se acercó a los cortinajes y los apartó con fuerza, un sol brillante como la esperanza obligó al periodista a entornar los ojos.

—Nosotros andamos por los dos lados —prosiguió la mujer—. Y somos en los dos lados. Yo amo el verde de estos campos, el trino de las aves y la luz de ese dios redondo y poderoso. *Fiat lux, et facta est lux*. Hágase la luz, y la luz se hizo. Eso dice vuestra Biblia y eso ocurrió. La luz se hizo en el firmamento y en la humanidad. Somos dedos de la paz, querido amigo, no te confundas.

Violeta se volvió hacia sus oyentes y, levantando a la altura de su cabeza el brazo, tapó el rayo de sol que incidía directamente sobre Gael. Al momento una negra nube se situó frente al gran astro y todo se sumergió entre las sombras, como en un eclipse. La mujer, sin bajar la mano, prosiguió.

—Pero también bebemos de la noche y del frescor del mármol lapidario. Si hay alguien romántico, en el sentido artístico de la palabra, esos somos nosotros. Y en las tinieblas, sobre la tierra podrida, que no es sino vida después de la muerte, convivimos con las esencias que en ella se esconden. Ser inmortal no es vivir para siempre, es no morir nunca. Nada se destruye, todo se transforma, eso te sonará más, amado sobrino.

Violeta bajo su brazo al terminar la frase y la nube que negaba el sol a los cerros se diluyó de inmediato. A pesar de lo extraordinario de lo visto y lo escuchado Gael no se inmutó, solo le conmovió la sustitución que hizo

Violeta del calificativo con el que acompañó esta vez la palabra ‘sobrino’, la mujer había cambiado el más políticamente correcto ‘querido’ por el de ‘amado sobrino’.

El periodista levantó la vista y vio entonces los ojos de Violeta clavados en los suyos. Supo de inmediato que le estaba leyendo el pensamiento, así que rompió la cadena de sus reflexiones y preguntó por lo que esperaban, por las explicaciones, de las que ya estaba aburrido.

—Entonces.... ¿Quieres decir que sois buenos y malos a un tiempo? —dijo el hombre, arrepintiéndose solo terminar la frase por la simplicidad de la pregunta.

—Quiero decir, y esfuérzate más en atenderme —le amonestó la mujer. Gael enrojeció visiblemente—, que nunca podrás compartírnos por completo. De lo que deberías alegrarte, te lo aseguro.

Violeta suspiró, resignada ante las dificultades para hacerse entender. Se acercó a Gael y, sin dejar de mirarle a los ojos, señaló con el índice la réplica del *Retrato de Dorian Gray* colgado en una de las paredes del salón.

—Dorian, en palabras del gran Wilde —siguió hablando Violeta—, le dice a su amigo del alma, a Henry, al que está perdiendo por las diferentes esencias que los separan: *Tú me enseñaste que la vida debe arder con llama intensa... Pero su luz no me ciega, ni su calor me quema..., porque yo soy la llama Henry, yo soy la llama.*

El periodista encontró entonces sentido a la elección de aquel retrato para el salón más usado de la casa. Ya, en su momento, cuando pisó por primera vez aquel salón, pensó en ello ya que no era normal que eligieran aquel preciso cuadro para la decoración, además de que el cuadro no reflejaba sino la imagen del actor que representaba a Dorian, Ben Barnes creía recordar. El resto de las veces que estuvo en el salón ya no le dio importancia, se acostumbró al retrato. Ahora lo entendía, aquello no era sino un símbolo, una señal para quien supiera interpretarlo. Dorian Gray representaba para aquellos seres no tanto la degradación reflejada en la película del director como la esencia revelada en la obra del escritor, la llama a la que se refería Violeta. El periodista sospechaba ya que Oscar Wilde era uno de los suyos cuando Aida se lo confirmó al tomar la palabra.

—El cuadro no es una réplica, es el original usado en la película de Oliver Parker. Y, sí, Oscar, el artista, el filántropo, era un *divinizado*. —Aida demostró de nuevo que no había recodos secretos en la mente de las personas para aquellos seres—. Gael, contestando a tu pregunta —continuó la joven—,

no te reconozco, hablando de buenos y malos, de si lo somos a un tiempo, no te reconozco, de veras. Mi madre te habla de infranaturaleza y de sobrenaturaleza, de lo que está más allá de las percepciones ordinarias del ser humano. Solo te hablaba de eso. No hay bueno ni malo en la naturaleza...

—Gracias querida —le interrumpió Violeta—, pero no vamos a darle más vueltas a esto, para tu prometido los diablos de esta noche son malos y el santo de su devoción bueno, déjalo vivir en esta simplicidad, será mejor para todos.

Gael se sorprendió de que supieran lo de su talismán, pero pensó en que el ‘San Cristóbal’ debió caérsele en el momento del desmayo y que ellos debieron encontrarlo junto a él, por eso lo mencionaba Violeta.

—Intentaba hacerte comprender, querido amigo —Violeta hablaba desde la conciliación, pero las palabras ‘querido’ y ‘amigo’ dejaban clara la posición de la mujer tras el enfado—, solo quería que entendieras que mientras algunos seres humanos llegan a vislumbrar de lejos esa naturaleza extraordinaria que te comentaba, lo verdaderamente esencial, eso que es invisible a los ojos, como dijo De Saint-Exupéry, para nosotros, Gael, es visible y diáfano permanentemente. Vivimos el lado oscuro porque lo hay, porque no hay sol sin sombras, como también percibimos y disfrutamos del margen brillante, el visible, por llamarlo de algún modo.

»Solo quería advertirte, anunciarte que esta complejidad puede tener efectos sobre ti y que debes estar preparado. Si has de volver a tu familia y si has de amar a mi hija, no me perdonaría que algo tan natural como aquellos diablos te hicieran dudar, no me perdonaría perderte por algo tan simple, por algo que, si sigues nuestro plan, un plan milenario, aprenderás a soportar y, en su caso, a combatir con algo más eficaz que un atizador de brasas. Todo tapiz, querido Gael, por precioso que sea, tiene su lado oculto, donde cuelgan los lazos y los feos nudos que hacen posible el esplendor del lado visible».

Un silencio prolongado invadió el salón tras las últimas palabras de la anfitriona. Todos sabían que palabras faltaban por decir, pero todos se mostraban renuentes a pronunciarlas Violeta y a escucharlas el resto. Por fin Violeta se decidió y dictó la sentencia esperada.

—Llegó el momento.

Con la mirada activó en su hija el paso que había que dar necesariamente. Aida se acercó a Gael, que se incorporó de inmediato, y sin importarle estar bajo la mirada de Violeta y la de su hermano, que entraba entonces por la puerta del salón, besó a su prometido larga y apasionadamente. Gael no solo

no rechazó el encuentro, sino que se sumergió en él, sin importarle tampoco la presencia ajena a su pasión, sin importarle siquiera todo lo vivido hasta ese momento, ni todo lo que iba a ocurrir a partir de entonces. Solo se besaron.

—No hagas nada que no sea lo que ella te recomienda —dijo la chica refiriéndose a su madre—. Te quiero conmigo y te tendré, aunque marches lejos, aunque pase mucho tiempo. ¿Qué es el tiempo? À *bientôt*, mi amor. Llegará el momento, los sueños serán nuestro contacto.

Aida se despegó del abrazo y con los ojos inundados de verde y de lágrimas viró sobre sí misma y salió del salón mientras Alfonso se acercaba a Gael para abrazarle y palmearle la espalda, sin palabras, con sentimiento.

Gael vio salir a ambos hermanos. La cabeza le pesaba y la rodilla le latía dolorosamente, pero no más que el alma. También hubo lágrimas, e intentó contenerlas, pero sin verdadero celo. Desvió por fin la mirada hacia Violeta, que permanecía sentada.

Todo un mundo, toda una historia de descubrimientos y revelaciones, todo un universo de pasión descontrolada, de cielos y de infiernos, de ángeles y demonios, todo lo que hubieran dado miles de humanos, millones, del presente y del pasado, por saber de estas confidencias, las supo él, las vivió, en unos pocos días. Y ahora, casi de improviso, ese todo comenzaba a evaporarse, a desvanecerse como un sueño tocado por los primeros rayos del día, como la niebla, como aquellas nubes que ya se habían retirado de la cúpula de *Los Cerros*.

Los pasos de Matías entrando en el salón con una pequeña maleta en sus manos anunciaron a Gael que el momento había llegado de veras. Adiós a aquellos días de locura y de pasión, de dudas y de confesiones; pero también adiós a toda una vida, a su pasada vida de reportero. Aunque algo tenían en común, una y otra, ya que realmente siempre había huido, sin saber de qué, pero huía, siempre huyendo, de un trabajo sedentario, de una pareja estable, de una vida cómoda. En eso parecía iban a coincidir ambos caminos después de aquel punto de inflexión en los altos de *Los Cerros del Marques*, como coincidían el mar y la montaña en aquel tranquilo pero tormentoso entorno, tan cerca del más pausado pero intranquilo de los mares, el Mediterráneo.

Matías dejó la maleta y salió de escena. Violeta siguió con la mirada la marcha de su asistente. Segundos después de que el portero desapareciera la mujer se levantó y, sin más despedidas, comenzó a caminar hacia la puerta. Telón, la obra había terminado y la huida anunciada iba a dar comienzo. Pero Violeta se detuvo, se quedó en pie de espaldas a Gael, finalmente se dio la

vuelta y volvió hasta una de las butacas sentándose en ella. Sin hablar, señalando a Gael el otro sillón, le invitó a sentarse igualmente. Por fin le dirigió la palabra.

—Lo que voy a hacer ahora es lo contrario de lo que he estado defendiendo todo este tiempo —decía la mujer con severidad—, pero lo mereces, creo con toda mi alma que lo mereces, Haluk. Sabrás ahora por qué te llamo así y sabrás cuando conociste a Aida, a Akasma. Sabrás en breve cómo fue de grande vuestro amor y, desde la más profunda de las tristezas, entenderás el porqué de nuestra heráldica.

Gael desconocía el sentido de aquellos nombres, aunque, inexplicablemente, le resultaban familiares. Pero no preguntó, había aprendido mucho en aquellos dos últimos días y sabía ya, por fin, que escuchar, dejar fluir la información entrante, era lo esencial, lo vital, de modo que, más interesado que nunca, ahora sí pendiente de las explicaciones de Violeta, se acomodó en su butacón y se dispuso a escuchar, a dejarse llevar, Dios sabía dónde.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 4º

La Rosa turca

Halfeti. Anatolia. Finales del siglo XIII

Haluk estaba saboreando un dulce *sillik*, aquel postre de nueces tan parecido al ‘bocado de Néstor’ que tomaba su idolatrado Alejandro Magno antes de entrar en combate, solo que ahora no era para quemarlo luchando en un campo de batalla, sino como colofón de un opíparo almuerzo después de una *sira gecesi*, una de aquellas fiestas masculinas. *Kebabs* y *kavurnas* de hígado frito y la muy picante *cig köfte*, la gustosa y especiada carne cruda que tanto le gustaba, terminaron con *künefes* de mantequilla caliente bañadas en sirope y, ahora, para rematar, aquel *sillik* de nuez.

Tenía que retomar urgentemente la obligación de los entrenamientos de equitación, y los de tiro con arco, pero sobre todo los de lucha cuerpo a cuerpo, que eran los que más ejercicio físico precisaban. Eso o convertirse en un sebosos comerciante, aún peor, en un flácido escriba como los que en aquella en comida le acompañaban, cuestión de tiempo.

Él era un guerrero, un *Gazi* selyúcida, aunque ahora rindiera homenaje a un *Khan* local, a los mongoles. Poco le importaba para quien luchar, su origen era Palestina, donde nació y fue apresado, con solo ocho años, y luego convertido, primero por los turcomanos y después por los mongoles, en un maestro de la lucha, como los gladiadores romanos, pero ahora en todos los sentidos de la palabra, tanto como maestro del *gladio*, la espada, como en la lucha cuerpo a cuerpo, arte que los mongoles habían aprendido en el lejano oriente del que procedían.

En Palestina se llamaba Ariel, ‘El león de Dios’, pero una vez en Anatolia le pusieron Haluk, ‘Bondad’ en el idioma de los turcomanos, probablemente porque siempre mantuvo una virtuosa constante de amor por la justicia a pesar de ser considerado el mejor ‘matador’ de entre los cadetes, lo que veían

sus raptos como otra maestría.

Lo cierto era que de Palestina, de *Qiryat Arba*, Hebrón, su ciudad natal, poco se acordaba, así que le daba igual ser turcomano, mongol o hebreo, aunque nunca olvidaría que los selyúcidas respetaron la vida de su madre Betsabé y de la entonces su recién nacida hermana Noa, a pesar de haber matado en combate a su padre y a su hermano mayor. En la batalla Ariel, con solo ocho años, casi nueve, luchó como el 'león' que anunciaba su nombre, fiereza que apreció personalmente el *hazarapatish*, el comandante turcomano que encabezaba la expedición, así que lo reclutaron, por su valentía, pero también por su corta edad, lo que era común en los ejércitos invasores que pocas veces hacían prisioneros entre los varones adultos, pero que reconocían maleables de futuro a los infantes. Para evitar la desertión y garantizar la lealtad de los niños soldado respetaban la vida de las mujeres, a las que sí apresaban, muchas de las veces como esclavas, pero no menos bajo el estatuto de una relativa libertad que aseguraba el cuidado de aquellos futuros guerreros.

Así Ariel lloró en su interior, nunca por los ojos, la muerte de su padre y de su hermano luchando por la libertad de su pueblo, pero se sometió sin reservas al ver como no solo respetaban la vida de su madre y de su pequeña hermana, sino que, además, las trataban como alguien más de entre los suyos. En pocos días fueron trasladados a Anatolia, a los campos de entrenamiento, donde el trato recibido, aunque modesto en concesiones, fue digno, tanto como que lo estaban convirtiendo en un *Gazi*, un guerrero comprometido, un defensor del imperio. Y así, lo que comenzó como una completa derrota se convirtió en un futuro prometedor. La única condición impuesta fue la lealtad. La prenda, su madre y su hermana.

Para los mongoles, cuando casi sin ruido de sables tomaron Anatolia, Ariel era un turcomano más, así que se le aplicaron las condiciones generales tratadas en el armisticio, es decir, la pacífica integración en las filas del ejército del *Ilkhan*, el *Khan* local, y una buena soldada. Los mongoles más que conquistar llenaron el vacío de una desmembrada administración turcomana y no hicieron sino asimilar un ejército más que vencido entregado a las excelentes condiciones del tratado: ciudadanía sin condiciones y un mucho mejor salario.

La transferencia se hizo sin auditorías, con la sola documentación generada en el momento del cambio de filas, de modo que Ariel y su familia recuperaron una libertad de la que ya gozaban en la práctica, pero que nunca

vieron impresa. Eran de nuevo ciudadanos, como lo fueron en Hebrón, aunque súbditos, sujetos por el compromiso castrense adquirido por Ariel, bien que ahora por un sueldo. No debía nada a los mongoles.

Ariel, ahora en nombre del *Ilkhan*, pronto demostró en el campo de batalla su fuerza y su habilidad con la espada, y se perfiló, nutrido de experiencia, como un estratega sobresaliente, lo que sumó tempranos y sucesivos eslabones en la cadena de ascensos. La tropa que dirigía le temía y respetaba, su ferocidad se tachaba ya de legendaria, pero también la soldadesca le admiraba por la otra vertiente de su grandeza, la milicia consideraba la magnanimidad de Ariel para con los vencidos con honor como un signo de templanza que tanto escaseaba en aquellos tiempos y en aquellas tierras, lo que le valió el apodo primero y el nombre después de Haluk, ‘El bondadoso’.

Ello en la guerra, en la paz solo una situación desquiciaba a Haluk y lo volvía el fiero león de su antiguo nombre, y era que amenazaran, que perturbaran, por poco que fuera, a su familia. Haluk no tenía más bandera que su parentela y su lealtad al imperio se cifraba en *estáteros*, la moneda de electro, de oro blanco, de los antiguos lidios.

En definitiva donde le pagaran bien y respetaran a sus allegados tendrían sus servicios. Hoy por hoy estos eran los mongoles, así que cortaría en la batalla cuantas manos, penes, orejas o cabezas aquellos le pidieran en defensa de sus intereses, pero aquella última misión encargada directamente por su *Boyan*, su general, aquella en concreto, la defensa sin lucha de Halfeti, de la frontera, le estaba matando de aburrimiento. Y desde entonces.

Haluk se hartaba de proclamar públicamente su hastío por la obligada inactividad marcial, aunque lo cierto es que no decía toda la verdad, había algo en aquellas tierras que lo hacía feliz, muy feliz, el hombre más feliz del mundo, y como todo lo que le llenaba de dicha desde que tenía uso de razón, también tenía nombre de mujer.

Cada mañana agradecía al único dios de la hebreos, o al profeta de los cristianos, o al de los musulmanes, igual le daba, que allí, en aquella pequeña ciudad que bebía del Éufrates, hubiera conocido a la mujer que amaba con toda su alma, y que le correspondía, Akasma, ‘el rosal trepador de rosas blancas’ en la lengua turcomana, el rosal que escalaba hasta su corazón para aprisionarlo de caricias, para arroparlo en una clase de dicha que nunca antes había sentido. Y es que Haluk se había enamorado de aquella beldad pelirroja de una manera tan profunda, tan visceral, que ya no podía vivir sin su verde mirada, sin su aliento. Él, el fiero guerrero rindiéndose ante la delicadeza de

los pétalos de Akasma. Para culmen de su felicidad la ‘rosa blanca’ se llevaba a las mil maravillas con las otras dos flores de su vida, su madre Betsabé y su hermana Noa.

Noa ya había crecido para cuando se trasladaron a Halfeti, era ahora una preciosa morena de ojos rasgados que encontró el amor de su vida en Onur, un joven de la región, campesino y pastor, que trabajaba donde había trabajo, cuando era temporada en las rosaledas de Akasma y cuando no, en las heladas mañanas del invierno, dirigiendo rebaños de ovejas asistido por un *Karabash*, ‘cabeza negra’ en turcomano, el perro pastor, su única compañía durante el pastoreo. Fruto del corto periodo matrimonial fue el pequeño Tarkan, nieto de Betsabé y sobrino de Haluk, que llenó de risas la comfortable casa que el capitán tenía sobre la torre de vigilancia, en la puerta principal de la fortaleza de Halfeti.

Onur murió al poco de nacer su hijo, se encontraba transportando roca tallada a través del Éufrates, precisamente para las reparaciones de la fortaleza que capitaneaba Haluk, cuando la falúa volcó. Onur era un hábil nadador, pero uno de los grandes bloques de piedra se posó sobre él cuando ambos llegaron al lecho del río y nada pudieron hacer para rescatarlo con vida. Noa lloró hasta la extenuación, todos lloraron, como también lo hizo Akasma, por eso comenzó poco después a visitarla con frecuencia, solidarizándose, brindando toda su comprensión y simpatía a la viuda, y a Betsabé, y al pequeño Tarkan, el amado sobrino del capitán que, como a él le ocurriera, se había convertido demasiado pronto en huérfano de padre. La Rosa Blanca supo cómo devolver la alegría a aquella casa, la casa del *Noyan* de Halfeti.

Haluk era feliz. Toda su vida, de poco más de veinticinco años, lo que era todo un logro para un guerrero en aquellos tiempos turbulentos, la había pasado luchando, con un solo fin, sobrevivir, resistir para poder volver con su madre y con su hermana, para que no quedaran solas. Ahora tenía una razón más, estaba rendidamente enamorado de la rosa más preciosa del mundo conocido y esa rosa guardaba su aroma solo para él. Poco tiempo después se unió una nueva causa a su instinto de supervivencia, llegó el pequeño Tarkan, al que Haluk trataba como a un hijo en ausencia del malaventurado Onur. Haluk era feliz.

Pero ahora el destino le había jugado una mala pasada, Bat-Erdene, el *boyan* de su *hordu*, el general de su ejército, gobernador de toda la provincia de Urfa, le había hecho un encargo que en la práctica ya cumplía, pero con

otros propósitos. ¡Le había requerido para que atendiera de continuo a Akasma! Justificó la orden en dos objetivos, poder tener a su vez informada y contenta a la bella Banu, madre de Akasma y jefa del Clan Özkam, que vivía, como él, en Urfa, y mantener un control de las ramificaciones de aquella familia, ya que la emancipación de Akasma, su traslado a Halfeti y la consiguiente expansión del Clan por Anatolia, no gustaban mucho al monarca, el *Ilkhan* Mahmud Ghäzän.

No obstante Haluk sabía muy bien que Bat-Erdene ocultaba una tercera y hasta una cuarta y peligrosa razón. Por un lado era evidente, aunque no público, que Mahmud, el *Ilkhan*, había ordenado hacer la vida imposible al Clan de los Özkam. Saltaba a ojos vista que los estaban estrangulando económicamente, ya con nuevas tasas, ya con artimañas casi pueriles, como aquellos ataques a las caravanas de Banu por bandoleros que todos sabían eran soldados de Bat-Erdene disfrazados, o como los bulos que atribuían al Clan el eclipse vivido meses atrás, las lluvias torrenciales o las sequías, o los terribles asesinatos de niños que aparecían colgados de un pie y despanzurrados, todo ello claramente difundido por acólitos y espías de Bat-Erdene.

Respecto a los atroces infanticidios Haluk se preguntaba si no serían obra de la misma mano de su *boyan*, eran actos de su factura, tanta crueldad solo podía salir de un depravado como su general, al que conocía desde niño, desde que llegara a la Capadocia alistado en la escuela de soldados, como él también con nueve años, solo que aquel era entonces el objeto de las burlas de toda la academia debido a la forma de sus orejas, *seytan kulakları* ‘orejas del diablo’ le apodaban, y él, Ariel por entonces, junto con Rüzgar, su primer amigo en el campamento, lo defendían, de ahí la amistad surgida, si pudo llamarse así ya que los modos del niño que sería en el futuro su *Boyan* apuntaban maneras que a Haluk y a Rüzgar repugnaban. Ya por entonces el mayor placer de Bat-Erdene era sacar los ojos a los gatos. Vivos.

Respecto a Banu, ‘la Señora’, que ese era el significado de su nombre, estaba claro que el floreciente comercio de aquella mujer molestaba al *Ilkhan* Mahmud y que este, a través del sigiloso y despiadado brazo ejecutor de Bat-Erdene, estaba buscando su éxodo, su velada expulsión de la Anatolia que su mano controlaba, de hecho Banu había ya confesado a su hija Akasma que estaba empezando a barajar esa posibilidad, la de la marchar a otras tierras ya que lo que le estaba perjudicando seriamente, más que los ataques de bandoleros o las falsas acusaciones, aunque derivados de estas, era la falta de

confianza del pueblo: nadie quería venderles víveres de los que carecían, ni los cortesanos acudían a sus fiestas de la cosecha, incluso mucha mano de obra se había despedido ya. Aun así la peor y más oculta de las razones por las que Bat-Erdene le había ordenado aquella permanente información al respecto de la joven Akasma era porque el General deseaba irresistiblemente aquella flor, la codiciaba, y no descansaría hasta que fuera suya, como todo lo que se proponía. Lo que no sabía su jefe era que él, Haluk, compartía ya la cama de la bella hija de Banu y que no la dejaría por nada del mundo.

Haluk sabía más que intuía las ocultas intenciones de su *Boyan*, así que comenzó a barajar la posibilidad de huir con ella y llevar con ellos a Betsabé, Noa y Tarkan. El momento era propicio, eran tiempos convulsos, los mamelucos andaban otra vez con sus incursiones y empezaban a reinar jefes locales independientes y plenamente soberanos, eso sí, musulmanes, como su recién convertido *Ilkhan*, aunque eso le daba igual, lo importante era que el momento era el indicado para ofrecerse al sultán local que mejor le recibiera. Haluk tenía un nombre entre las milicias y pujarían alto por él.

Pero las cosas se habían precipitado. La soterrada aunque eficaz presión que Mahmud ejercía sobre el Clan de los Özkam comenzaba a sobrepasar lo toreado y Banu, prudente y juiciosa, planeaba ya abandonar aquellas tierras y llevar sus negocios más al norte, donde sería bien recibida. Enfrentarse al *Ilkhan* era una temeridad, por más que aquel mediocre gobernante no fuera realmente un digno adversario, pero tenía al *Khan* de la verdadera Mongolia como escudo. Akasma, aunque realmente prefería hacer frente y resistir, se había ya sometido a la ya muy probable idea de huir y la sometió a la consideración de Haluk, su madre disponía de un pequeño ejército y podrían abrirse paso hasta el mar, si no querían establecerse en el norte, con el conjunto del Clan. Al este existía una isla, Kibris, la Kypros griega, donde el comercio era floreciente y las libertades se cogían con ambas manos, además en Kibris recalaban a menudo sus dos hermanos, dedicados desde hacía mucho tiempo al comercio con las islas griegas, donde tenían su residencia.

Por eso aquella tarde se había dado aquel homenaje gastronómico y por eso ahora se encontraba terminando su *sillik* y saboreando un caliente *menengiç kahvesi*, el amargo café de terebinto, junto a Rüzgar, su querido amigo, el que lo recibió cuando llegó esclavizado a la escuela de soldados y lo albergó en su amistad y en la de Bat-Erdene, todo ello cuando los tres eran lo mismo, tres niños sin infancia.

Rüzgar era un *Noyan*, un capitán, como él, pero no lideraba aquel

destacamento, Bat-Erdene lo había mandado como segundo de Haluk. Ahora, satisfechos los estómagos, a la luz de un sol poniente más allá del otro lado del Éufrates, sentados en una de las terrazas de la fortaleza de Rumkale, la que defendían en Halfeti, hablaban de cómo cerrar el plan y de cómo Rüzgar ayudaría a Haluk a huir de Anatolia con su amada y su familia.

En las postrimerías del sultanato Selyúcida de Rum, los turcomanos que conquistaron Anatolia al Imperio Bizantino vieron a su vez como los mongoles se hacían con el control. Anatolia había sido sojuzgada por Hugalú Khan, hermano del *Gran Khan* Kublai, que introdujo un nuevo modo de gobernar en Anatolia, el *ilkhanato*, los subordinados del *Khan*.

Cerca de la Capadocia, la tierra de los bellos caballos, se encontraba la ciudad de Urfa, Sanliurfa, la que fuera mesopotámica ciudad de Ur y romana Edesa, donde nacieron Abraham y Job y que vio pasar al Gran Alejandro, el Magno, y al no menos ínclito Saladino. La ciudad era la capital de la provincia. El *Ilkhan* era entonces Mahmud Ghäzän. Mahmud gastó mucha energía en combatir al islamizado Egipto, pero ello no impidió que la fe de Mahoma fuera poco a poco impregnándole y diera finalmente paso a la conversión. Aquí comenzó el declive en las relaciones con el Clan de Özkam, el declarado ateo Clan de los Özkam.

Hasta ese momento el *ilkhanato* convivió con muchas religiones y sintió especial simpatía por el budismo y el cristianismo, por eso no fueron los *Ilkhan* especialmente colaboradores con los musulmanes en su lucha contra los cruzados, pero Mahmud acabó con aquel régimen de tolerancia, su nueva fe, la llamada verdadera, no podía admitir otras religiones, no podía coexistir con otras creencias, y menos con gentes que ni siquiera profesaban reverencia al Libro, con ateos, como aquellos engreídos del Clan Özkam que, para colmo de males, eran gobernados por Banu, ‘La Señora’, ¡una mujer!, así que ordenó a su mejor lugarteniente, a su ‘Joya Fuerte’, que así se traducía del mongol Bat-Erdene, su general y jefe de seguridad, que tenía destinado en Urfa como *boyan* de un *hordu*, de un ejército, que acabara con la presencia de aquellos infieles del Clan Özkam.

El *Ilkhan* revistió a su general de plenos poderes para que cumpliera la orden como le viniera en gana, sin reparar en gastos, pero nunca a través de la violencia ya que Mahmud temía los poderes malignos que se atribuían a

aquellas gentes venidas de Ala sabría dónde, de hecho corría la voz, que el *Ilkhan* creía a pies juntillas, de que no se podía ir por las noches a lugar donde Banu residía dado el despliegue de espíritus malévolos que lo poblaban.

Puesto en marcha Bat-Erdene y buscando como cumplir mejor las órdenes de su Señor, concluyó que la mejor forma de acabar expulsando al antiguo Clan de la región era cortándoles los suministros económicos, bloqueando sus negocios de algodón, pero también haciendo correr el rumor de que practicaban ritos demoniacos atribuyéndoles, si se daban, todos los males que se produjeran. El declive de sus negocios y el ostracismo al que se verían sometidos por un pueblo altamente supersticioso y atemorizado acabaría por expulsarlos, y cuando el plan estuviera a punto de concluir rogaría al *Ilkhan* que se asentara unos meses en la ciudad de Urfa para así identificar el *ilkhanato* con la liberación de los endemoniados y, por qué no decirlo, para reavivar el negocio del algodón, pero ya en manos del propio *Ilkhan*. Él, el *Boyan* de Urfa, la ‘Joya Fuerte’ de aquella corona, no necesitaba más riquezas, le bastaba con un solo trofeo.

Bat-Erdene, soltero a pesar de su riqueza, su poder y su demostrada virilidad, se había enamorado perdidamente de la Rosa Blanca, de modo que cumpliría el encargo, pero no con Akasma, la joven no marcharía al exilio, al contrario, se casaría con ella, con su consentimiento o sin él, pues la anuencia de Mahmud ya la poseía, el *Ilkhan* solo le pedía que lo hiciera por el rito de Ala y aunque Bat-Erdene no era musulmán, como su Señor, ni siquiera budista, como sus ancestros, convertiría a la Rosa Blanca al Islam para tener contento a su gobernador. Por fin disfrutaría de aquel cuerpo blanco, de pelo rojo y verdes ojos, que tanto le atormentaba.

Bat-Erdene estaba realmente enamorado, a la manera que un diablo puede hacerlo, por eso la ansiedad que le producía el verla y el no verla, o las mariposas revoloteando en el estómago, no eran la única de las razones que movía su deseo por conseguir a la bella Rosa, el *Boyan* era un hombre práctico y calculador y la bella y escultural joven era una *rara avis* en aquellos dominios, y también en la Mongolia de la que él procedía y a la que soñaba con volver, la chica era un objeto precioso, una alhaja, una pieza de coleccionista, esa piel de cera y ese pelo de fuego eran excepcionales tanto en Anatolia como en Mongolia, a pesar de que ella aseguraba ser de tradición anatolia desde tiempos muy remotos. Definitivamente tenerla no era solo poseerla, era también poder presumir de un codiciado trofeo, un botín que

podía vender a muy buen precio si llegaba a aburrirse de ella, aunque lo dudaba, aquella mujer le tenía completamente obnubilado. Era la única mujer a la que no deseaba estrangular.

Todavía un tercer motivo alimentaba la codicia de Bat-Erdene. El *Boyan* era un hombre alto, comparado con sus congéneres, fuerte y proporcionado, y muy apuesto, si no fuera por un defecto congénito que lo acomplejaba y le perseguía desde su nacimiento: sus orejas carecían de lóbulos y poseía el bajo auricular prácticamente pegado a la cara, unido a eso el arco superior de los pabellones terminaba casi en punta, el conjunto le daba todo el aspecto de un *Yinn*, aquellos genios legendarios que se representaban en los tapices y jarrones.

Ni su padre, al que perdió en la batalla cuando no era más que un niño, ni su abuelo, que dejó en Mongolia, nacieron con ese defecto, solo él poseía esa malformación, anomalía que lo convirtió en el hazmerreír de sus amigos durante la infancia y la pubertad, bromas que soportó hasta que cogió la suficiente fuerza en sus brazos como para cortar gargantas de un solo tajo. Desde entonces ya nadie se atrevió a llamarle *seytan kulakları*, ‘orejas del diablo’.

La deformidad la llevaba Bat-Erdene como la cruz romana que arrastraba el profeta de los cristianos, por eso codiciaba mujeres bellas, extraordinariamente bellas, a las que poseía con furia para después matarlas con sus propias manos. O por encargo, en la oculta alevosía, si eran de la nobleza. Y así pasaron por sus manos muchas jóvenes, algunas salvaron la vida, que no la violación, pero ninguna si destacaba por su belleza. Tampoco se libraron los varones, especialmente los púberes, y no porque disfrutara de su mismo sexo, que también, sino porque le recordaban a los que le apedrearon en su infancia. Solo respetaba a sus soldados, porque los necesitaba. Y a Haluk, porque era más fuerte y hábil que él, el único hombre en toda Anatolia más dotado que él para la lucha, y Bat-Erdene era, ante todo, un hombre inteligente.

Ese resentimiento hacia lo hermoso se había convertido en su forma de vida, por eso cuando conoció a Akasma algo se dio la vuelta en sus entrañas. Aquella mujer, especialmente bella, le excitaba el deseo de la violación, pero no de la muerte. Aquella beldad le alimentaba la pura codicia por la posesión y la propiedad, el ansia irrefrenable de tenerla para sí y para siempre.

Akasma vivía emancipada en uso de aquel modo de vida holgado que identificaba a su Clan y que tanto odiaba el *Ilkhan* Mahmud. La joven se

había trasladado a Halfeti, el pequeño pueblo ubicado cerca del límite sur de Anatolia, donde la provincia hacía frontera con la de Gaziantep a través de la línea marcada por el mismo río Éufrates, a dos jornadas a pie y poco más de media a caballo de la capital, Urfa.

En Halfeti, en aquel erial, la bella Akasma cultivaba milagrosamente rosas, bellísimas rosas. El milagro no solo se debía a las ricas aguas del río, en cuyas orillas orientales se asentaba la ciudad, sino también, si no más, a unas artes agrícolas que solo el Clan Özkam conocía. El negocio de las flores era, como su nombre, floreciente, sus rosas eran apreciadas en la corte y también por los pudientes de toda Anatolia. Los pétalos de las rosas de la hija de Banu eran de un elegante y codiciado terciopelo que nadie entendía cómo podía conseguir, eran los más preciados de toda Mesopotamia, e incluso de más allá.

En la ciudad existía una fortaleza, el Rumkale, ya construida por un rey asirio, el tercero de la dinastía Salmanasar, trescientos años antes, cuando fundó la ciudad llamada entonces Shitamrat. Ellos, los mongoles, y antes los selyúcidas, conservaron la fortificación por interés estratégico, de hecho resistió un asedio y un ataque de los mamelucos egipcios pocos años antes de que Bat-Erdene destinara a Haluk al frente de la fortaleza, como *Noyan* de un *Minggham*, de un destacamento de mil hombres, suficientes para defender la plaza.

Ese era el cometido público por el que el capitán cobraba su soldada, pero la otra misión de Haluk, la verdaderamente importante para Bat-Erdene, era la de controlar de cerca a la bella Akasma, informando con frecuencia de sus movimientos. Al general, que residía en Urfa, lo último que le apetecía era levantarse un día con la noticia de que la bella rosa se había prometido con algún noble local, al que naturalmente tendría que liquidar sin que la joven pudiera relacionarlo con la desaparición, por eso lo mejor era seguir sus pasos, tenerla permanentemente controlada con la excusa de saber si permanecía en Halfeti o expandía su odiado Clan más al sur de la frontera, y la forma de saberlo era con los informes de Haluk, noticias que esperaba en su palacio de la capital siempre y cuando no pudiera ir él mismo a visitar la plaza, lo que le apetecía más que nada en el mundo, pero que, de momento, no podía permitirse ya que debía permanecer en Urfa, cerca de Banu, la madre de Akasma, controlando personalmente la ejecución de las tareas que había dispuesto para minar la moral del Clan, él era la urdimbre de aquella trama y no podía permitirse el lujo de dejarlo en manos de terceros, sobre

todo si eran tan inútiles como los que le rodeaban, o dirigía él mismo el concierto o no tendría cestas suficientes para recoger las cabezas de los que le fallaran, cabezas que ya habían comenzado a rodar.

Por otro lado el *Boyan* jugaba con las manos atadas, no entendía la condición impuesta por su Señor, la absurda orden de que todo se hiciera sin violencia, Mahmud sería un conquistador, pensaba Bat-Erdene, pero también un cobarde que temía a las supersticiones, que daba crédito a la leyenda que le daba al Clan Özkam poderes sobrenaturales. Si le dejaran a él ya estaría todo arreglado. También era cierto que la orden afectaba solo a aquella familia y a sus hombres, a sus *Gazi*, sus guerreros, pero nunca dijo Mahmud que no pudiera usar el delicado arte de la tortura con el resto de la humanidad, y así pagaban quienes le fallaban o hablaban más de la cuenta haciendo peligrar el proyecto.

Lo mejor, se recompensaba el *Boyan* cuando lo rememoraba al tiempo que bebía el vino prohibido por el *Ilkhan*, fue su idea de ejecutar a aquellos niños, a hijos de los trabajadores de los campos de Banu secuestrados por bandas de bandoleros que no eran sino mercenarios a sueldo del erario del general. Los cuerpos infantiles sirvieron para atemorizar a la población una vez abiertos en canal y colgados de los árboles por un pie, como le habían enseñado en los bosques del monte Kazbek, en el Cáucaso, aunque allí lo usaban solo con enemigos capturados, nunca con niños, norma que respetó cuando conquistó aquellos montes caucásicos pues entonces solo despanzurró y colgó a los prisioneros. A los niños los violó.

La técnica del árbol mejoraba con mucho el otro gran método de ejecución del país de los Alanos: el empalamiento, solía decir Bat-Erdene en las fiestas gastronómicas que siempre terminaban en orgias, y la consideraba más eficiente, ya que la sangre que no se vertía al destripar el cuerpo se agolpaba en el cráneo haciendo saltar finamente los globos oculares por la presión. Muchos de los comensales en aquellas veladas, aguerridos guerreros hartos de ver salvajadas en el combate, acababan vomitando cuando el general, inundado en vino, disfrutaba detallando los pormenores de aquellas disciplinas del terror que él consideraba artes. No obstante, lo que preocupaba y ocultaba el *Boyan*, pues la intención era que los asesinatos se atribuyeran al Clan de los Özkam, era que con los niños el esperado estallido ocular no ocurriera, no sabía si porque la presión era insuficiente dado el escaso volumen de sangre de aquellos pequeños cuerpos, o porque los colgaron por el pie equivocado. Y es que lo tenía que hacer todo él si quería que las cosas

salieran bien. Por eso ejecutó a los ejecutores.

En todo caso surtió efecto y la plebe atribuyó los asesinatos al Clan, no tanto porque sospecharan que algo demoníaco vivía en el interior de aquellas gentes, como porque la red de espías del General se entregó de lleno a difundir el bulo de su autoría, les iba la vida en ello. Aunque la mayoría de los campesinos intuían lo que había detrás de todo aquello, finalmente comenzaron a abandonar los campos de Banu. La plebe se asustó, ya no importaba si por el hacer de los diablos o por el de los esbirros de Bat-Erdene, en ambos casos las víctimas siempre eran ellos. La corte dejó de acudir a las fiestas de 'La Señora', por espectaculares que estas fueran. El *Boyan* se aplaudía a sí mismo.

Poco antes Bat-Erdene asistió a la que fue la última de las fiestas dadas por Banu. Fuera de su propia corte pocos de la del *Ilkhan* acudieron, muy pocos, y de todos Bat-Erdene tomó cumplida nota. Durante la velada Banu anunció la posibilidad de trasladar sus esfuerzos y sus conocimientos de la agricultura a otros reinos, donde se les respetara y protegiera. Hasta llegó a insinuar públicamente la complicidad, si no la autoría, de Bat-Erdene en los hechos que estaban acaeciendo, y lo hizo con aquella mirada negra y profunda que atemorizaba hasta al mismo Mahmud, pero no a él, si había un demonio vivo ese era Bat-Erdene, y disfrutaba sabiéndolo. En todo caso el *Boyan* no se dio por aludido, no le importaban las ofensas si traían consigo el bien deseado y ese bien estaba a punto de lograrse ya que Banu y su Clan planeaban abandonar sus tierras, por lo que el *Boyan* concluyó que era ya el momento de llamar al *Ilkhan* a Urfa, Mahmud tenía que ser testigo de la marcha del Clan e inmediatamente después decretar el traslado de sus propiedades al erario real, a las arcas de Mahmud Chäzän.

Para él, para Bat-Erdene, no quería nada, nada de aquel algodón que Banu maldecía y auguraba no volvería a crecer. No, no quería nada de Urfa, lo quería de Halfeti, y allí tenía la situación controlada con Haluk, al que también había dado específicas instrucciones, y para que pudiera dedicar todo su tiempo a la misión principal, para que el gobierno de la fortaleza de Rumkale no le distrajera de su cometido, Bat-Erdene le dotó de un segundo, del también capitán Rüzgar, buen combatiente y amigo de ambos.

Akasma volvía de Urfa, de visitar a su madre, y aunque ahora entraba en Halfeti en palanquín, todo el trayecto lo había hecho a caballo, era una experta amazona, pero Banu insistía en guardar las formas, de manera que la salida de Urfa y la entrada a Halfeti la hizo en la cubierta litera.

No discutían mucho Banu y su hija, quizá sí en lo referente a las formas, ya que si Banu era considerada una libertina, ella, Akasma, que miraba menos esas formas, era ya tachada de descarada por la corte del *Ilkhan*. De todos modos la aristocracia local tampoco sabía bien a que formas ajustarse, si a las anatólicas, a las turcomanas o a las mongolas, y en muchos casos si hasta a las egipcias, por las estancias mamelucas; como tampoco sabía aquella élite que religión realmente profesaba, la mazdeísta de Zoroastro, original de aquellas tierras, la cristiana de los cruzados, la budista de los mongoles o, más recientemente, la musulmana de mamelucos y turcomanos convertidos.

No, no solían discutir madre e hija, pero en aquel conflicto pensaban diferente, Banu había tomado la decisión de abandonar sus tierras y Akasma prefería quedarse y plantarles cara. Todos sabían que Bat-Erdene estaba detrás y que, más atrás, o mejor, más arriba, estaba Mahmud, aquel soberbio reyezuelo al que le dolía estar en el mismo rango nobiliario que Banu y al que incomodaba, en consecuencia, permanecer a la misma altura que una mujer en las recepciones, aquel pésimo gobernante al que corroía la envidia frente la riqueza acumulada por los Özkam, ‘Sangre Pura’, que eso es lo que significaba el apellido.

También escocía al *Ilkhan* saber que tanto el algodón de ‘La Señora’ como las rosas de su hija crecían gracias a secretos de agronomía que solo el Clan atesoraba, o por oscuras artes, pensaba Mahmud, y no le faltaba razón, solo que no eran tan opacas a los ojos del Clan, aunque sí imposibles de ver por los pequeños y codiciosos ojos del *Ilkhan*.

Sí, habían discutido. Ella, la Rosa Blanca, prefería quedarse y luchar si era

necesario y así lo proclamó en su momento, pero no había acudido a Urfa a convencer de ello a su madre, al contrario, estaba allí para allanarse a sus consejos, para planear su marcha con ella, habiendo sucumbido a sus argumentos. Banu le recordó una historia que se repetía, además en aquella ocasión jugaba un tercer y muy digno rival, la religión, por lo que ya podían darse por vencidos, nunca pudieron hacer nada contra ella, era su eterna contienda, no importaba a que dioses adoraran pues no eran a estos, sino a las castas sacerdotales a las que resultaban incómodos. Por otro lado había que tener en cuenta que Mahmud se había convertido al Islam y sus actos se iban a recrudecer a medida que fuera sucumbiendo a los dictados de aquella fe, o mejor, a los de los que la interpretaban. Más a ellas. Eran mujeres.

Akasma olvidó su enfado por tener que huir de unas cucarachas y se centró en la propuesta que Haluk intentaba hacerle ver y que ya llevaba en las alforjas para tratar con su madre en aquella fundamental y última reunión en Urfa. Haluk propuso en principio a su amada una hégira solo de ellos dos, junto con Betsabé, su hermana y su sobrino, pero Akasma le convenció de que puestos a huir era mejor hacerlo junto al Clan, con Banu, y con su pequeño ejército. Y eso es lo que venía a cerrar con su madre.

Aceptado el exilio por la joven, Banu respiró aliviada, pero tenía aun como madre la obligación de abrir los ojos a su hija, debía advertirle respecto a su enamorado. Huir con un tercero, aunque mediara el amor, no les convenía, y más si ese tercero era Haluk, y arguyó tres motivos: porque el hombre era un soldado del *Ilkhan* y le debía lealtad, marcharse era desertar; segundo porque el capitán tenía familia, si esta se quedaba sería pasto de las llamas de la crueldad de Bat-Erdene y si marchaban con ellos las dificultades se multiplicarían, ellos, el Clan, tenía puente de plata, pero dudaba mucho de que el *Ilkhan* o su *Boyan* lo consintieran respecto de sus súbditos; y, en tercer lugar, porque ambas sabían perfectamente que lo que para el Clan era un don para sus seres queridos se convertía en una maldición, esta era la razón más importante, si Haluk huía con el Clan debía jurar una lealtad sin fisuras, indestructible, y no solo él, también su familia si le acompañaba.

Akasma, salvo abandonar a su amado, valoró los argumentos maternos, pero expresó su firme decisión, la que había cerrado con Haluk, una huida con el Clan pero sin comprometerlo. Ella, Akasma, marcharía a escondidas con su amado y su familia, pero se reencontrarían con el Clan si seguían las indicaciones pensadas por Haluk. Ahora, en Urfa, con su madre, solo restaba confesarle el plan concebido por Haluk y auxiliado por Rüzgar, su colega y

amigo. Y eso es lo que acababan de cerrar.

Ya en el palanquín la bella joven andaba ultimando aquellos detalles antes de llegar a su pequeño ‘Palacio Entre Rosales’, el *Gül Arasindaki Saray*, el *Saray*, el palacio, como todos lo conocían. Todo debía hacerse como Haluk, y ahora también su madre, habían previsto, cada cual por su lado, pero perfectamente coordinados. Aquel viaje, aquella entrevista con Banu fue decisiva, solo temía que Bat-Erdene llegara a sospechar algo, aunque era improbable ya que la visita la hizo coincidir con la habitual quincenal, como llevaba haciendo desde hacía mucho tiempo, pero algo en Bat-Erdene le hizo dudar en aquel viaje y era precisamente que no se dejó ver, lo que siempre hacía cuando sabía que iba a la capital, bien para lisonjearla con regalos, o para invitarla a cenar, y siempre rogándole en matrimonio.

El plan estaba cerrado y Akasma lo repasaba mentalmente. Como había acordado con Haluk si ella llegaba a un acuerdo con su madre y este plan coincidía con los de su amado, lo que ocurrió, ella, Akasma, se lo haría saber a su Haluk invitándolo a cenar esa misma noche, lo que no era inusual, ni sospechoso, sobre todo cuando el capitán no hacía sino cumplir las órdenes de Bat-Erdene con aquellas visitas a la Rosa Blanca. Recibir esa tarde la invitación para cenar informaría por tanto a su amado de que había llegado a un acuerdo con Banu y de que su parte del plan estaba vigente y, según fuera hombre o mujer el heraldo que le llevara la misiva, este sabría si la huida la harían ellos solos, por separado, o si lo harían junto con Banu y su Clan en las dos fases concertadas, por ese motivo, en esos mismos momentos en los que el palanquín bailaba de camino a su palacio, una guerrera, pues todas las asistentes de Akasma eran expertas guerreras aunque vistieran como criadas, salía ya con la invitación camino de Rumkale, la fortaleza, al cuerpo de guardia, donde se ubicaba la casa del *Noyan* de Halfeti, del capitán Haluk.

La huida sería esa misma noche, Haluk ya debía tener todo preparado. Betsabé, Noa y el pequeño Tarkan irían a la casa que Rüzgar tenía sin uso en el barrio de pescadores, de hecho ya deberían estar allí escondidos desde buena mañana pues, de una manera u otra, con o sin el Clan como apoyo, esa noche debían huir. Ellas y el pequeño vivían con Haluk en su casa de las murallas, salir a medianoche sería sospechoso, de manera que debían de hacerlo por la mañana, con las salidas habituales al mercado, y permanecer después fuera de las murallas y ocultos hasta la noche, y ahí es donde intervenía Rüzgar y el ofrecimiento de su casa desocupada cerca del puerto. Si algo salía mal siempre podrían volver. Haluk nunca agradecería lo

suficiente el ofrecimiento el apoyo de su amigo.

Por los espías de Bat-Erdene no debían preocuparse, tal y como lo tenían planeado estos verían volver a Haluk a la fortaleza después de su cena con Akasma, envuelto en su muceta púrpura, como le correspondía por rango, sin cubrir la cabeza y siempre acompañado por su escolta que lo habría estado esperando en la puerta de la *Güller Emlak*, la Finca de las Rosas, observando como poco después entraba de nuevo en su casa de la muralla, con lo que darían por cerrada la jornada. En nada les llamaría la atención que Rüzgar, vestido con sus emblemas de segundo en la plaza y cubierto con su casulla negra ribeteada en oro, saliera minutos después, la capucha echada por el frío y la humedad, para su habitual control de la guardia.

El verdadero Rüzgar, que ya se encontraría con esa misma vestimenta oficial pero en el barrio de pescadores, oculto con la familia de Haluk, no se vería comprometido, ya que las ropas que le prestaba a Haluk embarcarían con él y esas pruebas viajarían tan lejos como su amigo, por lo que nada había que temer. Él, como nuevo *noyan* de la plaza después de la huida de Haluk, organizaría a la mañana siguiente la búsqueda del desertor, pero en dirección contraria, hacia el norte, en busca de la caravana del Clan de Banu, donde el sentido común orientaría la búsqueda.

Lo cierto es que nada hubieran podido hacer sin el concurso de Rüzgar, aquel amigo de la familia que también pidió matrimonio a la Rosa Blanca antes de que Haluk le propusiera relaciones, aunque nunca, ni Rüzgar ni Akasma, se lo dijeron a Haluk, no era necesario, Rüzgar había desistido definitivamente cuando pudo comprobar que Akasma solo tenía ojos para Haluk.

La razón para elegir esa misma noche como la propicia para la huida lo fue por sincronizar las maquinaciones de Haluk y Rüzgar con el éxodo del Clan, planificado para ese mismo día. Por otro lado Banu no hubiera consentido jamás el irse sin su hija, aunque también comprendía que si Akasma se unía a ella en Urfa para iniciar la marcha resultaría muy difícil que se incorporaran a la caravana Haluk y su familia, si no imposible, así que la Señora modificó sus planes iniciales para ajustarlos al nuevo objetivo.

En aquellos momentos Banu ya habría marchado, de hecho lo estaría haciendo desde el mismo momento en que el palanquín de Akasma salía de Urfa, haría unas dieciocho horas, la excusa habría sido de conocimiento público pues ya se habría encargado la corte de Banu de difundirlo a los cuatro vientos, todos en Urfa habrían oído de una u otra manera que Mahmud

estaba de camino a Urfa y que la Señora se negaba a la humillación de que aquel disfrutara viéndola marchar.

La pequeña flota de Banu estaba atracada desde hacía semanas en un amplísimo ensanchamiento de río Éufrates aguas arriba de Halfeti, cerca de Bozova, al norte de Urfa, donde ya el río hacía frontera con la provincia de Adiyaman, allí estaban, ocultos, las *dahabiyas*, los barcos fluviales del Clan y ya estaban prácticamente cargados con todos los bienes que no quería dejar, entre ellos su inmenso joyero. Hacía semanas que Banu mandó transportarlos, poco a poco, día a día, sin que nadie lo notara. Todo el mundo creería que el convoy se había diseñado en cabalgaduras para aprovechar los valles fértiles hacia el norte, los acólitos del Clan habrían difundido la noticia de que ‘La Señora’, ante la forzada marcha, había facturado su flota, vacía de contenido salvo la mínima tripulación, dirigiéndola hacia el sur para su venta en los astilleros del puerto de Basora, la ciudad de partida del mítico Simbad.

Banu pronosticó lo que podía ocurrir y adelantó acontecimientos. Lo que no imaginaba era que su previsión coincidiría tan enormemente con los planes que ese mismo día había cerrado con su hija, de hecho no le quedaba prácticamente nada que trasladar a las *dahabiyas*, así que, para convencer a las gentes del *Ilkhan* que salían hacia el norte en caravana, hacia Georgia, la antigua Cólquida, dispuso sí una expedición cargada hasta los topes, pero de escombros, de alforjas repletas de piedras y arena con algunas pertenencias en la parte superior, a la vista.

Y la gran caravana salió de Urfa viendo todo el mundo como comenzaba su éxodo con cargas tan pesadas que los caballos humillaban. Todos pudieron ver cómo huía con las pertenencias que alcanzaba a llevar a lomos de las cabalgaduras, el resto, pensarían los lugareños, habría quedado en la mansión esperando la llegada del *Ilkhan* Mahmud Ghāzān, que todavía se encontraba de camino pero a punto de llegar a la capital de la provincia. Poco después, solo pisar el desierto, las alforjas se vaciaron y las cabalgaduras sintieron que les ponían alas en los cascos, de modo que en menos de ocho horas ya se encontraban todos a bordo de las falúas.

El embarque no se hizo en el valle de Bozova, donde era probable encontrarse con testigos, sino entre este y Yalintas, en una orilla insulsa, lejos de miradas indiscretas. La flotilla del Clan Özkam salió del ensanche de Kara Baba y enfiló la corriente del Éufrates aguas abajo, de vuelta hacia Halfeti, pasarían frente a su puerto, en el lado oriental del río, ya de noche, y lo harían poco a poco, de dos en dos, habiéndose detenido previamente en la revuelta

de Kasaba, unos kilómetros antes. Una vez pasada Halfeti la flota seguiría hasta la desembocadura del afluente Erenköy, cerca de Ayran, después de la hoz que seguía al puerto de Halfeti navegando con la corriente.

El plan marcaba que una vez en la ensenada del Erenköy esperarían la llegada de la gran falúa de Akasma, un barco de tres palos capaz de albergar a su hija, Haluk y su familia, y a la escolta de doce hombres y seis mujeres que asistían a la Rosa Blanca. La *dahabiya* era rápida, por sus tres velas, y río abajo podría unirse a la flota una media hora después de zarpar, es decir, el plan original de Haluk y Rüzgar de escapar con un barco de Akasma se llevaría a cabo, pero con una importante novedad surgida tras las negociaciones hechas con ‘La Señora’ ese mismo día, que poco después, dos meandros después se sumarían a la flota de Banu que les estaría esperando. Unidos al Clan seguirían navegando bajo su protección en busca del Shatt al Arab, el gran río que nace después de unirse el Éufrates con el Tigris, pasarían cerca de la abasí Baghdad y por Basora y, finalmente, desembocarían en Al-Bahr al-Farsi, el *Sinus Persicus* romano, el golfo Pérsico.

Cuando la flota de Banu zarpó desde la región de Bozova Akasma todavía se encontraba a medio camino de Halfeti, volviendo de la cita con su madre, de modo que la flota podría estar en el punto acordado a la hora prevista, una hora después de la medianoche.

Haluk estaba nervioso, su madre y su familia hacía horas que estaban cerca del puerto, desde la mañana, antes del cambio de guardia del mediodía. Se encontraban en la casa vacía que Rüzgar tenía en el barrio de pescadores. Así como él era hebreo y Bat-Erdene mongol, Rüzgar era anatolio, su familia era precisamente de Halfeti, donde finalmente el servicio había llevado a su amigo, pero sus padres habían muerto hacía tiempo y solo le quedaba de ellos la casa familiar. Allí se había ocultado Betsabé, Noa y Tarkan.

Esa misma mañana, al amanecer, Haluk se despidió de su madre y de su hermana del modo casi ya ritual en como lo hacía cada vez que salía de campaña, que iba a la batalla, aunque ahora la razón era de mayor importancia para los intereses familiares y menor el tiempo de la separación, tan solo doce horas. El amor maternofilial se pesaba a manos llenas, Haluk daba gracias por la vida que le había dado y por todo lo que siempre había hecho por él, por su parte, Betsabé, a pesar de la falta de Jadash y de Lemuel, el padre y el hermano de Haluk, daba gracias a Yahveh por lo bien que les había ido en aquel mundo tan convulso en el que les había tocado vivir, pero, sobre todo, agradecía a Dios que su Ariel hubiera encontrado por fin el amor conyugal en aquella bella de cuerpo y de alma, la joven hija de Banu. Con una tierna imposición de manos sobre la cabeza de Haluk, la mujer terminaba el ritual de la despedida bendiciendo a su hijo por haber sido a la vez el padre y el hermano que faltaron, por haberlas defendido de toda adversidad y por ser, en un mundo impío como aquel, esa persona noble que su padre le inculcó.

Después de las emotivas despedidas, pero antes de que marcharan y de perderlas de vista por entre el mercado levantado a las puertas de la fortaleza, Haluk les recordó de nuevo el plan; los tres, incluso el pequeño Tarkan, asentían ya con la lección aprendida, pero con igual interés. Debían adquirir comida y bebida en el zoco, solo para ese día, así como algo de ropa de abrigo, la noche en el desierto era muy fría, especialmente sobre el río en el

que iban a navegar, si sacaban esas prendas en aquel momento de la casa en la fortaleza, con el sol dominando la escena, resultaría sospechoso, pero si las compraban podía pasar por una transacción corriente; Betsabé y Noa, madre y hermana del jefe militar de la plaza, comprando ajuar en el mercado, algo de lo más normal. En el barrio pescador les esperaba Rüzgar, su amigo del alma, él sabría cómo introducirles en la casa sin ser vistos, pero antes pasarían por el muelle, señalándole el lugar donde atracaría la gran falúa de Akasma y la pira donde deberían esconderse una media hora antes de la partida. El amigo de Haluk volvería a la fortaleza después de acomodarlas, pues no podía abandonar sus ocupaciones habituales, pero al caer la tarde regresaría a la casa de sus padres para reunirse de nuevo con ellas y ya cenar juntos mientras Haluk lo estaría haciendo con Akasma.

La casa de Rüzgar estaba al final del barrio mariner, algo lejos del muelle litoral, así que Haluk y su amigo estuvieron pensando cómo hacer para que aquella aproximación al muelle a la hora de embarcar resultara fácil para su familia, a la par que oculta, y Rüzgar, ‘El Viento’, en el idioma de los turcomanos, propuso hacer uso de la madera apilada en el muelle para la construcción de una pira funeraria. Uno de los escribas del *Ilkhan*, Otgonbayar, una importante figura de la aristocracia mongol, aunque prácticamente exiliado en aquel rincón del país por su resistencia a convertirse al Islam, había fallecido un par de días antes. El día pensado para la huida de Haluk era el tercero del velatorio, con lo que a la mañana siguiente, pasada la noche en la que el capitán huyera con su familia y con Akasma, los familiares del escriba real procederían a la incineración del viejo Otgonbayar siguiendo el rito budista que profesaban. Pidieron en su momento el oportuno permiso a Haluk, el *Noyan* de la ciudad, y aquel se lo concedió, dejando a su amigo y segundo en la plaza que continuara con los trámites, como era lo corriente para todas las concesiones, por eso Rüzgar había supervisado el levantamiento en la explanada del muelle de aquella pira funeraria de apretados maderos y de mayor altura que un hombre subido a otro. En el centro de la pira quedaba un hueco, justo para tres personas, Rüzgar se había ocupado de ello alegando un mejor tiro. Solo un madero cruzado permitía entrar a las entrañas de la pira y Rüzgar sabía exactamente cuál era y como se desencajaba.

Que la familia de Haluk estuviera en aquella casa y aquel barrio mariner, lejos de la fortaleza y en la misma ribera que el muelle, era importante, muy importante, ya que Haluk no hubiera podido sacarlos de la fortaleza a la

medianoche sin ser vistos, pero el problema era ahora como acercar a los tres familiares al muelle sin que tuvieran que quedar esperando al raso, a la vista de quien pudiera pasar, esperando el ataque del barco albi azul de Akasma, y la idea de Rüzgar era sacarlos de la casa poco antes de la medianoche y esconderlos de inmediato en la oquedad de la pira que él mismo había hecho preparar, allí esperarían, ocultos, el furtivo ataque de la *dahabiya*, embarcación que no podía estar fondeada en el muelle con antelación ya que hubiera levantado sospechas dado que Akasma disponía de embarcadero propio en la Finca de la Rosas.

El paseo de la familia hasta el muelle sería rápido, aunque tranquilo, a esas horas los pescadores dormían desde al menos cuatro o cinco horas antes, poco después de que se pusiera el sol al otro lado del río. Rüzgar les estaría esperando en la explanada ya que habría salido antes para inspeccionar la zona, y sería él quien separaría el palo que hacía de puerta e introduciría en la pira a Betsabé, su hija y el nieto, probablemente dormido en los brazos de Noa. Así esperarían la llegada del barco de Akasma. Él, en el exterior, alegraría encontrarse de inspección en el muelle en el improbable caso de que alguien lo encontrara allí a aquellas horas. A la llegada de la *dahabiya* los liberaría para que embarcaran. Si todo estaba bien sincronizado Haluk, disfrazado de Rüzgar, llegaría al mismo tiempo, para ello debía salir de Rumkale a medio dedo de su clepsidra, que era idéntica a la que usaba Akasma y a la que había en la casa de pescadores de sus padres, pues ya se ocupó Rüzgar de ello; clepsidras que todos volcarían justo en el instante en el que se pusiera el sol esa tarde, cada cual activándose en la marca que le correspondía. Por su parte la pira se iba a usar a la mañana siguiente, con lo que no quedaría rastro del posible acomodó de alguien en sus entrañas la noche anterior. La incineración se produciría al amanecer y la voz de alarma de la ausencia del *noyan* Haluk no saltaría hasta bien entrada la mañana, pues nadie se atrevería a entrar en sus aposentos hasta el momento de la revista de la guardia, como muy pronto.

Los tiempos coincidían a la perfección y todo había quedado impecablemente planeado, pero aun así a Rüzgar, que se encontraba entonces con su amigo Haluk en la terraza de sus aposentos, sobre las murallas, esperando el aún tardío ocaso, le preocupaba una cosa y era que desde la explanada del muelle, que parecía la platea de un anfiteatro, no se veía si alguien les observaba desde las casas de aperos, situadas como gradas en el semicírculo que protegía el pequeño puerto, por ello tomó una resolución que

propuso de inmediato: él, Rüzgar, pasaría de camino al barrio de pescadores por la zona de las casas de aperos, para ubicar desde que lugares se veía la parte de la pira por donde iba a introducir a la familia de Haluk. Por último pidió a Haluk que no accediera directamente al puerto desde la fortaleza, en línea recta, sino que lo hiciera por el norte, bajando primero a la ribera del río y luego, siguiendo la orilla, entrar también a la explanada por aquel lado. La razón estribaba en que cruzar la ciudad desde Rumkale hasta el muelle era muy arriesgado pues pasaría por el mismo centro del pueblo, por las tabernas, donde siempre había soldadesca noctámbula. De la requisita de las gradas donde se ubicaban las casas de aperos ya no debía preocuparse pues sería él, Rüzgar, quien se ocuparía, como le acababa de explicar.

Un soldado llamó entonces a la puerta de la sala, algo tan habitual tensó los músculos de ambos guerreros, tal era la ansiedad que comenzaba a embargarles en aquella noche crucial, el soldado, un cadete imberbe, nervioso ante la presencia del alto mando, comunicó que un heraldo de Akasma traía una invitación para el *noyan*, Rüzgar y Haluk se miraron y fue el primero quien ordenó al guardia que rápidamente hiciera subir a aquel mensajero, a pesar de que la misiva la traía el soldado en sus temblorosas manos. El joven recluta subía poco después acompañando a una bella criada de Akasma, a la que conocían ambos amigos. El centinela sí entregó esta vez el papiro mientras la criada procedía a la invitación de viva voz. Todos escucharon que la Rosa Blanca convocaba a Haluk, el *Noyan* de Halfeti, a cenar en el *Saray*, el palacio de su Señora. Ambos amigos sonrieron y Haluk despidió con una propina en forma de flor a la criada y con un saludo brazo en pecho al satisfecho soldado. La confirmación de que se iban esa noche y de que lo hacían junto con Banu se había materializado en una invitación con voz femenina.

Rüzgar abrazó emocionado a su amigo, aun así su sonrisa no fue del todo abierta, el segundo capitán continuaba preocupado por algo. Haluk, advirtiéndolo, le preguntó por ello y su amigo le respondió con otra pregunta, Rüzgar le interrogó al respecto de la parte del plan que desconocía, de cómo iban a reunirse con Banu, pero Haluk, más ignorante que cauto, le contestó que lo desconocía ya que esa parte correspondía a Akasma y no tuvieron tiempo de hablarlo, solo sabía que la gran falúa de Akasma estaría en el muelle a la hora convenida, que luego se unieran o no al Clan de su madre y donde o cómo debía producirse no le preocupaba, esa fusión le traía sin cuidado.

Rüzgar, todavía inquieto, dio algunos pasos por la sala. El lugar, en las mismas murallas de la fortaleza y sobre la misma puerta principal, era a la vez sala de audiencias y vivienda de Haluk. A la primera pieza, donde se encontraban y en cuya puerta poco antes llamó el soldado con las buenas nuevas, se accedía por unas escaleras intramuros cuyo primer escalón se encontraba junto al Cuerpo de Guardia. Más adentro y separadas por grandes cortinajes se hallaban el resto de las habitaciones: la alcoba de Haluk a la izquierda y a la derecha las de su familia, ahora vacías. Una puerta de doble hoja, al fondo de la vivienda, abierta de par en par en esos momentos, daba paso a la terraza a la que ahora se dirigían los pasos pensativos de Rüzgar siguiendo a Haluk, que miraba al frente, también meditabundo, sabiendo que aquella era la última vez que vería aquel horizonte de poniente y aquel ocaso sobre el Éufrates. Viendo el río a los pies de Halfeti, al pueblo a los pies del castillo, y al Rumkale a su pies. Viendo todo lo que dejaba.

Rüzgar levantó la vista mirando igualmente aquel sol ya enrojecido sobre el desierto, más allá del río. Tras unos segundos compartiendo el silencio finamente volvió a hablar para plantearle otra duda a Haluk, le interpeló al respecto de si lo que había escuchado, que Banu había salido de Urfa en caravana montada y hacia el norte, era cierto. Haluk persistió en su ignorancia y Rüzgar le hizo notar que, si aquello era cierto, para que luego pudieran unirse a Banu, pues eso es lo que se desprendía de la anterior invitación por un heraldo mujer, les tocaría navegar corriente arriba hasta llegar a al ensanchamiento de Kara Baba, donde empalmaba el camino de la seda, único que podían seguir en esa dirección y por donde debía ahora cabalgar Banu y su séquito. Insistió el segundo capitán en ello, en que intentara recordar si Akasma le había dicho algo de eso, simplemente para no ir en esa dirección en su busca por la mañana, cuando tuviera que organizar la partida al darle como desertor. Pero a Haluk poco le importaba eso, dónde y cómo le daba igual, solo deseaba irse con su amada y esa parte del plan ya no la viviría en sus carnes, le propuso pues que comenzara la batida registrando el mismo pueblo y ya al atardecer partiera con un destacamento hacia al norte, eso les daría un buen margen si es que a ese norte era a donde tenía planeado Akasma y Banu dirigirse. Así que asunto cerrado.

Ni Rüzgar ni Haluk lo sabían, pero la estrategia de Banu estaba dando sus frutos, su marcha a caballo hacia el norte había dirigido hacia ese punto cardinal las miradas, cuando en ese momento la flotilla de Banu ya se estaba preparando, en cuanto cayera la noche, para rebasar Halfeti hacia el sur.

Tomaron la última infusión antes de que Rüzgar saliera para visitar las casetas de aperos, donde los marineros guardaban las artes de pesca, y para esconderse después en la casa de sus padres y hacer la última cena con la familia de su amigo. Al calor del negro y fuerte líquido, del último café con su amigo, Haluk abrió el corazón a Rüzgar. El *Noyan*, a pesar de que se lo ocultaban, sabía que su amigo estaba, como él, como el mismo Bat-Erdene, enamorado de la misma mujer, por eso, que su amistad hubiera persistido indemne y que ahora le ayudara a escapar, con ella, le llenaban la boca de reconocimientos y el alma de felicidad, de orgullo por haberlo tenido como amigo. Haluk y Rüzgar, más que amigos, se fundieron en un largo abrazo. Y Rüzgar partió.

La noche estaba cayendo y poco después Haluk tendría que salir, con su escolta, para dar cumplimiento a la aceptación de su cena con Akasma; una cena que se acompañaría de amor y de pasión, la última en aquellas tierras y casi la primera de su nueva vida. Después de la cena volvería a la fortaleza, acompañado por sus guardias, a la vista de todos aquellos que lo advirtieran entrando en la fortificación, pero poco después volvería al muelle por la ribera norte del río, Rüzgar le estaría esperando al tiempo que sacaba a su familia del escondrijo mientras que la popa de la falúa de Akasma, que atracaría de espaldas para partir de inmediato, tocaba el muelle. Lo tenían perfectamente cronometrado.

Miro la clepsidra, cuya manufactura se repetía idéntica en la casa de pescadores de Rüzgar, donde ahora esperaba su familia, y en el salón del palacio de Akasma, adonde se dirigiría en breve. Calculó que le quedaba una hora todavía para salir hacia la finca de su amada, así que aprovechó y mandó que le prepararan un baño perfumado. Quería ser el hombre más apetecible aquella noche para la rosa blanca con la que iba a compartir su vida. Mientras llenaban de esencias la pequeña alberca el hombre siguió sentado en la terraza, mirando hacia el oeste. En cuanto el sol emitió su último rayo dio la vuelta a la clepsidra.

Unos golpes en la puerta sacaron a Haluk del ensueño. Después de dar el consentimiento entraron en la alcoba un grupo de asistentes y ayudaron a salir a su *noyan* del baño al tiempo que lo arropaban con el lino con el que comenzaron a secarle. Haluk casi se había dormido en aquella agua tibia que mitigaba el calor del día y templaba para el venidero frío de la noche, recostado en el ancho pero poco profundo estanque obrado en la habitación. Como en un seno materno, en la templada ingravidez de la lámina de agua, sujeta la cabeza por la nuca con un horcate de pulida madera fijada al borde de la alberca, el guerrero revivió las noches de amor pasadas con su adorada. Ahora, mientras le aseaban, en pie sobre el hueco zócalo de piedra, calentado en su interior con brasas y cubierto de pieles, como un pequeño hipocausto, continuaba absorto, sin perder el hilo de sus ensueños.

Recordaba cómo se enamoró de Akasma solo pisar Halfeti. Antes incluso, por lo mucho que le habían hablado de la Rosa Blanca. Hacía poco más de un año que llegó delegado a la ciudad, llegó por el este y, como era su costumbre, rodeo toda la ciudad antes de entrar en ella. Cuando pasó junto a la Finca de los Rosales se quedó, como su séquito, completamente maravillado, boquiabierto ante lo que estaba contemplando, un espectacular campo verde de tierra alfombrada de una extraña hierba corta y rasurada como nunca había visto. Sobre ellos, en ordenadas filas, alineadas matas de rosales en una especie de vallados paralelos saturados de rosas trepadoras.

No pudo sino detener la escolta y apearse del caballo para acercarse a ver, a tocar, a oler aquellas bellísimas flores. Aunque había tanto blancas, como amarillas y anaranjadas, todas preciosas, destacaban sin parangón las rojas, unas rosas escarlatas, rubí, rosas del color del vino, de la sangre recién vertida, con los pétalos vestidos de un terciopelo tan nutrido que la luz se confundía provocando sombras que todavía las hacían más hermosas. Haluk arrancó una de cuajo y al hacerlo una dura espina se le clavó dolorosamente en la palma de la mano. El *Noyan* soltó furioso la flor que cayó sobre el

manto de hierba. Iba a pisarla, como castigo por su osadía, y por hacerlo delante de sus hombres, que escondían sus risas con la mano. La sandalia del capitán se alzaba ya para cumplir la sentencia cuando una pequeña mano blanca, casi transparente, recogía la rosa del suelo apartándola de la trayectoria del pie verdugo. Haluk giró el rostro furioso hacia quien se atrevía a desafiarle, pero ya sonaba una voz dulce y sonora como un riachuelo que le amonestaba, que le regañaba diciéndole que las rosas no se arrancan, que se cortan, después de pedirles perdón. Por eso la flor se había vengado, afirmaba la joven, y por eso ahora su mano derecha le sería inservible durante algunos días. Haluk miró instintivamente su mano antes de a quien la maldecía. La sangre ya se había detenido y un levísimo orificio se veía en la palma. Se giró definitivamente entonces, orgulloso, en busca del rostro de quien le reprendía, con intención de humillarla, pero la luz de una verde mirada le cegó la vista. Y el alma.

Akasma vestía aquel día como le gustaba hacerlo, de blanco. Los ropajes externos, por lo general poblados de pesados bordados y de pedrería, eran en aquella joven telas casi vaporosas, bordadas finamente, con elegancia, sin parafernalias. El tocado era breve, también blanco, como su piel, y dejaban ver el rojo fuego de su pelo recogido. La joven le sonrió después de la amonestación y rauda una criada, de finos pero fibrosos músculos, claramente una guerrera, aunque disfrazada, se interpuso entre él y su Señora y, en su nombre, preguntó quiénes eran y que hacían en aquella finca privada, mientras ya se escuchaban llegar los cascos de unas monturas y se adivinaban los uniformes de los soldados a sueldo de la propietaria de los rosales.

Haluk ordenó a los suyos que relajaran la tensión de sus arcos. Mal empezaba sus días en aquel lugar si lo hacía con una pendencia. Y contra la persona de la que ya se sabía perdidamente enamorado. Akasma no se movió un ápice durante el conato de escaramuza, permaneció segura, con una sonrisa en los labios y dejando hacer su trabajo a la asistente. El *Noyan* no esperó más y se presentó primero, en contra del privilegio que le daba el rango y la fuerza, pero no le importó. Akasma no consintió ya que marcharan hacia la fortaleza sin refrigerarse con té helado de manzana y *dondurma*, el denso helado que solo ella era capaz de hacer en aquellas latitudes.

El capitán volvió a la finca dos días después de aquel encuentro. Su mano derecha se había hinchado y le dolía y palpitaba sin cesar. Como maldijo Akasma nada podía hacer con ella, ni comer, ni repasar cuentas, ni, por supuesto, usar la espada o el arco. La joven le instruyó en las razones de

aquella inflamación y de sus remedios, nada tenían que ver con la hechicería ni con las maldiciones, aquellas rosas eran tan bellas por la riqueza de la tierra, elementos que corrían por la sabía de sus flores pero que, como las adelfas, de tocar carne abierta producían aquellos males. El remedio consistía tan solo en untar la herida con la arcilla de la misma orilla del río. Y ella se prestó a hacerlo. Y después se quedó a cenar. Y la vida le cambió a Haluk para siempre.

El *Noyan* de Halfeti volvió casi a diario a *Güller Emlak*, la Finca de las Rosas. A nadie le extrañó, unos porque veían irremediable la relación entre las dos personas más importantes del municipio, atractivas ambas, poderosas ambas, otros, muy pocos, sabedores de las intrigas políticas, pensaban que su *Noyan* no estaba sino cumpliendo lo mejor posible la misión que le encargara el general, desde dentro.

Akasma nunca quiso contarle a su amante que Bat-Erdene la perseguía de continuo proponiéndole matrimonio, cada vez que iba a ver a su madre a Urfa, lo que ocurría al menos dos veces al mes, aquel general la atosigaba, incluso llegó a amenazarla, pero eso tampoco se lo contó a Haluk, como igualmente no se atrevió jamás a expresarle que había detectado como su segundo y amigo, Rüzgar, la miraba con el mismo deseo, ni tan voraz y hostil como Bat-Erdene, ni tan tierno y pasional como Haluk, pero aquel capitán también la deseaba, quizá, incluso, se hubiera enamorado.

Los días pasaron sobre el inusitado verde césped de la finca de los rosales, adonde Haluk acudía de continuo. Una tarde, Akasma le preguntó por su familia, de ella él ya lo sabía todo, pero no al contrario, y cuando Haluk le contó a su amada sus orígenes y como le seguía lo que quedaba de su parentela allí donde le llevaba el destino, Akasma no lo pensó y a la mañana siguiente ya fue a visitarlas.

La relación se destensó muy pronto y acabó trabando una sincera amistad tanto con la madre, Betsabé, como con la hermana de Haluk. Cuando nació el pequeño Tarkan, así como cuando se ahogó el marido de Noa, Akasma lloró y vivió la intensidad de cada momento en comunión con aquella familia. Así las cosas y con el paso de los días se podría decir que prácticamente Haluk y Akasma estaban desposados y compartían la familia, la del esposo, como era lo habitual, solo que vivían separados.

Haluk insistió en trasladarse a la Finca de las Rosas, incluso alegó que ello reportaba la ventaja de trasladar también a su escolta, con el incremento de la seguridad para la finca que ello suponía, pero Akasma siempre se negó,

incluso el amor que se profesaban no superaba una hora más allá de la cena, Haluk siempre tenía que volver a su lecho en las murallas de Rumkale. Akasma si pasó contadas noches en la fortaleza, auxiliada en la entrada por Rüzgar, medio a escondidas, ya que eso contradecía el reglamento creado por el mismo Bat-Erdene. Pero esos encuentros clandestinos fueron pocos, ya que la joven decidió no repetirlo, no tanto por el peligro que suponía enfadar al despiadado general como por el sufrimiento que había visto en los ojos de Rüzgar cada vez que la entregaba en la alcoba de su jefe y amigo.

El tirón de la correa ajustándola a la cintura, que realizó con fuerza el chambelán después de terminar de vestir a su *noyan*, sacó a Haluk del trance en el que se encontraba. La hora de la última cena en Halfeti había llegado. La escolta le esperaba en la puerta, en el exterior. Haluk bajó de tres en tres los escalones, cruzó el arco de la entrada, saltó sobre su caballo y se dispuso en el centro del convoy. Al trote salieron camino de *Güller Emlak*, la Finca de las Rosas, como tantas veces, solo que ahora azuzaba a su caballo con algo más de pasión hasta el punto de que la escolta tuvo que arrear a medio galope.

Pasando por el extremo norte de las murallas, donde se encontraba el segundo cuerpo de guardia, creyó ver la escolta de Bat-Erdene, al menos una de las monturas que abrevaba en sus cuabras llevaba sus colores, dorado y granate, pero no le dio importancia y siguió galopando con brío para llegar cuanto antes, cenar con su amada, amarse y terminar de escuchar de boca de Akasma la continuación del plan de huida, aquello que le preguntara Rüzgar y que desconocía. Con el estómago lleno, el ansía de amar satisfecha y el final del plan memorizado, solo restaría volver a la fortaleza a esperar los diez minutos previos a la medianoche.

Akasma estaba llegando a su palacio con el tiempo justo de ordenar en cocinas la preparación de la cena y de ultimar, también con el servicio, el plan de huida. Todos eran gente del Clan y cada cual tenía su encargo específico, así, antes de entrar a la ciudad, el *Kaptan* de sus *Bashi-Bozuk*, sus mercenarios, que había salido más allá de las puertas de la ciudad para recogerla, le informaron de que la gran falúa estaba pertrechada y dispuesta en el embarcadero, solo faltaba que ella, Akasma, embarcara sus objetos personales.

Ya en el camino de entrada a su gran parcela, que cruzaba el lado norte de la finca desde el río, la hija de Banu iba fijándose más que otras veces en la belleza del lugar, ahora que lo iba a perder. Siempre se valora lo que se posee cuando se pierde, pero mucho más cuando lo que se deja ha costado mucho de crear y, sobre todo, cuando lo que se desvanece es de una hermosura sin igual. En aquel semidesierto, Akasma había levantado un vergel con el solo aprovechamiento y canalización adecuada de las aguas del río, técnica que consistía en hacerlas discurrir por cauces de barro cocido y perforado en su base de modo que el líquido se filtraba gota a gota a los pies de los cultivos, método que transmitió a las agradecidas gentes del pueblo. Lo que jamás desvelo fue el secreto de sus rosas y es que, ni queriendo, hubieran podido lograrlo, hacía falta un don que solo ella y los suyos poseían.

Al fondo se veía el *Saray*, el palacio que mandara construir su madre Banu cuando su hija decidió emanciparse. Las luces de las antorchas y el fuego griego en las grandes jofainas exteriores permitían ver oscilante, bailando al son de las llamas, la belleza de una construcción que imitaba en su planta a las egipcias. Akasma miraba incrédula lo que iba a abandonar y algunas lágrimas escaparon del verde mar de sus ojos. La pena por renunciar a aquel lujo ganado a pulso la embargaba, pero mayor tristeza le producía saber que el cruel Mahmud se quedaría con todo. Les quedaba el consuelo de saber que dejaban al pueblo, a sus gentes, los conocimientos que con ella llegaron,

como el agua vertida gota a gota en largas líneas de acequias, o como aquel fuego que iluminaba los aledaños del palacio, aquel fuego griego, el petróleo, que antes usaban solo como betún.

El paseo terminó con la última losa del camino, una vía empedrada al modo romano. Por fin entró en el vestíbulo del palacio después de pasar junto a las altas columnas pintadas de rojo bermellón que soportaban el dintel del acceso principal, iba a ordenar las primeras tareas a su primera dama, que salía a recibirla, cuando notó en ella un gesto severo y preocupado. La asistente se disponía a hablar cuando alguien se le adelantó desde detrás de los cortinajes que daban paso a la sala de audiencias, era la voz de un hombre.

El *kaptan*, jefe de la guardia, que escoltaba a la Rosa Blanca desde su entrada en la ciudad, torció enfadado el gesto al ver que alguien se había colado en el palacio sin su consentimiento, miró con desprecio a los hombres que tenía ya apostados en el interior del palacio y comenzó a desenvainar el *kiliç*, su embellecida espada turcomana. El largo siseo metálico al desenvainar, propio y único de esa acción, que todo guerrero conocía y ponía en guardia, se escuchó como campanas en aquel ambiente tenso y silencioso. La voz tras las telas se presentó de inmediato y, al escuchar su nombre, el capitán de los soldados de Akasma deshizo el gesto, envainando de nuevo su cimitarra. Allí, en medio del salón de recepciones, en pie, orgulloso, se encontraba Bat-Erdene.

La sorpresa retiró el habitual rubor de las mejillas de Akasma, pero no cambió el rictus grave de la Señora que ordena y manda en su casa y continuó su decidida entrada como si aquella visita no le importara en absoluto, es más, como si le fuera indiferente, aunque se dirigiera al encuentro de la molesta visita. El gesto era seguro, pero realmente la contrariedad bullía en su interior, faltaba menos de una hora para que llegara Haluk a cenar. Akasma pensó rápido, mientras los decididos pasos del General se acercaban sin remedio, en pie, seria, como si no le importara el encuentro, rogando para que aquellos segundos se convirtieran en horas con las que reflexionar.

Podría avisar a su amado, pero el *kaptan* le acababa de informar al oído, mientras se deshacía poco antes de la capa cubierta del polvo del camino, que la escolta de Bat-Erdene se acababa de apostar frente a las puertas de la Finca de las Rosas. Si enviaba un correo a Haluk sería seguido con toda seguridad. En los últimos pasos del General tomó aire y se dejó llevar, Haluk era un hombre inteligente y sabría cómo reaccionar, lo importante ahora era seguir

con el plan sin emitir la más mínima señal que Bat-Erdene pudiera advertir, aunque se quedara a una velada a la que no tendría más remedio que invitarle, a la postre tres horas antes de la medianoche la cena habría terminado y cada cual volvería a sus aposentos, el General a los que siempre tenía reservados en la torre del Rumkale. Todo estaba bien. Había que mantener la calma. Lo único preocupante era que la escolta del *Boyan*, del general, practicara un refuerzo de la guardia nocturna municipal, lo que no era probable.

Casi una hora después del sorpresivo encuentro, cuando Haluk pisaba los aledaños de la Finca de las Rosas, Akasma ya llevaba más de veinte minutos conversando con Bat-Erdene en la sala hipocaústica de recepciones, con un *çay*, un té negro, cada cual entre las manos. El resto del tiempo lo había invertido la joven en bañarse y cambiar sus ropajes polvorientos, así como para ordenar a sus sirvientas que añadieran una bandeja más a la mesa del triclinio, del comedor, pero también para que retiraran las *Velas de Cleopatra*, las afrodisiacas velas bañadas de aceite de rosas del Cáucaso que también ella cultivaba a pesar de la lejanía con aquella región georgiana. Las velas eran solo para ella y para Haluk, lo último que deseaba era que Bat-Erdene se embriagara con su aroma.

En el momento en el que un soldado de Bat-Erdene entraba en la sala de audiencias para anunciar sin reparos a su *Boyan* que Haluk ya se adivinaba en lontananza, el general estaba reiterando su inagotable petición de matrimonio a Akasma, especialmente ahora que se quedaba sola ya que su madre, Banu, había decidido sabiamente marchar de Anatolia y ya viajaba hacia el norte, camino de las tierras del vecino y antiguo súbdito del *Ilkhan* y hoy rebelde Deméter II, el rey ortodoxo de Georgia, que le daba paso libre hacia Valaquia, la zona de los Cárpatos todavía no conquistada por los mongoles. Akasma, como las otras veces, como siempre que aquel lo intentaba, no rechazó la oferta de matrimonio, simplemente obvió el comentario. Respecto a lo de la hégira de su madre hacia el norte ni confirmó ni desmintió, lo que entendió el *Boyan* como un asentimiento; eso sí, hizo ver claramente que ella no pensaba marcharse de Halfeti, lo que había discutido con su madre, comentó, aquel mismo día.

Akasma, a pesar de tener a Bat-Erdene cara a cara y con el riesgo de que algo se evidenciara en su gesto, no podía dejar de pensar en la ofensa que la huida supondría para el General, el chasco de verse privado de ella en cuestión de horas, cuando el próximo sol le despertara con la noticia. Seguro desataría sus crueles demonios internos y saldría en su búsqueda, rojo de ira,

con aquellas orejas de *Yinn* más afiladas todavía, si ello era posible, con el ánimo de venganza babeando desde su boca rabiosa. Pero ya estarían lejos, muy lejos al sur, y no al norte. No obstante, si de todos modos la trepa no surtía efecto y les daban alcance sería ya, cuando menos, en la sureña región del *Sarrín*, en pleno desierto a ambos lados del caudal, donde sus *Bashi-Bozuk*, sus soldados, todos del Clan, podrían plantarles cara, y ya no con las armas de metal, no, ante la ausencia de espectadores harían uso de un armamento que Bat-Erdene no podría olvidar jamás, si es que resistía lo que iría a ver.

Haluk entraba por el camino enlosado de acceso a la finca cuando vio la escolta de Bat-Erdene estacionada frente a la puerta del palacio. El primer pensamiento que se le atravesó al capitán fue que aquel mal nacido sospechaba algo y había llegado para impedirlo, lo que le disparó la testosterona y sus dedos buscaron ya la empuñadura de su cimitarra, pero contuvo el enfado, pudiera ser una simple e inoportuna casualidad, al fin y al cabo siempre que el General visitaba Halfeti visitaba a su vez a Akasma, por otro lado su entrada en escena tampoco tenía por qué generar problemas ya que el hecho de que él, Haluk, se presentara a cenar en casa de la Rosas Blanca era precisamente un modo de cumplir lo que le había ordenado el mismo *Boyan*, además Akasma ya le habría puesto en antecedentes y ambos estarían esperándole, probablemente su amada no le habría enviado recado precisamente para no alertar al inesperado visitante.

Al llegar a los porches tanto la escolta del General como los mercenarios de Akasma se cuadraron para saludarle. Haluk devolvió el saludo al tiempo que contaba mentalmente el número de soldados que formaban la guardia personal de Bat-Erdene. Haluk no había perdido el temple, pero ya hacía planes por si la cosa se complicaba, si así fuera él mismo y los *bashi-bozuk* de Akasma serían suficientes para acabar con aquel pelotón de soldados del *Ilkhan*, y hasta con su propia escolta si fuera necesario, todo se reduciría a una rápida escaramuza, algo de sangre y luego salir navegando a toda vela y con todo remo hacia donde Akasma tuviera planeado, sin esperar ya ni la medianoche. Ya no importaría.

Al contrario de lo que mandaban los cánones castrenses cuando Bat-Erdene vio entrar a su subordinado en el palacio no esperó su llegada hasta él, sino que fue a su encuentro. Los saludos entre Haluk y Bat-Erdene fueron los de cortesía militar, no obstante el *Boyan* abrazó después a Haluk deteniéndose a hablar en el lugar del saludo. El abrazo no respondía a

sentidas emociones, sino a que el General aprovechaba la distancia con Akasma, que permanecía semitumbada en el triclinio romano, para hablar con Haluk en privado.

Bat-Erdene comenzó alabando la buena gestión que Haluk había hecho de sus órdenes, por lo que le adelantaba que ello le supondría un ascenso, pero después de unas semanas, ya que venía con la intención, y aquí bajó todavía más el volumen de su voz, de casarse con Akasma. «La boda se celebrará mañana mismo», le confesó en voz baja. «El *Ilkhan* lo ha aprobado ahora que Banu ya está de camino del exilio», y añadió; «y no es cuestión de perder el tiempo, no sea que Mahmud se arrepienta y la pida para sí ahora que puede gozar de la bigamia que la nueva Fe le ha regalado» Terminadas estas palabras dio por terminado el saludo, giró sobre sus talones y volvió, ya con Haluk tras sus pasos, hacia el fondo de la sala, donde les esperaba la joven Señora

Era evidente que esta revelación no era del conocimiento de Akasma y que el *Boyan* no deseaba que lo supiera, al menos en ese momento, de otro modo no le hubiera contado todo aquello tan rápidamente y en la intimidad del espacio personal, en voz baja. Por otro lado el capitán desconocía de qué habían hablado su amada y su general desde que este se presentara en el palacio, pero desde luego sabía que Akasma no habría consentido en tal propósito, ni siquiera para mantenerlo calmado. En todo caso, meditaba Haluk, aquello significaba cuando menos dos cosas, que Bat-Erdene no sospechaba nada y que habían acertado de lleno en la elección del día, uno más y todo se habría complicado.

La cena transcurrió sin sobresaltos. Haluk y su enamorada no solo no pudieron hablar con libertad, sino que ni tan siquiera se permitieron rozarse la piel o las miradas. Pasada una hora, que Akasma controlaba con la mirada desde la misma clepsidra a la que había dado la vuelta al caer el sol, la joven se levantó y propuso dar por terminada la velada, propuesta que acompañó de despedidas sin opción a enmienda y de su lenta pero decidida retirada a sus aposentos. Que acababa de llegar de un largo viaje desde Urfa y necesitaba descansar, fue la excusa perfecta.

Tanto Haluk como Bat-Erdene se habían levantado al momento en que lo hizo Akasma, unos minutos después ambos estaban ya en la puerta del edificio. Las escoltas formaron a toda prisa, cada cual en el lado por donde se acercaba su protegido. Bat-Erdene, antes de montar, preguntó a Haluk cuál era su plan para esa noche, le habían dicho que Halfeti disponía de un buen

burdel, a pesar de estar prohibido, lo que de todos modos él, el gobernador de la provincia, consentía, en el antro podrían tomar unos vinos, le proponía el General a su subordinado, o unos tragos de *shimiyn arki*, el aguardiente mongol que sus escoltas siempre llevaban en los pellejos, pero Haluk le recordó la reciente conversión del *Ilkhan* al Islam y las consecuencias que ese comportamiento podía tener, no tanto a ojos de Mahmud como a la de sus propios hombres en la plaza, a los que les había prohibido el alcohol, a pesar de sus protestas, además, aunque no lo dijo Haluk en ese momento, el burdel había sido cerrado por él poco después de su llegada, las chicas eran hoy flores, pero en el campo de Akasma ya que trabajaban para ella en el cuidado de las rosas. El capitán propuso ir a la fortaleza a descansar, al día siguiente había que organizar una boda y ya habría tiempo de divertirse.

A regañadientes Bat-Erdene tuvo que aceptar el consejo de Haluk, ya que desde luego no iba a dar por buena la otra alternativa que su capitán le ofrecía, la de visitar los puestos de guardia y saludar y dar moral a sus hombres. Estaba cansado y si no había mujeres ni vino prefería dormir ya que el viaje desde Urfa lo hizo casi todo él al galope pues pretendía llegar a Halfeti antes que Mahmud lo hiciera a Urfa, lo que ya habría hecho en aquellos momentos, todo ello, explicaba a Haluk, para no dar oportunidad al *Ilkhan* de desdecirse, no fuera a ser que le hubieran entrado ganas de ser él, Mahmud, quien se casara con Akasma ahora que no tenía cerca el peligro de su madre, de Banu, a la que el *Ilkhan* temía más que a una tormenta de arena.

Después de trotar en paralelo, las escoltas cruzadas, llegaron a Rumkale. El *Boyan* no paró ni a saludar al cuerpo de guardia de la fortaleza, fue directamente a los aposentos reales, sitios en la interna torre del homenaje, para dormir la media embriaguez conseguida con el sabroso vino que sí había servido Akasma durante la cena. Con él se fue la mitad de su escolta, acomodándose en los bajos de la torre, el resto de sus soldados marcharon a las cocinas para hacerse con algo de *kuzu çevirme* y de *pilav*, cordero lechal asado y arroz con verduras, sobrantes del almuerzo de aquel día, antes de irse a dormir a los barracones castrenses, donde ya se les veía entrar cuando Haluk, nervioso, se asomó a la terraza interior de su habitación donde esperaba, al frío viento de la noche, que fueran diez minutos antes de la medianoche. Faltaba menos de media hora.

En ese mismo instante y en el pequeño puerto fluvial, Rüzgar estaba recorriendo un largo tronco y ayudando a entrar en el mismo a Betsabé, Nora y Tarkan, abrigados con las prendas que habían comprado en el zoco y

cargadas con dos grandes pellejos del fortísimo aguardiente blanco *raki güçlü*, una variante casi pura en alcohol del anisado licor turcomano, un licor que Rüzgar había comprado y escondía en la casa y que insistía las mujeres debían subir a la *dahabiya* de Akasma como regalo para sus hombres, para sus soldados, con los que iban a navegar y a los que convenía tener contentos. Así que, como pudieron, acomodaron los grandes pellejos en el hueco y se sentaron sobre ellos, a la espera del momento de salir. Rüzgar tenía razón, dejar los pellejos fuera hubiera llamado la atención si alguien pasaba por el lugar.

Un desagradable olor envolvía el habitáculo. Noa cubrió con la tela de su túnica interior, la que olía a ella, la pequeña cara de Tarkan que, dormido en sus brazos, refunfuñaba por el desagradable tufo. La tela sobre la naricilla del pequeño lo tranquilizó, el miasma había desaparecido para el niño que ahora aspira el aroma de su madre. Ellas tendrían que aguantar unos largos minutos, pero no les importaba. Rüzgar corrió el tronco y lo anudó desde fuera, como estaba antes de que la familia de Haluk abordara las tripas de la hoguera, y esperó la llegada de Haluk y el provisional ataque de la falúa de Akasma.

Mientras anudaba el madero a Rüzgar le pareció ver un objeto claro flotando en el río. Mirando con atención, más allá de la escasa esfera de luz que daban las antorchas situadas como faros en el borde del pantalán, comenzó a distinguir algo. Allí, cerca de la orilla opuesta y a su derecha, creía ver un barco, pero un barco fondeado de manera extraña, casi perpendicular a la corriente, con la proa apuntando al muelle. Apuró la vista y, sí, era una proa, y con los colores blanco y azul de los Özkam. Allí estaba esperando la gran falúa de Akasma. Probablemente la Rosa Blanca en lugar de llegar desde su embarcadero sin saber que se iba a encontrar, adelantándose, se había apostado en la oscuridad sin ser vista, pero observando, vigilando la imagen de un muelle que, iluminado por las antorchas, desde allí, desde el otro lado del río, parecería el escenario de un teatro. Era lista aquella muchacha, pensó el capitán más relajado, de todos modos aquello no complicaba sus planes, incluso los mejoraba.

Todo fue como estaba previsto. Haluk, el *Noyan* de Halfeti, cruzó de salida y sin problemas el cuerpo de guardia vestido con las ropas militares de su segundo, arropándose la casulla y enfundándose la capucha protectora del frío de la noche y de la humedad, como solía hacer Rüzgar cuando salía solo a su último repaso de centinelas.

Haluk había salido con quince y no con diez minutos ya que la propuesta de su amigo para que el acercamiento lo hiciera desde el norte calculaba él le llevaría un poco más de tiempo, aunque el trayecto era rápido ya que discurría siempre cuesta abajo, hasta llegar a la ribera del río, luego era solo cuestión de bordearlo y en pocos minutos entraría en la explanada del muelle por su parte norte. Le preocupaba, no obstante, la presencia de la escolta de Bat-Erdene, pero él mismo la había visto retirarse a los barracones, medio tambaleándose, después de los galones de aguardiente que con toda seguridad se habrían metido entre pecho y espalda después de la jugosa carne de cordero. Además confiaba en los planes de Rüzgar, su amigo dijo que se preocuparía de controlar los altos desde donde se dominaba la explanada del puerto y lo habría hecho, ahora estaría junto a la pira, donde se habrían escondido su madre, su hermana y el pequeño Tarkan esperando su llegada y la de la falúa de Akasma.

Sudando, a pesar del frío nocturno, caminando a paso rápido por la ribera del río, Haluk llegó al último cuarto de su recorrido. Frente a él veía ya las antorchas del muelle e, incluso, le parecía distinguir la figura de su amigo Rüzgar junto al cono truncado de troncos que formaban la pira. En ese momento, a su derecha, algo le llamó la atención. En la oscuridad, flotando en las aguas del río pero en el otro lado del Éufrates, lo que parecía un barco permanecía inmóvil, sin soportar el suave vaivén de las pequeñas olas del río ni los embates de la corriente, como varado. Era un barco extraño, su proa, que resplandecía en su color blanco, era grande como la de una falúa de carga, pero el resto del cuerpo de la nave, hasta la popa, incluida la amura de

abor, que era la que a él se le presentaba, eran pequeñas y cortas, de escasa altura. Extraño, pero no peligroso, de modo que el capitán no le dio importancia y siguió sus marchas forzadas hacia el muelle.

Haluk por fin llegó al puerto. Un desagradable olor a betún le abofeteó solo pisar el llano del muelle. Al verlo, Rüzgar, le hacía gestos con la mano.

En esos momentos, desde el otro lado del ancho torrente, en la oscuridad, Akasma ordenaba a su capitán que iniciara muy lentamente la aproximación. Los remos, forradas las palas con tela para mitigar el ruido del chapoteo, comenzaron a arrastrar la nave que enfilaba hacia las antorchas del puerto. No habían avanzado unos metros cuando la Rosa Blanca dio una contraorden y los remos se elevaron, algo no iba bien. Akasma fijó su mirada hacia el muelle. La palma de la mano de Rüzgar no apuntaba hacia Haluk, que ya se encontraba en los medios de la explanada, entre el acceso norte y la pira funeraria, no, la mano de Rüzgar hablaba al lado este, a las casas de aperos situadas en lo alto.

¡Rüzgar no saludaba a Haluk, hacía señas a lo alto de la ladera que rodeaban el muelle!

Akasma contuvo la respiración. Desde el extremo de la gran barcaza en la que se encontraba podía observar en parte lo que ocurría en el muelle, aunque la visión completa se la impedía el promontorio sur de la bocana del puerto, pero lo que llegaba a ver no tenía sentido. ¡Ahora Rüzgar, después de aquellas claras señas a lo alto, se había parapetado detrás de la pira! ¡Algo estaba a punto de pasar! ¡Algo malo!

Haluk también lo intuyó e instintivamente corrió velocísimo hacia el pantanal, hacía las aguas del río. De repente el aire se llenó de zumbidos. Haluk, guerrero experimentado, antes de preguntarse qué ocurría ya se había lanzado de cabeza al agua en el momento en el que docenas de flechas cortaban el aire para quebrarse en el mismo punto del suelo donde milésimas de segundo antes había estado. Otra andanada volaba ya desde las casas de aperos, esta vez apuntando directamente a la corriente fluvial por donde había desaparecido Haluk.

Akasma ordenó a sus hombres el avance a todo remo y a los que no remaban que prepararan sus arcos, pero su posición no les permitía apuntar, así que ella misma se puso al timón, que tenía a su costado ya que su gran falúa estaba apostada de popa con la intención de aproximarse al muelle marcha atrás, a remo, para salir de frente en cuanto la abordaran su amado y su familia, según estaba planeado. Giró el timón a babor y ordenó más

velocidad a los remeros de estribor, de ese modo el barco se iba inclinando para enseñar su costado mientras contra corriente superaba el promontorio que les impedía disparar con certeza, quería presentar un frente amplio y sin obstáculos desde el que acribillar a quien fuera se escondiera entre las casas de aperos, pero sin que una flecha perdida se colara entre los maderos de la pira alcanzando a los familiares de Haluk, por el que no se preocupó, sabía que buceando se habría resguardado en el lugar más seguro esperando entrar en acción.

En ese momento unas luces se encendieron en lo alto del anfiteatro que rodeaba el puerto, desde donde debieron salir las saetas que buscaban el cuerpo de Haluk, por entre las casas de aperos que Rüzgar se suponía había controlado. Las bolas de fuego salieron disparadas y describieron un arco en el negro cielo para caer después sobre el barco varado más al norte. Increíblemente, Rüzgar, del que pensaba Akasma, y, probablemente Haluk, se había parapetado al oír algo que le hiciera sospechar el inminente ataque, ahora había salido al descubierto y se encontraba señalando el lugar donde antes vio el barco varado. ¡Rüzgar les estaba indicando dónde disparar las flechas incendiarias! ¡Estaba marcando hacia el lugar en el que debían pensar se encontraban la *dahabiya* de Akasma!

Akasma suspiró compungida, todo estaba claro. El ataque al lugar donde ella había situado el cebo acusaba sin fisuras la traición de Rüzgar, una traición que no le cuajó al miserable ya que allí no fondeaba su barco, sino una falúa mediana, vacía, a la que habían clavado unos tablones en la proa pintados con sus colores para simular que era allí donde se escondían. En realidad ella se encontraba pasado el muelle aguas abajo, hacia el sur, desde hacía más de media hora, después de haber arrastrado aquel señuelo que habían varado unos cincuenta metros antes del puerto, corriente arriba. Temía algo así. Y había ocurrido.

El barco de atrezo se incendió de inmediato, la esfera de luz iluminó el entorno pero no alcanzó a mostrar la *dahabiya* de Akasma que se iba aproximado por el lado contrario. Ni Rüzgar ni el resto de los agresores se habían dado cuenta todavía. La sorpresa jugaría a favor de ellos.

El viento en las llamas, las piezas que saltaban al agua y los crujidos causados por el incendio del otro barco ocultaban el chapoteo de los remos de la embarcación de Akasma, no obstante mandó silencio y de nuevo los remos se izaron expectantes. En lo alto de la fachada que suponían las pequeñas casas de aperos, ahora iluminadas por la luz del incendio, la joven Señora

llegó a ver el estandarte de los agresores, la bandera del *Gran Khan*, un pendón vestido en sus centros con la media luna acostada soportando el círculo solar coronado con llamas, pero con los colores de sus subordinados, en la tela el dorado de Mahmud Chāzān, *Ilkhan* de Anatolia, y en los símbolos granate, el color de su *Boyan* y gobernador en la provincia, Bat-Erdene.

En efecto, el General había irrumpido en aquel momento en la explanada. Después de cruzarla se acercó a Rüzgar y le entregó algo. Desde la distancia Akasma no lo distinguía pero hubiera jurado que era un monedero, como un hecho posterior, casi inmediato, se lo confirmó. Rüzgar rechazaba la donación y el General insistía hasta el punto de obligarle a coger la bolsa entre sus manos, una bolsa de monedas que el Capitán rehusó de nuevo pero esta vez estampándola contra el suelo. El tintineo de las monedas confirmaba la traición, por más que ahora parecía arrepentirse. A su oído llegaron débiles las palabras que pronunciaban gritándose, furibundos, voces débiles de volumen desde el lugar desde donde Akasma las escuchaba, pero pesadas como losas mortuorias. Rüzgar negaba el cobro por un servicio del que no quería ganancias, sino solo la venganza del despechado, por su parte Bat-Erdene le contestaba impasible, con un tono comedido, pero audible para Akasma y su tripulación, a los que ya les brillaban los ojos: «Rüzgar, eres cambiante como el viento de tu nombre. Siempre los has sido. No me llores ahora por conseguirte lo que me pedías». Y el General señaló el incendio que ya remitía sobre las aguas del río: «Tenías razón, la Rosa Blanca era una puta, como todas las mujeres. Ahora ni tu ni yo la tendremos, ni tampoco será para nadie».

Los ojos de Akasma refulgían coléricos y los puños se crispaban sobre la borda, algunos vieron pequeños rayos azules, diminutas descargas escapando de las tiernas manos de su Señora. Akasma maldijo entonces no haber seguido los pasos de su madre y estar más entrenada ahora en las *Artes Blancas*, las llamadas artes oscuras por los necios humanos. Miró hacia su gente, todos le pedían con la mirada que les dejara actuar como lo que realmente eran y no como simples mortales, los ojos de todo su pequeño ejército se habían vuelto negros, opacos, dos esferas de profunda tiniebla en cada uno de aquellos seres que evidenciaban el depredador que llevaban dentro, ojos brunos como el carbón pero que brillaban en la oscuridad como las terribles pupilas del lobo cuando miran de frente. Entre alguno de aquellos guerreros comenzaban a crepitar pequeños haces de luz azul. Pero no,

Akasma no dio la autorización, estaba ordenado por el Clan el evitar alardes en público y debían obedecer, eran hábiles arqueros y mejores espadas, podían repeler aquella agresión sin otros medios que sus manos y su inteligencia.

Las frases lapidarias de Rüzgar y Bat-Erdene las había escuchado también Haluk que, medio buceando, medio nadando como un cocodrilo, sin hacer ruido alguno y sacando solo los ojos a la superficie, había llegado, huyendo del calor del incendio, al casco del verdadero barco de su amada, agarrándose a la maroma del ancla recogida. Akasma no se había dado cuenta y él no quería pedir que le izaran para que su voz no descubriera antes de tiempo la existencia y posición de la *dahabiya*.

El guerrero había intuido la estrategia de su amada. Creyendo Bat-Erdene que Akasma y su escolta habían perecido en el incendio del barco señuelo, la idea de la joven Señora era aproximarse lo máximo posible para, una vez advertidos, poder disparar sus arcos con precisión sin afectar a la pira, ya que parecía evidente que el General no había advertido que en su interior se encontraba la familia de Haluk, y para saltar pie a tierra lo más cerca posible, evitando el lento acercamiento a nado. Ambos, Akasma y Haluk, desde las mismas coordenadas, aunque ignorándolo la joven, veían a Rüzgar arrodillado en el suelo, llorando su crimen muy cerca de la pira y sin delatar a sus ocupantes, sin traicionar a la familia del que fuera su amigo. Parecía claro que su sobrevenido arrepentimiento iba a salvarles la vida, solo eso sería suficiente para que Haluk no lo estrangulara una vez lo tuviera en sus manos. Por su parte Betsabé sabía que su hijo estaba a salvo, no solo porque conocía sus dotes de guerrero, sino porque desde la relativa cercanía de su observatorio dentro de la pira pudo ver como la espuma de la inmersión viraba al lado izquierdo, al contrario de donde se había zambullido de cabeza, y también como la segunda andanada de saetas buscaba el lugar equivocado. Haluk había cambiado de inmediato la trayectoria, engañando al enemigo. Noa, por su parte, siguió las órdenes dadas por su madre y estuvo y mantuvo a su hijo en silencio.

En la explanada el *Boyan* permanecía en pie junto a un Rüzgar todavía arrodillado. Hubo un momento de absoluto silencio, quizá unos segundos en los que solo se escuchaba hervir el agua en el perímetro más cercano al barco incendiado que, poco a poco, iba perdiendo una fuerza que también debilitaba su resplandor, su esfera luminosa. Akasma aprovechó aquellos recuperados metros de oscuridad para ordenar más rápido el avance. De pronto el silencio

lo rasgó el sonido largo y metálico de una espada al desenvainarse. Rüzgar miró a lo alto y levanto su brazo derecho colocándolo entre él y un Bat-Erdene que había levantado su *yatagán*, su sable mongol, y lo miraba con desprecio. En menos tiempo del que se necesita para adivinar lo que estaba a punto de acontecer la espada del general cortó en el aire primero la mano de Rüzgar y en la misma trayectoria su cabeza que, cercenada, rodó hasta los pies del *Boyan*. El general la miró con asco y de una patada lanzó volando el cráneo a las aguas del río, donde flotó unos segundos, con los ojos abiertos, mezclándose sus lágrimas con las de la corriente, antes de hundirse en las aguas, allí profundas, del Éufrates.

La *dahabiya* de Akasma ganaba metros, todavía en la penumbra, sigilosa. No había tiempo que perder. Mientras tanto la escolta del *Boyan* ya había bajado de las casetas y se estaba reuniendo con su Señor en la explanada. La falúa de la Rosa Blanca cogía fuerza y arrastraba en su ignorancia a Haluk, que aguantaba el tirón para no descubrir la estrategia antes de tiempo. Bat-Erdene había entregado su sable a un soldado para que lo limpiara de la sangre de Rüzgar en las aguas del río antes de volver a envainarlo, mientras tanto le sujetaba al soldado el largo arco mongol y se apoyaba en él como en un báculo. Suficiente. Complacido.

La embarcación seguía avanzando y Haluk tragaba cada vez más agua y los golpes contra el casco se endurecían con la velocidad, así que susurró primero y gritó después al personal de a bordo. Akasma lo vio y con ayuda del *Kaptan* izaron la soga donde se había agarrado y, con ella, al ya tembloroso y amoratado Haluk.

En la orilla del pantalán el soldado que se afanaba en quitar la mancha del crimen del *yatagán* de su jefe había escuchado algo. Miró hacia las sombras. Se levantó fijándose con atención. Entrecerró los ya estrechos ojos de mongol y vio claramente, aunque en la penumbra, el acercamiento de la popa de la gran falúa de los Özkam. El guerrero dio un grito y todos miraron hacia donde señalaba para ver, además de la aproximación del barco, cómo una flecha lanzada desde el navío callaba, atravesándola, la boca del soldado. Todos se aprestaron a buscar refugio, pero una lluvia horizontal de rapidísimas saetas que brotaban de la habilidad de aquellos mercenarios acertaron en la práctica totalidad de los soldados de la explanada. Tantos guerreros y guerreras de Akasma habían disparado, tantos soldados caían atravesados en la explanada.

Haluk vio la escena a medio saltar a cubierta, con un pie en el interior y

otro colgando todavía fuera de la borda, medio abrazado a Akasma, que también miraba la certera andanada. Mientras los arqueros de a bordo cargaban la segunda salva los pocos supervivientes de tierra respondían con sus arcos. Akasma escuchó el zumbido de la respuesta y esquivó felina uno de aquellos dardos que silbó cerca de su cabeza, pero vio como el segundo de a bordo, un guerrero que había trastabillado e intentaba recuperar el equilibrio, caía fulminado por la flecha. El soldado, todavía vivo, vomitando sangre alargaba la mano suplicante hacia su Señora.

Akasma intentó acercarse al soldado amigo para auxiliarse, pero Haluk, del que todavía mantenía medio abrazo, no respondía a sus movimientos, era un peso muerto. Temblorosa se volvió, sin querer mirar. Haluk se desplomaba inerte, se deshacía del abrazo como una cuerda no anudada se desliza entre las ramas. Haluk caía muerto con una robusta flecha atravesándole el cráneo.

El grito de Akasma horrorizó a los contendientes, amigos y enemigos, miró hacia el puerto y vio como Bat-Erdene bajaba la horizontal de un arco, sonriendo satisfecho. Akasma volvió a gritar y esta vez vibraron las aguas, algunos de los maderos de la pira se descolgaron y varias tejas de las casetas cayeron como movidas por un terremoto. No había cesado el eco del aullido cuando Akasma se lanzaba en picado al agua, de un salto, sin rozar la borda, como una pantera desde el árbol a la presa. El *Boyan* ya corría hacia su caballo que había bajado al llano al grito de su dueño y, en segundos, montado por el General, galopaba escaleras arriba por entre las casetas de aperos.

Akasma nadaba rápido hacia el muelle mientras las flechas de su gente brotaban por encima de su espalda y alcanzaban al resto de supervivientes en la planicie del puerto, salvo al *boyan*, que ya llegaba a lo alto de la ladera escalonada. Varios soldados de la Rosa Blanca habían saltado también al agua, ante la inmediatez del muelle, y se acercaban a la pira para sacar de allí a Betsabé, a su hija y a su nieto. Uno de aquellos, un guerrero joven, casi un niño, rápido como el viento y ágil como un felino, preferido de la Rosa Blanca por su inexperto pero valiente arrojo, ya estaba junto a la pira y daba mandobles con su espada a toda atadura pues desconocía cuál de ellas liberaba el tronco corredizo y cual era este.

Akasma acababa de tocar tierra firme y entre nubes de agua sobre sus ojos, buscaba la posición de Bat-Erdene al tiempo que intentaba señalar a su joven guerrero cuál era el madero que había que liberar; ella lo vio desde la distancia, cuando Rüzgar los introdujo en la pira. Si el impetuoso guerrero

soltaba todas las ataduras la estructura podría derrumbarse y dañar a sus ocupantes, así que Akasma corría hacia la pira al tiempo que gritaba al soldado indicándole el exacto amarre, sus palabras se confundían con los gritos agónicos de los soldados del *Boyan* que yacían moribundos en el suelo y con el chapoteo de sus propias fuerzas que ya llegaban nadando al pantalán.

Por su lado el General mantenía detenida su cabalgadura en lo alto del hemiciclo que circundaba el muelle, eso lo podía ver la joven Señora de reajo, mientras corría hacia la pila de maderos gritando a su subordinado, pero a medio camino Akasma observó de soslayo algo que la hizo detenerse en seco. Apartó la corina del pelo mojado que el brusco frenazo volcó sobre sus ojos. Miró a lo alto. El *Boyan* extendía la cuerda de su arco y acercaba la punta de la flecha a una de las antorchas de acceso a la escalera. El dardo, untado de brea, ardió de inmediato. Sin pausas Bat-Erdene apuntó al cielo, soltó la cuerda y la flecha describió una curva ígnea sobre el negro fondo del cielo nocturno, como antes hicieran aquellas que convirtieron el barco señuelo en cenizas. Akasma miraba incrédula, al igual que el joven soldado que, habiendo escuchado los gritos de su Señora, acababa de romper la amarra correcta y empezaba a arrastrar la horizontal del tronco que servía de puerta. Betsabé asomaba la cabeza por el hueco liberado por el joven soldado y sus ojos, como los de Akasma, como los del guerrero, como los de todos los hombres y mujeres de Akasma que corrían hacia la pira, vieron el momento en el que el dardo de fuego terminaba su descenso. Sobre la pira.

Akasma gritó colérica. La flecha desvió un grado su curso obedeciendo a la Rosa Blanca, pero era demasiado tarde, o la flecha iba demasiado rápida para la escasa práctica de la joven en las *Artes Blancas*. La lengua de fuego lamió el betún, el petróleo con el que estaban embadurnados los maderos, y la estructura comenzó a arder casi al unísono. El joven guerrero estiraba de los brazos de Betsabé y el resto de los soldados se apresuraban, quemándose las manos, en liberar a las personas que la pira ocultaba y que ya gritaban y tosían. Akasma corría hacia la hoguera para unirse a la extinción. Pero no llegó. No llegó siquiera a dar dos zancadas. Una explosión envolvió de lleno la escena del muelle y varios soldados del Clan salieron volando junto con algunas maderas astilladas. Lo que restaba de la pira se convirtió en una furiosa y rugiente hoguera sin resquicio. El humo olía a fuego griego, a carne chamuscada y a licor de anís.

Bat-Erdene se quedó mirando su cruel obra. Reía. Una guerrera que salía del agua en esos momentos se arrodilló, tensó y apuntó su arco, pero Akasma

la detuvo. El *Boyan* iba ya a virar su montura para huir del lugar, pero esta no le correspondía, el bruto estaba retenido, absorto en la mirada lejana de la joven Rosa Blanca. Bat-Erdene desvió su vista por fin hacia la joven enemiga, hacia la que pretendía por esposa y a la que le había robado todo lo que más quería. No quería mirar, pero, como el caballo, no podía resistirse. Y lo vio, vio los lejanos ojos de Akasma negros, profundos, pero cercanos, como si estuvieran justo en frente, como si los tuviera dentro.

Akasma dio media vuelta y embarcó de nuevo. Las órdenes salían de su boca sin ansiedad, con serenidad y firmeza. Al poco la hoguera estaba extinguida y a bordo los carbonizados cuerpos de la que iba a ser su familia y los de los soldados caídos, pegados estos al metal derretido de sus corazas, entre ellos los restos del niño guerrero, de su joven amigo. El cuerpo de Haluk era el único que conservaba la piel y el color humano. Mandó envolverlos en blancos sudarios hechos con jirones del ajuar que transportaba, el mismo que iba a servir para su boda con Haluk, el mismo que había ordenado preparar para vestir a su suegra, a su cuñada y a su inocente sobrino.

Y la *dahabiya* zarpó, en silencio, en duelo, para encontrarse con la flota de Banu que ya regresaba a su encuentro alarmada por el resplandor de las llamas. Si en aquel momento hubiera brillado el sol las aves habrían visto, desde su mundo cenital, como las barcas de Banu volvían a virar hacia el sur, hacia el encuentro con el Tigris, en el momento en que se les unía la gran falúa real de Akasma, la Rosa Blanca.

Bat-Erdene pasó sin detenerse por delante del cuerpo de guardia de Rumkale. Algunos soldados habían oído ya que en el puerto se estaba disputando una batalla, pero no habían podido localizar todavía al noyan Haluk ni a su segundo Rüzgar para pedir instrucciones, de manera que permanecieron en el Rumkale, en cumplimiento de su principal misión, la defensa de la fortaleza, y dejaron que Bat-Erdene, que como siempre ni les devolvió el saludo, continuara solo su marcha nocturna, no sabían adónde.

El *Boyan* llegó a Urfa casi al mediodía. La guardia lo anunció, pero él, sin cambiar el rictus severo de su rostro, entró sin saludar para ir directamente a los salones reales de recreo, donde el *Ilkhan* Mahmud I, su esposa, sus tres concubinas y el único hijo, su heredero, se refrigeraban con un sorbete de zumo de ciruela sobre nieve traída de las montañas de Kösne, cerca del golfo alejandrino, cansados después del largo viaje que les había traído desde Urfa la tarde anterior.

El General entró sin llamar, los centinelas no se lo impidieron, una vez dentro la guardia se apresuró a salir ya que sabían que cuando llegaba Bat-Erdene, ni al *Ilkhan* ni al General le gustaba que hubiera testigos de sus conversaciones.

El *Ilkhan* se alegró de verle y le preguntó por las buenas nuevas, pero el *Boyan* ni se inmutó y continuó directo hacia su jefe. Mahmud, preocupado por la extraña actitud de su subordinado, se levantó de los cojines dispuesto a gritar para recuperar la guardia, pero no le dio tiempo, Bat-Erdene se había plantado ya frente a él y, con el *alfanje* turcomano que siempre llevaba en la cintura, rebanó el cuello del *Ilkhan* como si fuera mantequilla.

No había acabado de caer el grueso cuerpo del *Ilkhan* al suelo ni la sangre había tenido tiempo de formar un charco, lo que haría segundos después, y con profusión, cuando Bat-Erdene ya estaba cercenando la garganta de la primera esposa. El hijo, incrédulo, se había quedado petrificado y boquiabierto, el sorbete le goteaba por la mano y por la barbilla. En un abrir y

cerrar de ojos el puñal clavaba el cucurucho de nieve en la boca del niño y la sangre caliente se mezclaba con la nieve derritiendo el granizado.

Las tres concubinas vieron caer al menor como un castillo de naipes, la hoja del *alfanje* había atravesado el cuello del niño seccionando la médula espinal a la altura de la nuca. Una de las jóvenes por fin reaccionó ante aquella trepidante sangría y comenzó a gritar, pero el *Boyan* les dio alcance, una a una, y las fue acuchillando sin mudar ni por un instante su hierático rostro. Cuando la guardia consiguió romper el cerrojo que, ilusa, una de las concubinas había corrido al entrar el General, hasta entonces su amante, el enloquecido Bat-Erdene ya no se encontraba en el lugar, por el acceso privado había subido a la torre y ahora se encontraba allí, en pie, encima del murete, frente a un vacío casi eterno ya que la torre, por ese lado, se unía al escarpado de aquel lado del palacio.

Bat-Erdene sintió como si despertara. El aire de la altura lo ubicó de lleno en el lugar donde se encontraba y, de golpe, en un segundo, supo de todo lo que había acontecido desde que se fijó en los verdes ojos de Akasma, entonces negros como pozos sin fondo, allá en el muelle de Halfeti. Sacudió la cabeza, poblada de sudor, intentando recuperar el control, pero ya era demasiado tarde, aquella conciencia le había llegado ya desde la precipitación. Las puntiagudas rocas del fondo del barranco, manchadas con la sangre de amigos y enemigos, en las que él mismo había ejecutado a tantas personas, le acogieron sedientas y su cuerpo se despedazó en tantos trozos como aristas pétreas lo fueron recibiendo.

En la provincia de Urfa nadie podía creerse lo ocurrido. Bat-Erdene, la ‘Joya Fuerte’ del *Ilkhan*, la mano dura de la ley, asesinando a la familia real y suicidándose después sobre los peñascos de las ejecuciones. Por el contrario en Halfeti solo sabían que toda la escolta de Bat-Erdene se encontró saeteada en el muelle municipal, que el cuerpo de Rüzgar se encontró en el lugar, pero no su cabeza, y que Akasma había marchado en la noche, con su gente y con Haluk y su familia, abandonado sus tierras y sus posesiones y dejando un campo de rosas que al despuntar el día amanecieron negras. Desde entonces nadie entendería el por qué y el cómo aquellas rosas florecían en negro al llegar el estío. Salvo los lugareños antiguos, seguros estos de que las flores vestían de luto, en duelo por un aniversario.

TERCERA PARTE

Capítulo 5º

Acantilados

El murmullo del mar. El mar era lo que mantenía a Gael vigilante, mientras escuchaba ese mar nocturno la vida le pertenecía. En las oscuras noches de sus pesadillas, oscilantes en intensidad, tan solo el ruido acaparador de los rompientes, de las olas hambrientas de rocas y arena, de la voz aspirada del agua en la resaca, le devolvía a la seguridad de su existencia. ¿Había algo más imponente que el mar, algo más bello e inquietante? Gael no tenía respuesta ni a estas ni a ninguna de sus preguntas, era huérfano de certezas, estaba vacío de recuerdos fiables, su memoria era un ser ajeno y caprichoso del que no se podía fiar. Durante el día era distinto, completamente distinto. Los sedales y las cañas de pescar, las redes y el olor a pescado crudo, a alquitrán y a gasoil, a pesca y a puerto, todo era real. El sol se le metía en los ojos titilando por las mañanas sobre las crestas de las pequeñas olas, hasta que se hacía naranja al caer la tarde y perfilaba de rojo las crestas de unas montañas lejanas pintadas de azul. Durante el día era muy distinto. Con las sombras comenzaban las pesadillas, dormido o despierto. Solo el mar, el murmullo del mar, le mantenía vigilante. Gael había aprendido a escuchar la voz del océano.

Llegó a aquel pueblo marinero años atrás, lo conocía de antiguo ya que en él pasó parte de su infancia; las escapadas al mar las hacía su familia por esa puerta al Cantábrico. Ahora, salvo algo de agonizante actividad pesquera, todo era turismo, el pueblo explotaba su encanto vendiendo sus bondades a un turismo familiar, reposado, poco escandaloso, por lo general venido del centro y norte de Europa, nada que ver con el ocio joven y nocturno de la costa mediterránea donde había pasado su adolescencia y los primeros acordes de su vida profesional. La elección de su casa, a solo un centenar de metros del borde de un alto acantilado, a un buen trecho desde el pueblo, tuvo que justificarla Gael a los lugareños apelando a su condición de escritor y a la necesidad de encontrar las musas en la paz de aquel refugio. Nunca le dijo a nadie que lo que realmente buscaba era la distancia, una distancia de

seguridad.

La casona se miraba en el precipicio. Su contrafachada, al norte, seguía la vertical del acantilado concluyéndolo. Desde ese lado las ventanas veían las olas rompiendo a sus pies, olían la siempre furiosa espuma azotando las puntiagudas rocas caídas antaño del propio acantilado. A la derecha también se alcanzaba a ver una pequeña playa que llegaba desde el mismo pueblo y que terminaba, como la carretera que la acompañaba, poco antes de alcanzar la perpendicular de la casa. La montaña quebrada donde se ubicaba era una de las pocas que, tan cerca del mar, alcanzaba un tentáculo del bosque que poblaba el interior, pero la arboleda se desparramaba más allá de la casona, colina abajo; entre la línea de árboles y la casa mediaban poco más de cien metros de un claro alfombrado de verde y húmero césped salpicado en primavera de pequeñas flores amarillas. Aquello era lo más parecido a un castillo, una disfrazada fortaleza con las espaldas cubiertas por el vacío y el océano y con un despejado frente desde el que otear los acercamientos.

Gael se despidió de su puesto fijo de redactor, aunque durante algunos meses colaboró gratuitamente con su antiguo periódico emitiendo bajo pseudónimo artículos de pensamiento, todos versando sobre la condición humana, de hecho tituló la serie como *Los monos vestidos*, en alusión inversa a la obra *El mono desnudo*, el libro de culto de Desmond Morris. Las contribuciones de Gael fueron un éxito rotundo, aquel poso que enfangaba el fondo de sus pensamientos desde las revelaciones del ‘palomar’ de los Sieras daban un enfoque a sus artículos que enganchaba a los lectores, el que fuera su jefe insistió en pagarle por las brillantes aportaciones intentando retenerlo de nuevo en su plantilla, pero Gael se negó y aquel no tuvo otro remedio que aceptarlo, sin posibilidad de dialogo, de negociación, ya que solo sabía de su antiguo empleado por un apartado de correos, sin más señas.

Pero todo aquello terminó pronto. Gael dejó de remitir artículos al rotativo y clausuró su concierto con el correo postal ante un suceso que lo intranquilizó, un incidente del que no fue responsable su antiguo director, ni siquiera su periódico, pero que mostró a Gael una fisura en el sistema que a él le pareció una grieta tan descomunal como las hoces del río Cabriel, donde solía escaparse en busca de naturaleza y adrenalina.

La alarma saltó cuando un reportero, un antiguo compañero, intuyendo quien estaba detrás del pseudónimo intentó contactar con Gael, después de averiguar en una factura de la empresa el apartado de correos que servía de canal de comunicación, todo con el plausible propósito de invitarle a escribir

juntos un libro, un ensayo basado en aquel punto de vista tan peculiar de la condición humana que Gael, Juan Crisóstomo para los lectores, dibujaba en sus columnas de *Los monos vestidos*.

Pero no quedó todo en ese intento, ante el autismo de un apartado de correos del que no recibía contestación, el reportero convenció al director de la sucursal bancaria donde él, Gael y la mayoría de los profesionales del periódico, tenían sus cuentas, para que le permitiera remitir mensajes a Gael a través del buzón de mensajes de la cuenta, ya que no rezaba dirección electrónica ni postal alguna. El banquero se negó a desvelar la identidad de la sucursal a la que llegarían los mensajes, pero si consintió en remitir un texto con la propuesta del reportero y su número de teléfono. Solo eso. Nada más que una docena de palabras en un sobre virtual que Gael vio al abrir su banca electrónica, poca cosa, pero suficiente para que Gael procediera al rescate de sus cuentas y abandonara de inmediato los tratos con aquella entidad.

Y lo hizo como aprendiera en una de sus pasadas investigaciones periodísticas sobre el blanqueo de dinero, a través de un procedimiento enrevesado que permitía el tráfico de dinero entre entidades bancarias sin dejar huella, aunque para ello tuvo que cambiar por dos veces de divisa y crear dos empresas financieras fantasma que desarmó a los pocos días. Aún se preguntaba Gael cómo resultaba tan fácil ocultar el dinero desviándolo de sus obligaciones, especialmente de las fiscales, aunque no fuera esto lo que pretendía el escritor, sino salvar la vida. Pero no habría problema, Gael sabía que no habría problema, el resultado de sus pasadas investigaciones fue precisamente ese, que nadie se preguntaba nada si determinados terceros se llevaba algún pellizco en el proceso, y Gael había repartido verdaderas porciones de la tarta.

A partir de aquel momento los lazos con el pasado se fueron desatando poco a poco y el viento del tiempo los deshilachó hasta que casi desaparecieron. Mientras tanto, Gael, o Juan José Pereira, como se hizo llamar, vivía indiferente y aislado. Esperando. Los primeros años fueron de reconciliación con el mar bravío de su infancia. Al principio la espera fue dulce, sobre aquel verde de césped, protegido por los pinos y nogales del cercano bosque, relajado, viviendo unas idílicas vacaciones ante aquellos amaneceres que cambiaban el azul del mar a medida que el sol se elevaba; y fue creativa sobre el teclado, pariendo artículos y relatos primero y hasta media docena de novelas después. Estuvo bien, muy bien, se reconocía Gael recordando aquellos días de paseo por la misma cresta de los acantilados

mientras lo veían y juzgaban desde la playa o desde el mismo pueblo, fue así como el disfraz de bohemio, de escritor ermitaño, le dotó de una consentida extravagancia que domeñó los recelos de los lugareños; Gael había adoptado un rol que convenía a los intereses de la pequeña comunidad, una peculiaridad más del pueblo que vender a los turistas.

Con el paso de los tres primeros años el encuentro prometido con su amada comenzó a difuminarse para Gael, a perder color, así aquellos primeros y felices meses de ocio contemplativo lo fueron después de sentida reclusión. El carácter, sin dejar de ser amable para con el muy ocasional prójimo, se fue haciendo cada vez más y más huraño, al tiempo que para los vecinos el creciente aislamiento de Gael alimentó la leyenda del novelista excéntrico, pero un escritor con dinero, quizás un Hemingway disfrazado de español pero de origen incierto a tenor de sus facciones en parte anglosajonas, alguien con posibles, en suma, que pagaba puntual y generosamente sus encargos. El dinero cumplió el encargo para el que estaba entrenado y las voces de sospecha callaron para dar paso a las de la adulación. Gael supo comprar el falso equilibrio social que denunciaba en sus ‘monos vestidos’; solo una persona, solo una, conocía de verdad a Gael, aunque no su pasado, y solo ella contó con el privilegio de su amistad, con el consentimiento de entrar en la casa de los acantilados y en su cama.

El cuarto año fue ya para Gael de puro desengaño, la idea de salir en busca de Aida se fue instalando tras la larga condena y no dejaba de rondar sus pensamientos, pero un temor reverencial le mantenía paralizado ya que con cada idealización de la partida una pesadilla nocturna le atenazaba, pocas al principio, pero innumerables con el tiempo.

Una noche de calor, la ventana abierta a la brisa marina y a una luna llena que pintaba de plata las tinieblas de la habitación, otra noche de las más de mil que cerraba el día esperando, el escritor se quedó dormido mientras planeaba como iniciar su búsqueda, pensado en cómo volver pero de incógnito a *Los Cerros*, el sueño se confundió con sus pensamientos y se vio en Castropañas, en el balneario, disfrazado de turista, almorzando en un comedor decimonónico, con aquellas mesas redondas de veteadado mármol blanco y sillas de fina forja ocupadas por comensales que departían alegres mientras sostenían unos el tenedor y otras sorbían de colmados vasos de vino, entre ellos reconoció personas a las que conocía pero que lo ignoraban, tal era la perfección de su disfraz.

De repente, desde el fondo, una persona se levantó y lo señaló con el

índice comenzando a gritar en un idioma ininteligible para Gael, aquella persona tenía orejas puntiagudas, como de duende, o de demonio, y era alta y fuerte como un leñador, el resto de los comensales se giraron hacia él y comenzaron a gritar igualmente mientras también le señalaban y sus orejas se iban afilando a la par que sus dientes se tornaban triangulares como los de un tiburón. En el sueño Gael saltó de su silla y reuló hacia la salida cuando ya veía a toda aquella gente corriendo hacia él, con odio, con furor, saltando por encima de las mesas cuyo menaje caía rompiéndose estrepitosamente. El griterío cacofónico reverberaba por el salón, pero paulatinamente se fue dulcificando hasta convertirse primero en un rumor y luego en ruido suave de olas, de nuevo el mar le había rescatado de una de sus pesadillas.

Aquel creciente escenario de los terrores nocturnos preocupaba a Gael, más todavía cuando su frecuencia e intensidad aumentaban con los deseos de huir de su refugio, y es que algo le retenía en aquella prisión, aún recordaba el escritor que Aida verbalizó que los sueños serían el contacto, fueron estas de hecho sus últimas palabras, y ahora dudaba si aquellos malos sueños no eran sino un aviso de su amada, una forma de advertirle de que debía permanecer en su escondite. O de huir de él.

Y se enraizó. El pasado, aquel pasado que ya comenzaba a dudar fuera cierto, era poca cosa comparado con aquel presente interminable de soledad, aunque tenían en común la peor de las similitudes, en algo se parecían las noches en *Los Cerros* y las vividas en el acantilado, se asemejaban en las absurdas inconsistencias y, a veces, en el puro terror. Gael ya no sabía si aquello ocurría como una prolongación del pasado o, simplemente, que se estaba volviendo loco y justificaba el presente con hechos antiguos que nunca ocurrieron. Ya no tenía nada claro, pero si podía jurar que la arena de la playa, las algas, los árboles, todo, cobraba vida propia durante las noches, aquellas noches que comenzaron a ser interminables y que pasaba centrado en el murmullo amigo del océano y aferrado a un San Cristóbal erosionado de caricias. El sueño reparador se repartía a lo largo del día, en pequeñas siestas. Gael se empezaba a reconocer como un demente. Era lo mejor.

Las luces del pueblo refulgían a los pies de la montaña del acantilado, Gael se pasaba largas horas de las noches de verano sentado junto a la casa mirando desde su olimpo el pueblo iluminado, todo menos dormir, aunque madrugaba siempre, si algo le gustaba era el oxígeno del amanecer, la luz al despertar, pero prefería arrastrar el sueño hasta la siesta que enfrentarse casi cada noche a sus malos sueños, a los ruidos que poblaban la montaña partida en la que vivía y que le mantenían en continua alerta.

Aquel verano había llegado cargado de turistas, a juzgar por el número de autobuses que veía desfilar desde su atalaya. Aquella heterogeneidad de personas le animaba a acercarse al pueblo, eran gentes desconocidas con la que podría relacionarse esporádicamente como mucho dos o tres veces en todo el verano ya que no pasaban, cada cual, más de quince días veraneando en el lugar, no era lo mismo que con los vecinos, hacia los que no tenía más apego que el de la cordialidad. Quizá si los extranjeros y forasteros se quedaran más días que los que daba un descanso en el trabajo o en las academias le pasaría lo mismo, pensaba el escritor, se convertirían entonces en convecinos de los que no huiría pero a los que tampoco buscaría.

Gael bajaba al pueblo un par de veces al mes, cuando encargaba sus provisiones. Durante el invierno y el otoño no superaba ese número de visitas quincenales, no le apetecía, aunque, cuando lo hacía, intentaba disfrutar el día conviviendo con los residentes, pero no solía logarlo y volvía antes de que anocheciera a su celda de la casa del acantilado. Durante el estío era distinto, los acercamientos se duplicaban para convertirse en semanales, cuando no bajaba un par de veces en la misma semana, aunque este año su necesidad de relación se había incrementado tanto que Gael bajaba entonces por el camino del acantilado por novena o décima vez, quizá más, desde que despertara el estío turístico, poco más de quince días atrás.

El pueblo bullía más que otros años, repleto de seres variopintos, visitantes de todos los colores y apetencias, no solo las acostumbradas familias

centroeuropeas y nórdicas, sino también gente muy joven del Reino Unido, Italia e incluso algunos australianos. Al parecer el alcalde había promocionado la localidad durante los sanfermines pamploneses del pasado año, el eslogan tenía que ver con el descanso junto a la playa antes o después de los encierros. Había mucha gente, y el teatro en el que se convertía la calle ofrecía una tentación insuperable para un espectador sediento de vida.

Esa media docena de noches especialmente calurosas, insoportables en lo alto del acantilado incluso contando con la brisa marina, fueron para Gael una excusa, un pretexto suficiente para descender al asfalto y vivir en la cercanía aquel cúmulo de inofensivos turistas que se le acercaban en la creencia de hablar a un lugareño, a un viejo lobo de mar, a juzgar por el aspecto que le daba la boina que soportaba permanentemente sobre su poblada cabellera.

Cómo llegar hasta la ‘Quilla del diablo’, el peñasco mar adentro que fuera causa de más de un naufragio, o cómo de lejos se encontraba la ‘Fuente de la Sidra’, la ‘Ermita del Carmen’, o cualquier restaurante, eran preguntas frecuentes que Gael respondía con las ínfulas que le daba su aspecto nativo. Disfrazado de este modo, de vecino, disfrutó Gael invitándoles en más de una ocasión a una sangría y a sentarse junto a él en cualquiera de los veladores que poblaban el paseo marítimo y, entre sidra y sangría, entre mejillones al vapor y boquerones en vinagre, relataba como un experto el origen de las leyendas del lugar, la mitología oculta en los hayedos cercanos y, cuando el alcohol se disparaba, la razón de la existencia del género humano. ‘El escritor’, como ya le conocían los vecinos y los forasteros reincidentes, había recuperado aquel año la palabra y se negaba a sacrificarla.

En aquella ocasión Gael disfrutaba de la compañía de un matrimonio noruego de apellido innombrable, la curiosidad de sus dos hijos, niño y niña, dos escolares rubios como la luz del sol, fue suficiente para que Gael, el escritor, les contara la fantástica leyenda que justificaba el carácter sagrado de las aguas de la ensenada principal del puerto, mientras los críos le miraban atónitos, embrujados por aquel exótico cuentacuentos. Gael, entornando los ojos, como si lo recordara, rememoraba la noche tormentosa en la que el enfurecido mar arrancó de su saliente parte de la Ermita del Carmen y con ella la imagen de la Virgen, y cómo esta volvió días después a la bocana del puerto, flotando entre olas suaves que, a contracorriente, la depositaron en la arena de la playa del cercano grao. O también cuando, mucho antes, el pueblo fue expoliado por piratas berberiscos que se llevaron lo poco de valor que poseían las gentes del lugar, y hasta la misma imagen de la Virgen, y como su

navío naufragó en la ‘Quilla del Diablo’, a pesar de tener el viento a favor y las velas dominadas; volviendo de nuevo la imagen, mecida por un camino de olas romas, a la playa del embarcadero.

Aquella noche terminó un poco más tarde de lo habitual, con los bostezos de los niños y con los posos de la última sangría. El escritor, algo abrumado por los vapores etílicos, se despidió de sus agradecidos escuchantes y emprendió la subida a su casa del acantilado. Volvía feliz, como no lo recordaba, pletórico de fuerzas, la euforia etílica arrancó una sonrisa en él que no se desdibujó cuando subía, camino arriba, a las luces del viejo todoterreno.

De nuevo el afán de salir en busca de Aida le bullía en el interior en uno de esos momentos en el que la duda capitulaba bajo la adrenalina. Y sonreía. Sonreía hasta que, cerca del vallado de su casa, creyó ver una figura humana que se parapetaba detrás de un pino doblado por el viento. Torció el manillar con furia y salió del camino aplastando el césped húmedo hasta enfocar con descaro el tronco del viejo árbol. Sin pensárselo, acostumbrado a una soledad que defendía con uñas y dientes, se apeó y lanzó seguras zancadas hasta que tocó la corteza del pino. Allí no había nadie. La pesadilla de aquella noche pudiera haber comenzado aprovechando la calma chicha de un mar mudo y atontado, aunque él no recordaba haberse dormido todavía.

Aparcó el coche en cuanto llegó al porche de techo de caña y, con aparente aplomo, caminó derecho atravesando la oscuridad para llegar hasta la misma puerta de la casa. Un leve pero incontenible temblor de su mano, cuando pretendía encarar la llave con la cerradura, le hizo ver que aquella seguridad no era absoluta, que el miedo empezaba a poseerle, el mismo miedo que abrió sus fauces voraces cuando escuchó, cercana, una voz a sus espaldas.

—'Perdono'. ¿Se acuerda de mí? Estoy perdido.

En las mismas escaleras del porche, a sus espaldas, se encontraba el padre de familia noruego. A la luz lunar su rubio albino se confundía con su cerúlea faz y su boca entreabierta, jadeante, como si hubiera llegado corriendo, silbaba un castellano intentado desde un fondo rojo vivo.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué es lo que quiere? —dijo Gael aparentando un pretendido valor.

—Estoy perdido. No sé dónde estoy. ‘Estoy’ perdido a mi familia.

—¡Pero Bjorn! ¡O como leches me dijiste te llamabas! —el escritor encogía los hombros confundido—. ¡Si es imposible que hayas llegado antes que yo..., ningún coche me ha adelantado...!

—Lo siento, no sé qué ‘decirme’, no ‘entiendolo’ —el extranjero hablaba

tembloroso, de lengua y cuerpo— Solo sé que ‘estoy’ sentado en el puerto y ahora estoy aquí. ¿Dónde ‘estoy’ el puerto?! ¡Por ‘favore’! ¡Please! ¡*Vaer sa snill!* ¡‘Estoy’ perdido a mi familia!

Inexplicable pero sincero. A Gael le parecía sincero. La sangría debió de dolerle más al ‘vikingo’ que a él mismo, pensaba para sí. O, quizá no, a lo peor el alcohol había entorpecido aún más sus pesadillas y él mismo se encontraba ahora durmiendo la borrachera sobre la cama. Pero no, su aparecido seguía arrancando impacientes ruegos, era tan real como el frío que comenzaba a sentir.

—¡*Vaer sa snill!* ¡*Please!* ¡*Please!* Usted me ‘conocer’ en el bar. Soy Gaast, Bjorn Gaast. ¿No me recuerda? ¡*Please!* ¡Usted conoce este lugar! ¡*Help me!* ¡*Hjelpemiddel!* Busco mi familia, *my family*.

Gael vio algo entonces desde su posición, interrumpió las súplicas del noruego y le señaló el fondo del acantilado. En la playa una mujer hacía aspavientos con las manos llamando la atención de ellos. Junto a ella dos figuras estaban tumbadas en la arena. El noruego miró incrédulo y comenzó a gritar mientras se asomaba peligrosamente al acantilado.

—¡*Joorum!* ¡*Joorum!* ¡Es mi mujer, amigo! —dijo mirando suplicante a Gael mientras su rostro confundía la alegría y el temor—. ¿Cómo puedo bajar? ¡Es ella! ¡Y mis hijos! ¡Son mis hijos! ¡Por ‘favore’!

Gael fue rápido, sin mediar más palabras agarró la mano del extranjero y se lanzó a correr arrastrándolo hasta una pequeña hendidura al borde del precipicio. Desde allí se veía discurrir un peligroso sendero que descendía con la diagonal de una veta geológica. Y no lo dudó. Frenando las arriesgadas prisas del noruego se colocaron primero en el descenso y pocos minutos después pisaban ya la fría arena de la cala. La mujer corrió al encuentro de su marido abrazándolo nada más llegar mientras lloraba a lágrima viva, habló entonces a su esposo atropellándose en aquel lenguaje nórdico, a las pocas palabras Bjorn miró a Gael y le urgió señalando los cuerpos tendidos en la arena.

—Son ‘míos’ hijos. ‘Estoy’ enfermos. ¡Vamos! *Kom igjen!*

Sobre la arena, pálidos como el mármol, con los labios amoratados, los hijos de aquel matrimonio se debatían por recuperar una respiración que en aquel momento era débil y entrecortada.

El Land Rover rugía escupiendo arena. A Gael le pareció más oportuna la alternativa propuesta por el Sr. Gaast, el hombre era más joven y fuerte y podía subir con más celeridad el sendero, así que le dio las llaves de todoterreno y en poco tiempo circulaban los cinco por el camino del este buscando el Paseo Marítimo y, en sus medios, el Centro de Salud.

Poco tiempo después la tranquilidad volvía a los cinco rostros, incluido el del escritor, que no los acompañó a la consulta médica, aunque sí esperó ansioso en el vestíbulo del hotel donde se alojaban y a donde volverían. Al parecer no había nada especial que contar desde el punto de vista médico, pudo tratarse de una repentina bajada de la tensión arterial vivida simultáneamente por el niño y la niña, probablemente por algún efecto alimentario que ya no daba señales en el momento de la auscultación, pero nada más. Sí hubo algo de extraordinario, pero no era asunto médico, fue al humo del café en el bar del hotel donde los Gaast, después de acostar a los críos, contaron a Gael la extraña experiencia. Ahora, tumbado el escritor en el tierno césped del inmediato jardín de su casa, fue cuando recordó, una a una, las palabras de sus accidentados contertulios.

La luna brillaba con fuerza, aunque tamizada con frecuencia por sueltas nubes negras que arrastraba la brisa marina, bajo aquellos golpes de luz plateada Gael repasaba la reciente conversación tenida con Bjorn y Jorum Gaast en el lobby del hotel, al parecer y después de la sangría en la terraza del Galeón, el restaurante donde les invitó el escritor a marisco y a escuchar cuentos y leyendas locales, la familia paseo por el puerto decidida a alargar un poco más la tranquila noche de verano y a disipar, cuanto diera el paseo, los vapores del vino endulzado.

Bjorn Gaast contaba cómo se sentó en uno de los muelles de madera balanceando sus pies descalzos a ras de las aguas del puerto, mientras Jorum caminaba y sus hijos corrían al quiosco cercano para satisfacer las ansias de helado. Bjorn disfrutaba de la estampa del apacible mar recogido en la

dársena del puerto, viendo cómo se balanceaban rítmicamente los reflejos de las farolas sobre las negras olas, hasta que la espera se le antojó demasiado larga, Joorum y los niños estaban usando demasiado tiempo para comprar y volver con dos cucuruchos de helado, así que se volvió, se giró para otear la fila de casas junto a los muelles buscando la referencia del quiosco, pero solo vio césped, un césped inclinado en la ladera de una colina con un bosque al fondo y una casa a su derecha. Sus pies colgaban, pero no sobre cercanas aguas, sino suspendidos en el abismo del acantilado.

Instintivamente, relataba el escandinavo, echó su cuerpo atrás pateando con los pies para alejarse del peligroso precipicio. Y corrió, corrió gritando el nombre de su mujer y de sus hijos, sin obtener respuesta. Ya había abandonado el claro para buscar en el interior del oscuro bosque iluminado alternativamente por la luna cuando vio llegar las luces del todoterreno. Le gritó, pero Gael no se percató. Luego vio como estacionaba y andaba después decidido hacia la casa. Dentro de lo extraño aquel momento aún lo fue más, si cabe, decía Bjorn, ya que por más que gritara y se acercaba a Gael este no le escuchaba, solo se giró a sus ruegos cuando, la mano en la cerradura del escritor, el noruego pisó el primer escalón de las maderas del porche de la casa.

Sin dejar de mirar aquella luna gigantesca aparecer y desaparecer por entre las nubes, que pasaban velozmente empujadas por el viento marino, Gael, convencido ya de lo contagioso de sus pesadillas, recordaba las palabras que poco antes también le contara Joorum Gaast, la mujer, todavía sollozando y ansiosa. Relataba la esposa cuanto tardaron en encontrar el puesto de helados y como volvían los tres saboreándolos mientras arrastraban los pies por la arena de la playa contigua al puerto, a la que bajaron, caminando con dirección a los muelles donde les esperaba Bjorn. Pero su marido no estaba allí, ni tampoco el muelle, ni siquiera el puerto, frente a ella la orilla se alargaba y perdía en la oscuridad, a su derecha no había pueblo y la única fachada que podía ver era la del acantilado, y al fondo dos figuras, casi inapreciables, dos figuras tumbadas en la arena y besadas alternativamente por la olas. Entonces se reconoció sola, sin sus hijos.

El escritor recordaba cómo le fue ofreciendo a la mujer pañuelos de papel uno tras otro mientras aquella le explicaba lo inexplicable. Ahora, tumbado en el césped de su jardín cuan largo era, viendo pasar las nubes entre él y la luna, analizaba detalle a detalle lo ocurrido y, por muy insólito que fuera, se le mostraba sin duda como real, acontecido, descartando despertarse de un

mal sueño en aquella lúgubre noche donde habiendo olas no sonaban en sus oídos. La prueba de que las malditas incongruencias nocturnas no eran cosa de su mente fue precisamente que otras personas hubieran vivido en sus carnes aquella kafkiana pesadilla. O eso, o los tentáculos de sus malos sueños nocturnos habían alcanzado a seres inocentes y aquella familia, por razones que desconocía, se había metido en sus delirios. Pero no podía ser, se decía Gael, no se puede mezclar agua y aceite, sueños y realidad. ¿O sí? A él le pasó. No podía ser, a menos que...

Se levantó empujado por un resorte instintivo dejando el rastro de su figura estampada sobre la corta hierba, a su mente afloraron en un solo acto todos los temores antiguos. Y la certeza, esa certeza que ya le profetizara la magna Violeta: «Los reconocerás, no te será difícil». Las palabras evocadas resonaron en su memoria como campanas en el chapitel, el recuerdo se le presentó con una fidelidad casi absoluta.

—¡Dios mío! —Gael hablaba en voz alta, sin reparos, acostumbrado a su soledad de ermitaño—. ¡Claro está! ¡Son ellos! ¡Ellos trajeron el absurdo...! ¡Pero... —reía a carcajadas—, pero se quemaron con su propio fuego! No pensaron en esta bendecida ensenada. No pensaron en que esta cala se bendice dos veces al año pues son las aguas donde siempre regresa la Virgen. No lo pensaron. ¡Y eso que se lo dije entre tintos y sangrías!

Hablaba y reía. Él mismo se asustó de su voz demente, pero la ansiedad de la reconocida victoria le impedía comportarse, lo que no le preocupaba, de todos modos, pues siempre estaba solo, solo como aquellos apretados árboles del bosque, condenados a vivir una compañía siempre distante e inamovible.

—Elegí un buen escondite —siguió diciéndose—. Un escondite sin puertas, pero con trampas.

El eco de sus risas resonaba en el acantilado. Gael estaba ya convencido de que le buscaban, pero también de que no esperaban encontrar a un Juan José Pereira, presunto lobo de mar, viviendo junto al persignatorio más grande del mundo. «¿Dónde se puede encontrar tanta agua bendita?», se decía mirando el distante mar a sus pies.

A medida que se convencía de que los noruegos andaban en su busca, su discernimiento iba también en aumento. Rápidamente fue recuperando la consciencia del por qué estaba allí, en aquel fin del mundo. No se escondía. No. ¡Esperaba! Y acababa de decidir que la espera había terminado. Ellos le habían encontrado antes de que lo hiciera la familia prometida. Y eso, eso no era lo planeado. Ahora era cuestión de huir de nuevo, pero de huir hacia el

principio, hacia el punto de partida, debía recuperar a Aida antes de que sus propios parientes ejecutaran la sentencia.

A zancadas alcanzó el porche y cruzó la abierta puerta entrando como un torbellino en su casa. Y la puerta se cerró. Se cerró tras su paso sin ni siquiera rozarla. Se cerró con una contundencia tan descomunal que las jambas de la entrada se agrietaron. Su corazón comenzó a latir en las sienes y en milésimas de segundo, como si se hubiera entrenado durante años para ello, sus puños se cerraron y sus pies se detuvieron en seco al tiempo que concentraba toda su atención en los oídos, conteniendo la respiración para escuchar la posición de cualquier amenaza en aquella oscura habitación.

Nada. El silencio tranquilizó sus temores pero no su guardia. Quizá fuera un golpe de viento, aunque no lo creía posible, algo estaba agazapado en la oscuridad, lo sentía, no sabía como pero lo sabía. Comenzó a respirar suavemente pues la apnea empezaba a hacer que el eco de sus latidos se escuchara en el interior de sus oídos mermando su capacidad auditiva. Curiosamente sus sentidos en la oscuridad se acrecentaban extraordinariamente, ya le había ocurrido, así que no solo se centró en escuchar, sino que también en sentir, no sabía cómo ni por qué pero creía notar las vibraciones de los movimientos en el aire como se perciben las ondas en el agua.

Calculó su posición exacta tras las dos zancadas dadas en el interior de la casa antes del brutal portazo. El interruptor debía estar casi al alcance de su brazo estirado, tras de sí, junto al marco de la puerta por el que se colaba la luz lunar, tan grandes eran las grietas consecuencia de la colisión de la hoja de la puerta contra el marco. El sudor le corría frente abajo haciendo que las gotas pendieran de sus cejas, consiguiendo algunas trepar invertidas y alcanzar sus ojos, el escozor no fue suficiente para que Gael cerrara unos ojos que oteaban en todas direcciones apurado la escasa luz lunar que entraba por su espalda y por las rendijas de las persianas de las ventanas que perimetraban el habitáculo.

No había su mano alcanzado el interruptor, que le quedaba ya a pocos centímetros al recular casi deslizándose hacia la puerta, cuando la vela de la cocina, la que conservaba preparada para los acostumbrados apagones, se encendió, espontáneamente, como si dispusiera de un iniciador automático, formando una esfera luminosa y oscilante.

Se sorprendió, pero no decayó un ápice su vigilancia, se sentía preparado, notaba que aquella espera tenía un sentido y que este iba a ser el inmediato

enfrentamiento. Apuró entonces las pupilas para aprovechar la ventaja ofrecida por la luz candente que, poco a poco, iba restando sombras a la habitación, pero casi tuvo que cerrar los ojos cuando los fogones de la cocina ardieron de repente a su máxima potencia brillando con su fuego azul.

No se había repuesto del asombro cuando a su derecha el hachón decorativo atornillado a la pared rompió también a arder con una llama explosiva que rápidamente se acomodó a la suave lengua de su mecha. Gael, adelantándose, miró la diagonal a su izquierda, allí tenía un candelabro y al fondo la chimenea, su mente había repasado mentalmente las fuentes de llama en la casa y se preparaba para su ignición. Como sospechara el candelabro comenzó a arder y al segundo la chimenea.

La luz era ya la suficiente para terminar con las sombras. El escritor, con los brazos flexionados al frente, en guardia, comenzó a girar suavemente sobre sus talones sin perder la estabilidad. Buscando, buscándolos. Allí, al fondo, junto al hogar, la sospecha se hizo carne. Sentados en el sofá, uno junto a otro, la espalda tesa, como en las fotografías de antaño, estaba la familia Gaast. Todos le miraban con aquellos ojos azul hielo no como si lo acabaran de descubrir, sino como si le hubieran estado observando todo el tiempo, como si le hubieran seguido los movimientos en la oscuridad. Todos, incluidos los pequeños hijos, mantenían un rictus hierático adornado con una media sonrisa cínica. Bjorn, el hombre que Gael ayudó como a un amigo, como a un hermano, rompió el silencio.

—¿Así que nos tomas por idiotas? —dijo sin más—. Fuiste listo, sí, pero no lo suficiente. Nunca sois lo suficientemente listos. Esta, tu casa, querido, apesta a *divinizado*, en su interior se está 'divinamente' —el juego de palabras hizo reír a todos los miembros de la familia.

—¡Cómo pez en el agua! —añadió la madre, lo que incrementó el volumen de las carcajadas de todos ellos.

Gael, herido por el destino más que por las burlas, se armó del valor que de todas formas no había perdido y, adelantándose con provocación, contestó con voz segura, con convencimiento.

—¡No lucharé! ¡Estoy harto! ¡Harto de esperar! ¡Harto de todos vosotros, putos divinizados! ¡Todo me da igual! ¡Me la sopla! —el tono soez del escritor era franco, pero forzaba demostrar indiferencia ante las posibles consecuencias, lo que siempre desarma a un enemigo—. Ya me habéis jodido bastante la vida. Si creéis que la muerte me acojona vais apañados, me la sopla, así que no disfrutaréis con ello pues, acabe cono acabe, siempre saldré

venciendo. Eso sí, se lo que sois y sé que también podéis morir y a más de uno de vosotros me llevaré por delante. ¡A lo mejor a esos monstruos que tenéis por hijos!

Bjorn se levantó y, quieto sobre el lugar, habló usando un tono humillante para cada palabra.

—Morir no es algo que nos sea habitual, te lo aseguro, entre otras porque siempre podemos aplastar a nuestro contrincante como a una sucia cucaracha. No te gustará morir, sucio traidor, te lo aseguro.

Gael dudó unos instantes, seguramente le estaban leyendo la mente y no se atrevía a dar el siguiente paso. No obstante aquella última aseveración, aunque no la entendía, le podría servir para ganar tiempo y pensar mientras forzaba la conversación. No supo la razón pero en ese instante recordó el comentario que le hiciera un profesor de S.H.O.O.T. hacía mucho tiempo, aquel maestro le dijo que si fueran ciertas las larguísimas conversaciones que se escriben en los comics cuando se dibuja una pelea, daría tiempo a reflexionar y hasta a hacerse un sándwich mientras tanto. «Si consigues hacer hablar al oponente, él pierde concentración y tu ganas tiempo», fueron sus palabras. Y eso estaba intentado.

Gael se sintió fuerte, muy fuerte, tanto como cuando le dieron el título tras el año de entrenamiento en aquel arte de defensa personal. Ya no le importaba si el escandinavo adivinaba sus pensamientos, acabaría con él con tal rapidez que ni sus artes oscuras lo entenderían. No obstante hizo uso de las recomendaciones del maestro y forzó el diálogo.

—¿Traidor? —protestó el escritor—. No sé a qué coño te estás refiriendo. ¿Traición a quién?

—Todo el que sabe sin permiso es un potencial traidor —replicó el escandinavo mientras su mujer y sus hijos hacían ademán de levantarse, pero sin ejecutarlo—. Y a ti te llevan buscando desde hace mucho, mucho tiempo. No sé por qué, pero lo imagino, siempre es por lo mismo, por meter las narices donde no os importa o por apostatar sin permiso. Querido, comenzabas a ser una burla para nosotros. Hasta que Jorum sospechó. Es un cielo mi esposa.

El escritor se acercó todavía más al gigante rubio, que no se inmutó, y le escupió la respuesta.

—¡Eres un chulo de tres al cuarto! ¡Un gilipollas! ¡Podrás matarme, pero no acabarás con mi legado!

Por un instante todos ellos cruzaron sus ojos azules con un temor al

descubierto que Gael saboreó como la más dulce de las mieles.

—¿Qué insinúas? —habló la madre, a quien el escritor ya había intuido como la verdadera líder de aquella jauría, pese a que se mantuviera en un segundo plano—. ¿Qué amenazas son esas? —dijo echando su cuerpo adelante, presta a levantarse.

—He pasado mucho tiempo solo, pero no he estado tocándome los cojones, he estado escribiendo —Gael hablaba dueño de sí—. Y mis manuscritos no huelen a mí porque los he ido quemando después de haber sido dictados a un puto ordenador, un frío e impersonal ordenador como vosotros, del que también me he deshecho.

La mujer entrecerró los ojos achinándolos, el odio la superaba, pero siguió escuchando, no podía perder ni un ápice de información. El escritor terminó su frase.

—El archivo está seguro, muy seguro, y se difundirá si no lo impido regularmente. Y debo estar vivo para ello. Mi muerte, queridos, será el principio de vuestro final.

—Nadie te creerá —respondió al vuelo Bjorn—. Nadie creerá a un escritor loco que lleva viviendo años colgado de un acantilado —el nórdico contestó antes de que su mujer pudiera hacerlo, al tiempo que la retenía sentada con la mano. Quería alargar la conversación, el interrogatorio, quería sacar al escritor más información.

Gael pensaba que derrotaría seguir en su mente para evitar pensar siquiera un segundo en la nube donde tenía custodiada aquella información y la clave de acceso. Aunque siempre quedaba el archivo que depositó en determinada notaría para su apertura en cincuenta años. Era su venganza por si fallaba su seguro. Así que se concentró en la cara de Aida, en la voz de su amada, en la mujer a la que saldría a buscar con todas sus fuerzas si salía de aquella. Tuvo que esforzarse ya que no solo le perseguían los intentos de su mente por pensar en el archivo electrónico y la clave, la ironía de que no se puede dejar de pensar en lo que pretendemos evitar concentrarnos, el cerebro no puede hacer eso, necesita otro foco de atención, es imposible pensar en no hacerlo. Tuvo que esforzarse porque la estrategia elegida le estaba fallando, el recuerdo de su prometida era ya difuso, pero, como si viniera en su ayuda, la redonda cara y la risa cristalina de su amada empezó a hacérsele también cristalina en su recuerdo, y sonrió.

De repente, inopinadamente, sorprendiendo a todos, incluso a sus padres, la niña del pelo color platino comenzó a hablar a voz en grito, no les hablaba a

ellos, sino a su hermano. Su voz infantil amonestaba al niño de los Gaast.

—¿Lo ves?! ¿Ves cómo era Aida?! ¡Me debes tu colección de mariposas! ¡Me lo prometiste! —la niña albina recriminaba al tiempo el gesto de su hermano de negar con la cabeza—. Tenía yo razón, era Aida, así que me debes la colección y punto.

Gael no pudo evitar asombrarse, ni pudo evitar la admiración, solo unos segundos, unas décimas de segundo recordando a su amada y hasta una niña de entre aquellos era capaz de leerle de pensamiento.

—¡Así que era esa zorra! —dijo entonces la mujer—. Una zorra que ya deberíamos haber expulsado- ¡Siempre ha renegado de nosotros! ¡Pero, claro, es la protegida de ‘su majestad’!

La mujer comenzó a reír y sus risas inundaron toda la estancia con un eco cacofónico que obligaron a Gael a taparse los oídos con las manos. La reverberación era sobrenatural y hasta el mobiliario daba minúsculos saltos sobre el terreno. Mientras apretaba con fuerza, el peso de la culpa iba constriñéndole igualmente la razón, al parecer acababa de delatar a su amada.

Gael gritó entonces con todas sus fuerzas un ‘no’ lastimero y prolongado, pero también furioso, decidido, un grito de carga en la batalla. Saltó sobre la mesa y empuñó el candelabro. Sus nudillos blanqueaban de la fuerza con la que lo sujetaba. Sin dudarle un segundo saltó desde lo alto apuntando los nueve brazos encendidos contra el sofá, contra los apostados en el sofá. El encontronazo rompió los cirios partiéndolos en mil pedazos. Pero no el sofá no había nadie. Gael había centrado su estocada en el hombre, con intención de encargarse después del resto, pero el candelabro se hundió en el respaldo del tresillo. El bronce de uno de los brazos del candelabro se partió en el intento y una larga y angulosa esquirla se clavó en su antebrazo, hiriéndole, pero menos que la burla que escuchaba sus espaldas.

Las risas, aquellas horripilantes risas estridentes, sádicas, se oían ahora en el lado opuesto de la habitación. El escritor se arrancó la astilla sin importarle la profusión de sangre que comenzaba a brotar de su extremidad y, sin reparar en ello, sin gestos de dolor, arremetió de nuevo al bulto de sus enemigos. Esta vez los potentes y blancos brazos de Bjorn describieron una ágil finta con la que el escandinavo consiguió arrebatarse a Gael el arma al tiempo que lo apresaba por el brazo sangrante. Gael acabó arrodillado intentando deshacer la luxación que Bjorn le practicaba en la muñeca. Mientras el hombre apretaba, la mujer se abalanzó contra Gael al tiempo que el niño saltaba a su espalda con agilidad animal. El escritor escuchaba el

jadeo del infante silbando junto a su nunca, como el de un cachorro de león sediento de sangre. Frente a él la hermana avanzaba sonriendo diabólicamente. A medida que se aproximaba la boca infantil se habría pausadamente, sin prisas, segura ante una presa neutralizada por sus tres cómplices. Del interior cavernario de aquellas fauces, de un brillante rojo íntimo, empezaba a clarear la blancura esmaltada de unos dientes puntiagudos, carnívoros, deseosos.

El padre flexionó un punto más la luxación en la muñeca y el escritor arrugó el rictus con un dolor que pretendía no evidenciar.

—Vamos pequeña —el hombre hablaba a la hija invitándola a la práctica de una lección—. Venga Dagrur. Te prometí este momento y es tuyo. No defraudes a tus padres.

Un hedor indescriptible, casi una bruma visible, salía del fondo de la garganta de aquella diabólica niña. Su acre y emponzoñado aroma alcanzaba ya las dilatadas fosas en la nariz de Gael, que respiraba grandes bocanadas intentando acopiarse del suficiente oxígeno para un intento final.

En efecto, cuando la niña se encontraba a escasos centímetros de Gael, sus dientes rozándole la yugular, la mujer, ante la inminente ejecución, se retiró para facilitar la aproximación de su hija y el padre aflojó notablemente la presión de su presa en la muñeca, poco, pero lo suficiente para que el escritor, la sorpresa de su lado, se zafara de sus tenazas y, volcándose hacia delante, lanzar al vacío al niño que seguía agarrándose a su espalda como una gigantesca garrapata, al tiempo, con su brazo izquierdo, proyectó un gancho en la inminente mandíbula de la niña Dagrur. Sin pausa alguna, casi al instante, aprovechando la inercia, volteó de campana hacia el frente y, ganando unos metros, se incorporó y saltó huyendo como un gamo de las garras de león.

En pocas zancadas había alcanzado y superado la puerta antes de que sus captores hubieran advertido siquiera su propia ineficacia. Pero el porche no estaba allí. Ni el negro césped en la oscuridad de la noche. La casa entera se había empapado de ‘divinidad’ y todo ella era un amasijo de irrealidades. Después del umbral solo había precipicio, y olas, oleaje rompiendo con enfado contra las rocas puntiagudas de los rompientes. La casa había dado literalmente la vuelta y ahora la entrada miraba al océano, sobre el borde mismo del abismo. El escritor, en aquellos comprimidos segundos, escuchaba los atropellados pasos de la familia noruega acercándose velozmente a sus espaldas, pero los escuchó lentamente, a cámara lenta, tan lentamente como

inició la caída al vacío.

Desde la playa se habría visto, si alguien hubiera estado allí para verlo, una figura humana volando, más que cayendo, con las piernas estiradas y los brazos en cruz, partiendo en planos las brumas del acantilado, describiendo una elegante curva, como la de un saltador profesional, una ejecución preciosista que se iba inclinando paulatinamente hasta apuntar en picado las negras rocas de las rompientes.

El mar sí hablaba entonces, rugía con todas sus fuerzas, el murmullo de las olas era ahora una nube de voces de sirenas llamando a Odiseo, a Gael, y una ola descomunal, grande como siete palos mayores, se levantó hasta besar los mismos albores del acantilado engullendo al hombre, al amigo, antes de que el más atrevido de los pelos de su cabeza hubiera siquiera visto de cerca la solidez de las rocas.

Capítulo 6º

Aurora

Dicen que toda la vida de una persona pasa por su mente en el momento de morir. Gael vivió esa experiencia. En el interior nubes de imágenes yuxtapuestas mezclaban su infancia y su madurez, sus sueños cumplidos y sus ansias vencidas, la boca de Aida y los pechos de Violeta, la sangre en dientes depredadores y la espuma de olas furiosas. El espacio y el tiempo comprimidos en un solo punto multifacético. En el exterior el aire, un viento velocísimo que le flameaba la cara haciéndola tremolar como una vela suelta de cabos, después la sal y el agua en los pulmones, y al fin la vida, la inigualable sensación de volver a respirar, sensación mucho más extraordinaria que la de respirar en sí mismo.

Así se descubrió el escritor, sobre la misma arena que crujía entre sus dientes y escupiendo sus entrañas a golpes de tos y de sal, a salvo, como los náufragos depositados en la orilla por la mano piadosa de la mar. El océano se había pacificado, no sabía Gael si de inmediato o si estuvo flotando a la deriva en la tempestad, aunque a él todo le pareció instantáneo. Lo que estaba claro, muy claro, es que se lanzó buscando la ayuda del mar y el mar vino a buscarlo, el mar lo recogió en volandas, con sus aguas calientes de la madrugada, y lo arrastró lejos del peligro de las rompientes. Eso es lo que había ocurrido, lo recordaba perfectamente.

Aquella corta noche de verano se le antojó mucho más breve a Gael, de hecho la oscuridad comenzaba ya a disiparse en la playa a los pies del abismo. Se incorporó torpemente y, entre toses, miró instintivamente hacia arriba, al balcón que formaba su casa colgante del acantilado, pero no había nadie asomándose al precipicio ni en los lugares donde alcanzaba la deriva de su vista. No había gigantes rubios, ni niños diabólicos. Nadie.

Si lo fue, aquella pesadilla se evidenció excesivamente peligrosa. Mortal. Probablemente en pleno sonambulismo, huyendo de sus fantasmas, cayó desde el despeñadero. La situación se estaba volviendo más insoportable, si aquello era posible, así que la decisión se tomó por sí sola. En primer lugar, si

hubo enemigos reales estos podrían volver, volverían seguramente, y si no los hubo lo cierto es que esta pesadilla casi acaba con él.

El ímpetu recobrado con la cercana visión de la muerte pudo con el hastío de años y Gael no esperó a completar el amanecer para empezar un nuevo día, una nueva vida. La agenda electrónica en una mochila, que lleno de lo justo, y una tarjeta de crédito fue todo su equipaje. Con el macuto colgado en bandolera vio despuntar el sol ya cerca del puerto, su luz horizontal y amarilla iluminaba las cofias de los mástiles en la pequeña dársena y al fondo, el campanario, contagiado, hacía brillar de oro la veleta. Caminó deprisa, cuesta arriba, por las calles recién estrenadas de aquel día en el pueblo, al poco, en todos los tejados, hasta en los alféizares de las ventanas altas, había amanecido. Gael ya veía al astro invictus cambiar por blanco radiante el azul pálido de su despertar, cuando el tren partía de la estación del pueblo.

Pero Gael no estaba en él, habría llegado a tiempo al andén cuando una mirada al reloj le hizo cambiar el rumbo y apretar el paso. Otro tren salía en un poco más de media hora y, aunque el centro de salud no abría hasta las nueve, podría coger a Aurora todavía en casa, preparándose para volver al trabajo, a pesar de haber terminado de madrugada.

La chica, estudiante de medicina, ya en prácticas, auxiliaba al médico del pueblo en las crecidas demográficas estivales. Y era su única amiga, la única que podía sentirse así en la mirada de Gael. Era su singular confidente entre aquella pléyade de vecinos innecesarios, la única que lo visitó en su casa colgante. Solo ella probó los posos de la ternura de Gael en las noches de ventanas abiertas a la brisa marina, pero también sobre la manta frente a un resplandor de hoguera.

Le debía una explicación. Pero también él necesitaba una explicación. Aurora había tenido guardia aquella noche y podía informarle sobre si algún noruego le había visitado durante su turno, solo así sabría realmente si todo había sido un sueño, una pesadilla más.

—Estás perdonado —otorgó la chica al escritor, con los ojos rojos de sopor por las escasas horas dormidas—. Sí. Sí que estuvieron. Pero creo que ni se apuntó en la hoja de incidencias. ¡Lo único que tenían aquellos niños eras hambre! Fue una bajada de tensión arterial, una lipotimia anémica, un desmayo, nada más.

—Entonces... —Gael meditó brevemente—. ¿Entonces estuvieron allí anoche? ¿Es cierto que han estado aquí?

—¿Pues no te lo estoy diciendo?! ¡Qué, bebimos más de la cuenta anoche!
—El tono era cariñoso.

—Ya, ya... ¡Sí, algo de sangría sí hubo! —sonrió Gael buscando la complicidad de Aurora para seguir indagando—. ¿Y sabes dónde fueron? Después de que les atendieras, claro.

—Al hotel... —la chica mostraba ya su extrañez y comenzaba a tomar interés—. ¿Qué ocurre?

—Nada, de veras. ¿Sabes el hotel?

—¿No pasa nada y me estás sometiendo a tercer grado?!

El tono de Aurora no era de reproche, pero sí de decepción. Ante el silencio por respuesta de su amigo respondió finalmente a la pregunta, pero su voz no era ya lo agradable que un minuto antes.

—Sí. Sé el hotel. Aunque no me acuerdo del nombre. De todos modos no tiene pérdida, es ese que está junto a la estafeta.

Gael había perdido parte del color recuperado tras el paseo con los primeros rayos solares, y permaneció en silencio. Aurora pareció recordar algo, abrió sus inmensos ojos y le espetó casi gritando una pregunta.

—¡Oye! Ahora que me acuerdo. ¡Si tú estuviste con ellos! ¡Estuviste con los noruegos en la cafetería, me lo dijo el recepcionista! —la chica precipitó el primer contacto físico al coger del brazo al escritor transmitiéndole preocupación y apoyo—. Juanjo, no sé a qué estás jugando, pero me preocupas. ¿Ocurre algo? ¿Puedo ayudarte?

—No, no. Gracias. De verdad, cosas más...

Aurora sabía de las excentricidades de su amigo el escritor, de hecho, además de su carácter diletante y su acervo personal, fue lo que le llamó la atención de él, por lo que supuso que estaba ante un boceto, ante un escritor embastando una historia en la mente que precisaba de referencias y de musas, como el pintor necesita del modelo. Respiró, más tranquila, y le facilitó cuando podía ofrecerle.

—Por si te interesa que sepas que ya se han marchado del pueblo, lo sé porque al terminar el turno pasé por el hotel, por preguntar, el caso me llamó la atención y los niños eran monísimos, la cosa es que pasé y me dijeron que habían salido como alma que lleva el diablo. Se ve que no confiaron en nuestro diagnóstico, o en nuestro sistema sanitario, vete tú a saber, y decidieron volver a su país. O a Madrid. Lo digo porque pidieron taxi para el aeropuerto. ¿Contento?

Aurora cayó entonces de que todavía estaban hablando en el quicio de la

puerta. El sueño la tenía atolondrada. Se disculpó. Entonces, al cruzar el umbral, vio la mochila que Gael llevaba colgada de uno de sus hombros.

—¿Y esto?! —la chica se sorprendió, aquello era del todo inhabitual—. ¿Dónde vas? Si puedo saberlo, claro.

—Me voy, querida mía; simplemente me voy —la voz de Gael era tierna, pero no buscaba su consentimiento, solo informaba.

Aurora pasó de sorprendida a compungida. No pudo evitar un fino hilo de lágrimas que intentó disimular. No podía negar que sabía que podía ocurrir, que Gael siempre le recordaba que sus amores eran «expresiones sublimes de la amistad», pero lo cierto era que ella esperaba algo más detrás de aquella cursilada, ambos sabían que había algo más, aunque el escritor pusiera un telón de acero frente a esa realidad. Por su lado él comenzaba a arrepentirse de haber pasado a despedirse de Aurora, no tanto por el trago que le estaba suponiendo la situación, incómoda a todas luces, sino porque, en efecto, tenía que luchar contra un deseo que se negaba a reconocer.

—¿¿Cómo que ‘simplemente’ te vas?! ¿Qué coño significa eso? —la entonación era de reproche, pero el gesto de Aurora no era hostil.

—Pues eso... Qué me voy. Quizá unos días. No lo sé Aurora. No lo sé.

—Así qué... ¡Adiós muy buenas y ... si te he visto no me acuerdo!

La joven comenzaba a hablar con cierto temblor en la barbilla. Quería evitarlo, por nada del mundo deseaba que se constatará aquello que también ella negaba. Pero inútilmente. Estaba enamorada. Muy enamorada.

—Aurora, cariño mío...

Aquella expresión, escuchada por la joven por vez primera, hizo lo que la naturaleza no había conseguido todavía y comenzó a llorar hundiendo el rostro en el pecho de Gael, que la estrechó entre sus brazos, mientras le seguía hablando

—Tú, solo tú sabes de mi realidad, mejor dicho, de mis irrealidades, de mis pesadillas. Y ya no aguanto más...

—Pero Juanjo. Gael —Aurora, solo Aurora, sabía la identidad oculta de su amigo, él mismo se lo confesó en una de las primeras noches de amor, pero la joven nunca había pronunciado aquel nombre, quería demostrar ahora su ligazón íntimo, su especialísima relación—. Sabes que iría, que iré contigo allá donde vayas, nada me ata a este pueblo...

—No es posible. Al menos no en estos momentos... Ahora que me he decidido...

Gael dudaba en decir la voz fatal, la palabra que haría comprender a

Aurora por qué no podía acompañarle, pero que también le causaría un daño quizá irreparable, una herida profunda en su alma, y en su orgullo: Así que la omitió, no pronunció el nombre de Aida.

—No puedo contártelo ahora, sería peligroso, tanto como quedarme en este lugar más tiempo. No puedo quedarme ni un minuto más. Me buscan. Y creo que me han encontrado.

—Pero... ¿Quién? ¿De qué estás hablando? ¿Quién te busca Gael? ¿Qué es lo que ocurre?... ¡Por Dios Gael...! ¡Creía ser tu amiga! ¡Nunca me dijiste nada...!

Gael mintió. Cambió el tercio.

—Aurora. Mi guapa Aurora. No huyo de nada ni de nadie, simplemente no quiero saber de mi antiguo trabajo, lo hago de incógnito, eso sí te lo conté, lo sabías. Pues bien, creo que me han localizado. Solo es eso. De veras. Ahora debo irme y muy pronto te escribiré dándote detalles de donde he ido a parar, pero, eso sí, en clave, te informaré en clave para que tú lo descifres y vengas a reunirme conmigo. Será divertido —mintió Gael.

—Pero... Yo tengo algo ahorrado... ¿Qué más da que te acompañe ahora...?

—Por favor, Aurora. ¿Y tú trabajo? ¿Y tú apartamento alquilado? —la chica torció el gesto, pero el escritor se le adelantó—. No. Una cosa es que yo me vaya, yo, el ermitaño, nadie se dará cuenta hasta el mes, cuando no baje a por provisiones, y otra es que tú lo dejes todo, desaparezcas, y al mismo tiempo. ¡La médico auxiliar, nada menos! ¡Eso es dejar más pistas que un elefante! No, querida mía, se hará como yo te digo, por eso debo irme ya. Sacaré un billete para Oviedo, está cerca y ya lo he hecho algunas veces, cuando voy a la oficina central de correos, o al banco. Si alguien me ve y pregunta solo sabrá que he ido de nuevo a la ciudad. Por eso llevo esta breve mochila.

Gael dio por zanjada la conversación mientras consultaba su reloj de pulsera. Pero Aurora no se dio por vencida.

—Déjame vestirme. Será un minuto —literalmente imploró Aurora mientras ya se arrancaba las transparencias del camisón quedando solo con unas escasas braguitas.

—Mi pequeña Aurora. Yo también... Sí, te quiero —la cara de la joven se iluminó, e intentó hablar, pero Gael detuvo sus labios apoyando en ellos, suavemente, su dedo índice—. Te quiero, es la verdad, pero solo nos hemos visto tres o cuatro veranos, también eso es cierto —Aurora iba a protestar, pero el dedo del escritor presionó un poco más aquellos sensuales labios—

Vale, quizá dos o tres veces en los inviernos... —Gael cogió entonces la cara de la chica con ambas manos, con dulzura, ella adivinó que iba a decir lo verdaderamente importante, aunque no fue así— Si yo no volviera nunca, lo que no estoy diciendo, pero, piénsalo, si yo desapareciera tu vida, tu vida real, la que ocupas todas esas horas en las que no estamos juntos, nada cambiaría, al contrario, quizá mejorara si dejaras de acostarte con un viejo como yo... —esta vez fueron los pulgares de Gael los que de las palmas que cubrían las mejillas de la joven se desplazaron para sellar sus labios—. Sí, porque, cariño mío, tu eres muy joven, y preciosa, e inteligente. Y eres buena, muy buena. Yo no te aporto nada... El mundo es tuyo...

—¡Pero...! ¿Qué leches me estás contando?! —Aurora apartó enfadada las manos de Gael— ¡No me vengas con esas! ¿De verdad te quieres deshacer de mí con esa cantinela casposa? ¡Que si soy joven! ¡Que si tengo la vida por delante...! ¿De verdad te quedarías tranquilo? —esta vez fue ella la que impidió la protesta de Gael, pero con dos inútiles puñetazos de maza sobre el pecho del hombre— ¡Acabas de decirme que me quieres, joder...! ¡Que me quieres!

Aurora golpeaba sin fuerza el pecho que tantas veces había acariciado, y Gael no se lo impedía, pero el escritor le cogió al momento por las muñecas cuando la chica tenía las palmas apoyadas y notó como sus pulmones se hinchaban, notó como Gael iba hablar, notó que no le iba a gustar lo que iba a oír.

—Debes saber que hay alguien...

Aurora puso toda su mano sobre la boca de Gael. Suave pero firmemente. No lo quería saber. Gael miró aquella cara enfadada sobre aquel cuerpo desnudo. ¡Tan cercano! Aurora abrió sus sensuales labios para hablar, pero los acercó para besar. Y todo se desencadenó. Con su talón el hombre cerró definitivamente la puerta y, en volandas, llevó a la chica hasta la pared opuesta, en el mismo recibidor. Aurora se había enlazado al cuello del hombre con ambos brazos mientras ambos se besaban con fruición, a su vez las piernas de la joven rodeaban con fuerza la cintura de un Gael que se sintió fuerte, poderoso. Con una mano se deshacía del cinturón, cayendo por su peso los pantalones, con la otra apartaba las braguitas de la joven. La melena negra de la chica se enredaba sobre la cara de Gael, envolviéndole. Unos segundos después no hubo más que suspiros entrecortados durante lo que pareció una corta eternidad para ambos amantes. Hasta el final. Hasta que los gritos reprimidos de Aurora se confundieron con la húmeda explosión de su

amante. Después cayeron ambos, de rodillas, abrazados, sin dejar de besarse.

Pasaron arrodillados, sobre el terrazo, acariciándose, largos minutos, pero un inconfundible traqueteo les despertó de aquel ensueño de caricias. El tren pasaba por la cercana vía férrea. Solo estaban a diez minutos en la estación.

—Mi amor, déjame ir contigo —susurraba la chica al oído de su amante— Sabes que es más de lo que tu confiesas. He venido cada fin de semana que he podido. No pensaba más que en hacerlo. No es justo que describas nuestros encuentros como lo has hecho, Gael. ¡Simplemente no podía traer la facultad a los acantilados!

—Hay algo más...

—No me importa tu pasado... Ni quien vive en él... Olvídalo... Ahora estamos juntos. Podemos estar juntos...

—Han pasado muchos años. Demasiados años —Aurora había cerrado los ojos y con las manos se tapaba los oídos, rebelde, como cuando era niña—. Debo buscarla. Debo hacerlo. Solo así puedo hablar de mi futuro. Se llama... —Gael dudó en pronunciarlo, la sola mención podía poner en peligro a la chica—. Se llamaba...

—No me importa. No quiero saberlo. Solo dime si volverás. La verdad.

Aurora lo miraba muy de cerca, necesitaba sinceridad, pedía certezas. Gael supo entonces que su respuesta sería clave para ambas vidas. Prometerle lo que francamente deseaba: volver, haría que el recuerdo le persiguiera toda su vida, no intentar dar con Aida no se lo perdonaría jamás y, seguramente, acabaría culpando a la inocente Aurora. Encontrar a la dueña de su pasado enterraría aquel presente de Aurora, pero también el de los acantilados, el de la soledad y el de las pesadillas.

El primer aviso del tren sonó como una campana en aquella habitación que todavía olía al sudor de ambos.

—Dime solo una cosa. Sé que no me mientes y que, cerrado tu círculo, volverías. Bueno, me mandarías esos acertijos con los que dar contigo —intentó bromear sin resultado Aurora—. Ahora solo dime si hay esperanzas de que eso ocurra. Dime al menos tu verdad. Dime si es probable que vuelvas.

Gael no contestó. Un abrazo y la entrega de las llaves de su viejo todoterreno fueron la respuesta.

Un tren que se deslizaba como si lo hiciera sobre raíles untados de jabón, con un leve y casi imperceptible traqueteo, a una velocidad inimaginable y para colmo iluminada en cada vagón con un rótulo de cifras rojas, demostraron al escritor que se había escondido demasiado tiempo de la realidad. Pero no era la constatación de la modernidad que cabe en una década lo que aceleraba el pulso de Gael, fue la vida, la explosiva vida desfilando rauda por las ventanillas, el paso por los campos labrados con geometría humana y por los yermos cruzados de caminos, fue ver a los caminantes ocasionales en las cunetas y a la gente agolpada en los andenes de las estaciones, ver humanidad, heterogénea humanidad, fue lo que alimentó el deseo del escritor por seguir viviendo.

Gael se vio como cuando siendo niño viajaba en un tren como aquel, salvo que decimonónico, comparado con el actual. Volvía de la ciudad al pueblo y navegaba solo, con un rótulo colgando del cuello en el que se leía su nombre y una dirección postal, pero vigilado de cerca por un revisor agradecido con la generosa propina recibida de su padre en la estación de Oviedo. En aquel trayecto, su primer trayecto, todo fue nuevo para el pequeño Gael. Un cúmulo de emociones provocadas por la aventura y el descubrimiento, unido a la percepción de andar sin sujeción, a la sensación de ingravidez que le producía la provisional emancipación que estaba disfrutando, le nublaron la vista con lágrimas de felicidad.

Ahora vivía algo parecido, sentía algo similar, pero en esencia la experiencia era distinta pues viajaba con maletas muy diferentes, una la de no ir en busca del futuro, como entonces, sino del pasado, y la otra la de no viajar ligero de remordimientos, sino bajo el peso ciclópeo de la culpabilidad a solo unas horas de haber dejado a la que fue, en la última década, su única amiga y, por qué no, su único amor. Se acordó entonces, no sin cierto poso de vergüenza, de Robert Dunbar, de la teoría del antropólogo inglés que afirmaba que como máximo podemos alcanzar un número de relaciones de

amistad no superior a ciento cincuenta. En aquella década su ‘número Dunbar’ se reducía a una sola persona. Y la había abandonado.

Poco a poco, con el rítmico paso de los postes metálicos de las catenarias, la vista de Gael se fue interiorizando, se hipnotizó con la regular sucesión de imágenes alternándose cadenciosamente. En menos de dos kilómetros de postes pasando junto a la ventanilla del velocísimo tren, el calcetín de sus pensamientos se había vuelto del revés, pasando de lo actual a lo recordado, de lo por experimentar a lo experimentado. Y el escritor comenzó a darle vueltas, a repasar aquel bucle sin encontrar el principio o el final, confirmar que los Gaast eran personas reales no disipaba del todo sus dudas, no podía discernir si fueron los causantes de la pesadilla o si sus propios malos sueños llevaron a aquella familia a vivir la pesadilla, en todo caso y ante la duda optó por la línea recta, usó la ‘*Navaja de Ockham*’, como tantas veces hizo en su carrera periodística: *La explicación más sencilla siempre es la más probable*, así, analizándolo desde la razón quedaba meridianamente claro que sus noches en la casa de los acantilados fueron un concierto de alucinaciones, entonces, sí durante años había vivido ilusiones de una estructura tal que aparentaba pura realidad, ¿por qué no podría ser la visita de los Gaast una de esas pesadillas? Aunque también era posible, quizá más, se contradecía el propio Gael, que lo soñado solo fuera el último episodio, el ataque de los noruegos, y que todo lo anterior fuera real. Pero el suceso de la dispersión familiar y la aparición de Bjorn en su jardín y de los hijos desmayados en la playa sí eran reales, lo dicho por Aurora de que lo vieron a él junto con los noruegos en el lobby del hotel después de la asistencia sanitaria lo confirmaba.

La entrada del tren en un túnel, con la consiguiente explosión de ruido producida por la reverberación cavernaria, sacó momentáneamente a Gael de sus elucubraciones, solo después, cuando el tren emergió de nuevo a la luz ya vespertina entre onduladas montañas plagadas de encinas y algunas vides, el escritor retomó sus cavilaciones. Siguiendo a ‘Ockham’ lo más probable es que todo hubiera sido un sueño, un sueño al que él habría incorporado nuevos actores, los recién conocidos noruegos, eso ocurre muy a menudo, y a todo el mundo. Era la explicación más sencilla. Aunque, seguía polemizando consigo mismo el escritor, no acababa de explicarse como Bjorn llegó a lo alto de la colina antes que él y tampoco por qué su esposa e hijos aparecieron andando en la playa. Eso sí ocurrió, fue la razón de la asistencia médica. Hasta Aurora lo había confirmado, a través del recepcionista del hotel. ¡¿O no?! ¿O el

desmayo de los niños ocurrió por separado y él lo incorporó a su sueño? ¡Aquello no tenía fin, era un *Anillo de Moebius!*, se decía el escritor. Lo que sí pasó, todavía sentía la sal a cada respiración, fue su salto al vacío, no importaba si este se debió a su propia demencia o fue consecuencia de una agresión real, eso sí podía jurarlo. En todo caso Gael seguía desconfiado, prevenido, y por eso parte de la huida no solo buscaba reencontrar el derecho a su vida con Aida sino, también, el derecho a no perderla.

Lo cierto, se convencía Gael, es que toda opción era posible, de hecho no siempre la alternativa *Ockham* es la más acertada, también recordaba la tan manida y mal interpretada *Ley de Murphy* con la que experimentó en la facultad. Edward Murphy era un ingeniero de la NASA que estudiaba, entre otras, que debería llevar una cápsula espacial en los proyectos lunares, y concluyó que todo lo que es posible que ocurra sucederá alguna vez, precisamente por ello es probable, en consecuencia había que estar preparado para todo. Recordaba el escritor como su Catedrático insistía una y otra vez en la confusión generalizada sobre la frase '*Si algo puede salir mal, saldrá mal*' que popularmente se atribuye a la '*Ley de Murphy*' cuando, en realidad, es el enunciado de la '*Ley de Finagle de los Negativos Dinámicos*', que viene a decir, recordaba Gael la misma metáfora que usaba el catedrático, que cuando preparemos un estofado de ternera este podrá y saldrá mal si no le aportamos nuestros conocimientos culinarios, en definitiva que todo lo que precisa de acción externa saldrá mal si no se produce esa ajena intervención. Y eso es lo que estaba haciendo ahora él mismo, preocuparse de su propio estofado.

El recuerdo de aquellos días de universidad se desvaneció con la creciente sensación de cansancio que ya comenzaba a minar al escritor, el viaje se hacía largo y los paisajes volando fuera de las ventanillas ya no tenían el mismo efecto excitante que horas antes, y más en aquel momento, en la hora bruja, en el que solo el azul persistía en la parte alta de las montañas donde las crestas se perfilaban perfectas sobre los últimos claros del anochecer, el resto ya casi había sucumbido a las sombras. El viaje se hacía largo en tiempo y en espacio, Gael había trazado una ruta inusual para llegar donde pretendía, diseñó un itinerario con transbordos y cambios de rumbo y con alguna vuelta atrás para cambiar de dirección en el nodo de retorno, todo para despistar a posibles seguidores.

Gael, relajado, apoyaba la cabeza en el cristal de la ventanilla, ahora ya sin luz en el exterior, solo pocos puntos luminosos que se alineaban donde debía

haber caminos o carreteras. Y Gael se durmió. El sueño, apretado y urgente, necesario tras su pasada noche en vela le venció por completo y, en él, los sueños comenzaron su trabajo con intensidad:

Violeta aparecía en todo su esplendor, como las italianas del sur de sus películas infantiles. Él era un niño, el mismo niño tímido e iluso que fue. La escena onírica se desarrollaba en un cine de barrio, Gael comía pipas de girasol y veía ensimismado a Sofía Loren en la pantalla, en realidad Violeta, una Violeta en blanco y negro, atareada, entre cacharros de cocina, el pelo recogido y un mechón rebelde que se le escapaba y que apartaba Violeta con el dorso de unas manos enharinadas.

La actriz amasaba sobre una mesa de madera mientras un Marcello Mastroianni picaba de acá y de allá, de los platos que la mujer tenía ya preparados. De repente, Violeta, la Sofía Loren, dejó de amasar y con las manos apoyadas en la mesa, resoplando de cansancio, miró hacia el público.

Gael mantuvo sin partir la pipa que tenía entre los dientes, atónito, nunca en aquella película había visto esa escena, ni en ninguna otra, nunca el protagonista paraba su acción para mirar a los espectadores. Mientras Gael permanecía petrificado con los dedos sujetando la semilla que sus dientes no acababan de partir, Violeta, desde la pantalla, comenzó a hablar sin dejar de mirar a la platea: «Te pudo el miedo. No has pasado la prueba. ¡Esa era la prueba, imbécil, ese era el reto! ¡Debías salir en busca de mi hija!».

La pipa cayó de los labios de Gael sin llegar a partirse. ¡¿Le estaba mirando a él?! Se giró hacia las butacas tras de sí buscando compartir la sorpresa, pero el escaso público no solo no estaba extrañado, sino que, cómplices, también le miraban a él. ¡Todos le miraban a él! El acomodador se le acercó por detrás alumbrándole con su linterna. ¡Era Alfonso! El empleado era el hijo de Violeta, vestido con levita y casquete de botones, con el haz de luz de la linterna le hacía pases desde su butaca hacia una puerta de salida cegada con cortinajes de terciopelo y coronada con un rótulo luminoso con la leyenda 'Exit'. «Vete, no pierdas tiempo, vete y sal a buscarla, no te quedes ahí como un pasmarote».

Gael se incorporó asustado, volvió a mirar a la pantalla pero ya no había nadie, ni siquiera se proyectaba la película, a su alrededor la gente se había levantado y señalaba la puerta de los cortinajes, el acomodador, Alfonso disfrazado, apartaba los pesados cortinajes y le urgía a salir con la linterna, pero Gael, indefenso y acobardado, veía claramente como detrás de aquella puerta, en el centro del salón recibidor del cine, iluminados de amarillo por

las potentes lámparas de araña, estaba la familia Gaast al completo, y le sonreían, con dientes afilados.

Un largo y estridente chirrido inició el modo de frenado y el escritor despertó reconociéndose de nuevo recostado en el cómodo asiento azul. Con el acercamiento a la estación el tren fue perdiendo en velocidad mientras Gael iba ganando en vigilia. El escritor vibraba ya por completo colmado de vida e ilusiones cuando el tren se detuvo por fin en el andén. Su rostro brillaba de satisfacción, sonreía a todo aquel con el que se cruzaba, se sonría a sí mismo, por fin sus sueños estaban siendo normales, tramados en su mente, sin invadir la realidad.

De nuevo en Oviedo. Gael acababa de dejar la estación ferroviaria y empezaba a reconocer el entorno solo pisar la avenida Santander. Hacía años que no volvía a la ciudad asturiana, si no contaba con que solo unos meses antes estuvo allí, pero en una barriada residencial alejada del casco urbano. En la penúltima estancia se dedicó a clausurar su apartado de correos y cambiar la cuenta principal de un banco a otro, ante la insistencia de su antiguo jefe y un reportero amigo en localizarle. En la última ocasión, la más reciente, pocos meses atrás, acudió para ingresar una semana en una clínica privada en las afueras de la capital. Solo quería un chequeo ya que sufría en ocasiones de una astenia pertinaz que desaparecía poco después, simplemente cuando hacía algo de ejercicio, cuando se distraía, y eso fue lo que le recomendaron en la clínica, pura distracción, ya que todo estaba bien en cuanto a cifras y diagnosticaron la astenia como una respuesta psicósomática a una incipiente depresión. «Necesita usted estar con la gente, amigo Gael», fue la frase del coordinador médico, al que dio una sustanciosa propina, por encima incluso del carísimo coste de la estancia, todo a cambio de borrar la ficha del ingreso. Nunca se lo dijo a Aurora, nunca quiso involucrarla.

Al escritor no le sorprendió la ropa de moda que vio en los escaparates al paso por la calle Uría, esos estilos los vestían también las gentes de su pueblo de residencia, lo que le pasmó fue verse reflejado en esos mismos escaparates. Cuánta razón tenía Aurora cuando le insistía en que se acomodadora un poco a las tendencias, pensó Gael al verse contrastado con los maniquís.

Y se decidió por el cambio. Poco después, cargado con un par de bolsas de Pedro del Hierro, donde introdujo también su ligera mochila, se acercó a la que fuera su peluquería de estudiante, en la calle Argüelles, pero ya no la encontró, aunque sí otra, dos casas más arriba, donde le dieron cita para solo

veinte minutos después. No le acabó de gustar el corte, pero a juzgar por las revistas que ojeó mientras esperaba aquello era lo que se llevaba, lo había visto en jóvenes y no tan jóvenes del pueblo, y a turistas, y eso es lo que a él le interesaba, mimetizarse con la realidad presente y no arrastrar un pasado que tanto le había lastrado la vida. Su nueva imagen le acompañó ya en la cafetería de sus mocedades, cerca de la plaza Trascorrales. En una terraza protegida por parasoles inmensos Gael descanso su primer paseo por una ciudad añorada, sin soltar el equipaje, el breve equipaje, con hambre de tapas y sed de personas. Y en la mesa del velador, la sidra escanciada y el queso gamonado le alimentaron tanto el estómago como la nostalgia. Había recuperado el deseo y el apetito, por todo lo mundano.

Ya en la habitación recuperó las reflexiones que había conscientemente interrumpido entre la estación y el hotel. En aquel momento, tumbado sobre la cama, las manos tras la nuca, el puzle iba encajando. Fue la clínica, pensaba el escritor, una clínica seguramente en manos de *divinizados*, la que alertó a los Gaast de que por la zona andaba alguien que pudiera ser uno de los buscados. Joorum, la diabólica madre, debió de concertar aquellas vacaciones buscando por toda la comarca, hasta que dio con él. El haber elegido una clínica en la zona fue un error, eso indicaba a cualquiera con dos dedos de frente que estaría en su radio de acción, en la comarca. Debió haber acudido a Madrid, o incluso al extranjero. Tantos años de espera agazapado en su bunker y se equivocó en algo tan simple.

Por otro lado era bien cierto que el depósito de su cuenta bancaria era inagotable. Violeta cumplió su promesa. Pero el cambiar de banco igual complicó la posibilidad de su seguimiento y ahora le habían perdido la pista. Aunque hubieran podido buscarle por la zona partiendo de la sucursal bancaria, como si debieron hacer los Gaast a partir de la clínica, pensaba Gael. ¡No era tan difícil!

Esto último le llevaba a la tercera cuestión, el sueño, su sueño en el tren, y es que quizá fuera de la cúpula, de la *Pirámide* que seguramente se había creado en los acantilados, Violeta había podido mandarle un mensaje, un aviso. Pudiera ser que Violeta, en ese cosmos que Gael aun no conocía pero en el que entraban los sueños como partes de la realidad, hubiera lanzado un mensaje esperando que, en algún momento, como aquel en el que se había decidido y había salido de su búnker, sus sueños pudieran escucharlo. La frase era clara y concisa: 'Busca a mi hija'. De todas formas no entendía cómo, si así era, ese mensaje no le llegó en la anterior ocasión en la que salió

de su refugio, de lo que hacía solo un par de meses. A menos que, pensaba Gael, si sus sospechas respecto de la clínica fueran ciertas el carácter *divinizado* de la misma hubiera impedido la recepción, como en la casa colgante.

El escritor se había levantado y sobre el escritorio de la habitación andaba trajinando con un teléfono móvil que también había comprado camino del hotel, la complejidad de su carta de ajustes le obligaba a ir navegando por la configuración de un lado a otro. Gael dejaba a su mente pensar sin restricciones mientras sus manos se ocupaban de algo material, algo que, a su vez, le ocupaba parte de otros pensamientos. Era su forma de analizar las situaciones nebulosas cuando comenzaba a investigarlas en su época de reportero, y no era nada extraordinario, muchas personas actuaban como él que para dar libertad a su imaginación debía tener ocupado su raciocinio, por el contrario para otras personas el método no era simultáneo, la inspiración llegaba tras el descanso, tras ‘consultar con la almohada’ como bien dice el refrán popular, pero, en todo caso, el fin era el mismo, usar los dos lados del cerebro.

Y así pasaron largos minutos, la lluvia libre de ideas acabaría por verter esa gota que encajara en el hueco que, como en las novelas de aventuras, desencadenaría el mecanismo que abría la puerta. Siempre le había funcionado. Y en esta ocasión no partía de cero, recordaba perfectamente como Aida, y también Violeta, le hablaron de comunicarse en sueños. Y lo cierto es que ya iban cuadrando las piezas de ese *Tetris*, reconocía Gael, en el viaje anterior a la ciudad no durmió ni en el trayecto de ida ni en el de vuelta, sí lo hizo en la clínica los cuatro o cinco días en los que estuvo internado, pero parecía claro que aquella clínica era una pequeña *Pirámide*.

Gael interrumpió sus pensamientos cuando, por fin, consiguió conectar el teléfono de prepago. Ahora la puerta ya estaba abierta y se trataba solo de cruzarla. Lo primero que hizo fue incluir en la agenda los teléfonos que conservaba en una pequeña libreta de notas, las anotaciones eran antiguas, los tenía ahí desde hacía diez años, pero podrían ayudarle. No puso, por precaución, el de Aurora, que se sabía de memoria. A la mañana siguiente pasó buena parte de la jornada llamando a aquellos números, pero la mayoría era historia para la compañía telefónica, así que siguió el consejo del operador y marcó el número del ayuntamiento de Castropeñas. La primera voz que escuchó con aquel acento guadalmontano le emocionó.

—Créame que lo siento —el telefonista parecía sincero—. Realmente llevo

poco tiempo en el puesto. Ni siquiera soy de este pueblo. Pero no se preocupe, esta tarde, aunque no trabaje, haré gestiones y averiguaré algo sobre esas personas. Llámeme sobre las cinco o así, volveré a la centralita a esperar su llamada y a informarle de lo que haya averiguado.

Gael agradeció hasta con reverencias, que el operador no podía ver, su amabilidad. Era un placer encontrarse con funcionarios tan cordiales. Después de colgar y ante la obligada espera dedicó la mañana a visitar la que fue ciudad de sus primeros años de instituto. Se reconoció en cada esquina, aunque los comercios habían cambiado y hasta los nombres de las calles fueran otros. Estaba feliz, aunque molesto, enfadado por haber estado tanto tiempo oculto, aunque lo cierto es que no había sino cumplido fielmente lo que le ordenó Violeta y aconsejó Aida, por eso no alcanzaba a entender, de su sueño, del mensaje, que significaba aquello de que no había pasado la prueba, aquello de que lo que se esperaba de él era que hubiera desobedecido saliendo en busca de Aida. No lo entendía. O pudiera ser que ese tramo del aviso no formara parte de él, sino que solo reflejara sus propios temores. De momento no importaba, lo esencial ahora era vivir en toda su longitud las horas que quedaban hasta las cinco de la tarde, momento en el que un altruista funcionario le iba a abrir las puertas del futuro.

Comió copiosamente. A las tres de la tarde dormía la siesta en la habitación sudando por la indigestión mientras un despertador, puesto a las cuatro y cuarenta y cinco minutos, vigilaba su descanso.

Gael soñó, en esta ocasión se vio púber en las escaleras de su instituto de secundaria, que acababa de visitar antes de almorzar, de camino al restaurante. Todo estaba en blanco y negro, salvo él mismo y la gente con la que se cruzaba. Había entrado en el edificio y después de bordear el primer claustro enfilaba el largo pasillo que llevaba a los laboratorios.

El adolescente Gael no andaba tranquilo, la sensación era la misma que la vez en la que fue llamado al despacho de la Directora por una gamberrada, su única gamberrada: tenía miedo y el sudor le corría por la línea de su columna hasta colmar el hoyuelo de la zona sacra mojando notablemente la camisa en el cinturón lumbar; en aquella ocasión y de camino al despacho solo pensaba en que el sudor no bajara más allá pareciendo lo que no era, aquel pensamiento se superponía a cualquier otro mitigando el miedo por la vergüenza. En el sueño revivía aquella sensación.

Por fin sus pasos llegaron a la puerta del laboratorio, al fondo del segundo claustro, un gran patio de luces débilmente iluminado ya que lo habían

cubierto para aprovecharlo como cancha de invierno. La puerta era de dos hojas y de una madera antigua, aromática, como todo en aquel vetusto edificio. Empujó la hoja que crujió dolorosa sobre sus goznes, dentro una luz blanca de tubos fluorescentes iluminaba un serial de mesas y bancos alineados que soportaban matraces, tubos de ensayo, mecheros y alambiques casi opacos por lo antiguo y polvoriento. En la última mesa, la del profesor, se encontraba Violeta, vestida de bata blanca, casi hueso, en pie, trajinando con instrumentos. A su derecha una probeta se sostenía en su atril, repleta de un líquido rojo y oscuro como la sangre, la cánula mantenía en su interior el tallo de una rosa negra que despuntaba orgullosa fuera del tubo de ensayo.

Al oír acercarse los jóvenes pasos levantó la vista y Gael a su vez la bajó sumiso, rendido ante aquella forma de poder, de soberanía, de dominio que resultaba de la suma de una Violeta que era, al tiempo, aquella directora que tanto temía, ahora voluptuosa, de ofensivos pechos que estiraban los botones de la bata hasta el punto de hacer imposible abotonarla en su tercio superior. Gael no quería mirar el escote por nada del mundo, pero lo atraía, irremediabilmente, imantaba su libido adolescente.

«¡Hombre, ya estás aquí! ¡Ya era hora!», dijo Violeta con la desagradable voz ajada de la directora. Gael levantó la vista aunque no la cabeza. Violeta lo miraba con enfado, con aquel gesto tan irritante que identificaba a la antigua profesora: torciendo un lado de la cara y arrugando la nariz, aunque, eso sí, esta vez desde unos labios rojos y sensuales y tras una mirada negra y oblicua de faraona. «¡Tú estás tonto!». Gael volvió a bajar la mirada, tímido. «¡Te digo cual es el camino y tú lo cambias!». El joven levantó la vista, interesado. «Te digo que la cuenta será el camino y tú la cambias». Ya los ojos de Gael se abrieron sorprendidos y el sudor, que le resbalaba con fluidez, como si fuera agua de lluvia, le obligó a pasar por ellos el dorso de las manos, unas manos que hasta entonces colgaban lacias a su costado. Ahora lo entendía. Violeta, la profesora, volvió a hablar, pero ahora con el tono meloso y el verbo habitual de su prometida suegra. «Buscarte por mis medios, querido, alertaría a más de uno, por eso ideamos el camino amarillo».

Despertó de golpe. El escritor se sentó en la cama como doblado por un resorte. El sudor le corría a borbotones por la cara y por la espalda. Estaba claro, muy claro. El cambio de cuenta complicó el seguimiento a Violeta y los suyos. ¡El *camino amarillo*, su *Mago de Oz*! ¡Ahora lo recordada! Violeta se lo advirtió en aquella última noche en el *Palomar*. Y ahora la misma

Violeta le estaba hablando en sueños.

Superado el sopor y el sudor con una tonificante ducha, Gael se dispuso a marcar el teléfono de Castropeñas. A pesar de los retortijones obligados del chorizo a la sidra y de la febril siesta el escritor se encontraba bien, muy bien, como una batería recién cargada. El sueño estaba siendo reparador, como hacía tiempo, tanto tiempo que no ocurría, incluso ahora, ante el espejo, envuelta la blanca toalla como un pareo, sus pectorales y su tabla de abdominales parecían más marcados, más fibrosos. Estaba pletórico.

Desde su teléfono móvil recién estrenado marcó de nuevo el número del ayuntamiento guadalmontano y esperó inquieto uno, dos, tres tonos. El joven funcionario esperaba la llamada y saludo a su interlocutor con parecida impaciencia.

—Don Felipe murió. Hará diez años. Lo siento mucho —el telefonista se unió al duelo pensando en la posibilidad de que el finado fuera familia de su comunicante—. Su hostel es hoy un balneario, bueno, parte de él, las instalaciones curativas están realmente en el rio, pero el hospedaje se hace en ese hostel, hoy hotel. ¡De cuatro estrellas!

Hubo un silencio. El operador lo guardó esperando el encaje de la primera noticia por parte de Gael. Cómo no hubo finalmente respuesta el telefonista continuó con su informe.

—El Matías por el que me preguntaba también falleció —el hecho de que Gael hubiera preguntado por el portero de la finca como de pasada indujo a pensar al funcionario que aquella información tenía menos interés, al menos en lo sentimental, por lo que la noticia la dio ya en su crudeza y continuó sin silencios—. Hoy una empresa es quien administra las vides del *Marquesado* y todos los negocios del único propietario, Alfonso Hugonote, nieto de la Violeta por la que usted pregunta, de la que no he podido averiguar nada de nada, solo que aquí no vive.

—Ya. Bueno. ¡Algo es algo! —contestaba resignado Gael.

—Del señor Alfonso he sabido que vive a caballo entre Barcelona y Bruselas. Solo eso. Quizá la empresa...

—OK. Empezaré por ahí. Y de la chica de la que te hablé. La joven pelirroja. ¿Has averiguado algo? —el periodista intentaba relajar la ansiedad en su voz, aunque no lo conseguía.

—No, lo siento. Sé que insististe en ello, pero nada —el operador contestaba ya tuteando a Gael, recogiendo el testigo de confianza que acababa de lanzarle el escritor—. Aquí solo queda el nieto de la tal Violeta y

cuando viene, que no es mucho. Los demás marcharon hace tiempo, eso me dijo el funcionario al que he relevado en el puesto, ya se jubiló y vive en Canarias, pero he conseguido su teléfono y me ha dado cuanta información dispone y recuerda.

—Claro. Gracias —Gael, aunque relajó el interrogatorio, lo merecía el funcionario, insistió de todas formas—. En todo caso yo hablo de Aida. Aida Sieras, no sé si te lo llegué a decir. La tía, supongo, de ese Alfonso...

—Sí, sí. Sé que a quien te refieres, lo entendí a la perfección, pero, lo siento, es que nadie sabe nada de ella, ni de nadie más de esa familia. Lo siento de veras. Nadie sabe nada más. Salvo de Alfonso Hugonote.

—OK. Ya, ya. Y cuando se marcharon. ¿Sabes algo de eso?

—Perdone señor, le digo que no sé nada más —el operador, arrepentido, cambió de nuevo el tratamiento—. Mire usted, entiendo que le parezca poco, pero he hecho cuanto he podido... Venga usted por aquí y quizá...

—¡Oh! Disculpa, amigo. Perdóname —Gael era ahora el arrepentido, no podía perder a su primer y hasta ahora único colaborador—. Soy yo el que lo siento. Agradezco enormemente tu trabajo, tu esfuerzo. Gracias. Gracias miles.

—De nada. Lo he hecho con satisfacción. De veras. Soy de los que no olvida para que estamos los funcionarios —el telefonista había recuperado la confianza—. Respecto a cuándo marcharon del pueblo solo le puedo decir que hará una docena de años, más o menos, lo he estado preguntando, me imaginé que le interesaría saberlo, pero nadie me da una fecha concreta, nadie recuerda con exactitud cuándo se fueron. Ni dónde.

—Está bien, muy bien —el escritor valoraba en su justa medida la información conseguida de un desconocido y en el primer paso dado. La cosa empezaba bien y era justo reconocérsela a quien le allanaba el camino—. Has sido de mucha ayuda. Créeme. Y nada, que muchísimas gracias, amigo. *Thanks a lot.*

Gael iba a colgar cuando escuchó unos ruegos y volvió a pegar el auricular a su oído.

—¡Eh! ¡Espere! ¡No cuelgue...!

—¡Dime, dime! —el escritor contestaba con idéntica urgencia.

—Nada, que se me olvidaba comentarle que el hijo de Matías, un abogado que vive en Valencia, al parecer llevó los asuntos de los Sieras por la época en la que se marcharon del pueblo. Ese abogado es posible que se sepa algo. Ahora es notario. ¿Quiere su dirección?

—¡Claro! ¡Claro! Por supuesto.

—Ferrer. Matías Ferrer. Notario en Valencia. No sé la dirección exacta pero mi antecesor me dijo cuándo le llamé que era por detrás de la plaza de toros, él estuvo una vez allí, le sonaba si podría ser la calle Castelló, pero no lo pudo asegurar. ¡Eso si sigue teniendo allí el despacho! Bueno..., con el apellido y estos datos, quizás...

—¡Suficiente! ¡Más que suficiente, amigo mío! Reitero mi agradecimiento. Si paso por allí te invito a comer. Te lo debo. Un abrazo. Y muchas gracias.

—De nada. Me alegra saber que le he sido de utilidad. A mandar.

El clic y el tono repetitivo en el auricular al colgar el teléfono le sonaron a Gael a campanas celestiales. Estaba en el camino.

El segundo día en Oviedo estaba siendo tormentoso desde poco después de arrancar la tarde. La primera descarga se dio como a las cinco y cuarto, en plena conversación telefónica con el ilustre colegio oficial de notarios de Valencia. Mientras hablaba las calles se ahogaban con la rabia del diluvio y algunas sirenas policiales y de bomberos se escuchaban en la calle.

Entre los truenos y el repiquetear del chaparrón, que le era ajeno, averiguó que la secretaria del notario Ferrer era también su esposa, lo supo por el portero de la finca quien, además, le contó cuanto sabía de aquella mujer, que era con la que el portero se relacionaba. El empleado dibujó a la esposa del notario Ferrer como una advenediza aburrida que recibiría con gusto cualquier tangente que la sacara del hastío de la oficina. Información básica para un buen periodista, toda vez que aquella tarde en el despacho respondía un contestador automático que invitaba a llamar por las mañanas y Gael no podía esperar tanto.

Encontrar el teléfono particular del matrimonio le llevó buena parte de la tarde ya que aquel apellido era muy común en la capital del Turia, pero tuvo suerte y después de una docena de llamadas dio con el *M. Ferrer* correcto. Contestó la Señora Ferrer, como esperaba tras la información dada por el chismoso portero, quien no le quiso facilitar el teléfono particular del notario pero si le advirtió que este no llegaba antes de la hora de cenar a su casa, un chalé en un barrio residencial de las afueras, ya que pasaba las tardes en su club de golf. De nuevo datos esenciales para los planes del escritor que quería entrar en esa mina informativa por la puerta de la esposa y no por la del notario, si es que realmente la mujer era tan superficial como la pintaba el conserje.

Gael se presentó como antiguo periodista y vigente escritor, todo ello cierto, ante Pilar Rovira, Señora de Ferrer, Piluca para los amigos, de lo que Gael tomó inmediata nota. Le comunicó, ya menos sincero, que estaba interesado en escribir un libro ambientado en el Alto Guadalmontán, una

novela romántica y que su colaboración, si se la prestaba, quedaría registrada inmediatamente después del *Ex Libris*, es más, pudiera ser que su apellido, el de la mujer, diera nombre a algún personaje. «¡Solo si es de postín!», introdujo Piluca, lo que evidenció a Gael que ya la tenía en sus redes.

—Realmente me interesan cuatro datos muy concretos —hablaba Gael con voz de locutor de radio—. Como verá ya estoy muy documentado, he sabido y tengo notas de casi todo el pueblo y de casi todos los..., bueno, ya sabe..., todos los cotilleos.

—Pues Señor Pereira, no se imagina a quien fue a preguntar. ¡Si alguien sabe algo, esa soy yo!

En efecto y como le dijera el portero, alumno aventajado de aquella mujer, Piluca estaba dispuesta a cualquier empresa que consistiese en hablar. Gael excitaba esa incontinencia.

—¡Diga! ¡Diga!

—Pues ya le digo que empieza mal —continuó la mujer—. No le han informado como es debido. Matías, mi marido, solo sube al pueblo cuando lo llaman, y eso ocurre muy de vez en cuando.

—¿Y las vides? ¿Don Matías no se encarga de las vides? Aparte de la empresa, quiero decir.

—¿Vides? ¿Qué vides? —la mujer se atropellaba al hablar—. Desde que murió mi suegro, que no llegó ni a serlo, murió cuando ‘Mat’ y yo éramos novios, ya ve que pena, con la ilusión que le hacía al pobre hombre ver una boda en su casa... —un carraspeo del escritor devolvió a la mujer al hilo de la información—. Desde que murió mi suegro, decía, no hay una sola uva en *Los Cerros*. Bueno, hay vides, sí, pero no levantan más de un palmo...

—Es que..., me dijeron... —aquello no le cuadraba a Gael—. No sabía que se habían abandonado las tierras del *Marquesado*.

—¿Abandonar? —la Señora Ferrer reía al hablar—. ¡No, hombre, no! ¡El *Marquesado* es una mina! Mi marido, bueno, su bufete, porque además de la notaría conserva su bufete, y ha sido presidente del colegio... —nuevas toses al otro lado del hilo telefónico—. El bufete de mi marido les administra los derechos del agua. ¡Un potosí ha sido eso del agua!

—¡¿El agua?!

—De la *Fuente de la Niña*, de allí se tiró un canal y en el pueblo se construyó la planta embotelladora. Algo a medias con el Ayuntamiento, creo. ¡No sabe lo que ha gustado el agua de *Los Cerros*! Dicen que es curativa, aunque otros dicen que lleva droga —la mujer susurró la última frase—. ¡Ah!

Y los bosques. La madera sigue dando buenos beneficios. ¡No se acaban nunca!

Gael se vio superado. Ni sus reconocidas dotes como periodista ni su docto control de las entrevistas podían con aquella mujer que ya hablaba de lo mal que vestía la alcaldesa del pueblo a pesar de haber ganado tanto dinero con la madera.

El escritor fue al grano.

—¿Y de Aida? De la chica por la que le pregunto. De la joven. De la mujer pelirroja. ¿Sabe usted algo?

—¡Huy! Para eso deberíamos esperar a mi marido. Yo ando algo confusa con esa familia. Te presentan a un sobrino en un *lunch* y luego, pasado el tiempo, conoces a otro pariente que es igualito que aquel. Yo no me aclaro con esa familia. Un día, en la boda de la farmacéutica...

—Entonces..., su marido... —Gael perdía la paciencia.

—Si. Claro. No. Yo lo decía por si Matías había oído algo, pero realmente él solo contacta con Alfonso, bueno, Don Alfonso. No sé si estamos al corriente de los ascendientes del Señor Hugonote —la mujer, dicha aquella última frase, meditó unos segundos—. No, me temo que no sé nada de la tía de Don Alfonso.

Aquel apelativo parental para definir a Aida devolvió a Gael a una realidad que estaba olvidando: Piluca acababa de llamarla ‘tía’ de Alfonso.

—Está bien. Muchas gracias de todas formas. Preguntaba por preguntar, no sé, por si llegó usted a verla, dicen que era muy elegante y de eso usted entiende... Por si en alguna ocasión Don Alfonso hizo referencia a su tía...—Gael forzó otra vez la máquina.

—Puede que sí —Gael sonrió—. Aunque no lo recuerdo.

El escritor estuvo a punto de colgar no sin antes verter cuantos improperios cupieran en la línea telefónica. Pero escuchó que su interlocutora seguía hablando e hizo de tripas corazón para volver a acoplar el auricular a su oído, cualquier información podía ser buena, cualquier dato entre aquella palabrería podía ser la clave, como bien recordaba Gael desde la facultad.

—Don Alfonso viene de tarde en tarde. Aquí. A Valencia. Y desaparece junto con mi marido casi todo el día. Suelen acercarse a la planta embotelladora. Al pueblo. ¿Qué estará? ¿A una hora? Bueno, a lo que iba, que casi nunca me dejan acompañarlos. Por las noches sí, cenamos en el hotel donde siempre se queda ‘Al’. Perdón. Don Alfonso. De las copas me encargo yo, eso sí, ya que Matías nunca aguanta más allá de las doce. ¡Trabaja

demasiado!

—Y... ¿Sabe algo ‘Al’ de su tía Aida? ¿De qué hablan cuando toman esas copas?

—Yo, que quiere que le diga, con Al, con Alfonso, hablo de cosas sin importancia, ya sabe, me ocupo de que esté bien y contento cuando nos visita, solo eso. ¡Es un cliente preferencial! Además Al —la mujer ya no ocultaba la confianza con Don Alfonso— no habla de otra cosa que de divertirse cuando termina la jornada de trabajo con mi marido. ¿Qué quiere que le cuente?, no creo que esa información le ayude mucho.

—No. Era por si en esas veladas hubiera dicho algo sobre sus parientes... ¡Imagino que una hora u hora y media si durarían esas copas!

—Sí, claro. Bueno... También bajamos a la discoteca. Pero ¿qué importa eso? —Gael entendió entonces los recelos de la mujer en seguir por ese camino, temía, con su incontrolada verborrea, acabar desvelando las seguras infidelidades con el *divinizado* Don Alfonso, ‘Al’ para las conquistas.

—No se preocupe. No te preocupes Piluca. Me ha sido de mucha ayuda, de veras. Siento haberle robado tanto tiempo.

—Ha sido un placer. Siento no haber podido ayudarle más. Es una lástima que se haya presentado en este momento —la mujer había cogido de nuevo la confianza y todo apuntaba a otro comadreo—. Si hubiera llamado hace..., no sé, no llega a un mes, cuando estuvo Al por aquí por última vez, le hubiera invitado a cenar con nosotros y seguro que en la mesa hubiera podido tomar notas interesantes para su libro. ¡Dónde caben cuatro, caben cinco! Bueno, Señor... ¿Pereira? Sí, Pereira, perdón, bueno, Juanjo. Era Juanjo, ¿no? Que le dejo que a mí también se me hace tarde. ¡Au revoir!

—¡Espera! ¡Espera! No cuelgues, por favor —Gael urgía desde el tuteo— Una pregunta más, disculpa. ¿Puedo? —esperó un consentimiento que Piluca dio de inmediato—. ¿Por qué dices que conmigo seríamos cinco en esas cenas del hotel? Si me sumo yo, contigo, tu marido y Alfonso seríamos cuatro. ¿No? ¿Por qué dices cinco? ¿Viaja con alguien?

—Sí, pero no siempre.

Gael se armó de paciencia y sin que se le notara la exasperación, y hasta la ira, forzó el diálogo.

—Y bien, Piluca, ¿qué quieres decir con sí pero no?

—Pues eso, que a veces Alfonso viene con acompañante y a veces no.

—Concreta un poco, por favor, te lo agradeceré incluso con una dedicatoria en la misma contraportada del libro. ¿Quién le acompaña?

¿Siempre es la misma persona? No sé... ¿Son mujeres? ¿Hombres? ¿Cosa de negocios?...

—¡Ah! ¡Ya! ¡Entiendo! ¡Vale, vale! —Piluca de Ferrer contestaba satisfecha de adivinar las intenciones de su interlocutor—. ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Siempre mujeres! Cada vez una distinta. Mat..., perdón, Matías, mi marido, dice que son familia, pero yo creo que no, que es una excusa, que Al es un mujeriego empedernido. Aunque lo cierto es que poco después de las copas se separan, eso es verdad, Al se queda en el hotel y ellas se van vaya usted a saber dónde. De pendoneo. ¡Con esas pintas! A mí es que me lo cuentan, que conste, no es que yo lo sepa porque aguante hasta tan tarde... Bueno, alguna vez sí... En fin...

—Y nunca... —Gael no necesitó terminar la frase pues la mujer, en un arrebató de agilidad mental, adivinó la pregunta del escritor y, sumándose al tuteo, se adelantó.

—Sí, sí. Es cierto. ¡Qué tonta soy! Sí. Una vez. Quizá dos, no sabría decirle. Una seguro. Al vino una vez con una joven muy guapa, para mí más que las demás, mucho más. Y sí, coincide con la descripción que me diste. Es cierto.

Gael, nervioso, repasó entonces de viva voz cada uno de los rasgos de Aida. Piluca, atenta, contestó con un rotundo ‘sí’ a cada frase del escritor.

—Perdona, Juanjo —la esposa del notario habló con retintín al terminar el escritor su interrogatorio—. ¡Me has estado mintiendo! ¡Tú estás enamorado de esa mujer! ¡Tú conoces a esa chica!

—Sí. Lo confieso. Me he enamorado, querida amiga, pero de su foto, de la foto de la chica que tengo en mis manos y que te acabo de describir —el escritor fue rápido.

—¡Huy! ¡Perdón! ¡Es que soy tonta, tonta! ¡Ya me lo dice mi marido! *Sorry*.

—El tonto es tu marido, querida, por dejar tanto tiempo sola a una persona tan agradable como tú.

Gael agradecía así la importantísima información facilitada. La emoción le hacía hablar casi riendo. La mujer se contagió y no tardó en demostrarlo con aquella ternura infantil que, por otro lado, también la identificaba. Piluca lo expresó eufórica.

—¡Qué alegría! ¡Seguro que ella era! ¡Cómo me alegro de ayudarte! ¡De verdad! Esto parece una novela romántica, porque, no me mientas, de una foto, o de ella, pero estás enamorado.

—Eres un cielo Piluca —y era cierto que a Gael empezaba a gustarle aquella mujer—. Un par de preguntas más. ¿Te importa?

—Soy toda tuya.

—¡No me digas eso que..., que soy capaz de plantarme en Valencia! —La mujer no dejaba de reír y el escritor disfrutaba de escucharla—. Pero ahora volvamos a las preguntas. ¿Ok? Bien, ¿te acuerdas de cuánto tiempo hará de esa visita? De la que recuerdas Alfonso llegó con Aida, digo.

—Vamos a ver... Si yo me operé en... ¡Uy! Qué tonta estoy. ¡Qué te va a importar a ti cuándo me operé de los pechos...! ¡Vaya! ¡Ya lo he dicho! No me hacía falta, ¿sabes?, pero mi Mat, mi marido...

—Por favor. Amiga mía. ¡Céntrate!

—Claro, claro. Perdón. ¿Qué me preguntabas? ¡Ah! ¡Si! Pues eso, me operé hará un año y eso fue... Fue bastante más tarde. Yo ya estaba bien, pues llevaba el vestido verde, el escotado... ¡Jo! ¡De verdad que no sé dónde tengo la cabeza! ¡Si esa chica estuvo aquí no hará dos meses!

—Pero... Si acabas de decir...

—No me hagas caso, es que soy una persona muy ocupada y por eso me lío con estas cosas —la mujer usaba un tono de voz sobreactuado— ¡Estoy en tantos eventos sociales que ni yo ni nadie podría recordarlo todo! ¿Dónde lo tendré yo eso? Espera, lo estoy buscando en la *tablet*. A ver si tengo la cita...

Gael le perdonó el desliz. Le perdonaría cualquier cosa a aquella mujer que le estaba entregando en brazos a su amada, que estaba alimentando su alma como nadie lo había hecho en años, aunque ella no se diera cuenta de ello. ¡O sí!

—Oye, mientras tanto... ¿Qué edad tendría la chica?

—Pues... Creo que... treinta y tantos... o así, pero muy bien llevados.

—¡¿Qué?! ¡Dios mío! —Gael no pudo reprimir un ahogado grito. Acababa de comprobar que Aida había crecido con él en aquellos años. ¡Eso significaba que lo esperaba! ¡Qué se había mantenido en un relativo aislamiento social para mantener coetáneas sus vidas! ¡Que había sacrificado diez años de su eternidad por él! ¡Que le amaba!

—¿Ocurre algo? ¿Estás ahí? Pero... ¿qué he dicho ahora?

—Disculpa. Nada, nada. ¡Qué me acabo de pillar el dedo en cajón! ¡Ya ves! —el escritor improvisó la finta. Debía tener más cuidado, realmente no sabía con quién estaba hablando—. Bueno, por adelantado, ¿recuerdas algo más?, mientras buscas eso en la *tablet*, digo.

—Déjame pensar... ¡Es que no puedo pensar y buscar a la vez! Bueno, sí,

claro que sí, ahora que lo dices, supongo que será importante que sepas que la chica y Al son primos. ¿Importa eso?

—¿Qué?! —Gael no ganaba para sorpresas.

—Sí, ya sé lo que estás pensando —la mujer se adelantó de nuevo a los prejuicios de Gael—. Pero es que... ¡Jo! ¡Qué me acabo de acordar!

—¡Tranquila, tranquila! No te has de justificar —el escritor por nada del mundo cerraría aquella veta—. Continua. Por favor.

—Pues sí, Juanjo, primos, o al menos eso decía Al, pero no podía ser esa chica la tía de Don Alfonso, como tú decías. ¡Por eso me he liado! Primos sí. Por cierto, y muy guapos ambos. Y elegantes, con porte... ¡Ah!, puedo decirte que ella además de guapa era muy humilde, lo que me gustó, le advertí de lo descompasado de los tonos de su blusa y sus zapatos y lo reconoció con una sonrisa casi infantil. Me acuerdo de eso. Y me alabó el gusto, vaya si lo hizo, tanto por mi glamuroso vestido verde como por como atiende a mi marido en cuestión de moda, ya ves, Matías tuvo que reconocer que tengo gusto para las corbatas. Sí, muy agradable. Y muy guapa. De haber sido yo un hombre no la hubiera dejado escapar. Fíjate que recuerdo que Mat me dijo, al llegar a casa, que no le importaría hacer un trío con ella. ¡Y yo le dije que también! ¡Qué risa! ¡Llevábamos cada uno casi dos botellas de *Dom Perignon* en el cuerpo! Pero te digo la verdad, si en ese momento se terciaba lo del trío... ¡Qué me hubiera apuntado! Tienes gusto, Juanjo, mucho gusto.

Gael pudo comprobar como aquella Piluca sacaba información a raudales cada vez que le excitaba la memoria. Pero podría ser peligroso. Muy *ruidoso*. Intentó, por tanto, derivarla ya hacía el desenlace.

—Gracias. Oye... ¿y dijo donde vivía? ¿Cómo encontrarla?

—¡Caray! Pues ahora que lo dice es posible... Déjame pensar... —las décimas de segundo en silencio parecieron infinitas a un Gael que, colgado al móvil, andaba por la habitación con un león enjaulado—. Creo que tengo algo. Pero no en la tablet, aquí no encuentro más que facturas y facturas, que repasados que son, les tengo dicho que se las manden a Mat... ¿Dónde vi yo su dirección? ¿Una tarjeta era? No, no. En la agenda. Si en la agenda de anillas. Espera que la busco. ¿África? ¿Era África su nombre? No, Adelaida, eso. ¿Verdad?

—¡Aida! ¡Se llama Aida! —repetir tanto su nombre no debía ser bueno.

—Claro. Aida. ¡Qué tonta estoy, de verdad! —se escuchó entonces como Piluca dejaba el teléfono sobre una superficie mientras sus pasos se alejaban. Después de ruidos lejanos e improprios velados por la distancia de nuevo los

pasos y la voz de la Señora Ferrer—. Oiga. Oye. Que ya tengo la agenda. Pero...

De repente un doloroso silencio, calma que al escritor se le encajó en el estómago, retorciéndoselo. Miró la pantalla del móvil, pero la comunicación seguía abierta. No se le podía escapar Piluca. Ahora no. Iba a protestar cuando, sin previo aviso, como cuando devino el mutismo, la voz de la mujer resonó potente en el auricular.

—Ahora que lo pienso, aquí estoy yo dale que te pego y, realmente, no le conozco a usted de nada. Podría ser usted un ‘picóstata’ de esos y aquí yo, la tonta, dándole pistas.

—Mira, Piluca —Gael pensó con celeridad—. Soy escritor, y periodista, ya te lo dije. Nada de psicopatías. No te preocupes, mujer. No puedo decirte nada más de mi proyecto por razones profesionales. ¡Entiéndelo! Ya te he dicho que además de citarte en la obra te pagaré bien por la información, a precio de notario. ¡Nunca mejor dicho! —realmente era la primera vez que introducía la posibilidad de un pago, pero estaba probando con la avaricia de aquella derrochadora Piluca ahora que parecía tener información verdaderamente importante—. Si he de trasladarme hasta Valencia lo haré, será un placer hacer cuentas con tu marido, ahora, si quieres también te puedo enviar un cheque, en este caso a tu nombre Piluca, ya te encargarías tú de hablar con tu marido. Dispongo en estos momentos para estas lides en mi presupuesto editorial de unos dos mil euros, espero que sea suficiente.

—No es el dinero, en absoluto, lo haré porque parece todo un caballero, pero entiende mis recelos —la mujer hablaba a trompicones, mientras parecía estar buscando en la agenda—. Recuerda, de todas formas, que sea al portador, sin nombres. Y ya te diré yo la dirección donde mandarlo, dejemos a Mat tranquilo que ya tiene demasiadas ocupaciones —un nuevo silencio solo roto por el sonido del papel al pasar páginas—. Aquí está. Si. Fue hace... ¿seis meses? No, menos. Espera. Por Navidad. No, después de Reyes. Si, como tres meses, o quizás menos. Es que la agenda es antigua, ¿sabes?, por aprovecharla, por eso no me coinciden las fechas... Bueno, lo confieso, es que la agenda me la regaló un empresario cliente de mi marido, hace tres años, pero como lleva ‘swarovskis’ incrustados y es tan elegante, pues eso, que la vuelvo a usar cada año y a veces lo anoto en el día de la semana y otras en el del mes...

Gael habló sin esperar a que concluyera su informante. Era el único modo de devolver a Piluca a sus centros antes de que se perdiera de nuevo en su

laberíntica memoria.

—Bien. Está bien. ¿Algo más? ¡Debiste anotar algo más! Por lo que veo eres la maestra de ceremonias de la notaría. Mira bien. Por favor.

—¡Claro que hay más! ¡Yo siempre tomo nota de todo! —Gael la había calado a la perfección—. Pero es poco. Lo siento.

—¿Cómo de poco?!

—Pues que venían de un vuelo desde Barcelona, solo eso.

—¡Así que viven en Barcelona! —afirmó Gael.

—Alfonso sí. Unos meses al año, pero África, la chica... ¿Qué digo África? ¡Aitana! Eso es, Aitana. Ella no, ella venía de más lejos...

—Querrás decir Aida.

Gael sufría por si todo el tiempo habían estado hablando de otra persona. La descripción de la mujer que cenó con Alfonso y los Ferrer coincidía con su amada, sin duda, pero que no fuera que las anotaciones de la agenda correspondieran a esa Aitana y Piluca le estuviera creando una pista falsa.

El escritor insistió.

—Aida. No Aitana. ¿Estamos hablando de la pelirroja que te he descrito foto en mano, Piluca?

—¡Pues claro que de la pelirroja! ¡De Aida! ¡¿Y que estaba yo diciendo?!

Gael tomó aire. Empezaba a sospechar si no sería una estratagema para sacarle más dinero, lo que le tranquilizó.

—OK. Prosigamos. Me estabas diciendo que ella venía de más lejos. ¿Recuerdas o tienes anotado desde dónde? ¿De Bruselas, quizá?

—No. Bruselas es donde vive Al el resto de año. Siempre dice que nos va a invitar pero ni flores. No, Bruselas no. La chica habló de un sitio de... No lo tengo anotado, pero... ¡De Suiza! ¡Eso es...! —un silencio—. ¿O de Suecia? ¡Joder con mi memoria!

—¡Piluca! ¡O te centras o adiós al cheque! —el hombre, ahora sí, había perdido el temple.

—¡Es que no me acuerdo! ¡Te lo juro! Espera... La ciudad era esa de los relojes, no sé si está en Suiza o en Suecia.

—¿La ciudad de los relojes?!

—Sí. Esto... Suach... o algo así.

—¿Swachtz? —preguntó el hombre—. ¿La ciudad de Suiza?

—¡Eso he dicho! ¡Suach!

—Es cierto, Piluca, perdona. Swachtz. Suiza. Perfecto. ¿Algo más?

—Sí. Dijo algo de que pasaba allí los veranos, pero dijo, que yo recuerde,

que para este año se quedaba aquí, ya no sé si en Barcelona.

—¡Perfecto!... ¡Cojonudo! ¿Algo más?

—Sí. Bueno... —de nuevo unos segundos de espera en la voz de la mujer—. No sé si será de interés, pero bueno, yo te lo suelto. Que me acuerdo de lo de que se queda este año acá, en España, por algo que me llamó la atención, por un comentario que hizo la pelirroja. En un momento de la cena le dijo a Alfonso que no volvería en verano a ‘Suach’, que se quedaría en España, pues ya había desperdiciado demasiado tiempo. Ya ves que tontería. ¿Verdad? ¡Una mujer rica y guapa como ella en vete tú a saber lo glamurosa que será esa ciudad y dice que perdiendo el tiempo! A mí me llamó la atención el comentario, qué quieres que te diga. Y es que en ese asunto había algo más. Algo romántico. Intuición de mujer. Esa chica estaba buscando a alguien. Alguien importante para ella.

—Pero... ¿Lo dices por esa intuición femenina, o por algo más que yo deba saber?

—No, lo digo porque ella comentó a Alfonso, en *petit comité*, en un apartado, pero yo pude oírlo, sin intención, claro, es que estaba cerca...

—¡¿Qué le dijo?! ¡Por todos los cielos, Piluca!

—Sí, claro... Le dijo que era el tiempo de encontrarle.... o algo así. Que había pasado tiempo más que suficiente y que lo necesitaba... ¡Más o menos! ¡Piensa que fueron unos segundos y que yo estaba detrás de una cortina! Por cierto, yo no espiaba a África, sino a él, al mujeriego de Alfonso, no me creía eso de que eran familia, pensaba que me la estaba pegando, y ya ves, resulta que ella tiene un enamorado y se lo estaba contando a él, luego Alfonso no era su amante, ahí supe que si era verdad, lo de que eran familia quiero decir...

—¿Algún nombre? ¿Dijo el nombre de alguien la chica? —zanjó urgente el escritor.

—Sí. ¿Te interesa? Sí lo dijo. Lo recuerdo porque es tocayo de mi tío el gallego. Gael. ¿Te suena?

Por fin. Tanto tiempo después y ahora una desconocida y solo unos días después de la liberación le confirmaban su pasado. Y su futuro. Gael liberó las contenidas lágrimas que se agolpaban en las puertas de su emoción, pero evitó suspirar, no quería que su interlocutora lo apreciara.

—Gracias, Piluca. Muchas gracias— Definitivamente Gael se la hubiera comido a besos—. Dame esa dirección donde debo mandarte el cheque...

Gael esperó casi dos horas en la estación. Con aquel rápido llegaría al pueblo sobre las seis de la tarde, mientras tanto y a su pesar debía confiarle de nuevo una tarea a Aurora, lo sabía injusto, pero resultaba vital y ella lo comprendería. Desde el andén marcó en su móvil el teléfono de la Casa de Salud, Aurora debía estar en ese momento en su guardia vespertina. El teléfono marcó solo dos tonos y la voz armónica de Aurora respondió de inmediato. Cuando Gael se presentó la chica combinó ráfagas de alegría y de enfado. Estaba contenta, muy contenta, por el regreso de Gael; pero resignada ante lo que le acababa de adelantar el escritor, resignada a ser solo una colaboradora.

—No, no han preguntado por ti en estos dos días —Aurora le informaba enroscando nerviosa el cable del teléfono entre los dedos—. Y estaré al tanto, no te preocupes. ¡Al menos ahora ya sé que es pelirroja! —la última frase también fue de resignación.

—Te lo agradezco, Aurora, te lo agradezco muchísimo. Y... Y te quiero.

—Juanjo. Gael. Por favor. Lo último que necesito es compasión —la chica hablaba desde el adulto—. Voy a ayudarte, pero no es necesario que mientas.

—No. Es cierto. Te quiero. Mentirte sería lo contrario.

—Te quiero es lo contrario de estar enamorado. No digas más tonterías, Gael.

—Aurora, de verdad...

—No sigas, Gael. ¡Joder! ¡Yo no te estoy pidiendo nada! ¡Haz el favor!

—Realmente me enamoré de ti...

—¡Calla! ¡Calla, por favor! ¿Te acuerdas cómo nos reíamos escuchando *Corazón loco*? Nos preguntábamos cómo era posible que Machín dijera aquello, sin reparos, con dos cojones. ¡Y me sales tú ahora con lo de que *‘cómo se puede querer dos mujeres a la vez y no estar loco’*!

—Es verdad. Pero no sabría cómo definirlo de otra manera. De todos modos, Aurora, llevo colgado sobre mí un peso que no podrías resistir, al

final eso es todo. Y no puedo hablar de ello.

—¡Y ese peso es la tal Aida! —Aurora si usó el tono despectivo en esta ocasión—. ¡Y me lo restriegas! Gael, te has empeñado en joderme la vida. ¿No te das cuenta de que te estás portando como un cabronazo? Aunque yo te quiera con toda mi alma la verdad es que eres un hijo de... Di la verdad, estás enamorado de la pelirroja y punto.

—Sí, Aurora, estoy enamorado de ella. O eso creo. ¡Duró tan poco! ¡Poco más de un mes! ¿Qué es eso comparado con diez años de espera? ¡Diez años! Agazapado en la clandestinidad, como un delincuente, mejor, como una presa, que eso es lo que soy para ellos. Y entonces llegaste tú, un viento fresco, oxigenado...

—¡Déjalo! ¡No sigas, por favor! No importa. De verdad —Aurora le interrumpió hablándole ya desde el sosiego y la aceptación— No estarás en paz hasta que la encuentres, y ahora se trata de eso. No le demos más vueltas.

Un silencio breve, muy breve, pero tan eficaz como la firma de un acuerdo. El escritor prosiguió.

—Lo último que deseo es dañarte, Aurora, mi Aurora. Siento haberte pedido ayuda. ¡Soy un gilipollas!

—Lo eres, de verdad que lo eres —la chica contestaba forzando un tono jocoso—. Y un cabronazo. Pero te quiero. Y por eso te ayudo. Y te digo una cosa, si se te llega a ocurrir venir por aquí y no contar conmigo..., entonces sí que te hubiera matado.

—Te entiendo, pero no debía haberte llamado para pedirte esto. No es justo. No sé cómo pedirte perdón...

—Déjate de chorradas —Aurora había firmado con su silencio aquel pacto y estaba dispuesta a cumplirlo—. Centrémonos en lo que necesitas. Cuando vayas llegando al pueblo me avisas, desde el tren, con una media horita, que me dé tiempo a pegarme una buena ducha y adecentarme.

Al sonido sordo de colgar Aurora el teléfono de la Casa de Salud le siguió el largo tono de la línea sin conexión, pero el escritor quedó pegado al auricular, escuchándolo. Gael, por segunda vez en mucho tiempo, lloró.

El tren llegó a su hora y el escritor enfiló el paseo que lo llevaría, en tres kilómetros, a los pies de la carretera de acceso a los acantilados. Entonces se dio cuenta que ese ya no era su destino, la costumbre había guiado sus reflejos pasos hacia el escondite, la madriguera de su largo aislamiento, pero ahora se había detenido, consciente de su nueva realidad, y miraba como a su derecha, hacía la mar, se levantaban los hoteles y apartamentos de la ciudad lineal, un urbanismo que se apelotonaba junto a la playa luchando por la primera línea.

Los altos edificios discurrían a poniente y a levante del pueblo, los de poniente, de menor altura, acababan poco antes de la rotonda distribuidora de la circulación desde la que se ascendía a los acantilados, por su lado la línea al este terminaba en una suave colina en cuya cima y parte de sus laderas se levantaba un hotel de lujo, aquel sería su cuartel general, pensó el escritor, continuar en la casa colgante tenía no obstante ventajas, pero también inconvenientes, la ventaja radicaba en que si llegaba Aida le indicarían esa como su dirección pues ella andaría buscando al escritor Pereira, al ermitaño, pero si quien llegaba era un ejecutor igualmente le encontrarían.

Cuando le dijeron al director que ‘el escritor’ estaba haciendo el *registro* en su hotel no pudo evitar el salir de su despacho para comprobarlo. Sabían de su holgura económica, pero nunca se había visto a Juanjo Pereira durmiendo fuera de las paredes de madera de su casa del acantilado, aquello era una novedad. Mayor fue la sorpresa del recepcionista cuando leyó en el documento de identidad un nombre que desconocía y que no correspondía con el que aquel escritor había usado hasta el momento.

—Ya sabe... ¡Pseudónimos! —el empleado asintió sin género de duda, aquello tenía lógica. Gael añadió entonces su primera orden como huésped preferencial del hotel—. Por favor, si preguntan por mí, atienda a ambas filiaciones.

—Como no. Por supuesto, Señor Pereira. Disculpe. Señor Azcona —al

joven recepcionista le costaba asumir aquella nueva imagen del ermitaño del acantilado—. ¿Regresará usted a cenar, Don Gael?

—Si. Lo haré. Y me acostaré pronto. ¡Espero que sirvan cenas en una hora o así!

—Por supuesto Señor... Aunque...

—¿Algún problema? —preguntó Gael.

—No, no. Con la cena no... Pero me temo que lo que pueda complicarse sea lo de dormir. A mi pesar pero debo advertirle que se aloja en el hotel todo un autobús de turistas y están todos en su planta, lo siento. Es que la suite, su suite, está en esa planta, además de que no me quedan más habitaciones. Lo siento de veras. Puede que alboroten un poco a su vuelta de la cena y la discoteca. Pero me ocuparé de dejar recado...

—No te preocupes —pasar del voseo al tuteo por parte del huésped tranquilizó al empleado—. Tengo buen dormir.

El escritor dejó el hotel con una sensación en el cuerpo y en el alma que no sentía desde hacía lustros, aquella jovialidad, su fuerza recuperada, resultaba exultante. Rebosaba energía. Decidió caminar despacio hacia la Casa de Salud, había advertido de su llegada a Aurora, pero no media hora antes de la llegada del tren, como prometió, sino poco antes de salir del hotel, con lo que debía darle algo de tiempo, además que caminar reposado entre turistas lo reconfortaba. Al llegar al paseo marítimo aspiró con fuerza la mezcla de aromas; la brisa con el ligero regusto a gasoil del cercano y pequeño puerto; el olor a mar, una amalgama de yodo y salitre; y el tufo a pescado y a marisco resecado al sol durante el día sobre los espigones.

Frente a los bares del paseo se multiplicaban decenas de veladores que se alternaban, unos con heladería, otros con cervezas y tapas, frente a un mar que, al otro lado de la vía, empezaba a oscurecerse, pero del que se escuchaba siempre su ronroneo. Terrazas repletas de mesas colmadas de platos marineros, cada cual con su vela o su farol en una tarde que ya caía, sillas ocupadas por turistas homogéneos, como sacados de un mismo patrón. Aquello, aquel hervidero de vida que hacía no mucho le parecía a Gael insoportable, ahora le gratificaba sobremanera.

Por fin, en un recodo algo apartado del bullicio, donde las farolas de luz blanca podían con las luces de neón, el escritor, sonriente y erguido, llegó donde un par de ambulancias permanecían aparcadas frente al rótulo de la Casa de Salud. Los conductores y los taxistas de la parada cercana, sentados a la fresca con sillas sacadas del dispensario, recostadas y apoyadas contra la

pared, le saludaron con media sonrisa cargada de ironía pero también de sana envidia y atávico compañerismo.

El encuentro con Aurora fue decididamente tierno, pero sin más pretensiones. La joven se había preparado y no quería que quedara grieta alguna por la que se incendiara de nuevo su dolor, como tampoco quería dejar rastro de las lágrimas que lo habían extinguido. Iba a ayudarle, sin rencor, pero con sus condiciones, así que tras un largo y apretado abrazo, la cara apretada en el cuello de Gael, Aurora se apartó, le apartó, y comenzó con la rutina que había planificado, una rutina que debía servir, además, como armadura en la que refugiarse de los golpes de la decepción y el despecho.

Aurora, después de los vívidos abrazos, dejó a Gael en la sala de espera del dispensario mientras entraba en su despacho para recoger las llaves del todoterreno de Gael, que tenía estacionado junto a las ambulancias y que volvía a necesitar el escritor. El hecho de que le recibiera en aquella sala, con grandes ventanales, sin cortinas, desde donde se veían mutuamente con los conductores de las ambulancias y de la parada de taxis, dejó claro al escritor que Aurora había levantado las defensas y que no estaba dispuesta a desbaratarlas.

Aurora volvió con el llavero, pero también con el brazalete y las gomas del tensiómetro. Gael arqueó las cejas con marcada ironía, aquello le parecía demasiado infantil, tratarle como un paciente era ya una chiquillada, pero la joven acalló la soberbia de Gael cuando le explicó, mientras desinflaba gradualmente la mordaza que le apretaba el brazo y se desprendía del fonendoscopio, que le había detectado un tono de piel demasiado vascularizado y que durante el abrazo sintió como su corazón palpitaba un tanto rápido y que despedía un exceso de calor. A pesar de sus temores Gael estaba perfectamente, y no solo eso, Aurora se encontraba mejor después de esconderse tras la bata de su profesión.

Solo después de aquel *impasse* comenzaron a hablar acordando cómo comunicarse en caso de darse alguna novedad. Gael le hizo partícipe de los pasos que pensaba dar en primer lugar. A su pesar debía volver a la casa colgante, al menos una vez, por si había algún mensaje, por dejar él algún mensaje, aunque visitar de nuevo aquel lugar lo asumía con cautela, podrían estar esperándole, para bien o para mal, por eso no llegaría con el coche hasta la casa, lo estacionaría antes, en el apeadero donde llegan los turistas para tomar fotos desde las alturas, cerca ya de su casa colgante, y seguiría después a pie por la senda horadada en la pared de piedra, la que prácticamente nadie

conocía, aquella vereda oculta entre riscos y arbustos que desde la curva del apeadero conectaba con la senda zigzagueante que desde el borde mismo del precipicio bajaba hasta la playa, la que él y Bjorn Gaast bajaron corriendo la noche de los demonios, si es que aquello ocurrió realmente. En todo el caso la idea era que si alguien esperaba en la casona nunca sospechara que le podían llegar por detrás, desde el mismo precipicio. Salvo que fueran los Gaast, claro está, que ya conocían el atajo, pero en ese caso tendría problemas de todas formas, entrara por la espalda o cara descubierta.

El vehículo subía a trompicones colina arriba camino del mirador, en un trecho la pista alcanzaba el alto de una de aquellas colinas y discurría paralela al mismo precipicio del acantilado, una bionda quitamiedos salpicada de catadióptricos y algunos mojones blanqueados con cal garantizaban la seguridad, aun así la escalada en aquel tramo generaba un temor irremediable por la cercanía de un vacío que no se adivinaba, sino que se veía. Casi en la cima, cerca ya de la casa, aún más encumbrada, antes de que el camino se volviera colina adentro, un apeadero semicircular, protegido por un vallado de troncos de madera, invitaba a detener los vehículos, tanto para poder así observar las impresionantes vistas, como para disipar la tensión vivida hasta ese momento tras el ascenso.

Gael estacionó a un lado y anduvo hasta la misma barandilla apoyándose sobre el pasamanos de madera, cerró los ojos e inspiró una bocanada de aquella brisa cargada de océano. Se dio unos momentos ante aquel insuperable atardecer recordando las palabras del gran Borges que calificaba como irrecuperables los colores de cada cielo. Frente a él un horizonte celeste entre azul marino, cobalto y gris rozando el océano, y un mar que era turquesa a sus pies y azul por donde dejaban sus estelas blancas los barcos que volvían a puerto. El sol se ponía por su izquierda, casi a sus espaldas, y las escasas nubes brillaban de naranja y violeta por poniente aparentado ser testigos de un lejano resplandor de hoguera.

Gael cerró de nuevo los ojos y volvió a inspirar brisa marina preparándose para atacar su plan y desaparecer por la oculta vereda, al abrirlos se percató de que en el fondo del despeñadero, allí donde la carretera de la costa dejaba de serlo y una pequeña rotonda devolvía el tráfico por donde había llegado, un autobús, que destacaba por su brillante y casi fosforescente color verde, hacía maniobras. El autobús giró dificultosamente en la rotonda y cuando ya apuntaba al regreso se detuvo, abrió las láminas laterales de sus puertas, como si separara sus escamas, y comenzaron a apearse multitud de turistas

armados con cámaras que apuntaban a aquella bellísima postal, algunos paseaban por debajo de las farolas, ya encendidas, otros miraban y señalaban hacia arriba, hacia la descomunal pared vertical. Uno de ellos incluso pareció saludarle.

El escritor se disponía a emprender su escalada por el sendero cuando descubrió entre aquellas pequeñas figuras humanas una que le dejó petrificado, fue la última persona en bajar del autobús, lo hizo pesadamente, con desgana, colocándose bajo una de las farolas, el resto de los turistas le rodearon de inmediato en un amplio pero apretado círculo. El centro de aquella atención era una persona joven, de quizá veintipocos años, vestida con pantalones vaqueros descoloridos y una amplia camisola blanca de corsario. Aquella persona tenía su rojo pelo recogido en una abultada coleta.

Gael miró rápido a ambos lados, en efecto a su derecha estaba el telescopio accionado por monedas, rebuscó en sus bolsillos e introdujo la moneda que encajaba en la ranura, tras un clic algo se levantó en su interior y Gael ya pudo ver a través del aparato. Viró su deriva y apunto bajo, casi a tope, girándolo hasta dar con la gente del autobús. Se veían cerca, en bandas de cuatro o cinco personas de ancho. Ajustó la nitidez en el primero de aquellos turistas y, lograda esta, comenzó a barrer lentamente buscando a la persona que parecía guía del grupo. Pero no aparecía.

El escritor se apartó del visor y oteo el conjunto, la vio entonces caminar de nuevo hacia el autobús, al parecer había concluido su arenga, el escritor fijo su vista en aquel punto y sin apartarla movió el telescopio hasta ponerlo en línea con su mirada, y acertó el blanco, pero solo vio la espalda, azotada por la coleta pelirroja, cuando subía de nuevo al autocar. Inmediatamente, como llamados por el triángulo, todos volvieron al mastodonte de color verde chillón y en menos de un minuto el vehículo sellaba sus puertas y con los faros encendidos emprendía el regreso camino al puerto. El ruido del motor y el rugir de las olas en los rompientes impidieron que se escuchara la voz del Gael gritando desde el alto del acantilado. «¡Eh! ¡Aida! ¡Aquí! ¡Aquí arriba!»

Cambiar el sentido del todoterreno en el mismo apeadero era toda una temeridad que el escritor afrontó sin reparos, después se lanzó colina abajo, huérfano de frenos; si conseguía llegar al empalme antes que el autobús ya no lo perdería.

El camino de los acantilados en su rodadura pública solo llevaba al mirador; desde allí el camino, ya privado, se internaba en las colinas y el bosque para después de describir un gran semicírculo salir a la casa colgante,

donde terminaba. Todo el camino, público y privado, era una pista que se separaba de la carretera de la costa en una intersección, a nivel del mar, a unos cinco kilómetros del pueblo, a esa conexión quería volver Gael antes de que lo hiciera el autocar, después solo sería seguirlo hasta el pueblo, o hasta donde quisiera que tuviese su destino.

Pero tenía que llegar a tiempo ya que ese tramo de carretera, esos pocos kilómetros hasta el pueblo, discurrían casi al nivel del mar por una calzada prácticamente excavada en la ladera de los acantilados, serpenteando a medida que entraba y salía siguiendo la forma abombada de la sucesión de calas, lo que hacía difícil el seguimiento o la simple visualización del objetivo por las veces en las que se perdería en aquella cadena de curvas con visibilidad prácticamente nula, además, en el último metro, ya entrando en el llano, poco antes de llegar al puerto y al pueblo, la carretera conectaba desde una gran rotonda con diversas vías de salida, una de ellas hacia la autovía nacional y otras tres a distintas localidades vecinas, y por cualquiera de ellas podría perder al autobús si le aventajaba tan solo un minuto.

El paso de la tierra al asfalto apaciguó a Gael sacándolo de sus elucubraciones. El frenazo le hizo derrapar, pero lo detuvo en el lugar exacto, medio metro antes del empalme con la calzada a la que debía incorporarse y por la que iría a pasar o habría pasado el autobús. La oscuridad era ya casi total. A izquierda y derecha la carretera, sin arcén, protegida del precipicio cortado a cuchillo por una sucesión de bloques de piedra blanqueados, algunos con reflectantes color naranja y otros soportando señales reflectantes de aviso de curva. El mar rugía pocos metros más abajo, de hecho algunas olas besaban, según su furia, los guardarraíles de la carretera.

Gael miró a su izquierda esperando ver llegar los faros del autocar, pero lo que vio fue a su derecha sus rojos pilotos alejándose camino del pueblo. Pisó a fondo el acelerador generando una nube gris con olor a caucho quemado. Ya no veía los pilotos, pero sabía que volverían a aparecer cuando salieran de la curva cóncava para abordar la convexa. Y los localizó, tres curvas más allá. Le llevaban demasiada ventaja. Apuró el velocímetro hasta casi hacerle perder el control. Las luces amarillas y rojas se sucedían en la lejanía. Por fin dobló la última curva y entró peligrosamente en la rotonda de distribución. El autobús había desaparecido. Frente a él la trama urbana se veía plagada de luces y de vehículos. A la derecha las carreteras de salida no daban pistas de si alguna de aquellas estelas rojas pudiera ser la del autobús perseguido.

Se detuvo a un lado de la rotonda, cansado de darle vueltas y mientras

pensaba qué camino tomar. El resto de los conductores le increpaban con el lenguaje del claxon. Gael cayó entonces en que no había mirado la placa del autobús. ¡No había mirado la matrícula! ¡Cuánta habilidad periodística había perdido!, se decía a sí mismo. En ese instante, por el retrovisor, que reflejaba la carretera de acceso al pueblo, con el puerto a un lado y multitud de restaurantes y discotecas en el opuesto, vio un reflejo verde iluminado por una farola. Giró su cuello con tal potencia que lo escuchó crujir. En efecto, en la avenida se veía, por encima de los techos de los coches, la parte alta de un autobús de color verde que se iluminaba alternativamente a medida que pasaba por debajo de cada farola.

Sin pensarlo se metió en la rotonda obligando a frenar a los que circulaban en ella. Sin atender las quejas y los merecidos improperios enfiló la avenida urbana a la caza de un mastodonte verde que ya no veía en lontananza entre aquella legión de faros y luces rojas. Superó varios semáforos en verde pero ya no pudo con el rojo de una intersección atravesada por un denso y rápido tráfico. Resignado, aunque dispuesto para un despegue inmediato, mantenía el pie en el acelerador haciéndolo vibrar a golpes alternos del pedal, el ruido del motor reflejaba su impaciencia, hasta el punto de que los peatones que cruzaban lo hacían con premura intuyendo una arrancada brusca y sin contemplaciones en cuanto cambiara la señal luminosa.

—¿No es tu amigo ese loco del semáforo? ¡El escritor ese! —la enfermera alertó a una Aurora que movía la cabeza para ver entre la gente.

Desde su mesa en la terraza del bar alcanzó a ver aquel Land Rover que tan bien conocía y, sin molestarse en contestar a su amiga, corrió Aurora hacia el semáforo haciendo aspavientos con los brazos. Gael no la advirtió y soltó todos los caballos mecánicos en cuanto cambió a verde. Un frenazo agudo y estridente hizo volver la cabeza a todo el mundo mientras Aurora se cubría la cabeza viéndose atropellada. El parachoques de Gael llegó a besar su minifalda de algodón.

—¡¿Pero qué haces?! ¡Estás loca! —Gael bajaba del coche incrédulo—. ¿Quieres que te maten? —el claxon de un río de vehículos tras de sí comenzó a sonar como si de un solo instrumento se tratara—. ¿Estás bien? —Gael esperó el asentimiento de la chica—. Vamos, sube, no hay tiempo que perder.

El Land Rover desapareció en un abrir y cerrar de ojos de la mirada estupefacta de los obligados espectadores. Una luz destellante de color azul ya se adivinaba tres manzanas al oeste.

—¡Joder, Juanjo, casi me matas! —Aurora se estaba recuperando— ¡El

loco eres tú! ¿Dónde ibas con esas prisas?

—¿¿Quién...?! ¡¿Yo?! ¡Pero si eres tú quién te has metido bajo las ruedas! —el hombre contestaba sin dejar de mirar al frente, a los lados y por el retrovisor, en este último caso para comprobar que las luces azules se habían detenido en lugar del incidente y permanecían allí.

—¿Pero qué estás buscando, Gael? ¡Y mira al frente, joder, que vamos a tenerla de nuevo! —Aurora todavía temblaba.

—¡La he visto! Aurora ¡Juraría que la he visto!...

—¡A quién! ¿A la pelirroja? —el tono de la chica era de sorpresa, sin ironía.

—¡Sí! ¡A Aida! En un autobús. Un autobús verde. Me ha parecido verlo en esta avenida —Aurora iba a interrumpirle pero su amigo se lo impidió con su monólogo atropellado—. Debo repasar toda la avenida... Y rápido... Si no... Si no iremos al peaje de la autopista. Por probar... por preguntar... ¡Dios! ¡La perderé de nuevo!

—¿El autobús era de un verde casi fosforescente?

—¡Joder, Aurora! ¿A qué viene eso ahora?

—¿Era fosforescente o no?

—¡¿Y qué más da?! —Gael empezaba a entender—. Sí, sí. Era de un verde muy brillante. ¿Es que lo conoces?

Aurora suspiró. Enlazó su brazo izquierdo con el del conductor y apoyó la cabeza en su hombro.

—¡Pero... ¿Qué coño haces?! ¡Estoy conduciendo! —solo terminar la frase Gael se arrepintió del tono—. Perdona, Aurora, yo...

La chica no pareció enfadarse, al contrario acarició el brazo del hombre en el que se apoyaba.

—Para. Para el coche Gael.

—Por favor, Aurora, no puedo. Siento haberte gritado —el escritor apretó con su mano derecha la mano de su amiga que encontró sobre su regazo—. No puedo. La he visto y se me está escapando.

—Para el coche, por favor. O reduce la velocidad. Ese autobús no saldrá del pueblo, te lo aseguro —Aurora hablaba con firmeza, con conocimiento de causa.

—¿Cómo lo sabes?

—Ese autobús, Gael, los que van en ese autobús se alojan en tu mismo hotel. Así que todo resuelto. La pelirroja que has visto acabará cenando contigo esta noche. Así que para y tranquilízate.

—¿Y eso?... ¿Cómo sabes eso...? —esta vez el rostro de la chica si denotó cierta decepción— ¡Joder Aurora, solo te pido una pequeña explicación!

—Y te la daré. Pero primero para, estás muy nervioso. Para y déjame conducir a mí.

Aurora, ya con las manos en el volante, después de llamar a la amiga que había dejado en la cafetería, tranquilizándola, y camino del hotel, explicó al escritor que aquellos llamativos autobuses identificados por el brillante color eran de una empresa que tenía un concierto con el Ayuntamiento y siempre se hospedaban en el hotel a donde se dirigían. El mismo donde iba a dormir Gael.

—Tu tiempo de reclusión ha tenido esta cosecha, cariño, todo el mundo sabe lo que te cuento menos tú ¡Menos mal que no has tenido un accidente! ¡Ni has matado a nadie!

—Pero... ¿Y si te equivocas? ¿Y si no es ese autocar? En estos momentos puede ser que Aida esté saliendo del pueblo y yo aquí...

—Tú también puedes estar equivocado. Puede que a quien has llegado a ver no sea esa Aida —la frase de la estudiante bajó de golpe a Gael de una nube en la que viajaba desde el mirador del acantilado mayor.

—Es cierto. Perdona. No me reconozco.

Aurora buscó a su derecha y paró el vehículo en un hueco. Respiró y, volviéndose de cara a su amigo, comenzó a hablarle.

—El concierto del que te he hablado obliga a cierta exclusividad por parte de la empresa y solo trabajan para este municipio en toda la costa norte, a cambio el ayuntamiento les ofrece ciertos privilegios. Todos esos autobuses vienen aquí, Gael. Son de sobra conocidos por todos los del pueblo y los alrededores. Se distinguen claramente, por ese color que se asemeja a los de los chalecos reflectantes de carretera. ¡Incluso les obligó la dirección de tráfico a repintarlos al *pantone* permitido, ya que eran todavía más brillantes! La gente les llama los ‘*Greenpeace*’, por lo del color. Solo tú lo desconocías.

Aurora cogió la mano de Gael y tardó un par de segundos en retomar el relato. El escritor adivinó en ello una revelación que, probablemente, no le gustaría.

—Y hay más de uno —prosiguió la joven—. Puede que sean media docena de autobuses iguales, no sabría decirte...

—Entonces... Cabe que nos hayamos equivocado y ahora... —el hombre mostraba su preocupación, pero Aurora no le dejó continuar.

—Tranquilo. Confía en mí —la chica hablaba con seguridad—. Todos

terminan en las cocheras de la parte trasera del hotel porque todos se alojan allí, te lo repito, de hecho tienen reservadas las tres últimas plantas. Además yo he visto el autobús al que tú perseguías... Por favor, déjame seguir —Aurora había abortado un nuevo intento de Gael por intervenir—. He visto llegar ‘tú autobús’ desde la lejanía sentada en la terraza del *Tropical* y sé de qué autobús en concreto se trata. Es el, por llamarle así, el ‘buque insignia’, el único que lleva una horrible e inmensa silueta de rana dibujada en la trasera, horrible para mi gusto, claro está. Es el logo de la empresa y este el autocar ‘suite’ de la flota.

—Es cierto —Gael también lo había visto—. Pero... ¿Seguro que solo hay uno con esa silueta?

—¡Pero que desconfiado eres, joder! ¡Si te digo que solo hay uno, es que solo hay uno! —Aurora intentaba, a pesar de todo, no ser desagradable pero Gael— Y aún hay más. Algo de tu interés. Aunque te juro que me lo guardo si vuelves a desconfiar de mí.

—*I’m sorry*. De acuerdo. Lo siento de veras —el hombre simuló cerrar una cremallera en sus labios que dibujaban media sonrisa de reconciliación.

—Ese mismo autobús estuvo en el ambulatorio hoy mismo. Son belgas. Tal y como llegaron al pueblo, y solo dejar el equipaje en el hotel, pasaron por la Casa de Salud, llegaban mareados. ‘lipotímicos’. A algunos hasta hubo que administrarles suero, más por abrirles una vía donde descargar revitalizantes que por otra cosa. En principio pensamos en alguna salmonelosis, por la comida ingerida durante el viaje, pero era al contrario... ¡lo que tenían era hambre!, vamos, que venían literalmente desmayados. ¡Anémicos! Al parecer no quisieron parar en el área de descanso de la autopista para llegar pronto a la playa. Y les pasó factura. Sobre todo el no beber. No se pueden hacer viajes ‘secos’.

—¿Todos? ¡Qué pasada...!

—Todos no... —continuó Aurora—. Menos uno, el guía, un español, socio de la empresa, que se incorporó al grupo en Bayona, pero que tuvo que conducir los últimos cien kilómetros ya que ambos conductores, el oficial y el de reserva, también estaban igual, y eso que estos sí habían comido y bebido, pero venían igualmente bajos de tensión. Menos mal que el monitor disponía de los permisos de conducir adecuados, en otro caso no hubieran llegado hoy.

—¿Te contó el guía algo de lo ocurrido?

—No, no llegué a verle, él no vino a la Casa de Salud, se quedó en el hotel organizando las habitaciones y los equipajes. Todo esto me lo contó un

empleado del hotel al que le dieron el encargo de organizar el traslado del pasaje a mi dispensario, lo que ya hicieron con conductores del hotel. Si preguntas por él en el hotel seguro que lo localizas y te podrá contar algo más.

—Y... Ya sabes... No puedo aguantar mucho más... —el escritor esperaba no tener que hacer la pregunta, pero le quemaba en la lengua—. ¿Y una chica pelirroja? ¿De unos treinta...?

—No. Lo siento. No la vi. Por supuesto que me fijé. De verdad que lo siento. Pero también es cierto que no sé si vino todo el pasaje a la Casa de Salud, del mismo modo que el guía se quedó en el hotel puede que otros u otras, que se encontraran mejor, tampoco vinieran.

En ese momento alcanzaban los porches del hotel. Aurora condujo hasta el apeadero donde un botones con gorra de plato abrió la puerta del acompañante.

—Ahora es tu turno. Ya estás aquí. La persona que viste en el autobús está aquí. Pero, por favor... —la chica se acercó al escritor, que ya tenía una pierna apoyada en el estribo para salir—, por favor cena algo antes y relájate, yo tomaría un baño antes de ponerme a investigar —en esa posición, cerca de la cara de su amigo, le beso en los labios—. Te quiero.

Acordaron que la chica se llevara de nuevo el todoterreno. Desde el hotel, en lo alto de la colina, el pueblo quedaba algo lejos. El coche salió del andén del hotel y se alejó loma abajo. El escritor saludó mano en alto mientras el vehículo permanecía a la vista, medio minuto después ya cruzaba el amplio *lobby* del hotel.

—Ningún mensaje. Señor —dijo el recepcionista con el rictus comedido e invariablemente agradable.

Gael estaba distraído, llegó hasta el mostrador pero por inercia, realmente andaba mirando hacia un corro de personas que se agrupaban al fondo del amplio *hall*, en la entrada de uno de los salones que mantenía las puertas abiertas de par en par. La voz del empleado atrajo la atención del escritor.

—¿Don Gael? ¿Señor? Le decía que no ha habido mensajes.

—¡Ah! Sí, sí. Claro. Gracias. Perdone, ¿toda esa gente es la que llegó en el último autobús? —dijo señalando hacia el comedor. Varias decenas de turistas se arremolinaban en pie entorno a altas mesas engullendo un *tentempié* nocturno.

—En efecto —confirmó el empleado hablando de espaldas mientras buscaba la tarjeta de la habitación 509—. Son todos de un ‘Greenpeace’...

—El recepcionista se volvió sonrojado—. Perdona, me refiero a los autobuses de la compañía ‘*Flandes Travelling*’. Todo lo relacionado con esa agencia es de ese color césped: los autobuses, las etiquetas... ¡Hasta las facturas!

—Ok. Gracias. Ya me contaron lo del color. Y lo de que siempre se alojan aquí. Por cierto —Gael probó suerte—. ¿Se ha fijado si llegó con ellos una joven pelirroja? Debió pasar por aquí mismo. Lleva el pelo recogido en una coleta.

—Lo siento Señor, no me he dado cuenta, como verá son casi todos rubios y si pasó por aquí no debió destacar mucho como para fijarme. Lo siento. Pero estaré al tanto, se lo prometo.

—Claro, claro. Gracias —Gael meditó unos segundos—. Una pregunta, ¿podría entrar yo también al comedor? No para cenar, es que creo haber reconocido a alguien.

—¡Cómo no! El comedor es para todos los clientes. Puede entrar a ver si encuentra a esa joven y también cenar, si lo desea, en ese salón disponemos de un bufé permanente.

Gael agradeció la aclaración. Se iba a retirar cuando el recepcionista le hizo un gesto para que se acercara y le habló conteniendo la voz.

—De todos modos, para su información, puede que le interese saber que junto a su habitación, en la 510, se aloja el dueño absoluto de *Flandes Travelling*, el ‘*magnate*’, como todos le conocen. Él sabe todos los detalles de todos sus clientes. Y clientas. Es una especie de *personal trainer* para asuntos de turismo. ¡La publicidad de la compañía promete un trato personalizado! —dijo el empleado señalando un montículo de dípticos de color verde apilados junto al timbre de recepción.

—Pero... ¿Cómo lo abordo? Y en su habitación. A estas horas...

—¡Oh! ¡No se preocupe! Recibe siempre a los clientes y proveedores en esa habitación, la tiene permanentemente alquilada. Es casi su oficina. Y es todo un donjuán, nunca se acuesta el primero. Por cierto, es pelirrojo.

—¡¿Cómo?! —Algo empezaba a barruntar Gael en su interior.

—Qué es pelirrojo, decía, de pelo rojo y piel clara, como sus clientes. Creo que es español, pero vive en Ámsterdam habitualmente y parece que se le ha pegado la fisonomía.

—Ya. Pero abordarle ahora en la habitación... No sé... —Gael se había interesado y mucho en la sugerencia del empleado.

El recepcionista se acercó más al mostrador para hablar todavía más cerca

de su huésped. Gael le imitó.

—Mire —prosiguió el empleado—, este hombre es un tipo particular, pese a estar podrido de dinero le gusta mezclarse con el pasaje, con alguna remesa de turistas, para comprobar en su persona la calidad del servicio. Hoy ha llegado con este último autobús y no hace mucho que está en su habitación, se quedó comprobando el bufé mientras el pasaje se acercaba al centro médico, por no sé qué problema de deshidratación, y luego subió.

—Ya, ya —protestó Gael—. Pero eso no quita que a estas horas... Además, ¿en que podría ayudarme?

—Créame que no le importará, me comprometo a ello, no se preocupe. Respecto a en qué puede ayudarle ya le decía que si usted busca a alguien en concreto él le ayudará seguro a encontrarlo. Siempre que sea de los turistas que él controla, claro está. ¿Quiere que le dé un toque? —propuso el recepcionista levantando el auricular del teléfono.

—No, no. Gracias —el escritor no quería adelantarse.

En ese instante el grupo de turistas acaba de terminar en el comedor bufé y salían ya hacía las habitaciones pasando cerca del mostrador de recepción. El empleado bajó todavía más el tono de su voz.

—Y por lo de acostarse tampoco debe preocuparse, nunca lo hace antes del amanecer, lo sé porque siempre que tengo turno de noche y el *magnate* está aquí, recibo encargos para que le suban prensa, o comida, o champán, hasta altas horas de la madrugada. No pierde el tiempo el potentado. —El empleado meditó unos instantes antes de continuar—. Por eso esta tarde le decía que temo no pueda usted dormir, pero no por el follón que puedan montar los turistas, como le dije, turistas que, como ve, son verdaderos corderitos. No, el problema es la suite contigua a la suya, el problema puede ser el *magnate*, que puede llegar a ser muy ruidoso en las noches que pide champán, ya me entiende...

El escritor escuchó las últimas palabras del recepcionista casi de espaldas ya que se había vuelto, con descaro, para controlar el paso de los huéspedes al paso hacia los ascensores. Aida, desde luego, no estaba entre ellos. Las sospechas se acotaban en un círculo cada vez más pequeño.

—¿Estaban todos los del autobús en el comedor? —preguntó Gael.

—No. Algunos subieron directamente al llegar de la Casa de Salud. Sobre todo las familias con niños. En las habitaciones les dejamos menús fríos infantiles.

—Muchas gracias por todo... Raúl —el escritor se fijó entonces por

primera vez en el nombre estampado en el pequeño rótulo que le colgaba del borde del bolsillo de la americana—. Has sido muy amable. De veras. Solo una pregunta más. ¿Cómo se peina el *magnate*?

—Tiene el pelo bastante largo. Y casi siempre con coleta.

La habitación era amplia, la penúltima del pasillo, junto a la suite del propietario de la agencia de viajes, suite que debía ser idéntica a la suya a juzgar por el plano de salidas de emergencias situado tras la puerta de su habitación. Solo entrar en la pieza Gael ya desconectó el irritante clima artificial y abrió de par en par las puertas de la terraza para descubrir unas vistas que nada tenían que envidiar a las de su casa colgante.

El hotel colgaba también, pero de la suave pendiente de una verde colina con el mar de fondo, en la ladera las distintas plantas del edificio se escalonaban en el descenso de modo que todas las habitaciones disponían de terraza, más que de balcón.

A diferencia de las vistas desde su refugio de los acantilados aquí el pueblo se divisaba a la izquierda, más o menos a parecida distancia. Entre el pueblo y el hotel mediaba el lado deportivo del puerto, lo suficientemente apartado como para que la actividad febril de los catamaranes y las motos de agua se escuchara en lontananza, rodeando aquel pequeño caladero, a modo de anfiteatro, se agolpaban bares y tabernas, restaurantes y tiendas de *souvenirs*, un bullicio a ojos vista pero que se escuchaba suave, lejano, confundido con el lento rugir de la marea.

El espectáculo impresionó al escritor, tanto tiempo en aquel lugar y jamás lo había contemplado desde ese lado. Apiló almohada y cojines en la cabecera de la cama y, vestido, tal y como llegaba, se echó semitumbado disfrutando de aquella visión paradisíaca y de la fresca brisa marina que se colaba en la habitación.

El hueco de las puertas correderas de la terraza, abiertas hasta sus topes, era casi tan grande como el mismo ancho de la habitación, así que la imagen la disfrutaba Gael en panavisión, solo enturbiada muy levemente por los finos barrotes de la barandilla de su terraza muchos metros más allá. Al fondo el negro del mar y el cielo y, a la izquierda, un semicírculo de farolas reflejándose ondulantes sobre las aguas calmadas del muelle deportivo. Las

luces de los neones de los bares y los garitos alumbraban a los paseantes que se adivinaban como sombras, algo ruidosos, pero muy distantes, tan mitigados como las campanillas en los mástiles de los barcos amarrados en los pantanales. Con ese rumor lejano y con el más cercano de las olas en la playa del hotel, a los pies de la colina, Gael se dejó vencer por un apetecido y necesario sueño.

Los primeros golpes se colaron en los sueños del escritor sin disolverlos, pero su persistencia acabó por despertarle. Rítmicas embestidas contra la pared se repetían desde la habitación contigua. Gael vio patentizarse el temor del recepcionista, su potentado vecino, el *magnate*, se lo estaba pasando de maravilla en plena madrugada.

Súbitamente se interrumpieron las embestidas y a los pocos segundos se escuchó la apertura deslizante de las correderas de la terraza vecina. El escritor no pudo reprimir su curiosidad y se levantó para refugiarse tras la columna de cortinas recogidas de su habitación. Con cautela se asomó, muy poco a poco. Una luz mortecina y horizontal, probablemente de la mesilla de noche, iluminaba con pereza la terraza vecina y la sombra de una persona se alargada hasta la barandilla. De repente la sombra empezó a acortarse, quien la proyectaba estaba andando y caminaba hacia el exterior. Gael no pudo evitar una pequeña exclamación cuando el cuerpo causante de la sombra finalmente apareció ante sus ojos, aun en las tinieblas de aquella tenue y transversal iluminación. Era la figura de una persona joven, impudicamente desnuda, que se desanudaba la coleta para, a movimientos laterales de la cabeza, esparcir a la brisa nocturna una melena roja y moderadamente rizada.

El escritor quiso apurar su posición pero en un centímetro más y sería descubierto, así que se conformó con espiar una espalda cubierta por una melena que terminaba apuntando a las blancas nalgas. Aquella persona aspiraba a bocanadas el aire de la noche mientras se apoyaba con las manos en la barandilla. Gael estuvo tentado de irrumpir. Si lo hacía desperezándose podría simular sorpresa y luego bastaría con disculparse, pero la sensatez se impuso a la impaciencia. El ancho de la espalda y la forma ondulada de los brazos indicaban que aquella poco iluminada figura era la de un varón, aunque efebo, de una piel que parecía terciopelo, vacía completamente de vello. Su honor quedaría comprometido si irrumpía y de nada valdrían las excusas del que reconocerían seguro como un vulgar *voyeur*. Incluso si aquella persona hubiera sido la misma Aida el reencuentro se habría manchado con la necesaria presencia del que, entonces sí, sin duda, sería

ahora su amante: el *magnate*.

Rígido en la inicial oposición el escritor se ocultó por completo tras la cortina cuando la figura rotó sobre sí misma para volver a la habitación a los reclamos que llegaban desde el interior. A Gael le pareció escuchar la voz de una mujer, aunque se confundía con el ruido del agua de una ducha, o de una cisterna. Al poco se escuchaban discutiendo dos timbres distintos de voz. Un hombre y una mujer se vociferaban en sordina y en un idioma extranjero que a Gael se le antojó francés, aunque francés antillano, que reconocía por su época de reportero en Martinica. Después un portazo y pasos alejándose por pasillo. El escritor corrió desde su refugio en la cortina enrollada hasta la puerta de su habitación mientras se calzaba por el camino los mocasines. Al no ver nada desde la mirilla se atrevió a abrirla, pero unos escasos milímetros, ya que escuchó la voz del hombre asomándose al pasillo y hablando a aquella mujer que, en el mismo idioma, le contestaba enfadada ya desde las escaleras. Esperó un poco, la mujer ya debía andar dos o más plantas abajo y el hombre todavía protestaba en el pasillo. Tardó todavía unos segundos en cerrar su puerta.

Gael, con suavidad, cerró la fina línea que había llegado a entreabrir. No sabía si era el momento de abordar a su vecino, como le recomendará el recepcionista, pero la impaciencia le consumía las entrañas y tenía una excusa: había escuchado gritos y que menos que ver si necesitaban ayuda.

Ya en el pasillo pudo ver que la puerta 510 no se había cerrado completamente, quizá la violencia del portazo superó el mecanismo de la cerradura, aun así golpeó con los nudillos sin irrumpir.

—¡Está abierta! Entra —el hombre hablaba con confianza, quizá pensaba que su amante volvía sumisa para rendirse a sus brazos.

Gael empujó la hoja y entró en habitación. A su paso por el corto pasillo comprobó que el cuarto de baño también estaba iluminado y por la fina pero suficiente rendija vio con claridad el cuerpo musculoso de un hombre enjabonándose en la ducha. Aquello no se lo esperaba. Un trio. No sabía si de dos hombre o de dos mujeres. La solución se iba presentando pasillo adentro. Los pies de la cama asomaban a medida que el pasillo terminaba y, sobre ella, unas piernas que se fueran completando. Gael entonó unas toses de cortesía antes de hablar.

—Perdón. Quizás no me esperen a mí —dijo casi a tientas viendo entonces que la luz amarilla que había visto desparramarse por la contigua terraza procedía de una lamparilla que habían bajado de la mesita al suelo después de

cubrirla con un pañuelo. En la mesita dos botellas de cava y un par de copas.

El cuerpo sobre la cama descansaba tumbado de costado y cubierto parcialmente por las sábanas. El escritor no hubiera podido entonces adivinar si se trataba de un hombre o de una mujer, salvo por sus brazos, musculosos y de pura fibra. Junto al cuerpo, entre la cama y el suelo, colgaba un albornoz de baño y la luz de la lámpara incidía directamente sobre el bolsillo de pecho y en él, bordado, una rosa negra sobre un rojo corazón, el escudo de armas de los Sieras.

—¿Quién cojones es usted? —la sonora voz masculina sorprendió a Gael que se había quedado impactado ante la visión de aquel escudo de armas que tanto poblaba sus recuerdos.

El hombre se incorporó y retiró el pañuelo que cubría la pantalla de la lámpara cegando momentáneamente al escritor que tardó unos segundos en acomodar sus pupilas. Cuando pudo ver con claridad dejó de hacerlo su mente, su entendimiento nubló ante lo que estaba viendo: ante él un hombre joven, de miembros de acero y fibra, pero de la suavidad de un adonis, le miraba con toda la cara de Aida.

—Bueno. ¿Me dice quien coño es usted o tendré que pasar a mayores?! —Gael se había quedado de piedra—. ¿Pero bueno! ¿Qué haces ahí como un pasmarote! ¿Me quieres decir qué haces en mi puta habitación?!

—Esto... Perdón... —Gael buscaba una fisura por donde salir de aquel atolladero—. Esto... Es que... La chica...

—¿Ella? ¡Ah! ¡Joder...! —el pelirrojo también nadaba en excusas al escuchar la referencia a la joven— Bueno, pero tú no eres su novio... En todo caso no ha pasado nada....

—¡Oh! ¡No! ¡No es la chica! —aquello era una puerta abierta, la fisura por la que escapar y Gael hizo uso de ella—. Siento haberle confundido, soy su vecino habitación, escuché gritos y pensé...

El escritor veía como el rostro de aquel hombre se relajaba. Quizá era el momento de añadir una despedida y salir de la escena, pero la vista del ya reconocido como Carlos Alberto, a pesar de viejos temores que se abrían ahora en su corazón, le obligaban a continuar. Este era un camino directo a Aida.

—Le pido mil disculpas, ya no le molestó más, si necesita algo de mí... —pero Gael se despedía sin moverse del lugar.

—¡Vaya! Lo siento. Te pido disculpas —el gemelo de Aida le hablaba mientras se enfundaba unos calzoncillos—. Ya sabes, *l'amour est comme la*

bataille... ¿Puedo ofrecerte una copa?

—¿Brandy? —el escritor se lanzaba sin miramientos—. Tú debes ser el *magnate*, el de agencia de viajes. ¿No es cierto?

—¿El qué?! —las risas del hermano de Aida eran ya carcajadas— ¿El *magnate*?! ¡Qué bueno! ¡Me gusta! —alargó la copa que acababa de preparar a Gael y le invitó a sentarse en los butacones de la suite mientras acababa de cubrirse con un pijama—. Sí, yo soy el propietario. ¿Te interesa algún servicio?

—No. Gracias. Pero una pregunta sí aprovecho para hacerte.

Carlos Alberto asintió mientras sorbía el brandy que también se había servido.

—Verás —continuó el escritor—. Es que vi el autobús a los pies de los acantilados y..., bueno, que me pareció verte entre los turistas... —Gael no sabía cómo preguntar si aquella era Aida o él, aunque esto último era lo más probable. Nada impedía que ambos hermanos estuvieran en el pueblo.

—¿Caray, vecino, sí que te fijaste! ¡Entre tanta gente! —el tono de la voz del joven comenzaba a ser burlón—. ¡Así que sí que quieres algún servicio!

—¿Oh! ¡No, no! ¡No me refería a eso! No hablo de alguna chica, ni nada de eso —el escritor se acordaba de los servicios a los que se refirió el recepcionista, la función de celestina que al parecer hacía el *magnate*—. No. Yo me he fijado en ti.

—Pero yo soy muy caro, querido, te lo advierto.

—¿Oh! No, no. ¡No me refería a eso! —Gael se acordó del hombre en la ducha y comenzó a atar cabos. El polo rosa que vestía tampoco ayudaba. Tenía que deshacer aquel embrollo—. Es que te confundí con otra persona...

Su propia frase cayó sobre su ánimo como un cubo de agua helada. Gael se dio cuenta del error, quiso rectificar, pero ya no era posible. Acaba de cometer una gran equivocación.

—¿Confundirme? —Carlos Alberto dejaba la copa en la mesita y se levantaba de la orilla de la cama donde se había acomodado— ¿Confundirme...? ¿Con quién?

—No. Con nadie... Entre tanta gente destacabas..., por el pelo..., y pensé en un amigo... Pero no importa. Vamos a dejarlo. Es muy tarde. Gracias por el coñac.

El escritor también se había incorporado y dejado la copa sobre la mesa de centro, pero el *magnate* andaba ya hacia la boca del pasillo obturándola.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —el tono ya era socarrón—. Ah. Claro.

Que no lo dijiste...

—Juan José. Juan José Pereira. Siento no haberme presentado —al escritor le temblaban las piernas, podía sentir como el miedo que rezumaba era sorbido con deleite por el *divinizado*.

—¿Juan José? ¡Ja, ja, ja! —el *magnate* no rio, sino que pronunció cada interjección con todo el cinismo—. Por cierto. ¿Tú entiendes?

—¡Ya le he dicho que se equivoca! ¡Que me ha interpretado mal! —Gael ya no tuteaba.

—¡No hombre, no! ¡Si ya se ve que eres todo un machote! —era evidente que el *magnate* estaba jugando, como el gato con el ratón—. Te pregunto, querido amigo, si entiendes lo que significa... *divinizado*.

—No sé de qué me está hablando —Gael hablaba con energía, pretendiendo una seguridad que no tenía—. Por favor, apártese y déjeme salir. No me obligue a abrirme camino.

El escritor se acercó tanto al joven empresario que pudo oler su aliento. De su boca escapaba un hedor sulfuroso que le obligó a arrugar la nariz, aun así puso la mano sobre el hombro de su oponente con ánimo de apartarlo a empujones, pero la piel fría, helada, de Carlos Alberto, le forzó a retirarla.

—No tan deprisa, amigo —Gael se volvió a ver sentado en el sillón con solo un leve empujón del musculoso joven—. No tan deprisa Juanjo. ¿O quizá debería decir Gael? ¡Ja, ja, ja! —esta vez las risas si salieron de aquella garganta—. ¡Gael! ¡Oh, Gael! ¿Sabes que, a pesar del sufijo, tu nombre nada tiene que ver con Yahveh? Sí, querido, Dios. ¡El impronunciabile! ¡Él!

El *magnate* aflojó sus músculos. Hablaba como impartiendo una clase magistral que él mismo escuchaba. En su discurso relajó la vigilancia sobre Gael y este aprovechó para intentar levantarse, pero, sin dejar de hablar, como sin darle importancia, el gemelo de Aida alzó la pierna en un giro de arte marcial, como los imposibles de las películas de acción, y golpeó con fuerza la cara de Gael que cayó de nuevo sentado en el sofá y sangrando por la nariz.

—¡No me interrumpas cuando hablo! ¡No lo vuelvas a hacerlo o te rompo la cabeza!

Gael asintió, pero en su mirada se reflejaba ya un odio y un orgullo que no tenía segundos antes.

—¡Te estaba hablando de Él! ¡Idiota! ¡Un respeto! Hablo de quien jamás escucharás en boca de mis hermanos de ‘dote’. ¿Nunca observaste que los ‘divinizados’ jamás usamos esa palabra? Ni para decir adiós, querido, ni para

eso. ¿Y sabes por qué?, porque en realidad se sienten monstruosos, engendros mal paridos, antinaturales, por eso obvian siquiera citarlo. Pero yo lo respeto, sí, lo reverencio, admiro todo lo que tiene poder, y Él es el poder en sí mismo. Y tú, miserable mortal, debes también respetarme como yo lo respeto a Él. Y temerme, como yo le temo a Él.

Carlos Alberto comenzó a andar por la habitación mientras disertaba, pero el escritor no osó levantarse, ya no por miedo, sino por no arriesgar hasta el momento oportuno.

—¡Gael! —prosiguió el *magnate*—. Así te puso mi abuelo político. Y tu padre lo consintió. Porque no quisieron ofender a Dios uniendo al tuyo Su Nombre. Tu nombre no es Gabriel. ¿A qué no? Gabriel, el arcángel anunciador, ‘la fuerza de Dios’. No. No lo mereces, nuestra familia no lo merece. Ni tampoco fue Rafael, ‘Dios ha curado’, ni siquiera ‘Emmanuel’, ‘el Dios que está con nosotros’. No. No se atrevieron. Ni fue, por supuesto, Miguel. ¡Oh, Miguel! ¡Quién cómo Dios! El poderosísimo arcángel enfrentado al no menos potente Gabriel. ¿Lo sabías? No. Claro que no. ¡¿Cómo hostias ibas tú a saberlo?! Tú no eres un Amadeus, un Teófilo, un amado de Dios. Tú eres como yo, como todos nosotros, quieras o no. Eres Gael, celta y pagano. Siempre huyendo de donde lo adoran a Él, excluidos del paraíso, expulsados del Olimpo, de Asgard, de Tamoanchan, empujados del cielo que nos corresponde a este valle de lágrimas. Ese eres tú, querido, eso somos, putos engendros.

—Estás desvariando —el escritor hablaba sin complejos, estaba recuperando a cada paso una fuerza que le recordaba a la vivida durante el enfrentamiento con los noruegos. La lucha le alimentaba— ¿Qué digo desvariar? ¡Deliras! ¡Estamos en el siglo XXI!

—¿Qué siglo, dices? —el *magnate* volvió a reír con suficiencia—. El que no te enteras eres tú, pequeño engreído, este es el año 1438, claro que en el calendario musulmán, o el año 2005 en Etiopía, donde todavía siguen el calendario juliano, o el 1939 en el hindú. Ah, y también el año 1396 en el persa, o el 4714 en el chino y el 5778 en el hebreo. ¿Ya? ¿Estoy bastante despierto? —dijo, señalándole con el índice— ¡No me vuelvas a interrumpir te he dicho! ¡Y menos con memeces!

Carlos Alberto se fue acercando hasta plantarse frente a Gael. No hizo amago de pelear, pero su cara reflejaba furia y asco, repulsión hacia lo que consideraba un insecto. El escritor valoró no volver a interrumpirlo ya que en su monólogo aquel hombre parecía evadirse. Y eso le convenía.

—Pero no. Nadie de los míos me entiende. Y me culpan. —El joven *magnate* volvía a deambular por la habitación gesticulando con las manos—. Me culpan. ¿Sabes? Me culpan por haber querido vivir, por haberme ido de su seno para vivir. ¡Que me fui para vivir, joder, para vivir! De eso me culpan. Y no valoran mis avances, unas mejoras de la raza que nunca hubiera podido ensayar en las malditas *pirámides*.

El hermano de Aida recorría el ancho de la habitación de un lado a otro hablando al escritor como si lo hiciera a un contertulio, a un colega.

—Sí, ya sé. —prosiguió el *magnate*—. Ya sé que no soy comedido y discreto, pero que importa ante mis avances, fíjate que ya controlo mejor que Violeta, mejor que nadie, las bilocaciones. ¡Y manejo hasta las nubes! ¡Las etéreas nubes me obedecen! Estoy mejorando la raza, sin duda. ¡Sí, mejorándola, no me mires así!

Carlos Alberto se había detenido para mirar a Gael. Esta vez al escritor no le pasó inadvertido el punto de locura que reflejaban sus ojos.

—¿Conoces a Hedy Lamarr? ¿No? —Gael le seguía la corriente—. No importa. Hedy fue una ingeniera austríaca que dedicó parte de su vida a la investigación y otra al cine del Hollywood allá por los cincuenta. ¡Oh, qué bien lo pasé en los cincuenta! A Hedy, a la Hedy científica le debemos el bluetooth y el wifi, la trasmisión inalámbrica. Hedwig Eva María Kiesler, que así se llamaba en realidad —el joven hablaba como si conociera a aquella mujer de entre la vecindad de su propio barrio— era una *divinizada*, por supuesto. ¿Pero sabes porque se le recuerda? ¡Porque fue la primera actriz que posó desnuda en una película comercial! Si, querido, no fue por sus aportes a la ciencia, no, sino por ser actriz y por aparecer desnuda. Por cierto, hermosísima. Y valiente. En una escena de una película, de..., de..., de ‘Éxtasis’, eso es, Hedy simuló con el rostro un orgasmo y por ello fue condenada por las Ligas de la Decencia norteamericanas y por el propio Papa Pío XI. ¡Hedy tenía dos cojones! No entiendo todavía por qué se quitó la vida.

El *magnate* volvió a deambular. Incluso se asomó al quicio de la abierta puerta corredera de la terraza, pero Gael no vio todavía la oportunidad.

—Yo soy una ‘Hedy’. Un incomprendido al que solo se recuerda por mis jaranas, mis merecidas juergas, pero no por mis avances, ni por haber sido siempre un diligente *Ejecutor*. No, solo por eso, por mis trabajos sucios para la familia, por eso no se me conoce.

La última frase la dijo ya mirando de nuevo a Gael después de detenerse y

abrir sus brazos como si iniciara el resumen.

—Sí, amigo mío, ese incomprendido soy yo, ante ti tienes al gran mago, al maestro. Ah, y, evidentemente, soy el hermano de Aida, su gemelo.

Gael no pudo reprimir un gesto de decepción al confirmar que no era a Aida a quien estuvo persiguiendo, aunque todo apuntara a ello. El *magnate* prosiguió con su disertación.

—No. No está aquí. La que viste salir de mi habitación era Magdeleine... O Ingrid... No lo recuerdo. Ni me importa. Si es que te estás preguntando por la que me acabo de follar antes de que entraras en mi habitación.

El gemelo de Aida retomó las carcajadas y también el paseo de león enjaulado por la habitación. Con las manos gesticulaba como si hablara con alguien distinto a Gael. Lo que hacía en voz baja en algunos momentos. La evidente demencia de Carlos Alberto iba en aumento y solo vio un conato de lucidez cuando habló de su hermana, pero duró tan poco como la frase. El volver a las carcajadas todavía hacía incómoda la que era ya de por sí una situación peligrosa. En ese deambular psicótico del *magnate* el escritor vio la oportunidad y cuando el joven se retiró hacia el fondo de la sala hablando y gesticulando Gael se levantó raudo y corrió hacia el corto pasillo que llevaba a la puerta de salida, pero, con una rapidez inopinada, a todas luces imposible, Carlos Alberto se abalanzó sobre él y con mano de hierro lo agarró por las solapas y lo lanzó sobre la cama, donde quedó tumbado. Con todo, el *magnate*, como el león que reserva la presa, pareció no darle importancia y siguió absorto con su deambular y con su cantinela.

—Carlos el renegado. ¡Siempre el renegado! —el *magnate* hablaba con tristeza y rabia en una sola voz—. Pero ahora puedo convencerles y todo puede cambiar. Tú eres una pieza muy buscada y te encontrado yo —los ojos de Carlos Alberto titilaban con un regusto maníaco—. ¡Te he encontrado yo! Los noruegos te intentaron matar, pero huyeron. Y no me dijeron nada, los muy cabrones.

El joven seguía hablando ahora casi a gritos, mientras a zancadas recorría una y otra vez el ancho de la habitación. Hablaba a una audiencia invisible, a un público al que miraba supuestamente desde arriba, a juzgar por sus gestos. En ese momento desvió su mirada al escritor para hablarle a él, en exclusiva. Sus ojos eran de un negro profundo y veteados con líneas grises ondulantes, como siniestras canicas.

—Tú te crees enamorado. Pero que sabrás tú de amor. ¡Amor el mío! ¡Por mi especie! ¡Por mi puto Clan! ¡Por la *Dote*! Podemos dominar el planeta,

subyugarlo y ponerlo de rodillas ante Dios. Nosotros, los ‘divinizados’. Pero ellos no me entienden, no saben que es amor. Y menos, menos que nadie, la necia de mí hermana, siempre defendiendo a los mortales. Pero ahora estás tú, un mortal de la familia, también renegado, huido, que no exiliado como yo. Tú me vas a devolver al Clan. Te entregaré o te ejecutaré, según me dicten, cualquiera de ellos será mi salvoconducto, mi visado de entrada en el Olimpo.

La voz del *magnate* vibraba en una onda extraña, gutural y desdoblada, como una emisión radiofónica con interferencias. No era su voz. Gael comenzó a notar ligeros temblores en la cama, temblores que fueron en aumento pasando paulatinamente a convulsiones. El escritor, todavía tumbado bocarriba, extendió los brazos y se agarró con ambas manos a la funda del colchón por ambos lados de la cama. Carlos recitaba su monólogo sin interrupciones, como en un ritual. De repente paró, se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con una pared invisible, extendió lentamente los brazos a sus costados y, entre ellos, entre las palmas de sus manos, comenzaron a formarse unos arcos de luz formados por haces de pequeñas emisiones blancas y azules, como de electricidad estática. Carlos Alberto había cerrado los ojos y parado de hablar, pero volvió a entonar su cantinela. Ahora su voz era tan profunda como el océano.

—«Tras haber sido reivindicado, el fallecido asume poder en el universo como uno de los dioses...»

Gael reconoció en boca del joven uno de los sortilegios del vetusto *Libro de los Muertos*, que conocía bien por su pasión por el Egipto dinástico. Aquello no tenía sentido. ¡Carlos Alberto recitando ‘El Juicio de Osiris’! Y el *magnate* continuó, persistió, conjuro a conjuro, disminuyendo el volumen de su voz con cada estrofa hasta convertirla en un susurro, en una susurrada oración, al tiempo que sus brazos, en sincronía, ascendían muy lentamente con las palmas de las manos enfrentadas, mirándose, intensificando en el ascenso y a medida que se acercaban aquel arco de luz.

—«...salve, Toro del Amenti. He aquí que Thoth, Príncipe de la Eternidad...»

La cama, como cumpliendo órdenes de aquel leve pero continuo ascender de los vascularizados brazos del *magnate*, se iba levantando, levitando. Gael apretó los dedos en su agarre de los bordes del colchón hasta blanquear sus nudillos.

—«...yo soy de los que lloran y gimen por Osiris...»

Intentó hablarle, disuadirle, pero su voz se disolvía entre una creciente e intensa cacofonía que envolvía toda la habitación. Un ruido extraño, como miles de cigarras cantando a un mismo tiempo.

—«...deslizo el cerrojo de la Puerta, que se abre ante los misterios del Mundo Inferior».

Los brazos llegaron a formar un ángulo agudo sobre su cabeza. El arco de luz disminuyó en tamaño hasta formar un breve semicírculo entre las palmas de las manos, pero su intensidad creció hasta convertirse en un flujo permanente, entre azul y violeta, de rayos gruesos como relámpagos, mucho más potentes que los de una lámpara de plasma. En esa tesitura, con un ruido de fondo molesto y envolvente, como el siseo de una emisión de radio mal sincronizada, el *magnate* volvió a hablar, pero ya no cantando el libro funerario del antiguo Egipto, ahora exclamaba lo que parecía otra liturgia.

—¡Yo soy la fuerza! ¡La ira de Dios! —el *magnate* había abierto aquellos ojos de noche cerrada y su voz imperaba sobre el caos sonoro—. ¡Quién me siga será esclavizado! ¡Quién me abomine será destruido!

Gael ya no atendía al sentido de las palabras del monstruo. La cama, flotando fuera de toda lógica entre el techo y el suelo, giraba en un torbellino vertiginoso que le despedía con una fuerza centrífuga desbocada. Como pudo se volcó bocabajo y se agarró con más fuerza a la funda del colchón mientras veía pasar las imágenes y los colores en franjas horizontales, cada vez más rápidas. La voz del vampiro se confundía con el zumbido de las revoluciones y las carcajadas perdidas resonaban en un eco profundo e infernal. El escritor ya no podía aguantar la fuerza de las revoluciones y, finalmente, superadas sus fuerzas, se soltó. La inercia le despidió contra la cristalera de la terraza justo en el lado en el que la puerta corredera permanecía cerrada. El ruido de miles de cristales partiéndose contra su piel acaparó por segundos el ambiente.

A la cacofonía de la destrucción siguió de inmediato la calma y el sonido amigo de las olas, colina abajo. Gael, pintado de sangre, se reconoció estampado contra la barandilla de la extensa terraza en la habitación de su enemigo. Uno de sus hombros se había empotrado entre los barrotes de la baranda, tal fue la fuerza de la proyección. Aunque todo el cuerpo le dolía horrores luchó por liberarse, por pura rutina, por un espíritu de supervivencia al que no pensaba renunciar, pero, además, motivado por una rabia que le narcotizaba cualquier dolor, mientras tanto, sus ojos, inyectados en ira, buscaban la posición de su verdugo.

Carlos Alberto permanecía en pie, inmerso en su trance, todavía con los brazos separados y extendidos manteniendo aquel arco de luz que ya se debilitaba. La cama seguía girando cada vez más deprisa en una rotación insoportable para su estructura que ya se despedía de los elementos menos sujetos. El colchón, desnudo de sábanas desde antes de vomitar a Gael, salió despedido contra la pared del fondo y por fin la cama, lo que quedaba de ella, terminó por estamparse contra su propia cabecera haciéndose añicos, replegándose como engullida por un agujero negro. Entretanto el *divinizado* persistía en su trance, absorto y ajeno a todo lo que le rodeaba, mirando al techo como al infinito, con la cabeza vuelta atrás, el cuello doblado por la nunca en un demoníaco gesto que le obligaba a abrir una desmesurada boca.

Dolorido pero insensible se rehízo Gael con la fuerza de su orgullo y en busca de la salida arrastró más que movió sus piernas hacia el interior de la habitación. Una celosía de hierro forjado separaba aquella terraza de la vecina, su propia habitación. Al pasar junto al vampiro pensó en atacarle, dado el estado de aparente letargo en el que se encontraba, pero supo que el cuerpo no le respondería, lo inteligente era un huir, así que pegó la espalda contra la pared rodeando a Carlos Alberto, que no parecía percatarse de su huida.

En aquella circunvolución el escritor pudo observar al *magnate* desde todos los ángulos, como un camarógrafo en un *travelling* semicircular, y el miedo se le apoderó hasta la médula, el hermano de Aida se mantenía rígido, con las manos en alto, la nuca doblada hacia la espalda en una luxación imposible y la boca abierta más allá de lo permitido por el arco de las mandíbulas. La falta absoluta de ruido después de la catástrofe todavía enrarecía más la escena, pero fueron aquellos ojos mirando al infinito del cielo raso, unos ojos negros como tizones, aunque profundos, como inyectados por completo en fluida tinta, lo que más minó la moral de un Gael roto y que se sabía desvalido.

Acababa de bordear al monstruo, dejando una estela de sangre en las paredes por las que había restregado su espalda, cuando observó lo que debía ser el culmen de la abominación, los niveos dientes de Carlos Alberto se estaban perfilando y prolongando cual colmillos puntiagudos de tiburón.

A pesar de las dificultades para caminar Gael aceleró sus pasos y por primera vez desde que lo intentara consiguió alcanzar el corto pasillo que llevaba a la salida. Al pasar junto al baño su puerta se abrió y el mismo Carlos Alberto salió entre vapores, vistiendo de cintura una corta toalla de

baño. A Gael solo le dio tiempo de volverse para comprobar que en la alcoba no había nadie, absolutamente nadie, solo restos esparcidos de astillas de madera y plumas de la almohada todavía descendiendo como nieve seca.

Y cayó. Se desplomó derrotado, dejándose vencer por un sopor invencible, por uno de aquellos desmayos de los que hacía una década no había vuelto a sufrir. El sabor dulce y caliente de su propia sangre fue la última sensación, unida a la visión de los pies desnudos y húmedos de su verdugo aproximándosele, de su desdoblado oponente, justo en el momento en el que el golpe seco de su cabeza contra el suelo volvía toda la estancia en negro.

Capítulo 7º

Fiat lux

Cuando una luz se balanceó sobre sus ojos Gael revivió una antigua pero reiterada experiencia. Esta vez la luz era blanca y muy intensa, aunque borrosa, indefinida, como el mismo lugar vibrante y oscilante que le rodeaba. El escritor recordaba perfectamente la última escena vivida ante el hermano de Aida y, desde luego, se reconocía en otro lugar, aquello no era el suelo de la habitación del hotel.

Un pesado cansancio le abatía y le dolía todo el cuerpo, pero aun así ya hacía esfuerzos por aclarar la mirada y centrarse en reconocer el lugar y su posición en el mismo. Se notaba tumbado y estirado, pero sin poder reconocer el lecho que era rígido y moderadamente frío. «Al menos estoy vivo», se decía mientras intentaba tragar saliva para paliar la doliente sequedad de su garganta. Sobre su rostro había algo viscoso y goteante, y por sus orejas pasaba la presión de una abrazadera. Intentó mover la mano para desprenderse de aquella mordaza, pero no lo consiguió, también su mano estaba aprisionada. Poco a poco recuperó el control de sus miembros para comprobar que todos ellos, la cintura, la cabeza los brazos, todo estaba atado al rígido lecho.

A medida que recuperaba la sensibilidad iba reconociendo su exacta situación. Sobre la frente percibía el ancho de la cinta que le inmovilizaba la cabeza y que solo le permitía girar los globos oculares para observar su periferia, lo que le dolía enormemente. La cabeza, a su vez, se encontraba levemente levantada, por una inclinación del lecho o por una almohada, lo que le permitía otear en la horizontal.

Probó mirar hacia sus pies forzando las órbitas y descubrió un montículo verde de aspecto gelatinoso a muy pocos centímetros, constató así que estaba amordazado. Más alejado se veía desenfocado otro montículo, esta vez blanco, movió los dedos de los pies, ya que el tobillo le resultaba imposible por alguna sujeción, y el montículo se agitó. Se supo entonces tapado por una sábana. O por una mortaja. Las manos, también sujetas por las muñecas,

palpaban la aspereza de una tela. ¡Aquello era en un apretado sudario!

El esfuerzo le hacía sudar y la tibia consistencia que afloraba de su frente comenzaba a superar lentamente la barrera de las cejas, Gael sabía que pronto estaría cegado por sus propios fluidos ya que no conseguía ladear la cabeza para corregir su inclinación, de modo que no reparó en otra cosa y urgente dedicó sus esfuerzos en otear hacia todas direcciones, a ganar cuanta información fuera posible.

La luz blanca sobre su cabeza estaba formada por varios círculos dispuestos a su vez en un círculo mayor. Volviendo la tensión de sus pupilas a izquierda y derecha alcanzó a percibir otras luces, más pequeñas y de colores, algunas parpadeantes. Antes de que la primera sal de su sudor le obligará a cerrar uno de los ojos aún pudo reconocer dos figuras nebulosas, aunque claramente antropomorfas, a ambos lados de su horizontalidad: eran bultos sedentes de un color verde oscuro que parecían dormitar mientras se balanceaban suavemente con lo que ya reconoció como movimiento del propio habitáculo en el que se encontraba.

Con todas sus fuerzas, que se contaban por mínimos, empezó a mover circularmente las manos hasta que consiguió sacarlas del áspero sudario. Palpando descubrió que dos fríos tubos cilíndricos recorrían los laterales y se agarró a ellos como punto de apoyo desde el que intentar romper sus ataduras. En el intento se le escapó un quejido de la seca garganta y una de las figuras verdes se movió, aturdida, pero con decisión cuando se percató de que Gael se esforzaba sobre la tabla. De inmediato el escritor petrificó sus miembros e intentó normalizar su respiración. El verde bulto mantenía erguida lo que debía ser su cabeza. Dudaba. La espera se hacía angustiada. Por el rabllo del ojo Gael veía como aquella persona enfundada, o lo que fuere, mantenía su posición expectante.

El escritor aguantó la farsa hasta poder ver como el bulto se relajaba volviendo la cabeza a la posición lateral del durmiente, pero un traicionero hilo de saliva se cruzó en la tráquea del escritor y le arrancó una violenta tos que puso rápidamente en pie a la figura. El bulto se acercó y Gael pudo reconocer de cerca el verde de una túnica de quirófano. Una vez junto al lecho se inclinó unos grados y su cabeza se interpuso parcialmente contra las luces circulares del techo, el momentáneo eclipse le permitió un rostro huérfano de boca cruzado por una amplia mascarilla quirúrgica. La escena desapareció de su campo de visión cuando una mano abierta se iba haciendo enorme a los ojos de Gael hasta finalmente alcanzar su cara. Un contacto, un

pequeño y fulminante escozor, y la mano se retiró llevándose consigo lo que quedó claro era una mascarilla de oxígeno. Todo cobraba sentido.

—No se mueva —la voz masculina tras la tela verde sonaba amigable—. No es grave, pero son muchas heridas y si se mueve le dolerá. Intente descansar.

El médico se dedicó desde entonces a pulular a su alrededor comprobando el instrumental. A un gesto de Gael se acercó y, adivinando la petición, desembarazó la frente de la cincha protectora y le izó un poco más la cabeza colocando bajo ella una pequeña almohada. El escritor consiguió, con tan leve movimiento, una mejora sustancial en su campo de visión. Definitivamente se encontraba en una furgoneta, una ambulancia en movimiento

—Perdone... No... no recuerdo qué pasó —mintió Gael esperando que el médico le confesara cuanto sabían. Aquellas primeras palabras le escocieron a Gael en su acartonada garganta.

El médico no contestó de inmediato, reconoció el síntoma en la voz del escritor y le acercó entonces lo que parecía una botella de plástico con una cánula en el tapón. Apretó el cuerpo de la botella y un chorro de agua inundó la agradecida faringe del escritor. El doctor deslizó después su mascarilla de tela hasta arrugarla bajo la barbilla para descubrir su rostro, era un hombre joven, aunque pintaba canas grisáceas en las sienes que sobresalían del gorro quirúrgico.

—En principio pensábamos que estaba usted borracho —comenzó a relatar el médico—. Y perdone que sea tan explícito. Pero no, los análisis lo desmintieron. Así que ya nos contará usted por qué cruzó, sin miramientos y a toda velocidad, la cristalera de la terraza de la habitación del hotel.

El médico se hizo cargo de la sorpresa en el rostro de Gael. Lo que no sabía el doctor era que el asombro del escritor lo era por cosa distinta, por escuchar una versión donde él, Gael, no había sido lanzado, escupido, proyectado contra aquella cristalera.

—Claro. Perdóneme. No lo recuerda —se disculpó el doctor— La cosa es que atravesó una puerta de cristal con su cuerpo. Suerte que son de un vidrio especial, muy parecido al de los coches, aun así las incisiones se cuentan por decenas en todo su cuerpo, especialmente en las partes más expuestas. No es que haya perdido mucha sangre, no es eso, pero el peligro de infección es alto. Ahora ya se está recuperado. Y de eso es de lo único que le puedo informar, yo no estuve cuando ocurrió, solo puedo decirle que en el hotel se

preguntaban qué hacía usted en la habitación contigua.

—Escuché una discusión. Eso lo recuerdo. Quería ayudar y...

—¡No, no! ¡No se preocupe! Todo se aclaró finalmente —el doctor apoyó una mano tranquilizadora sobre el hombro de Gael—. El inquilino de esa habitación lo aclaró todo. En efecto hubo una discusión, en la terraza de la habitación vecina a la suya, una chica se marchó dejando la puerta abierta y usted entró corriendo y..., en fin, que no vio que media puerta acristalada no estaba corrida, son un peligro esas puertas sin carpintería de marco, aun cuando tengan estampados símbolos de advertencia, como era el caso. Menos mal que el último segundo se protegió usted con el codo, no sé qué hubiera sido de sus ojos en otro caso.

Gael, que notaba con claridad en su antebrazo derecho a que se refería el doctor, no sabía que pensar de aquel gesto de complicidad de Carlos Alberto. De alguna manera debía interesarle ese resultado, en algún sentido le beneficiaría aquella coartada, aunque no acertaba a averiguar la razón, y menos con aquel dolor de cabeza que no le dejaba pensar con lucidez, no obstante algo no encajaba del todo y sí era capaz de discernirlo con claridad, a pesar de la migraña, la cristalera debió proyectarse con mucha más fuerza en la realidad de lo que permitiría un eventual encontronazo con una puerta cerrada, que era el modo en como lo había deducido el médico, pero lo verdaderamente raro es como habían encajado en aquella deducción los destrozos del interior de la habitación: la cama rota, la ropa desperdigada, los muebles arrinconados... O la misma posición final de su cuerpo, en el pasillo de entrada, junto al baño. A menos que el *magnate* lo hubiera cambiado todo...

—¿Y la cama? ¿Y los muebles? No vio usted... —Gael fue directo.

—¿Cama? ¿Muebles? —el doctor hablaba pendiente de la lectura de un monitor, pero de inmediato detuvo sus tejemanejes e iluminado por un sobrevenido entendimiento se giró y volviendo a mirar al paciente contestó—. ¡Ah! Ya entiendo. No. No había nada catastrófico en aquella habitación. Pero no intente comprenderlo todavía, es pronto. Ahora le ruego que descanse.

Aquella respuesta fue transparente para Gael, resultaba evidente que estaba en poder de ellos. Pero ¿de cuál de ellos?, ¿de qué bando? El escritor se preguntaba internamente que debía hacer mientras sus músculos se tensaban instintivamente ante el estrés. Quería ponerse en guardia, pero las ataduras se lo impedían. El médico se percató del efecto de su respuesta y se acercó a la

camilla apoyando la mano sobre el hombro de Gael, parecía querer sosegarlo, pero la sonoridad de otra voz, a su izquierda, sorprendió tanto al doctor como al escritor que recordó entonces la olvidada figura sedente de su lado derecho, figura que se había levantado mientras hablaba y daba unos pasos hacia la camilla vestida con la misma ropa de quirófano.

—En efecto. Es pronto.

La voz de Carlos Alberto sonó bajo la mascarilla y la respuesta de los monitores no se hizo esperar, la taquicardia silbaba en unos y hacía brillar el testigo luminoso en otros mientras el escritor se revolvía con todas sus fuerzas para desembarazarse de las ligaduras.

—¡Vaya, vaya, vaya! Querido Gael. Un poco más y te matas tu solito.

—¡Mentiroso hijo de puta! —la excitación del paciente se reflejaba en alertas que el doctor desconectaba una tras otra.

—Por favor, Don Carlos —el médico hablaba con firmeza—. Haga usted el favor. No conviene ahora, precisamente. Me prometió usted no abrir la boca.

—¡I'm sorry, Doc! —miró obediente al doctor mientras se quitaba la mascarilla de tela—. Y tú no te alteres —dirigiéndose a Gael—. No te conviene.

—¡Que sabrás tú de lo que me conviene! ¡Quítame estas ligaduras y te enseñaré lo que te conviene a ti!

—¡Por favor! —el doctor se interpuso—. Usted, Don Carlos, se apeará de inmediato, en la primera parada que le deje en buen lugar, ya ha visto que está su protegido a salvo y no necesita acompañarnos, es más, se lo prohíbo. Y usted, señor Gael, haga el favor de tranquilizarse o lo haré yo a través de un narcótico. ¡¿Estamos?!

—¡Pero...! ¡Si fue él quien quiso matarme...! —Gael no podía evitar hablar entrecortado, la rabia le llenaba de saliva la boca y la posición decúbito supino hacía que el fluido se deslizara hacia sus vías respiratorias.

—Señor Gael, no sé qué le habrá contado Don Carlos —contestó el médico señalando al *magnate*—, pero él, precisamente él, es ahora su protector, el soldado designado para que usted llegue sano y salvo a Barcelona.

—¡¿Qué?! ¡Pero...! ¡Si...! ¡Lanzó la cama...! —el escritor se quejaba incrédulo.

—No. Usted salió despedido de la cama, nadie le empujó —sentenció el doctor—. Cama donde no debía estar, por otro lado, como tampoco debía haber perdido el control de sus desdoblamientos Carlos Alberto.

El médico se quitó definitivamente la mascarilla y el gorro quirúrgico. Miro a ambos y, tras un par de suspiros de resignación, siguió hablando.

—Es pronto para hablarlo y malo para su salud, pero para evitar tener que administrarle otro calmante le contaré algo, pero poco, lo suficiente para que se tranquilice y disipe sus paranoias. —El doctor meditó unos segundos antes de continuar y lo hizo ya con tono sosegado—. Carlos Alberto sufrió..., bueno, casi sufrió lo que llamamos un ‘*Ab irato*’, un instante de ira incontrolable propio de quien se jacta de dominar las *artes blancas* y realmente no domina ni sus propios instintos —dijo mirado enfadado al *magnate*, que bajaba los ojos.

»Es un estado de descontrol del que solo podemos culpar a quien lo sufre de no haber puesto los medios para evitarlo, dado que toda acción posterior ya no se le puede imputar, ya no está en sus manos. Para que me entienda le diré que la leyenda de los hombres lobo no es más que eso, *divinizados* descontrolados, o lo que es peor, proyecciones de *divinizados* descontroladas, con vida propia, como el mismo *Golem*. Y tuvo usted suerte de que no fuera Don Carlos realmente, sino su avatar, por eso quedó colapsado, de otro modo... En fin, no le cuento más».

El doctor detuvo unos segundos su narración para estudiar el cardiograma electrónico. Lo que vio pareció tranquilizarle y continuó hablando al paciente.

—Desde que supimos de su localización nos pusimos en marcha. Le sorprenderá saber que fueron los Paulsen los que nos avisaron, los noruegos que usted conoce como Gaast. Aquello fue un error, una mala comunicación. Algo no encaja en su caso, hay algo que hace que con usted todo nos salga mal. Y eso vamos a estudiar, vamos a averiguar el porqué.

A Gael se le acumulaba la indignación. Le comunicaba que era amigo de los Gaast y, además, le estaba tratando como a un conejillo de indias. ¡Y todavía le pedía tranquilidad! Pero el médico no parecía convencido de haber revelado algo extraordinario, al contrario, se tomó unos segundos para acabar de repasar todos los lectores médicos de la ambulancia que no dejaban de brillar o de imprimir largas y estrechas tiras de papel continuo. Segó uno de esos impresos, lo leyó y apagó después varios de los aparatos con un clic suave en cada uno de ellos.

El silencio recuperado contribuyó a calmar los ánimos, Gael no se había dado cuenta hasta entonces pero el zumbido de los aparatos electrónicos generaba una reverberación molesta que excitaba todavía más la tensa

situación. En esa nueva tesitura el médico prosiguió hablando y Gael escuchó, estaba indignado, pero le interesaba lo que estaba diciendo.

—Respecto a Joorum y Bjorn Gaast, los seguiremos llamando así, si le parece, puedo decirle que tanto una como el otro son soldados experimentados de nuestras filas e intentaron cumplir su misión. Menos mal que se dieron finalmente cuenta del error. Y por lo que se refiere a Don Carlos le diré, para que se sosiegue, que fue nombrado su protector en cuanto los Gaast nos avisaron de que estaba usted en esa zona. Es cierto que no pareció poner mucho interés, pero ya había solicitado volver con la familia y esta era una buena oportunidad para él, así que cuando usted se metió en su habitación, donde acababa de ‘jugar a los gemelos’ con una joven del hotel, se convenció de que ese era el momento, su oportunidad. La lástima es que no se dignara ni a salir de la ducha, el ruido del agua le impidió oír que el avatar a través del que hablaba se había desbocado.

—¿Pero cómo qué aceptó mi protección, si no paraba de decirme que me había cazado?! —protestaba Gael.

—Es cierto. Carlos Alberto no se identifica ni por su finura ni por el conocimiento y profundización en el espíritu de nuestras normas, así que pensó, naturalmente bajo error, que debía protegerle como se custodia a un detenido, en consecuencia es verdad, tiene usted razón, pero, en todo caso, sí asumió el papel protector.

—¿Protector?! ¿Esa es su forma de proteger?

—Mire, Don Gael —el médico respiró hondo antes de contestar—. Sé lo que estará pensando, pero solo le puedo decir que confié en mí, si quisiéramos matarlo ya lo habríamos hecho, es evidente. ¿No?

—Lo que es evidente es que me necesitan vivo para no sé qué estudios, lo acaba de decir, como acaba de decir que los malditos noruegos simplemente se equivocaron. ¿Cómo puede catalogar de ‘soldados’ a esa pareja infernal que usa niños para sus ejecuciones?!

—Nunca hubo niños. Todo es obra de los Pausen, de los Gaast. No hubo niños ni siquiera en el hotel, aunque allí siempre jurarán que estuvieron. Tal es la maestría de los noruegos. Y en su nombre le digo que sienten lo mal que se lo hicieron pasar en la casa colgante. Sé y saben ellos que no hay excusa posible, pero si justificación. Lo que a ellos les llegó fue que era usted un traidor que dominada una *Dote* mal heredada, y por ende peligrosa, muy peligrosa, para su entorno y para ellos mismos, de modo que iban a su encuentro, para entendernos, con chaleco antibalas. Una vez en los

acantilados percibieron la existencia de una poderosísima *pirámide* en la zona, lo que les puso más en guardia. Créame si le digo que pensaban que se enfrentaban a un diablo, a un terrible *Gollum* escondido en aquel refugio, a un peligro para ellos en el momento de la intervención, pero también para la misma humanidad.

El escritor dudaba. Aquel doctor era sin duda también un vampiro, pero no se atrevería a apostar para que bando trabajaba, si es que había algún bando bueno para él. La frase que pronunció a continuación le dio la respuesta.

—Y sí, fue el océano, el mar guiado por los mismos Gaast quien le salvo la vida, amigo mío. En el mismo instante en el que saltó usted al precipicio se dieron cuenta, algo brilló en aquel momento y se dieron cuenta. Joorum que es madre, que tiene ese don especial de la maternidad sobre sus cualidades *divinas*, se percató en aquella milésima de segundo del error. Lo vio cómo se mira un *Aleph*, toda la verdad en un instante, y su maestría permitió que aquellas aguas lo acogieran como algodones y lo depositaran en la playa. Sepa usted, querido amigo, que lo que usted considera vampiros son en realidad ángeles, o, si quiere, ángeles y demonios somos una misma cosa, eso realmente depende de la experiencia de cada cual, y entiendo que la suya...

El médico detuvo su discurso y aspiró profundamente. Miró a Carlos Alberto y después al escritor, sabía que habría respuesta.

—No me pida que de las gracias por salvarme la vida a quien me la estaba quitando —Gael hablaba entre toses—. No hicieron nada especialmente bueno esos noruegos. Y, además, ¿por qué no se identificaron posteriormente? Ellos u otros. ¡Qué más da! ¡Son ustedes legión! ¿Por qué no me lo contaron, en lugar de esperar a que me metiera en la boca del lobo, de mi ‘protector’? —las toses atropellaron las palabras de un Gael indignado.

El médico, antes de contestar, sirvió de nuevo agua al escritor a través de aquella botella especial.

—Tienes usted razón. Toda la razón. Después de tanto tiempo y fuimos torpes y lentos en el último minuto. Créame que lo siento. Cuando recibí el aviso de los Gaast quise venir personalmente para ser yo quien le diera esas explicaciones que con razón reclama, pero todo se desencadenó como se inicia la pólvora, la fatalidad hizo que viera a Carlos Alberto en aquel autobús, como me ha contado que usted le relató a su vez, y... En fin, que me hubiera gustado llegar a tiempo, Como también que Carlos hubiera sido más cortés.

El escritor quería intervenir, pero le ardía la garganta y las dosis de fresca

agua que le iba proporcionando el doctor le invitaban a seguir escuchando sin protestar.

—Yo llegaba a la localidad en una de nuestras ambulancias, así que nos dirigimos directamente al hotel, puede que cinco o diez minutos después de..., del accidente. Desde recepción no llegaron ni a marcar el teléfono de urgencias, les resultó providencial que llegara una ambulancia en aquel momento, mi excusa fue pretendía verme con un amigo allí hospedado, pero dadas las circunstancias nos hacíamos cargo del accidentado. Y no esperaba recogerlo así, esa es la verdad, así de dañado quiero decir, pero sí tenía planeado que el traslado se hiciera en este dispensario móvil para ir adelantando pruebas.

El médico se apartó entonces y miró por la ventanilla que daba a la cabina del conductor. Comentaron algo en un catalán que Gael reconocía pero que no entendió. Después se volvió hacia el escritor para seguir hablándole.

—Evidentemente, señor Gael, yo soy un *divinizado*. Un vampiro, si lo prefiere, pero estoy aquí para ayudarle.

El escritor se rindió ante la evidencia, estaba en manos de aquella gente. Se encontraba dolorido y estaba atado, nada más podía hacer, así que solo debía esperar acontecimientos.

No despegó los labios cuando la furgoneta se detuvo y Carlos Alberto se despidió al apearse prometiendo verlos de nuevo en la ciudad condal, donde llegaría incluso antes que la ambulancia, según sentenció en el último minuto. El vehículo reanudó su marcha a golpes del cambio de velocidades. Cuando aquella fue una constante Gael se decidió hablar.

—¡Escúcheme, doctor, se lo suplico! Yo no pretendo hacer daño a ningún clan, muy al contrario, lo único que deseo es unirme a la familia. ¡Ya soy parte de la familia! Mi amor por Aida es sincero, pretendo casarme con ella, sé que admiten el mestizaje. Pero ese hombre, Carlos Alberto, es un crápula, y un asesino, diga lo que usted diga. ¡No me entregue! ¡Se lo suplico! Solo lléveme donde esté Violeta, ella sabrá qué hacer.

—Está usted muy confundido, amigo mío —el galeno le hablaba mientras seguía mirando por la ventanilla de la cabina—. Es cierto que no tenía que haber dejado subir a Don Carlos, fue un error, pero Carlos temía que se le desvinculara de su recuperación y finalmente me allané, y ahora todo son explicaciones. Le prometo, le juro, que todo se aclarará cuándo lleguemos, pero ahora debe descansar, está usted shockado y debe relajarse. Se lo ruego.

—¡Por todos los santos! —Gael levantó la voz—. ¡¿Me llevan al matadero

y me dice usted que me relaje?! Lo que quiere es canjearme para que el vampiro de Carlos pueda rehabilitar su imagen. ¡Claro que quiere entregarme y claro que recibiera su recompensa, pero por mi cabeza! No pretenda engañarme.

—Le aseguro que está usted equivocado —el doctor se había situado junto a Gael mientras protestaba y ahora se encontraba absorbiendo el producto de un frasco con una jeringuilla—. Le voy a inyectar este sedante. Mi misión consiste en llevarle sano y salvo. Y lo haré.

La constante presión que a escondidas Gael mantenía con su mano izquierda, aferrándose al tubo de la camilla, acabó por holgar la ligadura hecha con venda de gasa. Hacía ya bastante tiempo que había liberado su mano derecha, oculta entre la camilla y la fría pared lateral de la ambulancia, pero no hizo gesto alguno que lo desvelara, esperaba su momento. El escritor aguardó a que el médico se inclinara para inyectarle el calmante y entonces, con todas sus fuerzas, le propinó un manotazo certero en la nuca. La frente del médico se estampó contra la estructura metálica de la camilla y cayó en redondo sumido en la inconsciencia.

Gael era un manojo de nervios y no acertaba a desatar su mano izquierda, pero se tomó un segundo para respirar y comenzó a palpar la forma de nudo hasta que reconoció su estructura. Poco a poco fue pasando el cabo suelto hasta deshacerlo. El trabajo en el pecho, las piernas y los tobillos fue más sencillo pues se trataba de cinchas y hebillas que soltó sin problemas con ambas manos libres. Desde la cabina se escuchaban las voces del conductor alertado por el golpe. La minúscula ventanilla de comunicación se corrió de pronto y un rectángulo de la cara del camillero apareció dentro de la misma.

—¿Qué coño pasa ahí detrás?!

—¡Pare! ¡Pare y ayúdeme! ¡El médico se ha desmayado! —mintió Gael que se había tumbado, estirado, como si permaneciera ligado a la camilla.

Mientras ya se escuchaba la reducción de revoluciones en el motor de la ambulancia el escritor saltó de la camilla para sorprender al conductor cuando abría la puerta lateral o las traseras. Entonces se dio cuenta del estado en el que se encontraba. Le dolían todas las cuadrículas de su cuerpo. La piel la tenía tensa, tirante por incontables cicatrices tiernas y sangrantes.

—¿Pero qué...?!

El conductor había visto por la mirilla que Gael estaba incorporado. Lo que estaba siendo una reducción paulatina de la velocidad se convirtió en un frenazo brusco y Gael se vio lanzado contra la parte delantera del habitáculo,

amontonándose sobre el cuerpo del doctor que comenzaba a despertar. Al segundo la puerta lateral corría sobre sus guías y un enorme enfermero llenó todo el espacio acorralando a Gael en aquel ángulo.

Pronto se vio reducido por aquel gorila mientras debajo de él el doctor balbuceaba. El enfermero se dio cuenta entonces de que en efecto el médico sí estaba sin sentido y que comenzaba a despertar. La duda le invadió, pensó entonces en la posibilidad que la solicitud de ayuda por parte del paciente fuera cierta. El doctor intentaba hablar pero no se le entendía. En prevención el enfermero redujo la luxación sobre el brazo de Gael para finalmente soltarlo y atender al doctor, que intentaba hablar escupiendo trozos de dientes y señalando el suelo de la ambulancia.

—No le entiendo jefe... —el enfermero se esforzaba en comprender las palabras del médico y en localizar lo que fuere que señalaba en el suelo.

—¡La jer... guilla...! —la lengua mordida impedía al médico expresarse mientras intentaba levantarse.

—¿La qué?!

El médico escupió un coágulo mezclado con saliva.

—¡Qué no lo sueltes! ¡Cuidado! ¡La jeringuilla!

Entonces se dio cuenta, el enfermero cayó en que no se había podido desatar el paciente con el doctor desmayado. Pero ya era tarde. Se giró pero no llegó a ver nada, solo pudo sentir como una aguja le perforaba el cuello descargando un líquido que le escoció, pero que no le llegó a molestar, no le dio tiempo a ello. El gorila se derrumbó sobre el doctor, que no había terminado de levantarse, y el peso del enfermero le impidió toda maniobra mientras Gael, que conservaba la jeringuilla en sus manos, le inyectaba el líquido amarillento que todavía restaba en el barril. Esta vez sí se cuidó de apretar el émbolo hasta sus topes.

Gael vestía tan solo una bata anudada a la espalda, pero no perdió tiempo en buscar su ropa en el vehículo, se asomó a la puerta lateral que había dejado abierta el enfermero y bajó trabajosamente al asfalto de la carretera. Miró a ambos lados para comprobar que se encontraba fuera de la ciudad, en una carretera secundaria que un kilómetro más allá parecía incorporarse a una autopista que pasaba por debajo de él después de un largo terraplén. En ella, como a medio kilómetro a su derecha, un coche de policía estaba detenido fuera de la calzada y detrás de una gran señal informativa, el agente sostenía un trípode que sería con seguridad un cinemómetro, un radar de velocidad.

El escritor saltó de la ambulancia y comenzó a descender, descalzo, por el

terraplén. No quería gritar, no fuera que el doctor o el mismo enfermero lo escucharán, aún en su sueño inducido. Todo el cuerpo le dolía y pequeñas pero múltiples manchas de sangre comenzaron a formar círculos en la tela azul claro de su bata, pero no le molestaba que aquellas heridas se abrieran, solo le preocupaba el dolor de sus pies derrapando por aquella pendiente de tierra y, aún más, una valla metálica que le impedía el paso unos metros más abajo, a medio camino de la autopista, era el vallado protector de la vía.

Gael se apoyó en uno de los tubos verticales que sujetaban la alambrada y comenzó a forzarla con un movimiento de vaivén hasta que se venció lo suficiente como para tumbarla y pasar por encima de ella. Ya estaba cerca del policía y podría gritarle si en aquel momento se le complicaba la cosa, aunque el agente, ensordecido por el ruido de los coches circulando a altas velocidades, no se había percatado de él todavía. Superada la alambrada el escritor miró hacia arriba, pero la ambulancia ya no estaba en el lugar, entonces escuchó gritos más abajo.

—¡Eh! ¡¿Qué ocurre?!

El policía le había visto y escalaba con pies y manos el terraplén acercándose, pero Gael ya corría pendiente abajo y el policía no tuvo que subir siquiera un par de metros.

—¡Dios mío! ¡¿Qué le ha pasado?!

—el agente se había puesto los guantes profilácticos e intentaba descubrir el origen de aquel puzzle de manchas sanguinolentas al tiempo que le ayudaba a concluir el descenso colocándole un brazo por encima de sus hombros—. ¿Un accidente? ¿Y el coche? ¿Un atropello?

Gael, una vez sobre el firme de la calzada, le hizo ver con gestos que se encontraba bien y que esperara a que tomara aire. El policía miraba a un lado y a otro pero no encontraba la razón de aquella aparición.

—¡Me han secuestrado! ¡Secuestrado! Soy periodista. Una ambulancia...

—La estoy pidiendo. La estoy pidiendo —decía el agente trasteando en su emisora portátil.

—¡No! Digo que llevan una ambulancia...

Mientras intentaba hablar Gael vio de nuevo la ambulancia, pero al fondo de aquel escenario, en la autopista, unos mil quinientos metros más allá. Y corría hacia ellos a toda velocidad.

—¡Son ellos! ¡Son ellos! —dijo señalando la furgoneta.

—¡Rápido, al suelo! ¡Detrás del coche!

El policía empujó a Gael que se tumbó cumpliendo las órdenes del agente

para ver como este sacaba su arma y se parapetaba detrás del motor del coche apuntando hacia la furgoneta, pero esta, poco antes de llegar a la altura del coche patrulla, encendió sus sirenas y pasó de largo sin ni siquiera hacer gesto de percatarse de su presencia.

—¡Eran ellos, se lo juro!

—No se preocupe, tengo la matrícula —dijo el policía—. Ahora lo que urge es marcharnos mientras pido ayuda. Aquí corremos peligro, además de que usted necesita ir a un hospital. ¿Puede viajar en mi coche en su estado?

No necesitó contestación, el asentimiento de Gael fue suficiente y cubierto con una manta térmica se alojó en el asiento trasero viendo como los destellos luminosos de las luces de policía pintaban alternativamente de azul un círculo alrededor del coche patrulla.

—Le llevo al hospital de la Santa Cruz. Es un hospital comarcal, muy cerca de aquí, allí decidirán qué es lo que usted necesita.

—Muchas gracias, agente, muchísimas gracias.

—Solo necesito saber su nombre y algunos detalles de lo ocurrido —continuó el agente—, no le molestaré mucho más, ahora lo que urge es que le atiendan.

Gael se presentó por su verdadero nombre y dio como dirección la casa de Aurora. Respecto a lo ocurrido alegó cierta amnesia para ganar tiempo y planificar su coartada, solo le dijo que estaba en un hotel y que se despertó en la ambulancia atado a una camilla, probablemente le habrían drogado previamente. Dijo que uno de los hombres reconoció que se trataba de un secuestro, de algún modo estaba diciendo la verdad, pensó el escritor. Los motivos..., quizá por alguna de sus obras o artículos, muchos de ellos desvelando intimidades de mafias y grupos terroristas, dijo Gael para contentar al agente, aunque tampoco era del todo falso. Una comunicación por radio interrumpió el relato del escritor.

—Bien —concluyó el policía después de terminar la comunicación radiada—. La ambulancia que ha pasado por nuestro lado no puede ser la que usted denuncia, esta pasaba por casualidad por la autopista, la matrícula me dicen pertenece a una empresa privada, venía de Oviedo y se dirigía a Barcelona.

—¡Esa es! ¡Esa misma!

—No se sulfure, tranquilícese, se lo comento para que esté tranquilo, no para causarle más problemas. Esa ambulancia no puede ser porque ha entrado por el peaje de Oviedo y no ha salido de la autopista desde entonces, usted

mismo lo ha oído, y la que usted me dijo se iba a incorporar por la entrada A43, la que está a poco más de un kilómetro de donde hemos estado, tal como me ha contado hace un momento. Probablemente dio media vuelta cuando usted escapó.

Gael se dio cuenta de que otra vez habían jugado con las artes que ellos llamaban blancas, así que no valía la pena discutir. Como fuera habían hecho que la matrícula quedara registrada en el peaje de Oviedo. Debía tener en cuenta estas habilidades de los vampiros a la hora de estructurar su coartada, pensó para sí el escritor.

—Sí, es posible —zanjó la conversación Gael.

—En efecto. La ambulancia con la que le secuestraron lo más seguro es que huyera por aquellos caminos en cuanto se percató que usted me dio alcance. Aunque no ha caído en ninguno de los controles que hemos puestos por la zona. De todas formas le aseguro que el grupo de secuestros dará con ellos, no se preocupe, somos muy eficientes, la lástima es que yo no haya llegado a verla, por la matrícula digo, o por alguna característica. De todos modos ahora no se preocupe, debe curarse.... Mire. Ya llegamos.

Gael levantó la mirada para ver cómo se acercaban a los porches de urgencias de un hospital que se le aparentó demasiado grande para ser comarcal.

La primera hora la pasó en una sala de quirófano donde le recosieron los puntos que le habían saltado. El cirujano alababa la labor hecho por quien fuera su colega que le atendió anteriormente y le preguntaba cómo se había hecho aquel destrozo, pero Gael no quiso dar ninguna pista y alegó aquella persistente amnesia y mucho cansancio. El médico no insistió, esa era tarea de la policía, no suya.

Ya en la habitación le dieron por fin alimentos que el escritor agradeció, y más aún por venir de la mano de la angelical enfermera que le había tocado de turno, una joven muy simpática que consiguió relajar la tensión en el alma de Gael a pesar del escozor que le suponía cada una de las curas que la chica le practicaba. La amable enfermera le comentó que le iban a trasladar a la capital ya que necesitaba de una resonancia magnética que en aquel hospital no podían practicarle.

—¿Tengo algo roto? ¡Yo no me noto nada roto!

—No. No es por eso. Sabemos que no tiene ninguna fractura —le informaba la enfermera—. Es por descartar que algún coágulo se haya quedado en el riego, es lo que pone en el protocolo para casos de múltiples

heridas abiertas, como es tu caso. El peligro es que algún coágulo haya entrado en la corriente sanguínea con el consiguiente riesgo de trombosis. Pero, vamos, es pura rutina.

—¿Qué? ¿Cómo andamos?

En ese momento entraba el médico que le atendió en urgencias acompañado de un séquito de no menos diez personas. Todas con bata blanca.

—Doctor, le estaba comentando lo del traslado —dijo la enfermera.

—En efecto, Sr. Azcona, como bien le habrá explicado la eficiente enfermera Nuria —ella se sonrojó— tenemos que trasladarle a Barcelona. Es cosa de poco tiempo, tanto por el traslado como por la futura estancia, en cuanto la resonancia confirme que todo anda bien ya podrá usted marcharse, si se encuentra con ánimo.

Gael asintió.

—Bien, veo que Nuria ya le ha puesto los apósitos y vendado las zonas más delicadas, ahora debe usted intentar dormir. Le administraremos un sedante... Sí, lo necesita —el médico corrigió la negativa de Gael hecha con la cabeza—. ¡No me negará que le escuece horrores el cuerpo!

El escritor no pudo sino reconocer que necesitaba descansar y que, en efecto, necesitaba algún calmante para aquella permanente laceración que le causaba la miríada de pequeñas heridas.

—Nuria le administrará ahora ese calmante. Yo le recomiendo una dosis que le haga dormir, ya lo ‘pacta’ usted con la enfermera —dijo sonriendo el médico convencido de que la chica sabría llevarle al terreno que el médico deseaba.

Dicho esto el doctor abandonó la habitación seguido de la cohorte de lo que debían ser estudiantes residentes. La enfermera terminó de llenar la gruesa jeringuilla del líquido calmante y se acercó a la cama llevándola elevada como si de una pistola se tratara.

—Hasta aquí —dijo la enfermera señalando la mitad del contenido del cilindro—, para el dolor. Y hasta aquí —señalo ahora el tope—, para dormir. ¿Qué desea su majestad?

Gael señaló con el índice de su mano derecha la mitad del índice se su mano izquierda.

—OK. Allá vamos.

La chica comenzó a inyectar el calmante en una intersección abierta en la vía que Gael tenía instalada y que llevaba a un gotero suspendido de una

percha sanitaria. Gradualmente fue introduciendo el líquido que el escritor notó caliente y agradable. Poco a poco, con la misma suavidad con la que la enfermera empujaba el émbolo, fue percibiendo como el calor le pasaba por la garganta y después por las sienes. La sensación era agradable y el dolor comenzó a remitir de inmediato. El escritor miró entonces las manos de la enfermera, el líquido no había alcanzado la mitad del cilindro, estuvo tentado de pedir que continuara hasta el final, que le administrara toda aquella droga depresora, que le durmiera y le llevara a país de los sueños placenteros. Pero no hizo falta, la enfermera se le adelantó.

—Bueno. Ya estamos a la mitad del camino —dijo la chica—. Creo que quieres que continúe. ¿Verdad Gael? —el escritor asintió vencido—. Es lo mejor, dormirás todo el traslado y no notarás el cambio de camillas ni de vehículos. Despertarás en Barcelona como si hubieras sido teletransportado —Gael sonreía somnoliento a la enfermera—. Esto lleva un poco de morfina. Lo agradecerás.

El escritor, con los ojos entornados, pudo percibir todavía como retiraba la aguja del tubo y como lo arropó con la sábana.

—Bien, amigo, ya está en marcha. Si contará hasta diez no llegarías al ocho. Que tengas suerte. Yo me voy que tengo más trabajo, te dejo con mi compañero que es quien se encargará de tu traslado. Felices sueños, Gael.

El escritor percibió entonces que había alguien más en la habitación, alguien que debió quedarse cuando se marchó la escolta que acompañaba al médico. Estaba de espaldas, consultando algo en el negatoscopio de las radiografías. Saludó a Nuria cuando salió de la habitación y se dio la vuelta.

Con los ojos prácticamente cerrados, contando ya nueve en su viaje al país de los sueños, Gael vio cómo se le acercaba sonriendo socarronamente un enfermero grande como un gorila, un enfermero que reconocía.

Para desayunar le desligaron por completo, Gael pudo después usar el baño. El sudor formaba capas sobre su piel, sobre las partes de su piel no sumergidas en yodo, y un penetrante olor a enfermedad hacía imposible su misma respiración. Frente al espejo pudo ver la labor hecha en aquel quirófano, estaba repleto de finos puntos de sutura, de puntos dermatológicos, mínimos como seda dental. Ayudado por una manopla y con el máximo cuidado intentó pasarse algo de agua enjabonada por el cuerpo, pero no funcionó, debía meterse en la ducha aunque se lo hubieran prohibido.

Aunque el desayuno fue ligero, arcadas de angustia le subían desde el estómago a la garganta, estaba liberando el potente sedante. Desnudo buscó en su cuerpo alguna incisión sospechosa, distinta a las suturas que se veían claramente tenían su origen en pequeños cristales. Se palpó examinando si notaba algún dolor interno que no fuera el de las costillas con las que aterrizó tras el frenazo de la furgoneta, pero todo él era un mapa de pequeños cortes superficiales, los más profundos ahora hábilmente cosidos. Por fin se metió en la ducha.

El enfermero entró sin llamar solo escuchó el correr del agua. Amonestó a Gael por no haber cumplido su promesa, pero el escritor no le escuchó, como tampoco aceptó su ayuda cuando salió de la cabina envolviéndose en una gran toalla. Aquel enfermero parecía más un guardaespaldas que un sanitario, hablaba poco, más bien nada, era la imagen viva de un enfermero de manicomio, era el mismo gorila al que una vez le atravesó el cuello con una aguja hipodérmica.

La ducha le revitalizó. Sentirse limpio, desintoxicado, supuso un espaldarazo, una inyección de moral, algo más que un simple acto de aseo. Fue como el cubo de agua al boxeador en su cuarto asalto.

—Esto puede ser muy desagradable, te lo advierto —previno Gael al enfermero cuando un ruido en las tripas le urgió otra necesidad desintoxicante y mientras se sentaba en la taza del sanitario.

—Estoy acostumbrado —contestó el asistente con parquedad, sin gesto alguno.

La cómica escena rescató el humor del fondo de su alma y no pudo evitar reír a carcajadas a medida que el enfermero compungía su semblante. Gael derrochó meteorismos y un nauseabundo hedor inundó la pieza, aroma que solo soporta el emisor, como bien sabía el escritor, razón por la cual no escatimó en esfuerzos. Aquella corta aunque intensa sensación de alegría hizo ver a Gael que realmente estaba recuperándose. En pocos días, o puede que horas, estaría en condiciones físicas y psíquicas para reanudar la lucha.

La mañana la pasó el escritor a solas con su protector. A la hora del almuerzo el enfermero salió unos momentos para entrar de nuevo arrastrando una mesa camarera con dos bandejas. La comida fue sabrosa y ligera, demasiado ligera para su impuesto acompañante cuyas tripas resonaban hambrientas después de terminar con la propia. Gael no paraba de reír, lo que incomodaba terriblemente al vigilante que, ni por ésas, hablaba más de lo justo.

Ante el escaso concurso del enfermero, el escritor dedicó todo su tiempo a observar, a repasar visualmente la habitación en busca de información y de fisuras que contribuyeran a un plan de huida. El teléfono, inalámbrico, pero de sobremesa, contaba con todos sus dígitos, aunque solo comunicaba con la enfermería. La ventana, enrejada, permitirá observar una altura de dos o tres pisos sobre un jardín frondoso y, al frente, un horizonte de pinos mediterráneos doblados por el viento hacía su posición. Detrás debía estar el mar. Muebles funcionales, de aparente calidad, repartidos en la espaciosa habitación. Todo limpio de inscripciones, salvo la doble cruz azul estampada en los plásticos de precinto. En la visita al lavabo pudo encontrar una huella de ubicación, en el ángulo superior izquierdo del espejo una minúscula pegatina rezaba: *SaniFactur, para Goytisoló-Etxea Clínicas*, y un número de teléfono con prefijo barcelonés.

A media tarde un par de médicos le monitorizaron anotando los resultados en el historial. Conversaron en privado con el enfermero antes de dirigirse a él.

—Está usted francamente bien, después de todo —fue lo único que articuló uno de ellos antes de despedirse.

—Raúl le atenderá de continuo. Pídale todo lo que necesite —el enfermero asintió al segundo médico que también abandonada la habitación.

Gael no intentó dialogar. Se sabía en territorio enemigo y no quería

evidenciar nada, ni sus temores ni sus expectativas. Dejó marchar a sus visitantes sin ni siquiera entonar un suspiro.

El cielo se enrojecida al tiempo que la tarde avanzaba en aquella espera sin sentido. El enfermero Raúl ojeaba una y mil veces la misma revista sin romper el silencio y Gael, contra su voluntad, sospechando entonces de las gotas que Raúl vertió en el zumo de la merienda, se durmió.

El sonido de un ligero portazo le desveló cuando el cielo era un amasijo de nubes naranjas sobre azul eléctrico. Estaba amaneciendo. El narcótico y más el cansancio le hicieron pasar el final de una tarde y toda una noche durmiendo sin parar, solo un vacío en el estómago corroboraba el paso del tiempo.

La puerta se abrió de golpe. El monitor alertó sobre una taquicardia cuando Gael descubrió que era Carlos Alberto quien entraba en la habitación. Al escritor le faltó aire y un artilugio sobre su cabeza comenzó a lanzar bocanadas de oxígeno al compás de los pitidos del electrocardiograma. Durante el sueño le habían intubado por todos los costados.

—¡Vaya con el periodista! —el *magnate* usaba su habitual tono irónico—
¡Eres duro de pelar!

A un gesto del visitante el enfermero obedeció sin rechistar y salió a la habitación. Gael, viéndose solo con el vampiro, intentó en vano arrancarse todos aquellos tubos flexibles sin conseguirlo, de nuevo estaba atado la cama. Carlos, que disfrutaba visiblemente con la angustia del escritor, jugó con la situación.

—¿No te es grata mi compañía? ¿O es a las camas a lo que temes? —y comenzó a reír.

Gael no hizo gesto alguno y relajó todo su cuerpo, no tanto por la imposibilidad de resistirse como por no dar satisfacción a los ojos de su enemigo, anhelantes de dominio. El *magnate* tuvo conciencia de ello y acompañó con una mueca de desengaño sus nuevas palabras.

—¡Hombre! ¡Ya no te asusto! ¡Eso está mejor!

—Mucho mejor —en la habitación acababa de entrar el médico que poco antes había repasado los datos de los monitores—. Por favor, Don Carlos, retírese y déjenos trabajar.

El semblante del doctor era de clara desaprobación y Carlos Alberto obedeció sumiso, pero no abandonó la habitación, únicamente se retiró unos pasos atrás, cerca de Raúl, que había entrado con el médico y cuya presencia ahora agradecía el escritor.

—Escúcheme bien —el médico hablaba ahora a Gael y lo hacía con autoridad, mientras ejecutaba su acción—. Voy a desatarle. Le ruego que se comporte o le juro que no permitiré que le desliguen de nuevo. Estas ligaduras ahora solo respondían a mis órdenes, tenía miedo de que en sueños se arrancara algún catéter, pero despierto no tiene por qué estar atado —el facultativo esperó hasta que el escritor se acomodó en el lecho—. Voy a hablarle lentamente, tan despacio como usted precise para entenderme, si apreció la más mínima taquicardia lo dejaremos para otro momento, a pesar del interés de sus amigos en ponerle al corriente, mientras permanezca en esta casa soy yo el responsable de usted y solo yo doy las órdenes. ¿Ha comprendido? ¿Han comprendido?

Gael asintió con la cabeza, aunque no entendió aquello de ‘sus amigos’. Los demás, Carlos Alberto y el mismo Raúl, hicieron lo mismo cuando el doctor se volvió para mirarlos. El médico prosiguió.

—Soy neurocirujano, el doctor Capdevila, Ramiro. Está usted en la clínica de reposo ‘Goytisoló-Etxea’, en el Maresme, cerca del Barcelona, y todos estos tubos que en breve le voy a retirar responden a las pruebas que le he tenido que realizar, son básicamente detectores de ondas, pero también recolectores de fluidos. La sonda que le llega hasta la vejiga urinaria solo era para evitar incontinencias, ya que las pruebas eléctricas en ocasiones generan esta incomodidad.

El médico retiró entonces la mascarilla de oxígeno del rostro de Gael, al tiempo que, sin darse cuenta, Raúl le había liberado de la sonda urinaria con apenas un levísimo escozor en el uréter. El escritor articuló sus primeras palabras.

—Le escucharé. Se lo prometo. Y tendrá que matarme antes que volver a atarme. ¡No soy un animal! —con la mano se frotaba las muñecas, algo erosionadas por las cinchas—. ¡Ah!, y gracias por presentarse. ¡Creo que es la única persona educada que he conocido en los últimos días!

—De nada. También comprenderá que no se lo ha puesto fácil a mis compañeros. Sí... —el doctor Capdevila evitó las protestas de Gael—. Lo sé. Es difícil portarse amablemente con quien parecen sus secuestradores, pero es que a mi colega, al que por cierto le han tenido que implantar tres piezas dentales, no le dio tiempo a explicárselo, el golpe y la huida fueron su respuesta.

—Pues ya que veo que lo sabe le diré que la policía me estará buscando, estaba bajo su protección cuando me sacaron del hospital comarcal. Así que

vayan preparando una buena excusa.

El escritor no pretendía tanto dar una información, que ya sabrían, cómo ver cuál era la reacción del médico. Lo que no dijo, ni siquiera lo pensó, no fuera que pudieran leer sus pensamientos, es que con toda seguridad Aurora le estaría buscando desde el minuto uno, desde que aquella ambulancia privada le sacara del pueblo a golpe de luces anaranjadas.

—No hizo bien en alertar a la policía, aunque le comprendo. De todas maneras ya está solucionado, fue fácil, les hicimos ver que no estaba usted en sus cabales, que había atravesado una puerta de cristal después de entrar en la habitación de hotel equivocada y que lo llevábamos al hospital cuando se escapó sumido en sus paranoias, en sus manías persecutorias. Todo que quedó claro cuando les mostramos el seguro que tiene usted concertado con nosotros, por eso nos ha permitido que la resonancia magnética así como la estancia la haga en nuestras clínicas.

—¡Yo no tengo ningún seguro con ustedes!

—Sí. Sí lo tiene. Nada más sencillo que crearlo. Le ruego que esta vez atienda a todo lo que le voy a contar, como me acaba de prometer. Y después juzgue. Si no está de acuerdo se podrá marchar. Se lo juro.

El neurocirujano sonrió. Se alejó unos pasos y volvió con una silla que colocó a la inversa, el respaldo en el lado de Gael. Se sentó como lo hacía su abuelo cuanto veía jugar a las cartas, con las piernas abiertas y los brazos cruzados y apoyados en el respaldo de la silla, este gesto gustó al escritor y sus efectos se dejaron notar en el electrocardiograma poco antes de que las últimas ventosas le fueran retiradas por Raúl.

—Realmente sentimos mucho lo que he pasado estos días —el médico hablaba con evidente franqueza—. No es todo de mi incumbencia, pero estoy informado y no entiendo cómo se ha podido cometer ese error. Aunque lo sospecho. Los datos que me han dado estas horas de monitoreo y la resonancia que le practicamos mientras dormía me lo confirmarán. Seguro.

El doctor leyó entonces unas anotaciones y gráficas que una enfermera le trajo en un portafolio. Cuando la chica salió de la habitación el cirujano continuó hablando.

—Ya le adelanto que la razón de las interferencias sufridas era, es, usted mismo —el gesto de sorpresa de Gael invitó al médico a estirar su mano y apretarle brazo, con confianza—. No, no se preocupe, todo está bajo control. Tiene usted más ‘dote’ de lo que cree, eso es todo. Que no es poco.

—¿Dote? ¿Yo?

—Si. Poder. Fuerza. El *don* del *divinizado*. Lo posee en estado latente, pero lo tiene, es parte de su biología, al fin y al cabo es usted de la familia. No se imagina la '*pirámide*' que ha construido, sin saberlo, en aquellos acantilados. Ya le contaron que nuestra información no se transmite por los canales ordinarios, habló del '*ruido*', usted ya sabe que me refiero —el escritor lo aprobó con un gesto—, pues bien, ese *ruido*, el generado por usted, el que desconocíamos, trastocó la verdadera información. Lo que encontraron los Gaast cuando por casualidad supieron de su estancia en el pueblo fue una orden tajante y urgente de ejecución, una orden que nunca se emitió pero que sí flotaba en aquel ambiente. Eso es lo que usted creía y ese era el fantasma que inundaba aquel lugar, suele ocurrir alrededor de aquellos que desconocen su fuerza. Debió usted pasarlo mal, muy mal, créame que lo siento.

Momentáneamente el médico dejó de conversar. Parecía absorto sopesando una idea vaga y lejana. Por fin, convencido ya de algo en el interior de su mente, se levantó y extrajo del armario un traje de caballero. Se acercó al último monitor, lo desconectó, y dejó sobre la cama la percha con el traje.

—¡Se acabó! Es suficiente. Vístase, por favor —dijo el galeno señalando el traje extendido a los pies de la cama—. Seguiré informándole mientras lo hace.

—¿Y esto?

El escritor no las tenía todas consigo, pero eso no le impidió que al segundo estuviera ya enfundándose los pantalones a pesar de un dolor que persistía, aunque ya con mucha menos intensidad.

—Tiene usted razón —contestó el médico—. No hay motivo para retenerle. Siempre y cuando, claro está, no se encuentre bien. ¡Al fin y al cabo está asegurado con nosotros! —sonrió la última frase.

—¿Heridas? ¿Qué heridas? —Gael disimulaba el escozor que le producía todo cuerpo—. No tema. Estoy perfectamente. Y... Y muchas gracias.

—De nada, amigo mío, de nada. Sepa que me satisface enormemente verle por primera vez contento. Se dice que lo que nos hizo humanos fue la evolución de nuestra laringe, cuya estructura nos permite hablar, el medio más idóneo de comunicación, pero yo añado es la risa, la risa, querido señor Azcona, como el uso de lágrimas para llorar, que no solo para lubricar la córnea, son mecanismos de expresión emocional que nos hacen verdaderamente humanos. Porque somos humanos. Usted es humano. Y esas risas lo confirman.

—Gracias, doctor. De verdad que le agradezco este alarde de comprensión

para conmigo después de un trato tan..., tan hostil, pero si he de serle sincero, y creo que se lo merece, no me considero su amigo como tampoco creo que sean ustedes humanos. Perdone mi franqueza.

—La franqueza es un síntoma de confianza, y eso es lo que le estoy pidiendo, así que perfecto —el tono del facultativo seguía siendo firme pero amigable—. Bien, entonces no perdamos más tiempo, le ruego que acabe de vestirse, mientras tanto permítame que haga una llamada —el doctor le enseñó su teléfono móvil. Gael asintió.

Una mirada del médico y Carlos Alberto, sumiso como no podía creer Gael, salió de la habitación sin decir palabra, acompañado de Raúl, que tampoco emitió sonido alguno, lo que en su caso era lo habitual. Tan solo se cerró puerta el médico terminó de enviar con el smartphone lo que parecía un mensaje y después continuó su discurso.

—Me tiene respeto. Y también miedo. Hablo de Carlos Alberto. Verá, me presenté como Ramiro Capdevila, pero este es mi segundo apellido, el materno, mi padre es el Doctor Goytisoló, el director y consejero delegado de todas estas clínicas.

—Entonces... Que yo recuerde... —dudaba Gael.

—En efecto, amigo mío —se adelantó el doctor—, mi padre es el '*Pater Juris*'. El Azul. Por eso Carlos no se atrevería nunca a desafiarme.

El cirujano estaba viendo como aquella información estaba impactando al escritor. Se le acercó, le acomodó las solapas de la chaqueta y, poniéndole una mano sobre el hombro, continuó hablándole en un registro más personal y cercano.

—Quizá yo no sea la persona adecuada para explicarle esta y otras cosas, por eso le estoy pidiendo que me acompañe, en muy pocos minutos todo se resolverá, ya lo verá.

El médico puso la mano en el picaporte, pero antes de vencerlo se giró de nuevo y volvió a su discurso.

—Ahora vamos a salir de la habitación. Y del edificio. Verá que no hay nada de anormal en este lugar, es una clínica corriente, de lujo, en todo caso. Nadie se fijará en usted si no es para saludarle. Andaremos unos minutos por los jardines del complejo hasta llegar a la cafetería para desayunar como seres humanos, no como pacientes, debe estar usted hambriento —el escritor asintió ya con una sonrisa—, después cruzaremos otro edificio, uno de corte clásico, el antiguo hospital, desde aquí solo puede ver sus cúpulas y tejados, pero está bastante cerca, una vez allí subiremos un par de plantas y

caminares varios pasillos, hasta mi despacho.

Gael se miraba en el espejo del baño mientras escuchaba aquellas recomendaciones, giró entonces sobre sus talones y se dispuso detrás del doctor mientras este comenzaba a abrir la puerta de la habitación que ya tenía entornada.

—Le he adelantado el itinerario para que no mal piense mientras lo recorremos. Le recuerdo que es usted libre, no intente huir, no es necesario. Una vez en el despacho lo comprenderá todo. *Fiat lux, et facta est lux.* ‘Hágase la luz, y la luz se hizo’. Es el momento.

Gael recordó al instante la frase bíblica que ya usó Aida en el Palomar aquella noche, aquella última noche, hacía ya tanto, tanto tiempo. Antes, como ahora, ambos, su amada, y ahora el médico, obviaron mencionar la palabra ‘Dios’, como bien dijera Carlos Alberto en su acceso de ira la noche de los cristales rotos. *Dixitque Deus...*, ‘Dijo Dios...’ El escritor no sabía ya que hacer, a quien creer, en quien confiar, pero estaba muy cerca del final, aunque de un final impreciso, turbio. *Confirió. Fiat lux.*

—Le creo —Gael le ofreció la mano al doctor que no la rehusó. Con el apretón de manos el escritor prosiguió su frase—. Pero, por favor, ya son demasiadas sorpresas, dígame qué me espera en ese despacho, gánese definitivamente mi confianza,

—Está bien —el doctor carraspeó hasta alcanzar el tono de gravedad que esperaba en su voz—. ¡Va usted a ver a Aida!

La majestuosidad del despacho, una espaciosa pieza de paredes forradas en madera, al más clásico estilo inglés, chocaba no solo con la idiosincrasia de la comarca donde se encontraban, sino también con la aséptica y funcional decoración del resto del hospital. Si en las habitaciones, en los pasillos y en las salas de espera se contaban muebles modernos, entre aluminios y plásticos, en aquel despacho todo eran maderas nobles, pulidos latones, cueros y terciopelos victorianos.

A la dependencia se accedía por una puerta pintada en un granate pastel, como las del resto del hospital y como las batas cortas del personal auxiliar no sanitario, una puerta de dos hojas, simple y lisa, como todas las de aquel edificio minimalista, solo que esta no disponía de la ventana central que servía de mirador.

Al batir las hojas, cuyo lado interior estaba ya forrado de madera de nogal y perfilado con molduras, y una vez superado el quicio, se abría un salón casi tan grande como los de baile de los palacios versallescicos. La primera mitad de aquel gran rectángulo la ocupaba en sus centros una gran mesa ovalada que se apoyaba sobre dos pies leonados, tan anchos como un paraguas abierto. Doce sillas victorianas, con reposabrazos, rodeaban el tablero protegido por un blanquísimo mármol en cuyo centro reposaba un inmenso centro floral.

A la derecha un tresillo de tapizados púrpuras y dorados, tan ostentoso como la mesa. A la izquierda tres puertas de balcón, adornadas con pesados cortinajes recogidos a los lados, dejaban entrar la luz azulada del amanecer. Un par de lámparas de araña sustentaban sobre sus cabezas miles de pequeñas lágrimas de cristal. Al fondo la mesa de despacho, allí un verdadero trono de monarca sobresalía detrás de una también gran mesa de oficina frente a la cual, y dando la espalda a la aproximación de Gael, un hemiciclo formado por cuatro sillones que hacían las veces de butacas confidente. En ellos, de espaldas, como las butacas, dos hombres y una mujer.

Los latidos del corazón de Gael se incrementaron, pero de nuevo, por segunda vez, la mano del joven Goytisoló sobre su hombro le tranquilizó al instante. Aquel hombre desprendía una paz espiritual que se transmitía con solo observar sus gestos o escuchar su voz y aún más con su contacto.

El escritor reconoció, a medida que se acercaba, a una joven Violeta. Una lágrima por la mejilla de Gael condensaba en sus sales diez años de espera, de duda, y de dolor. El escritor se la secó con el dorso de la mano unas décimas de segundo antes de llegar a su altura. Violeta se levantó y le abrazó con fuerza, pero Gael no respondió a sus caricias, o no lo hizo como realmente deseaba ya que un rencor indomable le impedía cualquier gesto de complacencia.

—¡Perdóname! —la mujer le hablaba a la altura del oído fundida en el abrazo, pero en voz alta—. Lo siento. Lo siento mucho.

Gael permaneció impertérrito. Le hubiera gustado contestar que era el hombre más feliz del mundo en aquel momento, que disfrutaba de aquel abrazo como el sediento del agua en el desierto. Hubiera deseado decirle que aspiraba el aroma que desprendía su piel con deleite animal, atávico, y que solo tocarla volvía a ponerlo rendido a sus pies. Eso es lo que realmente deseaba, pero una parálisis del alma, una rueda de molino sobre su voluntad, se lo impedía.

Del sillón contiguo se levantó un hombre de pelo grisáceo, cortado a lo *commandant*, un hombre alto y de porte erguido, de fortaleza notable, se interpuso entre la mujer y el escritor y, con suavidad, deshizo el abrazo invitando a la mujer a sentarse de nuevo.

—Déjalo, Violeta, ya lo entenderá —clavó entonces su mirada en Gael, quien vio en él unas pupilas penetrantes como los cristales de sus heridas—. No voy a consentir ni el más mínimo desprecio a Doña Violeta —dijo entonces con autoridad—. Nada es culpa de ella. Bueno, sí, defenderle, defender su sitio en la familia, lo que yo no tengo tan claro a la vista de su soberbia. ¡Hasta él! —dijo el hombre señalando a la tercera butaca, donde entonces el escritor vio que estaba sentado Carlos Alberto—. ¡Hasta su díscolo hijo ha sido perdonado, indultado, precisamente por encontrarle, y se muestra usted arrogante ante la presencia de su defensora!

Violeta iba a intervenir pero el hombre se lo impidió levantando con majestuosidad su mano. Aquel debía ser el vértice *azul* del *triángulo*, pensaba Gael.

—Respeto y olvido, estas son las normas para dar comienzo a este

encuentro —continuó—. Yo he consentido, junto con el *Colegio*. Y he aceptado indultos y olvidado ofensas a las normas sagradas de la familia para empezar desde un cero todavía por definir. Pero no consentiré faltas al debido y reverencial respeto. Ni atenderé ya a recuerdos de lo pasado, salvo que no sean para aprender de los errores —el hombre se enfrentó a Gael poniéndose cara a cara, aunque manteniendo un respetuoso espacio personal—. Respeto y olvido. Si está usted de acuerdo puede sentarse y empezaremos a hablar.

El hombre invitó a Gael a sentarse en la butaca vacía. Gael obedeció, no podía hacer otra cosa, aquel hombre había hablado de los beneficios de la aceptación, pero no de las consecuencias del rechazo, lo que era todavía más elocuente. El doctor Ramiro ocupó entonces su trono, tras la mesa, y quien debía ser el *Pater Juris*, el *Azul*, se acomodó en el sillón que ya ocupaba. El semicírculo comenzaba con Carlos Alberto al fondo, Violeta, Gael y, a su izquierda, el *Pater Juris*.

El *Azul* carraspeó y se colocó levemente girado hacia Gael pero sin abandonar su majestuoso reposo. Estaba claro que iba a seguir hablando. Como así ocurrió.

—Como he dicho solo hablaremos del pasado para evitar los errores cometidos. Imagino que mi hijo, el doctor Ramiro, le habrá adelantado algo... —miró alternativamente al doctor y a Gael—. Bien. Prosigamos. La verdad es que nunca nos había ocurrido...

El hombre deshizo su cómoda postura, pierna sobre pierna, para sentarse en el mismo borde de la butaca. El escritor adivinó que iba a ponerse en materia.

—Supongo que ya me ha reconocido. En efecto soy el *Pater Juris* y, por primera vez en mi historia, voy a pedir perdón.

Solo Violeta mantuvo impassible el gesto. Tanto Gael, como Carlos Alberto y el mismo doctor Ramiro abrieron perceptiblemente los ojos ante lo que a todas luces iba a ser un hecho inusual.

—Voy a pedir perdón por vez primera no porque el orgullo me lo haya impedido hasta el momento, sino porque jamás me he equivocado —Gael arqueó las cejas—. No, nunca, jamás me equivoqué —respondía así a la incredulidad del escritor—. Pero no por mi presunta infalibilidad, desde luego que no, sino porque yo concentro toda la sabiduría de todos los clanes existentes, presentes, habidos y por haber. Yo poseo, si quiere llamarlo así, la *Piedra Filosofal*. Poseo la llave de los arcanos terrestres y extraterrestres. Si

yo me equivoco, yerra la historia.

Esta vez Gael no reprimió un gesto que fue más allá de una elevación de las cejas, sus hombros se alzaron al tiempo y abrió las manos. Solo le faltó verbalizar su incredulidad.

—Que me crea o no —prosiguió el *Azul*— me es irrelevante. No lo hago por usted, lo hago por Violeta, mi *partenaire* en el *Triángulo*. Y por Aida, mi querida Aida —el nombre de Aida devolvió a Gael a su realidad; iba a pedir perdón al *Pater Iuris* pero este, adivinándolo, se lo impidió—. No tiene que excusarse, solo debe escuchar, nada más. Volviendo a mis explicaciones le diré que comprendo que no lo entienda, es normal, pero no se ría por ello, no se burle de lo que no conoce para evitar reconocer su ignorancia. Mire lo que lo voy a decir y que sirva la parábola, puede elegir el vagón, puede estar en la máquina que tira del tren o en el coche de cola, nos da igual, incluso podemos llegar a consentir que pueda bajarse en la siguiente estación, pero nunca, jamás, se ponga delante de este tren o será irremediablemente arrollado.

Esta vez Gael si consiguió hablar, pero no llegó a articular palabra. Una mirada de Violeta le hizo entender que no debía interrumpir a aquel poderoso ser.

—Supe, como no, de la negligencia de Aida, por eso articulé mi sentencia. Una sentencia que sobre Aida Sieras ya se ejecutó.

—¿¿Qué?! ¿¿Qué le han hecho?! —Gael iba a ponerse en pie, pero una sola mirada del ‘Azul’ le retuvo imantado en su sillón, el escritor entendió entonces porque no estaba Aida en el despacho, como le prometieron.

—Tranquilízate —Violeta habló antes que su compañero—. Aida está perfectamente. La condena fue aceptada con gusto por mi hija, se trataba de una reclusión por unos años en una pirámide que en nada se parece a un presidio, pero eso sí, sin contacto humano. Envejecer era la condena. Lo que Aida pretendía, de todas formas, con o sin sentencia, y solo para esperarte. El *Pater* no pudo ser más benévolo, y perdona *Pater* por la intromisión —dijo mirando al hombre que condescendió con una levísima sonrisa.

—En efecto —aquel retomó la palabra— mi sentencia fue legal, pero también justa. Ese no fue mi problema, Gael, mi gran problema fuiste tú —el *Azul* había pasado al tuteo—. Inopinadamente desapareciste. Hoy ya sabemos algo más, por lo que parece tu parcela de ‘dote’ es mayor de lo que creíamos, y usaste ese poder, sin saberlo, convirtiendo tu ubicación en una esfera invisible, en un *Palomar* como aquel donde Aida te reveló parte de nuestros secretos. Lo que todavía no sabemos es cómo pudo ocurrir.

—Pero... ¿Cómo es que no lo noté? —Gael se sabía ya digno de conversar tras el tono confidente por parte del *Pater Iuris*—. Y... ¿Y por qué yo?

—Es que tú no eres normal, querido... ¿primo? —la voz de Carlos Alberto sonó por primera vez, pero fue de inmediato acallada.

—En efecto tu caso es excepcional —intervino el doctor Ramiro—. No me ha dado tiempo a explicártelo en el breve paseo desde tu habitación hasta este despacho, sin, por cierto, el prometido desayuno. Es un supuesto extraordinario pues... ¿fue realmente fruto de la casualidad que tu reencarnación humana lo fuera en un descendiente del vientre de María la Maga? La pregunta no es solo si tú elegiste ese destino para reencarnarte, Haluk, mientras navegabas en ese limbo que viven los humanos entre transmutaciones del alma, la duda es por qué razón se te ha conferido la *Dote* sin resquicios, con mayúsculas. Porque eso es lo que estamos descubriendo, que gozas de todo el poder propio de un *divinizado*, aunque, como dirían los antiguos, seas un semidiós.

—¡Pero eso no es posible! Yo no...

—Simplemente no has entrenado —contestó el cirujano— Las artes blancas precisan de entrenamiento, eso es todo. Si necesitas más pruebas te enseñaré la resonancia donde se ve tu *tapetum lucidum*.

El escritor recordó entonces que era cierto que veía mucho mejor en la oscuridad que sus compañeros durante sus periplos por campos de batalla como reportero de guerra, distinguía igual a como lo hacían los soldados que llevaban puestas las gafas de visión nocturna, pero entonces pensó que su imaginación, alimentada por el deseo de supervivencia, le hacía ver lo que solo intuía.

—Así es. Solo te fallaron esos ojos en tu noche de terror ante los Paulsen, los Gaast, pero es que ellos dominan como nadie nuestras artes y nada hubieras podido hacer, ni aún con sus años de entrenamiento —el cirujano había estado leyendo sus pensamientos, como probablemente todos en aquella sala, se decía el escritor.

—¡Pero...! ¡Mi padre...! —al escritor no le encajaba—. Mi padre es realmente quien debería haber heredado la *Dote*, si es que eso se hereda- Él es quien nació de María Sieras y no yo.

—Esa es precisamente la razón de nuestra perplejidad y el porqué de nuestro error —el cirujano hablaba ahora como el médico que era—. No conocemos la genética *per saltum* en nuestra especie, pero todo confirma que así fue en tu caso, tu padre fue un vehículo, una mera correa transmisora

desde el punto de vista biológico, aunque ni él ni el abuelo lo sospechaban, el *Gobernador* se fue de este mundo convencido de que eras ‘normal’, tras nueve años de observación, tus primeros nueve años. Del mismo modo murió tu padre, en la ignorancia.

—Y ello abre una grieta en la misma esencia de nuestro sistema— habló Violeta—. ¿Es posible entonces que esto pase desapercibido? ¿Ha ocurrido más veces?

—Es más —el cirujano persistía en su visión científica pero hablaba más al resto de oyentes que a Gael—, si hay respecto al *don* genes dominantes, ¿los habrá recesivos? Entre miembros de la familia siempre el resultado ha sido la herencia absoluta, ese es precisamente nuestro signo, otra cosa podría ser nuestro final como raza. Habrá que ponerse a trabajar, y Gael tendrá que prestarnos su ayuda.

—Déjalo hijo. Eso ya lo hablaremos más adelante. Gael va a pensar que solo lo queremos como cobaya de laboratorio —el *Pater* adivinó de nuevo sus pensamientos—. Ahora vayamos al grano, terminemos de una vez con estos prolegómenos de reencuentro.

El hombre volvió a acomodarse en el sillón mientras se tomaba unos segundos para continuar. El silencio se estaba prolongando, dejando un vacío en el ambiente que invitaba a colmarlo, pero todos permanecieron callados, obedientes. Inclinando unos grados su cuerpo sobre la butaca para mirar a Gael, el *Pater* retomó su discurso.

—Por otro lado, volviendo a tu desaparición de escena, comentarte que el rastro físico, el ‘camino amarillo’ que teníamos preparado —el escritor recordó de inmediato aquella referencia al Mago de Oz— se cortó cuando articulaste aquella ingeniería financiera que nos cerró la pista a través del banco. Nos es que fuera un sistema de control esencial este de los movimientos bancarios, de hecho realmente no importaba si se fracturaba dada la posibilidad de escuchar el ‘ruido’, pero no imaginábamos que contigo íbamos a quedarnos sordos, por decirlo gráficamente. Si hubiéramos hecho imposiciones puntuales no habrías podido disponer de inmediato de toda tu fortuna y te hubiéramos tenido más controlado, pero no pensamos en ello.

»En resumidas cuentas te perdimos. Y te buscamos, naturalmente, empezando por las cercanías de Oviedo, pero no dábamos contigo, hasta que los Gaast escucharon algo en la costa, vibraciones puntuales, las que producías las pocas veces que salías de tu *pirámide*. La sensación más fuerte se dio en una clínica de Oviedo, una clínica de la familia, desde allí fue fácil

dar contigo. Es cierto que Carlos Alberto también contribuyó a tu localización antes de toparse contigo —el *Pater* contentaba así el ego de Carlos Alberto que torció el gesto ante aquella alusión a los noruegos—. Y lo hizo relacionando aquella información puntual y dispersa con las esporádicas que él había notado. Como sabes Carlos pasa cortas temporadas en ese pueblo por razón de empresa. Y de lo que no es empresa».

—Y una vez localizado solo faltaba apresarme. ¿No? —Gael habló con la confianza que le daba su interlocutor.

—No. En absoluto. Nunca dicté sentencia en tu contra. Quien cometió la infracción fue Aida, no tú.

—¡Pero yo supe cosas que no debía saber! ¿No estaba eso penado... con la muerte?

—No siempre —el *Pater Iuris* estaba incómodo, no estaba acostumbrado a tantas explicaciones—. Qué yo sepa Matías, el asistente de Violeta, no ha sufrido nunca daño alguno. Y no es de la familia, como no es tu caso.

—Te buscábamos para advertirte —Violeta se unió a la conversación—. Para que supieras de la decisión tomada, que todo pasaba por que Aida cumpliera su tiempo de aislamiento. Pero te perdimos. La culpa fue mía, solo mía, fui yo quien te dijo que huyeras. Y la que prometí que te recuperaría. El amor pudo a la razón y me adelanté, el *Pater Iuris* nunca habría sentenciado tu muerte por ese motivo, pero yo lo dudé.

—Pero, Violeta, tardé unos meses en cambiar de banco... —Gael no quería protestar, pero debía hacerlo.

—Sí, lo sé, y me avergüenza de decirlo —la mujer cogió entonces la mano del *Azul*, su vecino de butaca—. Desconfié, pensé que la sentencia se había producido de todos modos y que me la habían ocultado, para que no interfiriera, dado el amor por mi hija, a la que realmente defendía, también debo confesarlo. Más tarde, cuando di mi brazo a torcer, ya te habíamos perdido.

Gael se lamentó por haber puesto a Violeta en aquella incómoda situación, aunque no puedo decírselo ya que el *Pater* se levantó entonces y se colocó delante del escritor. Aquel hombre, alto y fuerte para su edad, que debía rondar a los sesenta, se había colocado frente a la butaca del escritor y le hablaba mientras el blanco de sus ojos se iba oscureciendo como si le inyectaran tinta.

—Ya hemos hablado bastante —la voz del hombre resultaba agradable, pero sonaba cavernosa, lejana— Hoy, Violeta, cumpliré mi promesa para con

tu Clan, para contigo y para con tu hija. Hoy libero a Carlos Alberto de su exilio. Que quede así grabado en nuestra memoria colectiva. Y, en este mismo acto, me dirijo ahora a Gael, el nieto de María.

El hombre se acercó todavía más al escritor quien ya tenía que mirar en alto para ver al *Pater Iuris*. Sus ojos eran ya oscuros como el negro cósmico, de una profundidad inmensa, inconmensurable. Levantó poco a poco su brazo dejando un rastro de aquella luz azulada, como la llama de gas, que ya había visto a Carlos Alberto o a su avatar en la habitación del hotel, solo que este era continuo, un haz estable, no oscilante y discontinuo como el del *magnate*. Posó su mano izquierda sobre la cabeza del escritor, Gael notó de inmediato un calor intenso, pero agradable. Con aquella voz profunda y resonante, desdoblada en miles de voces, como un múltiple eco cabalgando al mismo tiempo que sus palabras, pero sin cacofonías, el *Pater* pronunció su veredicto.

—Gael o Haluk. Aida, Akasma, Indira, Shoshana, Xue... Nada impedirá ya vuestra felicidad. Este es mi compromiso y mi ley. Vuestra unión es desde ahora una institución para el Clan Özkam, el de la Sangre Pura, el de las Rosas Negras. Y, con ello, para toda familia que viva con o de nuestra divina dote. Ya nunca nadie podrá deshacer lo que ahora proclamo, salvo vuestra voluntad o la sacrosanta muerte. La elección es solo vuestra.

A las mayestáticas palabras del *Azul* siguió el sonido de unos tacones cruzando el salón, acercándose hacía donde ellos se encontraban. Gael no necesitó girarse y mirar para reconocer aquellos pasos.

Antes de poder ver siquiera el fuego de la melena de Aida los nervios del escritor se desataron y rompió a llorar. Aquel hombretón no podía dejar de sollozar como un niño, como un recién nacido, que a la postre es lo que era, un neonato al que la luz de la vida le asustaba tras el parto.

Capítulo 8º

El fuego de la razón

Violeta arrasó desde que pisara la estación del pueblo. En el ayuntamiento los funcionarios varones, y no varones, competían por atender a aquella escultural mujer de incitantes curvas, pese a ocultarlas bajo el luto. Más de una amonestación hubo, entre compañeros, por la falta de respeto que infundían algunas miradas sobre aquella mujer claramente afectada por el duelo. El Secretario municipal tuvo la precaución de tener preparados los documentos para que Doña Violeta pudiera partir sin dilación.

—Su hermano, Don Alfonso, ha concluido prácticamente todos los trámites y todo está en perfecto orden administrativo —decía el Secretario, que sentía por aquella mujer un respeto reverencial—, pero comprenda que todo lo trabajado no tiene ningún valor sin su firma personal.

—No se preocupe, de veras, le estoy muy agradecida, se lo digo con franqueza.

—¡Pues bien! ¡Ya está todo hecho! —el jefe de la burocracia local conversaba mientras recluía todos los documentos en un apretado archivador —¿Quiere entonces visitar los cerros antes de irse? ¿O la acompaño al balneario, al hotel?, quizá prefiera descansar antes de volver a viajar.

—No, no, si fuera posible sí me gustaría visitar las tierras. Siempre que no sea molestia.

—En absoluto, será un honor —las adulaciones fueron reídas por el funcionariado que no perdía detalle de la conversación a pesar de malestar contra su jefe por haberles hecho trabajar aquella tarde, fuera del ordinario horario matutino.

El joven policía se alegró de que le alcanzara la suerte cuando el dedo del secretario le señaló para la tarea. Al poco, con el sol rozando las cumbres del oeste, el coche patrulla salía del pueblo hacía las cumbres llanas del *Marquesado*. Quedaba una hora larga de luz en aquel verano a punto de terminar, pero que se quedaría en menos de treinta minutos en aquel pueblo hundido en un valle y rodeado de montañas que se tragaban el sol antes del

ocaso.

—He visitado el cementerio antes de ir al ayuntamiento —Violeta hablaba al policía mirando a su izquierda, se había opuesto radicalmente a sentarse en los asientos traseros—. Mi hermano ha sabido elegir los mármoles, pero... ¿sabes de quien es el tercer epitafio?

El policía balbuceó la respuesta. Ya le había incomodado que se sentara junto a él en el vehículo, pero tener que llegar a conversar con aquella mujer, que le inspiraba temor y deseo al mismo tiempo, no le pasó ni por la cabeza cuando se alegró de ser el elegido.

—¿El epitafio...? ¿El de ‘Perdone Dios...’? Si. Esto... Es del párroco. Pidió permiso al señor Alfonso... Creo...

—No, no lo censuro —Violeta sonrió por primera vez—. Era solo curiosidad. Por cierto, ¿eran muy queridos, verdad?

—Si señora. Mucho. Yo nací en este pueblo y salvo el instituto y después la academia de policía he vivido siempre aquí —el joven se alegraba de que le salieran las palabras sin la tartamudez que aquella beldad le producía—. Le aseguro que sus tíos abuelos eran muy queridos en la comarca. Muy especiales, pero de muy queridos.

—¿Especiales? —en la cara del funcionario se reflejó el arrepentimiento por hablar más de la cuenta, pero la mujer supo dar bálsamo a la situación—. Sé franco, te lo suplico. Y tutéame, por favor. ¡No soy tan vieja!

—Bueno. Quería decir que... Lo que quería decir...

—Mira chico, sabes que las autoridades únicamente me hablaran de lo bueno. De ellos solo puedo esperar elogios. Como es natural. Al fin y al cabo no deja de ser cierto que aunque viva lejos de aquí soy la dueña de medio pueblo —Violeta había salido en auxilio de su interlocutor—. Te pido que me hables desde tu juventud. De buen rollo. ¡Tenemos casi la misma edad!

La última frase la rio mujer y el joven policía la encajó sin protestas pues él lo que veía era a una reconocida empresaria de mediana edad pero con el cuerpo de una joven, probablemente pro una vida dedicada al gimnasio y las dietas, como las modelos, aunque con el peso del mundo tras aquellos rasgados ojos negro azabache.

—Pues que eran raros, Violeta —el policía había cogido confianza—. Eso es lo que quiero decir. Aunque, repito, muy buena gente.

—¿Raros? ¡Cariño, te explicas como un libro abierto! —la mujer también se sentía más cómoda con aquella familiaridad.

—¡Que vivían más solos que la una! Eso es lo que quiero decir. Casi

siempre encerrados en *Los Rosales*. ¿No te parece eso raro?

—Eso no tiene nada de anormal, querido. Es hasta recomendable.

—¿En un pueblo turístico? No, Violeta —el joven detuvo unos instantes el hilo de su voz— No sé si me estoy pasando de la raya. ¿Puedo llamarte así? ¿Por tu nombre?

—¡No! ¡Me puedes llamar con el nombre de tu novia! ¿A ti que te parece? —ambos rieron con soltura, con cierta complicidad. Violetaapuró entonces esa connivencia— Por cierto, Marc... Eres Marc, ¿no? ¿Tienes novia?

—No. No tengo novia... —ahora si trastabillaba al hablar—. Y sí, soy Marc. ¿Cómo lo has sabido?

—Por qué lo intuí cuando el Secretario te señaló con el dedo para que fueras tú el que me acompañara. ¡Lo estaba deseando! —el policía tragaba saliva— ¡Y porque lo pone bajo de tu placa!

De nuevo risas. Violeta tenía cada vez más claro que iba a disfrutar de una revitalización que ya necesitaba, sin dañar a aquel bombón de chocolate, por supuesto, solo lo justo, pero no dejaría escapara a aquel joven que se veía claramente amante del gimnasio y, eso esperaba, de las mujeres.

—Y bien, Marc, ¿qué tiene que ver que este sea un pueblo turístico para no poder vivir apartado del mundanal ruido? Gael era escritor. ¿Lo sabías? Y los escritores buscan eso, la paz del ermitaño para poder dialogar con sus musas.

—No, si lo entiendo. Quizá no me expresado bien, de hecho bajaban para fiestas. Y también de vez en cuando salían a la capital y acababan cenando en el pueblo, antes de subir a *Los Rosales*, dónde, por cierto, estamos a punto de llegar.

Violeta se fijó entonces que ya circulaban entre vides y, de vez en cuando, entre el negro retorcido de la madera carbonizada. Una gran parcela del bosque estaba muerto, quemado.

—Lo raro no era eso —continuó el policía—, lo extraño de su comportamiento es que nunca dejaban subir a nadie a su palacio, a *Villa Sieras*, a *Los Rosales*. Por ejemplo el chico del supermercado, que tenía que dejar el pedido en la cancela de la finca donde después lo recogían los señores. Y eso da que hablar.

—Entiendo

Violeta quedó pensativa y la conversación se detuvo unos escasos pero largos segundos. Al fondo ya se veía la cancela a la que se refería Marc. Un dolor en el pecho oprimió su alma al ver la verja en pie, indemne, pero apoyada en unos muros semiderruidos y ennegrecidos, cubiertos del mismo

hollín que había barnizado el cercano bosque.

—¿Y visitas? ¿No recibían vistas? —prosiguió la mujer.

—Sí, las de tu hermano, Don Alfonso —contestó el joven.

Violeta sonrió, así que el veinteañero policía le echaba a ella los treinta y pocos que aparentaba Alfonso, haciéndolos hermanos en lugar de madre e hijo. Eso le convenía.

—¿Nadie más?

—Bueno, sí, también la de ese médico amigo vuestro, el que llegó contigo al pueblo, ‘Goyti...algo’. Ese hombre era un habitual por aquí y siempre subía a *Los Rosales*, es más, se quedaba allí unos días

—Goytisoló, te refieres a Goytisoló —Violeta meditó un tiempo antes de continuar—. De todos modos poca gente me parece. Yo estaba convencida de que tuvieron más vida social. ¡Así les ha ido, envejeciendo tontamente! Aunque la verdad es que fue su decisión —la mujer hablaba para sí, pero el policía estaba siguiendo sus explicaciones.

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! ¡Nada, nada! No te preocupes. Cosas mías.

Una nueva pausa vistió de silencio el habitáculo del vehículo, pero al poco la mujer prosiguió su interrogatorio.

—¡Oye! ¿Y el cura ese no les visitaba?

—No, que yo recuerde. Además llegó no mucho antes y se marchó poco después, una vez cerraron la puerta de la cripta y colgaron los epitafios, entre ellos el suyo.

—¿Y nadie más? Me sigue pareciendo raro —Violeta insistía.

—¡Ah! —Marc chasqueó los dedos— Y Aurora. Claro. Aurora. La pobre no llegará a tiempo este año.

—¿Aurora? ¿Aurora Munarriz? —Violeta se interesó notablemente.

—No sé su apellido —replicó el policía—. En el balneario sabrán de ella seguro, si te interesa, siempre se hospeda allí. ¿La conoces?

—Sí.

La parquedad de la respuesta alarmó al joven, que intuyó que había colado a una persona inoportuna en aquel escenario, como le demostró lo que continuó diciendo la mujer.

—Y, por favor, da la vuelta. Volvamos. No quiero ver la casa quemada. No lo soportaría. Perdona por haberte hecho venir hasta aquí.

Marc no preguntó, simplemente obedeció. En una curva amplia el coche policial hizo el cambio de sentido y los neumáticos volvieron sobre sus pasos.

El retorno discurría en silencio. Violeta se había enfrascado en sus propios y secretos pensamientos y el policía no se atrevía a romper el muro de lejanía que aquella belleza, que se había interesado por su soltería, ahora le interponía. Finalmente se armó de valor y detuvo el coche patrulla en donde primero le permitió la cuneta.

—¿Qué es lo que he dicho?! Siento haberte molestado con lo de Aurora. Estaba contento porque te veía mejor, menos apenada. ¡Lo siento soy un bocazas!

La frase casi no puedo terminarla el oficial, Violeta lo miró y, sedienta ante la presa, humedeció los labios antes de apretarlos contra la boca del sorprendido aunque rendido policía. El beso fue profundo, casi violento. Marc notó su virilidad enhiesta en décimas de segundo y su mano izquierda buscó el generoso pecho de Violeta que masajeó sin impedimentos. La mujer respiraba sonoramente, su mano buscó sobre el pantalón hasta dar con el pétreo miembro y Marc dio un respingo, casi le dolió el contacto suave pero firme de la mano de Violeta. El joven vivía una excitación como nunca había experimentado.

Un fuerte e inesperado seseo en la emisora del vehículo asustó a ambos sacándolos del paraíso. Ambos, como si un resorte les empujara, se vieron dando un brinco sobre sus asientos. Nerviosos comenzaron a enderezar las ropas que se estaban literalmente arrancando y Violeta, con la rodilla, sin pretenderlo, accionó un botón situado bajo el salpicadero y un ruido ensordecedor comenzó a inundar la paz de aquellos cerros al tiempo que veían iluminarse la cuneta y los alrededores de un color azul brillante, alternativamente, a golpes de destellos. Violeta apartó asustada las piernas mientras Marc arrancaba la consola de su soporte y trasteaba nervioso tratando de acallar la sirena policial. Por fin las luces se apagaron y el estridente ulular dio paso a un silencio que Violeta rompió al segundo empezando a reír a carcajadas. Marc la miraba pálido, impactado, con los ojos abiertos como platos, pero en décimas se contagió de las risas de Violeta que se apretaba la tripa sin poder dejar de reír. Pasaron largos minutos hasta que consiguieron dejar de hacerlo.

—Aquí no —Violeta fue la primera en acertar a hablar—. Te invito a cenar. ¿Ok? Después podemos ir al balneario. ¡Estoy en la suite...!

—Sí. No. Y..., y no —el policía todavía reía al hablar-

—¿Qué?!

—Que sí a lo de cenar y que no a lo de que me invites y a que sea en el

pueblo —Marc ya hablaba más sosegado— Invito yo, que seas rica no desmerece mi sueldo, justo pero suficiente. Y en el balneario ni hablar. ¡Solo me faltaba eso en el pueblo! ¡Si se entera el Inspector me corta las pelotas! Iremos a una cabaña que tengo cerca de la presa. ¡Si a su majestad no le importa pasar un rato en la morada de un humilde centinela!

Las risas acompañaron de nuevo el trayecto que el radiopatrulla realizaba con prisas, casi de urgencia. Ambos deseaban cenar cuanto antes y satisfacer después una biología que les atosigaba. A los dos. Por distintos motivos. Él tenía todavía que cerrar su turno, cambiarse y recoger de nuevo a Violeta ya con su coche particular, a la que dejaría mientras tanto en el hotel del balneario, de camino al pueblo. Cerca del primer destino Violeta contestó a la pregunta que acalló poco antes con el beso.

—No hay nada con Aurora. Sé que te has quedado preocupado —el policía asintió—. No era eso, sencillamente es que me he acordado de Aida y de Gael, y al ver a lo lejos la casa..., tan negra..., ruinososa...

—Debo decirte una cosa —el policía acababa de parar frente a la entrada del balneario—. Y no quiero hacerte revivir de nuevo lo que estás intentando evitar, pero creo que te reconfortará. Debes saber que no sufrieron.

—Gracias. Muchas gracias, querido. Lo sabía. Ya me hablaron de ello, pero me gusta que me lo confirmes —Violeta le besó en la mejilla—. Ahora ve a cambiarte. Yo aprovecharé también para ponerme cómoda. Y guapa. Te espero.

Marc apareció a la hora convenida, un poco más de media hora después. En el asiento trasero descansaba una bandeja de papel de aluminio y cartón manchado de aceite, del recipiente escapaba un vapor cuyo aroma envolvía el interior del coche. A Marc empezaba a preocuparle si aquello había sido o no una buena idea, la cabaña era romántica, pero de la cena tenía sus dudas: pollo frito y patatas, cerveza helada y uvas y cava para el postre, el espumoso metido ya en una cubitera rebosante de hielo.

Violeta abrió la puerta sin que él se diera cuenta de que llegaba, solo acomodarse junto al conductor la mujer aspiró un par de veces ensanchando las aletas de su nariz, como si fuera un sabueso. Volvió la mirada y sobre el asiento trasero vio la imagen sonriente del Coronel Sanders que invitaba a comer su Kentucky Fried Chicken como si fuera la comida más apetitosa del mundo

—¡Mmm! ¡Pollo! ¡Me encanta el pollo frito! Yo viví una temporada en Salt Lake City, en Utah. Allí se abrió el primer KFC, no en Kentucky. ¿Lo sabías?

Marc no contestó, pero esbozó una sonrisa de esquina a esquina. Había acertado de pleno. Se acercó a Violeta y le besó con fruición. Con la mano izquierda, el joven policía, sin despegar los labios, ni la lengua, de la boca de la mujer, palpaba el tapizado de su puerta buscando el botón de la ventanilla. ¡Allí no se podía respirar! Cuando lo consiguió y comenzó a bajar suavemente el vidrio la ventanilla de Violeta hacía lo mismo. ¡Ambos necesitaban que entrara el aire! Comenzaron a carcajear todavía con las bocas unidas.

El coche de Marc, unos cinco kilómetros más allá del balneario, abandonó la carretera principal para ascender por una pista flanqueada de bosque. La mujer permanecía callada, aparentemente atenta a las explicaciones sobre el paisaje que no paraba de narrar su nervioso acompañante, pero en realidad centrada en su conversación interior.

Violeta no se esperaba aquella suerte de ligue, en aquel viaje que debía ser relámpago, solo firmar papeles, visitar el cementerio y volver a viajar. No se lo esperaba en absoluto. Y menos la suerte de que el tiempo que permaneciera en el pueblo lo hiciera no con un parroquiano antiguo, sabedor de toda su historia, al que hubiera tenido que dar muchas explicaciones, sino con aquel pastelito de azúcar que hasta le confundía como la sobrina de Aida y Gael. Todo esto se lo debía al Secretario municipal. Siempre fue un buen amigo de la familia y, junto con el fallecido Don Felipe, de los pocos que conocían parte de una verdad velada y seguían allí para contarlo. Buena gente. Gente leal.

La cena tuvo que esperar. Y mucho. Las horas se sucedieron en el fragor de una contienda ancestral que se nutrió de tres batallas casi seguidas, apenas sin descanso refractario. Una pelea de sudores y acezos, de caricias y embestidas, de humedades, con los contendientes confundidos en un solo cuerpo. Violeta estaba pletórica, no así Marc, al que le fallaban las fuerzas. Comieron el pollo frío y la cerveza templada ya cerca del amanecer. Al cava renunciaron, ardía. En aquel momento el joven policía se estaba vistiendo mientras respondía a las preguntas de una Violeta que, sobre la cama, vestida solo con la combinación de encajes, comía una a una las uvas del racimo que colgaba de su mano. Aquella imagen de bajorrelieve imperial romano volvió a excitar el maltrecho miembro del joven oficial, pero le faltaban fuerzas para intentarlo, a pesar de haber engullido junto con su amante una bandeja preparada para cuatro comensales.

—Así que el incendio no llegó a afectar a todo el conjunto de *Los Rosales*. ¿Por qué no me lo dijiste cuando te dije que no quería ver la casa quemada?

—No te dije nada porque estabas como ausente, pensé que la mención de Aurora por mi parte había removido algún tipo de fango. De todos modos *Villa Sieras*, el palacete, que es donde imagino querías ir, sí que quedó destruido, completamente arrasado. Cumplí tus órdenes y giré en cuando pude. ¡No sé de qué te quejas ahora! —el tono de Marc era distendido y afanoso mientras se enfundaba los pantalones.

—De todas formas me alegro de que diéramos la vuelta, realmente esa inflexión es la que nos ha traído aquí, a tu cabaña, si llego a visitar la villa no creo que hubiera podido soportarlo y créeme que no hubiera estado de humor. Mejor así. Esa fue mi casa durante muchos años.

—¿Tú has vivido en *Villa Sieras*? —Marc dudaba—. De pequeño sabía que allí vivía una tal Doña Violeta, pero esa debía ser... ¿tu abuela?

La madre de Aida volvió a recordar entonces que debía cuidar la información que facilitaba.

—No importa —zanjó por lo sano la mujer—. Lo que me interesa, campeón, es que me cuentes como ocurrió, qué pasó para que se declarara el incendio y cómo se salvó la villa.

Marc, aún blanco por el esfuerzo pero algo reconstituido tras la comida, sonrió aquel apelativo que posicionaba en alto su virilidad.

—Una tormenta seca, como nunca se había visto, bombardeó los cerros con rayos como lanzas —el joven se había sentado de nuevo en la cama—. El fuego apareció poco después. Nos avisó la central del observatorio, imagino que lo vería algún guarda desde alguna de las torres, la cosa es que los bomberos salieron de estampida hacia donde nacía la columna de humo, pero tardaron en llegar, no por incompetencia, sino por las dificultades del ascenso. Los aviones y los helicópteros también salieron, pero el fuego se había extendido como la pólvora. Era inicios del verano y no había llovido todavía, ya llevábamos meses de sequía.

Marc estiró la mano y Violeta le depositó en la palma varios granos de uva. Comió un par de ello y continuó.

—Yo estaba de servicio esa noche. Avisé al Jefe. Por cierto, un antiguo amigo de tu hermano. Salimos de inmediato, por los *Estrechos*, hacia *Los Rosales*, la única zona habitada en el entorno en peligro, pero antes ya recibimos una llamada del médico Don Rafael desde la misma *Villa Sieras*, él y el párroco, el del epitafio, ya estaban allí, al parecer una hora antes hubo un cruce de llamadas entre Don Gael y el doctor.

Marc se volvió a levantar, rebuscó en el recipiente de papel de aluminio y todavía encontró una alita de pollo que devoró sin recato. Estaba hambriento.

—Cuando llegamos a la villa —continuó el policía—, el médico nos esperaba ya con el certificado de defunción, aquello ya no tenía remedio y entonces solo estaba preocupado por el frente del fuego que se acercaba empujado por el fuerte viento de poniente. El oficio certificaba la muerte natural del matrimonio.

—¿Muerte natural?! ¿Los llegaste a ver?

—¿A Don Gael y a Doña Aida? Sí. Los vi. Unos minutos. Estaban en la planta baja, el antiguo salón de prensa era ahora su dormitorio para evitar subir escaleras, me explicó mi Jefe. Estaban sobre la cama, cogidos de la mano. Y parecían felices. Créeme. No lo digo por consolarte. Sonreían.

El oficial esperó a ver en la sonrisa de Violeta el efecto tranquilizador de

sus palabras para continuar con sus explicaciones.

—El médico, Rafael Bengoetxea, se retiró con mi jefe para hablarle en reservado y yo me quedé con el párroco. El cura parecía muy nervioso, estaba de pie en un ángulo de la habitación, mirando los cuerpos inertes, me dijo entonces que a él no le llamaron por teléfono, que estaba allí por casualidad, que había ido por otros motivos, no dijo cuales, y que al llegar les propuso en confesión, aunque no dijo si aceptaron, yo creo que no porque...

—No lo entiendo —le interrumpió Violeta.

—Creo que no eran creyentes...

—No me refiero a eso —dijo la mujer—. Por lo que me cuentas el médico y el cura llegaron a verlos con vida.

—El médico no, cuando llegó solo pudo certificar la muerte.

—¿Entonces? —Violeta insistía en sus dudas.

—El párroco fue el que, según parece, llegó a verlos vivos. Al menos a Don Gael. Ya te dije que el cura llegó por casualidad, no le llamaron, debió de llegar a la casa en el tiempo que medió entre la llamada de Don Gael al médico y la llegada de este a la villa, en esos cuarenta minutos. Por eso hablaba el párroco de que les ofreció la extremaunción, o de que se la ofreció a Don Gael solo, no lo recuerdo bien.

—Tampoco tengo claro lo que me cuentas respecto al modo de morir, de ese certificado médico de ‘muerte natural’ —volvió a interponerse la mujer—. ¿Infarto? ¿Una enfermedad? ¿Los dos a la vez? Eso es lo que quiero decir. ¿Cómo adivinaron ambos que era el momento de morir ‘naturalmente’?!

—Pues no lo sé. Al parecer una enfermedad sí hubo. Y que afectó a los dos..., esto..., no recuerdo el nombre... —el policía miraba al techo, forzando la memoria, pero prosiguió dándose por vencido—. Bueno, en todo caso solo puedo decirte lo que vi con estos ojos, que lo que encontré sobre la cama fueron dos ancianos con la cara de Gael y Aida. Eran ellos, pero ancianos.

—¿Qué me estas contando?! ¿Ancianos?! —la mujer protestaba más que interrogaba.

—Como lo oyes. No me preguntes más, te cuento lo que vi. ¡Increíble! ¿Verdad? Lo que puede hacer una enfermedad así. Fíjate que ellos llegaron al pueblo con poco más de cuarenta años y de eso... ¿qué hará?, ¿diez años? Vamos, que incomprensible.

—¿Y cómo sabes que no se suicidaron? ¡Murieron a la par, avisando de

que iban a morir! ¡Joder! ¡¿Y no lo investigasteis?! —Violeta tiraba de la lengua del policía, solo quería comprobar cuánto sabía realmente.

—¡Claro que se investigó! Todo está en los archivos judiciales.

—¿Les hicieron la autopsia? —la pregunta la hizo Violeta con un temor que se notaba en su mirada.

—No —Marc tardó en contestar—. No. La verdad es que no se hizo. No se pudo hacer. Pero te digo que quedó claro el descarte del suicidio.

Violeta sonrió. El joven oficial tomó aire y se dispuso a proseguir sin esperar las preguntas de la mujer.

—Quizá sea importante que sepas que hacía un par de años que no bajaban ni por asomo al pueblo. Durante ese tiempo la enfermedad que debían tener, esa que les consumía, se debió intensificar. Yo he llegado a pensar que a lo mejor era por eso por lo que, salvo el médico, no dejaban que nadie les visitara, para no contagiarnos, o para que no los viéramos sometidos a la decrepitud, qué se yo, pero es muy probable que así fuera.

—¿Y qué dijo el médico? El ‘Bengosea’ ese. ¿Qué opinaba de esa enfermedad?

—Bengoetxea. Es un apellido vasco —puntualizó Marc—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Ahora me acuerdo! Lo tengo en la punta de la lengua... Dijo que padecían... ¡Hostias! Que padecían... *Progeria*, eso, o *progenia*, o algo parecido. El cura fue el que insistía en que ambos debían saber que les quedaban días y que acertaron en cuál iba a ser el definitivo.

Violeta se levantó de la cama y comenzó a vestirse. En la cabaña no había ducha, solo el lago de una presa en el exterior, al que no le apetecía salir, así que se asearía en el hotel. Con las braguitas puestas y enfundándose el vestido estampado que arrancó el policía nada más entrar en la cabaña, preguntó al joven.

—¿Y tú? ¿Tú qué opinas?

—Si te soy sincero yo creo que la enferma era la señora Aida y que Don Gael se administró un veneno para morir junto a ella. La llamada telefónica al médico de hecho la hizo él. Imagino que cuando confirmó que su mujer no pasaba de esa noche fue cuando telefoneó, después de administrarse el veneno y a sabiendas que la media hora o más de subida a la villa impediría su salvación. Creo que la autopsia, de haberse podido realizar, lo hubiera confirmado. Eso es lo que opino. Aunque sigue sin cuadrarme la senectud de él.

—Excelente deducción. Lógica. Muy policíaca. Uno de los dos es el

enfermo y el otro se suicida en el momento del óbito. Sin despedidas. Subiendo juntos a la *Parca* —unos segundos de silencio y luego la ironía—. ¿Y no debía tu Jefe haber llegado a la misma conclusión? O el médico, que debía haber reconocido los síntomas del envenenamiento.

—Qué quieres que te diga —Marc se encogió de hombros—. Ya te dije que mi Jefe se entrevistó a solas con el doctor, ellos sabrán lo que hablaron.

—¿Y? —Violeta insistía.

—¡¿Y..., qué?!

—Hay algo más. Por ejemplo que impidió que se hicieran las autopsias. ¡Marc, me ocultas algo!

El policía la cogió por los brazos, la miró indeciso y acabó besándole largamente en la boca. Violeta le correspondió. Cuando Marc se apartaba de nuevo la mujer trató de tranquilizarle.

—Entiendo tus temores —dijo la mujer abrazándole por el talle —, pero quiero que sepas que sea lo que sea lo que estás a punto de decir quedará entre nosotros —ella le besó de nuevo—. De todos modos si no quieres contármelo no pasará nada, tan amigos. Y ahora, si has de hablar hazlo ya, antes de que acabemos de nuevo en la cama —dijo riendo al notar que, a pesar del temor y la incertidumbre el miembro del joven se había disparado con el contacto y presionaba la bragueta del vaquero hasta lo indecible. Violeta no se lo tuvo en cuenta, nada podía hacer el chico.

—Es una revelación y un pacto —comenzó diciendo Marc—. Nunca han salido de mi boca —miraba el joven al techo, todavía indeciso—. De todos modos el que fuera mi jefe, ante el que juré silencio, ya murió. Y el médico y el párroco se marcharon.

Otro beso de Violeta cerró aquel plano para pasar ambos a sentarse sobre el lecho, ella encima de la cama, con las piernas cruzadas, como un yogui, y él en el borde, cruzando las piernas a la altura de los tobillos y entrelazando las manos en un círculo personal de seguridad.

—Cuando mi Jefe salió con Don Rafael a hablar en privado y yo me quedé con el párroco en la habitación donde reposaban los cuerpos, los cadáveres, ocurrieron dos cosas que no te he contado. Bueno, tres, pero empezaré por las dos primeras.

Violeta, interesada, se había arrodillado en la cama y con sus brazos envolvía por detrás el cuello de Marc. Con una mano la mujer acariciaba el pelo corto del policía.

—Después de que el cura me dijera aquello de que propuso la

extremaunción, dijo otra cosa, una frase importante. Te explico la escena. Se había quedado como rezando, con las manos en el pecho y los dedos entrelazados, miraba los cuerpos sobre el lecho y susurraba una cantinela, entonces dijo en voz alta una frase que le complicó posteriormente mucho la situación ante mi jefe, dijo literalmente: «No. No merecen tierra santa». Esto es lo que dijo. Yo pensé que estaba haciendo alusión a la posibilidad del suicidio. Luego se fue de la pieza por la puerta que daba a las terrazas, no por donde había salido mi superior y el doctor.

Marc giró su cabeza para mirar a la mujer que seguía acariciando con ternura el cabello del joven oficial.

—Te estoy contando lo que ocurrió paso a paso.

Violeta sonrió asintiendo y besó suavemente el lóbulo de la oreja de su amante mientras lo mordía con suavidad. El joven volvió su mirada al frente, al recuerdo, y reanudó su discurso

—Salió por la otra puerta, te decía, y antes de salir se detuvo un momento, se volvió hacia mí y me informó de que subía a la primera planta, que se había dejado no sé qué, creo que dijo la estola, pero añadió otra frase más, estas palabras ya no las escuchó mi jefe y yo obvié repetirlas, bastante tenía el hombre con lo dicho y con lo que iba a suceder.

—¿Qué dijo el cura que te callaste ante tu superior? —preguntó la mujer viendo que el policía navegaba en su interior habiendo detenido su monólogo sin concluirlo.

—¿Eh? No. Nada. Palabras sin sentido. Algo de no le había dado tiempo de ser él la mano de Dios. Sí, eso. Y de que se iba a asegurar que no volvieran. Estaba claro que el cura no consiguió arrancarles una sacra confesión y pensaba que habían muerto en pecado. Era un tipo extraño el cura de las narices.

Marc volvió de nuevo a la catatonía que le producía bucear en su memoria, pero Violeta usó otra vez y con ternura sus dientes sobre el lóbulo y el joven reanudó la declaración, como si aquello fuera la señal.

—Cuando me quedé solo, en aquel silencio sepulcral, nunca mejor dicho, llegué a escuchar parte de la conversación que mi Jefe mantenía detrás de la puerta con Don Bengoetxea, trazas sueltas del diálogo, pero suficientes. No apuré mi oído, lo juro, simplemente se oía, y punto. Mi jefe hablaba de delitos y el doctor de compasión. Hablaban de que podían hacer. Entendí que mi Jefe comenzaba a dar el brazo a torcer pues le dijo al doctor que lo pensaría.

El joven policía giró su cuello para mirar a Violeta.

—Por favor mantén tu promesa de silencio. El Inspector ya ha fallecido y aquello ya pasó. ¡Por favor!

La mujer asintió y apretó con sus manos suavemente los hombros que abrazaba. Marc tuvo suficiente y volvió a la confesión.

—Cuando el Jefe le decía eso al doctor se escuchó, todos escuchamos, un grito terrorífico que provenía del piso superior. Yo salí al pasillo. Mi jefe y el doctor ya estaban en la escalera central mirando hacia arriba. Por la escalera bajaba el cura corriendo como alma que lleva el diablo, gritaba para que huyéramos, detrás suyo una lengua de fuego, inmaterial, etérea, que parecía lava flotante, o algo así, te lo juro, bajaba escalón a escalón. Una lengua de fuego que perseguía al párroco y se echaba sobre nosotros.

»Todos salimos por piernas y una vez en el exterior saltamos a nuestro coche, dejando y olvidando el del doctor y la Vespa del párroco, y nos lanzamos a la carrera y a toda velocidad hacia la cancela. Por el camino mirábamos atrás y vimos, lo vi hasta yo, que conducía, por el retrovisor, que la lámina ígnea, aquel extraño magma, se había detenido a las mismas puertas de la villa, en sus porches, como si una pantalla invisible la retuviera, pero iba ascendiendo, como si estuviera llenando una piscina de paredes invisibles. La lava que salía del corazón de la casa fue llenando aquel cubo de paredes invisibles hasta que la cubrió por entero, hasta la última antena. Lo juro por lo más sagrado. Tan cierto como que me he enamorado de ti».

El joven policía había desvelado sus emociones entremezclándolas, de hecho no se había percatado siquiera de la tempranísima declaración de amor. La revelación la acogió Violeta como otro triunfo. Cuando terminara le haría una propuesta a aquel joven tan enamorado y lleno de vida, necesitaba a alguien nuevo en la jefatura de su seguridad personal. Pero eso después, pensaba Violeta, lo importante ahora para ella era que todo iba bien, que todo cuadraba.

—Al llegar a la verja vimos que por su lado el incendio de los cerros se había generalizado —proseguía el policía—. El Inspector ya había puesto pie a tierra y estaba abriendo de par en par la cancela ayudado por el doctor, una de las hojas se había encallado en la tierra ya que el muro donde se apoyaba el marco se había agrietado con el calor que le llegaba desde ese lado del bosque. El cura se bajó también para ayudar, había que levantar aquella pesada puerta de hierro forjado y luego girarla sobre sus goznes para poder apartarla definitivamente. Mientras lo hacían los tres hombres discutían. Yo

me apeé finalmente, sin quitar el contacto del coche patrulla, y me acerqué para echar una mano, en ese momento mi Jefe tachaba al médico de delincuente y al cura de incendiario, el párroco juraba que él no había iniciado el incendio, que aquellas llamas eran del infierno. Cuando se dieron cuenta de mi llegada los tres dejaron de hablar y se apartaron un poco para que yo pudiera unir mis fuerzas a las suyas.

»No hablamos mientras duró la empresa de apartar la pesada verja, pero, al terminar, cuando íbamos hacia el coche, mi Jefe se paró y, sudoroso, con la cara manchada de tierra, nos miró a todos y dijo: “*Esto es lo que ha ocurrido: El fuego que ha alcanzado a Villa Sieras llegaba desde el incendio de Los Cerros. Sus ocupantes han quedado en el interior atrapados y nada pudimos hacer nosotros para ayudarles ya que no llegamos a tiempo. Ninguno de nosotros llegó a entrar. ¿Queda claro?*”».

Marc se tomó un pequeño respiro. Mantenía algunas uvas en su mano, pero no las ingería, la confesión se le estaba atragantando. Una caricia de Violeta lo sacó de sus pensamientos y continuó relatando el secreto de la noche del incendio de *Los Rosales*.

—Como comprenderás, Violeta, yo iba a cumplir fielmente lo que me dijera mi jefe, pero estaba expectante por ver como respondería el resto, cuyos rostros, como el mío, reflejaban el lejano fuego, como si todos estuviéramos al lado de una gran hoguera. Y la cosa se solucionó de inmediato, sin más palabras. Primero nos miramos entre nosotros y después, al unísono, todos volvimos la vista hacia la villa. La construcción entera quedaba dentro de una bola de fuego que brillaba como el hierro fundido. El Inspector tenía razón, ninguna huella nuestra podía quedar allí tras la incineración y la tesis de que la casa había sido alcanzada por el gran incendio de los bosques tenía sentido ya que se veía subir por los barrancos situados detrás de la casa, yo llegué a ver hervir el agua de la piscina en una de las ocasiones en las que, dentro de la casa, me asomé preocupado por el avance del incendio, por otro lado los bomberos acaban de comunicar que desplazaban una autobomba hacia *Los Estrechos*, lo que quería decir que cuando llegaran ya nadie podría decir que fue primero, si el bosque o la casa.

»Todo esto debimos de pensarlo al mismo tiempo, el escaso medio minuto que estuvimos contemplando la inmensa pira, ya que todos a la vez nos volvimos y, como en las películas, cruzamos la mano derecha, una sobre otra, sobre la que nos ofrecía el Inspector. Y ya ninguno habló, aguantamos callados con nuestro secreto de vuelta por la pista de *Los Estrechos* con el

fuego del incendio forestal pisándonos los talones. Don Rafael, el médico, hizo una bola con el certificado de defunción que llevaba en el bolsillo y lo lanzó por la ventanilla a una cuneta que ya estaba devorando las llamas, por eso te dije que ni cabía autopsia ni importaba que dijera aquel papel, que la muerte fuera o no natural se volatilizó con sus pavesas. Llegamos sanos y salvos al cruce cuando los bomberos pretendían entrar por allí, lo que ya no pudieron hacer. Por eso en los archivos no encontrarás más que el informe policial que mí Jefe y yo redactamos, el que refleja la promesa sellada mano sobre mano, un informe firmado por dos testigos, el médico y el cura del pueblo, dos testigos que abandonaron la comarca días después».

—Entonces... El cementerio... —Violeta dejó entrever su pregunta.

—En efecto, en el cementerio lo que hay es un cenotafio, no hay nadie enterrado en ese mausoleo, nunca se encontraron los restos entre las cenizas de la villa.

El relato terminaba cuando la luz del amanecer besaba las ventanas de la cabaña. Violeta estaba satisfecha, muy satisfecha. Todo estaba en su sitio. Podía marcharse sin temor. En una noche se había cerrado una investigación y en otra, más lejana, se había esfumado una *pirámide*, no estaba mal, por otro lado todo había ocurrido como sospechaba y como había percibido, aunque a Marc le hubiera dado la equívoca impresión de que su relato sorprendiera a cada paso. Únicamente quedaba un algo que no podía identificar, un detalle que no acababa de percibir, que no vibraba con armonía, pero ya lo averiguaría, ahora era momento de comer un poco más de amor y de agradecer al tiempo los servicios al atractivo policía.

Por el lado izquierdo del joven, rodeando su cuello, buscó Violeta con sus labios la boca de Marc. La mano derecha, que hasta entonces acariciaba el cabello, se deslizó por el pecho y la tripa, bajando cada vez más. Primero le acarició con suavidad y luego con fuerza, hasta que un grito ahogado del policía terminó dejando su rastro sobre las sábanas. Se lo merecía.

Ya despuntaba el sol sobre las altas montañas cuando Marc arrancaba el coche para llevar a Violeta hasta hotel donde recoger su equipaje. En dos horas salía el tren hacia Barcelona. Y después Francia. Y más tarde Suiza. Marc escuchaba aquella suerte de periplo con la envidia de quien gustando de viajar se lo impedía su economía. Al llegar al hotel Violeta convenció al policía para que subiera a la habitación a ducharse, con ella, lo que aceptó. A Marc ya no le importaba *'el qué dirán'*, pues estaba pensando seriamente el aceptar la oferta de trabajo que Violeta le acababa de hacer por el camino,

además empezaba ahora su libranza semanal y ya había decidido pensarlo mientras la acompañaba a Barcelona. O a Suiza. ¿Por qué no?

Mientras Marc se secaba en el baño, Violeta tachaba unas coordenadas en un mensaje de texto que estaba enviando al número de Ramiro Goytisolo, el hijo *Azul*. Ya había ocurrido otras veces, muchas más veces, ahora solo había que dejar que la naturaleza siguiera su curso para que, con el tiempo y el rebrotar verde de aquellos montes, la madre tierra normalizara los cerros limpiándolos de miasma y de ponzoña. En ocasiones quedaban pequeños vestigios, vórtices sin fuerza que aun así perjudicaban la normal convivencia, no lo habían podido todavía solucionar y por todo el mundo quedaban montes mágicos, casas encantadas y hasta, en un concreto y amado lugar, rosas negras.

En el buzón de su teléfono un icono con la forma de una cara redonda y amarilla, simulando un beso, acompañaba un texto de Alfonso: «Gracias mamá, me quedo tranquilo». Violeta contestó con otro beso, la misma imagen, pero con un pequeño y rojo corazón, y añadió: «Tengo novio, os gustará, y mejor que esté conmigo, controlado». Violeta encendió un cigarrillo, esperó a que la pantalla le confirmara la recepción del mensaje y después accionó el mensaje: *Aceptar*, debajo del texto: *Eliminar todas las entradas*, en el preciso instante que Marc salía del baño, el torso desnudo y la toalla sobre los hombros. Con el pelo alborotado y húmedo se acercó a la silla de Violeta y la abrazó por detrás besando con ternura su cuello. Desde esa posición el joven le hizo un comentario.

—Violeta, tienes que jurarme que nunca revelarás lo que te he contado. Debes dejar las cosas como están. Prométemelo. Mi jefe murió y el doctor siempre me dio confianza, aunque, la verdad, no sé si vivirá o no el hombre, pero el párroco aún debe andar por este mundo y no me apetecería rendir cuentas con él. No me gustaba un pelo. Era un tipo muy extraño, muy peculiar, yo creo que daría alto en la *Escala de Hare*, ya sabes, la de los psicópatas. A veces parecía uno de esos los locos de las películas de terror, hablaba o rezaba en un idioma que no era latín, más bien parecía árabe, y te prometo que daba yuyu. Así que antes de irnos me lo tienes que prometer, me jodería encontrarme con él de nuevo, y más para tener que darle explicaciones.

—Tranquilo, cariño —rio Violeta—. ¡Seré una tumba! Además ya habré fallecido. O será ahora un viejo carcamal deambulando por los pasillos de cualquier parroquia, o por el Vaticano, vete tú a saber, en todo caso alguien al

que ya ni reconocerías.

—Yo no dije nunca que el cura fuera viejo, Violeta —replicó Marc.

La mujer se extrañó, eso no lo había percibido.

—Era como de treinta y cinco o cuarenta años —aclaró el policía—. Y lo reconocería aunque estuviera más arrugado que una pasa, tenía unas orejas inolvidables, de diablo, sin lóbulo y con el arco en punta. Algo feo, feo de verdad.

Epílogo

Al terminar estas líneas, iluminadas en un ordenador prestado, como los conocimientos para usarlo, Aurora, cuyo nombre real prefiero omitir, hace mucho que marchó del pueblo.

Su estancia duró exactamente una semana, de miércoles a martes, la primera de un mes de julio de dos mil... Tampoco importa. Cinco largas tardes de cinco cortos días fueron los que pasó con nosotros en nuestra casa arrendada, haciendo verbo pausado, pero ininterrumpido, de una historia que conocía en parte por vivencias y en su conjunto por el mecanismo más original de conocimiento, de boca de sus protagonistas.

Yo, como es natural, no doy crédito a la mayoría de los sucesos que relató Aurora, de hecho pienso que de ocurrir los narró desde su fértil imaginación. Mi pareja, relacionada con el mundo de la medicina, opina que el cáncer que Aurora decía sufrir, o mejor, su duro tratamiento, podría haber sido la causa de las fantasías. A pesar de ello, la finura con la que tejió los hechos presuntos y la firmeza del entramado me impresionaron, por eso me decidí a escribir la historia, y lo hice a medida que ella relataba, para no perder yo detalle alguno y para no hacerle perder el tiempo a ella, por lo que las anotaciones las tome taquigráficamente, lo que, en algunos casos, me costó después, traducir al momento de transcribirlos para digitalizarlos, por esta razón advierto como muy probable que los errores de trabazón o los sinsentido, de existir, sean cosa mía, más que de Aurora.

De los deslices cronológicos o de los desajustes parentales prefiero no opinar, y es que nadie podría hacerlo si fuera cierto lo relatado. Lo cierto, queridos lector y lectora, es que solo repasé un par de veces el libro, con lo que pueda acarrear de errores e incongruencias, y os confieso que no lo hice más pues, la verdad, aun riéndome de mi mismo, no me atreví a hacer mucho 'ruido'.

Aprovecho para significar en esté epílogo que en una ocasión le pregunté por la posibilidad de guardar su voz, su relato, en la grabadora de mi teléfono,

pero se negó en redondo, al igual que obtener de ella alguna fotografía. Según me dijo Aurora, alegando aquella teoría de los *registros akhásikos*, al hablar se producen vibraciones, por lo que tener grabada esta historia podría ser como tener un arma permanentemente cargada sin otro seguro que el botón de ‘*stop*’. En todo caso fue una promesa que cumplí y nada queda más que este texto.

Las coordenadas que cito en la obra son en efecto las que me dijo Aurora, pero convenientemente alteradas por mi mano, pero solo lo justo, de acudir a ellas bastaría investigar los alrededores para dar con las presuntas ‘pirámides’. Todo con la precaución y preocupación que me produce pensar que los cimientos de la historia pudieran tener algo de cierto, tan reales como aquellas lápidas y esos epitafios que aseguro he podido leer en un lugar de la Europa mediterránea.

Dedico esta obra a Aurora, la que con toda seguridad no estará en el mundo de los vivos, por lo que, aun siendo ciertas las palabras que transcribo en este libro, dudo que puedan perjudicarla.

Queda en sus páginas los miedos y las dudas, y los secretos que de desvelarse se condenan con la muerte, sentencias que emergen de seres que, tiernos como los ángeles, pueden verse envilecidos como los dioses paganos.

FIN